Josep Padró

Historia del Egipto faraónico

Historia y Geografía

Alianza Editorial

Manuales / Historia y Geografía

El libro universitario

acceso abierto

Josep Padró

Historia del Egipto faraónico

Alianza Editorial

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

Creative Commons

© Josep Padró Parcerisa
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-8768-1
Edición en versión digital 2014

Índice

Prólogo, *Abdel-Halim Nur el-Din* 11

Prefacio 13

1. Introducción general 17
   - Nociones geográficas 17
   - Los progresos de la Egiptología 18
   - Sobre la cronología y sobre la transcripción de los nombres propios 20
   - Algunas generalidades sobre la Historia Antigua de Egipto 21
   - Consideraciones sobre el Egipto faraónico y la filosofía de la Historia 24
   - El Neolítico egipcio 27

2. La formación del Estado faraónico 31
   - Introducción metodológica 31
   - El origen de la civilización egipcia 32
   - El Período Predinástico Antiguo 35
   - El Período Predinástico Pleno 41
   - El Período Protodinástico 45
   - Sobre el origen de la lengua y de la escritura egipcias 47
   - El Período Tinita y el comienzo de la historia dinástica 51

3. El auge del Imperio Antiguo 57
   - Consideraciones preliminares 57

La Dinastía III (2686-2613) 58
La Dinastía IV (2613-2494) 60
La Dinastía V (2494-2345) 65

4. Arqueología y arte del Imperio Antiguo 73
La arqueología del Imperio Antiguo 73
El arte egipcio 75
La arquitectura del Imperio Antiguo. La tumba real, de la mastaba a la pirámide . 77
Los templos 80
Las mastabas privadas 81
Las ciudades y las casas 82
La escultura 84
Los bajorrelieves y la pintura 86
Artesanía y artes menores 87

5. Topografía del Imperio Antiguo 91
Menfis 91
La fundación de Menfis 94
La necrópolis menfita 95
La necrópolis de Saqqara. Las tumbas reales tinitas 97
El complejo funerario de Dyoser o Tosortro en Saqqara 98
La pirámide de Sejemjet en Saqqara 102
La mastaba de Shepseskaf en Saqqara 102
Las pirámides de la Dinastía V en Saqqara 103
La pirámide de Onos y las de la Dinastía VI en Saqqara 104
Mastabas privadas del Imperio Antiguo en Saqqara 105
Los sectores de la necrópolis menfita al norte de Saqqara 107
Las necrópolis de Guiza y de Abu Rauash 108
La necrópolis de Dahshur 111
El Alto Egipto 112
El Bajo Egipto 116

6. Textos y literatura del Imperio Antiguo 119
Introducción 119
La literatura religiosa. Los *Textos de las Pirámides* 120
Los aleccionamientos sapienciales. Las *Enseñanzas* de Ptahhotep 123
Los escritos técnicos de carácter histórico 126
Otros escritos de carácter técnico y epigráfico 129

7. La civilización del Imperio Antiguo 131
Introducción 131
El rey y la corte 132
La administración 134
Economía y sociedad 135
Religión, pensamiento y ciencias 143

8. El final del Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio 147
Consideraciones generales 147

La Dinastía VI (2345-2173). Política interior 148
La Dinastía VI. Política exterior 153
La caída del Imperio Antiguo y los comienzos del Primer Período Intermedio 157
Las dinastías VII (2173) y VIII (2173-2160) y el final de la monarquía menfita .. 160
La Dinastía IX/X (2160-2040) y la época heracleopolitana 162
La literatura de época heracleopolitana 165

9. Orígenes y apogeo del Imperio Medio 173
La Dinastía XI y la formación del Imperio Medio 173
Amenemes I y la consolidación del Imperio Medio 175
El apogeo de la Dinastía XII 181
Sesostris III y el final de la Dinastía XII 184

10. Arqueología y arte del Imperio Medio 189
El Primer Período Intermedio como transición entre los imperios Antiguo y Medio . 189
La arquitectura del Imperio Medio 191
La escultura del Imperio Medio 194
El bajorrelieve, la pintura y las artes menores 195

11. Textos, literatura y civilización del Imperio Medio 197
La lengua y los escritos de época del Imperio Medio 197
La literatura religiosa y la literatura narrativa 199
La *Historia de Sinuhé* 200
Las narraciones fantásticas 202
La literatura política. La literatura pesimista 204
La literatura optimista. Obras didácticas 207
Otras obras de la literatura clásica egipcia 208
Escritos de carácter técnico. La época del Segundo Período Intermedio 208
Consideraciones finales sobre el Imperio Medio 209

12. El Segundo Período Intermedio 211
Problemas metodológicos para el estudio del Segundo Período Intermedio 211
Los orígenes de la Dinastía XIII y el problema de la Dinastía XIV 212
El final de la Dinastía XIII y el comienzo de la penetración asiática 214
Los hicsos y su origen 216
Las dinastías XV y XVI y el Imperio de los hicsos 218
La Dinastía XVII tebana y la guerra de liberación contra los hicsos 220
Amosis y la expulsión de los hicsos de Egipto 224

13. Los comienzos del Imperio Nuevo 229
Panorama internacional del Próximo Oriente a mediados del segundo milenio ... 229
Amosis y la fundación de la Dinastía XVIII 231
Amenhotep I y los primeros Tutmósidas 233
Hatshepsut 235
Tutmosis III y la guerra contra Mitanni 239
Amenhotep II, Tutmosis IV y la paz con Mitanni 241
Amenhotep III y el apogeo de la civilización egipcia 243

14. El Período Amarniense y el final de la Dinastía XVIII 247
Introducción 247
El comienzo del reinado de Amenhotep IV y de la revolución amarniense 248
El apogeo de la revolución amarniense 250
La política exterior del reinado de Ajenatón 252
El final del reinado de Ajenatón. Esmenjkare 256
Tutankhamón y Ay 257
Horemheb y el final de la Dinastía XVIII 259

15. La Dinastía XIX 263
Los orígenes de la Dinastía XIX. Setos I 263
Rameses II 265
Mineptah 270
El final de la Dinastía XIX 272

16. Arqueología y arte del Imperio Nuevo 275
La arquitectura religiosa 275
La arquitectura funeraria 278
Palacios, casas y urbanismo 280
Escultura, pintura, artesanía y artes menores 281

17. Civilización, textos y literatura del Imperio Nuevo 283
El gobierno y la administración 283
La sociedad 284
Las relaciones exteriores 285
La religión y la literatura religiosa 286
La lengua y la literatura no religiosa de época del Imperio Nuevo 292

18. La Dinastía XX y el final del Imperio Nuevo 299
El advenimiento de la Dinastía XX, ... 299
Rameses III 300
Los últimos Ramésidas 302

19. El Tercer Período Intermedio 307
La época tanita 307
La época libia 311
La época etíope 314
La intervención asiria en Egipto y el final de la época etíope 319

20. El Período Saíta 323
Psamético I (664-610) 323
Los sucesores de Psamético I 326
Amasis (570-526) y el final del Período Saíta 328

21. El Período Persa 331
La Primera Dominación Persa 331
La época de las últimas dinastías indígenas 334
La Segunda Dominación Persa 336

22. La civilización de la Baja Época 339
Arqueología y arte de la época anterior a la conquista macedónica 339
Arqueología y arte del Período Ptolemaico y Romano 341
Las ciudades egipcias hasta la Baja Época 342
La lengua, la escritura, la religión y la literatura de la Baja Época 349

23. La Dominación Macedónica y el Período Ptolemaico 353
Alejandro Magno 353
La Dominación Macedónica después de Alejandro 355
Los comienzos de la Dinastía Lágida 357
La situación de Egipto a comienzos del Período Ptolemaico 363
La decadencia de los Lágidas y el comienzo del intervencionismo romano 367
Cleopatra VII Filópator y el final de la independencia de Egipto 376
Epílogo: el final de la civilización egipcia 381

Apéndices

1. Lista de reyes de Egipto 389

2. Glosario 399

3. Bibliografía 405

4. Mapas 413

5. Índice onomástico 425

Prólogo

España ha permanecido al margen de la investigación egiptológica durante un siglo y medio, con la única excepción de la actividad desarrollada por el diplomático Sr. E. Toda entre 1884 y 1886. No obstante, Egipto se encuentra en el origen de la civilización, y sin él no podemos verdaderamente decir que conocemos nuestros orígenes. Sólo a partir de la campaña internacional de salvamento de los monumentos de Nubia podemos encontrar arqueólogos españoles que a partir del período que va de 1960 a 1965 han empezado a trabajar en Egipto: entre ellos podemos recordar a los Sres. M. Almagro, J. López, M. Pellicer, F. Presedo y E. Ripoll. Aunque la mayoría de ellos no eran egiptólogos, realizaron entonces una meritoria labor aún hoy día recordada.

Desde 1966, el yacimiento de Ehnasia el Medina (la antigua Heracleópolis Magna) ha servido de manera ininterrumpida a los jóvenes investigadores españoles para introducirse en el trabajo de campo egiptológico. Entre ellos se encuentra el profesor J. Padró, formado como egiptólogo en Francia por J. Leclant, Ch. Desroches-Noblecourt y F. Daumas. Profesor de la Universidad de Barcelona, Padró dirige actualmente las excavaciones arqueológicas de Bahnasa (Oxirrinco) desde el año 1992.

Es pues para mí un verdadero placer tener ocasión de poder leer por primera vez una historia del Egipto faraónico escrita por un egiptólogo español, colega al que personalmente conozco desde hace ya tiempo. Es por ello

que estoy seguro de que este libro podrá satisfacer el interés natural del público cultivado español, y de que ayudará a la consolidación de los estudios egiptológicos en España.

Abdel-Halim Nur el-Din
Director del Departamento
de Egiptología de la Facultad de Arqueología
Universidad de El Cairo
Antiguo Secretario
General del Consejo Supremo
de Antigüedades de Egipto

Prefacio

El libro que el lector tiene en las manos es el resultado final de un largo proceso. En primer lugar es el resultado de veintitrés años de experiencia docente en las aulas universitarias de Bellaterra, Madrid, Tarragona, Barcelona y Lisboa. Ello significa que este libro difiere de la mayoría de manuales de Historia de Egipto que he podido consultar, si no en su estructura esencial, sí en su redacción. Quiero decir con ello que mientras que los manuales en cuestión, incluso los más recientes, ofrecen inventarios más o menos exhaustivos de acontecimientos, fuentes históricas y monumentos, clasificados por períodos o por años, en cambio mi libro, guiado por las notas y los apuntes de mis clases, revisados cien veces y modificados constantemente en función de los intereses pedagógicos de la exposición oral, se ciñe generalmente a los acontecimientos, fuentes y monumentos que por experiencia considero más relevantes. Además, mientras que los egiptólogos son poco dados a explicitar sus opiniones sobre los hechos que enumeran, por mi parte en cambio he preferido explayarme en todo tipo de consideraciones que, si bien podrán en alguna ocasión ser tildadas de demasiado subjetivas, tienen, pienso, la ventaja para el lector, igual que para los alumnos que me escuchan, de hacer la lectura más fluida y de razonar el porqué de lo que se está explicando. De todos modos, he procurado siempre dejar bien claro lo que son hechos objetivos razonablemente bien establecidos, y lo que son simples opiniones mías más o menos bien fundamentadas.

Si, pues, la elaboración del libro ha dependido en última instancia de mi ya larga experiencia docente, su redacción final también ha sido el resultado de un dilatado proceso de diez años, desde que tomé la pluma por primera vez para empezar a escribir el primer capítulo. Desde entonces apuntes, notas, libretas y papeles diversos me han ido siguiendo por los distintos lugares a los que me ha llevado mi trabajo o incluso mi tiempo de vacaciones: Montpellier, Oxirrinco (la actual Bahnasa), Lisboa, El Cairo, Puigcerdà, Llívia y, por supuesto, Barcelona. Puedo decir, por consiguiente, que durante todos estos años el libro se ha convertido en mi compañero inseparable de andanzas y fatigas.

Durante todos estos años también, son muchas las personas e instituciones que me han ayudado, consciente o incluso inconscientemente, en su redacción, aunque debo resaltar especialmente a mis compañeros de las bibliotecas de egiptología de las universidades de Barcelona y de Montpellier, así como a toda mi familia; a todos ellos debo manifestar mi agradecimiento por su paciencia y apoyo constantes, y deseo dedicarles el resultado final de mi trabajo. Pero también deseo dedicarlo al mismo tiempo a mis alumnos de todos estos años, que con su interés y atención han representado un gran estímulo para mí. Y aun al actual pueblo egipcio, verdadero descendiente en su totalidad del pueblo de los faraones, al que he aprendido a querer en mis frecuentes estancias en su país.

Es mi esperanza que el libro pueda contribuir no ya tan sólo a acrecentar aún más el interés del público español por el antiguo Egipto, puesto que este interés está ya sobradamente demostrado a estas alturas, sino también a normalizar la situación académica de la Egiptología en la universidad española, anómalamente desconocida aún como área de conocimiento, lo que la sitúa en una precaria situación sin parangón en este momento en Europa. Hace ciento diez años, exactamente el 16 de mayo de 1886, el diplomático español E. Toda, de regreso de Egipto donde había estado ejerciendo como egiptólogo, pronunció las siguientes palabras como epílogo de una conferencia impartida en Vilanova i la Geltrú con motivo de la cesión de una parte de su colección de antigüedades egipcias al Museo Víctor Balaguer de dicha localidad:

Es sólo mi intento, y con lograrlo quedarán recompensados mis afanes, que esta serie arqueológica que hoy inauguramos pueda servir de estímulo a nuestra estudiosa juventud. Nunca conocerá la historia quien no empiece a aprenderla desde Egipto, como no trazará jamás el curso de un río quien desconozca las fuentes de su origen. Y para remontar las investigaciones científicas o curiosas a pueblo de origen tan remoto, nada, señores, puede servir como la contemplación de los objetos que sirvieron a su vida, del cadáver de uno de sus hijos, los restos de otros, las imágenes de sus dioses, los utensilios de su culto, las más familiares prendas de su uso y hasta la escritura corriente en su ordinario trato.

No permanezcamos tan atrasados en el estudio de la ciencia egiptológica. En siglos pasados nuestro espíritu investigador traspasó las fronteras de la patria y acometimos

grandes empresas. Hoy, por desgracia, nuestra visible decadencia casi nos ha reservado el último lugar de las naciones en la vía de los descubrimientos científicos, y trabajamos muy poco. ¡Quiera Dios que pronto veamos más extensos horizontes!

A pesar de los vehementes deseos de Toda, ciento diez años después estamos prácticamente igual. ¡Ojalá que en una futura reedición de este libro me sea dado rectificar estas últimas palabras!

Barcelona, marzo de 1996.

1. Introducción general

Nociones geográficas

Egipto es una estrecha banda de tierra fértil surcada por el Nilo, en el extremo este del desierto del Sáhara. El país era un golfo durante la Era Secundaria, en cuyo fondo se depositaron sedimentos calcáreos. Al sur, el golfo limitaba, a la altura del Dyebel Silsila, con una plataforma de arenisca, la Nubia histórica; al este, con una cadena montañosa de rocas metamórficas primarias, el desierto Arábigo actual.

Probablemente, a finales del Terciario el Nilo logró vencer la barrera del Dyebel Silsila y verter su caudal en el golfo que acabaría siendo Egipto. Paralelamente se formó el mar Rojo con el que la región empezó a adquirir su fisonomía actual, completada entre el Plioceno y el Pleistoceno con el total relleno del golfo y la formación de las terrazas del Nilo.

Durante el Pleistoceno Superior se produjo la conexión del Nilo con el sistema hidrográfico abisinio, por un lado, y con los grandes lagos, por otro, a través del Nilo Azul y del Nilo Blanco, respectivamente, convirtiéndose desde este momento la crecida anual en el factor dominante en la vida del río. Finalmente, al término de la última glaciación cuaternaria, el nivel del mar subió y, en consecuencia, el Nilo empezó a depositar sedimentos de origen abisinio, el célebre limo, tierra extremadamente fértil que abona los campos egipcios cada año al llegar la inundación.

Con absoluta regularidad, un año tras otro se produce el maravilloso fenómeno de la inundación, provocado esencialmente por la crecida del Nilo Azul, cuyo caudal en el transcurso del verano pasa de unos 200 a unos 10.000 m^3 por segundo. La crecida alcanza la 1.ª catarata en junio y el Delta en julio, llegando a sus cotas máximas en septiembre. En noviembre, el agua se retira totalmente, dejando los campos cubiertos por el fértil limo y a punto de sembrar.

La llegada de la inundación a Egipto coincidía con la salida helíaca de la estrella Sotis —Sirio—, de ahí que los antiguos habitantes del país creyesen relacionados ambos fenómenos, y a la estrella más brillante del cielo de alguna manera responsable de la crecida nilótica.

El Nilo es un río navegable, y de hecho es también la principal vía de comunicación de Egipto aún en la actualidad. No obstante, presenta algunas dificultades debidas, por un lado, a la falta de buenos puertos en el Delta y, por otro, a la existencia de cinco cataratas en Nubia, ninguna de las cuales es de todos modos absolutamente infranqueable.

El Valle del Nilo está flanqueado por dos desiertos, el Líbico al oeste y el Arábigo al este. El desierto Líbico, más bien llano, se caracteriza por la existencia en él de numerosos oasis, el más importante de los cuales es también el más cercano al Valle: se trata del Fayum, importante lago de agua salobre conectado con el Nilo a través de un brazo de éste, el Bahr Yusef. En el desierto Arábigo, de configuración montañosa, hay canteras de esquisto, pórfiro, alabastro, diorita y granito, pudiéndose encontrar también oro y piedras preciosas; el terreno abrupto hace difíciles, pero no imposibles, las comunicaciones del Valle del Nilo con el mar Rojo.

El clima de la región, estepario al principio del Holoceno, fue haciéndose progresivamente seco, pero sólo alcanzó niveles de desertización a finales del tercer milenio, en plena época histórica, manteniéndose desde entonces prácticamente igual al actual.

Históricamente, Egipto se divide en dos países: el Alto Egipto, que corresponde al Valle del Nilo propiamente dicho y que abarca desde la 1.ª catarata, en Asuán, al sur, hasta la región de Menfis, al norte; y el Bajo Egipto, que corresponde al Delta e incluye Menfis en su extremidad meridional. No obstante, desde el punto de vista estrictamente geográfico, es posible distinguir un Egipto Medio, que va desde el norte de la región de Tebas hasta el límite con el Bajo Egipto. Finalmente, hay que señalar que en la 1.ª catarata se encuentra la frontera histórica de Egipto con Nubia.

Los progresos de la Egiptología

La ciencia egiptológica, al contrario de sus afines dedicadas al estudio del mundo clásico greco-romano, tiene una existencia corta de poco más de un siglo y medio. La escritura jeroglífica, así como sus cursivas, el hierático y

el demótico, debían su existencia al final de la Antigüedad exclusivamente a su relación con el culto pagano, máxime cuando los cristianos egipcios —los coptos— adoptaron el uso de escribir su propia lengua mediante el alfabeto griego. Los consiguientes progresos del cristianismo significaron, pues, la agonía y la muerte no sólo de la antigua religión, sino también de la civilización egipcia. Tras el decreto de Teodosio del año 384, ordenando cerrar los templos paganos, sólo permaneció abierto al culto el de Isis en la isla de Filas, en la misma frontera del Imperio, y ello por razones políticas. Significativamente, aquí se ha encontrado la última inscripción jeroglífica conocida, que data del año 394. Así, cuando Justiniano hizo cerrar *manu militari,* ya en el siglo VI, este postrer reducto de paganismo en el Imperio, sabemos que estaba privando de libertad a los últimos hombres capaces aún de leer los jeroglíficos. Así se perdía la llave de esta enigmática escritura que tardaría mil trescientos años en recuperarse.

Durante todo este tiempo, y hasta el siglo XVIII, la comprensión de los antiguos monumentos no pudo más que ser necesariamente limitada, orientándose esencialmente en busca de recuerdos bíblicos. El primer avance importante no se produjo hasta 1799, cuando los soldados franceses de la expedición de Bonaparte a Egipto descubrieron casualmente la Piedra de Roseta, que contiene un decreto de Ptolomeo V promulgado en Menfis en 196 a.C. y escrito en jeroglíficos, en demótico y en griego.

Pero además el ejército de militares iba acompañado por un ejército de sabios que se dedicó a localizar, medir y dibujar todos los monumentos visibles. La ulterior publicación de estos trabajos, conteniendo la copia minuciosa de numerosísimas inscripciones, fue esencial a la hora de posibilitar la labor de desciframiento de los jeroglíficos, consumada finalmente por el francés Jean-François Champollion en 1822.

A partir de este momento se sucedieron las expediciones científicas en el Valle del Nilo, siendo de destacar la franco-toscana dirigida por Champollion y Rosellini entre 1828 y 1830, así como la prusiana de Lepsius, entre 1842 y 1845. Era, sin embargo, necesario establecer unos organismos permanentes en Egipto mismo, que velasen por la integridad, la conservación y el estudio de los monumentos: éstos fueron el Museo de El Cairo y el Servicio de Antigüedades de Egipto, fundados ambos en 1858 por el francés Auguste Mariette, el cual fue sucedido en ambos cargos por su compatriota Gaston Maspero, sin lugar a dudas el egiptólogo más activo y prolífico de todos los tiempos.

Por otro lado, era necesario establecer la enseñanza de la egiptología en Europa. Ya Champollion había obtenido la primera cátedra de egiptología de la historia en 1831, en París, pero su prematura muerte en 1832 le impidió llegar a tener alumnos.

Sería, por consiguiente, Maspero el que logró instaurar de manera definitiva la enseñanza de la disciplina en Francia, extendiéndose la misma rápidamente al resto de países de la Europa culta. Al mismo tiempo se lograban

nuevos hitos científicos que culminaban con el desciframiento del demótico por Brugsch y con la realización de excavaciones sistemáticas con un riguroso método arqueológico en los principales yacimientos del país por parte de Petrie, que fue también el descubridor y primer sistematizador de la Prehistoria egipcia.

El siglo XX, finalmente, ha presenciado el establecimiento en Egipto de diversas misiones científicas, permanentes o periódicas, correspondientes a países tales como Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia, Bélgica, Polonia, Suiza, Holanda, Suecia, Austria, Estados Unidos, Chequia, Dinamarca, España, Canadá, Japón, Argentina y Grecia, entre otros, además obviamente de Egipto mismo y del Sudán, donde los restos materiales de la civilización egipcia son asimismo muy importantes.

Sobre la cronología y sobre la transcripción de los nombres propios

Los egipcios no utilizaron ningún sistema de cómputo continuo del tiempo, sino que contaban sólo los años de reinado de cada monarca. Sin duda, en los archivos debía haber listas de los años de reinado de los faraones sucesivos, pero las mismas o se han perdido o se conservan en estado muy lacunario. A la hora de establecer cronologías absolutas tan sólo son de alguna ayuda las eventuales indicaciones referentes al ciclo sotíaco o a otras observaciones astronómicas, o bien los ocasionales sincronismos con acontecimientos bien fechados acaecidos en países cercanos a Egipto. En estas circunstancias es fácil comprender las vacilaciones y discrepancias entre los diferentes autores, discrepancias que pueden ser de más de un siglo en el Imperio Antiguo para irse reduciendo lógicamente en el segundo y primer milenio hasta llegar a ser insignificantes en el Período Saíta.

Si bien las fechas que los egiptólogos manejan a partir del año 2000 deben ser ya muy cercanas a la realidad, no obstante las frecuentes y leves correcciones que imponen los especialistas acaban por ser irritantes a los ojos de cualquier no especialista, egiptólogo o no, sobre todo porque es obvio que faltan elementos para garantizar que cualquiera de las soluciones propuestas vaya a ser definitiva. Por consiguiente, algunos autores han optado recientemente por dar dos o incluso más cronologías distintas en la misma obra. Convencidos sin embargo de que esta solución no hace sino desorientar aún más al lector, por nuestra parte hemos optado por la solución salomónica de dar una sola fecha para cada acontecimiento, elegida según nuestro exclusivo criterio entre las varias propuestas ofertadas y buscando simplemente la coherencia interna entre las fechas de acontecimientos próximos en el tiempo. La cronología que hemos elegido tiene, como mínimo, la ventaja de ser la más acorde con los sincronismos propuestos por los antiguos historiadores y cronógrafos con respecto a la historia griega. El lec-

tor, en todo caso, deberá tomar buena nota de que las fechas que proponemos siguen siendo tan sólo aproximadas, aunque, eso sí, bastante cercanas a la realidad, a partir del mencionado año 2000 y hasta el momento de la conquista persa del año 525. Por supuesto, y aunque no volvamos a decirlo, todas las fechas hay que entenderlas como anteriores a nuestra era.

En lo referente a la transcripción de los nombres propios egipcios al castellano la anarquía es total, debido a la falta de tradición egiptológica escrita en esta lengua y a la notoria falta de competencia en la materia de la mayor parte de traductores de obras extranjeras al castellano.

Todo ello ha llegado hasta el extremo de dar carta de naturaleza a ciertas formas no basadas más que en la ignorancia de la forma correcta, o de acostumbrarnos a vacilaciones sin justificación alguna. Teniendo en cuenta que en esto sí que no es posible limitarnos a copiar cualquier sistema extranjero, pues cada idioma tiene su propia manera de transcribir los nombres propios de las lejanas civilizaciones antiguas, nosotros hemos adoptado un sistema propio, basado esencialmente en utilizar en principio las transcripciones griegas cuando existen y no deforman excesivamente las formas originales, y en caso contrario transcribir convencionalmente los nombres propios egipcios, adaptándolos lo mejor posible a los recursos fonéticos del alfabeto castellano. En todo caso, hemos renunciado radicalmente al uso de signos diacríticos que casi nadie comprende y que no tienen justificación alguna en obras de contenido no estrictamente filológico.

Estos principios de transcripción están recogidos en nuestra propia normativa publicada en 1987. Puesto que esta normativa no es, ni puede ser, taxativa al imponer el uso de una sola forma para cada nombre propio, al final de la obra damos un apéndice con la lista de las dinastías y de los principales reyes de Egipto, en la que junto a los nombres que hemos usado en este libro damos otros nombres asimismo legítimos. Por el contrario, hemos erradicado totalmente de la misma las formas de nombres absolutamente erróneas, por muy usuales que hayan sido hasta ahora entre nosotros. En cuanto a los nombres propios asiáticos que nos hemos visto forzados a utilizar, los hemos transcrito teniendo en cuenta la normativa elaborada para la onomástica asiriológica por Feliu y Millet, publicada en 1993.

Algunas generalidades sobre la Historia Antigua de Egipto

La primera historia de Egipto fue escrita en griego por Manetón, un sacerdote egipcio que cumplía así, en el siglo III, el encargo de su soberano Ptolomeo II. Dicha obra ha llegado hasta nosotros muy mutilada y reducida en lo esencial a una lista de reyes agrupados en dinastías. A pesar de ello, Manetón sigue siendo una fuente esencial de la Historia de Egipto, y los egiptólogos han aceptado convencionalmente la división de la historia egipcia en dinastías, tal y como la expuso Manetón. No obstante, hay que advertir ya de entrada

que no cabe entender las dinastías manetonianas en el sentido moderno de la palabra, es decir, como si se tratase de auténticas familias reinantes. En varias ocasiones sabemos que el fundador de una determinada dinastía es el hijo o el hermano del anterior monarca al cual ha sucedido con absoluta naturalidad, mientras que por el contrario algunas veces son atribuidos a una misma dinastía personajes sin ningún parentesco conocido entre ellos. De todo lo cual se deduce que muchas dinastías manetonianas hay que entenderlas en realidad como períodos, más o menos breves, de la Historia de Egipto.

Modernamente se han propuesto varias periodizaciones para dividir la dilatada Historia del Egipto faraónico, agrupando de distintos modos las dinastías manetonianas. De todas ellas el sistema que ha acabado imponiéndose, y que es generalmente aceptado sin mayor discusión, es aquel que divide la Historia de Egipto en tres imperios, el Antiguo, el Medio y el Nuevo, seguido cada uno de ellos de un Período Intermedio.

El sistema puede ser aceptado como propuesta de periodización válida, a condición de tener en cuenta que el Egipto faraónico no tuvo una proyección imperialista exterior de importancia más que en el Imperio Nuevo, permaneciendo el resto de su historia encerrado en sí mismo, amparado por su aislamiento y sin mostrar una especial agresividad para con los restantes pueblos conocidos del Oriente mediterráneo, con los que mantuvo en líneas generales relaciones distantes pero pacíficas. Por consiguiente, hay que entender los tres imperios como períodos de la historia egipcia en los que el Estado faraónico alcanzó su máximo poderío y esplendor, dominando con su omnipresencia todos los aspectos de la vida del país; se trata, además, de épocas de paz interior y de esplendor económico puestos de manifiesto por la actividad constructiva desarrollada en ellas, sin que de momento nos detengamos en las causas de ello. Por el contrario, hay que entender los tres períodos intermedios como épocas de crisis del poder del Estado, con sus secuelas consiguientes de guerras civiles y de decadencia económica. Finalmente, los egiptólogos abren la historia de Egipto con un Período Tinita que precede al Imperio Antiguo, y la cierran con un Período Saíta que sigue al Tercer Período Intermedio, en un afán obvio de hacer la periodización lo más simétrica posible.

Sin embargo, esta periodización no es ni mucho menos la única posible, y por supuesto no es la más satisfactoria, a pesar de que en este momento no haya más remedio que aceptarla, ya que ha sido la única que ha logrado imponerse a nivel internacional y ya es prácticamente imposible volverse atrás.

La trayectoria de la civilización egipcia ha permitido, por ejemplo, observar una época formativa, una época clásica y una época de decadencia de la misma.

El concepto de Egipto Clásico ha sido acuñado por los filólogos y es eminentemente usado por ellos para referirse tanto a la lengua como a la literatura de los tiempos axiales del largo desarrollo del Egipto faraónico. Aunque el término sea francamente menos usado tanto por historiadores como por historiadores del arte, no obstante también estos especialistas se

reconocen en el mismo y coinciden en su atribución cronológica: el Egipto Clásico corresponde a la época del Imperio Medio y a la primera mitad del Imperio Nuevo, más concretamente a los años de la Dinastía XVIII, y tiene dos períodos de crisis, correspondientes al Segundo Período Intermedio y al Período Amarniense. En efecto, la lengua y la literatura de esta época fueron tenidas por clásicas ya por los mismos egipcios de épocas posteriores, empezando por los de la misma época ramésida que corresponde a la segunda mitad del Imperio Nuevo con las dinastías XIX y XX, y es obvio que este sentimiento puede fácilmente extrapolarse a todos los otros aspectos de la civilización egipcia. En líneas generales puede decirse que los tiempos que van desde la Dinastía XI hasta la XVIII —del siglo XXI al XIV a.C.— son los que aportan la máxima madurez y búsqueda del justo equilibrio, frente al arcaísmo aún bien manifiesto del Imperio Antiguo y la decadencia progresivamente notoria de la Baja Época. Este clasicismo, como ya hemos dicho, tiene de todos modos una inflexión central debida a la ocupación extranjera de los hicsos, y una crisis final producida por la voluntad rupturista del faraón Ajenatón, tras la que fue imposible una vuelta atrás dejando las cosas tal como estaban antes de la crisis, ya que las fuerzas desencadenadas de la involución impusieron una auténtica dictadura que rompió de forma irremediable el equilibrio y la madurez anteriores.

La consideración de una época clásica de la civilización egipcia, precedida de una época arcaica o formativa y seguida de una época de decadencia, se corresponde muy aproximadamente con la división tripartita que ya el mismo Manetón hizo de la historia egipcia, a la que dividió en tres libros, división que a su vez fue seguida por algunos historiadores entre los que hay que destacar especialmente a Maspero. Esta propuesta de periodización, surgida hace más de cien años, dividía la Historia de Egipto en Monarquía Menfita, de las dinastías I a la X, centrada en el tercer milenio; Monarquía Tebana, de las dinastías XI a la XX, centrada en el segundo milenio, y Monarquía Saíta, de las dinastías XXI a la XXX, ya durante el primer milenio. Como tendremos ocasión de ir comprobando, esta periodización responde a causas históricas profundas y por ello también nosotros utilizaremos los conceptos de monarquía menfita, tebana y saíta a lo largo de esta obra cuando lo consideremos oportuno.

Tradicionalmente se hace empezar la Historia de Egipto con el advenimiento de la Dinastía I, unos tres mil cien años a.C. No obstante, aquí seguiremos la formación del Estado faraónico desde sus primeros y balbuceantes pasos en tiempos predinásticos, trazando incluso un breve cuadro de lo que sabemos de época neolítica, con el fin de poder describir todo el proceso histórico egipcio desde sus mismos orígenes. En cuanto al final de esta obra, dejaremos Egipto al término del reinado de Cleopatra VII. Con ello somos conscientes de habernos desviado del uso habitual de los egiptólogos que cierran la Historia de Egipto con la conquista del país por Alejandro Magno. Sin embargo, pensamos que, aunque regido por una dinastía extran-

jera, el estado faraónico sobrevivió durante el Período Ptolemaico, así como la civilización egipcia, de modo que no pueden suprimirse estos siglos sin mutilar el desenlace final de la Historia del Egipto faraónico.

En suma, Egipto se nos presenta como el primer Estado territorial de la Historia, situación que alcanzó ya en el curso del cuarto milenio. Ello le obligó a poner trabajosamente en pie una poderosa organización centralizada desde muy pronto, que permitiese al Estado faraónico administrar eficazmente los enormes recursos materiales y también humanos del país. Al contrario de los estados mesopotámicos y del resto del Próximo Oriente, puede decirse que el Egipto faraónico no tuvo prácticamente enemigos exteriores —salvo contadas excepciones—, de modo que su historia varias veces milenaria es la historia de una civilización, muchas veces encarnada en un Estado, que evolucionó debido sólo a factores internos y sin apenas interferencias ajenas.

Fueron sólo egipcios quienes encumbraron varias veces al Estado, y sólo egipcios los responsables de derribarlo, para rehacerlo nuevamente a partir de sus propias cenizas.

A lo largo de los siglos y de los milenios el Estado faraónico aprendió a mejorar progresivamente sus mecanismos de control de la producción y de la explotación de los recursos del país, pero jamás dejó de explicitar los principios de reciprocidad para con sus administrados, fundamento jurídico último en que se basaba su legitimidad. Mejor o peor, el Estado faraónico logró alcanzar un cierto equilibrio con sus súbditos, al mantener en términos relativamente moderados sus exigencias en prestaciones y tributos. De su éxito dan fe no sólo su larga supervivencia por encima de todo tipo de avatares políticos, sino también el hecho de que durante todo este tiempo Egipto fuese un Estado mucho más humano e incruento que cualquier otro Estado oriental, tanto en su trato con sus administrados como con sus mismísimos enemigos.

Consideraciones sobre el Egipto faraónico y la filosofía de la Historia

La Historia del Egipto antiguo presenta un interés excepcional para los historiadores: el de poseer unos cuatro mil quinientos años de desarrollo continuo, relativamente bien conocidos. Durante todo este tiempo, el país evolucionó tan sólo por causas internas, con escasas influencias del exterior.

Ya desde la Antigüedad se observó que la larga Historia de Egipto aparenta ser cíclica. Es esta impresión la que los historiadores modernos han intentado reflejar dividiendo, con más o menos fortuna, la historia egipcia en monarquías o imperios. Los mismos egipcios, de hecho, tenían la sensación de un constante retorno a un orden ideal, que acabaron identificando de forma más o menos difusa con el Imperio Antiguo.

En la actualidad, el vocabulario corriente de los egiptólogos intenta caracterizar los distintos períodos de este ciclo con conceptos o palabras modernas tales como feudalismo, imperio, socialismo de Estado, burguesía, modo de producción asiático, esclavismo, estatismo, etc. Sin embargo, ¿hasta qué punto es ello lícito? Si por un lado es obvio que el historiador tiene derecho a intentar definir con conceptos actuales realidades históricas pretéritas para las que no existe un vocabulario antiguo adecuado o simplemente comprensible, por otro también es razonable esperar de este mismo historiador que demuestre la bondad de los conceptos y del lenguaje que utiliza. Vamos, pues, a intentarlo en el caso que nos ocupa.

Se insiste, por ejemplo, en el feudalismo egipcio, llegándose a contabilizar hasta cuatro períodos feudales en la Historia de Egipto. Veamos cuáles son las características de los mismos. En primer lugar, la práctica inexistencia del Estado, lo que se acompaña con el predominio de las relaciones de fuerza para ostentar el poder. Se asiste también al fraccionamiento del mismo en provincias y a su transmisión por vía de herencia. No hace falta ser un experto, a la vista de estos hechos, para percatarse de que las características del llamado feudalismo egipcio le acercan de manera sustancial a lo que sabemos del feudalismo europeo de la Edad Media. Por consiguiente, nos parece adecuado el uso de este término en la Historia de Egipto, con todas las matizaciones o precisiones que se crea necesario introducir.

El feudalismo pues, tal y como lo acabamos de definir, se nos aparece como el sistema político más primitivo conocido en Egipto, ya que caracteriza la época predinástica. Después se alza como sistema predominante durante el Primero y Tercer Período Intermedio, sobre las ruinas, respectivamente, del Estado del Imperio Antiguo y del Imperio Nuevo. Por lo que respecta al Segundo Período Intermedio, es necesario introducir una serie de matizaciones que diferencian éste de los otros períodos intermedios, debido a la intervención de agentes extraños, de los cuales trataremos en su lugar correspondiente.

Dejando pues de lado por ahora el caso del Segundo Período Intermedio, vamos a intentar establecer los paralelismos existentes entre el primero y el tercero. Durante el Imperio Antiguo, el poder del Estado empezó a ser socavado desde época de la Dinastía V por el clero heliopolitano de Re. Este proceso se caracteriza por la acumulación de cargos burocráticos por unas pocas personas que se constituyen en auténtica nobleza cortesana en Menfis. Pero los abusos inmoderados de esta nobleza ocasionaron la ruina del Estado y, con ella, la suya propia. Al mismo tiempo, el Estado intentaba sobrevivir aumentando la carga fiscal sobre los estamentos sociales no privilegiados que no tenían excusa para zafarse de ella, y reforzando el aparato burocrático en los escalones no codiciados por la nobleza o salvaguardados por el faraón, pero todo ello ocasionó complicaciones crecientes que acabaron haciéndole ineficaz. Entonces, durante la Dinastía VI, las riquezas y el poder desertaron de la corte menfita y huyeron a las provincias; los antiguos

cargos burocráticos del Estado se convirtieron en títulos nobiliarios que se transmitían por herencia, y los nomarcas, antiguos funcionarios a cuyo cargo estaba el gobierno de las provincias, acapararon los poderes civiles, militares y religiosos en sus respectivos nomos. El faraón perdió así el control efectivo de las provincias y se convirtió en mero soberano nominal, el Estado desapareció y Egipto entró en el Primer Período Intermedio.

Paralelamente, durante el Imperio Nuevo el poder faraónico fue socavado progresivamente por el clero de Amón en Tebas. Tras la crisis político-religiosa de la época de Ajenatón, acabada con el triunfo del clero amoniano a finales de la Dinastía XVIII, los últimos faraones del Imperio Nuevo intentaron desplazar constantemente a sacerdotes y funcionarios, así como a sus hijos, cambiándoles de destino. Después de la experiencia de finales del Imperio Antiguo, el estado del Imperio Nuevo intentaba así impedir la consolidación de dinastías paralelas en los nomos. Al mismo tiempo lucharon mediante decretos contra la corrupción administrativa, y obligaron a los hijos a ejercer el oficio de su padre, para garantizar la continuidad de la actividad productiva. Pero todas estas medidas no pudieron evitar el nuevo fracaso del Estado centralizado, ya desde finales de la Dinastía XIX. Su decadencia era ya irreversible con la Dinastía XX y durante el reinado de Rameses XI, último soberano de la misma, en medio de una crisis política y social aguda el clero de Amón tomó el poder en el Alto Egipto, donde creó un Estado teocrático, al tiempo que se inició la fragmentación política de Egipto. El país entraba así en el Tercer Período Intermedio.

La descomposición del poder de la monarquía y la imposibilidad de la aristocracia por hacerse con él de una forma estable a comienzos del Primer Período Intermedio en la zona urbana de Menfis ocasionó una revolución social en la capital que parece haber propiciado, de forma efímera, una especie de gobierno de carácter democrático o, como mínimo, colegiado. Este tipo de gobierno no pudo sostenerse mucho tiempo, pero dejó su huella indeleble en la monarquía heracleopolitana. A finales del Imperio Nuevo, por el contrario, el clero tebano no dio lugar a veleidades de este tipo, pero a pesar de controlar la situación con mano férrea no pudo evitar determinadas situaciones conflictivas protagonizadas por las masas populares. Estos intentos abortados nos permiten, de todos modos, sospechar que también en Egipto se pudo producir, al igual que en Grecia y bajo determinadas circunstancias, la sucesión de un régimen monárquico por uno aristocrático, y de éste por un amago de régimen democrático. Eran éstos, según Aristóteles, los tres únicos regímenes políticos existentes, y en las ciudades-estado griegas se sucedieron efectivamente en este orden. Si en Egipto el régimen democrático no pudo consolidarse es probablemente porque la estructura del país, organizado como Estado territorial, no lo permitió, produciéndose de todos modos sus efímeras pero significativas manifestaciones en las grandes concentraciones urbanas de Menfis y Tebas.

También cabe paralelizar la manera como Egipto salió del régimen feudal durante el Período Tinita, a comienzos del Imperio Medio y a comienzos del Imperio Nuevo. En estos tres momentos históricos tenemos datos que nos inducen a pensar que el Estado, en lucha abierta con el feudalismo, buscó aliados más o menos coyunturales en la burguesía, es decir en los habitantes de las ciudades, fabricantes, artesanos y armadores, e incluso en los campesinos; el objetivo primero de tales alianzas no era sino acabar con los privilegios de la aristocracia feudal, sustituyéndolos en sus puestos de gobierno provincial por funcionarios. Durante el Imperio Antiguo el constante refuerzo y la reglamentación del funcionariado implicó la creación de un rígido escalafón. Pero este complejo aparato burocrático tan laboriosamente levantado se desmoronó, como ya hemos dicho, ante los embates de la aristocracia, y las medidas demasiado simplistas decretadas por Fiope II y por Mentuhotep II para restablecerlo fracasaron por utópicas. De manera que los sagaces faraones de la Dinastía XII emprendieron unas directrices políticas con idéntico objetivo mucho más pausadas, pero que a la larga se revelaron más eficaces. Finalmente, cabe recordar que tras el derrumbe del poder hicso, y de la superestructura feudal que conllevaba, la política imperialista de los primeros reyes de la Dinastía XVIII parece haberse sustentado, económicamente hablando, en una alianza de la monarquía con la burguesía de las ciudades del Bajo Egipto. En todos estos casos podemos observar que el Estado faraónico perseguía siempre un objetivo último constante: la imposición de su autoridad absoluta a través del desarrollo de la burocracia.

Como puede suponerse, algunos de los planteamientos precedentes se basan por ahora tan sólo en ciertos datos de interpretación más o menos dudosa. Pero no por ello, aun reconociendo lo que tienen de arriesgado, hemos decidido dejar de incluirlos en esta introducción general. Hay que tener en cuenta además la dificultad inherente a las propias fuentes egipcias utilizables que, como puede suponerse, no facilitan este tipo de estudios. Sin embargo, ello no impide que la desarrollada sociedad egipcia conociese las mismas tensiones históricas que cualquier otra sociedad humana con un nivel equiparable de desarrollo. Por todo lo cual creemos lícito que el historiador en ocasiones se arriesgue algo, si con ello puede ir un poco más allá de la mera historia fáctica y así ayudar a hacer ingresar el Egipto faraónico dentro de la Historia Universal, acercándolo así a nuestra propia experiencia histórica y alejándolo de la mera curiosidad exótica.

El Neolítico egipcio

Al final del Paleolítico Superior se inició el proceso de desertización del Sahara, proceso que avanzó de forma progresiva para culminar ya en plena época histórica, y que ocasionó el también progresivo abandono del noreste de África por parte de la caza. Como consecuencia, el hombre mesolítico

tuvo necesidad de ser cada vez más nómada, comprendiendo en sus desplazamientos en pos de la caza amplias regiones. Así, el Mesolítico egipcio se caracteriza por un pronunciado regionalismo, cuyas industrias perpetúan las del Paleolítico Superior: Sebiliense en el Alto Egipto, Ateriense en el Egipto Medio y en el oasis del Jarga, cultura de Heluán en la región de Menfis. El Sebiliense y el Ateriense se caracterizan por su microlitismo. Se ha supuesto que los aterienses podrían corresponder al sustrato de población nilótica. En cuanto a la cultura de Heluán, está estrechamente emparentada con el Natufiense de Palestina, y se ha supuesto que podría tratarse de asiáticos.

Sabemos que en Jericó, muy cerca de Egipto, hay Neolítico desde antes del 6800. Por otro lado, el Neolítico de la cueva de Haua Fteah, en Cirenaica, ha sido fechado hacia el 4850. Y si remontamos el Valle del Nilo, conocemos diversas culturas a caballo entre el Mesolítico y el Neolítico en la Baja Nubia, así como el característico Neolítico de Jartum, ya en pleno Sudán, cultura neolítica que empieza en la primera mitad del 5.º milenio. A pesar de los problemas que experimenta la datación radiocarbónica de la Prehistoria egipcia, hay que llegar a la conclusión lógica de que el Neolítico llega a Egipto como resultado del período de lluvias que se produjo a finales del 6.º milenio y que corresponde al incremento de la agricultura en todo el Próximo Oriente.

Una de las principales culturas neolíticas egipcias es la del Fayum A, cuyos orígenes se sitúan en torno al año 5200, desarrollándose hasta el 4400 aproximadamente. Se trata de un Neolítico evolucionado, con una agricultura ya avanzada, demostrada por las variedades de trigo y cebada existentes; poseía además una pesca muy abundante y ya conocía una ganadería rudimentaria. Esta cultura dominaba el trabajo de la piedra, modelaba cerámica todavía muy primitiva y poseía ciertas relaciones comerciales, como lo demuestra la presencia de determinados objetos exóticos; también conocía la cestería. Los portadores de la cultura neolítica del Fayum A —descendientes de los grupos epipaleolíticos del Fayum B— eran aún seminómadas que no poseían poblados mínimamente estables, sino simples campamentos estacionales. Sostenían además fuertes relaciones con los grupos neolíticos del Sáhara oriental, con los cuales estaban probablemente emparentados, si bien sostenían también importantes relaciones con la importante cultura neolítica del Delta.

Otra cultura neolítica es la del oasis de Siwa, que está relacionada con la del Fayum. Más importante es el Neolítico del oasis del Jarga, con industrias separadas correspondientes respectivamente a nómadas cazadores y a agricultores sedentarios; a estas culturas corresponden los grabados rupestres descubiertos en la zona. El Neolítico del Jarga se relaciona con las culturas del Fayum y de Siwa, así como con la de Nagada I.

El yacimiento neolítico más relevante de Egipto es el de Merimda, en Beni Salama, que se encuentra al oeste del Delta y en el borde mismo del

desierto. Se trata de un enorme poblado que comprende tres fases en su evolución, fechada en conjunto entre los años 5500 y 4350. La cultura merimdiense es originaria del suroeste asiático y se relaciona con el Fayum A. También en el Bajo Egipto se encuentran los yacimientos neolíticos de El Omarí, en el Wadi Hof; sin embargo, éste ha sido definido como un neolítico africano, aunque con relaciones con la cercana Palestina, fechable entre el 4600 y el 4400.

Del Alto Egipto sólo conocemos hallazgos superficiales correspondientes a esta época, justo para poder decir que la región era ocupada durante el Neolítico. A ellos ha venido a juntarse recientemente el yacimiento de El-Tarif, en la región de Tebas, caracterizado por sus industrias líticas que le emparentan con las de la Baja Nubia. Este yacimiento debe fecharse entre finales del 6.º y finales del 5.º milenio, siendo el nivel neolítico sucedido directamente por otro perteneciente a la cultura de Nagada. Asimismo, el resto de yacimientos pospaleolíticos más antiguos conocidos en el Alto Egipto son ya calcolíticos.

2. La formación del Estado faraónico

Introducción metodológica

Para el estudio de los orígenes de la Historia de Egipto, disponemos esencialmente de dos tipos de documentación. Por un lado, la documentación arqueológica, que procede mayoritariamente del Alto Egipto y sólo en menor grado del Delta, y que corresponde al período denominado Calcolítico por los prehistoriadores. Por otro, la documentación literaria, contenida esencialmente en los *Textos de las Pirámides,* compilados en santuarios del norte y recogidos tardíamente en algunas pirámides de las dinastías V y VI, a los que hay que añadir determinadas listas reales cuya información procede asimismo del Bajo Egipto. La escasa información arqueológica procedente del Delta se debe únicamente a la configuración geológica del mismo, que hace muy difícil, por no decir imposible, excavar en él y hallar los restos de ciudades y monumentos de cualquier época faraónica, y con más razón de tiempos pre y protodinásticos.

De todas maneras, la procedencia de la información literaria, así como la tradición que nos transmite, nos aseguran el mayor desarrollo de la civilización del Bajo Egipto, con respecto a la del Valle. Sin embargo, existen dificultades enormes para hacer cuadrar las dos mencionadas series de datos. A los lógicos problemas que presenta la confrontación de la información arqueológica y la literaria en una época protohistórica como es la que nos

ocupa, hay que añadir la circunstancia de que ambos tipos de información se refieren a zonas geográficas generalmente distintas.

Ante este complejo panorama, las actitudes de los investigadores son muy distintas e incluso contradictorias. Así, egiptólogos y filólogos han intentado reconstrucciones del proceso histórico de esta época que bien poco se parecen entre sí, e incluso hay quien ha mantenido una posición hipercrítica afirmando que es imposible llegar ni tan sólo a acercarnos a la verdad de lo ocurrido, actitud que nos parece de todos modos poco justificable. Por el contrario, prehistoriadores y antropólogos se han limitado a describir las civilizaciones materiales conocidas así como su evolución, ignorando consciente o inconscientemente la información literaria, y llegando en algunos casos a negarle toda validez para defender seguidamente el mayor nivel de civilización del Alto Egipto y su influencia sobre el Delta. Pero estas hipótesis, que se basaban no sólo en la ausencia de pruebas arqueológicas del Bajo Egipto, sino también en la negativa de admitir la validez de unos testimonios escritos, de interpretación compleja pero formales y coherentes a la hora de reivindicar el papel del norte frente al sur en la protohistoria egipcia, han debido ser revisadas estos últimos años, a la vista de los recientes hallazgos arqueológicos efectuados en el Delta.

Por nuestra parte hemos intentado, en este capítulo, una reconstrucción basada en los hechos, a veces aislados, que se consideran probados, e intentado lo mejor que hemos sabido la combinación de los datos literarios con los arqueológicos. Creemos que el interés de lo que en esta época ocurría en Egipto justifica el hecho de que quizá nos hayamos arriesgado algo.

El origen de la civilización egipcia

Desde finales del Neolítico el Delta del Nilo había empezado a conocer un mayor nivel de desarrollo que el Valle: extensos poblados como los de Merimda y El Omarí no poseen parangón en el sur. A la civilización del Omarí, que no conoce aún el cobre, pertenece un enterramiento con un esqueleto que sostiene lo que parece ser un cetro ames, lo cual prueba la remota antigüedad de algunos emblemas faraónicos.

Por otro lado, no hay trazas de invasiones o movimientos de población importantes durante el Período Predinástico, lo cual demuestra la continuidad del poblamiento entre el final del Neolítico y la época dinástica. Los habitantes de las orillas del Nilo debían hablar ya egipcio, lengua camito-semita de tipo sintético que se sobrepuso probablemente durante el Neolítico a una lengua nilótica, que dejó trazas en el vocabulario egipcio. Con el tiempo, el sustrato nilótico transformaría el egipcio y acabaría convirtiéndolo en una lengua analítica.

Durante el Período Predinástico es lógico suponer que el Bajo Egipto debió seguir conociendo un mayor nivel de desarrollo que el Alto Egipto: a

su mayor fertilidad hay que añadir la existencia de relaciones con Asia, tanto por tierra como por mar. Sin embargo, no conocemos restos arqueológicos de esta época en el Delta, y sólo los yacimientos relacionados con la cultura maadiense a partir de comienzos del 4.º milenio. Sin embargo, la maadiense es una cultura ya plenamente metalúrgica, de modo que nos encontramos con un salto de la cultura material entre el Neolítico final, premetalúrgico, y el Maadiense, lo cual ha llevado a algunos investigadores, como Midant-Reynes, a postular recientemente la existencia de un estadio cultural intermedio, premaadiense, no documentado por ahora en el Delta pero al que cabe atribuir, hipotéticamente, algunos influjos detectados en el Egipto Medio —en Sedment— e incluso en el Alto Egipto: en conjunto, poca cosa de momento, pero ello no tiene nada de particular si se tiene en cuenta que estas regiones, al sur del Delta, debían estar muy escasamente pobladas.

Por nuestra parte, creemos que la existencia de este estadio premaadiense en el Delta permite no sólo salvar el hiatus existente entre las civilizaciones neolíticas y el Período Predinástico, cubriendo el espacio cronológico de la segunda mitad del 5.º milenio apenas alcanzado por el Neolítico final, sino que además nos autoriza a paralelizar la situación del Bajo Egipto con la de las diversas regiones del Próximo Oriente asiático, con las cuales el Bajo Egipto tenía ya estrechas relaciones desde época neolítica y que precisamente durante la segunda mitad del 5.º milenio registran la aparición y el desarrollo de las primeras civilizaciones calcolíticas. A estas alturas, no resulta lógico pensar que el Bajo Egipto quedase descolgado del pujante desarrollo de la civilización que registran sus vecinos asiáticos y, puesto que sabemos que antes y después el Delta del Nilo tuvo un nivel de civilización que corría parejo al de sus «corresponsales» asiáticos, con los cuales mantenía estrechas relaciones, lo lógico es que también fuese así en esta segunda mitad del 5.º milenio. Desgraciadamente, nos faltan aún para esta etapa las pruebas arqueológicas, debido a las dificultades que ya hemos apuntado. Sin embargo, creemos plausible atribuir a esta época algunos hechos de civilización cuya memoria nos ha sido ya conservada por los textos religiosos posteriores, y que como mínimo nos permiten hacernos una idea aproximada del desarrollo de los acontecimientos que empezaron a producirse en el Delta y en los que cabe ver el auténtico origen de la civilización egipcia.

En época histórica los nomos eran las células administrativas del país; así, el Estado podía considerarse constituido por la simple agregación de nomos. Cada nomo estaba dotado de un sistema administrativo idéntico y completo, que dependía directamente de los servicios centralizadores de palacio. Cada uno de ellos tenía una capital, donde se hallaban los servicios administrativos del nomarca, el templo de un dios considerado Señor de la ciudad y del nomo, y un mercado al que podían acudir los lugareños de las aldeas más alejadas y volverse el mismo día.

Tradicionalmente, además, se consideraba al nomarca como sumo pontífice del dios local, situación que tendería a reproducirse en los períodos intermedios de la historia egipcia, al flaquear el poder real y tender los nomos a independizarse convertidos en principados, volviendo al localismo del que les sacara la unificación monárquica.

Así pues, los nomos fueron también las células primitivas de la constitución política del Estado egipcio, mini-estados autónomos originarios agrupados en torno a un santuario y regidos por un príncipe hereditario que era sacerdote al mismo tiempo. En los nomos se iniciaría el proceso expansionista que culminó con la creación de la monarquía faraónica, suma de todos los nomos. Sin embargo, la expansión por anexiones sucesivas respetó siempre las instituciones, las concepciones y las costumbres del anexionado, asimiladas incluso si convenía por el anexionador. Este método culminaría con la anexión del Delta por el Alto Egipto.

Poseemos un testimonio directo de la religión de época predinástica en los *Textos de las Pirámides,* los cuales fueron conservados por la tradición oral antes de ser puestos por escrito. Según los *Textos de las Pirámides,* los elementos primarios de la religión egipcia son los dioses locales, cada uno divinidad suprema en su nomo, siendo el propio faraón —heredero directo del nomarca— el sumo sacerdote de cada uno de ellos. De esta manera, los dioses locales independientes entre sí corresponden al estadio de los nomos predinásticos, cuando también ellos eran independientes.

Entre los cultos más antiguos conocidos en el Delta podemos citar el de Horus u Horo en Behudit del Norte y el de Neit en Sais; en cambio, sabemos que en Busiris el dios Osiris se superpuso a una divinidad anterior, Andyeti. Cabe, asimismo, suponer que el culto a los animales sagrados en época histórica fuese supervivencia de una zoolatría primitiva, cuya existencia parece corroborada por los enterramientos de animales, así como por las figurillas y estandartes con su representación, de época predinástica. También avala esta zoolatría primitiva el hecho de que los nombres propios de algunos dioses terminados en *-w* parecen designar primitivamente a su animal sagrado correspondiente; por no citar más que algunos ejemplos, recordemos los casos de Anupu (Anubis) *El del chacal,* Jnumu (Cnum) *El del morueco,* y Atumu (Atum) *El de la anguila* (?), entre otros. En época predinástica son, pues, muy característicos los animales sagrados figurando en los estandartes de sus nomos correspondientes.

Poseemos representaciones de templos hechos de materiales ligeros, por ejemplo en Sais; sin embargo, no se ha conservado ninguno que sepamos. En cuanto a los ritos funerarios, atestiguan la creencia de la necesidad de la conservación del cuerpo así como de las ofrendas alimenticias al mismo en la tumba, para asegurarle así una vida en el más allá. Estas creencias subsistieron hasta el final de la historia de la civilización egipcia, por encima incluso de otras creencias, osiríacas o heliopolitanas, por ejemplo.

Al principio, la agricultura se basó en la irrigación incontrolada, asegurada de todos modos por las crecidas anuales del Nilo; más adelante, en la irrigación controlada, que exigió la realización de los primeros trabajos tales como la creación de sistemas de diques y acequias, la nivelación del suelo, etc. Estos trabajos agrícolas, totalmente terminados en época histórica, fueron sin duda ultimados en el Delta (alrededor del año 4000) antes que en el Valle del Nilo (hacia el año 3600), durante el Predinástico Antiguo.

Los excedentes agrícolas consiguientes permitieron el desarrollo acelerado de la civilización: grandes ciudades se formaron en el Delta, en las que pronto apareció la división del trabajo y la estratificación social; fue en estas ciudades donde se inventaría la escritura. La existencia de alguna de estas ciudades está documentada arqueológicamente. De todos modos, su existencia está también atestiguada por las menciones que de ellas tenemos tanto en los documentos del Período Tinita como en los *Textos de las Pirámides,* en los que podemos leer los nombres de Sais, Buto, Letópolis, Busiris, etc. El calendario solar de 365 días es, con toda probabilidad, asimismo, un invento predinástico sucedido en el Delta. Dicho calendario poseía ventajas evidentes a la hora de calcular las estaciones del año y de ahí su rápida adopción por los egipcios. Sin embargo, nunca llegaron a añadir años bisiestos, con lo cual cada cuatro años el año oficial egipcio se separaba un día del año astronómico, produciéndose un ciclo de 1.460 años hasta que ambos años volvían a coincidir. Éste es el ciclo sotíaco, cuyas ocasionales indicaciones en inscripciones de época histórica son de tanta ayuda para establecer una cronología absoluta. El cálculo astronómico permite situar esta invención en una fecha próxima al año 4241.

El Período Predinástico Antiguo

El Período Predinástico Antiguo empieza en el Egipto Medio con el Badariense, cultura que representa de hecho una ruptura abrupta con la situación anterior tanto del Medio como del Alto Egipto. De hecho, nada aquí permitía suponer el repentino y acelerado desarrollo que conocerá la civilización a partir de este momento, todo lo cual ha permitido a los arqueólogos hablar de final de la Prehistoria y de comienzo de la Protohistoria, resaltando los prácticamente nulos ligámenes existentes entre los escasos grupos neolíticos seminómadas de la región y la originalidad y dinamismo de la primera civilización predinástica. De hecho, sólo se le puede señalar al Badariense un precedente inmediato: el del Tasiense, documentado en Deir Tasa y en Mostaguedda, localidades del Egipto Medio situadas algo más al norte que el Badariense. Considerado comúnmente como una simple facies local algo más antigua del mismo Badariense, no obstante hay que resaltar un hecho significativo que permite individualizar netamente el Tasiense, tanto cultural como incluso cronológicamente: el Tasiense no conoce aún el metal, con

lo cual debe ser clasificado como una cultura del Neolítico final. Además, los prehistoriadores han puesto de manifiesto asimismo su procedencia del norte, con cuyas culturas neolíticas el Tasiense presenta claras relaciones; y su misma posición septentrional, con respecto al conjunto de yacimientos del Predinástico Antiguo del Alto Egipto, no hace sino evidenciar aún más el origen septentrional de la cultura que representa el primer embrión de la pujante civilización predinástica del Valle del Nilo.

El Tasiense fue, pues, sucedido por el Badariense, no siendo éste de hecho más que un simple desarrollo cultural del anterior, si bien con una innovación importante: el Badariense conoce ya el cobre, aunque no lo funde todavía, sino que lo trabaja mediante martilleado. Ello es ya suficiente para considerarlo como perteneciente al Calcolítico y para justificar que con él se haga empezar el Predinástico Antiguo en el Alto Egipto. Desde el punto de vista geográfico, el Badariense se localiza en la misma región del Egipto Medio que el Tasiense, si bien extendiéndose netamente más hacia el sur, diseminándose sus ricas tumbas, con ajuares funerarios sorprendentemente «opulentos», por una franja de más de 30 km de la orilla oriental del Nilo.

El Badariense se sitúa entre los últimos años del 5.º milenio y los primeros del 4.º milenio, hasta tal vez el 3800 a.C. Ya hemos resaltado anteriormente los prácticamente nulos ligámenes que hay entre el Badariense y los grupos neolíticos del Alto Egipto, de la región de Tebas especialmente, lo cual caracteriza el abrupto cambio que representa esta cultura con respecto a la situación anterior. En cambio, el Badariense presenta interesantes relaciones que se han podido documentar arqueológicamente, no sólo con las zonas mineras productoras de cobre del Sinaí, sino también con la cultura Gasuliense de Palestina. Personalmente, estamos convencidos de que estas relaciones debieron pasar necesariamente por el Delta. La lógica geográfica, así como la de la dinámica interna de la historia parece exigir que ello sea así, y el hecho de que estas relaciones no hayan podido demostrarse hasta la fecha es tan sólo debido al hiato existente en nuestros conocimientos —aún bien precarios— del desarrollo de las culturas arqueológicas del Bajo Egipto, hiato que, como recordaremos, podría tal vez llenarse con un teórico estadio premaadiense. Quizá la prosecución de la investigación arqueológica en el Delta permita próximamente resolver este problema, que de momento debe quedar pendiente de resolución definitiva.

El Badariense también se extendió por las vecinas montañas del actual desierto oriental, que en aquel momento no era tal desierto. El interés de esta zona residía, sobre todo, en sus minas, pero además es muy posible que a través de ella los badarienses alcanzasen el mar Rojo, a través del cual pudieron asimismo contactar con el Sinaí y con Palestina.

El Badariense es considerado, a su vez, por los arqueólogos como una variante local precoz de la civilización de Nagada. En cuanto a ésta, se considera que nace poco después algo más al sur, dando lugar a la fase Nagada I o Amraciense (3800-3600), cuyo ámbito geográfico es el del Badarien-

se —al cual se superpone estratigráficamente— más la región de Tebas, ya en pleno Alto Egipto. Queda, así, puesta de manifiesto la estricta continuidad cultural existente entre el Tasiense, el Badariense y la civilización de Nagada, que marca además una neta progresión geográfica a partir del Egipto Medio hacia el sur. Queda, creemos, puesto de manifiesto asimismo el origen septentrional de la civilización predinástica del Alto Egipto.

Hay que destacar la unidad profunda de la civilización de Nagada, con elementos comunes que persisten durante todo su desarrollo a pesar de la evolución que sufrió durante ochocientos años, y que ha permitido su división en tres fases sucesivas. Esta unidad profunda, apreciable más allá de los cambios aparentes, nos permite asegurar que en el Alto Egipto no hubo ruptura ni étnica ni cultural durante el Período Predinástico.

La cultura material del Predinástico Antiguo se caracteriza por la cerámica hecha a mano artísticamente decorada, y por el conocimiento del cobre nativo, trabajado mediante martilleado. Durante este período sólo existía la irrigación natural de las tierras de labor mediante las crecidas del Nilo. Los poblados y las necrópolis se encontraban en las terrazas desiertas del río, relativamente lejos por consiguiente de los campos inundables. Con una agricultura más primitiva que la de sus contemporáneos del Delta, y con menos tierra apta para el cultivo y el pastoreo, la economía de estos pueblos se apoyaba aún en gran manera en la pesca y la caza. Por otro lado, no conocían todavía una formación social estratificada.

La iconografía nos ayuda poco a conocer su religión; tan sólo podemos afirmar que no existen pruebas de la existencia de una diosa-madre. Algunas de las divinidades primitivas del Alto Egipto nos son conocidas de todos modos por la aparición de sus emblemas en paletas de piedra para cosméticos que hacen su aparición en la época de Nagada I y que muestran unos primeros rasgos decorativos: de esta manera sabemos ya de la existencia de Min de Coptos o de Hathor. De otras divinidades, en cambio, sólo tenemos conocimiento por alusiones posteriores; se trata de Jentamentiu en Abido, de Set en Ombo, etc. Hay que señalar, en todo caso, la importancia creciente de Ombo, patria de Set, documentada por su necrópolis de Nagada, precisamente la más importante numéricamente de la civilización a la que ha dado nombre.

Si creemos que la civilización de Nagada tuvo un lejano origen septentrional, debido a impulsos culturales y probablemente demográficos llegados del Bajo Egipto hacia el Neolítico final y, tal vez, en el momento de tránsito hacia el Calcolítico, también es cierto de todos modos que durante el Predinástico Antiguo no hubo contactos de importancia entre el Alto y el Bajo Egipto, debido probablemente al escaso poblamiento de la zona septentrional del Egipto Medio en esta época. Esto determinó que las civilizaciones materiales del Valle y del Delta evolucionasen de manera netamente diferenciada durante la primera mitad del 4.º milenio. Así, mientras en el Alto Egipto la cultura de Nagada iniciaba su asombroso proceso de desarro-

llo, bien asentada sobre todo en la Tebaida cuyas posibilidades agrícolas y mineras empezaban a ser explotadas de manera sistemática, siendo las principales responsables del nivel de riqueza alcanzado, hacia esta misma época las ciudades del Delta sabemos que alcanzaban a su vez un alto nivel de riqueza, que entre el 4000 y el 3500 corresponde al desarrollo de la cultura de Maadi; ésta es una cultura ya plenamente metalúrgica, con un alto nivel de desarrollo basado tanto en el dominio de la técnica como en sus relaciones comerciales exteriores con Asia, tanto por vía terrestre como marítima. Con todo, la arqueología no es, ni mucho menos, nuestra única fuente de conocimiento de las ciudades del Delta, ya que también otros tipos de documentos, como las paletas predinásticas o los textos administrativos tinitas, además de los textos religiosos ya mencionados, nos proporcionan información sobre ellas. Fue ésta una época turbulenta para la que se han propuesto varias reconstrucciones históricas, basadas en las alusiones contenidas en los textos religiosos; sin embargo, estas reconstrucciones presentan el grave inconveniente de ser tanto más hipotéticas cuanto más alejadas en el tiempo. De todos modos, una posición hipercrítica con respecto a ellas tampoco es justificable.

Con seguridad, los nomos empezaron a agruparse en confederaciones o reinos, llegando a aparecer de esta manera una Confederación de Oriente y otra de Occidente del Delta. También, en algún momento dado, hubo de ostentar la hegemonía un reino con capital en Sais, puesto que la diosa saíta Neit lleva tradicionalmente la corona roja del Bajo Egipto. Asimismo, el título de *Rey del Bajo Egipto,* que literalmente significa *El de la Abeja,* también es originario de Sais.

Al mismo tiempo, los dioses locales empezaron a agruparse más o menos artificialmente, primero en tríadas —padre, madre e hijo—, después en sistemas teológicos más complejos, todos los cuales responden a simples avatares políticos tales como alianzas, anexiones o hegemonías. Los *Textos de las Pirámides* conocen, sobre todo, dos sistemas teológicos, distintos y rivales entre sí: el solar y el osiríaco.

Desde sus orígenes, la voz popular atribuyó a los dioses locales mitos y leyendas. La mejor conocida es la leyenda de Osiris, incorporada desde el Período Predinástico a la religión oficial y conocida por los *Textos de las Pirámides:* según ella, Osiris es el señor de la vegetación, que ha enseñado a los hombres la agricultura; también es el señor de la navegación y del comercio, y conocido ya originariamente como rey muerto es también el señor de ultratumba que ofrece a sus fieles su paraíso, los Campos Elisios.

Por su parte, los colegios sacerdotales locales elaboraban sistemas teológicos diversos, que tendían a organizar dioses y mundo. Las cosmogonías más antiguas conocidas son la Enéada de Heliópolis, centrada en torno al dios solar Atum, y la Ogdóada de Hermópolis, en torno a Tot. La multiplicidad y persistencia de las cosmogonías prueba que fueron concebidas y que arraigaron antes de la unificación política. Este rápido desarrollo de las con-

cepciones intelectuales o imaginativas ha de haber ido acompañado necesariamente de un desarrollo paralelo de la cultura material del Delta. Sólo la existencia de unas condiciones económicas y sociales mínimas en las ciudades del Bajo Egipto puede haber hecho posible la producción de un intenso trabajo teológico y político, fruto del pensamiento en fermentación, por decirlo en palabras del ilustre egiptólogo Daumas. Veamos cuáles son éstas:

Pero lo que resulta seguro, a pesar de las faltas de certeza inherentes a toda construcción del espíritu, es el intenso trabajo teológico y político paralelo a la búsqueda artística que hemos podido rastrear con mucha mayor seguridad. Obviamente, en todos los dominios está el pensamiento en fermentación. La era tinita, en la medida en que podemos adivinarlo, fue de una evolución profunda y rápida. Fue necesario dar nuevas soluciones a los nuevos problemas planteados por la creación de un gran reino. No fueron adaptadas éstas de repente a las condiciones por las cuales se las probaba. Hubo tanteo, pero un tanteo de un pueblo genial, lleno de porvenir y rico ya de realizaciones. Más allá de la arquitectura pasajera que se adivina, se ve nacer paulatinamente una construcción de adobe primero y luego de piedra cuyas concepciones teológicas determinan sus menores detalles para hacer de ella, tanto espiritual como materialmente, obra eterna. Las conquistas ya no son meramente fruto de la codicia brutal. Se adopta lo que tiene el vencido de mejor, y Heliópolis o Sais desarrollan su escuela teológica, de modo que se crean o adaptan ritos destinados a asegurar al rey universal, heredero del gran dios creador, un poder de derecho que responda a su poder de hecho.

Sin duda, el pueblo sigue llevando la vida monótona que impone la historia. Pero allende la masa dirigida, hay que ver cómo se desarrolla el pensamiento de aquellos que la dirigen. Éstos conservan los antiguos cuadros que los entroncan con los pueblos de África —incluso los actuales—, como los griegos conservaron ciertas formas arcaicas, aun cuando los transformara un nuevo espíritu. Las novedades aparecerán sin cesar con una rapidez tan grande para la época, como los descubrimientos actuales desde el siglo pasado. Y no solamente porque conoce la continuación de la historia el investigador de hoy día puede apreciar esa época asombrosa, sino porque desde ese momento nos han llegado bastantes testimonios de sus prodigiosos progresos en todas las esferas.

(F. Daumas, *La Civilisation de l'Égypte Pharaonique,* París, 1965)

Los sistemas cosmogónicos representan la superación definitiva de las concepciones religiosas primitivas. La teología heliopolitana, por ejemplo, al crear nombres divinos de sentido abstracto —Shu (el aire), Tfenis (el agua), Gueb (la tierra), Nut (el cielo)— y al unificar y organizar el panteón con Atum al frente, pretendía dar una explicación del mundo mediante una cosmogonía panteísta y totalizadora en la que se integraría —sometiéndola— la política, simbolizada por la ulterior incorporación de Osiris, Isis, Set y Neftis.

Heliópolis se convirtió en la metrópolis religiosa del Egipto Predinástico, al lograr doblegar su clero a todos los demás dioses bajo la supremacía

de Atum. Su elaboración teológica nos ha sido revelada asimismo por los *Textos de las Pirámides.* De todo ello se ha inferido una supuesta hegemonía política de Heliópolis. Sin embargo, tal vez sea más lógico suponer que Heliópolis fuese sólo el árbitro de las relaciones entre nomos, creando así la religión el derecho internacional. Además, la necrópolis de Heliópolis, de época maadiense, prueba mediante la orientación de sus cadáveres la temprana existencia en este lugar del culto solar.

Si hemos de creer los *Textos de las Pirámides,* Osiris acabó imponiéndose en Busiris —localidad del Delta central— al antiguo dios local Andyeti; y si hemos de creer la interpretación que de este triunfo da Pirenne, dado el carácter de dios universal, del bien, de la fertilidad y de la navegación que posee Osiris, tal vez sea justo ver en él a su vez el triunfo de las nuevas clases comerciantes urbanas sobre el poder de la vieja aristocracia territorial, personificado en la figura del nomarca, príncipe hereditario y gran sacerdote del dios local a un tiempo.

Fuese cual fuese el desarrollo de los acontecimientos, lo que parece más probable es que en el Delta surgiese una monarquía, cuyos titulares se consideraron representantes o encarnaciones de Horus u Horo, el hijo de Osiris. Con Heliópolis debió llegarse entonces a un compromiso, integrándose Osiris en la Enéada de Atum como hijo de Gueb y de Nut. La capital del nuevo reino tal vez se estableció en Behudit del Norte o en Letópolis, ambas ciudades horianas. Quizá, por último, sea razonable atribuir al dinamismo de estos primeros «seguidores de Horus» oriundos del Delta la temprana colonización del Egipto Medio y del Alto Egipto durante el tránsito entre el Neolítico y el Calcolítico: a favor de esta hipótesis cabría aducir la temprana introducción de determinados dioses del Delta, como el mismo Horus, en el Alto Egipto, hecho éste atestiguado por los textos religiosos. Tal vez también cabría aducir a su favor la sorprendente aparición de determinados símbolos reales del Bajo Egipto —y especialmente la corona roja— en lugares como el Wadi Gash —grabado rupestre en el desierto oriental— o en la misma Nagada —representación en un vaso cerámico de una tumba de la época de Nagada I. Esta presunta penetración de «servidores de Horus» hasta el Alto Egipto no se produjo, de todos modos, sin provocar conflictos con alguno de los dioses originarios del Valle, y especialmente con Set, dios de Ombo, considerado bien pronto como el asesino de Osiris, a quien Horus debía vengar.

Esta situación queda reflejada en las listas reales —como en el *Canon Real de Turín* o en Manetón—, que empiezan por los dioses de la Enéada de Heliópolis reinando sucesivamente en Egipto antes de los reyes mortales. Así, a Osiris le sucedió Horus, de quien los monarcas sucesivos serían descendientes y encarnación a un tiempo. Por otro lado, la existencia de estos primitivos reyes del Bajo Egipto es confirmada taxativamente por la *Piedra de Palermo,* anales reales que datan de la Dinastía V en los que se conserva, fragmentaria, una lista de reyes pretinitas.

A esta época, por lo menos, ha de remontar la fiesta sed del rey o jubileo trentenario, de origen inmemorial y significación desconocida. También a esta época cabe atribuir la invención de la escritura jeroglífica, ya plenamente formada en el Período Tinita y que numerosos testimonios indirectos aseguran que existía en época pretinita. Como mínimo, la existencia de archivos y de anales reales —precisamente aquellos copiados por la *Piedra de Palermo*—, así como de los textos religiosos reproducidos por los *Textos de las Pirámides,* exigen que la escritura fuese usada en el Delta hacia mediados del cuarto milenio. Justamente en esta época apareció también la escritura entre los sumerios en la Baja Mesopotamia. Es posible, pues, pensar en una influencia mutua en el origen de ambas, así como que también en Egipto la escritura naciese debido a las necesidades económico-administrativas. Sin embargo, el desarrollo de ambos sistemas de escritura fue totalmente independiente. Sobre la cuestión del origen de la escritura volveremos más adelante más extensamente.

El Período Predinástico Pleno

En el Alto Egipto la transición de la fase Nagada I a la fase Nagada II (3600-3200) o Guerzeense fue decisiva en muchos aspectos. Así, asistimos a un cambio sustancial de los métodos agrícolas, con la adopción de sistemas de irrigación controlados mediante estructuras permanentes tales como diques o acequias, que requerían una vigilancia constante. Estos grandes trabajos de irrigación exigían el abandono de los hábitats en la zona desértica y el establecimiento de nuevos núcleos de población en la zona inundable, cerca de los campos de labor, de los diques y acequias. Con este fin los nagadienses se trasladaron a vivir a colinas naturales o artificiales dentro del Valle propiamente dicho, que coinciden ya con las capitales históricas de los nomos del Alto Egipto, que por lo general no son excavables. En las terrazas desérticas quedaban sólo las necrópolis; su constante aumento, de todos modos, es suficiente para indicarnos la aceleración que se produjo del crecimiento demográfico.

Desde este momento constatamos que la civilización de Nagada experimentó un rápido desarrollo, coincidiendo todo ello con el inicio de la explotación de las canteras, la fabricación de cerámica a torno, decorando los vasos con pintura roja, la aparición de la joyería y de la metalurgia del cobre y la confección de vasos de piedra. Los excedentes agrícolas estimulan la división del trabajo, la sociedad se estratifica y el sistema político inicia la evolución hacia el Estado.

La civilización de Nagada II se extendió por el sur hasta la 2.ª catarata, dando origen con su influencia a la cultura del llamado Grupo A en la Baja Nubia. Por el norte, y durante sus primeras fases llamadas a y b, la Civilización de Nagada II se extendió por la totalidad del Egipto Medio hasta entrar

en contacto con la civilización de Maadi. Ésta, a su vez, a partir del 3600 está también documentada en Buto, al norte del Delta, y el importante desarrollo que experimentó ha permitido a los arqueólogos hablar, a partir de este momento, del complejo cultural de Maadi-Buto. La cultura de Maadi-Buto tuvo, a su vez, importantes relaciones con Asia, no sólo por vía terrestre con Palestina, sino también por vía marítima con la costa norte de Siria y, a través de ella, con Mesopotamia. Estas últimas relaciones fueron especialmente impulsadas desde Buto, dada su especial posición marítima, siendo sin duda ellas las que hicieron la fortuna de esta ciudad del Delta. En efecto, a mediados del 4.º milenio las relaciones de Buto con Siria y con Mesopotamia fueron especialmente intensas. En Mesopotamia se desarrollaba, en este momento, la civilización de Uruk, que señala el origen de la cultura de los sumerios y que se caracteriza no sólo por su dinamismo y por sus avances técnicos, sino también por sus extensas relaciones comerciales incluso con países relativamente lejanos como podía ser el mismo Egipto. Estas relaciones entre Uruk y Buto se han puesto de manifiesto incluso en un ámbito tan concreto como la arquitectura, encontrándose una misma técnica constructiva, muy característica, en ambos lugares, lo que implica una gran profundidad y asiduidad de sus relaciones culturales. Si, por otro lado, tenemos en cuenta que es precisamente en este momento cuando aparece la escritura en Uruk, no deberá sorprendernos que lo mismo haya podido acontecer en el Bajo Egipto.

Hacia el 3400 la civilización de Nagada II, en sus fases c y d, prosiguió su penetración hacia el norte, ocupando el sur y el este del Delta y superponiéndose al maadiense en yacimientos como el mismo Maadi o Minshat Abu Omar. Este movimiento expansivo llevó a la civilización de Nagada II a penetrar incluso en Palestina, de modo que la última fase de la civilización maadiense está sólo documentada en Buto, demostrando que de momento el Delta septentrional y occidental resistió la penetración de la civilización procedente del sur. No obstante, esta resistencia duró poco, y hacia el 3300 tenemos ya la última fase de la civilización de Nagada II documentada arqueológicamente también en Buto, consumándose así la unificación cultural de todo Egipto por obra de esta civilización oriunda del Alto Egipto.

Esta unificación cultural, que probablemente acarreó violentos conflictos en el Delta, no implicó de todos modos la inexistencia de luchas en el Valle mismo, luchas provocadas por disputas fronterizas entre nomos vecinos por la posesión y ampliación del territorio agrícola, así como por rivalidades culturales. Las diversas fuentes manejables nos demuestran que era ésta una sociedad sumamente belicosa, y que estas rivalidades debieron revestir la apariencia de un conflicto religioso, enfrentando en definitiva a los «servidores de Horus» con los «servidores de Set».

Algunos nomos del Alto Egipto habían ido organizándose como señoríos aristocráticos, agrupándose hasta constituir una confederación o reino

con capital en Ombo. Su dios local, Set, es *el ombita, señor del Alto Egipto,* en los *Textos de las Pirámides.* La extensión de la necrópolis de Ombo, Nagada, con unas 2.000 tumbas, prueba la importancia adquirida por la capital del Alto Egipto.

Estos nomos «setianos» manifestaron una pronta rivalidad declarada frente a los nomos «horianos», traducida en el mito por la rivalidad existente entre Horus y Set, identificado éste como el dios del mal y como el asesino de Osiris por la población de los nomos horianos. La única circunstancia en el mito de Osiris de historicidad innegable según Gardiner es la derrota de Set por Horus, que dejó indeleble recuerdo en la memoria de los egipcios. En términos políticos, ello significó la supremacía de un reino o confederación cuyo soberano se consideraba la encarnación de Horus y cuyas pretensiones eran las de regir el país entero. Esta victoria quedó conmemorada permanentemente mediante la imagen de Horus encabezando el protocolo faraónico, así como por la sistemática precedencia de Horus ante Set cuando ambos dioses aparecían juntos.

Así pues, parece probable que una monarquía horiana hubiese podido llegar a unificar, más o menos, Egipto, imponiendo en todo caso el culto a Horus, en todo el país. Un recuerdo de esta mítica unificación parece haber subsistido en la *Piedra de Palermo,* según la cual y después de un mínimo de diez reyes del Bajo Egipto, reinaron al menos seis monarcas en el Doble País, antes de producirse una nueva división. Osiris, convertido en enemigo irreconciliable de Set, no parece corresponder a una figura histórica concreta; su papel en el mito consiste sólo en realzar la maldad de Set. Sus actos como rey viviente son una invención muy posterior.

En el estado actual de nuestros conocimientos resulta difícil asegurar la existencia histórica de este mítico reino horiano. Pero lo que sí puede asegurarse es la existencia, al final del Período Predinástico, de los reinos horianos de Buto, en el Delta, y de Hieracómpolis, en el Valle, cuya frontera pasaba por Menfis. Ambos reinos guardaron su autonomía, sus particularidades y su administración separada durante toda la historia faraónica; sólo el monarca, rey del Alto y Bajo Egipto, unía con su persona ambos estados. En época dinástica, cada vez que se debilitaba el poder faraónico, los dos reinos tendían a separarse, mostrando así su vitalidad basada sin duda en diferencias geográficas, económicas, lingüísticas y étnicas que cabe remontar a época predinástica.

Muchos de los particularismos de cada uno de estos reinos, conservados en tiempos faraónicos, pueden perfectamente ser atribuidos a tiempos pretinitas. Así, el rey del Alto Egipto, literalmente *El de la Caña,* llevaba una corona blanca y reinaba bajo el patrocinio de Nejbet la Blanca, diosa-buitre de Nejeb (El Kab); junto a Nejeb se encontraba Nejen o Hieracómpolis, ciudad consagrada a Horus donde el rey residía. Por su parte, el rey del Bajo Egipto, *El de la Abeja,* llevaba una corona roja y reinaba bajo el patrocinio de Uto, diosa ureo de Dep; junto a Dep se encontraba Pe, ciudad de Horus resi-

dencia del monarca. De la unión de Pe con Dep nació Buto. Hay que señalar que la caña y la abeja eran los emblemas de las monarquías del Alto y del Bajo Egipto, respectivamente.

Los reyes de Buto e Hieracómpolis son los *Seguidores de Horus* de la leyenda posterior, semidioses que reinaron entre las dinastías divinas y las humanas, citados por el *Papiro de Turín* y por Manetón como predecesores de Menes. Otros documentos, sin embargo, hablan distintamente de estos monarcas, personajes plenamente humanos que gobernaron en los dos países, y los *Textos de las Pirámides* nos transmiten incluso el ritual de la coronación de los reyes de Buto. Veamos a continuación este ritual:

Han sido abiertas las dos puertas del horizonte,
descorridos sus cerrojos:
ha venido a ti, Net (Corona Roja), ha venido a ti, Neseret (ureo
[Uto),
ha venido a ti, ¡oh, Grande!, ha venido a ti, ¡oh, Grande por tu
[magia (corona del Bajo Egipto)!
Es puro por ti, es puro por respeto a ti;
está tú satisfecha de él,
está tú satisfecha de su pureza,
está tú satisfecha de las palabras que te dirige:
«¡Qué bella es tu cara, cuando estás satisfecha, nueva, joven,
porque te ha engendrado un dios, padre de los dioses (Gueb)!»
Ha venido a ti, ¡oh, Grande por tu magia!:
él es Horus que ha combatido para proteger a su ojo, ¡oh, Grande por tu magia!

(Textos de las Pirámides, traducción de E. Bresciani,
Letteratura e Poesia dell'Antico Egitto, Turín, 1969)

Por otro lado, muchos funcionarios e instituciones tinitas llevan nombres pretinitas, demostrándose que fueron heredados de esta época: *canciller del Rey del Bajo Egipto, sello de todo documento del Sur, Casa Blanca y Casa Roja* o Ministerios de Hacienda del Sur y del Norte... Con todo ello no puede caber la menor duda de que los reyes pretinitas contaban ya con una administración muy desarrollada.

Resaltemos también el censo bianual de bienes muebles e inmuebles, base para calcular la riqueza imponible y que contaba con funcionarios especializados; extendido a todo Egipto durante la Dinastía I, procedía sin duda del reino de Buto.

Así pues, la organización social pretinita —y después tinita— lleva el germen del Estado faraónico; del mismo modo en religión tenemos ya unas complejas creencias de ultratumba, atestiguadas por los *Textos de las Pirámides,* que asimilaban al rey muerto con Osiris y que son el precedente inmediato de las de época histórica.

El Período Protodinástico

La fase de Nagada III (3300-3100) se caracteriza por la desaparición de la cerámica decorada. A partir de este momento, y a lo largo de toda la historia egipcia, la cerámica se convertirá en un producto absolutamente banal, masificado pero sin calidad artística. Por lo demás, la civilización material del Protodinástico es distinta de la de la Dinastía I, a la cual precede. A ella hay que atribuir, por ejemplo, las célebres paletas decoradas con bajorrelieves, que desaparecen en el Período Tinita. Estas paletas ostentan una iconografía muy semejante a la posterior, de época faraónica, así como signos jeroglíficos. En su decoración muestran episodios bélicos de la época, así como estandartes de nomos del Alto Egipto, aliados al rey de Hieracómpolis.

Es en este período cuando aparecen las primeras pruebas arqueológicas de la existencia de una monarquía horiana, precedente inmediato de lo que será la monarquía faraónica. En efecto, el *serej* —especie de estandarte que representaba la fachada del palacio real y sobre el cual se escribía el nombre de Horus del rey en época histórica— aparece en esta época. Los primeros *serej* están documentados en la región menfita, aún no están inscritos con nombre real alguno y sobre ellos se ponen dos halcones Horus afrontados, que hacen pensar que se trataría del emblema de una monarquía doble horiana. En una etapa ulterior los *serej* aparecen ya inscritos con un nombre real y coronados por un único halcón Horus; estos nombres reales constituyen, hoy por hoy, los testimonios más antiguos que poseemos de la escritura jeroglífica.

Vemos, pues, que de nuevo estos primitivos símbolos reales parecen originarios del Bajo Egipto. Esta impresión se refuerza por el hecho de que la más antigua representación que poseemos de arquitectura con reentrantes, característica esencial de la fachada del palacio real representada en el *serej,* procede de una tumba de Minshat Abu Omar, en el Delta oriental. Con todos estos primitivos reyes, predecesores de la Dinastía I propiamente dicha, los historiadores han optado por hacer otra dinastía distinta, convencionalmente denominada Dinastía 0. Cabe, incluso, preguntarse si los más antiguos *serej* coronados con dos Horus no serán un testimonio de la primitiva monarquía horiana, que supuestamente habría unificado Egipto tras vencer a la confederación setiana y de la que otro recuerdo serían, ya lo hemos visto, la serie de reyes del Alto y Bajo Egipto enumerados al principio de la *Piedra de Palermo.*

Sea como fuese, lo cierto es que la situación de Egipto dividido en dos reinos horianos hermanos, uno en el Valle con capital en Hieracómpolis y otro en el Delta con capital en Buto, situación que dejó perenne recuerdo en tiempos históricos, no alcanzó el final de los tiempos protodinásticos. Algunos indicios permiten pensar que la monarquía de Buto cayó en algún momento indeterminado, y que con ello se rompió la unidad política del Bajo

Egipto. Y ello justificaría que la legitimidad de la herencia del reino de Buto fuese reivindicada por los reyes de Hieracómpolis, que sin duda estaban emparentados con los de Buto.

Así, al final del Período Protodinástico, también llamado Pretinita, vemos multiplicarse las pruebas arqueológicas de la erección de Hieracómpolis como capital de un reino cuyos titulares reivindicaban la soberanía de la totalidad de Egipto. Por ejemplo, la aparición de una arquitectura monumental; por ejemplo también, la proliferación de productos de lujo en las tumbas de los grandes personajes de la corte, que generaba una creciente necesidad de proveerse de materias primeras, así como de disponer de un número creciente de artesanos altamente cualificados.

El Estado controlado por los reyes hieracompolitanos estaba ya sumamente organizado y contaba con una poderosa burocracia, y sabemos que logró extender su poder no sólo por el Delta sino también por Palestina y por la Baja Nubia, donde la penetración egipcia fue responsable de la destrucción de la cultura autóctona representada por el Grupo A, que no obstante estaba fuertemente influenciada a su vez por la cultura egipcia de la fase Nagada II. En todo caso, la unificación política que llegó a crearse entre Egipto, Palestina y la Baja Nubia está demostrada actualmente por la unificación cultural existente en este momento entre estos tres países, representada por la fase Nagada III y totalmente consumada hacia el año 3200.

Hay que preguntarse, de todos modos, de dónde proceden el dinamismo y la potencia que permitieron al reino de Hieracómpolis alcanzar con éxito tales resultados. Al respecto cabe señalar algunos datos aportados por la reciente investigación arqueológica: uno de ellos consiste en un nuevo cambio climático en el NE de África, haciéndose el clima más seco, lo que obligó a las poblaciones sedentarias a abandonar definitivamente las montañas, los wadis afluentes del Nilo y las mismas terrazas de éste, en proceso de desertización e incapaces de sustentar a aquellas poblaciones. Así, la población del Alto Egipto tuvo que concentrarse en los estrechos márgenes del Valle regado por las aguas del Nilo, provocando un súbito aumento demográfico y una necesidad creciente de control público de los recursos hidráulicos. Este control fue asumido efectivamente por la monarquía, como lo prueban, por ejemplo, los relieves de la cabeza de maza del llamado «Rey Escorpión», primera representación conocida de un faraón ocupándose personalmente de las tareas de la irrigación artificial, lo que explicitaba la voluntad de control por parte de la monarquía de la principal fuente de energía del país.

Por otro lado, está también claro que esta unificación monárquica no fue fácil, sino todo lo contrario, produciéndose numerosos conflictos que sin duda fueron especialmente virulentos en el Bajo Egipto, donde diversos nomos y ciudades resistieron dramáticamente a los reyes hieracompolitanos, y donde la total unificación no llegó a producirse hasta el final del Protodinástico. Todo ello suscitó, a su vez, una exaltación de la fuerza y de la vio-

lencia bélica como fundamento del poder real, la cual nos es transmitida por la iconografía de la época de Nagada III, y especialmente por los relieves de las célebres paletas protodinásticas, que nos han conservado el recuerdo de dichos conflictos bélicos, así como de la figura heroica del rey al frente de los mismos.

Los monumentos de Hieracómpolis y las excavaciones de Abido nos han permitido conocer los nombres y las figuras de algunos de los últimos soberanos de la llamada Dinastía 0. Uno de ellos es conocido por los historiadores como el «Rey Escorpión», del que ya hemos hablado pero del cual aún no estamos seguros de cuál fuese su nombre auténtico. Su cabeza de maza votiva le muestra luchando contra diversos enemigos, algunos de los cuales procedentes del Delta, y tocado con las coronas del Alto y del Bajo Egipto, mostrando así su reivindicación de la herencia del reino de Buto.

En cambio, son ya seguros los nombres de Ka y de Narmer, que poseyeron tumbas en Abido y cuyo nombre está documentado en la región menfita, al sur del Bajo Egipto. Narmer es, probablemente, quien consumó la conquista del Delta. En el anverso de su paleta votiva, hallada en Hieracómpolis, le vemos tocado con la corona blanca del Alto Egipto venciendo al «Nomo del Arpón», cuya capital era Metelis en el extremo noroccidental del Delta, y sometiendo a su autoridad el Bajo Egipto; en el reverso de la misma Narmer, ahora tocado con la corona roja del Bajo Egipto, desfila en dirección a Buto mientras ante él yacen los cadáveres de diez enemigos decapitados. Narmer, considerado el último soberano de la Dinastía 0, es con toda probabilidad la figura histórica que unificó Egipto, dando paso a la época dinástica propiamente dicha. Con Narmer, pues, comienza oficialmente la Historia de Egipto.

Curiosamente, los dioses protectores de la nueva monarquía unificada pasarían a ser Horus y Set reconciliados. Ello se debe a que un amplio sector de la vieja aristocracia del Alto Egipto se había mantenido fiel al dios Set tras su derrota por Horus. Después, los reyes de Hieracómpolis tuvieron que aceptar algún tipo de compromiso con esta aristocracia que aún conservaba gran parte de su poder, y cuando los reyes emprendieron la conquista del Bajo Egipto sin duda tuvieron que pedir ayuda a estos príncipes hereditarios que seguían gobernando en los nomos del sur. La ayuda prestada por los *Diez Grandes del Sur* quedó plasmada religiosamente en la alianza de Horus y Set unidos en una empresa común.

Sobre el origen de la lengua y de la escritura egipcias

Ya hemos comentado anteriormente que la lengua egipcia pertenece al tronco lingüístico camito-semítico. De hecho, los más recientes estudios realizados en el dominio de la filología comparada tienden a demostrar, por un lado, la unidad genética de este tronco lingüístico y, por otro, la posición interme-

dia del egipcio entre el grupo de lenguas camíticas —esencialmente africano— y el grupo de lenguas semíticas —en principio asiático. De todo ello, y desde un punto de vista histórico, puede deducirse que el tronco lingüístico camito-semítico es originario de las regiones occidentales de Asia; que en un primer momento se desgajaron de él las lenguas camíticas que emprendieron el camino del norte de África, llegando hasta las costas atlánticas, y que en un segundo momento se separó del primitivo tronco común el egipcio. El egipcio, a su vez, siguió en principio los pasos de las lenguas camíticas, pero se fijó en el Valle del Nilo, en el noreste de África. Las siguientes lenguas que se separaron del tronco común ya fueron todas lenguas semíticas que, procedentes de la península Arábiga, se fijaron sucesivamente en las distintas regiones del Creciente Fértil, en el Próximo Oriente Asiático.

Hemos visto también que la lengua egipcia no pudo entrar y asentarse en el Valle del Nilo durante el Período Predinástico. Ello obliga a suponer que las gentes que hablaban egipcio penetraron y se establecieron en las orillas de este río en un momento anterior, que hay que fijar en el Neolítico. La filología ha demostrado, con bastante probabilidad, que los egipcio-hablantes se superpusieron aquí a unos primitivos pobladores autóctonos, cuya lengua desapareció sumergida por el egipcio pero que dejó su impronta indeleble en la nueva lengua dominadora: los filólogos la identifican con el sustrato nilótico. Algunas de las culturas neolíticas egipcias ya hemos visto que son originarias del suroeste asiático. Resulta, por consiguiente, muy tentador identificar a los portadores de estas culturas neolíticas con los introductores de la lengua egipcia en la región.

Fueron las poblaciones predinásticas egipcias, cuando su lengua ya se había hecho absolutamente dominante, las que inventaron un sistema de representación gráfica de esta lengua. Ya hemos mencionado que la escritura jeroglífica se nos aparece plenamente formada en la tableta de Narmer, lo cual implica su invención anterior, y que estaba totalmente constituida en el Período Tinita, como lo demuestran las innumerables vasijas de piedra halladas en la pirámide de Dyeser, inscritas con los nombres de los reyes de las dos primeras dinastías. Sin embargo, los testimonios escritos de época pretinita son muy escasos —algunos signos jeroglíficos sobre vasos cerámicos y en ciertas paletas votivas— y tan sólo algunas pruebas indirectas nos demuestran la existencia de la escritura antes de la Dinastía I; entre ellas cabe mencionar el título pretinita *canciller meridional de todos los escritos,* los anales de reyes pretinitas copiados durante el Imperio Antiguo en la *Piedra de Palermo,* o la inscripción del templo de Hathor en Dandara que afirma explícitamente la existencia de escritos de época predinástica. Aquí presentamos su traducción:

La organización general venerable en Dandara fue encontrada en escritos antiguos, escritos en un rollo de cuero de la época de los Servidores de Horus, encontrado en Menfis dentro de un arca del palacio real, en tiempos del Rey del Alto y del Bajo Egipto, Se-

ñor del Doble País, Merire, Hijo de Re, Señor de las Coronas, Fiope *(Fiope I),* dotado de toda vida, duración y estabilidad, como Re, eternamente.

(Texto de la cripta del templo de Hathor en Dandara, relativo a las ceremonias del mes de Epifi, traducido por F. Daumas, *La Civilisation,* cit.)

A estos testimonios podemos añadir la necesidad de un largo proceso de desarrollo del sistema de escritura jeroglífico, proceso de existencia segura y que podemos reconstruir lógicamente gracias a las evidencias internas del mismo sistema. Ya que el sistema aparece formado en el Período Tinita, es obvio que ha debido desarrollarse durante el Período Predinástico, y estamos en condiciones de asegurarlo aunque nos falten testimonios directos contemporáneos de la época de formación.

La importancia de la escritura para la existencia misma de la Historia creemos que justifica una breve exposición del proceso de formación de la misma en Egipto. El origen de la escritura jeroglífica se encuentra en la mera evocación de la realidad exterior mediante su representación directa y en dos dimensiones. Este sistema ya había sido inventado por los artistas europeos del Paleolítico Superior, pero en el momento en que se fijan y uniformizan tanto los dibujos como sus significados se está franqueando la frontera que separa el arte de la escritura ideográfica.

Los primeros signos jeroglíficos inventados son los denominados ideogramas pictográficos, los cuales simplemente representan la palabra que quieren significar: el sol, un toro, un pez, una barca, etc. A éstos pronto se añadieron los ideogramas de acciones, que representan y significan una acción: caer, comer, llevar, andar... Otros ideogramas más elaborados fueron los inventados para significar realidades materiales sin forma concreta: así, para escribir la palabra *cerveza* se dibujaba la jarra característica que servía habitualmente para contenerla, usando en definitiva el principio de representar el continente para significar el contenido; semejantemente, para escribir *viento* se dibujaba una vela hinchada, significando por consiguiente la causa mediante la representación del efecto.

La escritura ideográfica tiene, sin embargo, el grave inconveniente de no permitir reproducir ni accidentes gramaticales ni palabras abstractas, a no ser que se recurra al simbolismo y a la multiplicación indefinida de los signos gráficos. Para solventar este problema, los escribas egipcios predinásticos optaron por dar uno de los pasos más trascendentales de la historia cultural de la humanidad: inventaron la escritura fonética, cuyos signos gráficos representan las palabras mediante la evocación de los sonidos usados en el lenguaje hablado para pronunciarlas. Para hacerlo, los escribas tomaron unos 150 ideogramas ya existentes y los desposeyeron de su valor ideográfico para no retener de ellos más que su valor fonético, es decir, que sólo conservaron el valor de la letra o letras que cada uno de ellos contenía al ser pronunciado. Estos signos son los llamados fonogramas. Así, el signo

que representa una boca, palabra que en egipcio se decía *r,* dejó de significar boca para no ser más que la representación gráfica de la letra *r,* y podía ser utilizado, por ejemplo, para escribir la preposición *hacia,* que en egipcio se decía asimismo *r.* De la misma manera, el signo que representa una casa, en egipcio *pr,* dejó de significar *casa* para significar sólo el grupo de letras *pr,* utilizado por ejemplo para escribir el verbo *ir,* en egipcio *pr.* Los fonogramas podían asimismo ser usados en grupo para componer palabras: por ejemplo, la palabra *nombre,* en egipcio *rn,* se escribía con el signo que representa una boca, *r,* y el que representa el agua, que tenía el valor fonético *n.*

Se constata, pues, que la escritura egipcia posee signos fonéticos que valen una sola letra, y que pueden denominarse alfabéticos, pero que también posee numerosos fonogramas que equivalen a dos o más letras y que son llamados polilíteros. Pero además la escritura egipcia no renunció jamás al uso de los primitivos ideogramas, que no habían sido convertidos en fonogramas y que seguían manteniendo su valor original. Más aún, la evolución de la escritura tendió a generalizar un sistema mixto fonético-ideográfico, extendiendo el uso de signos de carácter ideográfico en principio a casi todas las palabras escritas fonéticamente: así, la palabra *barca,* en egipcio *dpt,* se escribía con una mano, *d,* un asiento, *p,* y una rodaja de pan, *t,* más el ideograma que representa una barca. Este sistema fonético-ideográfico servía para evitar el peligro de confusión en los numerosos casos de homofonía.

La escritura jeroglífica egipcia, que mantuvo sus complejas normas inalteradas hasta el extremo final de su evolución ya en el siglo IV d.C., no escribía las vocales —al igual que otras lenguas semitas como el árabe o el hebreo—, no separaba las palabras entre ellas y podía escribirse indistintamente de derecha a izquierda, y viceversa. En total la escritura jeroglífica poseía unos 800 signos, que conservaron siempre su carácter pictográfico, es decir, el de pequeños dibujos más o menos realistas. Debido a la dificultad de trazar estos signos rápidamente, ya desde antes del Imperio Antiguo se inventó la escritura hierática, que no era otra cosa que una cursiva de la jeroglífica con el objetivo de ganar agilidad al escribir sobre papiro. Progresivamente, la escritura jeroglífica fue quedando reservada para usos monumentales.

Ya hemos dicho que, con toda probabilidad, la escritura fue inventada en el Delta durante el Período Predinástico. La razón de que no poseamos especímenes de escritura de la época de su invención tiene que ver, sin duda, con la precariedad con que nos encontramos en lo referente a la documentación arqueológica procedente del Bajo Egipto. La tradición egipcia atribuye sistemáticamente la invención de la escritura al dios de la sabiduría, Tot. ¿Cabe, por ello, pensar que la escritura fue inventada por personas adscritas al servicio del templo de Tot en Hermópolis? Es prematuro afirmarlo, pero de lo que no cabe duda es del primordial papel jugado por la escritura en el espectacular desarrollo de todo tipo de elucubraciones del pensamiento registrado en época predinástica, al cual ya hemos aludido.

Pero para que la escritura conociese un desarrollo adecuado capaz de vehicular con la máxima agilidad posible todo aquello que se le confiaba, era preciso contar con algo tan importante como el soporte. Frente a los sumerios que adoptaron el barro en la misma época, algunos precarios fragmentos de papiro predinásticos nos muestran que los egipcios optaron desde el primer momento por el más lejano precursor del papel, que incluso ha heredado su nombre. Al escribir sobre papiro mediante pluma y tinta los egipcios adoptaron el sistema que aún nosotros seguimos utilizando.

El Período Tinita y el comienzo de la historia dinástica

Muy poca es todavía la información que poseemos de las dos primeras dinastías —tinitas— por los documentos contemporáneos. Por ello sigue siendo preciso combinar estos datos con los que nos han llegado a través de la tradición. Por estos últimos sabemos que Menes fue el fundador del *Muro Blanco,* o sea Menfis, y del principal templo de la ciudad, consagrado a su dios local Ptah. La importancia de Menfis residía en el hecho de que por el sur de su nomo pasaba la frontera entre los reinos del Alto y del Bajo Egipto, la *Balanza del Doble País,* y que por tanto era el lugar óptimo para regir una monarquía doble como era la egipcia en este momento.

De todos modos no es segura cuál fuese la capital del Estado en el Período Tinita. Manetón llama a las dos primeras dinastías que lo integran tinitas, pero por otro lado hay una manifiesta voluntad de los reyes de la Dinastía I (3065-2890) de potenciar el papel de Menfis, donde un sucesor de Menes, Atotis, construyó el palacio real, símbolo de los dos Egiptos, en el que a partir de este momento pasaron a celebrarse las ceremonias de la coronación de los nuevos monarcas. Estas son las palabras de Manetón:

1. Después de muertos los semidioses la Primera Dinastía cuenta con 8 reyes, de los cuales el primero, Menes de Tinis, reinó durante 62 años; éste murió despedazado por un hipopótamo.

2. Atotis, su hijo, durante 57 años, el cual construyó un palacio en Menfis; de él quedan libros de anatomía, pues era médico.

(Manetón, *Aegyptiaca,* edición de W. G. Waddell, Cambridge, Massachusetts, y Londres, 1940, y traducción inédita de C. Piedrafita.)

La cuestión se complica además por el hecho de haberse descubierto las tumbas de algunos de estos monarcas en dos sitios distintos: en Abido, cerca del emplazamiento de Tinis, y en Saqqara, necrópolis de Menfis. La controversia provocada por el hecho de que un solo rey pudiese haber recibido sepultura en dos lugares tan distantes entre sí ha terminado siendo zanjada, creemos que convincentemente, por una explicación de tipo religioso, avan-

zada por Daumas y basada en la complejidad teológica de la persona del monarca, determinante a la hora de exigir un ritual funerario extremadamente complejo. En efecto, ya en este momento se suponía que el rey tenía un espíritu divino que inspiraba sus acciones y le hacía omnipotente, el ka; pero el ka era distinto de la persona del rey, era algo así como su doble, idéntico —aunque divino—, pero exterior a él. La persona real tenía además un alma, el bai, que a la muerte del cuerpo era divinizada a su vez para que pudiera ir con el ka. Sin embargo, estas partes espirituales necesitaban el soporte material del cuerpo (y en su defecto, de sus representaciones figuradas y escritas), de ahí la exigencia de la momificación (y de multiplicar estatuas, relieves e inscripciones). Por otro lado, sabemos que también en otros lugares y épocas de la Historia algunos reyes han recibido sepultura simultáneamente en sitios distintos. Por todo lo cual no debe sorprendernos que ello aconteciese en el lejano Período Tinita.

La investigación histórica actual tiende a identificar la figura casi mítica de Menes con Aha, con gran probabilidad el sucesor inmediato de Narmer. El principal argumento a favor de esta identificación estriba en que fue precisamente Aha quien inauguró la necrópolis real menfita en Saqqara norte, lo que constituye la prueba arqueológica esencial de que también fue él quien fundó Menfis. Menfis y Tinis pasarían a ser, por consiguiente, las dos capitales de la monarquía, y cada una de ellas disponía de una necrópolis real, respectivamente en Saqqara y en Abido. Este argumento, por otro lado, ha sido corroborado con gran probabilidad por una plaquita de marfil del Horus Aha en la que el nombre *nebti* de este soberano parece poderse leer en efecto Menes. En el estado actual de nuestros conocimientos parece, pues, muy probable la identificación de Menes con Aha y, por consiguiente, se justifica considerar a Aha como fundador de la Dinastía I, con la que se abre el Período Tinita.

La fundación de Menfis por Aha y la de su palacio real por alguno de sus sucesores, tal vez Dyer, muestra en todo caso la voluntad de los primeros reyes tinitas de aproximarse al norte y de integrarlo no sólo por derecho de conquista al nuevo Estado: a este respecto puede alegarse la política matrimonial de los reyes de la Dinastía I, emparentados con diversas princesas del Delta a juzgar por su onomástica. Parece, por otro lado, que puede afirmarse, a pesar de la escasa información disponible, que los reyes tinitas tras abandonar Palestina concentraron sus esfuerzos en la centralización del Estado, a la cual tendieron tenazmente todos ellos, haciendo frente para ello tanto a las ciudades del norte como a la aristocracia del sur. Los primeros reyes de la Dinastía I, sucesores inmediatos de Narmer, Aha, Dyer y Uadyi, debieron limitarse esencialmente a contemporizar. Esencialmente, el Estado estaba formado por la mera yuxtaposición de dos reinos, y el nombre de Horus que encabeza el protocolo faraónico era el único elemento ambivalente de la titulatura real. Poco a poco, de todos modos, los reyes empezaron a extender las instituciones más evolucionadas del norte al sur, siendo de desta-

car especialmente el censo del oro y los campos, o sea, de los bienes muebles e inmuebles, que se hacía cada dos años. Este censo servía de base para calcular anualmente los impuestos cuyo montante último se fijaba según la crecida del Nilo, determinante del rendimiento de las cosechas.

El sucesor de Dyer, Uadyi, estuvo casado con una probable princesa del Delta, Merneit, mujer relevante que al enviudar ejerció el poder efectivo como regente de su hijo Den, aún menor de edad. Ello le valió el honor de poseer sendas tumbas, una en Saqqara y otra en Abido, construidas junto a las de los reyes de la Dinastía I. Su hijo Den fue, sin duda, uno de los principales reyes de la Dinastía I. Den fue el primer monarca en usar el título de *Rey del Alto y Bajo Egipto,* con lo cual el protocolo faraónico, que se iba estructurando, incorporó títulos de dos períodos predinásticos distintos, que quedaban así asumidos y fusionados. De la supuesta primera unificación de Egipto había el nombre de Horus, que recordaba la victoria de Horus sobre Set. De los dos reinos de Hieracómpolis y Buto se incorporaban: el nombre *nebti* de *Las Dos Señoras,* es decir, Nejbet y Uto, protectoras de ambos reinos; y el de *Rey del Alto y Bajo Egipto.* Estos dos nombres, al anteponer a la diosa y al símbolo del Alto Egipto, recordaban la victoria de éste sobre el Delta. Finalmente, hay que añadir que los faraones también unieron la corona roja y la blanca de cada uno de los reinos predinásticos en una sola doble corona, el *pschent,* símbolo asimismo de la unión de ambos reinos.

El final de la Dinastía I viene caracterizado por una serie de problemas internos mal conocidos. Sólo sabemos que el hijo de Den, Andyib, fue sucedido por un usurpador, Semerjet, el cual a su vez fue derribado por Qa, último soberano de la dinastía.

Tampoco es mucho lo que sabemos de los primeros reinados de la Dinastía II (2890-2686). El nombre de su fundador, Hotepsejemuy, pone de manifiesto su preocupación por mantener en paz no sólo el Alto y el Bajo Egipto, sino también Horus y Set. No obstante, sólo se hizo construir, como sus dos inmediatos sucesores, una tumba en Saqqara, revelando con ello que Menfis se había convertido en la única capital del país. En cuanto al nombre de su sucesor, Nebre, constituye el más antiguo testimonio de la aparición del culto de Re, elaborado por el clero de Heliópolis, y de su pronta adopción por la monarquía que se acabará consumando durante la Dinastía III. De momento, ello constituye una prueba más de los estrechos lazos existentes entre la Dinastía II y el Bajo Egipto. A pesar de ello, sabemos que el tercer rey de la dinastía, Ninecher, hubo de desmantelar las defensas de algunas ciudades del Delta, lo que parece evidenciar no sólo que las tensiones seguían latentes sino que incluso se estaban agudizando.

De los sucesores de Ninecher, Uneg y Sendyi, conocemos poco más que los nombres. No obstante, es posible que su poder se hubiese reducido a la región de Menfis, y en todo caso parece que Sendyi fue además contemporáneo de un rey del Alto Egipto, Peribsen, con el que incluso pudo haber sostenido relaciones correctas.

Parece, pues, claro que el progresivo desplazamiento del centro de gravedad de la nueva monarquía unificada hacia el norte provocó el descontento de la aristocracia del Alto Egipto, que fue en aumento hasta acabar en sedición. Al fin y al cabo, ¿no fue el Alto Egipto el que había conquistado el Bajo Egipto? ¿Cómo podía admitirse, por tanto, que fuese el Bajo Egipto el que gobernase el conjunto del país? Pero lo más sorprendente es que el movimiento sedicioso del Alto Egipto pronto apeló a los más atávicos recursos religiosos, que habían sido enterrados como mínimo aparentemente hacía ya varios siglos. Sólo de esta manera se explica que el Horus Sejemib, que fue quien probablemente lideró la secesión del Alto Egipto, proclamándose rey y restableciendo la capitalidad en Tinis, pronto optara por sustituir al dios dinástico que presidía su protocolo real, reemplazando a Horus por Set, cambiando él mismo de nombre y convirtiéndose así en el Set Peribsen, caso único en toda la larga historia de Egipto. Más aún, Peribsen declaró deber el trono a Set, el Ombita, dejando por consiguiente clara su reivindicación del antiguo señor del Alto Egipto.

El ulterior desarrollo de los acontecimientos es aún más oscuro, si cabe. Lo cierto es que Peribsen se hizo enterrar en Abido, en una gran mastaba construida cerca de las tumbas de los reyes de la Dinastía I. Y lo más probable es que fuese sucedido directamente por el Horus Jasejem, quien a pesar de restablecer a Horus como dios dinástico respetó probablemente la memoria de Peribsen, de quien se consideró sucesor legítimo. Jasejem parece haber sido, sobre todo, un rey guerrero, que dirigió una expedición a Nubia. No obstante, su victoria más importante tuvo lugar contra el norte, en una cruenta guerra que habría producido 47.209 muertos entre los enemigos del rey. Es obvio que ésta fue una auténtica guerra de reunificación de Egipto. Para celebrar su victoria, el rey depositó una importante serie de objetos votivos en el viejo templo de Hieracómpolis. Pero, sobre todo, el soberano optó asimismo por cambiar su nombre, asociando al mismo tiempo a Horus y Set reconciliados como dioses dinásticos; de este modo, el rey pasó a ser el Horus y Set Jasejemuy, nombre que significa «Los Dos Poderosos son coronados», caso éste también único en toda la historia egipcia. En estas interesadas concesiones en el ámbito religioso terminó, sin embargo, la condescendencia del rey, quien, por lo demás, aprovechó el inapelable aplastamiento de la revuelta para poner fin a las tendencias que aún se oponían a la centralización del Estado.

Por un lado, los príncipes hereditarios fueron destituidos de sus cargos de nomarca, siendo sustituidos por gobernadores reales; al mismo tiempo, los *Diez Grandes del Sur* fueron reemplazados en el Consejo Real por funcionarios. Por otro lado, las ciudades del norte perdieron toda su autonomía política, y se vieron imponer intendentes reales, conservando sólo algunos privilegios jurídicos y económicos. Finalmente, se consumó la centralización del Estado a base seguramente de imponer las instituciones del antiguo reino horiano a todo el país. Con ello, destruido el poder de la aristocracia

del Alto Egipto y neutralizado el de las ciudades del Delta, Jasejemuy ponía punto final a la más remota etapa de la historia de Egipto y sentaba las bases, veintisiete siglos antes de nuestra era, del primer Estado territorial centralizado de la Historia, el Imperio Antiguo.

Al igual que Peribsen, Jasejemuy se hizo enterrar solo en Abido, en una gran mastaba de adobes, la mayor de la antigua necrópolis real tinita.

Las relaciones exteriores de los reyes de las dos primeras dinastías constituyen un apartado especialmente oscuro de la historia del alba tinita. Sin duda, Egipto mantuvo relaciones comerciales por vía marítima con el litoral del Levante mediterráneo, y especialmente con Biblo. Las privilegiadas relaciones con este puerto levantino se remontan a época mítica, puesto que es citado en la leyenda de Osiris, y en época pretinita probablemente le sirvieron a Egipto de intermediario en sus intercambios comerciales con Mesopotamia. Es, por consiguiente, posible que estas relaciones se mantuviesen en época tinita, si bien los contactos comerciales con el mundo sumerio parece que tendieron a rarificarse.

Por lo demás, asistimos a los primeros intentos militares egipcios por asegurarse el control de determinadas regiones vecinas de especial interés: expediciones al mar Rojo desde el reinado de Uadyi, al Sinaí desde el de Den y a Nubia como mínimo desde el de Jasejem. Estas expediciones señalan ya unas direcciones que representaron una constante en la historia del Egipto faraónico. Sabemos también que Egipto estaba ya rodeado de poblaciones nómadas o seminómadas a las cuales los reyes intentaron controlar mediante el establecimiento de guarniciones fronterizas.

3. El auge del Imperio Antiguo

Consideraciones preliminares

Formalmente se considera el Imperio Antiguo integrado por las dinastías de la III a la VI, de las cuales se ha convenido que la III, la IV y la V son de apogeo, mientras que la VI es de decadencia y suele ser considerada aparte. Nosotros respetaremos este esquema en la presente obra, en consideración sobre todo a la civilización que es obvio que constituye un todo que abarca las tres dinastías, de la III a la V. El plan de los capítulos que siguen, dedicados al estudio de la época de máximo esplendor del Imperio Antiguo es, por consiguiente, bien simple. En primer lugar, en el presente capítulo estudiaremos lo que suele llamarse historia externa, que se reducirá de hecho a poco más que a la historia dinástica y a las relaciones exteriores, marco cronológico en todo caso que es indispensable conocer previamente para situar el conjunto de los hechos de civilización. A continuación, y en sendos capítulos, expondremos lo que sabemos del Imperio Antiguo por las fuentes arqueológicas —arqueología y arte, por la topografía y por las fuentes escritas —textos y literatura—. Finalmente, concluiremos con un sucinto análisis de la economía, de la sociedad y de los diversos aspectos conocidos de la civilización egipcia durante el Imperio Antiguo.

Pero si la documentación que poseemos nos permite entrever un panorama bastante completo de la civilización y de la sociedad egipcia de esta le-

jana época, en cambio la información que nos ha llegado sobre la historia dinástica y externa es muy pobre. Es realmente sorprendente lo poco que de verdad sabemos de cada uno de los grandes constructores de pirámides. Incluso las meras listas de reyes son incompletas e inseguras. En cambio, algunos de estos faraones hubieron de ser personalidades remarcables, cuyas obras inmortales excitaron la imaginación de los mismos egipcios de siglos posteriores y siguen haciéndolo con la nuestra.

Ante este desconcertante panorama, la mayoría de egiptólogos-historiadores se limitan, al hablar de esta época, a muy sucintas exposiciones y, todo lo más, en algún caso a farragosas enumeraciones exhaustivas de datos casi sin comentarios. Y, sin embargo, es posible ir un poco más lejos: algunas informaciones menores pero significativas y, sobre todo, la situación previa y posterior al apogeo del Imperio Antiguo, nos permite vislumbrar la evolución de un Estado centralizado que, desde el cenit de su poder, desembocará en su total disgregación con la Dinastía VI. Hace años, Pirenne fue el primero en intentar la explicación e interpretación de este interesantísimo proceso, el cual más recientemente ha merecido también la atención de Kemp. A su lectura debemos lo mejor del análisis que proponemos aquí.

La Dinastía III (2686-2613)

El fundador de la Dinastía III es Sanajt-Nebka, hijo y sucesor de Jasejemuy, de quien no se sabe casi nada. Se le considera el iniciador de la construcción de la mastaba de Saqqara que sirvió ulteriormente de base para la Pirámide Escalonada.

No obstante, el auténtico iniciador del Imperio Antiguo es Dyoser o Tosortro, con quien se producen una serie de importantes cambios que señalan el origen de la época de gran esplendor de la monarquía menfita. El primero de estos cambios, que determinará muchos de los siguientes, es la eclosión repentina de un nuevo dios, Re, como resultado de la continuidad de las especulaciones teológicas del clero heliopolitano. Según éstas, la suprema divinidad solar que preside su sistema cosmogónico se divide en tres aspectos o personas, sin perder por ello su identidad: Jepri —simbolizado por el escarabeo—, que pasa a ser el sol de la mañana; Re, que se convierte en el sol del mediodía, en su plenitud, y Atum, la vieja y originaria divinidad heliopolitana, que queda ahora como el sol del atardecer.

La verdad es que desconocemos las etapas que llevaron a los teólogos de Heliópolis hasta estas nuevas concepciones, y asimismo ignoramos las razones de su éxito aparentemente repentino, pero lo cierto es que el nuevo culto a Re, presidiendo el panteón egipcio, fue adoptado por la monarquía a partir del reinado de Dyoser, asociándolo oficialmente al culto real, hasta el extremo de que la centralización del culto en torno a Re traduce a partir de este momento la centralización política en torno al faraón.

El máximo exponente de esta asociación entre el culto faraónico y el culto a Re lo tenemos reflejado en el cambio del ritual funerario del monarca, plasmado en la construcción de la más antigua pirámide erigida en Egipto, así como del monumental recinto funerario que la rodea en Saqqara. El conjunto funerario de Dyoser en Saqqara pretende inmortalizar en piedra para el rey su capital, Menfis, así como su palacio real, mientras que la Pirámide Escalonada, que lo domina, se convierte en el símbolo supremo de la identificación del faraón difunto con el propio Re.

Todo ello, por otro lado, parece haber sido concebido por el principal personaje de este reinado, Imutes, que fue no sólo visir de Dyoser sino también su arquitecto, responsable sin duda de la construcción de los citados monumentos. Imutes fue, además, escritor, y se ha conservado el recuerdo de una obra suya, perdida, y sobre todo médico, siendo su persistente fama como tal la responsable última de su divinización mucho más tarde. Veamos el texto manetoniano consagrado al recuerdo de Imutes:

2. Tosortro (reinó) durante 29 años, y de su época es Imutes; éste entre los egipcios es considerado como Asclepio por su ciencia médica, e inventó la construcción por medio de piedras pulidas; y además se preocupó de la escritura.

(Manetón, *Aegyptiaca,* cit.)

Efectivamente, Imutes es uno de los pocos personajes privados egipcios que logró incorporarse al panteón por méritos propios: en la Baja Época se le consideraba dios de la medicina, se le atribuía por padre al propio Ptah, y los griegos le identificaron con Asclepio.

El monarca, identificado con el dios supremo del panteón, era *a fortiori* el único sacerdote por derecho propio, y por tanto el jefe religioso supremo de Egipto. Sólo él, en principio, tenía derecho a oficiar en cualquiera de los templos existentes, y si en la realidad cotidiana lo hacían los sumos sacerdotes de cada uno de estos templos, era sólo por delegación real. Estos sumos sacerdotes, por consiguiente, eran nombrados directamente por el rey, que mantenía así sus prerrogativas sobre ellos; en la práctica, al depender el clero, incluso en las personas de sus más altas jerarquías, del albedrío real, su situación jurídica se asemejaba cada vez más a la de los funcionarios civiles del Estado.

De la misma forma, el faraón dominaba el aparato del Estado, integrado por un ingente número de funcionarios, reclutados de entre una naciente clase de letrados, que se iba organizando progresivamente en un rígido y escalafonado aparato burocrático. Los servicios centrales del gobierno estaban ya en este momento constituidos y dirigidos por el visir, cargo que según parece pertenecía a la misma escala administrativa que presidía. También entonces aparece ya organizada la administración «provincial», presidida por los gobernadores territoriales o nomarcas, igualmente funcionarios.

El resto de los monarcas de la Dinastía III es muy mal conocido. Se trata, sin duda, de reyes efímeros cuyo mismo orden de sucesión todavía no está bien establecido. Del sucesor de Dyoser, Sejemjet, sólo sabemos que no tuvo tiempo de concluir una pirámide y un recinto funerario muy parecidos a los de su predecesor y ubicados asimismo en Saqqara. Tras Sejemjet reinó Jaba, e ignoramos si el último representante de la dinastía, Huni, fue o no su sucesor inmediato.

En cuanto a la política exterior, sabemos que fueron los reyes de esta dinastía los que iniciaron la colonización sistemática del Sinaí y de la Baja Nubia, atraídos por los importantes recursos naturales de estas regiones.

La Dinastía IV (2613-2494)

Es curioso que la dinastía faraónica que nos ha dejado los mayores monumentos arquitectónicos no nos haya legado, en cambio, una información histórica apreciable; y si bien es cierto que la misma *falta* de historia externa, combinada con la proliferación de ingentes monumentos, son un síntoma inequívoco en Egipto de estabilidad y prosperidad económica, también lo es que hubiésemos preferido saber algo más de estos célebres soberanos, en vez de habernos de conformar casi exclusivamente con tradiciones interesadas y tardías, de las que un último eco nos ha llegado a través de Heródoto.

El fundador de la dinastía es Esnofru, monarca del que la tradición nos ha conservado un recuerdo amable y del que sólo nos consta que organizó algunas expediciones al exterior, con objetivos preventivos pero también económicos y comerciales. Se ha conservado una parte de sus anales en la *Piedra de Palermo*. Veamos a continuación su contenido:

6 ...

... Esnofru, un arpa (?).

... plata, lapislázuli. Segundo censo.

Nivel del Nilo: 3 (?) codos.

7 El año... el Santuario meridional... el Santuario septentrional, el Dominio de las estelas.

Fabricar la estatua del Horus Nebmaat (Esnofru)...

Nivel del Nilo: 3 codos y 5 palmos.

8 El año...

Fabricar dos barcas «los Hijos del rey del Bajo Egipto». Quinto censo.

...

9 El año en que se fabricó el barco «Alabanza del Doble País (Egipto)», de 100 codos, de madera-meru, y 60 «barcos de 160 (¿codos?) del rey».

Arrasar el país de los nubios. Traer prisioneros: 7.000; ganado grande y pequeño: 200.000.

Construir la fortaleza del Alto y del Bajo Egipto, «los Dominios de Esnofru».

Traer 40 barcos cargados de pinos.

Nivel del Nilo: 2 codos, 2 dedos (?).

10 El año en que se han hecho 35 grandes alquerías, y recibido 122 cabezas de ganado, se ha fabricado un barco «Alabanza del Doble País» de 100 codos, de madera de pino, y 2 barcos de 100 codos, de madera-meru.

Séptimo censo.

Nivel del Nilo: 5 codos, 1 palmo, 1 dedo.

11 El año en que se ha erigido la «Corona blanca de Esnofru sobre la puerta meridional» y la «Corona roja de Esnofru sobre la puerta septentrional».

Fabricar las puertas del pabellón real en madera de pino.

Octavo censo.

Nivel del Nilo: 2 codos, 2 palmos, 2 dedos y 2/4.

12 El año...

Xº censo de ganado grande y pequeño.

Nivel del Nilo: ..., 2 palmos.

13 El año de la entronización del rey, cuarto de la carrera del toro Apis, y de dar a luz en oro la estatua del Horus Nebmaat, grabar los dioses los jeroglíficos.

Traer de la tierra de los libios prisioneros: 1.100; ganado grande y pequeño 13.100.

Ir a arrasar la fortaleza de Ida (?)...

14 El año...

Dar a luz la estatua de... el Horus Nebmaat.

...

Arrasar la fortaleza de Irut con sus ciudades...»

(Anales reales contenidos en la *Piedra de Palermo* así como en un fragmento subsidiario de la misma de El Cairo; traducción de A. Roccati, *La Littérature Historique sous l'Ancien Empire Égyptien,* París, 1982)

A Esnofru se atribuyen, por otra parte, tres pirámides, la Romboidal y la Roja de Dahshur, y la llamada Falsa Pirámide de Meidum, todas ellas especímenes interesantes desde el punto de vista de la evolución arquitectónica de este tipo de monumentos hacia la pirámide perfecta. Sin embargo, ignoramos las razones precisas que llevaron a la construcción de tres pirámides en este reinado, así como de las peculiaridades que presenta alguna de ellas.

Su sucesor fue Quéope, hijo suyo y de la reina Hetepheres, célebre sobre todo por ser el constructor de la Gran Pirámide de Guiza, la más antigua y también la mayor de las pirámides perfectas. La tradición le recuerda como un tirano abominable, sanguinario e impío que llegó incluso a cerrar los templos de los dioses y que obligó a prostituirse a su hija. El historiador griego Heródoto recogió esta tradición negativa y se encargó de transmitírnosla, no sólo en lo concerniente a Quéope sino también a sus sucesores Quefrén y Micerino:

Por cierto, hasta el reinado de Rampsinito, dijeron los sacerdotes, había un orden perfecto en Egipto y el país era muy próspero; pero Quéope, que reinó después de él sobre los egipcios, los redujo a una total desventura. Primero cerró todos los templos y les impidió hacer sacrificios; y después, ordenó que todos los egipcios trabajasen para él. A unos les fue asignado arrastrar piedras desde las canteras que hay en los montes de Arabia hasta el Nilo; y a otros les ordenó recibir estas piedras, transportadas al otro lado del Nilo en embarcaciones, y arrastrarlas hasta el monte llamado Líbico. Trabajaban siempre cien mil hombres que se renovaban cada tres meses... En la construcción de sólo la pirámide, el tiempo empleado fueron veinte años. Cada una de sus caras —es cuadrada— mide ocho pletros de longitud, y otro tanto su altura; y es de piedra pulida y perfectamente ajustada; ninguno de los bloques tiene menos de treinta pies.

...

Y Quéope llegó a tal grado de maldad que, falto de dinero, colocó a su propia hija en un burdel y le ordenó que se procurase una determinada cantidad, que yo no sé, pues los sacerdotes no me la dijeron. Y ella cumplió las órdenes de su padre, y además por propia iniciativa decidió también dejar un monumento, y a cada uno de los que la visitaban les pedía que le hicieran donación de una piedra; y con estas piedras, dijeron los sacerdotes, fue construida la pirámide que se levanta en medio de las tres, delante de la Gran Pirámide, y cuyos lados miden cada uno pletro y medio.

Ese Quéope, decían los egipcios, reinó cincuenta años, y a su muerte, heredó el trono su hermano Quefrén. Y éste se comportó en todo como su antecesor, y también hizo construir una pirámide, que no alcanza las dimensiones de la de Quéope...

Quefrén, decían los sacerdotes, reinó cincuenta y seis años. Así computan ciento seis años durante los cuales hubo en Egipto una completa miseria, y durante este tiempo los templos, que habían sido cerrados, no fueron abiertos...

Y después de Quefrén, dijeron los sacerdotes, reinó en Egipto Micerino, hijo de Quéope. Y como no le agradaron los actos de su padre, abrió los templos y dejó que la población, oprimida hasta la extrema miseria, volviese a sus trabajos y sacrificios a los dioses; y de todos los reyes fue para el pueblo el que dictó más justas sentencias...

...

Este rey dejó también una pirámide, mucho más pequeña que la de su padre; cada una de sus caras tiene tres pletros menos veinte pies, y es cuadrada, y de piedra etiópica hasta su mitad.

(Heródoto, *Historias,* edición y traducción de J. Berenguer Amenós, Madrid-Barcelona, 1971)

Sin embargo, si tenemos en cuenta que la tradición en Egipto era esencialmente sacerdotal, encargándose el clero de su manipulación y transmisión, podemos explicarnos fácilmente los rasgos acentuadamente negativos del reinado motivados por las medidas adoptadas por el soberano. Efectivamente, con Quéope la monarquía del Imperio Antiguo alcanzó el punto culminante de su poder, y todas las disposiciones conocidas puestas en vigor por este faraón tendían invariablemente a reforzar su poder absoluto.

Por un lado, Quéope reforzó el cargo de visir, colocándolo en la cúspide de la administración del Estado pero al margen de la escala administrativa. De esta manera, el faraón distinguía por primera vez en la historia entre cargos administrativos y cargos de confianza. El cargo de visir era un cargo de confianza, no escalafonado, con lo que el monarca preservaba su independencia frente al creciente poder de los funcionarios amparado por la rigidez del escalafón, que tal vez hubiese podido llegar a coartar la libertad de acción del propio rey. Para ocupar el cargo de visir, Quéope eligió a un hijo suyo, excluido de todos modos de la sucesión al trono, y esta política fue continuada a lo largo de toda la Dinastía IV. De igual modo, Quéope y sus sucesores obraron con sus colaboradores inmediatos.

Frente al clero, también Quéope adoptó medidas para acrecentar su control sobre el mismo, consistentes por un lado en elegir sumos sacerdotes de los principales dioses y templos entre sus cercanos parientes, y por otro en suprimir cualquier privilegio o estatuto especial que pudiese subsistir no solamente en beneficio del clero, sino incluso en el de la propia familia real. De esta forma quedaba culminado el proceso de perfeccionamiento del procedimiento judicial y de centralización del derecho, quedando toda la población, sin excepciones, sometida al derecho común.

Sin duda que toda esta serie de medidas son en gran parte responsables de la mala fama alcanzada por Quéope en la tradición. La pirámide de este faraón en Guiza, al norte de la extensísima necrópolis menfita, no es sólo su tumba y símbolo de su unión póstuma con Re, sino que también hemos de ver en ella la plasmación en un monumento ingente del gran poder que llegó a alcanzar el primer Estado territorial de la historia, así como el símbolo de la preeminencia absoluta del poder real sobre el clero; y esto último, las sucesivas generaciones de sacerdotes egipcios no lo olvidarían jamás.

Quéope fue sucedido por cuatro hijos suyos que reinaron de forma consecutiva. El primero de ellos fue Didufri, quien parece que tuvo un reinado efímero y controvertido, pues algunos indicios permiten suponer que posteriormente se le consideró un usurpador. Hemos de confesar, de todos modos, que ignoramos cuáles eran en detalle los mecanismos de sucesión al trono, puesto que la paternidad real de Didufri parece incuestionable. Del mismo modo, ignoramos por qué razón los sucesores de Didufri fueron tres hermanos suyos, el primero de los cuales fue Quefrén, y por qué después del reinado del último de ellos la herencia recayó en un hijo de Quefrén, Micerino.

Quefrén, hijo y segundo sucesor de Quéope, fue el primer faraón que usó el título de *Hijo de Re:* el monarca, convertido ya en Gran Dios, era al mismo tiempo la propia encarnación de Re, con quien se identificaba en vida. Sin embargo el rey, idéntico a Re pero también al mismo tiempo su hijo, era por otro lado un espíritu puro y un dios encarnado, de donde se deducía que, en tanto que faraón, Quefrén conservaba su naturaleza humana a pesar de su divinización en vida. Esto es interesante de resaltar porque estas

concepciones se mantuvieron ya inalteradas a lo largo de toda la historia faraónica: si por un lado el rey era un dios encarnado, por otro mantuvo siempre su naturaleza humana, y de sus actos humanos el rey debía rendir cuentas en el más allá, como cualquier otro mortal, ante la divinidad suprema, Osiris, Re, Amón o Atón según las distintas concepciones religiosas.

Si la divinidad del faraón no fue, pues, jamás absoluta, no cabe duda de que con Quefrén alcanzó precisamente uno de sus momentos culminantes. El rey se hizo construir, junto a la de Quéope, su propia pirámide, casi tan colosal como la de éste, y además hizo esculpir en el mismo lugar la llamada Esfinge de Guiza, gigantesca escultura con cuerpo de león yacente y cabeza humana, retrato del mismo Quefrén, que simbolizaba así la identificación de la encarnación de la propia divinidad solar, Re, con el faraón.

Puesto que el rey quedaba prácticamente identificado con la divinidad suprema, Re, Quefrén promovió su propio culto, que se convirtió así en el culto principal, confundido con el de Re. Por la misma razón, los funcionarios estatales se convirtieron en la práctica en sacerdotes del culto real, y recíprocamente se produjo una funcionarización del clero, con lo que se llegó a una especie de laicización de la religión de la que tardaremos varios milenios en tener un nuevo ejemplo, en concreto con el Bajo Imperio Romano. La religión entraba así al servicio del Estado, y el rey-dios dominaba con su omnipotencia todos los ámbitos de la vida pública de Egipto.

Quefrén fue sucedido por dos hermanos suyos, Hordyedef y Baufre, que reinaron en este orden pero de los que no sabemos casi nada, y después de Baufre subió al trono Micerino, hijo de Quefrén. Micerino, que parece haber dado marcha atrás en algunas de las directrices políticas de sus antecesores en el trono, aparentemente devolvió algunos de sus antiguos privilegios al clero, y la tradición conservó de él un recuerdo mucho más humano, atribuyéndole en concreto la reapertura de los templos cerrados por Quéope. Significativamente la pirámide de Micerino, la tercera de las de Guiza, es de dimensiones sensiblemente menores que las de sus dos ilustres predecesores.

Desconocemos cuáles eran con exactitud los lazos familiares que unían a Micerino con su sucesor, Shepseskaf, quien en todo caso honró normalmente la memoria de su predecesor en el trono. Lo más notable, sin embargo, del enigmático reinado de Shepseskaf fue el repentino abandono de los símbolos funerarios solares, y especialmente de la pirámide. Efectivamente, este faraón hizo construirse como tumba una enorme mastaba de forma de sarcófago al sur de Saqqara. Esta sorprendente ruptura del ritual funerario observado por sus predecesores implica necesariamente cambios importantes en las concepciones religiosas del faraón que, de acuerdo con algunos indicios, parece que debió mostrar sus preferencias por la teología menfita, particularmente innovadora en este momento: las especulaciones del clero de Ptah, en efecto, les habían llevado a interesantes conclusiones particularmente en torno a una especie

de monoteísmo filosófico y también a propósito del valor de la persona humana.

Fuese lo que fuese lo sucedido en el reinado de Shepseskaf, cuyos detalles se nos escapan en absoluto, lo que parece cierto es que el abandono de los símbolos del ritual funerario solar debió ser considerado como una ofensa por parte del clero heliopolitano y que no debió contar con la aprobación de la mayor parte de los miembros de la familia real y de los altos cargos de la administración central. A tenor de los acontecimientos ulteriores, y a pesar de que ignoramos cualquier circunstancia del desenlace, lo evidente es que el reinado debió concluir en desastre: Shepseskaf es uno de los faraones malditos de la larga historia egipcia, cuyo recuerdo fue olvidado por los monumentos oficiales; la Dinastía IV desapareció en medio de la mayor oscuridad, ignorándose incluso si Shepseskaf fue o no su último representante, puesto que tal vez fue sucedido efímeramente por Dedefptah; y el primer representante de la Dinastía V, Userkaf o Usérqueres, debió el trono precisamente al apoyo del clero de Heliópolis. Curiosamente, una serie de humildes ofrendas en torno a su mastaba demuestran que Shepseskaf fue objeto, después de muerto, de un cierto culto popular.

La política exterior egipcia cobró un carácter marcadamente agresivo con el reinado de Esnofru, quien realizó sendas expediciones militares a Nubia y a Libia que le reportaron un botín considerable, además de numerosos prisioneros y cabezas de ganado. También en el Sinaí encabezó varias campañas que le enfrentaron con los beduinos nómadas que se oponían a la penetración egipcia en la península. Con las costas mediterráneas de Asia las relaciones comerciales por vía marítima, nunca interrumpidas, conocieron nuevo auge con el reinado de Esnofru, interesado en la adquisición de grandes cantidades de madera, especialmente de cedro del Líbano, para su importante política de construcciones civiles, militares, religiosas y navales. De los sucesores de Esnofru sólo sabemos que continuaron con la explotación de las minas y canteras del Sinaí y de la Baja Nubia. Es muy posible, de todos modos, que continuasen con las directrices del primer rey de la dinastía tendentes a asegurar a Egipto el control de las regiones vecinas y de los pueblos que las habitaban. De Quefrén también sabemos que tuvo relaciones probablemente pacíficas con el poderoso Imperio de Ebla, en Siria.

La Dinastía V (2494-2345)

No se sabe con seguridad si algún lazo familiar unió a los últimos representantes de la Dinastía IV con los primeros de la Dinastía V. En todo caso, las circunstancias históricas exactas que llevaron al trono al primer rey de esta dinastía, Userkaf, están enmascaradas por la mitología. En efecto, una leyenda que nos ha sido transmitida por el *Papiro Westcar* —cuya composi-

ción data del Imperio Medio— hace a los tres primeros soberanos de la dinastía hijos carnales de Re y protagonistas de un auténtico cambio dinástico, que habría sido anunciado por una profecía al propio Quéope. Este es el texto del *Papiro Westcar:*

El rey Quéope j.v. (justo de voz) dijo entonces: «¿Y se dice aún que conoces el número de las habitaciones secretas del santuario de Tot?» Dyedi respondió: «Por favor, no conozco su número, oh soberano v.s.f. (que tengas vida, salud y fuerza), mi señor, pero conozco el lugar donde está». Su Majestad dijo: «¿Dónde está?» Y este Dyedi respondió: «Hay un cofrecito de sílex ahí, en una habitación llamada "Habitación del inventario", en Heliópolis. ¡Pues bien! está en este cofrecito». Su Majestad dijo: «Ve, tráemelo». Pero Dyedi respondió: «Soberano v.s.f., mi señor, no, no soy yo quien te lo traerá». Su Majestad dijo: «¿Quién, pues, me lo traerá?» Dyedi respondió: «Es el primogénito de los tres niños que están en el seno de Reddyedet quien te lo traerá». Y Su Majestad dijo: «Ciertamente, ¡esto me gustará! Pero a propósito de esto que ibas a decirme, ¿quién es esta Reddyedet?» Dyedi respondió: «Es la esposa de un sacerdote de Re, señor de Sajebu, que está embarazada de tres hijos de Re, señor de Sajebu; él (Re) ha dicho de ellos que ejercerán esta función bienhechora (la realeza) en todo este país y que el primogénito de entre ellos será Grande de los videntes (Sumo sacerdote) en Heliópolis». El corazón de Su Majestad se entristeció a causa de esto, pero Dyedi le dijo: «¿Por qué este malhumor, oh soberano v.s.f., mi señor? ¿Es a causa de los tres niños? He querido decir: tú, después tu hijo, después su hijo, y únicamente después uno de ellos».

(*Cuentos del Papiro Westcar,* traducción de G. Lefebvre, *Romans et Contes Égyptiens de l'Époque Pharaonique,* París, 1976)

A la vista de la evolución política y religiosa de Egipto bajo el gobierno de los reyes de la dinastía todos los historiadores están de acuerdo, de todos modos, en la interpretación que hay que dar a la leyenda en cuestión: los reyes de esta dinastía no son sino criaturas del clero de Heliópolis, al cual deben el trono. El advenimiento de la Dinastía V significa, en definitiva, el triunfo del clero heliopolitano, indudablemente marginado por los poderosos faraones de la Dinastía IV y descontento de su situación, que con toda probabilidad ha aprovechado el conflicto religioso que ha tenido lugar durante el reinado de Shepseskaf para recuperar el protagonismo político perdido y, de alguna manera, imponer su propio candidato al trono.

Los nombres de los reyes de la Dinastía V siguen siendo para nosotros poco más que nombres, y sus hechos nos son apenas conocidos pues la información histórica que les concierne sigue siendo demasiado parca. En cambio, la información que poseemos sobre la sociedad de esta época empieza a multiplicarse de manera considerable, y sí que nos es posible seguir muy de cerca la evolución del país a lo largo de esta dinastía. Por consiguiente, cabe preguntarse si la poca información que poseemos de los reyes

no obedecerá a su escasa personalidad. La consecuencia es que sus nombres nos sirven sobre todo como referencias cronológicas para situar los acontecimientos que tuvieron lugar durante la Dinastía V.

Si durante la Dinastía IV el culto funerario de los reyes se identificaba con el culto solar, una de las primeras consecuencias perceptibles del cambio dinástico es la separación del culto de Re con respecto al culto funerario. Así, a partir de Userkaf, primer soberano de la dinastía, cada rey deberá construir un templo solar además de su propio templo funerario y de su pirámide, por lo demás de dimensiones sensiblemente menores a las de sus predecesores. Ello tiene una explicación teológica: el soberano ya no es idéntico a Re, su encarnación misma como antaño, sino simplemente su criatura, su hijo; y para corroborar este hecho, a partir de esta dinastía los faraones completan su protocolo regularmente con el nombre de *Hijo de Re,* dando así la razón, en definitiva, a la leyenda sobre el origen de la dinastía. Asimismo, será característico de la dinastía el *praenomen* solar que llevarán la mayoría de sus componentes. Al mismo tiempo, la *Piedra de Palermo* nos relaciona casi exclusivamente actos religiosos en los anales de esta dinastía.

La supeditación teológica del monarca a la divinidad solar no podía dejar de tener consecuencias en la práctica, ya que como ha resaltado Pirenne, el absolutismo real descansaba en un fundamento religioso que el rey ya no controlaba. Dicho de otro modo, los monarcas de la Dinastía V debían, como ya hemos visto, el trono al clero heliopolitano, y ya no pudieron zafarse de las obligaciones contraídas para con quienes les habían aupado y se habían convertido en sus valedores en el momento decisivo del cambio dinástico. Así pues, la monarquía iba a pagar de forma excesivamente cara el apoyo que esta dinastía había recibido del clero.

No cabe duda de que ya con el reinado de los dos primeros faraones de la dinastía, Userkaf y Sahure, los gastos relacionados con el culto aumentaron rápidamente. No se trata tan sólo de la obligatoria construcción de templos solares por cada soberano, cuyo culto además había que mantener de forma permanente. Se trata también del aumento constante de las donaciones de tierras del rey a los templos, para contribuir a sufragar los gastos crecientes del culto; y los templos, uno tras otro, empezaron a obtener autonomía jurídica y a administrar sus bienes con total independencia. En definitiva, la monarquía había empezado a alienar sus propios bienes, en beneficio del clero y de forma progresivamente acelerada. Cuando Neferirkare o Neférqueres, tercer soberano de la dinastía, concedió por decreto la exención de impuestos y de todo tipo de prestaciones al clero de un pequeño templo de Abido, podemos estar seguros de que este templo no era el primero en alcanzar una situación fiscal tan envidiable, y que sin duda fue precedido por los grandes santuarios egipcios, empezando por el mismo templo solar de Heliópolis. Presentamos a continuación el texto del decreto de inmunidad fiscal del templo de Abido:

El Horus Userkau (nombre de Horus de Neferirkare).

Real Decreto al Jefe de los Profetas Hemur.

I- No permito que ningún hombre tenga derecho a llevarse a ningún profeta de los que están en el distrito en el que tú estás, para ninguna prestación personal, así como para ningún otro trabajo en el distrito, excepto para el servicio del propio dios en el templo en el que está, y para conservar los templos en los que ellos están. Están exentos eternamente por el decreto del Rey del Alto y del Bajo Egipto Neferirkare. No están obligados a ningún otro servicio.

II- No permito que ningún hombre tenga derecho a llevarse el equipo necesario para ningún trabajo a ningún otro Campo Divino (las propiedades de otro templo) en el que haya servicio sacerdotal por profetas. Está exento eternamente por el decreto del Rey del Alto y del Bajo Egipto Neferirkare. No está obligado a ningún otro servicio.

III- No permito que ningún hombre tenga derecho a llevarse sirvientes que estén ahí (al servicio del templo), para ninguna prestación personal, así como para ningún otro trabajo en el distrito. Están exentos eternamente por el decreto del Rey del Alto y del Bajo Egipto Neferirkare. No están obligados a ningún otro servicio.

(Decreto de inmunidad para el templo de Osiris-Jentamentiu en Abido, traducido por J. A. Wilson en J. B. Pritchard (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* Princeton, 3.ª ed., 1969)

Esta situación de privilegio para determinados individuos provocó de forma progresiva su ennoblecimiento, para ellos y para sus descendientes, de manera que durante los reinados centrales de la dinastía, los del propio Neferirkare y de sus sucesores Shepseskare y Neferefre, asistimos a la formación de una auténtica nobleza cortesana que acumula títulos, honores, riquezas y cargos en el culto y en el gobierno. Uno de los casos extremos, y por ello de los mejor conocidos, es el de Ti, quien desempeñó importantes cargos durante el reinado del sucesor de Neferefre, Niuserre, y cuya mastaba, tal vez la mayor de la necrópolis de Saqqara, está decorada con gran magnificencia. Pero hay otros casos semejantes: el estudio estadístico de las magnitudes crecientes de las mastabas de los grandes personajes de la Dinastía V demuestra de forma gráfica cómo su poder se acercaba peligrosamente al de los faraones, cuyas pirámides no dejaron de mantener proporciones modestas.

Las riquezas que esta nobleza cortesana detentaba no le pertenecían, de todos modos, en propiedad, sino que sobre ellas tenía una especie de usufructo en nombre del rey. Tampoco los títulos, cargos y honores eran jurídicamente hereditarios, aunque en la práctica se registra una clara tendencia en este sentido. Sea como sea, esta situación ambigua escapaba de la competencia de los tribunales ordinarios de justicia, de manera que desde el reinado de Neferirkare hubo que crear un tribunal especial de justicia para dirimir los pleitos que podían plantearse dadas estas situaciones especiales entre miembros de esta naciente aristocracia, y que estaba integrado exclu-

sivamente por miembros de esta misma aristocracia. En la práctica, ello representó la adquisición de un estatuto jurídico aparte por parte de la nobleza, y por ende la división de la sociedad en clases jurídicas distintas, aunque fuese de forma incipiente. Así, la monarquía perdía la importante batalla de mantener jurídicamente iguales a todos los habitantes de Egipto.

A lo largo de toda la dinastía, los reyes vieron deteriorarse progresivamente su poder, sin que pudieran o quisieran enfrentarse al clero, primero, y a la nobleza cortesana resultante, después. Ésta, por su parte, continuó esquilmando sus recursos al Estado, como si éstos no tuviesen fin. Como es lógico suponer, los cargos administrativos del Estado tampoco dejaron de sufrir los embates codiciosos de la nobleza, pero aquí ésta topó con el rígido escalafón que los protegía.

Parece seguro que la administración del Estado resistió suficientemente la ambición de la nobleza, convirtiéndose con ello en uno de los principales puntales en que se sostuvo la monarquía de la Dinastía V. El rey se preocupó especialmente de salvaguardar el cargo de visir como cargo de confianza, y junto con el visir compartió en la práctica el máximo poder y la responsabilidad de las decisiones. Pero también se preocupó el rey de potenciar la administración, cuyo peso se haría sentir paulatinamente en todos los ámbitos del país. Consecuentemente, la burocracia se hizo omnipresente y la vemos intentando el control de la economía y de las ciudades, aprisionando en definitiva los sectores productivos egipcios. En consecuencia, nos encontramos con que el Estado, esquilmado de sus recursos por una voraz nobleza cortesana, y encontrándose indefenso ante ella, necesita desesperadamente reequilibrar su situación económica y para ello va a buscar, para poderse mantener, nuevos recursos donde aún puede encontrarlos. Las consecuencias de ello iban a ser catastróficas: al aumentar la presión fiscal sobre los sectores productivos egipcios que todavía están sometidos a las obligaciones tributarias impuestas por el Estado, éste provocaría la ruina de aquéllos, lo cual, a su vez, iba a producir el colapso económico del Estado y la crisis irreversible de la misma nobleza cortesana que lo había estado parasitando y que lo había conducido a la quiebra.

Aparentemente, la Dinastía V corresponde al momento de máximo apogeo del Imperio Antiguo: la documentación tanto literaria como arqueológica nos muestra una sociedad madura y estable que asiste a uno de los momentos álgidos de la historia cultural de la humanidad. En los próximos capítulos describiremos de forma más pormenorizada la civilización del Imperio Antiguo, y la mayor parte de documentación que utilizaremos nos ha sido legada precisamente por los tiempos que corresponden a la Dinastía V. Pero este apogeo es ilusorio: la sociedad egipcia da la sensación de vivir de espaldas a la grave crisis que atraviesa la monarquía y que, al producir el colapso del Estado, produciría al mismo tiempo la desaparición de esta sociedad brillante que llegó a ser paradigmática para los egipcios de las generaciones venideras: paradigmática, pero irrepetible.

La crisis del Estado iba bien pronto a empezarse a hacer notar, en detalles a veces mínimos pero significativos. Una de las causas fue la progresiva complicación burocrática, provocada entre otras cosas por un excesivo centralismo que sustituyó ineficazmente la anterior autonomía administrativa de los nomos, y que sustituyó en el funcionario el sentido de la responsabilidad por el de la obediencia debida al superior jerárquico. Ello empezó a provocar problemas por falta de coordinación administrativa, los cuales sabemos que interferían negativamente en los procesos productivos. Veamos en este sentido el escrito de protesta por el mal funcionamiento de la administración, redactado por el director de una expedición mandada a las canteras de Tura:

Año 11, primer mes de verano, día 23.

El director de la expedición dice:

La carta del Hombre de la cortina, el visir del Estado, ha sido traída a este servidor, para que lleve la tropa de los equipos de Tura (las canteras de Menfis) para que reciba vestidos en su presencia en el Recinto del Oeste (alguna oficina administrativa). Ahora bien, este servidor protesta contra estos requerimientos extraños. Ahora bien, el mensajero ha venido a Tura con la balsa. Ahora bien, este servidor ha pasado seis días en la Residencia (Menfis) con esta tropa sin que ella reciba los vestidos, y esto es un perjuicio causado al trabajo que está a cargo de este servidor. Sin embargo, perder un solo día es suficiente para que esta tropa reciba los vestidos. Este servidor dice: que el mensajero reciba instrucciones.

(Manuscrito de El Cairo J 49623, traducido por Roccati, *Littérature,* cit.)

No obstante, hay un hecho mayor a finales de la dinastía que demuestra que la situación ha tocado fondo: Menkauhor o Ménqueres, sucesor de Niuserre, es el último faraón que construyó un templo solar. Ninguno de sus dos sucesores, Dyedkare-Izezi y Onos, los últimos soberanos de la Dinastía V, construyó tal tipo de monumento, y este hecho comparado a otros indicios, y especialmente teniendo en cuenta la evolución histórica ulterior, nos lleva a la conclusión de que su única razón de ser no es teológica sino exclusivamente económica. Los últimos reyes de la dinastía simplemente no pudieron construir templos solares por falta de recursos. Ello implica la crisis económica del clero heliopolitano y de la nobleza cortesana. Pero ello iba a tener a su vez otra consecuencia política grave para el Estado: el resurgimiento de los nomos o provincias, neutralizados hasta este momento por la centralización administrativa.

Todavía a finales de esta dinastía podemos asistir al primer acto del retorno de las viejas tradiciones religiosas localistas: el propio Onos, último representante de la Dinastía V, hizo inscribir por primera vez en el interior de su pirámide, en Saqqara, los arcaicos *Textos de las Pirámides* de los que

tantas veces hemos hablado ya y cuyas más remotas raíces se hunden en la noche de los tiempos prehistóricos. El faraón, para asegurarse la propia supervivencia en ultratumba ya no confía en Re y recurre de nuevo a los poderes de unos textos avalados por los más viejos dioses locales egipcios, los cuales ya probaron su eficacia en el pasado y la están volviendo a probar al salvar a las provincias egipcias de la crisis en que se ha visto sumida la corte y de la que no ha podido escapar ni el clero de Re. El ejemplo de Onos fue seguido ya invariablemente por todos sus sucesores de la Dinastía VI.

En suma, la crisis económica de la corte provocó con toda probabilidad una verdadera fuga del poder a provincias, donde los funcionarios provinciales —y especialmente los nomarcas— se encargaron de recogerlo. Los últimos años de la Dinastía V debieron ver, por consiguiente, el afianzamiento del poder provincial, que inmediatamente debió buscar la legitimización que le brindaban los antiguos dioses, tradiciones y leyendas locales, al tiempo que asistieron a la definitiva ruina y desprestigio del culto de Re y de la nobleza cortesana, responsables por su voracidad inmoderada de su propia desgracia. La decisión del propio faraón, que había renunciado a llevar un *praenomen* de Re como los de sus predecesores dinásticos, y que se había adherido él mismo a las viejas divinidades y tradiciones locales para asegurarse la vida eterna, no era sino la consagración definitiva del nuevo estado de cosas.

La política exterior de la Dinastía V se caracteriza esencialmente por continuar las directrices de épocas anteriores. Hay que resaltar la explotación continua y sistemática de las canteras del Sinaí y de Nubia, así como la regularidad de las relaciones comerciales con el puerto sirio de Biblo. De época de Sahure podemos mencionar la primera expedición conocida al país de Opone o Punt, país que se encontraba en la costa meridional africana del mar Rojo, así como varias expediciones punitivas contra los nómadas de las regiones libias que reportaron abundante botín, y una embajada procedente de Siria que llegó a Egipto por vía marítima. Queda por señalar la posibilidad de relaciones con las islas del Egeo y la seguridad de intercambios con Anatolia, lo que indicaría la continuidad de la apertura de contactos comerciales con regiones cada vez más alejadas por parte de Egipto, así como una expedición militar por tierra contra una fortaleza asiática, expedición que desgraciadamente no sabemos si hay que situar en la Dinastía V o en la VI.

4. Arqueología y arte del Imperio Antiguo

La arqueología del Imperio Antiguo

Empezamos el estudio de lo que podemos denominar *historia interna* del Imperio Antiguo por el ámbito de la arqueología, dada su importancia primordial desde el punto de vista metodológico. De hecho, hay que reconocer que la práctica totalidad de la información que poseemos se la debemos a la arqueología, incluso los documentos escritos, ya que los textos concernientes al antiguo Egipto que nos han llegado por transmisión continua desde la Antigüedad son contadísimos y se reducen exclusivamente a las obras o fragmentos de obras de algunos autores greco-latinos. De todos modos, en este capítulo y en el siguiente vamos a limitarnos a las informaciones que hemos obtenido gracias a la documentación susceptible de ser estudiada mediante análisis arqueológico, dejando la información que debe pasar por el análisis filológico para el otro capítulo.

Tras casi doscientos años de estudios sobre el terreno y bastantes más de coleccionismo de antigüedades egipcias, cabría pensar que poseemos una información aceptable en este ámbito. La realidad, sin embargo, no es tan satisfactoria. Los primeros trabajos de campo fueron realizados de manera absolutamente desordenada, e indudablemente se destruyó más información que la que se recuperó. La arqueología tardó mucho en poner a punto un método de trabajo científico y en aplicarlo a Egipto, y todavía en la actuali-

dad sus constantes progresos son de tal envergadura que convierten en anticuadas e incluso metodológicamente insuficientes las excavaciones de hace diez años. Asimismo, hay que lamentar que, con demasiada frecuencia, los trabajos de campo ya concluidos se publican con excesivo retraso... si es que llegan a publicarse, convirtiendo sus resultados en inaccesibles. De todos modos, hay que reconocer que la gigantesca envergadura de yacimientos y monumentos egipcios no ayudan precisamente al investigador solitario; es por ello que cada vez más se impone el trabajo en equipo. Finalmente, no hay más remedio que reconocer que los más avanzados métodos y técnicas arqueológicos, que han probado ya su bondad en otros lugares, se abren paso muy lentamente en Egipto.

Con todo, es necesario citar los resultados memorables obtenidos en el estudio y publicación de determinados monumentos, algunos de los cuales tienen ya una venerable antigüedad como es el caso de los publicados en la impresionante *Description de l'Égypte,* que data de la primera mitad del siglo XIX. Los templos y tumbas del Imperio Antiguo han sido objeto de diversos e importantes trabajos, que han puesto de relieve que la arquitectura de esta época no es aún una arquitectura de espacios sino de volúmenes. Entre ellos cabe destacar el estudio y la restauración del conjunto funerario de Dyoser en Saqqara, así como la excavación y publicación exhaustiva de numerosas tumbas de particulares.

Nuestro conocimiento de las ciudades es mucho más precario, puesto que de ellas sólo conocemos, en el mejor de los casos, templos y necrópolis. El historiador Diodoro Sículo, del siglo I antes de nuestra era, dijo que los egipcios construían de piedra tan sólo los monumentos de los dioses y de los difuntos, porque estaban hechos para la eternidad. La arquitectura para uso de los vivos era de adobes, ya que había de servir durante poco tiempo. Muchos de estos edificios ligeros fueron reproducidos en bajorrelieves y pinturas, e incluso bajo forma de modelos de madera y barro. Pero todo ello no ha sido estudiado de forma sistemática, y ni siquiera se han hecho comparaciones con la realidad. De hecho, muy raramente se han ocupado los arqueólogos de la arquitectura en adobe. En cambio, se ha conseguido esclarecer el origen de muchos elementos de la arquitectura en piedra, comparándolos con los materiales de construcción usados en época predinástica: madera, cañas y barro. Así ha quedado puesta de manifiesto la importancia de la arquitectura en materiales ligeros en el origen de la arquitectura en piedra.

No existe un corpus sistemático ni de la escultura ni de los bajorrelieves pintados del Imperio Antiguo, sino estudios o publicaciones monográficas dedicados a uno u otro monumento. Aquí, sin embargo, hay que reconocer la inestimable ayuda que presta el enorme *Manuel d'Archéologie Égyptienne* de Vandier. Los estudios de joyería y de artes menores son, también, insuficientes, puesto que no basta con explicar las cuestiones técnicas y meramente estéticas. Habría que explicar también el porqué del uso de determinados materiales o colores en determinados casos, así como el valor

exacto de ciertos adornos que no son sólo tales adornos. Se sabe ya que tanto el oro como algunas piedras preciosas tenían un valor y un significado religioso precisos, y un interés suplementario de tales especulaciones reside en que algunas de ellas, heredadas por el pensamiento griego y medieval, han llegado prácticamente hasta nuestros días.

El arte egipcio

La primera deuda que tenemos para con la arqueología egipcia es el habernos proporcionado el descubrimiento del arte egipcio. Pero el arte egipcio no sólo nos interesa por sus valores estéticos, o por el hecho de ser el más lejano precedente del arte occidental a través de su influencia en el arte griego. El arte egipcio nos interesa sobre todo aquí por ser el reflejo de la civilización que lo creó.

El arte egipcio se debe a una serie de factores que lo determinaron desde un principio, haciéndolo ser tal cual es. Entre estos factores podemos citar en primer lugar la geografía, que hizo que el arte buscase su integración armónica en el paisaje egipcio que le sirvió de hogar. En segundo lugar la religión, que impuso sus rígidas normas al arte; estas normas, no obstante, eran positivamente aceptadas por el artista que se desenvolvía con soltura dentro de ellas debido a su profundo sentimiento religioso. En tercer lugar la monarquía, a cuyo servicio como divinidad terrenal que era se encontraba el arte; pero también cabe resaltar aquí la fuerte influencia personal que algunos reyes ejercieron sobre el arte, siendo de destacar a comienzos del Imperio Antiguo el caso de Dyoser y de su consejero Imutes.

Las dos nociones fundamentales del arte egipcio son su grandiosidad y su eternidad. La grandiosidad busca convertir los monumentos en ilimitados, integrándolos y armonizándolos con la grandeza del espacio en el cual queda inmerso el monumento en reposo absoluto. La eternidad se consigue mediante el uso de la piedra, reforzando la sensación de poder mediante una gran variedad de recursos. Pero esta sensación de eternidad se ve reforzada también por la profunda cohesión del arte egipcio, que hace que sea posible encontrar en él los mismos elementos constitutivos en todas las épocas. Esta cohesión es la base de la unidad del estilo egipcio, la cual fue favorecida por el aislamiento del país que impidió la llegada de influencias importantes de otras civilizaciones. Ahora bien, unidad no significa monotonía, y los artistas egipcios siempre supieron moverse con suficiente libertad dentro de las normas que les venían impuestas. La variedad del arte egipcio queda puesta de manifiesto, en todo caso, no sólo por infinidad de pequeños detalles, sino también por la concepción de todo tipo de monumentos en un proceso continuo que empezó con el Período Tinita.

Una de las características generales del arte egipcio, y ello ya desde el Imperio Antiguo, es su optimismo, su serenidad ante una vida feliz en el

más allá, que además era concebida sencillamente como una prolongación eterna de la vida a orillas del Nilo. Pero además el arte egipcio es muy humano, recreándose por un lado en la representación de las sencillas escenas de la vida cotidiana y eliminando por otro lado toda exhibición de crueldad gratuita; las mismas escenas bélicas están reducidas al mínimo en el arte del Imperio Antiguo, y aun las que hay generalmente se limitan a actitudes estereotipadas heredadas de la iconografía del Predinástico Reciente. Este carácter humano y optimista del arte egipcio se hace especialmente patente, de todos modos, en el arte privado, en el cual el artista gozó de una casi total libertad y plasmó con extraordinaria fidelidad y sorprendente realismo la vida cotidiana, que se nos ha conservado retratada desde los bajorrelieves polícromos del Imperio Antiguo.

Los egipcios desconocían la noción de belleza por sí misma. En realidad, y de acuerdo con los textos, la razón de ser del arte era hacer obras útiles y eternas. El artista, en consecuencia, era considerado como un simple artesano, razón por la cual sólo raramente conocemos nombres de artistas. En este sentido cabe considerar al arte egipcio como un arte anónimo y colectivo, reflejo del genio de todo un pueblo. Sin embargo, sería erróneo deducir de este anonimato algún tipo de desconsideración o de minusvaloración de la persona del artista y de su obra individual por parte de la sociedad en la que vivía inmerso. Muy al contrario, el trabajo del artista, como el del artesano y el del obrero manual en general era considerado por los egipcios como la continuación cotidiana de la mismísima creación iniciada por los dioses; por consiguiente, el trabajo de todos estos hombres se creía que contribuía eficazmente a la tarea de mantenimiento del orden en el cosmos, tarea en la que colaboraban ni más ni menos que con la divinidad. Esta consideración rodeó el trabajo de artistas y artesanos de un respeto religioso que indudablemente no es ajeno a la extraordinaria calidad que ellos supieron imprimir a las obras que salían de sus manos, imbuidos como estaban tanto de la importancia de su labor como del agradecimiento que la sociedad les debía por ella. El mundo antiguo tardaría milenios en conocer otra civilización con el mismo grado de respeto por cualquier tipo de trabajo manual.

Si optimismo y humanismo alejan decisivamente el arte egipcio del arte de los pueblos del Próximo Oriente asiático —erizado de escenas de violencia y crueldad—, en cambio le aproximan al arte griego del que es el precedente directo. Un ejemplo bien concreto de ello lo tenemos en la concepción anatómica del cuerpo humano, en la nobleza de sus formas progresivamente depuradas ya desde el Imperio Antiguo, cuyas esculturas constituyen ya un modelo para las del arte arcaico griego a pesar de los casi dos mil años de distancia entre unas y otras. Se ha podido afirmar, por tanto, que el arte egipcio es paradigmático en la conciliación de forma y expresión, de espiritualidad y belleza, precediendo en este equilibrio al arte griego y al occidental.

Pero, en cambio, como sigue diciendo Desroches-Noblecourt, el arte egipcio no fue capaz de superar los moldes excesivamente estrictos dictados

por los dogmas religiosos, y ello le llevó a combinar formas diversas y especialmente cuerpos humanos con cabezas animales. Al crear estas formas monstruosas, que le acercaban por el contrario al arte oriental, el arte egipcio renunciaba a expresar claramente la preeminencia del hombre sobre la naturaleza, como en cambio sí supo hacer el arte griego. La larga sumisión del artista egipcio a la religión, a la monarquía y a la tradición acabaría, a pesar de algún intento de reacción, ahogando la espontaneidad. Pero ello no iba a suceder durante el Imperio Antiguo.

La arquitectura del Imperio Antiguo. La tumba real, de la mastaba a la pirámide

Los monumentos arquitectónicos más sobresalientes del Imperio Antiguo son, indudablemente, las pirámides, precisamente las construcciones que más caracterizan esta época de la Historia de Egipto. Pero las pirámides no sólo son el resultado final de una evolución arquitectónica que empieza en el Período Predinástico, evolución que en principio se debe a imperativos religiosos, sino que también son, como veremos, un claro exponente de la evolución creciente o decreciente del poder faraónico. Queda, pues, perfectamente justificado empezar por ellas la descripción de los diversos tipos de monumentos arquitectónicos que conoció el Imperio Antiguo.

Las primeras tumbas reales conocidas sólo se distinguen de las tumbas de particulares por su tamaño cada vez mayor. Se trata de mastabas, palabra árabe que significa *banco* y que no hace sino describir su aspecto externo. Conocemos ya una tumba real predinástica de la necrópolis de Nagada, precedente de las mastabas reales de época tinita que se han encontrado en Saqqara y en Abido. Estas tumbas o cenotafios de los reyes de las dos primeras dinastías tienen esencialmente la misma estructura: consisten en un pozo subterráneo cada vez más profundo, en el fondo del cual se halla la cámara sepulcral y una serie de cavidades anejas al mismo nivel, que servían para contener el ajuar funerario. El pozo subterráneo, a su vez, era cubierto por una superestructura, originariamente tumular, que acabó adquiriendo una planta rectangular con fachadas de adobes decoradas con una serie de molduras verticales paralelas regularmente entrantes y salientes. Esta decoración, llamada por los egiptólogos *con reentrantes,* imita en realidad, por razones profilácticas, las murallas de las ciudades predinásticas; la misma decoración, y por idénticos motivos, se encuentra en los sarcófagos de piedra del Imperio Antiguo. Ocasionalmente, las mastabas reales del Período Tinita tienen ya determinados elementos de revestimiento o de cobertura de piedra, al igual que las mastabas de los grandes personajes de la época, muy semejantes a las de los monarcas aunque sensiblemente menores.

El cambio que se produjo con el reinado de Dyoser es importantísimo desde el punto de vista arquitectónico. Por razones indudablemente de or-

den religioso, este faraón decidió abandonar la mastaba como lugar de enterramiento, y fue el primero que se hizo construir una pirámide: la Pirámide Escalonada de Saqqara. Sin embargo, el cambio de ritual funerario que implica el paso de la mastaba a la pirámide no es el único hecho de capital importancia que cabe registrar a propósito de este monumento. En efecto, hay que señalar también que la Pirámide Escalonada, por sus enormes dimensiones que alcanzan los 60 metros de altura, es desproporcionadamente mayor que las mastabas de sus predecesores; e incluso que está enteramente construida con grandes bloques pétreos, rompiendo pues abruptamente con los adobes de las anteriores mastabas regias. Aquí es preciso puntualizar que el primer paso parece que fue dado por el predecesor de Dyoser, Sanajt-Nebka, a quien es probable que haya que atribuir la mastaba inicial que se encuentra en la base de la Pirámide Escalonada, la cual ya era de dimensiones considerables y estaba hecha enteramente de piedra. Pero no es menos cierto que la mastaba del fantasmal predecesor de Dyoser no hace sino apuntar la gran revolución arquitectónica impulsada definitivamente por éste y por su arquitecto Imutes, a quien Manetón atribuye con razón la invención de la técnica del trabajo de la piedra, es decir, ni más ni menos que la invención de la arquitectura en piedra, con la cual era posible construir monumentos de una grandeza totalmente insospechada hasta entonces.

La misma historia arquitectónica del monumento parece demostrar los tanteos y vacilaciones en este sorprendente descubrimiento de las posibilidades de la piedra a la hora de llegar más y más arriba en dirección al cielo. En efecto, a la mastaba inicial, de planta primero cuadrada pero después rectangular como todas las mastabas, Imutes le superpuso de entrada tres escalones, y finalmente dos escalones más, con lo que obtuvo el resultado final de una pirámide de seis escalones. La Pirámide Escalonada de Saqqara es el centro de un remarcable recinto funerario también de piedra, que ha podido ser modernamente bien estudiado y reconstruido, obra también indudablemente de Imutes.

Junto a la pirámide y al recinto funerario de Dyoser se ha descubierto una nueva pirámide y un nuevo recinto funerario, obras de su sucesor Sejemjet, que no fueron nunca terminados sin duda por falta de tiempo. En cuanto a los restantes reyes de la Dinastía III, a Jaba se le atribuye una pirámide escalonada inacabada en Zauiyet el Aryan, al sur de Guiza, mientras que es posible que Huni fuese quien comenzó la llamada Falsa Pirámide de Meidum, la única pirámide del Imperio Antiguo que se encuentra fuera de la gran necrópolis menfita, bastante al sur de la misma y cerca del oasis del Fayum. Esta intrigante pirámide ha suscitado muchas dudas, tanto en lo referente a su estructura arquitectónica como a su autoría, y actualmente se tiende a creer que Huni la habría comenzado como pirámide escalonada, pero que su sucesor Esnofru la habría completado transformándola en la que había de ser la primera pirámide perfecta. El resultado, de todos modos, no alcanzó gran solidez, puesto que la pirámide —que habría al-

canzado originalmente una altura de cerca de 95 metros— se derrumbó ya en la Antigüedad.

A Esnofru, fundador de la Dinastía IV, se atribuye además de la conclusión de la Falsa Pirámide de Meidum, la construcción de dos pirámides en Dahshur, al sur de Saqqara, ambas muy importantes como elementos intermedios que son en la evolución de la pirámide escalonada a la pirámide perfecta. Una de ellas es la llamada Pirámide Romboidal, debido al cambio de pendiente de sus paredes. Las razones de este cambio nos son desconocidas, aunque la explicación más elemental consiste en creer en un cambio de planes operado en el curso de los trabajos debido a que los arquitectos se convencerían de la imposibilidad de terminar una pirámide empezada a construir con unas paredes excesivamente verticales. El resultado es un monumento con un perfil francamente poco elegante, a pesar de sus 105 metros de altura. Tal vez por ello la otra pirámide de Esnofru en Dahshur, la Pirámide Roja, tiene unas paredes con muy poca pendiente y el resultado es un monumento excesivamente aplanado al que no logran hacer ganar esbeltez sus 104 metros de altura. No obstante, la Pirámide Roja ya es una pirámide perfecta: los sucesores de Esnofru ya sólo deberán hacer ganar esbeltez dotando de pendientes equilibradas las paredes de sus pirámides, para conseguir realizar los armoniosos y gigantescos monumentos que nos han legado.

No es, pues, casualidad que la mayor y más perfecta pirámide fuese construida justamente por el sucesor de Esnofru, Quéope, precisamente en el momento en que la monarquía menfita alcanzaba el cenit de su poder y en que los arquitectos egipcios, tras los tanteos anteriores, estaban en posesión de los conocimientos técnicos necesarios. La Gran Pirámide, considerada por los griegos como una de las siete maravillas del mundo, y la única que ha llegado hasta nuestros días, se yergue en Guiza con sus 146 metros de altura, y a su lado se levantan la segunda Pirámide de Guiza, de 143 metros de altura, perteneciente a Quefrén, y la tercera Pirámide, de 65 metros, perteneciente a Micerino. A partir del reinado de Quéope se introduce en estos monumentos funerarios una importante innovación: la cámara sepulcral, que hasta este momento estaba en el subsuelo, se sitúa en el cuerpo mismo de la pirámide. Esta transformación representa el paso definitivo en el proceso de diferenciación de la pirámide con respecto a la mastaba, de la cual deriva.

Junto a las pirámides de Guiza se encontraban los templos funerarios de los reyes, precedidos de un vestíbulo monumental y de una vía cubierta. Al lado de la que conduce al templo de Quefrén se encuentra la Esfinge de Guiza, labrada en una roca natural y que representa la encarnación de la divinidad solar bajo forma de león yacente androcéfalo, cuyo rostro no es otro que el del propio Quefrén; la Esfinge simbolizaba así, de forma plástica, la identidad del faraón con Re. En cuanto al templo mismo de Quefrén, de granito y alabastro, no presenta ornamentación alguna, con la única excepción

de algunos jeroglíficos exteriores. Templos y pirámides en esta época son casi totalmente ágrafos. Las inscripciones y relieves empezaron a aparecer en los templos durante la Dinastía V, en las pirámides sólo al final de la misma.

De los demás faraones de la Dinastía IV sólo conocemos algunos restos de pirámides inacabadas en Abu Rauash —de Didufri— y en Zauiyet el Aryan —quizá de Hordyedef—, así como la atípica mastaba de forma de sarcófago perteneciente a Shepseskaf en Saqqara.

Con el advenimiento de la Dinastía V asistimos a un nuevo cambio importante en la arquitectura de las pirámides, que ya regirá sus características hasta el final del Imperio Antiguo. En primer lugar hay que destacar su tamaño, mucho menor: la pirámide de Userkaf en Saqqara, con una altura de 49 metros, tiene un volumen casi treinta veces menor que el de la Gran Pirámide de Quéope. En segundo lugar, la técnica constructiva pierde calidad con el objetivo de abaratar los costos: la pirámide de Sahure, en Abusir, de una altura de 47 metros, es la primera cuyas caras hechas de bloques regulares de piedra ocultan un núcleo hecho de piedras sueltas informes y grava. Estas características se mantienen ya a lo largo de toda la Dinastía V: en Abusir, además de la pirámide de Sahure se encuentran las de Neferirkare —que con sus 70 metros de altura es la mayor de la dinastía, superando incluso la de Micerino—, la de Neferefre, inacabada, y la de Niuserre, de 51 metros de altura; en Saqqara, además de la de Userkaf, se hallan las pirámides de Dyedkare-Izezi, de 52 metros, y la de Onos, de 43 metros de altura, la primera cuyo interior está decorado con los *Textos de las Pirámides.*

Los templos

Si exceptuamos los templos funerarios de los reyes de los que ya hemos hablado, hemos de reconocer que es muy poco lo que sabemos de los templos del Imperio Antiguo. De los templos dedicados a los distintos dioses a lo largo del Valle del Nilo conocemos muy poco más que su existencia gracias a sus menciones en los textos contemporáneos. En época predinástica sabemos que los templos estaban aún construidos con materiales ligeros, tales como barro y cañas, gracias a las representaciones que nos han llegado. Es, pues, muy posible, que en el Imperio Antiguo se produzca la transición a la arquitectura en piedra, pero también hay que tener en cuenta que la mayoría de viejos templos de barro no debieron ser demolidos de la noche a la mañana para ser sustituidos por templos de piedra. Por otro lado, sabemos que partes considerables de algunos templos reales, como el de Micerino, fueron construidas de adobe.

El desconocimiento generalizado en que nos encontramos acerca de los núcleos de población, en los que se ubicaban los templos, no facilita la cuestión, pero si tenemos en cuenta que raramente se han encontrado restos

constructivos anteriores al Imperio Medio en los templos de épocas posteriores, no parece muy arriesgado deducir que la mayoría de los templos existentes en el Imperio Antiguo debían poseer aún unas estructuras arquitectónicas esencialmente de adobe, que sólo gradualmente debían ir siendo sustituidas por elementos de piedra. No parece, por lo demás, que el planotipo de los templos de época posterior, válido en definitiva para cualquier divinidad, hubiese sido aún creado; por consiguiente, debía haber una gran variedad de plantas de templos, según cuál fuese la divinidad a la que estaban consagrados.

La única excepción en este desolador panorama son los templos solares, construidos por los faraones de la Dinastía V. El mejor conservado de todos ellos es el construido por Niuserre en Abu Gorab, el cual indudablemente copiaba a escala reducida el templo solar de la misma Heliópolis, del que no se nos ha conservado nada de esta época. El templo de Abu Gorab se erigía sobre una terraza, a la que se accedía por una rampa que partía de un pórtico. Sobre la terraza había un recinto cerrado por un muro y con un segundo pórtico frontal. El interior del recinto era un gran patio abierto al aire libre, en medio del cual y sobre un pedestal trapezoidal se levantaba el benben, el principal emblema solar, un grueso obelisco construido mediante bloques de piedra. En estos templos solares el culto se celebraba al aire libre.

Las mastabas privadas

Las tumbas de los simples particulares evolucionaron desde las simples fosas cubiertas por un túmulo, generalizadas aún en época tinita, hasta las mastabas de piedra ricamente decoradas que, junto a las pirámides de los faraones, constituyen el otro elemento que caracteriza el Imperio Antiguo desde el punto de vista arquitectónico.

Pasando por el intermediario que son las mastabas de adobes, llegamos a la mastaba clásica de piedra, más sencilla al principio para acabar complicándose de forma extraordinaria al final del Imperio Antiguo y en los casos de los grandes personajes de la corte. De todos modos, las mastabas responden siempre a un esquema básico uniforme, que vamos a describir brevemente.

El nombre árabe de *mastaba* se aplica en principio sólo a lo que es la superestructura del monumento; es por extensión que los egiptólogos designan con este nombre la totalidad de cada uno de estos conjuntos funerarios. La superestructura, de planta rectangular y sección trapezoidal, estaba hecha al principio de materiales de relleno recubiertos por una fachada de adobes, pero con el tiempo acabará siendo construida enteramente de bloques de piedra en el caso de las mastabas de personajes importantes. En el cuerpo de la superestructura se abre la capilla, abierta al público para el culto funerario, en la cual se encuentra la mesa de ofrendas y la estela llamada

falsa puerta; esta estela ostenta el nombre y los títulos del difunto, así como su representación, se erige al fondo de la capilla, separándola del *serdab,* y debe su nombre de *falsa puerta* a su forma, ya que a través de esta *puerta* se suponía que el difunto podía comunicar con el mundo de los vivos. Una estrecha abertura a la altura de los ojos comunica asimismo la capilla con el *serdab,* estancia que se encuentra también en la superestructura de la mastaba, al lado mismo de la capilla, pero que ya no era accesible a los vivientes sino que estaba reservada al difunto. En el *serdab* se encuentra una o varias estatuas —o como mínimo cabezas— del difunto con su retrato. Este sencillo esquema en la ordenación de la superestructura de la mastaba se complica de forma indefinida a partir de la Dinastía V con una multitud de estancias decoradas con bajorrelieves pintados.

Un pozo vertical pone en comunicación la superestructura con la cámara funeraria propiamente dicha, la cual está excavada en la roca y se encuentra justo debajo de la *mastaba.* Este pozo era colmatado después de efectuado el enterramiento para evitar la violación de la cámara funeraria subterránea. En cuanto a ésta, contenía el sarcófago, de piedra y de forma rectangular, así como el ajuar funerario del difunto.

Normalmente la mastaba es un enterramiento individual aunque hay algunos casos en que una mastaba sirvió de enterramiento para un matrimonio, recibiendo en tales casos ambos cónyuges un culto funerario diferenciado. Habitualmente las mastabas se agrupan en aglomeraciones, muchas veces en los alrededores de las pirámides reales, constituyendo auténticas *ciudades de los muertos,* es decir, necrópolis, con calles entre ellas cruzándose en ángulo recto, mostrando así unas ideas urbanísticas que podrían estar calcadas de las ciudades de los vivos.

Las ciudades y las casas

Nuestros conocimientos arqueológicos de las ciudades y en general de los núcleos de población egipcios durante el Imperio Antiguo son extremadamente precarios. De hecho, sólo conocemos algunos núcleos artificiales como son las *ciudades* de las pirámides, cuya única razón de ser era mantener el culto funerario de los reyes difuntos, tales como la de Esnofru en Dahshur y las de Quefrén y Micerino en Guiza, así como algunas ciudades del Alto Egipto y restos rarísimos en el Delta.

En el Alto Egipto conocemos restos urbanísticos como mínimo de Abido, Hieracómpolis, Edfu y Elefantina, todos los cuales eran indudablemente núcleos de población antiquísimos. De los datos conjugados y coincidentes de todos ellos podemos colegir que estaban formados por casas de adobe muy apiñadas, estructuradas en torno a calles estrechas, algunas de las cuales son, no obstante, claramente rectilíneas y se cruzan entre ellas en ángulo recto. En algún lugar en el interior de estas ciudades se encuentra el

templo a la divinidad local, hecho esencialmente de adobes si bien con algunos importantes elementos pétreos, tales como columnas, puertas, estelas y estatuas.

El templo seguía jugando un importante papel en la actividad económica de la ciudad, además del estrictamente religioso. Las ciudades, dotadas ya de murallas de adobes desde el Período Predinástico, manifiestan una clara tendencia al crecimiento durante el Imperio Antiguo, tendencia que se expresa en ocasiones por la construcción de barrios extramuros. Este crecimiento urbanístico, en todo caso, exigió la construcción de nuevas murallas de adobe, de dimensiones colosales y rectilíneas cuando ello era posible. El resultado es que las ciudades quedan encerradas generalmente por fortificaciones de planta rectangular bastante regulares, poniendo de manifiesto las nuevas tendencias urbanísticas del Imperio Antiguo. En Hieracómpolis se han localizado además los restos de un palacio de época tinita reutilizado posteriormente; como era de esperar, este palacio es de adobes, como lo debían ser todos e incluso el palacio real de Menfis, ya que sabemos que seguían siéndolo aún en el Imperio Nuevo. Las necrópolis, integradas por tumbas de forma y riqueza muy desigual, se encuentran siempre fuera del núcleo habitado.

Estas ciudades, tres de las cuales eran además capital de nomo —Hieracómpolis, Edfu y Elefantina—, se ha calculado que tenían dimensiones relativamente modestas: unos 60.000 metros cuadrados de promedio. Estas dimensiones son, de todos modos, perfectamente comparables con lo que sabemos de los núcleos urbanos de Palestina en esta misma época. Los restos ocasionales del Imperio Antiguo encontrados en el Bajo Egipto en localidades como Mendes o Bubastis nos sirven como mínimo para confirmar arqueológicamente el desarrollo de las ciudades del Delta parejo a las del Alto Egipto atestiguado por las fuentes escritas.

De hecho, los textos administrativos del Imperio Antiguo nos documentan no sólo el impulso que recibió el desarrollo de las ciudades, sino también la imposición por parte del Estado de un modelo de poblamiento que tendía a distribuir de manera uniforme y equilibrada los habitantes de Egipto a lo largo de todo el Valle del Nilo. Este modelo consistió en la potenciación de la capital del Estado, Menfis, a caballo entre el Alto y el Bajo Egipto, y la distribución de la población en núcleos jerarquizados, los más importantes de los cuales eran las capitales de los nomos. Alrededor de éstas se agrupaban otros núcleos progresivamente menores, aunque parece que hay que descartar la existencia de hábitat disperso: los campesinos que, fuese cual fuese su estatus social, se dedicaban a las tareas agrícolas y ganaderas, debían vivir en pequeños núcleos rurales.

No sabemos en qué grado la implantación de este modelo de poblamiento afectó al Bajo Egipto, profundamente urbanizado ya desde el Período Predinástico. Sí sabemos en cambio que debió afectar fuertemente al Alto Egipto, cuya población en época predinástica debía distribuirse

de forma muy desigual, concentrándose en muy pocas ciudades de la región de la Tebaida, tales como Ombo e Hieracómpolis, y permaneciendo el resto del territorio, especialmente el Egipto Medio, muy escasamente poblado. Con todos estos datos, más los de épocas posteriores, la población de Egipto durante el Imperio Antiguo ha podido ser evaluada de manera muy aproximada en cerca de siete millones de habitantes, si bien hay fuertes discrepancias entre los distintos autores que se han ocupado de este problema.

Sin duda, la influencia del Estado debió hacerse sentir dentro de las ciudades en la implantación de un nuevo modelo urbanístico más racional, con calles rectilíneas paralelas y perpendiculares entre ellas, creando plantas de tipo de damero. Este modelo urbanístico, que lo tenemos ya perfectamente documentado durante el Imperio Medio en determinados núcleos de población de nueva planta, no lo tenemos en cambio todavía bien documentado en el Imperio Antiguo, aunque se vislumbra en lugares como Hieracómpolis. De todos modos, y en la medida en que sabemos que las necrópolis aplicaban al mundo de los muertos modelos de los vivos, podemos observar esta ordenación urbanística magníficamente inmortalizada en piedra en las distintas necrópolis menfitas de mastabas. Su creación durante el Imperio Antiguo nos parece, por consiguiente, segura. Naturalmente, este modelo de urbanismo no podía ser aplicado en los antiguos núcleos de población preexistentes; pero sí cabe suponer que debía ser impuesto de forma extensiva tanto en los núcleos de nueva fundación como en los nuevos barrios de las antiguas ciudades.

Nuestra mejor fuente para conocer las viviendas del Imperio Antiguo sigue siendo su representación en los bajorrelieves de las tumbas. Gracias a estas figuraciones artísticas podemos conocer sobre todo las casas espaciosas en que vivían los ricos, con numerosas salas y dependencias diversas, que a veces exigían incluso la existencia de columnas para sostener el techo. Las salas de habitación, en estas casas, estaban separadas de las otras dependencias de la casa, y solían tener un jardín con un estanque.

La escultura

La escultura en bulto redondo tardó en alcanzar la perfección. Al principio encontramos sólo pequeñas figurillas, generalmente de marfil, herencia de las existentes en tiempos predinásticos. De todos modos, las esculturas reales alcanzaron antes que la estatuaria privada la perfección canónica. A partir de Jasejemuy, último soberano tinita, empezamos ya a encontrar estatuas sedentes del faraón en la actitud que devendrá clásica en el arte egipcio, y en la que son jalones importantes las estatuas de Dyoser y de Quefrén. Por otro lado vemos aparecer el retrato con todo su vigor en época de Didufri. La es-

cultura real, de todos modos, tiene unas características que la diferencian inmediatamente de la escultura privada cuando ésta alcanza, a su vez, su máxima perfección formal durante la Dinastía IV. Se ha dicho que las estatuas reales eran representativas y que debían participar de la inmovilidad de los conjuntos arquitectónicos en los cuales estaban integradas. Por consiguiente, la escultura real renunciaba voluntariamente a *narrar* nada y, por el contrario, se limitaba a presentar al faraón-dios, de manera absolutamente atemporal, con la mirada fija en la eternidad y sin reflejar ningún sentimiento, en definitiva por encima del bien y del mal. Tanto si el faraón está sentado como si está en pie —caso de Micerino en las célebres tríadas que conocemos de él—, la escultura real obedece siempre estrictamente a la ley de la frontalidad, que contribuye a realzar la impresión de calma y poder que emana de ella. Lo único, pues, que distingue unas estatuas de otras son precisamente las caras. Que éstas son auténticos retratos lo prueba precisamente la gran variedad de rostros; pero también la consideración de que la estatua era el soporte material del *ka* del faraón difunto, y que, por consiguiente, era preciso que el *ka* fuese capaz de reconocer sus propias estatuas por el rostro. Los retratos reales del Imperio Antiguo han de caracterizarse, pues, por su realismo.

La estatuaria privada, en cambio, libre de los imperativos a que se veía sometida la real, se esforzó en captar la vida e incluso el movimiento de los personajes representados. Durante la Dinastía III las estatuas privadas son aún excesivamente rígidas, pero a partir de la Dinastía IV alcanzan ya una perfección llena de vida que se mantendrá durante todo el Imperio Antiguo y de la que tal vez sean los mejores exponentes las estatuas de Rahotep y de Nofret procedentes de Meidum, y el Escriba Sentado del Museo del Louvre. Si bien normalmente la escultura privada es en piedra, también en ocasiones utiliza la madera, siendo un buen ejemplo la estatua del Sheij el Beled, *el alcalde del pueblo.* La escultura privada del Imperio Antiguo tiende a representar el cuerpo humano idealizado bajo sus formas más perfectas; no obstante, en ocasiones sucumbía a la tentación de representar los defectos físicos más aparentes. Finalmente, hay que señalar que a lo largo del Imperio Antiguo empiezan a aparecer pequeñas esculturas en piedra de sirvientes desempeñando las más variadas tareas y atestiguando las posibilidades de la escultura para representar el movimiento.

La escultura del Imperio Antiguo debió conocer también el uso del metal, como lo prueba la perfección de las estatuas de Fiope I y de su hijo, ya de la Dinastía VI, hechas de láminas de cobre fijadas sobre madera. No obstante, no se nos ha conservado ninguna escultura metálica anterior a la Dinastía VI.

Dos milenios más tarde, durante el Período Saíta, el arte del Imperio Antiguo fue admirado y buscado en un ambiente de renovado interés por los orígenes de la civilización egipcia. Formando parte de esta corriente arcaizante, numerosas esculturas del Imperio Antiguo vieron nuevamente la luz

e incluso fueron imitadas por los artistas saítas. De esta manera también parece lógico suponer que los griegos que visitaban Egipto trabaron conocimiento con el prestigioso arte de las altas épocas, y pudieron tomarlo como modelo en los momentos iniciales del arte arcaico helénico.

Los bajorrelieves y la pintura

Al contrario de la escultura, el bajorrelieve alcanzó ya una gran perfección en el Período Predinástico, como lo demuestran las extraordinarias paletas votivas del final de esta época. A su vez, la paleta del rey Narmer nos muestra unas características que podemos considerar ya como clásicas dentro del bajorrelieve egipcio.

Bajorrelieve, pintura y dibujo responden, desde el primer momento, a unas características compositivas que serán ya inmutables a todo lo largo de la historia del arte egipcio, y que pueden resumirse en dos grandes principios: ausencia de perspectiva y representación de las figuras de perfil. En realidad, ambos principios obedecen a un solo motivo: el arte egipcio coloca la representación de la realidad en un solo plano, e intenta incorporar el máximo de características de cada objeto representado, forzando para ello su presencia en este único plano. Así, la ausencia de perspectiva obliga a alinear en un solo registro o a superponer en registros distintos los diferentes personajes y objetos representados, y a veces se limita a superponerlos pero conservando cada uno de ellos la misma talla. En cuanto a la figura humana, en principio colocada de perfil, en realidad es descompuesta mentalmente en partes distintas que son a continuación simplemente superpuestas: sobre unas piernas de perfil se coloca un tronco de frente, al que se superpone una cabeza de perfil. De esta manera el arte egipcio intentaba captar más de cerca la esencia de la realidad del cuerpo humano, destacando por ejemplo las facciones de la cara, mucho más fácilmente individualizables de perfil que de frente.

Durante el Imperio Antiguo hay que destacar la extraordinaria calidad, variedad y movimiento de los numerosos bajorrelieves polícromos de las tumbas. Este abundantísimo corpus de escenas son nuestra mejor fuente de información para conocer la vida cotidiana de los antiguos egipcios, de los pertenecientes a las clases acomodadas pero también, y sobre todo, de agricultores, pastores y todo tipo de artesanos. Por cierto que los relieves que decoran la mastaba de Ptahhotep están firmados por Anjenptah, primer artista egipcio de nombre y obra conocidos.

La pintura era también conocida desde época predinástica, como lo demuestran las pinturas murales de una tumba de Hieracómpolis, muy semejantes por lo demás a las pinturas de los vasos característicos de la fase Nagada II. Sin embargo, durante el Imperio Antiguo la pintura fue mucho menos utilizada que el relieve polícromo para la decoración parietal. Ello no

es óbice para que pudiera llegar a producirse alguna obra maestra, como es el caso de las pinturas de la capilla de la mastaba de Atet en Meidum, entre las que destacan las célebres *Ocas de Meidum.*

Artesanía y artes menores

La cerámica, que se había ido perfeccionando en Egipto entre el Neolítico y el Predinástico Antiguo, había alcanzado su momento de máximo esplendor en la época de Nagada II, cuando los vasos presentan regularmente una decoración figurada pintada muy característica. Pero ya desde finales del Predinástico esta decoración pintada desaparece, generalizándose los vasos modelados a torno, monocromos y casi siempre sin decoración alguna. La producción de cerámica tiende a aumentar, pero en menoscabo de la calidad, que por lo normal no pasa de la mediocridad. Todo ello es debido a que desde el Predinástico Reciente la cerámica de lujo pintada del período anterior fue sustituida por los vasos de piedra, cuya producción y calidad aumentaron rápidamente. De este modo la cerámica abandonó a la piedra el monopolio de la vajilla de lujo y quedó constreñida al ámbito de la fabricación de vasos ordinarios, para usos domésticos o artesanos. En estas circunstancias, los alfareros egipcios decidieron aumentar la producción de vasos cerámicos, si bien sacrificando la calidad a la cantidad. Estas directrices se mantuvieron ya a todo lo largo de la historia egipcia.

Ello no significa, de todos modos, que durante el Imperio Antiguo no aparezcan algunas piezas cerámicas de extraordinaria calidad. Al respecto hay que señalar el perfeccionamiento de la técnica de la cerámica vidriada, así como la existencia de la técnica del engobe. Además de vasos, también se hacían de cerámica placas vidriadas como las que revisten las paredes de las cámaras subterráneas de la Pirámide Escalonada de Saqqara, así como cuentas de collar y amuletos de diversos tipos.

La técnica del trabajo de la piedra no hizo más que perfeccionarse constantemente desde época predinástica, cuando se labraron hojas de grandes cuchillos de sílex, con retoques que recuerdan muy de cerca las grandes industrias del Paleolítico Superior. De hecho, la escasez de metal hizo que no sólo el sílex siguiese siendo usado normalmente durante toda la época dinástica, sino que incluso durante el Imperio Antiguo era claramente mayoritario: de sílex y perteneciente a esta época conocemos una amplia variedad de instrumentos utilizados para una notable gama de actividades diversas, desde el trabajo de la piedra hasta la cirugía. Puede decirse que debido a la endeblez del cobre sin alear, la mayoría de herramientas de corte hubieron de seguir siendo de sílex, material por lo demás extremadamente abundante en Egipto.

También la fabricación de vasos de piedra continuó perfeccionándose y generalizándose, para convertirlos en vajilla de lujo que sustituyese a la ce-

rámica. De hecho, esta técnica se había iniciado durante el Predinástico mediante la utilización de toda clase de piedras duras, que eran trabajadas con tal perfección que incluso se llegaban a obtener vasos translúcidos utilizando los materiales más opacos. Gradualmente, de todos modos, las piedras duras fueron siendo sustituidas por el alabastro, mucho más blando y por ello más fácil de trabajar. El uso del alabastro era ya masivo en época tinita, como lo demuestra la ingente cantidad de vasos de este período descubiertos en la Pirámide Escalonada de Saqqara. En el curso del Imperio Antiguo las formas de los vasos de alabastro se fueron multiplicando y ganando en esbeltez y elegancia, las cuales se mantendrían ya hasta la Baja Época.

De todas maneras, donde se manifiesta en mayor medida la perfección del trabajo de la piedra es en la talla de los grandes bloques usados en arquitectura, así como en la escultura y en los bajorrelieves. Para estos menesteres se usaban todo tipo de piedras, desde los bloques calcáreos hasta el granito o la diorita.

Hay que mencionar también, una vez desaparecidas las paletas votivas predinásticas, la continuidad del uso de la piedra para confección de los más diversos objetos tales como discos, pequeñas figurillas y peones de juego. Para estos menesteres eran usados asimismo otros materiales tales como el marfil, el ébano, la cerámica o pasta vidriada e incluso las piedras semipreciosas.

La metalurgia del cobre era conocida ya desde el Período Predinástico, y el uso de este metal se incrementó notablemente a partir del Período Tinita. Algunos relieves del Imperio Antiguo nos muestran las técnicas de fusión empleadas, pero a su lado el metal seguía siendo trabajado también por martilleado. Pronto se empezó a fabricar toda clase de objetos de cobre, desde agujas hasta armas, y ya hemos hablado de las estatuas de Fiope I y su hijo de madera revestida de cobre; podemos añadir jarras de agua, aguamaniles, espejos y lámparas. Sin embargo, los objetos encontrados son relativamente pocos, y ello es debido con toda seguridad a que los objetos de cobre, sea cual fuese su naturaleza, una vez amortizados debían ser nuevamente fundidos para poder reutilizar el metal.

La causa de ello no es otra que la dificultad de los antiguos egipcios para obtener cobre: durante el Imperio Antiguo parece que sólo podían obtener cobre directamente del Sinaí, y que en todo caso también hubieron de obtenerlo indirectamente, por vía comercial, de Chipre, y tal vez de Asia. En todo caso, es seguro que en esta época los egipcios no conocían aún ninguna aleación de las que los distintos pueblos asiáticos ya habían inventado para endurecer el cobre, y especialmente la aleación con estaño para obtener bronce. Todos los análisis metalográficos hechos hasta la fecha sobre objetos egipcios del tercer milenio dan, sistemáticamente, cobre: las regiones productoras de estaño se encuentran excesivamente lejos de Egipto, y los egipcios jamás tuvieron acceso directo a ellas. Egipto, por consiguiente, tardaría aún mucho en disponer de bronce con regularidad, y, mientras tanto, el

sílex siguió siendo utilizado, como ya hemos visto, para confeccionar todo tipo de herramientas cortantes.

El oro, por el contrario, era relativamente abundante en Egipto, y fue conocido en época predinástica antes incluso que el cobre. Las minas de oro del desierto oriental, en la región de Ombo, fueron pronto conocidas y explotadas, e hicieron la fortuna de la ciudad señoreada por el dios Set. Sin embargo, estas minas acabaron por agotarse y los egipcios del Imperio Antiguo tuvieron que ir cada vez más al sur en busca de oro, hasta alcanzar las regiones de la Baja Nubia. Sería precisamente la presencia de oro en la zona nubia una de las causas más determinantes del constante interés egipcio, a lo largo de toda su Historia, por estos territorios. Los egipcios pronto se apercibieron de las especiales propiedades de este metal noble: su inalterabilidad hizo que se atribuyese a los dioses tener la carne de oro, que por ello era incorruptible y los dioses inmortales; pero también determinó que se convirtiese el oro en la base del patrón del sistema de pesas para todo tipo de transacciones comerciales, haciendo de un determinado peso de oro la unidad de cómputo. De esta manera el oro unió a su valor económico un incuestionable valor religioso, encontrándolos ambos sin duda unidos en las joyas y demás objetos de orfebrería que denotan ya una altísima calidad de ejecución en el Imperio Antiguo. La plata, en cambio, es mucho más rara que el oro, ya que no se encuentra en estado natural en Egipto y había de ser importada. Aunque excepcional en el Imperio Antiguo, no dejaba de usarse, en combinación sobre todo con oro y piedras preciosas y semipreciosas.

La madera, importada casi totalmente del Líbano ya que las maderas que se encuentran en Egipto son raramente aptas para la construcción, era utilizada abundantemente y con gran perfección durante el Imperio Antiguo. Además de su uso en arquitectura y en escultura, de los que ya hemos hablado, hay que mencionar la extraordinaria calidad obtenida por los ebanistas en la fabricación de toda clase de muebles, de lo que tenemos una buena prueba en los encontrados en la tumba de la reina Hetepheres, madre de Quéope. También hay que destacar el uso de la madera en las construcciones navales: los astilleros egipcios habían alcanzado una notable maestría en la construcción de barcos, destinados tanto a la navegación marítima como fluvial. Uno de los ejemplos más notables conocido actualmente es el primero de los barcos funerarios perteneciente a Quéope, localizado junto a su pirámide en Guiza, que ha podido ser reconstruido; mide 50 m de largo. De hecho, el Estado poseía en el Imperio Antiguo importantes flotas, una de las misiones primordiales de las cuales era precisamente navegar a Biblo con regularidad para obtener madera del Líbano con que asegurar las futuras construcciones y reparaciones navales. Así, la adquisición de madera se había convertido en uno de los motores principales del comercio exterior egipcio.

5. Topografía del Imperio Antiguo

Menfis

En el capítulo anterior hemos analizado, de forma general, los diversos elementos que caracterizan la cultura material egipcia de época del Imperio Antiguo. En el presente capítulo nos proponemos, esencialmente, exponer lo que podríamos llamar la distribución geográfica de esta misma cultura. En este cometido, algunas repeticiones serán inevitables. Empezaremos por Menfis, la capital del Estado, y su inmensa necrópolis, que sin lugar a dudas reúne por sí sola la gran mayoría de restos de esta época.

La antigua Menfis se encontraba situada en una ancha llanura aluvial en el extremo sur del Delta, en la zona de transición por consiguiente entre el Alto y el Bajo Egipto. En esta zona el Nilo discurre pegado a la cordillera arábiga por el este, y deja a su izquierda lo que en la actualidad no es otra cosa que un extenso palmeral, más allá del cual se levanta, por el oeste, el altiplano de Saqqara con sus impresionantes construcciones funerarias. No obstante, de lo que hubo de ser la magnífica ciudad de los vivos no subsiste en la actualidad casi nada que sea visible, a excepción de informes montículos de adobes y escombros hacia el norte del palmeral, y hacia el sur los restos en piedra, pero mal conservados, del templo de Ptah, fechables por lo demás en época muy avanzada. En sus alrededores se encuentra

la aldea moderna de Mit Rahina, a una treintena de kilómetros de El Cairo, única y bien humilde perpetuación hasta el presente de la otrora brillante ciudad.

La llanura de Mit Rahina, pues, oculta los restos de la Ciudad del Muro Blanco, así llamada por sus fundadores los primeros reyes tinitas, convertida definitivamente en capital del Estado por los reyes de la Dinastía III, y que sobrevivió como el más activo centro urbano —si no el más importante— egipcio hasta el final de la historia faraónica. Aquí se construyó durante la Dinastía I el palacio real, seguido sin duda por otros construidos por los faraones del Imperio Antiguo. El templo de Ptah, primitivo dios originario del lugar, fue pronto acompañado de otros templos dedicados a otras divinidades, como Sacmis, la diosa león originaria también de Menfis y considerada la esposa de Ptah; a estos dos dioses se unió, en un momento dado, Nefertem, el dios del loto perfumado, al que se consideró hijo de aquéllos, completándose así la tríada menfita.

El clero menfita, como es lógico suponer, cobró pronto especial importancia a la sombra de Ptah, convertido en dios de la capital del reino. Según sus especulaciones teológicas, Ptah era un dios primordial que creó el mundo por el pensamiento y la palabra. También era el inventor de las técnicas, convirtiéndose en el patrón de artistas y artesanos, tan abundantes en Menfis: sus hijos, los enanos patecos, son representados frecuentemente como auxiliares en los trabajos metalúrgicos, y mucho más tarde los griegos identificarían, significativamente, a Ptah con Hefesto. Ptah estaba también vinculado a la monarquía, era el dios que regía las fiestas jubilares *heb-sed,* y la coronación de los reyes debía celebrarse en el templo de Ptah. Es posible que el desarrollo de estas concepciones que vinculaban a la monarquía con el dios Ptah llegasen a su momento álgido hacia finales de la Dinastía IV, durante el reinado de Shepseskaf y el de su hipotético sucesor y último representante de la dinastía, Dedefptah, y que esta ascensión del clero menfita fuese sentida como una amenaza por el clero heliopolitano.

Tal vez los sacerdotes de Re llegaran a temer la excesiva influencia de los sacerdotes de Ptah en la corte, cerca del rey, y tal vez ello desencadenase los oscuros acontecimientos que pusieron término a la Dinastía IV y entronizaron a la V. En todo caso, el colegio sacerdotal de Ptah parece haber propiciado, si no protagonizado, destacadas especulaciones de índole teológica, moral y humanística, que se generalizaron en los ambientes cultos de Menfis durante la Dinastía V y que son de capital importancia para conocer la evolución del pensamiento especulativo egipcio.

Por su parte Sacmis, originariamente una diosa sanguinaria y destructora, había sido convertida en una divinidad propicia, gracias a los rituales utilizados para calmarla y atraerla a la civilización. Como diosa responsable de las epidemias, también sabía la manera de ponerles remedio, de manera que

los sacerdotes de Sacmis en Menfis organizaron las más antiguas corporaciones de médicos y veterinarios de Egipto.

Todavía conocemos otras antiguas divinidades de la región menfita. Una de ellas es Sócares, divinidad ctónica del límite del desierto occidental. Sus características y su proximidad a la necrópolis menfita hicieron pronto de ella una divinidad funeraria. Otra de estas divinidades es el toro Apis, al principio simplemente símbolo de la fecundidad. Pronto, sin embargo, el toro Apis se asoció al dios Ptah, convirtiéndose en su heraldo, su manifestación como *alma magnífica.*

Menfis, pues, era un centro religioso de primer orden. Además, su condición de capital del Estado la convirtió en el principal centro administrativo de Egipto, donde quedaron centralizados todos los servicios de la administración. Ello produjo en la ciudad una gran concentración de gente letrada que propició, en estos círculos, la difusión de gran número de especulaciones intelectuales y el progreso de las ciencias.

Pero también sabemos que, en épocas posteriores, Menfis fue el principal centro artesano e industrial de Egipto, que en ella se encontraban el arsenal de armas y los astilleros, y no hay ninguna razón para no pensar que todo ello no hubiera empezado en el Imperio Antiguo, sino todo lo contrario. La situación era propicia, siendo Menfis como era la capital del Estado, y su dios Ptah el patrono de los artesanos; como mínimo, los relieves de la necrópolis menfita nos ilustran muchas de estas actividades.

Si a ello añadimos la afluencia a Menfis de un importantísimo tráfico comercial, atraído por sus riquezas, hemos completado el cuadro de una brillante ciudad cosmopolita, indudablemente la mayor de todo el mundo en esta época.

El nombre con el que la conocemos actualmente no deriva del originario, *Muro Blanco,* sino del del barrio artificial construido para mantener el culto funerario de la pirámide del faraón Fiope I, de la Dinastía VI, que se encontraba en Saqqara: Mennofre en egipcio, nombre que significa *La Perfección Permanente,* deformado en Menfis mucho más tarde por los griegos. Por otro lado, es interesante señalar que otro topónimo menfita antiguo se ha convertido en un topónimo prestigioso actual: el templo mayor de Menfis y, por extensión, la ciudad que lo albergaba, eran popularmente llamados Hikuptah, *La Residencia del ka de Ptah;* es muy probable que de este nombre, extendiendo su significación a todo el país, sacasen los griegos el nombre de Egipto.

En Heluán, en la orilla oriental del Nilo frente a Menfis, ha sido excavada una necrópolis de más de 10.000 tumbas pertenecientes a individuos de todas las clases sociales, fechada en el Período Tinita. Se trata, como es obvio, de la necrópolis privada más importante de los primeros habitantes de Menfis. Los reyes y los personajes más importantes de la corte, en cambio, optaron por hacerse enterrar al otro lado de Menfis, en Saqqara.

La fundación de Menfis

Según una tradición constante, documentada desde tiempos del Imperio Nuevo hasta época griega, el unificador de Egipto y primer faraón llevaría el nombre de Menes. Teniendo en cuenta que quien inauguró la necrópolis real menfita fue Aha, fundador de la Dinastía I, la crítica histórica parece estar cada vez más de acuerdo en que ambos nombres corresponden a un único personaje, cuyos hechos nos son conocidos en parte por la documentación antigua, en parte por la tradición posterior. Esta tradición, recogida por el historiador griego Heródoto, nos cuenta que fue Menes o Mina el fundador de la ciudad de Menfis, en la que realizó numerosos trabajos hidráulicos y construyó el templo de Ptah, dios de la localidad. Leamos las palabras del griego Heródoto sobre la fundación de Menfis:

Los sacerdotes dijeron que Mina, primer rey de Egipto, protegió Menfis con un dique. El río corría todo a lo largo de la montaña de arena, del lado de Libia; pero Mina, desde arriba, como a unos cien estadios de Menfis hacia el sur, formando un recodo con terraplenes secó el antiguo cauce y desvió el río por un canal de modo que corriese entre las montañas. Todavía hoy los persas en este recodo del Nilo, a fin de que su curso se mantenga desviado, ejercen gran vigilancia, y lo refuerzan todos los años; porque si el río, en este lugar, llegase a romper el dique y se desbordase, toda Menfis peligraría de quedar sumergida. Pero cuando este Mina, que fue el primer rey de Egipto, hubo secado el espacio del que fue alejado el Nilo, allí fundó la ciudad que ahora se llama Menfis —Menfis, en efecto, se encuentra ya en la parte estrecha de Egipto—; y en las afueras de esta ciudad hizo excavar un lago alimentado por el río, que la rodea por el norte y el oeste —pues del lado de Levante la limita el mismo Nilo—; y además, hizo levantar en la ciudad el templo de Hefesto (Ptah), que es grande y digno de mención.

(Heródoto, *Historias,* cit.)

La fundación de Menfis por Menes había sido considerada prácticamente como mítica, hasta el descubrimiento y excavación, en el norte de Saqqara, de la necrópolis real correspondiente a la Dinastía I, justo frente al emplazamiento de Menfis. Ello implica, por consiguiente, no sólo la existencia de la ciudad ya en esta lejana época, sino también su identificación con la capital de la naciente monarquía faraónica, cosa que viene también a dar la razón al historiador egipcio Manetón cuando afirma que el palacio real de Menfis fue construido por Atotis, sucesor inmediato de Menes, en quien la crítica histórica tiende a ver al rey Dyer, sucesor de Aha. Menfis, pues, fue la primera capital del Egipto unificado, y en ella construyeron los primeros faraones su palacio. Sus tumbas fueron erigidas en una meseta desértica que domina el fértil Valle del Nilo a la altura de Menfis y que recibe el moderno nombre de Saqqara.

Sin embargo, ¿por qué Menes eligió, para fundar su capital, precisamente el emplazamiento de Menfis, la actual Mit Rahina a cerca de 30 km al sur del actual El Cairo? La capital del reino del Alto Egipto, del que era soberano Aha, se encontraba en Hieracómpolis, al sur de Tebas y relativamente cerca de la frontera nubia, muy lejos por tanto del Bajo Egipto. Era, pues, lógico, que Aha decidiese acercar su residencia al territorio que se acababa de conquistar. Sin embargo, al elegir el emplazamiento de Menfis Aha/Menes hizo algo más. En efecto, el primer faraón pasó a ser simultáneamente rey del Alto y rey del Bajo Egipto, y el nomo menfita se encuentra precisamente en el límite de los dos Egiptos. Efectivamente, Menfis está muy cerca del extremo sur del Delta, y su nomo era considerado el primero del Bajo Egipto; la frontera sur del nomo era asimismo la frontera entre el Alto y el Bajo Egipto, y recibía el significativo nombre de *Balanza del Doble País.* Es, por consiguiente, obvia la voluntad del monarca de establecer su capital en un punto intermedio entre los dos reinos que acababan de quedar unificados en su persona.

Ya hemos mencionado que, para ser enterrados, los primeros reyes del Alto y del Bajo Egipto eligieron un lugar al occidente de su residencia, sobre una meseta más allá de la tierra cultivable que constituye el primer contrafuerte de la cordillera Líbica, la cual cierra el Valle del Nilo por el oeste. Esta meseta constituye, pues, el núcleo originario de la necrópolis menfita, necrópolis que ha llegado a ser la más extensa de Egipto y la de existencia más dilatada. Esta meseta, que domina el emplazamiento de la antigua Menfis en el valle fluvial, es conocida por los arqueólogos con el nombre de un pequeño pueblecito que se encuentra en su falda: Saqqara.

La necrópolis menfita

De hecho, Saqqara no es sino la parte central de la inmensa necrópolis menfita, que de norte a sur se extiende sobre una longitud de más de 30 km al occidente del Valle del Nilo. Esta necrópolis, indivisa para los antiguos egipcios, ha sido dividida en sectores geográficos modernamente, asignándose a cada sector el nombre de poblaciones árabes próximas, aunque emplazadas en el valle. Dichos sectores, de norte a sur, son:

— Abu Rauash, donde se encuentra una pirámide de Didufri (Dinastía IV).

— Guiza, donde se encuentran las tres célebres pirámides de Quéope, Quefrén y Micerino, con sus respectivos templos funerarios y la también célebre Esfinge (Dinastía IV).

— Zauiyet el Aryan, donde se encuentra una pirámide atribuida a Jaba (Dinastía III).

— Abu Gorab, donde se encuentra el templo solar de Niuserre (Dinastía V).

— Abusir, donde se encuentran las pirámides de Sahure, Neferirkare y Niuserre (Dinastía V).

— Saqqara, el sector más cercano a la ciudad de Menfis, que a su vez se subdivide en una zona norte y una zona sur.

— Dahshur, donde se encuentran la Pirámide Roja y la Pirámide Romboidal, ambas atribuidas a Esnofru (Dinastía IV), así como las pirámides de Amenemes II, Sesostris III y Amenemes III de la Dinastía XII, ya en el Imperio Medio.

A estos sectores, todos sobre la cordillera Líbica y a occidente del Nilo, hay que añadir el de Heluán, a oriente del río y a la altura de Mit Rahina, donde hay una necrópolis civil, ya mencionada, de tiempos de las dinastías I y II.

Todos estos sectores de la necrópolis menfita están comprendidos, lógicamente, dentro de los límites del nomo del Muro Blanco, nombre éste que recibió originariamente la ciudad que con posterioridad los griegos denominaron Menfis. Muro Blanco parece ser el nombre que el propio Menes atribuyó a la capital por él fundada, nombre que sería en todo caso el oficial tanto de la ciudad como de su nomo.

De hecho, parece seguro que al principio la residencia real no estuvo siempre en el emplazamiento originario de Menfis, en Mit Rahina. El desplazamiento del lugar de residencia de los faraones del Imperio Antiguo dentro de los límites del nomo del Muro Blanco es precisamente el factor que explica que la necrópolis menfita se extienda desde Abu Rauash hasta Dahshur. De este modo, tumbas y pirámides reales nos informan del lugar aproximado en que se erigía la residencia de sus respectivos propietarios, siempre cercana. Así, sabemos que a partir de la Dinastía III se registra una tendencia progresiva a alejarse del núcleo originario de Menfis, que culmina durante la Dinastía IV, época de utilización del sector de Guiza, 18 km al norte de Saqqara, y del de Abu Roash, a 8 km al norte de Guiza. Como es lógico, la corte siguió a la residencia faraónica en sus desplazamientos, y por ello las pirámides están siempre rodeadas de lujosas mastabas, enterramientos de funcionarios, sacerdotes y demás cortesanos que de este modo seguían estando cerca de su soberano también en el Más Allá.

Sin embargo, el núcleo originario menfita, fundado por Menes en Mit Rahina y en el que se levantaba el templo de Ptah, seguía manteniendo su prestigio, de modo que a partir de la Dinastía V los faraones acercaron nuevamente su residencia al mismo, y con ella sus pirámides. Con la Dinastía VI, Menfis y su necrópolis inmediata de Saqqara alcanzaban una segunda época de esplendor, al volver a ella los últimos faraones del Imperio Antiguo.

Menfis y su necrópolis fueron escenario de las violentas convulsiones revolucionarias que marcan el final del Imperio Antiguo. Su prestigio, de todos modos, permaneció incólume a lo largo de toda la historia del Egipto Antiguo, y los faraones siguieron celebrando las ceremonias de coronación en su palacio real, de acuerdo con los primitivos ritos de época de la Dinastía I, hasta los tiempos de los Ptolomeos.

La necrópolis de Saqqara. Las tumbas reales tinitas

Las dos primeras dinastías de faraones eran originarias, según Manetón, de Tinis, localidad de emplazamiento cercano a Abido; y en Abido precisamente se excavó el siglo pasado una necrópolis real correspondiente a ambas dinastías. Con todos estos datos, era lógico suponer que los reyes tinitas tenían su capital en Tinis y que por ello se hicieron enterrar en Abido, cerca de su lugar de residencia. Sin embargo, las excavaciones de Saqqara-Norte a partir de 1936 pusieron al descubierto una serie de tumbas de reyes de la Dinastía I, reyes cuyas tumbas abidonianas ya eran previamente conocidas. Tras las polémicas que es de suponer, y ante la evidencia de la superior riqueza y magnitud de las tumbas menfitas, así como ante la imposibilidad de demostrar que los cuerpos de los reyes hubiesen sido efectivamente enterrados en Abido, se llegó a la conclusión generalizada de que las verdaderas tumbas de los reyes tinitas son las de Saqqara, mientras que en Abido no habría sino unos cenotafios en los que los reyes se hicieron representar, junto a la tumba y santuario de Osiris, el dios de ultratumba.

No obstante, Daumas ha resaltado más recientemente que la personalidad del rey, a semejanza de la de los dioses, era muy compleja, y estaba compuesta de diversos elementos. Dichos elementos, después de la muerte del rey, podían por consiguiente irse a diferentes lugares, de modo que cabe pensar en la posibilidad de que el cuerpo fuese efectivamente enterrado en Saqqara, mientras que las entrañas —que más adelante serían guardadas en los vasos canopos— serían enterradas en Abido. Esta explicación parece justificar de forma satisfactoria la multiplicidad de tumbas reales.

La necrópolis de los reyes de la Dinastía I en Saqqara-Norte está compuesta por una serie de mastabas alineadas aproximadamente en dirección norte-sur. La más antigua es la de Aha, aproximadamente en el centro de la necrópolis. A ésta la siguen, en dirección sur, las de Dyer y Uadyi, y posteriormente en dirección norte las de Den y Andyib, para terminar nuevamente hacia el sur con la de Qa, último monarca de la dinastía. Estas mastabas son ya del tipo clásico que adoptará esta clase de enterramientos durante el Imperio Antiguo. Básicamente están constituidas por una superestructura construida, que puede alcanzar más de cinco metros de altura, bajo la cual hay una subestructura subterránea, que es el enterramiento propiamente dicho. La superestructura estaba destinada al culto funerario que tributaban los vivientes al rey difunto, y no es sino la última evolución del túmulo que, en tiempos prehistóricos, estaba destinado a cubrir la fosa en la que era depositado el cadáver acompañado de sus ofrendas funerarias. Este túmulo, pues, había evolucionado grandemente, adoptando en época tinita forma rectangular y siendo construido con adobes.

Lo más destacable de las mastabas reales de Saqqara tal vez sea que los muros de su superestructura rectangular presentan una decoración peculiar

a base de superficies entrantes y salientes, que imita la fachada de las murallas primitivas y del palacio real. De modo que, pues, queda documentada una voluntad manifiesta de que la última morada del rey sea en definitiva reflejo de su residencia en el mundo de los vivos. A los muros así decorados, que imitan incluso las puertas del palacio, los denominamos muros con reentrantes. Es de destacar también que la decoración de las mastabas imita motivos a base de madera, cañas, esterillas, etc., elementos perecederos utilizados sin duda en la construcción de la residencia real. El hecho de que en la mastaba, sin embargo, se empleen adobes, implica la voluntad de utilizar materiales de construcción más duraderos en la edificación de la última morada de los reyes. En realidad, esta voluntad de durabilidad no ha hecho más que empezar a manifestarse en las mastabas del Período Tinita; será ella la que acabará desembocando en las construcciones de piedra del Imperio Antiguo, construcciones que seguirán imitando, al principio, los elementos de origen vegetal empleados en las construcciones más antiguas.

La subestructura de estas mastabas está formada invariablemente por una cámara funeraria en la que reposaba el rey difunto junto a sus ofrendas. Al principio, se accedía a dicha cámara por un pozo, al igual que en las tumbas prehistóricas, pero gradualmente el sistema de acceso fue evolucionando hasta convertirse en una rampa, precedente inmediato de lo que será el acceso a la cámara funeraria de las pirámides del Imperio Antiguo. Por otro lado, la cámara estaba revestida de muros de adobe, sobre los cuales reposaba la techumbre a base de vigas de madera y esteras. Este sistema fue sustituido más adelante por el de aproximación de hiladas.

Alrededor de las tumbas reales, ya en esta época se empiezan a agrupar una serie de tumbas secundarias, pertenecientes a particulares enterrados cerca de su rey, tal como será costumbre durante el Imperio Antiguo. Del mismo modo, han sido encontradas cerca de las tumbas sus correspondientes barcas funerarias.

Posteriormente han sido localizadas las tumbas de algunos reyes de la Dinastía II, como mínimo las de Nebre y Ninecher, al este de la Pirámide de Onos, confirmando que los reyes de las dos primeras dinastías tienen tumbas menfitas.

El complejo funerario de Dyoser o Tosortro en Saqqara

El monumento más característico de Saqqara, el que más ha contribuido sin duda alguna a dar fama a la sección central de la necrópolis menfita con seguridad ya desde la misma antigüedad faraónica, es la Pirámide Escalonada. La importancia primordial de este singular monumento procede del hecho de ser el eslabón entre dos concepciones religiosas y arquitectónicas esenciales distintas; estas dos concepciones quedan plasmadas por los tipos de enterramientos reales respectivos, mastabas primero y pirámides después.

La Pirámide Escalonada de Saqqara lleva las marcas de sucesivas refecciones, correspondientes a sucesivos proyectos que transformaron una mastaba inicial en la pirámide que aún vemos hoy día.

La mastaba inicial parece haber sido la obra de Sanajt, hijo de Jasejemuy —último monarca de la Dinastía II— y predecesor inmediato en el trono de su hermano menor Dyoser, considerado tradicionalmente el fundador de la Dinastía III y del Imperio Antiguo. Según esto, dichos honores recaerían sobre Sanajt, aunque no con certeza el de ser el constructor de la primera pirámide de Egipto. El faraón para el cual fue concebida y construida la primera pirámide es, sin duda, Dyoser. La tradición nos ha conservado el nombre, así como algún rasgo de la personalidad del arquitecto constructor del primero de los más impresionantes y célebres monumentos que nos ha brindado el arte egipcio. Dicho arquitecto es Imutes, y fue también consejero de Dyoser, además de médico, sumo sacerdote de Heliópolis y escritor, autor de un tratado de moral célebre en el antiguo Egipto.

Es posible que fuesen las especulaciones teológicas de Imutes como sacerdote de Heliópolis las que le llevasen a la concepción de la Pirámide Escalonada como sepultura del rey, al mismo tiempo que rampa por la cual el monarca accedía al cielo, a su destino solar. Manetón nos informa que fue también Imutes el primer arquitecto egipcio que utilizó regularmente la piedra tallada como material de construcción. La piedra ofrecía, en efecto, unas posibilidades arquitectónicas muy superiores a las del adobe, pues no sólo es un material mucho más «eterno», sino que además permite dar unas dimensiones auténticamente colosales a los monumentos, dimensiones del todo impensables anteriormente. En todo caso, la información de Manetón nos es corroborada por el hecho de que efectivamente la Pirámide Escalonada de Saqqara es el monumento de piedra más antiguo de Egipto. Para ser exactos, debiéramos decir que el más antiguo monumento de piedra de Egipto es la mastaba inicial de la Pirámide Escalonada de Saqqara. Hubiese sido construida para Sanajt o para Dyoser, lo cierto es que dicha mastaba inicial es, por sí misma, ya un monumento memorable, pues no sólo es de piedra, sino que además es de planta cuadrada, de 63 m de lado por 9 m de altura, siendo la única mastaba cuadrada conocida de Egipto. Es, pues, enteramente lógico atribuir su construcción al arquitecto Imutes.

A partir de este momento Imutes concibió y llevó a la práctica una serie de ampliaciones sucesivas en el monumento, que culminaron al darle su forma actual. En primer lugar, la mastaba inicial fue alargada, dándole una planta rectangular. Después esta mastaba fue convertida en el piso inferior de una pirámide de cuatro escalones. Finalmente, esta pirámide fue agrandada por sus lados norte y oeste, añadiéndosele dos escalones más, con lo que obtuvo su aspecto definitivo. La Pirámide Escalonada de Saqqara es de planta ligeramente rectangular; los lados de su base miden 121 por 109 m. La pirámide, de seis escalones, debía medir originariamente unos 60 m de altura. Cada escalón tiene una pendiente de 16° con respecto a la vertical, y

se termina por su parte superior con un talud inclinado 22˚ con respecto a la horizontal.

El acceso a los apartamentos funerarios de Dyoser se realizaba originariamente por una galería en pendiente de 28 m de longitud, que arrancaba del templo funerario del rey situado al norte de la pirámide, y que desembocaba en el pozo funerario, en el fondo del cual se encuentra la tumba del rey, revestida de grandes bloques de granito. Posteriormente, esta rampa fue inutilizada y sustituida por un corredor sinuoso que empieza en una escalera situada en el patio del templo funerario. El pozo funerario está abierto en el subsuelo de la pirámide y aproximadamente en el centro de la misma, alcanzando los 28 m de profundidad.

Una serie de galerías transversales conducen a los apartamentos funerarios del rey, imitación sin duda de sus apartamentos en su residencia de Menfis. Cuatro de estos aposentos están decorados con placas de fayenza azul, de color excelente, incrustadas en la pared. El protocolo faraónico de Dyoser aparece decorando las jambas de las puertas de estos apartamentos, y en ellos puede verse asimismo la imagen del rey, representada en una serie de estelas del tipo llamado de *falsa-puerta.*

También hay que mencionar bajo la pirámide la existencia de once galerías horizontales, accesibles originariamente a través de unos pozos abiertos junto al muro este de la mastaba inicial. Estos pozos quedaron inutilizables al ampliar el monumento y entonces fue abierta una escalera para dar acceso a las galerías. Estas galerías fueron utilizadas como tumbas de miembros de la familia real y como almacenes. En ellas han sido encontrados dos sarcófagos de alabastro, uno de los cuales contenía aún los restos de una hija de Dyoser, muerta a los ocho años. Dos de estas galerías estaban absolutamente repletas de vasos de alabastro y piedra dura, de los que se han contado 48.000 ejemplares; muchos de estos vasos ostentan inscripciones hieráticas con los nombres y títulos de reyes y personajes particulares de las dinastías I y II. La razón de este amontonamiento enorme de vasos no es otra que la de ponerlos a disposición de los servidores de Dyoser en su residencia de Menfis, los cuales deberían seguirle sirviendo en su última morada.

La Pirámide Escalonada de Saqqara no está aislada, sino que constituye el centro de un complejo funerario de enormes dimensiones, que no ha dejado de sorprender a los arqueólogos por lo que tiene de *teatral.* Dirigidos los trabajos de excavación y restauración de este complejo a partir de 1932 por Lauer, en la actualidad podemos hacernos una idea bastante aproximada, tanto de su aspecto originario como de su funcionalidad. Así, puede asegurarse que el complejo funerario de Dyoser en Saqqara no es sino la imitación, en piedra, de la residencia real de Menfis, hecha de adobes y materiales perecederos. La concepción de este monumento funerario singular es, sin duda, obra de Imutes.

La muralla de la residencia real de Menfis, que debía ser de adobe, en Saqqara es imitada por un vasto recinto cerrado por un muro de piedra de

forma rectangular, alargado en dirección norte-sur, que mide 544 m de largo por 277 de ancho y un poco más de 10 de altura. Se trata de un muro con reentrantes y bastiones, en el que hay catorce simulacros de puerta cerrada repartidos por sus cuatro costados, y un solo simulacro de puerta abierta, cerca del ángulo sureste, único acceso practicable por los seres vivientes para entrar en el recinto. Dicho acceso abre el paso a una magnífica galería con columnas de fuste estriado, las cuales imitan haces de tallos de palmera que en la residencia original servirían para cubrir y proteger los muros de adobe de una serie de casetas, alineadas a lado y lado de la galería. Estas casetas, tal vez oficinas, son imitadas en piedra en el conjunto funerario de Dyoser en Saqqara.

Esta galería da a un gran patio con cuatro mojones, símbolo de los límites del reino, y un pequeño altar, éste junto al lado sur de la Pirámide Escalonada, la cual cierra el patio por el norte. En este patio, el ka del faraón debía poder ejecutar eternamente la carrera simbólica y demás ceremonias de su jubileo, permanentemente renovado, durante la celebración de la fiesta Heb-Sed, igual que Dyoser había hecho en vida durante su reinado. Esta fiesta estaba destinada, en vida del faraón, a renovar sus fuerzas y su juventud, y una vez muerto Dyoser, su ka podría seguir celebrándola eternamente en Saqqara. En el lado este del patio, un templo y una serie de capillas así como otro patio más pequeño complementan las instalaciones destinadas a la celebración del Heb-Sed.

Al noreste de la Pirámide Escalonada e inmediatas a la misma se encuentran la Mansión del Sur y la Mansión del Norte, cada una de ellas identificada por sus plantas heráldicas respectivas, el papiro para el norte y una planta no conocida con exactitud para el sur. Cada uno de estos edificios parece representar la sala del trono del Alto y del Bajo Egipto. Lo más sorprendente de todos estos edificios descritos hasta aquí es que prácticamente sólo tienen fachada; el interior de los mismos está simplemente relleno de piedras. Se trata, pues, como ya hemos insinuado, de arquitectura meramente escenográfica, de imitación en piedra para uso exclusivo del ka del rey y de sus servidores, de unas construcciones auténticas que se encontraban en Menfis donde eran utilizadas efectivamente por los vivientes. Este es, pues, el sentido real del complejo funerario de Dyoser en Saqqara: una imitación de la residencia faraónica de Menfis hecha de piedra para ser utilizada eternamente por el ka —doble espiritual y fundamental— de aquellos que en vida utilizaron la auténtica residencia menfita, tanto el rey como los demás cortesanos.

Junto al ángulo noreste de la Pirámide Escalonada, y orientado hacia el norte se encuentra el serdab, especie de hornacina cerrada dentro de la cual se encontró, *in situ* todavía, una estatua de Dyoser. Dos agujeros abiertos en el muro anterior permitían a la estatua, y con ella al ka del rey, respirar el fresco viento del norte. Al lado del serdab, y también junto a la cara norte de la pirámide, se encuentra el templo funerario propiamente dicho, el cual da acceso a la tumba y demás subterráneos de la pirámide.

Finalmente, queda por mencionar la tumba del sur, abierta partiendo del muro sur del recinto funerario en un pozo de 28 m de profundidad. En el fondo del mismo se encuentra un sepulcro parecido al de la pirámide, si bien mucho más pequeño y cuadrado, de 1,60 m de lado. En esta tumba fueron depositados sin duda los vasos canopos con las vísceras del cadáver real, las cuales anteriormente eran enterradas en Abido, como ya hemos indicado al hablar de las tumbas de las dos primeras dinastías. El resto del complejo sepulcral de esta tumba del sur es equivalente al que hemos visto en la pirámide, incluidas las salas azules y las estelas falsa-puerta con la representación de Dyoser. La atribución de esta segunda tumba a Dyoser no ofrece, en cualquier caso, ninguna duda.

La pirámide de Sejemjet en Saqqara

Cerca del recinto funerario de Dyoser y al suroeste del mismo, se descubrieron en 1951, totalmente enterrados bajo la arena del desierto, la que había de ser pirámide de Sejemjet y el que había de ser su recinto funerario. Y decimos *había de ser* porque ni la una ni el otro fueron jamás terminados, probablemente debido a la prematura muerte de este monarca, sucesor inmediato de Dyoser.

Tanto la pirámide como el resto del conjunto funerario de Sejemjet se inspiran visiblemente en los de su predecesor, de los que hubiesen sido una copia bastante fiel en caso de haber podido ser concluidos. Así, el recinto está cerrado por un muro con reentrantes y tiene forma rectangular, midiendo 550 m en dirección norte-sur y 170 en dirección este-oeste. La pirámide, a su vez, es de base cuadrada, y mide 120 m de lado. En la actualidad está casi totalmente arrasada, habiéndose podido calcular, de todos modos, que si hubiese sido terminada habría sido una pirámide escalonada de unos 70 m de altura y que habría tenido siete escalones. De todo ello no subsisten más que algunas hiladas de bloques de piedra y la infraestructura subterránea.

Una galería en pendiente, que se abre al norte de la pirámide, conduce a la cámara funeraria, en la que se localizó un sarcófago de alabastro, cerrado pero vacío. De esta galería, a su vez, arranca el acceso a una larga galería subterránea, paralela a los lados norte, este y oeste de la pirámide, en la cual se abren 132 pequeñas cámaras subterráneas, destinadas sin duda a almacenes. Sin embargo, nada de ello llegó a ser utilizado al quedar inconclusa la pirámide.

La mastaba de Shepseskaf en Saqqara

Los sucesivos reyes de las dinastías III y IV se fueron alejando gradualmente, y Saqqara fue durante un tiempo abandonada como lugar de enterramiento real. Repentinamente, sin embargo, un faraón de finales de la Dinastía IV, su-

cesor probable de Micerino, llamado Shepseskaf, se hizo enterrar nuevamente en Saqqara, en el sector sur de la necrópolis. Curiosamente, Shepseskaf rompió además con la tradición ya bien cimentada de sus predecesores, y se hizo construir como tumba una mastaba, la *Mastabat-Faraun* de los árabes.

No puede haber ninguna duda de que un tal cambio ha de obedecer a una radical modificación de unas concepciones religiosas tan importantes como lo son las funerarias; y más aún tratándose del propio faraón. De hecho, las escasas referencias contemporáneas así como las listas reales posteriores han permitido avanzar la verosímil hipótesis de que la Dinastía IV se habría extinguido en medio de una crisis religiosa que enmascara un conflicto dinástico. Siempre de acuerdo con esta hipótesis formulada por Pirenne, puede aventurarse que Shepseskaf rompió con el clero de Heliópolis y con sus concepciones solares, para adoptar las concepciones teológicas del clero menfita de Ptah. Esta hipótesis permite, como mínimo, explicar algunos hechos que en caso contrario permanecerían inexplicables; así, Shepseskaf no tomó un nombre de Re, al contrario de sus predecesores; abandonó el enterramiento en pirámide, de simbolismo solar como hemos visto; y su memoria y culto funerario fueron olvidados después de su muerte.

La mastaba de Shepseskaf, de 100 m de largo por 72 de ancho, representa en realidad un inmenso sarcófago de piedra con el techo abombado apoyado en las paredes, ligeramente en talud. Curiosamente, alrededor de la mastaba no se encuentra la tumba de ningún cortesano, pero sí en cambio numerosos vasitos de ofrendas, testimonio de un asiduo culto popular. Es como si la memoria de este faraón maldito, olvidada por sacerdotes y cortesanos, hubiese sido en cambio mantenida viva por el pueblo llano.

Las pirámides de la Dinastía V en Saqqara

El advenimiento de la Dinastía V significa el retorno a la ortodoxia solar por parte de la monarquía, y por ende el triunfo del clero heliopolitano así como el de una línea dinástica adicta a las concepciones funerarias tradicionales de carácter solar. Con ello se cierra la crisis que ha provocado la caída de la Dinastía IV, sea cual sea el detalle de los acontecimientos, desconocido para nosotros. Durante las dinastías III y IV el culto solar estaba unido y era indisoluble al del faraón después de muerto, puesto que ambos, el faraón y Re, eran idénticos. A partir del reinado de Userkaf, primer rey de la Dinastía V, ambos cultos se ven disociados, y este faraón será el primero en construir un templo solar claramente distinto y en distinto lugar —en Abusir— del ocupado por su pirámide —Saqqara—. Además, los reyes de la Dinastía V serán los primeros en titularse sistemáticamente «Hijos de Re», nombre éste que quedará definitivamente incorporado al protocolo faraónico. La supeditación del faraón al dios queda, pues, claramente plasmada, así como la de la monarquía al clero.

Todo esto acarreó consecuencias políticas, como es lógico suponer, y los débiles reyes de la Dinastía V no tuvieron más remedio que «agradecer» los servicios prestados por el poderoso clero heliopolitano, prodigando sus generosas *mercedes* a costa de las arcas del Estado. Todo ello es claramente perceptible en la necrópolis menfita, donde vemos yuxtaponerse a unas pirámides reales cada vez más exiguas, unas mastabas de cortesanos y sacerdotes cada vez mayores y más lujosas. Estos poderosos personajes, acumuladores de prebendas y cargos, estaban en definitiva arruinando a la monarquía.

En Saqqara subsisten los restos de la pirámide de Userkaf, informe amasijo de bloques de piedra inmediato al ángulo noreste del recinto funerario de Dyoser; esta pirámide mide unos 74 m de lado. La pirámide de Dyedkare, frente al pueblo mismo de Saqqara, en el sector sur de la necrópolis, que mide 79 m de lado. Y la pirámide de Onos, de la que hablaremos a continuación.

La pirámide de Onos y las de la Dinastía VI en Saqqara

Cuando Onos, último monarca de la Dinastía V, subió al trono de sus antepasados, las arcas del Estado estaban prácticamente agotadas, y la ruina de la corte había ocasionado la deserción de muchos de aquellos que la habían provocado. Así, gran parte de la nobleza y del clero se había hecho adjudicar cargos en los distintos nomos o provincias de Egipto, y desde allí tendían a consolidar su poder y su independencia frente al poder central del faraón, procurando ser sucedidos en sus cargos provinciales por sus hijos. De este modo se estaba forjando subrepticiamente en Egipto un *feudalismo* incipiente, que acabaría dando al traste con el Estado y con la monarquía del Imperio Antiguo.

El progresivo desprestigio del Estado acarreó también el del clero de Heliópolis, y frente al culto centralizador de Re, soporte teológico de la monarquía centralizada, a finales de la Dinastía V vemos reaparecer con renovado ímpetu el culto a los viejos dioses provinciales, cultos de raigambre prehistórica que los cleros de Heliópolis y Menfis habían tendido a silenciar. Sin embargo, estos viejos dioses de Egipto no habían perdido nunca el favor de sus fieles devotos, y ahora se veían beneficiados por el interesado impulso que les prestaban los nuevos poderes provinciales.

El propio Onos no pudo, o no supo, resistirse a la nueva boga de los viejos dioses egipcios, y en su propia pirámide mandó grabar por primera vez los llamados *Textos de las Pirámides,* compendio de textos rituales, himnos, oraciones y fórmulas mágicas, todos ellos de origen prehistórico, los cuales ponían en funcionamiento, por así decirlo, a las más antiguas entidades divinas que conoció Egipto, las cuales, refugiadas durante varios siglos en sus nomos de origen, ahora eran nuevamente invocadas para asegurar la super-

vivencia del rey en el más allá. Los textos de la pirámide de Onos, dispuestos en columnas verticales, llenan totalmente las paredes de la antecámara, así como gran parte del corredor que da acceso a la misma, y de la propia cámara sepulcral. La pirámide de Onos, que sólo mide 58 m de lado, está inmediatamente al sur y muy cerca del recinto funerario de Dyoser. En el lado este de la pirámide se encuentra el templo funerario, del cual parte la vía de cerca de 700 m de longitud que conducía al templo situado en el Valle propiamente dicho, cerca por tanto de Menfis. Los muros laterales, que sostenían el techo de la vía, estaban cubiertos de inscripciones y motivos diversos en relieve. Junto a ella se han encontrado las barcas funerarias del rey.

Con el advenimiento de la Dinastía VI, el poder *feudal* se afianzó en Egipto, y es posible que el fundador de la dinastía, Ótoes, fuese él mismo un nomarca llevado al trono por sus colegas, cada vez más poderosos cada uno en su propio nomo. Ótoes, sucesor directo de Onos, se hizo construir una pirámide en Saqqara, de 79 m de lado, al noreste de la de Userkaf, cuyas cámaras funerarias fueron también cubiertas con los *Textos de las Pirámides,* imitando con ello a su predecesor. La pirámide de Ótoes se encuentra, sin embargo, en muy mal estado de conservación al haber servido de cantera fácil, y sus inscripciones están siendo reconstruidas en la actualidad.

Cerca de la pirámide de Dyedkare, en Saqqara-Sur, se encuentran las pirámides muy arruinadas y aún mal estudiadas de Fiope I y de Merenre I, sucesores de Ótoes. Ambas, como la de Ótoes, son de 79 m de lado. La de Fiope I, tal y como ya ha quedado dicho, dio más tarde su nombre a Menfis. Más al sur, cerca de la mastaba de Shepseskaf y rodeada de pirámides satélites, pertenecientes a las esposas del rey, se encuentra la pirámide de Fiope II, último monarca del Imperio Antiguo que tuvo un reinado de 94 años. Su prolongada vejez aceleró la decadencia de la monarquía y finalmente condujo a la destrucción del Estado a manos de los todopoderosos nomarcas, convertidos ya en príncipes hereditarios prácticamente independientes en sus respectivos nomos. La pirámide de Fiope II, también de 79 m de lado, posee asimismo *Textos de las Pirámides,* excepcionalmente bien conservados, y un templo funerario anejo decorado con bajorrelieves de excelente calidad.

Mastabas privadas del Imperio Antiguo en Saqqara

Al lado de las pirámides reales, los grandes personajes menfitas del Imperio Antiguo, familiares del rey o funcionarios, se hicieron construir sus propias tumbas. Actualmente se conocen unas 40 mastabas monumentales correspondientes a la época de la Dinastía IV, unas 70 de la Dinastía V y unas 50 de la VI. Los trabajos arqueológicos hacen crecer de forma continua estos números. No es éste el lugar de dar una lista de estas mastabas, por sumaria que sea, de modo que nos limitaremos a mencionar brevemente las más sig-

nificativas, sobre todo en lo que se refiere a su decoración parietal. Como características generales hay que mencionar que la decoración de las mastabas del Imperio Antiguo es a base de bajorrelieves pintados, que representan escenas de la vida cotidiana.

El objetivo esencial de dichas escenas no era otro que el de recrear para el ka del difunto en el más allá la vida que éste conociera en el mundo de los vivos, con todos los elementos necesarios, aunque fuera representados, que garantizasen su subsistencia eternamente. Muchas de las mastabas representan, por consiguiente, escenas relativas al oficio que su dueño había desempeñado en vida. Por otro lado, tanto el nombre como las imágenes en piedra del difunto aparecen multiplicadas, pues su supervivencia era necesaria para la propia supervivencia del muerto. Añadamos que el nombre de éste debía estar además en lugar visible, puesto que el nombre era considerado como parte esencial del ser humano, y el hecho de que el nombre fuese leído por los visitantes de la necrópolis, el hecho de que el nombre de un difunto estuviese en boca de los vivos, era el mejor modo de garantizar su supervivencia hasta el fin de los tiempos.

Entre la pirámide de Onos y el recinto funerario de Dyoser se alzan una serie de mastabas, algunas correspondientes a miembros de la familia de Onos, entre las que destaca la mastaba de la princesa Idut. En esta mastaba hay que resaltar las escenas náuticas o relativas a la vida en el agua. Cerca de ésta, la mastaba del visir Mehu contiene numerosas escenas de la vida cotidiana, las cuales han conservado admirablemente la pintura. Un poco más lejos se abre el hipogeo de Irukaptah, jefe del matadero real, el cual ha merecido el nombre de «tumba de los carniceros» por sus escenas evocadoras del oficio del difunto (época de la Dinastía V).

Al norte de la pirámide de Ótoes se encuentra un importante conjunto de mastabas de la Dinastía VI. La compleja mastaba de Mereruka mide 40 m de largo por 24 de ancho y tiene unas 32 estancias, muchas decoradas con escenas algo descuidadas de la vida cotidiana: caza, pesca, cosecha, escenas de harén, de danza, de ejercicios gimnásticos femeninos, etc. Al lado de la mastaba de Mereruka se encuentra la de Kaguemni, visir de la Dinastía VI, aún mayor que la anterior. En ella, entre otras escenas de la vida cotidiana, puede verse una sesión de un tribunal. Un poco más allá, en la llamada *calle de las tumbas,* se encuentra la mastaba de Anjmahor, llamada *tumba de los médicos.* En ella, entre otras escenas relativas a la profesión médica, puede contemplarse una operación de circuncisión, justamente célebre.

A occidente del recinto funerario de Dyoser se encuentra la mastaba de Ajuthotep y de su hijo Ptahhotep (Dinastía V). La decoración representa escenas de preparación y transporte de ofrendas, de concierto y de aseo, entre otras. En una de estas escenas, el jefe de los artistas Anjenptah es representado sentado y bebiendo; sin duda se trata del autor de la decoración de la mastaba, y el hecho de que su nombre figure escrito es totalmente excepcional, pues se trata de la primera firma de artista conocida. También es impor-

tante señalar que el Ptahhotep enterrado en esta mastaba podría ser, a su vez, el autor de unas *Enseñanzas,* cuyo texto ha llegado hasta nosotros, tratándose de la más antigua obra escrita de la literatura egipcia que conocemos íntegramente.

Al norte de esta mastaba y bastante cerca del Serapeo se encuentra la mastaba de Ti, una de las más grandes de Saqqara; sus bajorrelieves son considerados una obra maestra del arte del Imperio Antiguo. Ti era un gran personaje de la corte menfita hacia finales de la Dinastía V. Su mastaba está organizada en torno a un gran patio porticado, al que se accede desde la puerta de entrada, asimismo porticada, y que da paso a la capilla por un largo y estrecho corredor. Las escenas que decoran la mastaba constituyen una excelente documentación sobre la vida y costumbres de la sociedad egipcia de su época: trabajos agrícolas, construcción de un bajel, carpinteros trabajando en su taller, ganado, trabajos de carnicería, caza y pesca, etc. La magnificencia de este monumento es aún más sorprendente si la comparamos con las pequeñas y desmanteladas pirámides de los faraones contemporáneos de Ti.

Los sectores de la necrópolis menfita al norte de Saqqara

El sector de la necrópolis inmediatamente al norte de Saqqara recibe el nombre de Abusir. Aquí hay que destacar, primeramente, la existencia del templo solar construido por Userkaf, el más antiguo de los templos solares de la Dinastía V, que no presenta todavía decoración alguna.

Al sur de esta construcción, y a una cierta distancia, se encuentran las pirámides de Abusir, todas de la Dinastía V. La más antigua es la de Sahure, de 79 m de lado. Esta pirámide forma parte de un complejo funerario admirable tanto por su estructura como por su decoración, hasta el extremo de que ha sido considerado paradigmático de la arquitectura funeraria de la Dinastía V. El complejo consta de un templo del Valle, situado en plena zona de cultivos, del cual parte una vía cubierta ascendente, de 230 m de longitud, que llega hasta el templo funerario del monarca, adosado a su propia pirámide. Junto al templo funerario se encuentra, además, una pirámide secundaria, y el conjunto de la pirámide principal, la secundaria y el templo funerario está rodeado por un alto muro que cierra todo el recinto. El complejo funerario está construido mediante piedra local y de la vecina cantera de Tura, que se encuentra al otro lado del Nilo, además de granito rojo de Asuán y de basalto negro para determinados elementos arquitectónicos. El templo funerario de Sahure posee interesante decoración en relieve, entre la que destaca la representación de una flota que regresa de una expedición a Asia. Las otras dos pirámides de Abusir pertenecen a Neferirkare y a Niuserre. La de Neferirkare, de 105 m de lado, es la mayor de las pirámides de la

Dinastía V, y su complejo funerario debía ser mucho mayor que el de Sahure, pero no fue jamás concluido, y la parte inferior del mismo fue ulteriormente reutilizada por Niuserre, cuya pirámide tiene 81 m de lado.

Finalmente, hay que señalar la existencia de los restos de una cuarta pirámide, inacabada, en Abusir, atribuida a Neferefre, que tiene 65 m de lado.

Inmediatamente al norte de Abusir se halla el sector de Abu Gorab, donde se encuentra el templo solar construido por Niuserre. Este templo, en el centro de cuyo patio se encuentra un bello altar heliopolitano de alabastro, frente al obelisco, es el mejor conservado de este tipo de edificaciones características de la Dinastía V, y ha sido ya descrito en el capítulo anterior.

En Zauiyet el Aryan, al norte de Abusir, se encuentran los restos inconclusos de dos pirámides. La más antigua había de ser una pirámide escalonada, y fue iniciada probablemente por Jaba, de la Dinastía III; tiene 79 m de lado. La más moderna, apenas iniciada, ha sido atribuida a Hordyedef, faraón de la Dinastía IV sucesor de Quefrén; tiene 209 m de lado y, de haber podido ser concluida, habría tenido dimensiones semejantes a las grandes pirámides de Quéope y Quefrén.

Las necrópolis de Guiza y de Abu Rauash

El sector de Guiza es, junto al de Saqqara, el más importante de toda la necrópolis menfita. Guiza se encuentra, no obstante, considerablemente al norte del emplazamiento de la antigua Menfis, en un altiplano desértico que domina actualmente el gran nucleo urbano, vecino de El Cairo, que le da nombre y que se extiende hasta sus pies.

Al norte del sector de Guiza se alza la Gran Pirámide, la mayor y más antigua de las pirámides perfectas. Fue mandada erigir por Quéope, segundo faraón de la Dinastía IV, y recibió el nombre de *El Horizonte* de Quéope. Los lados de la Gran Pirámide están perfectamente orientados a los cuatro puntos cardinales, y miden en la base 440 codos egipcios, es decir, 230 metros; su altura original era de 280 codos (146 m, de los cuales los 9 superiores se han perdido). Sus paredes, por consiguiente, están inclinadas 50° 50' 35". La pirámide cubre una superficie de 54.000 m^2 y ocupa un volumen de 2.521.000 m^3. Se calcula que está integrada por más de dos millones de bloques de piedra de unas dos toneladas y media cada uno, y hubo de ser terminada en un período de veintitrés años, que es la duración que se atribuye al reinado de Quéope. La masa interior, construida de piedra local, estaba recubierta de piedra caliza procedente de las canteras de Tura. Las superficies de las pirámides de Guiza no presentaban, ni mucho menos, su aspecto actual, sino que eran perfectamente lisas y pulidas. Su revestimiento fue arrancado durante la Edad Media y sirvió para construir las casas de El Cairo.

Inicialmente fue construida una cámara sepulcral subterránea, como se había hecho en todas las mastabas y pirámides anteriores, pero ulteriormen-

te se cambió de idea, construyéndose sucesivamente dos cámaras funerarias superpuestas en el cuerpo mismo de la pirámide. De estas dos cámaras fue la superior, colocada en el centro mismo de la pirámide, la que fue definitivamente utilizada. Para acceder a ella se construyó la Gran Galería, muy espaciosa y de gran altura, que es por sí sola una maravilla arquitectónica. Quéope logró, pues, construir un monumento indestructible dedicado a su memoria, fama ésta que ha mantenido la Gran Pirámide a lo largo de la Historia, como lo prueba, por ejemplo, el siguiente texto: «No hay otra forma de arruinarla más que empezando por arriba. Reposa sobre una base demasiado firme para ser atacada por esa parte; y quienquiera que quisiera hacerlo hallaría tanta dificultad como la hubo para levantarla» (F. L. Norden, *Travels in Egypt and Nubia,* I, 1757, citado por J. Baines y J. Málek, *Atlas of Ancient Egypt,* Oxford, 1980); pero todos sus esfuerzos y precauciones para impedir la violación de su sepultura fueron, en cambio, vanos. La Gran Pirámide fue violada ya en la Antigüedad, y actualmente se penetra en ella por un pasadizo abierto en la Edad Media. En la cámara funeraria sólo subsiste el vacío sarcófago de piedra del rey.

Hemos de confesar nuestra ignorancia sobre cómo fueron construidas las pirámides. Los egipcios no nos han dejado la más mínima indicación al respecto, y los arqueólogos y arquitectos que se ocupan del tema se ven constreñidos a hipótesis más o menos lógicas e ingeniosas. Parece seguro que usaron rampas de adobe, puesto que sabemos que era un método usual en la arquitectura egipcia de época posterior y se han encontrado rampas sin desmontar junto a monumentos inacabados; es, pues, lógico que se usasen en la época de las pirámides. También habían de disponer de máquinas elevadoras sencillas pero eficaces, del tipo del cigüeñal, que sabemos que era conocido y usado por los egipcios para otros menesteres, como elevar agua. También poseían barcos de gran envergadura para el transporte fluvial de las piedras, así como trineos, rodillos, palancas, cuerdas y un animal de tiro, el asno.

En cambio, y durante todo el Imperio Antiguo, desconocieron el uso de la rueda, pero también es posible que conociesen otros instrumentos de los que no nos haya llegado la menor noticia. Por otro lado, los conocimientos matemáticos y técnicos de los arquitectos hubieron de ser excepcionales. Con todo, sigue siéndonos difícilmente comprensible que, para construir la Gran Pirámide de Quéope, se llegasen a colocar, con precisión matemática, un promedio de 285 bloques diarios durante veintitrés años de forma ininterrumpida. La precisión en la colocación de los bloques es tan ajustada que resulta del todo imposible introducir una hoja de afeitar entre dos de ellos. Todo ello, en todo caso, no puede deberse a trabajo servil. El movimiento constante de los grandes bloques de piedra, accionados por brigadas de obreros que conocen a la perfección su trabajo y que debido a su alto grado de especialización saben perfectamente cómo actuar obteniendo el máximo de eficacia, tiene que ver en realidad con los espectaculares progresos obtenidos por los egipcios en las técnicas del trabajo de la piedra.

El dominio de estas técnicas permitió desde la Dinastía III construir espectaculares monumentos y edificios, y los egipcios ya no perdieron el dominio de estas técnicas que les permitieron construir y decorar tumbas y templos perfectos hasta el extremo final del paganismo, ya en época romana. Contando con estas premisas, con la habilidad, la inteligencia y la disciplina del pueblo egipcio, ya sólo necesitaba el Estado organizarlo todo con vistas al logro de un objetivo común: las pirámides. Visto así, la organización de los medios necesarios para la construcción de una pirámide no distaba mucho de la organización de cualquier otra empresa por parte del Estado, tales como la explotación de las minas del Sinaí o la compleja organización de las expediciones comerciales a Opone. El Estado egipcio del Imperio Antiguo era una maquinaria administrativa notablemente organizada y cuya autoridad no se discutía. Todo el potencial de la inteligencia y la habilidad de sus hombres estaba a su disposición, y es por ello que se ha considerado a las pirámides como auténticos monumentos al Estado, en cuanto que son la expresión materializada de su poder.

Alrededor de la pirámide de Quéope existen varios pozos en los que han sido descubiertos sendos barcos funerarios de grandes dimensiones. En la cara este de la pirámide se encuentra el templo funerario, de estructura aún relativamente sencilla, que conectaba con el templo del Valle por una vía cuyas paredes estaban ya decoradas con relieves. También al este de la Gran Pirámide existen tres pirámides subsidiarias, pertenecientes a las esposas de Quéope, y tanto al este como al oeste de la pirámide se extienden dos grandes *campos* de mastabas, destacables por su notable urbanismo inspirado sin duda en las casas de los vivos, que pertenecen a los familiares y a los altos funcionarios de época del rey. Entre estas tumbas hay que destacar la de la reina Hetepheres, madre de Quéope, que fue hallada intacta cerca del templo funerario de su hijo; esta tumba, sin embargo, no tenía ningún tipo de superestructura y ello ha hecho pensar que en realidad se trataría de un reenterramiento efectuado en vida de Quéope, tras haber constatado que la tumba de su madre había sido violada.

Al suroeste de la pirámide de Quéope se encuentra la Segunda Pirámide de Guiza, perteneciente a su hijo Quefrén. Llamada originalmente *La Gran Pirámide,* tiene unas proporciones semejantes a la de Quéope, puesto que mide 214,5 m de lado y conserva prácticamente intacta su altura original de 143,5 m, ya que es la única de las pirámides de Guiza que ha conservado el revestimiento de piedra caliza en su parte superior. Esta pirámide no parece poseer más que una cámara funeraria, situada en la base misma. Junto a la cara este de la pirámide de Quefrén se encuentra el templo funerario, de estructura más complicada que el de Quéope, que comunica por una vía con el templo del Valle. Ambos templos, de aspecto macizo, dan la sensación de estar metidos en un enorme cubo de piedra. Junto al templo del Valle se encuentra la Esfinge de Guiza, que parece ya estar vigilando el templo funerario de Quefrén colocada al lado de su vía de acceso, tal y como en épocas

posteriores sucederá con las avenidas de esfinges que dan acceso a los templos. Esta pirámide posee una pirámide subsidiaria al sur, y numerosas tumbas y mastabas se extienden a ambos lados de la vía de acceso al templo funerario.

De nuevo al suroeste de la pirámide de Quefrén se encuentra la Tercera Pirámide de Guiza, perteneciente a su hijo Micerino. Con sus 105 m de lado de la base y sus 65,5 m de altura, es la menor de las tres, aunque tanto por su técnica constructiva como por el equilibrio de las pendientes de sus caras es en todo semejante a las otras dos. Fue llamada originariamente *La Divina Pirámide,* y posee dos cámaras funerarias, ambas subterráneas. Al sur de la pirámide de Micerino se encuentran tres pirámides subsidiarias, y al este el templo funerario, conectado por una vía o calzada con el templo del Valle. Éste tuvo que ser concluido de adobe, seguramente debido a la muerte prematura del rey, y acabó siendo invadido por los habitantes del núcleo de población encargado de mantener el culto funerario. Su excavación ha permitido conocer la precaria situación en que fue mantenido el culto a Micerino por sus miserables servidores en el extremo final del Imperio Antiguo.

Es notable señalar que la pirámide de Micerino no sólo fue visitada en época saíta, sino que también su ajuar funerario fue restaurado: habiendo constatado probablemente los saítas que la pirámide había sido violada, colocaron los restos más o menos probables de Micerino en un sarcófago nuevo de madera, el cual a su vez fue depositado en un sarcófago de piedra que podría ser el originario. Dicho sarcófago yace actualmente, por un verdadero azar, en aguas territoriales españolas, ya que el bajel que lo transportaba a Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX naufragó frente al puerto de Cartagena.

En los alrededores del templo del Valle de Micerino, y al sur de la vía que lo une al templo funerario de la pirámide se encuentran, asimismo, numerosas tumbas, muchas de ellas excavadas en la roca.

El sector más septentrional de la necrópolis menfita, inmediatamente al norte de Guiza, es el que recibe el nombre de Abu Rauash. Aquí se encuentran los restos de la pirámide inacabada de Didufri, rey de la Dinastía IV sucesor de Quéope. La pirámide tiene 105 m de lado, y junto a ella se encuentra una pirámide secundaria. En Abu Rauash se ha localizado asimismo una necrópolis privada de comienzos del Período Tinita.

La necrópolis de Dahshur

El sector de la necrópolis menfita que se encuentra al sur de Saqqara ha recibido el moderno nombre de Dahshur. En él se encuentran esencialmente dos pirámides de Esnofru, fundador de la Dinastía IV. Una de ellas es la Pirámide Romboidal, de 184 m de lado. Las paredes de esta pirámide en su mitad inferior poseen una inclinación de 54° 27' 44", de modo que si hubie-

se sido terminada manteniendo esta inclinación la pirámide habría alcanzado una altura de 128,5 m; sin embargo, en su mitad superior las paredes tienen sólo una inclinación de 43° 22', con lo que la pirámide acabó poseyendo una altura original de 105 m. El hecho de que esta pirámide posea dos accesos y dos cámaras funerarias distintos ha permitido formular la hipótesis de que este curioso monumento fue ya concebido así desde el primer momento, consistiendo en dos pirámides metidas en cierto modo la una dentro de la otra. Junto a la Pirámide Romboidal se encuentra una pirámide subsidiaria.

La otra pirámide de Esnofru en Dahshur es la Pirámide Roja, que con sus 220 m de lado es la base más grande tras la pirámide de Quéope en Guiza. No obstante, las paredes de la Pirámide Roja tienen una inclinación tan sólo de 43° 22', con lo que se quedó en una altura original de 104 m.

Al sur de Dahshur sólo queda la pirámide de Meidum perteneciente al Imperio Antiguo. No obstante, Meidum no pertenece ya a la necrópolis menfita.

El Alto Egipto

El territorio egipcio estaba dividido administrativamente durante el Imperio Antiguo en 38 ó 39 nomos, que eran las células o provincias en que se dividía el Estado faraónico. Tanto el número de nomos como sus límites fueron revisados ulteriormente con fines no sólo administrativos sino también religiosos. No obstante, su estructura se modificó relativamente poco hasta alcanzar el número canónico de 42 nomos en época tardía, 22 en el Alto Egipto y 20 en el Bajo Egipto. Cada nomo tenía en principio un núcleo urbano que hacía la función de capital y en el que, regularmente, se encontraba el templo de un dios, muchas veces de origen predinástico, protector del nomo y de sus habitantes. No obstante, había nomos con más de un núcleo urbano, y en todo caso el número de aldeas de mayor o menor tamaño era enorme: durante la Baja Época se contaban unos 20.000 núcleos de población de todos los tamaños, y si bien este número puede haber crecido algo a lo largo de la historia egipcia, no debió variar de todos modos excesivamente, y es útil como mínimo a título orientativo. Por otro lado, el número de divinidades y cultos locales que tenían como asiento esta multitud de aldeas es asimismo indefinido.

Los restos arqueológicos pertenecientes al Imperio Antiguo que se conocen en el Egipto provincial son escasísimos, habiendo sido sepultados sus niveles por los de épocas posteriores y habiendo sido desmontados o derruidos sus monumentos para sustituirlos por los de tiempos ulteriores. La información mayoritaria que poseemos es, pues, debida a las fuentes escritas, y de carácter preeminentemente religioso. Es por ello que en la descripción que sigue podremos dar poca cosa más que nombres de ciudades y de dio-

ses. Tal y como lo hacían los antiguos egipcios, enumeraremos los núcleos de población del Alto Egipto de sur a norte, en el bien entendido de que no se trata de una enumeración ni mucho menos exhaustiva, sino sólo de los lugares más significativos.

En el extremo sur de Egipto, a la altura de la primera catarata y donde el país de los faraones limita con Nubia, se encuentra Elefantina. Es ésta una de las pocas ciudades del Imperio Antiguo de la que poseemos unos mínimos conocimientos urbanísticos. La ciudad se encontraba sobre una de las islas al norte de la catarata, y concentraba todo el comercio con Nubia. Algunas de sus necrópolis han sido encontradas en las orillas del río. Su dios principal desde época inmemorial era Cnum, el dios carnero de la catarata.

También Edfu nos es conocido arqueológicamente durante el Imperio Antiguo. Pero además sabemos que la importancia de Edfu arranca de tiempos predinásticos, cuando la ciudad fue fundada por el dios halcón Horus tras haber derrotado a Set. En efecto, el dios de Edfu es el Horus enemigo del Set de Ombo; Horus de Edfu es también el esposo de Hathor de Dandara, y el hijo de ambos es Harsomtus, es decir, *Horus unificador del Doble País* (Egipto).

Hieracómpolis había sido la capital del reino horiano del Alto Egipto en el Período Predinástico, y de la ciudad conocemos parcialmente su estructura urbana de época del Imperio Antiguo, en el actual Kom el Ahmar: tenemos el emplazamiento del templo —en cuyo depósito principal han sido hallados importantes objetos de época pretinita y tinita—, así como restos de un palacio. En sus alrededores se encuentran un posible fortín y varias necrópolis. La ciudad, llamada en egipcio Nejen, era la patria de Horus el Hieracompolitano. En el Imperio Antiguo, Hieracómpolis era la sede de un virrey con título de príncipe.

Frente a Hieracómpolis, al otro lado del río, se encontraba Nejeb, la actual El Kab. Se trataba de una ciudad santa donde era adorada la diosa buitre Nejbet. De hecho, Nejeb al este y Nejen (Hieracómpolis) al oeste del Nilo constituían un núcleo muy unido y vinculado a la monarquía: en efecto, la diosa Nejbet era la protectora del rey del Alto Egipto, de la misma manera que la diosa Uto lo era del rey del Bajo Egipto: y los primeros faraones pronto incorporaron a su protocolo el nombre de Nebty, *El de las Dos Señoras,* Nejbet y Uto.

Tenemos noticias de actividades edilicias durante el Imperio Antiguo en Tod, donde más adelante se encuentra como patrón del lugar a Montu, dios halcón y toro, divinidad guerrera que también reside en otras localidades de la Tebaida, concretamente en Ermant, Tebas y Medamud.

De Tebas, la ciudad que sería capital de Egipto durante los imperios Medio y Nuevo, no sabemos casi nada durante el Imperio Antiguo: se trataba de una pequeña ciudad de provincias donde se adoraba a Amón, divinidad ctónica emparentada con Min, cuyo animal sagrado era el carnero.

La ciudad de Ombo tuvo gran importancia en tiempos predinásticos, como lo demuestra su extensa necrópolis en Nagada. Seguramente su proximidad a las minas de oro del desierto líbico no es extraña a esta importancia, y una prueba de ello es el nombre egipcio de la localidad, Nubt, sin duda relacionado con la palabra oro, en egipcio *nub.* El dios Set, el Ombita, llegó a ser, pues, la divinidad principal del Alto Egipto antes de ser derrotado por Horus. Su animal sagrado era un ser enigmático que no ha podido ser satisfactoriamente identificado. Reducido a la condición de dios del mal y de la esterilidad, y tras el fracasado intento de recuperación protagonizado por Peribsen, Set no fue ya rehabilitado hasta entrado el Segundo Período Intermedio.

La importancia de Coptos remonta asimismo a época predinástica, pero la ciudad mantuvo su importancia durante el Imperio Antiguo, debido a su posición estratégica: en efecto, de Coptos parte el wadi Hammamat, antiguo curso fluvial desertizado que constituye la principal vía de comunicación entre el Alto Egipto y el litoral del mar Rojo, así como la vía de acceso a las antiguas minas de oro del desierto Arábigo. En Coptos era adorado Min, dios itifálico de la fecundidad.

La localidad de Dandara tuvo también una cierta importancia durante el Imperio Antiguo, como lo demuestra su necrópolis. La señora de Dandara era Hathor, la primitiva vaca del cielo convertida en diosa del amor. Hathor de Dandara estaba casada con Horus de Edfu, y completaba la tríada de la localidad su hijo Ihy. Las tradiciones sacerdotales de la ciudad se remontan a época predinástica, y el templo fue objeto de trabajos diversos durante el Imperio Antiguo.

El dios originario de Abido era el dios chacal Jentamentiu, que era una divinidad funeraria. Pero ya en tiempos predinásticos se le yuxtapuso Osiris: en efecto, cuando Set desmembró el cadáver de Osiris en catorce fragmentos, a Abido fue a parar la cabeza. De este modo, la ciudad poseía la más importante de las tumbas de Osiris, y sabemos que más adelante se celebrarían en ella los misterios de Osiris que culminaban con su resurrección. Sea como fuere, tanto la ciudad como el templo de Jentamentiu son bien conocidos arqueológicamente durante el Imperio Antiguo. Ahora bien, Abido destaca desde el primer momento por su importancia funeraria: en ella han sido identificadas las tumbas del sur de todos los reyes de la Dinastía I, de la reina Merneit madre de Den, también de esta dinastía, así como las imponentes mastabas de Peribsen y de Jasejemuy, los dos últimos soberanos de la Dinastía II de los que, por cierto, no se conoce una tumba menfita. Pero la primitiva necrópolis real de Abido contiene también otras tumbas, pertenecientes a altos personajes de la corte tinita, así como tal vez a los últimos reyes protodinásticos del Alto Egipto.

Osiris parece haberse mantenido en un discreto segundo plano en Abido durante la mayor parte del Imperio Antiguo. Pero hacia finales del mismo, las transformaciones religiosas que devolvieron todo su protagonismo a las

viejas divinidades locales predinásticas potenciaron el papel de Osiris, que de forma irreversible acabó convirtiéndose en el señor de Abido y absorbiendo a Jentamentiu.

En las inmediaciones de Abido, tal vez en la moderna Guirga, se encontraba Tinis, la ciudad de donde eran originarios los reyes de las dos primeras dinastías. Cerca de Guirga, en Beit Jalaf, existe una importante necrópolis de comienzos del Imperio Antiguo.

Ajmin era la localidad de origen del dios Min, cuyo paredro era aquí la diosa Aperet-Isis. No obstante, casi nada se conoce actualmente de esta ciudad, excepto algunas tumbas del final del Imperio Antiguo.

En Hermópolis Magna, la actual Ashmunein, se adoraba como dios principal a Tot, cuyos animales sagrados eran el ibis y el babuino. Tot era el dios de la inteligencia que hace funcionar el mundo, inventor de la escritura y de la magia. Tot era además el jefe de la Ogdóada hermopolitana, grupo de ocho dioses que crearon el mundo, y su paredro era la diosa Nehemetauay. Desgraciadamente, en Hermópolis no quedan restos del Imperio Antiguo o anteriores, sin duda arrasados por las importantes construcciones de épocas posteriores.

Heracleópolis Magna, la actual Ehnasia el Medina, era la patria de Ársafes, el dios de la justicia representado con cabeza de carnero. Situada junto al Bahr Yusef en el punto donde éste empieza a separarse del Valle del Nilo para dirigirse hacia el oasis del Fayum, Heracleópolis ocupaba un lugar estratégico de primer orden que le iba a permitir jugar un importante papel durante el Primer Período Intermedio. Si bien no conocemos restos arqueológicos de la ciudad fechables en el Imperio Antiguo, Heracleópolis es mencionada de todos modos regularmente desde época tinita, y en sus necrópolis de Sedment y Deshasha han aparecido numerosas tumbas del Imperio Antiguo.

El oasis del Fayum, de tanta importancia en época neolítica, se encontraba en proceso regresivo durante el Imperio Antiguo, debido a la irreversible desertización del Sáhara que se estaba desencadenando en esta época. De todos modos, la zona tenía un potencial agrícola nada despreciable que iba a ser revalorizado por los faraones del Imperio Medio. Casi nada, sin embargo, conocemos del Imperio Antiguo. El dios del Fayum era Sobek, el dios-cocodrilo de la vegetación.

El monumento más conspicuo de Meidum es la llamada Falsa Pirámide. Parece ser que este monumento fue iniciado como pirámide escalonada, tal vez para servir de sepultura a Huni, el último soberano de la Dinastía III. En todo caso, es muy probable que su sucesor Esnofru, fundador de la IV, intentara convertirla en pirámide perfecta. El experimento arquitectónico acabó de todos modos en fracaso, ya que provocó el derrumbamiento parcial del monumento que adquirió de forma tan expeditiva su aspecto actual. De todas formas, no sabemos cuándo se produjo la catástrofe, que tal vez tuvo lugar en época sensiblemente posterior a la de la construcción. La Falsa Pirámide de Meidum posee el más antiguo complejo piramidal conocido, del

tipo que será clásico a partir de la Dinastía IV, y está rodeada por una importante necrópolis de mastabas. La pirámide tiene 147 m de lado y posee una pirámide secundaria. Ignoramos las razones que impulsaron a construir esta pirámide tan lejos de la necrópolis menfita, ya que es la única pirámide del Imperio Antiguo construida fuera de sus límites.

El Bajo Egipto

Como ya hemos dicho, el Delta del Nilo es mucho peor conocido arqueológicamente que el Valle. Pero ello no es óbice para que la información escrita que poseemos referente a las ciudades del Bajo Egipto durante el Imperio Antiguo sea especialmente abundante, probando la importancia y la antigüedad del fenómeno urbanístico. Enumeraremos las ciudades del Delta tal y como lo hacían los antiguos egipcios, empezando por el sur y dirigiéndonos hacia el norte siguiendo el Delta occidental. A continuación recorreremos el centro y el norte del Delta en dirección este, y volveremos al sur siguiendo el Delta oriental.

Después de Menfis, la primera ciudad del Bajo Egipto, llegamos a Letópolis, ciudad de gran importancia estratégica puesto que en ella se bifurcan los dos principales brazos del Nilo para iniciar el Delta propiamente dicho. En Letópolis era adorada una forma muy primitiva del dios halcón Horus, Haroeris, divinidad perteneciente al ciclo osiríaco. Bajo su forma Jenty-irti, está documentado durante el Imperio Antiguo. Las recientes excavaciones practicadas en Buto han puesto al descubierto restos de construcciones que van del Predinástico al Imperio Antiguo.

Hermópolis Parva, cerca de la actual Damanhur en el Delta occidental, era con toda probabilidad la patria de origen del dios Tot, cuyo paredro es la diosa Nehemetauay. Su teología aquí es idéntica a la de Hermópolis Magna.

La ciudad de Buto, formada por la agregación de dos antiguos núcleos independientes, Pe y Dep, fue la capital del reino predinástico del Bajo Egipto, situada al norte del Delta. Uto, la diosa cobra de Buto, era la protectora del faraón en época histórica junto a la diosa buitre Nejbet de Nejeb. Buto era la sede de un virrey durante el Imperio Antiguo.

Sais, junto al brazo occidental del Nilo, era la patria de la diosa Neit, única divinidad primordial femenina del panteón egipcio, que no tenía paredro masculino. Sais jugó un importante papel en la época predinástica, y mantuvo su importancia durante el Imperio Antiguo.

Behbet el Hagar, el antiguo Iseo, junto al brazo oriental del Nilo, parece ser la patria de origen de la diosa Isis, que bien pronto en tiempos predinásticos unió su destino al de su hermano y esposo Osiris. Así, Isis juega un papel importantísimo en la mitología egipcia, a un tiempo como esposa y como madre; como tal, tuvo que defender a su hijo Harpócrates —Horus niño— de las asechanzas de Set gracias a sus enormes poderes mágicos.

Busiris, cercana al Iseo y en el centro mismo del Delta, es a su vez la patria de Osiris. Sin embargo, Osiris no es el dios más antiguo del lugar, sino que suplantó a un enigmático Andyeti en época predinástica. Durante el Imperio Antiguo el nomarca de Busiris ostentaba el título honorífico de príncipe.

El señor de Mendes, al norte del Delta oriental, era un dios morueco de la fertilidad. De Mendes se conoce una necrópolis del Imperio Antiguo.

Bubastis, la actual Zagazig en el Delta oriental, debía su importancia al hecho de encontrarse en la entrada del Wadi Tumilat, principal vía de comunicación con el golfo de Suez, con la península del Sinaí y con el suroeste de Asia. De Bubastis proceden importantes restos arquitectónicos del Imperio Antiguo. En Bubastis se rendía culto a Bastis, diosa leona que se transformaba en gata, denotando así la facilidad con que la diosa podía pasar de la cólera a la alegría.

La antigua On es la ciudad a la que los griegos dieron el nombre de Heliópolis, *Ciudad del Sol,* y que actualmente es un barrio del moderno El Cairo, en el sur del Delta. La importancia religiosa de la ciudad en época predinástica queda puesta de manifiesto por la preeminencia del dios local Atum, jefe de la Enéada heliopolitana, como dios primordial. Las especulaciones sacerdotales no se detuvieron aquí de todos modos, y a principios del Imperio Antiguo el clero heliopolitano procedió a la tripartición de la personalidad de la primigenia divinidad solar; de esta manera, Jepri se convirtió en el sol de la mañana, Re en el sol del mediodía y Atum en el sol del atardecer. Estas concepciones heliopolitanas se impusieron a la mismísima monarquía, y el clero de Heliópolis ocupó un lugar privilegiado durante la mayor parte del Imperio Antiguo.

A pesar de su importancia, la proximidad al núcleo de El Cairo es responsable de que no se haya conservado casi nada de la antigua Heliópolis. Una necrópolis predinástica atestigua la antigüedad del culto solar en el lugar. El emplazamiento de la ciudad y del templo, rodeado por una muralla de adobe, ha sido localizado en el Tell Hisn, y se ha evaluado su extensión conjunta en unos 520.000 m^2. Heliópolis superaba, pues, con mucho, el promedio de extensión de las ciudades provinciales egipcias —aunque verosímilmente había de quedar por debajo de la extensión de Menfis—, pero en cambio sólo conocemos de ella monumentos aislados, los más antiguos de los cuales se remontan al Imperio Antiguo. En todo caso, podemos hacernos una idea de la estructura del templo de Heliópolis durante esta época por el templo solar mandado construir por Niuserre en Abu Gorab, que sin duda es una reproducción del primero. Cerca de Heliópolis se ha localizado una necrópolis de los sumos sacerdotes, fechada a finales del Imperio Antiguo. Debido a su enorme prestigio religioso, los sumos sacerdotes heliopolitanos fueron la suprema autoridad del nomo durante el Imperio Antiguo, autoridad respetada por el faraón que renunció a imponer un nomarca en este nomo.

6. Textos y literatura del Imperio Antiguo

Introducción

La producción escrita que nos ha legado el Egipto del Imperio Antiguo es sorprendentemente abundante. Hay que insistir en el término sorprendente puesto que estos escritos tienen un promedio de 4.500 años de antigüedad, y el milagro de su conservación superando su extremada lejanía temporal se ve agrandado por el hecho de tratarse de los más antiguos textos producidos por una civilización varias veces milenaria, que desapareció totalmente hace unos 1.500 años. Abandonadas e incluso perseguidas entonces todas sus manifestaciones por los que habrían debido ser sus legítimos herederos, los coptos o cristianos de Egipto, ningún hilo conductor directo nos une, a nosotros europeos del siglo XX, con el pasado faraónico, al contrario de lo sucedido con la antigüedad clásica greco-romana, que siguió siendo apreciada durante la Edad Media cristiana a pesar de su paganismo. Así, una tradición directa nos une a Homero y a Aristóteles, a Cicerón y a Virgilio, tradición que incluso se ha encargado de seleccionar lo que ha juzgado más interesante y digno de ser salvado de la voracidad del tiempo. En cambio, lo que ha sucedido con la civilización egipcia ha sido comparado con un naufragio gigantesco, del que sólo han sobrevivido algunos mínimos restos que han permanecido a flote por puro azar. Al puro azar debemos, por consiguiente, la conservación de los textos que nos han llegado del Imperio Antiguo; y su

relativa importancia es un pálido indicio de la importancia real que debió alcanzar la producción escrita de esta época.

A juzgar por lo que conocemos, podemos clasificar los textos legados por el Imperio Antiguo en tres grandes apartados: la literatura religiosa, los aleccionamientos sapienciales y los escritos que pueden agruparse bajo la denominación de epigráficos y técnicos. Toda la producción escrita de esta época refleja el uso de una lengua unitaria que ha adquirido carácter literario, el egipcio antiguo. Esta lengua literaria se basaba sin duda en la lengua hablada en la región menfita y no dejó resquicio alguno a ningún tipo de variante dialectal. Sin embargo, es seguro que el lenguaje hablado de aquel tiempo ya debía presentar variantes dialectales. La lengua escrita, de todos modos, con sus normas y convenciones, tendió ya desde el primer momento a uniformizar la lengua oficial, imponiendo para ello la variante de la lengua hablada en la capital, Menfis.

La literatura religiosa. Los *Textos de las Pirámides*

El más importante conjunto de textos religiosos que poseemos del Imperio Antiguo son los llamados *Textos de las Pirámides.* Deben su nombre al hecho de estar inscritos en el interior de la pirámide de Onos, último monarca de la Dinastía V, así como dentro de la mayoría de pirámides conocidas de reyes y reinas de las dinastías VI y VIII, todas ellas en la necrópolis menfita. A pesar de que los textos de algunas de las pirámides estén pésimamente conservados, otros en cambio se encuentran en magnífico estado, y en conjunto poseemos el texto prácticamente completo de esta importantísima compilación religiosa.

En cambio, el problema que se plantea a los egiptólogos es el de la ordenación del texto. Los *Textos de las Pirámides* son, en efecto, un conjunto de fórmulas que fueron inscritas en jeroglíficos, dispuestos en columnas verticales y llenando totalmente las estancias interiores de las pirámides. Las fórmulas no presentan separación física alguna entre ellas, y en realidad nada indica el orden en que el conjunto de textos debe ser leído. La cuestión se complica por el hecho de que ningún orden lógico se desprende por razones internas, es decir, de la lectura del texto, de ahí que no haya más remedio que atenerse, a falta de otros criterios, al ordenamiento más o menos convencional propuesto por Sethe en su edición de los *Textos de las Pirámides.*

La razón de este embrollo es que los *Textos de las Pirámides* no son otra cosa que una compilación de una multitud de textos de las más dispares procedencias y antigüedades, y de temas e incluso géneros literarios bien distintos. La mayoría de los textos, en razón a su contenido, han de reportarse necesariamente a tiempos predinásticos, pero algunos pueden retrotraerse incluso a épocas más lejanas, como el llamado *Himno caníbal* cuya composición se sitúa en la noche de los tiempos prehistóricos. Todos estos textos

fueron sin duda reelaborados por el clero menfita de finales del Imperio Antiguo, con el fin de adaptarlos a los nuevos objetivos por los que habían sido compilados, pero esta reelaboración tuvo sus límites muy bien marcados.

La razón última que impulsó la compilación de estos textos no es otra que su adaptación para el uso funerario del rey, cuya supervivencia y poderío en el más allá se pretende garantizar. En el otro mundo, el faraón difunto habrá de afrontar todo tipo de peligros, y la mejor manera de garantizar su éxito para afrontarlos es convirtiendo al rey en la suma de todos los dioses del panteón egipcio, identificándole con cada uno de ellos. Esta identificación se hacía gracias al poder evocador de la palabra, que gracias a sus potestades de índole mágica convertían en realidad todo aquello que era pronunciado... o simplemente escrito en el interior de la pirámide. Ahora bien, sorprende aún a los lectores modernos que el poder de la palabra sea ejercido en ocasiones de forma exigente y perentoria, dando órdenes a los dioses y no desdeñando ni la posibilidad de dar caza a algunos de ellos para que el faraón difunto los devore y pueda así incorporarse de forma bien brutal sus poderes sobrenaturales. Es obvio, de todos modos, que estos textos son la expresión muchas veces de una religiosidad muy primitiva que muy poco tenía que ver con la refinada espiritualidad que había alcanzado la religión del Imperio Antiguo.

Los *Textos de las Pirámides,* pues, nos han conservado himnos y fórmulas religiosas muy alejados de la mentalidad de finales del Imperio Antiguo. Pero también yuxtaponen concepciones teológicas distintas y contrapuestas, entre las que destacan las primitivas concepciones heliopolitanas en las que el dios primordial Atum creó el mundo masturbándose, las más elaboradas de la misma Heliópolis con un panteísmo simbolizado por los hijos y nietos de Atum —respectivamente Shu y Tfenis, Gueb y Nut, que representan los cuatro elementos o partes del cosmos, aire, agua, tierra y cielo—, o las concepciones osiríacas, llenas de misticismo, que serían las que darían su profundo sentido moral a la religión egipcia. Pero al lado de estas concepciones mayores, también están presentes otras concepciones de origen geográfico diverso, como las de Hermópolis o las de Buto, ligadas éstas a los orígenes mismos de la monarquía. Cabe aún señalar la existencia de contradicciones aparentes, como la divinidad del rey y las alusiones a un juicio en el más allá.

Pero todas estas concepciones primitivas y ya superadas, todas estas contradicciones y contraposiciones, se encuentran presentes y yuxtapuestas en los *Textos de las Pirámides* debido a una de las características más notorias del pensamiento religioso egipcio, presente ya aquí por primera vez: el profundo respeto sentido por cualquier tipo de construcción religiosa anterior, a la cual pueden yuxtaponerse pero jamás superponerse las construcciones teológicas más recientes. Esto hizo que, para la mentalidad egipcia, todo tipo de discrepancia o contradicción religiosa fuera siempre aparente, lo cual no deja de ser chocante para nosotros cuando nos esforzamos en aplicar unos criterios de racionalidad a la religión egipcia.

Estas son, pues, las limitaciones de la reelaboración menfita de los primeros textos religiosos que dio como resultado la compilación de los *Textos de las Pirámides.* Gracias al respeto supersticioso que inspiraban, nos ha sido dado conocer unos textos que remontan a los más primitivos estadios de la religión egipcia y que ya contienen alusiones interesantísimas a determinados mitos clásicos como el de la muerte de Osiris o el de la lucha de Horus y Set, probando así su gran antigüedad. Con todo, hay que reconocer que el estudio en profundidad de todo este material está todavía por hacer en gran medida.

Sobre el estilo poético, hay que señalar el uso de formas literarias diversas en los *Textos de las Pirámides,* tales como himnos de alabanza a los dioses, diálogos mitológicos, invectivas y formularios litúrgicos. A pesar de su fuerza y de su violencia, la poesía de estos textos está ya sólidamente construida y posee recursos tales como el paralelismo, la repetición, la aliteración y el uso elíptico de la frase.

No nos queda mucha más literatura estrictamente religiosa del Imperio Antiguo, si descartamos las alusiones religiosas de otros géneros literarios. Una de las excepciones más notables es la *Estela de Sabacón,* notable incluso por las circunstancias excepcionales que nos han conservado este texto: Sabacón, piadoso faraón de la Dinastía XXV, lo encontró en un viejo manuscrito comido por los gusanos, y dado su interés decidió hacerlo grabar en una estela que fue colocada en el templo de Ptah en Menfis. Es esta transcripción de la Baja Época la que ha llegado a nosotros. El texto de la *Estela de Sabacón* se divide en dos partes. La primera contiene la narración dramatizada de la lucha de Horus y Set, el arbitraje de Gueb y la unificación de Egipto por Horus en el templo de Ptah en Menfis. La segunda es un texto teológico en el que se explica la creación del mundo por el dios primordial Ptah usando el corazón y la lengua, es decir, la voluntad y el verbo, concepción ciertamente más elevada que la primitiva heliopolitana. Veamos el texto en cuestión:

Su Enéada está ante él (Ptah) como dientes y labios, es decir, simiente y mano de Atum. En efecto, la Enéada de Atum había venido antes a la existencia por medio de su simiente y de sus dedos. Ahora bien, la Enéada son los dientes y los labios en la propia boca que ha nombrado toda cosa por su nombre (la de Ptah), de donde han salido Shu y Tfenis y que ha creado a la Enéada... Así es como fueron dados a luz todos los dioses, y como fue completada su Enéada. Toda palabra divina había venido a la existencia por medio de lo que había pensado el corazón y de lo que había ordenado la lengua. Es así como fueron creados los kas y las hemusets (correspondientes femeninas de los kas), los cuales no cesan de producir todo alimento y toda ofrenda por medio de la propia palabra... Así queda establecido y reconocido que el poder de Ptah es mayor que el de los demás dioses. Y Ptah estuvo satisfecho cuando hubo creado toda cosa, así como toda palabra divina.

(*Estela de Sabacón,* traducción de Daumas, *Civilisation,* cit.)

Los aleccionamientos sapienciales. Las *Enseñanzas* de Ptahhotep

Si la literatura religiosa es, por definición, anónima, en cambio los aleccionamientos sapienciales están todos firmados. Es éste un nuevo género literario nacido con el Imperio Antiguo y que se pudo desarrollar gracias a la existencia de unos círculos intelectuales suficientemente instruidos como para poder apreciar su interés y belleza, y con suficiente tiempo de ocio como para poder dedicarse a su composición y lectura. Estos círculos no eran otros que las escuelas de escribas, los centros de ensenanza creados por el Estado y donde se formaban quienes optarían más adelante a ocupar los cargos de la administración. Estos centros, llamados Casas de Vida, fueron el caldo de cultivo idóneo para que tanto los jóvenes aprendices de escriba como sus maestros se ejercitasen tanto en el arte de la retórica como en el de las especulaciones más o menos abstractas. Apareció así un ambiente intelectual al que no fue ajeno, por lo demás, el deseo de emulación y de competitividad, y en el que pronto se manifestó el orgullo por la propia obra.

Este género literario alcanzó un rápido desarrollo durante el Imperio Antiguo, y siguió siendo muy apreciado durante los imperios Medio y Nuevo, de modo que de los ocho escritores mejores de la literatura egipcia que recuerda un texto escolástico del Imperio Nuevo, cuatro son del Imperio Antiguo: Hordyedef, Imutes, Ptahhotep y Kares. No cabe duda de que estos autores integraban el canon del clasicismo literario egipcio, como lo demuestran por lo demás sus obras copiadas en las Casas de Vida de época del Imperio Nuevo. Sus nombres eran, pues, garantía de calidad del texto: estamos bien lejos aquí de la literatura anónima de los pueblos primitivos.

Desgraciadamente, muy poco nos ha quedado de la obra de estos autores del Imperio Antiguo. De Imutes, el arquitecto de Dyoser, no nos ha llegado ni una línea, mientras que sólo poseemos fragmentos dispersos de otros textos: concretamente, de las *Enseñanzas para Kaguemni* compuestas por su padre, visir durante el reinado de Huni en la Dinastía III y cuyo nombre se ha perdido, si bien se ha supuesto que podría ser Kares; y de las *Enseñanzas* de Hordyedef, que no es otro que el hijo de Quéope que llegó a reinar como faraón de la Dinastía IV sucediendo a su hermano Quefrén.

En cambio, el azar nos ha conservado íntegro el texto de las *Enseñanzas* de Ptahhotep, que de este modo se ha convertido en el más antiguo libro de la Historia que ha llegado completo hasta nuestros días. Ptahhotep, que fue visir durante el reinado de Dyedkare-Izezi, a finales de la Dinastía V, dedicó la obra a su hijo en su vejez, y no estamos seguros de si es o no el Ptahhotep que se hizo enterrar en Saqqara en la fastuosa mastaba de la que ya hemos hablado. Las *Enseñanzas* de Ptahhotep están redactadas en un lenguaje muy conciso que revela un gran dominio en su autor. En el texto alternan los consejos de conducta cívica con los de orden moral, no estando exento todo ello

de perspicacia pedagógica y de sutileza psicológica. Pero por encima del detalle de todo tipo de consejos destaca su carácter universal. En la simple lectura de su obra prácticamente nada delata que Ptahhotep da normas de conducta o consejos morales para desenvolverse específicamente en la sociedad egipcia del Imperio Antiguo. Por el contrario, sus consejos son perfectamente útiles y mantienen su vigencia en nuestra actual sociedad occidental, y la seguirán manteniendo en el futuro en cualquier sociedad regida por unos principios morales mínimos. Ello es debido a que las *Enseñanzas* de Ptahhotep son la expresión pura y simple de la moral natural, que debe aplicarse a una sociedad que se esfuerza en guiarse por unos principios éticos de validez universal. Estos principios, por lo demás, deben ser acatados por el hombre no por esperar una recompensa o un castigo en el más allá, sino simplemente por razones de justicia, entendida ésta como la razón última que justifica la existencia misma de la sociedad. Veamos a continuación una selección de máximas de Ptahhotep, muestra de la sabiduría del Imperio Antiguo:

No estés orgulloso de tu saber, sino que toma consejo del ignorante como del sabio. No se alcanzan las fronteras del arte, y ningún artista posee la perfección total. Una bella palabra está más escondida que la esmeralda, pero se la puede encontrar en la sirvienta que trabaja en el molino de mano.

...

Si eres un jefe que da órdenes a un gran número de personas, busca toda ocasión de perfección, a fin de que tu autoridad esté exenta de mal. Magnífica es la justicia, duradera y excelente, y no se ha alterado desde los tiempos de Osiris, mientras que se castiga a quien transgrede las leyes.

...

Cuando no se ha realizado la previsión de los hombres, es la orden de Dios la que se ejecuta. Vive pues con alegría y verás lo que los mismos dioses te concederán.

...

Observa la verdad pero sin excederte, no repitiendo por nada un escarnio. No hables contra nadie, grande o pequeño: es una abominación para el ka.

...

Si eres de humilde condición, pero servidor de un hombre de calidad, cuya conducta es perfecta ante Dios, no tengas en cuenta su humilde pasado. No seas altanero ante él a causa de lo que tú sabes acerca de su estado anterior. Tenle respeto a causa de lo que ha llegado a ser, puesto que el poder no viene solo... Es Dios quien hace al hombre de calidad, y lo protege incluso cuando duerme.

...

Si eres un hombre de calidad, educa un hijo que pueda obtener el favor del rey; si es instruido, seguirá tu ejemplo y cuidará de modo conveniente tus cosas. Haz por él toda cosa buena, puesto que es tu hijo, y pertenece a la simiente de tu ka: no separes tu corazón de él.

...

Si quieres mantener la paz en la casa donde tienes entrada como señor o como amigo, cualquiera que sea el lugar en que entres, guárdate de acercarte a las mujeres. El lugar donde están ellas no puede ser bueno. La vista no es suficientemente atenta para vigilarlas. Mil hombres se han apartado de lo que les hubiera sido útil. Es un momento breve como un sueño, y se encuentra la muerte por haberlo conocido.

...

Si eres hombre relevante funda un hogar, y ama a tu mujer en casa, como le pertenece. Dale de comer, y cúbrele la espalda con ropas. Es un remedio para sus miembros el perfume untuoso. Pon el gozo en su corazón mientras vive. Es campo excelente para su señor.

...

Si eres un hombre de calidad, que se sienta en el consejo de su señor, estáte en guardia; habla controlándote, pues esto es más útil que la planta-teftef. Debes hablar sólo cuando sabes que comprendes. Es un artista quien habla en el consejo; la palabra es más difícil que cualquier otro trabajo, y su conocedor es aquel que la sabe usar adecuadamente.

...

Si eres un gran personaje, después de haber sido humilde, y si has hecho fortuna después de haber sido pobre en la ciudad que conoces, no olvides lo que te sucedió anteriormente. No te fíes de tus riquezas porque te han llegado como un don de Dios, ya que tú no eres mejor que tu igual al que le ha sucedido lo mismo.

...

Un hijo obediente es un servidor del Horus (el rey), que es bueno desde el momento que escucha. Cuando será viejo y alcanzará la condición de imaju, hablará del mismo modo a sus hijos, renovando la enseñanza de su padre. Todo hombre que ha sido instruido debe hablar a sus hijos, para que ellos puedan a su vez hablar a los suyos.

(Ptahhotep, *Enseñanzas,* traducción de Bresciani, *Letteratura,* cit., y de Daumas, *Civilisation,* cit., así como del mismo autor «La Naissance de l'Humanisme dans la Littérature de l'Égypte Ancienne», en *Oriens Antiqvvs,* 1 (1962), pp. 155-184)

La sociedad que conoce Ptahhotep es una sociedad tenida por justa y que no debe ser subvertida, ya que si se pusiese en peligro el orden social, el mismo orden del cosmos se vería amenazado. Es una sociedad profundamente individualista, sin rastro alguno de antiguos privilegios aristocráticos y sin separación alguna entre las distintas clases sociales, en la que sólo el individuo es responsable de su éxito pero también de su fracaso. Los consejos de Ptahhotep van dirigidos precisamente a lograr el éxito, pero siempre acatando las normas cívicas, las leyes y las exigencias de la moral. Entre estas últimas está precisamente el deber de la caridad y de la solidaridad humana para con quienes han sido víctimas de su fracaso, neutralizándose así los efectos negativos del individualismo. Los atisbos de un cierto monoteísmo racional y los consejos en torno al cuidado que merece el amor conyugal

en una sociedad monógama completan el cuadro que nos ha dejado pintado Ptahhotep. Ignoramos, como es lógico, si las otras enseñanzas del Imperio Antiguo estaban a la altura de ésta. Pero sí podemos estar seguros de que en la obra de Ptahhotep tenemos una excelente muestra de la gran altura alcanzada por el pensamiento humanístico de los círculos literarios menfitas, así como un auténtico clásico de la literatura universal.

Los escritos técnicos de carácter histórico

Los primeros precedentes de lo que varios milenios más tarde se llamará historia los vemos aparecer en Egipto bajo la forma de testimonios escritos de hechos que ocurrieron y cuya memoria fue considerada digna de ser conservada para la posterioridad. Como puede suponerse, estos hechos son de índole y valor histórico absolutamente dispar, y lo mismo podemos decir de su testimonio escrito. Una primera clasificación de los mismos se impone de todos modos ya desde ahora. En efecto, el afán por dejar un recuerdo escrito de los acontecimientos históricos puede referirse a acontecimientos contemporáneos para quien escribe, o bien a acontecimientos que pertenecían ya al pasado —más o menos lejano— en el momento de ser narrados por escrito. Hemos de suponer que fueron los primeros, los acontecimientos contemporáneos, los que comenzaron a ser recordados por escrito en Egipto, como mínimo de acuerdo con el estado actual de nuestros conocimientos.

Vamos a ver aparecer los más antiguos precedentes de lo que será la ciencia histórica en los tiempos que corresponden aún a la Prehistoria egipcia, es decir, en tiempos que para nosotros son aún prehistóricos y que denominamos predinásticos. En el reino de Buto, reino que se desarrolló y alcanzó su plenitud en el Bajo Egipto antes de la unificación del país del Nilo por Menes, tenemos testimonios indirectos de que se escribían ya unos anales reales. Como ya hemos dicho, el reino de Buto constituye el precedente inmediato de la mayor parte de las instituciones que van a ser heredadas por el Egipto unificado, y una de ellas va a ser precisamente la de los anales. Los anales más antiguos que se han conservado datan del Imperio Antiguo y nos transmiten, reinado por reinado y año por año, los hechos oficiales más importantes acaecidos en Egipto, desde la época predinástica hasta la Dinastía V.

A pesar de que estos anales, conservados en varios fragmentos, el más importante de los cuales es la llamada *Piedra de Palermo,* no se han conservado íntegramente, su estado nos permite de todos modos comprender su carácter. Se trata de una simple enumeración de reyes, años y acontecimientos, dada de una manera lo más concisa posible. Si su valor científico actual es innegable, si también queda clara la razón de su composición en el momento en que fue hecha, para recordar determinados acontecimientos descollantes del pasado, en cambio es obvio que estos anales no pueden ser aún

considerados género literario, categoría que sólo poco a poco irán alcanzando los escritos de carácter histórico. En cambio, estos anales nos ofrecen aún otro rasgo interesante; se trata del hecho de que reproducen los antiguos anales de los reyes de cuando Egipto no era aún una unidad, de los reyes del Período Predinástico; con ello queda probada la existencia de anales en el Período Predinástico, pero además podemos documentar por primera vez la voluntad de transmitir por escrito a la posteridad acontecimientos que tuvieron lugar mucho tiempo antes del momento en que fueron puestos por escrito. Evidentemente no hemos de buscar aquí ningún tipo de reelaboración o de interpretación de los documentos antiguos utilizados, que han sido simplemente transcritos, y hemos de suponer que íntegramente. La importancia del hecho reside, de todos modos, precisamente en recoger estos hechos del pasado y transmitirlos al futuro para asegurar su memoria. El ejemplar en piedra que se ha conservado de estos anales del Imperio Antiguo no era indudablemente el único. En efecto, podemos suponer que otros ejemplares debían localizarse a lo largo y a lo ancho de la geografía egipcia con fines conmemorativos, religiosos y políticos. En cierto modo era como *publicar* el texto original de los anales del Estado que sin duda era escrito sobre papiro y conservado en la Cancillería real.

Ya hemos dicho que los anales del Estado no pueden ser considerados como género literario. A esto podemos añadir que durante el Imperio Antiguo no existen aún las condiciones para la aparición del género histórico. Ello es debido a que la literatura egipcia de este momento siente aún verdadera aversión a cualquier tipo de género narrativo. La literatura del Imperio Antiguo sólo aprecia los discursos de orden abstracto, ya sean religiosos, filosóficos o morales; se extiende largamente en consideraciones de tipo general y desdeña altaneramente rebajarse a contar casos concretos. La narración se abrirá paso muy lentamente en la literatura, pero jugando únicamente un papel del todo marginal, accesorio, y aún sólo desde fines del Imperio Antiguo. Esta actitud de los escritores de esta temprana época parece no ser debida a otra cosa que al reciente descubrimiento por parte de los intelectuales egipcios de lo abstracto.

Este descubrimiento debió ser tan importante para ellos, que hubo de impresionarles profundamente. Sus escritos están llenos de conceptos universales y de nociones generales, de valores abstractos en suma. Evidentemente, el pensamiento egipcio acababa de dar un gran paso adelante en su proceso de depuración y racionalización, pero ello provocó como reacción un desprecio absoluto por su parte hacia lo concreto, hacia lo cotidiano y fáctico. De ello había de salir perjudicada la literatura narrativa en general y la historia en particular.

Esto no significa que no existiese una literatura narrativa oral de tipo popular, que sin duda es tan vieja como el mismo hombre. Lo que pasaba es que la literatura popular estaba sin duda desacreditada a los ojos de los intelectuales del Imperio Antiguo que debían juzgarla indigna de ponerla por es-

crito. La reacción frente a esta posición, en lo referente a los cuentos y narraciones populares, no va a producirse hasta el Imperio Medio; pero en lo referente a relatos históricos va a comenzar ya desde el mismo Imperio Antiguo.

Los más antiguos relatos que constituyen ya un género literario que podemos considerar de índole histórica son las biografías del Imperio Antiguo. Estas biografías, hechas escribir por altos personajes en sus mastabas como justificación última de su vida, son de dos tipos radicalmente distintos. El primero de estos tipos de biografías, influenciado por la corriente intelectual dominante en el pensamiento egipcio de esta época, no es otra cosa que una especie de aleccionamiento de tipo moral, en el que el difunto proclama las normas de conducta que han regido su vida; entre ellas cabe destacar la más antigua formulación conocida de las obras de misericordia. Veámoslas tal como las recogió Neferseshemre en su autobiografía:

He dicho la verdad, he ejecutado la justicia, he dicho el bien, he repetido el bien, he alcanzado la perfección, ya que deseaba que el bien estuviese entre los hombres. He juzgado a dos litigantes de manera que ambos quedasen satisfechos. He salvado al desgraciado de la mano del más poderoso que él, cuando he tenido poder para hacerlo. He dado pan al hambriento y ropa al que estaba desnudo; he hecho subir a los demás en mi barca. He excavado una tumba para quien no tenía hijo. He hecho una barca para quien no tenía. He venerado a mi padre, he sido cariñoso con mi madre y he educado a sus hijos.

(Neferseshemre, *Autobiografía,* traducción de Roccati, *Littérature,* cit.)

En cambio, los hechos de su vida real son prácticamente omitidos, de modo que su importancia desde el punto de vista fáctico es nula.

El segundo tipo de biografías, en cambio, es sumamente interesante para nosotros. Son biografías de personajes que juzgaron más importante justificarse narrando, más o menos circunstanciadamente, su vida real; se trata, pues, de auténticas biografías. El estilo sobrio y mesurado de algunas de estas biografías, como la de Uni —Dinastía VI—, el relato detallado de lo que el autor juzgó más interesante de contar, el coherente hilo de la narración seguido con cuidado, la ausencia de todo detalle sobrenatural o incluso inverosímil o la inclusión en el texto de tal o cual documento auténtico citado íntegramente, como en el caso de Herjuf —Dinastía VI—, hacen de estas biografías el más remoto precedente conocido de lo que más tarde se denominará género histórico. Añadamos tan sólo que es muy posible que estas biografías estuviesen redactadas a imitación del estilo de los anales reales de esta época, probablemente escritos ya más literariamente que los que conocemos por la *Piedra de Palermo.* Nada conocemos de ellos a fines del Imperio Antiguo, pero su existencia con forma literaria en tiempos posteriores es segura.

La mayoría de personajes del Imperio Antiguo hubieron de limitarse, sin embargo, en sus inscripciones funerarias, a enumerar los cargos administra-

tivos u honoríficos que desempeñaron en vida. Estos *curricula* son, de todos modos, importantísimos para conocer la evolución y la acumulación de títulos en manos de una sola persona.

Otros escritos de carácter técnico y epigráfico

Desde el punto de vista histórico hay que señalar la importancia capital que poseen algunos archivos administrativos. Entre ellos, el que ha proporcionado más documentos es el del templo funerario de Neferirkare en Abusir. La mayor parte de documentos datan de época de Dyedkare-Izezi, y se refieren a la vida cotidiana del templo y a su economía. También conocemos varios grupos de documentos procedentes del archivo de Elefantina, fechados en el reinado de Fiope II a finales del Imperio Antiguo, así como un cierto número de documentos administrativos sueltos, procedentes de lugares diversos.

Al lado de estas piezas administrativas, tienen también gran importancia histórica las inscripciones, tanto reales como privadas, que conmemoran o simplemente dan cuenta de determinados acontecimientos tales como expediciones al extranjero o la extracción y traslado de materiales de construcción. Estas inscripciones son especialmente abundantes, en el caso de las privadas, bajo forma de *graffiti* y de estelas.

Otro caso de literatura técnica de gran interés es el de los textos médicos. De hecho, las copias manuscritas que poseemos de textos médicos egipcios suelen ser de épocas más avanzadas, pero sus características lingüísticas y especialmente el uso predominante del egipcio antiguo demuestran que su composición se remonta al Imperio Antiguo. Uno de los casos más relevantes es el del *Papiro Edwin Smith,* que contiene un notable tratado de cirugía y que se fecha en esta época.

Un apartado sumamente interesante de la epigrafía del Imperio Antiguo está constituido por las breves inscripciones que acompañan escenas de la vida cotidiana, representadas en los relieves de las mastabas. Dichas inscripciones, como las burbujas que acompañan las viñetas de los modernos tebeos, reproducen los diálogos, las exclamaciones o, simplemente, lo que dicen los personajes representados en las escenas en el cometido de su labor, y son por consiguiente el complemento fonético indispensable a la mera representación gráfica. A pesar de su brevedad, el interés de estos textos es el acercarnos al lenguaje popular, con toda su vivacidad y espontaneidad, e incluso con su insolencia y sus insultos. Leamos a continuación algunas de estas expresiones populares:

(Un remero a otro):
¡Rema! ¡Rema fuerte, compañero! ¡Apresúrate!
(Un vaquero ofreciendo pan a un ternero enfermo):
¡Eh, querido! ¡Cómete el pan!

(Un muchacho dando heno al ganado):
¡Aquí, hierba buena!
(Un ladrón de leche a su joven compañero):
¡Venga, ordeña! ¡Date prisa, antes de que llegue el pastor!
(Invectiva a un pastor):
¡Eh, merdoso! ¡Haz que se muevan estos bueyes!

(Frases cortas que acompañan los relieves con escenas
de la vida cotidiana, traducidas por S. Donadoni,
La Letteratura Egizia, Milán, 1967)

No podemos cerrar este capítulo sin mencionar por lo menos la existencia de breves y mutiladas referencias, o bien alusiones en otros tipos de textos, a escritos referentes a otras áreas científicas, como la astronomía o las matemáticas, o a otros géneros literarios, como libretos de determinados dramas sacros.

7. La civilización del Imperio Antiguo

Introducción

Entendemos aquí el concepto de civilización del modo más amplio posible, comprendiendo tanto la economía y la sociedad, como la administración, la religión, el pensamiento y las ciencias. De todas estas cuestiones vamos a ocuparnos en este capítulo. Como es lógico, también la literatura y el arte forman parte de la civilización egipcia del Imperio Antiguo, pero ya que nos hemos ocupado de ellos, por razones metodológicas, en los capítulos anteriores, damos estos apartados por explicados y tan sólo nos referiremos nuevamente a ellos cuando nos sea de utilidad para tratar los otros aspectos de la civilización.

Tan sólo querríamos insistir, antes de entrar en materia, en el enorme desarrollo de la civilización egipcia del Imperio Antiguo, tanto más espectacular si lo comparamos con la situación contemporánea del resto del mundo. Recordemos simplemente que en esta época, a mediados del tercer milenio a.C., Europa se encontraba sumida en la noche de la Prehistoria, concretamente en la fase del Neolítico final en la que aún no habían llegado los primeros impulsos que introducirían algo más tarde la metalurgia; tan sólo los primeros dólmenes destacan de forma notoria en la primitiva civilización material de nuestros antepasados de entonces. El Oriente mediterráneo presenta ya un cuadro más avanzado, pero sólo en Mesopotamia y en Siria en-

contramos un nivel de civilización comparable al egipcio. En estas regiones, sin embargo, sumidas en constantes guerras entre las diferentes ciudades-estado en busca de una efímera hegemonía, seguía ignorándose lo que es un Estado territorial administrado por una notable maquinaria burocrática eficaz y centralizada. Sin duda Egipto se encontraba a mediados del tercer milenio en la cresta de la ola que impulsa el desarrollo de la humanidad.

El rey y la corte

El soberano de Egipto, al que usualmente hemos convenido en llamar faraón siguiendo a la *Biblia,* era considerado oficialmente como un dios durante el Imperio Antiguo. A lo largo de las páginas precedentes ya hemos visto los esfuerzos puestos en juego para demostrarlo, desde complejas explicaciones teológicas hasta ingentes monumentos funerarios, pasando por todo tipo de representaciones artísticas. El protocolo faraónico, que se formó y se regularizó en una evolución que va de la Dinastía I hasta la X, se componía de cinco títulos que precedían cada uno de los cinco nombres oficiales del monarca; estos cinco títulos son un auténtico programa de su divinización progresiva. Así el faraón es: 1.º, *el Horus,* es decir, el divino soberano que gobierna en el cielo y en la tierra desde tiempo inmemorial; este título es de origen predinástico y se escribía utilizando el *serej*. 2.º, *nebti,* o sea *el de las Dos Señoras,* es decir, el protegido y legitimado por las dos diosas Nejbet y Uto, señoras, respectivamente, de Hieracómpolis y de Buto. 3.º, *el Horus de oro,* el título más problemático y controvertido del protocolo faraónico. 4.º, *nesu-biti, el Rey del Alto y del Bajo Egipto,* literalmente, *el que pertenece a la caña y a la abeja,* yuxtaposición de los títulos predinásticos usados por los soberanos del reino del Valle y por los del Delta, y que como tal yuxtaposición la encontramos por primera vez usada por Den, faraón de la Dinastía I. 5.º, *el hijo de Re,* título documentado ya durante la Dinastía IV, pero no incorporado definitivamente al protocolo faraónico hasta la V, y que al emparentar al monarca viviente con la divinidad universal Re, realzaba las pretensiones universalistas e incluso cósmicas de la realeza. De estos cinco nombres, los más importantes en la práctica a partir de la Dinastía V fueron los dos últimos, designados convencionalmente por los egiptólogos, respectivamente, como el *praenomen* y el *nomen* del faraón. Pronto se adoptó la costumbre de escribir los jeroglíficos de cada uno de estos dos nombres dentro de un cartucho, en realidad la representación de un nudo sagrado que debía protegerlos. La importancia de los cartuchos a la hora de descifrar los jeroglíficos resultó capital.

Sin embargo, ¿realmente los egipcios consideraban a su soberano en vida como un dios? Desde el Primer Período Intermedio sabemos que no, pero además algunos indicios permiten suponer que ya durante el Imperio Antiguo tampoco. Era evidente que el soberano era mortal, como cualquie-

ra de sus súbditos, y algunas alusiones a un juicio en el más allá permiten comprender que el faraón no era sino un hombre más, que debería responder de sus actos ante la divinidad después de muerto. Por otro lado, la misma tradición analística consideraba que todos los faraones, a partir de Menes, habían sido hombres. Esta realeza humana, que corresponde al Período Dinástico, se creía que había sucedido a una realeza semidivina, representada por los llamados Servidores de Horus, en realidad los reyes predinásticos de Buto e Hieracómpolis. Éstos, a su vez, eran los herederos de las primeras generaciones de dioses que reinaron sobre la tierra después de la creación, sucesivamente Atum, Shu, Gueb, Osiris y Horus. Los mismos faraones, en la práctica, debían considerarse a sí mismos como humanos, y la mejor prueba de ello es precisamente la enorme cantidad de precauciones que hubieron de tomar para intentar asegurarse la inmortalidad.

Esta contradicción de concepciones se explica por la existencia de dos niveles coetáneos, el de la teoría y el de la práctica. La coexistencia de estos dos niveles de conceptualización es muy característica en Egipto en numerosas esferas del pensamiento, y tendremos ocasión de volver a referirnos a ello.

El rey era el único egipcio que podía tener varias esposas legítimas. Dejando de lado las especulaciones sobre las causas de esta peculiaridad, lo que interesa ahora resaltar es que el faraón tenía diversas categorías de esposas, de las cuales las de rango inferior, en la práctica concubinas, nutrían su siempre bien surtido harén, elemento éste muy importante de la corte. Unas pocas, en cambio, eran auténticas reinas, y tenían el privilegio de poderse enterrar en pequeñas pirámides subsidiarias construidas al lado de la pirámide de su regio esposo. Ignoramos exactamente cómo se elegían las esposas principales del faraón, aunque con toda seguridad se trataba de miembros de la misma familia real, y podían ser portadoras de la legitimidad monárquica. Eventualmente, incluso podían ejercer el poder en calidad de regentes.

Entre las reinas del Período Tinita y del Imperio Antiguo hay que destacar como mínimo tres nombres: Merneit, esposa de Uadyi y madre de Den, soberanos de la Dinastía I, la cual hubo de jugar un importante papel político puesto que su mastaba en las necrópolis reales de Abido y Saqqara, al lado de las de los reyes de las dos primeras dinastías, es la única que pertenece a una mujer. Ello podría significar que Merneit llegase a gobernar efectivamente, quizá como regente durante la minoría de su hijo. La segunda es Hetepheres, esposa de Esnofru y madre de Quéope, sin duda una princesa de sangre real de la Dinastía III que transmitió sus derechos al trono a su marido Esnofru, fundador de la Dinastía IV. La tercera es Jentkaus, probablemente hija de Micerino y madre de Userkaf y de Sahure, los dos primeros reyes de la Dinastía V que así recibieron sus legítimos derechos al trono. Jentkaus se hizo enterrar en una enorme mastaba cercana a la pirámide de Micerino, la cual ha sido considerada por algunos, debido a sus consi-

derables dimensiones, como la Cuarta Pirámide de Guiza. Sea como sea, lo cierto es que la leyenda acabó confundiendo la figura de Jentkaus con la de Nitocris, una soberana del final de la Dinastía VI, a la cual se atribuyó tardíamente la construcción de la Tercera Pirámide de Guiza. De todo esto cabe destacar que sendas reinas eminentes, rodeadas de consideraciones especiales, presidieron el origen de las dinastías IV y V.

Los otros miembros importantes de la corte fueron, obviamente, los numerosos hijos habidos por el rey de sus numerosas esposas de diversas categorías. Entre ellos había también clases, pues sólo los hijos —o eventualmente hijas— de las reinas principales tenían derechos directos al trono. Los demás, hijos de esposas secundarias y excluidos en principio de la sucesión al trono, fueron normalmente elegidos para ocupar diversos sumos sacerdocios, tales como el de Re, el de Tot o el de Min, así como frecuentemente el cargo de visir. Todos estos príncipes eran enterrados en suntuosas mastabas cercanas a las pirámides de sus soberanos, padres o hermanos.

La administración

La administración del Estado era presidida por el visir, cargo de origen pretinita que, como mínimo en el apogeo del Imperio Antiguo, era considerado un cargo de confianza designado directamente por el rey, con el cual debía despachar diariamente. Las funciones primordiales del visir eran la de dirigir el gobierno y la administración, y la de juez supremo, presidente de la corte de Justicia. También los visires se hicieron enterrar en mastabas próximas a las pirámides de sus soberanos, y las inscripciones de las mismas nos han dejado un fiel reflejo de cuáles fueron sus funciones y responsabilidades, además de su carrera administrativa y, ocasionalmente, su biografía. Conocemos así muchos visires del Imperio Antiguo, algunos miembros de la familia real especialmente durante la Dinastía IV, pero otros no, como sucedió en las dinastías III, V y VI. Entre los más eminentes hemos de destacar el célebre Imutes, visir de Dyoser, de la Dinastía III; Kaguemni, visir de Esnofru, de la Dinastía IV; el Ptahhotep autor de las *Enseñanzas,* visir de Dyedkare-Izezi durante la Dinastía V, y aun Mereruka, visir con Ótoes, el primer soberano de la Dinastía VI.

El gobierno estaba integrado por distintos servicios equivalentes a nuestros ministerios, y dirigidos por los jefes de los secretos, es decir, los secretarios, que era aún la denominación de los ministros en Europa durante el Antiguo Régimen. Los distintos servicios conocidos eran: la Cancillería, que centralizaba todos los servicios administrativos y despachaba las órdenes del gobierno; la Hacienda, cuyo ministro era llamado superintendente del Tesoro, que se encargaba de la administración de los bienes del Estado y de los pagos que debían efectuarse; el Negociado de Impuestos, Registro y Catastro, que se encargaba de controlar y de tener registradas las propieda-

des de los particulares, de efectuar los censos de los bienes muebles e inmuebles cada dos años y de fijar en consonancia y de recaudar los impuestos debidos por cada uno, los cuales eran evaluados en shats de oro y pagados en especies; el Patrimonio de la Corona, el cual era dirigido por un superintendente que se ocupaba de la gestión y de la productividad de los bienes reales; la Administración de las aguas, responsable de controlar el nivel de la crecida anual que determinaba el rendimiento de las cosechas, y responsable asimismo de tomar las medidas necesarias para que el agua de la inundación pudiese llegar a todos los campos; el Departamento de Trabajos del Rey, es decir, las Obras Públicas, que se ocupaba tanto de las construcciones relacionadas con el rey —palacio, tumba—, como de la explotación de canteras y de las construcciones navales; la Administración del Culto Real, que debía tomar las medidas necesarias para garantizar su mantenimiento; finalmente, la Intendencia Militar, que debía suministrar al ejército los recursos que necesitase.

En lo referente a la administración provincial, ésta estaba dirigida por los nomarcas, simples funcionarios encargados del gobierno de los nomos a su cargo de acuerdo con las directrices recibidas de la administración central. El nomarca, llamado originariamente *el que abre los canales,* era, sobre todo, el responsable directo de la irrigación, del rendimiento agrícola y de la recaudación de los impuestos de su demarcación. Asimismo, era el responsable de la justa fijación de los límites exactos de cada propiedad, puesto que los mismos eran borrados anualmente por efecto de la inundación, y por ende era también el responsable de los límites mismos del nomo que administraba, todo lo cual no dejaba de ocasionar constantes conflictos entre propietarios vecinos así como entre nomarcas vecinos. Todas estas tareas se veían además complicadas por el hecho de que cada nomo poseía su propio sistema de medidas, distinto generalmente del de sus vecinos, heredado directamente de tiempos predinásticos, lo cual obligaba a conocer las equivalencias entre ellos.

Sólo algunos nomarcas del Imperio Antiguo poseían, por razones históricas, títulos distintos a los habituales; así, Hieracómpolis y Buto eran la sede de un virrey, mientras que el nomarca de Busiris recibía el título de príncipe. Heliópolis, dada su importancia religiosa, siguió siendo gobernada por su gran sacerdote, cargo por lo demás no hereditario. En cuanto a las ciudades, eran gobernadas por intendentes reales, asistidos en alguna ocasión por consejos de notables locales, última supervivencia de la autonomía de las burguesías urbanas.

La justicia era una prerrogativa exclusivamente real. El rey había unificado el procedimiento en todo Egipto, y todo habitante del Doble País estaba sometido a unas mismas leyes que sabemos que existían y que estaban puestas por escrito gracias a referencias indirectas, a pesar de que no se ha conservado ningún ejemplar. El derecho público evolucionó hacia el centralismo, mientras que el privado lo hizo hacia el individualismo; ello es lógi-

co ya que el Estado centralista prefería gobernar e impartir justicia a los simples individuos mejor que a cualquier tipo de organización supraindividual, incluida la misma familia. Es de destacar asimismo el alto desarrollo del procedimiento judicial, del que hay que destacar la total ausencia de cualquier tipo de castigo cruento y, por supuesto, de la pena de muerte, de la que no poseemos ni un solo ejemplo de que fuese aplicada durante el Imperio Antiguo. En ello Egipto se diferencia radicalmente del resto de civilizaciones del Próximo Oriente, constituyendo la mejor prueba del alto grado de humanidad alcanzado por el Imperio Antiguo. Era derecho de todo egipcio apelar en última instancia a la justicia del rey, representado como hemos visto por el visir en la corte central de Justicia.

Sabemos muy poco de la organización del ejército en esta lejana época, aunque sí sabemos de su uso en la defensa del país, en las guerras exteriores y en la protección del comercio marítimo exterior, habiéndose supuesto razonablemente que también debía ser usado para salvaguardar el orden interior. Lo que sí está demostrado es su uso regular en épocas de paz para la realización de todo tipo de trabajos públicos, desde la explotación de las canteras hasta las construcciones. También sabemos que el ejército gozaba de una organización totalmente independiente de la administración civil, de la que dependía tan sólo para la intendencia. Tampoco sabemos mucho de la organización del clero durante el Imperio Antiguo. Agrupados en torno a los distintos templos sembrados por el país entero y debiendo obediencia a su dios y a su sumo sacerdote, éste no era en definitiva más que un representante del propio rey, único sumo sacerdote de todos los dioses por derecho propio que delegaba sus funciones en los distintos cultos cotidianos en cada sumo sacerdote.

Durante el Imperio Antiguo, y sobre todo durante la Dinastía IV, el rey se tomó muy en serio su papel y ejerció un férreo dominio sobre todo el clero egipcio, que quedó en la práctica igualado en derechos y deberes al funcionariado civil. Los cargos sacerdotales poco se distinguían, por consiguiente, de los cargos civiles, y la administración de los bienes de los templos era competencia exclusiva de funcionarios designados por el Estado. Esta situación, de todos modos, ya hemos visto que empezó a cambiar durante la Dinastía V, siendo el clero el principal responsable del comienzo de la disgregación del poder del Estado.

Economía y sociedad

La caracterización económica del tipo de sociedad encarnada por el Egipto del Imperio Antiguo ha encontrado un sorprendente número de respuestas por parte de investigadores generalmente más preocupados por hacerla encajar en un modelo preconcebido dado que no por el análisis de esta sociedad a partir de los datos, ciertamente escasos, que nos ha proporcionado ella

misma. La disparidad de opiniones habla por sí sola: sociedad aristocrática, socialismo de Estado, modo de producción asiático o incluso esclavista, sociedad de economía liberal...

Si nos remontamos a los orígenes mismos de la sociedad egipcia observaremos que ésta no fue, inicialmente, sino una sociedad hidráulica tal y como ha sido definido este tipo de sociedad por diversos teóricos recientes de la Historia, si bien conviene recordar que esto mismo ya lo había reconocido el padre de la Historia, el propio Heródoto, en el siglo V a.C., cuando aseguró que Egipto es un don del Nilo. Leamos de nuevo el pasaje en cuestión de Heródoto:

Y me dijeron que el primer hombre que reinó en Egipto fue Mina (Menes), y en su tiempo todo Egipto, excepto el nomo de Tebas, era un pantano, y no emergía de las aguas ninguna parte del país que ahora hay más abajo del lago Meris, al que se llega desde el mar navegando siete días río arriba. Y lo que decían de su país me pareció exacto. Pues es evidente para un hombre juicioso, sin haberlo oído decir antes, con sólo verlo, que el Egipto a que los griegos llegan por mar es para los egipcios tierra adquirida y un don del río, y también la parte más arriba de este lago hasta tres días de navegación, de la que los sacerdotes ya no me dijeron nada parecido, pero que es de formación igual.

(Heródoto, *Historias,* cit.)

En efecto, la necesidad de realizar grandes trabajos hidráulicos facilitó en Egipto la aparición de unas estructuras organizativas cada vez más complejas que acabaron desembocando en el Estado territorial centralizado, y no cabe duda de que el Nilo, con sus periódicas y benefactoras crecidas, facilitó esta organización, al contrario de lo sucedido en Mesopotamia donde los tumultuosos Tigris y Éufrates, con sus frecuentes y catastróficas inundaciones, no ayudaron a consolidar una organización política superior a la ciudad-estado. Leamos ahora un pasaje clásico sobre la aparición de las sociedades hidráulicas en la Prehistoria debido a la pluma de Childe:

No obstante, si sucede que la zona cultivada es un oasis terminal o un lecho de uadi sometido a crecidas periódicas, la migración deja de ser necesaria, ya que la inundación aporta un suelo nuevo que se deposita en forma de limo sobre los campos y renueva su vigor.

Si además la crecida es suficientemente regular y se produce en la estación propicia, puede reemplazar a la lluvia en la irrigación del suelo y el hábitat permanente, posible cuando se trata de tierras periódicamente inundadas que son cultivadas, llega a ser casi una fatalidad: para sacar todo el beneficio posible de la crecida, se pone de manifiesto la necesidad de abrir canales para permitir la salida del exceso de agua o para llevarla donde no llega, y el campesino no puede dejar el campo que su trabajo ha convertido en productivo; un capital ha sido invertido en la tierra. Pero los trabajos de drenaje y de irrigación reclaman generalmente la cooperación de toda una comunidad, creando un lazo

económico que produce la solidaridad social. La posibilidad de restringir el acceso a la utilización del agua pone, por otra parte, una sanción a disposición del grupo y debe finalmente conducir a la unificación política de toda la región que depende de un mismo sistema fluvial. Veremos en efecto más adelante que las civilizaciones superiores reposaron en su origen sobre la agricultura irrigada.

(V. G. Childe, *New Light on the Most Ancient East,* Londres, 1934)

No obstante, la evolución ulterior de la sociedad egipcia no encaja con ninguno de los modelos de evolución propuestos por los teóricos que estudian las sociedades hidráulicas. Ni el Estado egipcio pretendió jamás disponer del agua a su libre albedrío, en perjuicio de determinados sectores de la sociedad poco proclives a acatarlo, ni se convirtió en el único propietario de los medios de producción, ni el desarrollo de la propiedad privada en Egipto desencadenó como consecuencia el desarrollo de la esclavitud. Por el contrario, el Estado tuvo siempre la responsabilidad de hacer llegar los beneficios del agua de la inundación a todos los egipcios, el Estado encarnado por la monarquía adquirió grandes propiedades en todo el país pero sin impedir el desarrollo paralelo de la propiedad privada, y ésta no generó la esclavitud durante el Imperio Antiguo.

De nuevo hemos de aludir a los dos niveles de conceptualización distintos existentes en la mentalidad egipcia, de los que ya nos hemos ocupado al tratar del carácter divino y humano de la realeza. De la misma manera, teóricamente el rey era el único propietario de tierras y hombres; pero ello era sólo una realidad *teológica,* por así decirlo, que nada tenía que ver con la realidad cotidiana. En la práctica, la propiedad privada era un hecho con todas las garantías jurídicas y legales. A continuación presentamos un acta de compra-venta de tierras que demuestra la existencia de este tipo de operaciones:

He adquirido... mediante pago doscientas aruras de tierra... un dominio de doscientos codos de largo y de doscientos codos de ancho, con buenas construcciones y bien equipado; hay en él hermosos árboles; se ha hecho en él una alberca muy grande; hay vides e higueras plantadas. Esto está escrito aquí de conformidad con el escrito real; sus nombres están aquí de conformidad con el escrito real.

(Mechen, *Autobiografía,* traducido por Daumas, *Civilisation,* cit.)

El mismo Estado la garantizaba a condición de que todo cambio en el derecho de propiedad fuese registrado, y la mera existencia de los censos bianuales de los bienes muebles e inmuebles, *del oro y de los campos,* prueba con cuánta facilidad la propiedad cambiaba de manos.

Eso sí, la monarquía poseía enormes propiedades con las que contaba para sufragar sus gastos y para pagar a sus servidores y funcionarios, cedien-

do en usufructo parcelas de las mismas o bien pagando directamente en especies con los productos de sus cosechas. Fueron precisamente estas propiedades las que la monarquía empezó a alienar a partir de la Dinastía V, lo que la llevó a la total ruina al perder el control de estos teóricos usufructos sin recibir ninguna contraprestación a cambio por parte de sus beneficiarios.

Sabemos de la existencia de grandes y de pequeños propietarios de tierras, si bien hay que tener en cuenta que el valor de la tierra era enorme, parejo a su fertilidad, de modo que las grandes propiedades no eran realmente excesivas, no conociéndose en ningún caso propiedades de más de cien hectáreas. Dada la productividad de la tierra, por otro lado, le era posible a una familia vivir perfectamente con una pequeña parcela. Por otro lado, Egipto no tenía en absoluto exceso de población, de modo que el país tenía recursos suficientes para alimentarla, incluso en el caso de producirse un Nilo pequeño, es decir, una crecida insuficiente, a condición de que el Estado y sus representantes fuesen mínimamente capaces de organizarse y de distribuir prudentemente entre la población los recursos alimenticios almacenados precisamente para estos casos.

Hay que señalar además que el mismo régimen individualista de las sucesiones testamentarias había de favorecer la división de la propiedad y el desarrollo de la pequeña propiedad; y merece la pena recordar que el mismo Ptahhotep advertía de los cambios adversos posibles de la fortuna, que podían empobrecer al rico, y viceversa.

El campesino egipcio, casi como el *fellah* actual, araba ayudándose de un par de vacas, sembraba con la ayuda de corderos y cerdos para que pisoteasen las semillas en el barro húmedo después de que se retirase el agua de la inundación, y cosechaba sirviéndose de asnos como animales de carga. Usaba todo tipo de aperos de labranza, tales como arados y hoces, y cosechaba sobre todo cereales —y muy especialmente trigo— y lino para hacer vestidos que las mujeres tejían. Pero también otros cultivos eran ya típicos desde el primer momento: uva, que se prensaba para obtener vino, habas, lentejas, garbanzos, pepinos, ajos, cebada de la que extraían la cerveza, higos, dátiles y el fruto del sicómoro. Finalmente hay que señalar la recogida de vegetales silvestres, tales como el apio y otras hierbas comestibles, el papiro, la goma de terebinto y todo tipo de plantas medicinales y ornamentales.

Desde época predinástica los egipcios habían domesticado perros, toros y vacas, corderos, cabras y cerdos. Durante el Imperio Antiguo podemos añadir el asno, el oryx y el íbex, así como gran número de aves, pero lo que más llama la atención son los intentos de domesticación de animales tales como antílopes, gacelas e incluso hienas, intentos todos que resultaron vanos. En cambio, no usaban aún el perro como auxiliar del pastoreo, ni conocían el gato doméstico. La caza, por su parte, podía ser meramente defensiva, contra el león y el hipopótamo por ejemplo, o mucho más normalmente para comer; era normal además cazar animales vivos, especialmente aves. La pesca era también —lo sigue siendo hoy día— muy abundante.

El Estado del Imperio Antiguo no sólo era el principal propietario de Egipto, sino también el principal empresario. Muchas veces se ha dicho que el índice de prosperidad de las diferentes etapas de la historia de Egipto puede medirse por los monumentos que cada una de estas etapas nos ha dejado. Durante el Imperio Antiguo los principales monumentos no son otros que los que se encuentran en las necrópolis reales menfitas. Como ha argumentado Kemp, la construcción y equipamiento de estas necrópolis y de sus monumentos más conspicuos, las pirámides, fue la principal actividad económica del Estado. A nosotros toda esta actividad puede parecernos improductiva, pero hay que reconocer que en su momento promovió la actividad de una importante mano de obra altamente especializada de artesanos, artistas, arquitectos e incluso de mandos encargados de organizar todas estas tareas. Toda esta mano de obra debía además prepararse adecuadamente, era contratada por el Estado y debía ser generosamente recompensada, ya que sólo así pueden explicarse los notables resultados alcanzados. La situación jurídica de los obreros que trabajaban en la necrópolis queda puesta de manifiesto por el siguiente texto de época de Micerino:

... Él dijo:

En cuanto a esta tumba *(la tumba de Debhen),* fue el rey del Alto y Bajo Egipto, Micerino, que viva eternamente, quien hizo que fuese construida, cuando Su Majestad estaba en la calzada al lado de la pirámide Hir *(probablemente una de las tres pirámides secundarias de la suya propia)*, para inspeccionar los trabajos de la pirámide «Divino es Micerino» *(la pirámide de Micerino en Guiza).*

... estaban el comandante naval, los dos sumos sacerdotes de Menfis y los trabajadores, los cuales estaban junto a ella *(la pirámide),* para inspeccionar el trabajo en la pirámide «Divino es Micerino»... 50 hombres fueron asignados para hacer el trabajo en ella *(la tumba de Debhen)* cada día, exigiendo también de ellos lo que... deseó. Su Majestad ordenó que ningún hombre pudiese ser obligado al trabajo forzado, sino que *(cada cual)* debe hacer el trabajo en ella (la tumba) a su satisfacción.

(J. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt,* I,
Chicago, 1906, pp. 94-95, párrafo 211)

Por otro lado, al renovarse reinado tras reinado la demanda de este tipo de actividades, ello permitió el mantenimiento de este estímulo económico que acabó haciendo de la construcción de las pirámides, siempre en opinión de Kemp, *un elemento fundamental en la prosperidad de Egipto.* Veamos las consideraciones de Kemp a propósito de la construcción de pirámides y su incidencia en la economía del Imperio Antiguo:

Por otra parte, dado que su construcción y equipamiento era la principal producción económica de la corte, los cementerios de las pirámides constituyen el único índice constante y cuantificable de la actividad económica que ha llegado hasta nosotros.

La canalización de una parte tan importante de los recursos del país en la construcción y equipamiento de los monumentos funerarios, que representó, sin duda, la industria más importante que se desarrolló sin solución de continuidad durante todo el Imperio Antiguo y, tras una interrupción —y tal vez con menor intensidad—, durante el Imperio Medio, puede parecer improductiva a la luz de nuestra escala de valores y era regulada, sin duda, por una mezcla de ambición y de reconocimiento del papel real en la sociedad. Sin embargo, la construcción de las pirámides debió ser un factor esencial para el desarrollo y la perduración de la civilización faraónica. En las sociedades antiguas, las innovaciones tecnológicas y otras formas de conocimiento práctico (especialmente por lo que respecta al control administrativo de los recursos), así como el perfeccionamiento de las capacidades ya existentes, fueron fruto no tanto de una investigación deliberada como de la necesidad de obtener los medios adecuados para llevar a cabo los refinados proyectos de la corte. El reclutamiento de una mano de obra tan numerosa, la preparación de tantos artistas y artesanos para la producción en masa con una gran calidad (rasgo muy notable de la civilización egipcia), la promoción y las recompensas materiales concedidas a quienes pudieran alcanzar esos fines explican los importantes resultados obtenidos. Había que poner al día las técnicas de extracción y trabajo de la piedra, conseguir un transporte adecuado, obtener los conocimientos suficientes para la manipulación y disposición de los materiales y para la planificación precisa del edificio y, lo que quizás era más importante, crear un aparato administrativo capaz de dirigir la mano de obra, la capacidad técnica y los recursos hacia un solo objetivo, identificado con la cabeza de la estructura de poder del país: el faraón. Igualmente importante es el hecho de que el constante consumo de tanta riqueza y de los productos de la artesanía, tanto durante la construcción como durante el equipamiento subsiguiente de las tumbas, debió tener como resultado el mantenimiento de la maquinaria que los había producido al incrementar la demanda un reinado tras otro, estímulo económico equivalente, aproximadamente, a la «obsolescencia provocada» de las sociedades tecnológicas modernas. Dado que en la Antigüedad el comercio con el mundo exterior consistía fundamentalmente en asegurarse las importaciones más que en la búsqueda de mercados para la exportación, el consumo interno debía tener una enorme importancia en la economía del país. Ahora bien, si es verdad que la construcción de pirámides fue un elemento fundamental en la prosperidad de Egipto, sería un grave error introducir el altruismo entre los motivos y considerar que se intentaban alcanzar —o que se planteaban siquiera a un nivel superficial— efectos económicos y sociales positivos. La teología y la demostración de poder eran una justificación suficiente.

(B. J. Kemp, en *Ancient Egypt: A Social History,*
Cambridge, 1983)

El Estado egipcio también parece haber ejercido el monopolio del comercio exterior, tanto por vía marítima como terrestre, siendo responsabilidad de la armada egipcia garantizar la seguridad de la navegación comercial, tanto en el mar Mediterráneo como en el mar Rojo. El objetivo fundamental de este comercio era asegurarse los productos de importación

considerados indispensables para el consumo interno. El Estado poseía asimismo talleres, arsenales y astilleros, y se reservaba en exclusiva la explotación de minas y canteras, incluso en el Sinaí y en Nubia. Para trabajar en todos estos centros el Estado contrataba a obreros libres, y sus contratos eran registrados al igual que los contratos habidos entre simples privados para garantizar su ejecucion por ambas partes.

El lugar más elevado de la escala social estaba ocupado por ricos comerciantes, propietarios de talleres y tierras, armadores y, por supuesto, altos dignatarios del Estado. La clase media debía ser relativamente numerosa y estaba integrada por funcionarios subalternos, empleados y obreros especializados, profesionales libres tales como médicos o arquitectos y propietarios agrícolas medianos. La clase baja, desde luego la más numerosa, estaba integrada esencialmente por pequeños propietarios agrícolas, así como por colonos y peones agrícolas que podían trabajar mediante contrato para el Estado, los templos o para simples particulares; de la misma manera, en las ciudades había un numeroso proletariado de obreros sin especializar, braceros, criados domésticos y marineros.

Los egipcios disponían de diversas maneras de entretener sus ratos de ocio: los relieves de las mastabas han conservado numerosas escenas de música y danza, eran amantes de la caza deportiva, disponían asimismo de ciertos deportes —tiro con arco, lucha libre— y juegos diversos, y eran en fin buenos consumidores de vino y cerveza.

A pesar de que no se conocía la moneda, las transacciones comerciales hacía tiempo que habían superado la fase del simple trueque o intercambio. Durante el Imperio Antiguo se usaba lo que los economistas denominan moneda de cómputo. Esta moneda era el shat, que equivalía a un peso de 7,5 gramos de oro. Así, el valor de todo tipo de bienes y mercancías debía ser evaluado en shats de oro y pagados, en caso de compra, por este peso en metal o bien, más corrientemente, por otros productos de idéntico valor. El shat tenía un múltiplo, el deben, que valía 12 shats, lo que demuestra que el sistema de pesas era sexagesimal. El patrón monetario era, pues, durante el Imperio Antiguo, el oro; hay indicios, de todos modos, de que para las transacciones de menor entidad se usaba como patrón el cobre o, incluso, el plomo. Veamos a continuación un caso concreto de uso de la moneda de cómputo, mediante un contrato de venta de una casa en Guiza:

Él *(Kemapu, el comprador)* dice: «He comprado esta casa contra pago al escriba Chenti y he dado por ella diez shats, a saber:

— Un mueble fabricado en madera de... (?), valor tres shats.

— Una cama fabricada en cedro de primera calidad, valor cuatro shats.

— Un mueble fabricado en madera de sicómoro, valor tres shats».

Él *(Chenti, el vendedor)* dice: «¡Viva el rey!, yo daré lo que es justo, y tú quedarás satisfecho a causa de ello por todo lo que constituye la casa. Has efectuado este pago de diez shats por conversión».

Sellado con el sello en la oficina de la administración de la ciudad de Juit-Quéope *(la ciudad de la pirámide de Quéope)* y en presencia de numerosos testigos pertenecientes tanto al servicio de Chenti como al colegio de sacerdotes al que pertenece Kemapu.

Lista de testigos: el obrero de la necrópolis Mehi; el sacerdote funerario Sebni; el sacerdote funerario Ini; el sacerdote funerario Nianjhor.

(Contrato de venta de una casa en Guiza, traducción de J. Pirenne, *Histoire des Institucions et du Droit Privé de l'Ancienne Égypte,* II, Bruselas, 1934, pp. 293-294)

En el Egipto del Imperio Antiguo no hubo esclavos. Ahora bien, el Estado en sus campañas guerreras exteriores podía hacer prisioneros de guerra. Estos prisioneros, considerados como botín, eran deportados a Egipto y obligados a realizar trabajos forzados exclusivamente en las propiedades agrícolas del propio Estado: son los llamados «reales», que de todos modos nunca significaron una fuerza productiva de relevancia dentro del conjunto de las fuerzas productivas del país.

La sociedad egipcia era una sociedad monógama. La familia egipcia puede definirse, ya desde el Imperio Antiguo, como restringida, efímera y liberal y estaba constituida, normalmente, por un marido, una esposa con amplia independencia económica y los hijos no emancipados. Éstos, tan pronto como contraían matrimonio, fundaban una nueva familia. Tanto el matrimonio como el divorcio eran en Egipto actos meramente privados, regulados por contratos que no eran otra cosa que los pactos económicos establecidos entre los esposos. La mujer era igual al hombre ante la ley, podía heredar y conservaba todos sus bienes después del matrimonio, de los cuales podía disponer libremente y con independencia de su esposo. Además, en el Egipto antiguo no hubo velos de ningún tipo y la mujer pudo circular por ciudades y campos, calles y plazas, luciendo generosamente su rostro y su cuerpo, lo que ya obligó al viejo Ptahhotep a advertir del peligro que esto podía significar para la estabilidad conyugal o simplemente emocional de los incautos varones.

Religión, pensamiento y ciencias

No creemos que sea necesario insistir aquí sobre las características de los principales dioses del panteón egipcio, ni sobre sus orígenes y lugares de culto, de todo lo cual ya hemos tratado en páginas anteriores. También nos hemos ocupado de las concepciones religiosas heliopolitanas y de su implicación en la política del Imperio Antiguo. Más interesantes para la evolución del pensamiento egipcio son las especulaciones de los círculos intelectuales menfitas, vinculadas al clero de Ptah. De los distintos textos teológicos y sapienciales emanados de estos círculos, y entre ellos las *Ense-*

ñanzas de Ptahhotep, emana una especie de monoteísmo incipiente que tiende a identificar a los demás dioses como imágenes diversas de Ptah. La creación del mundo, por obra del pensamiento y la palabra del dios, que se sintió satisfecho como más tarde Yahweh una vez que hubo acabado, implica una superación intelectual de otras concepciones más primitivas.

Pero es que, además, la creación, obra de la inteligencia de Ptah, quedaba al alcance de la comprensión del hombre gracias a su propia inteligencia, ya que en definitiva y según estas mismas concepciones el hombre había sido creado a imagen del dios. Hemos visto que estas concepciones, que implicaban un profundo respeto por el hombre, rebaño divino del que el faraón tenía el deber de cuidar, concepciones basadas en principios de la moral natural de validez universal, se encuentran en el origen mismo del humanismo. Veamos seguidamente el alcance del respeto de los egipcios por la vida humana según una narración de origen popular:

Tras haber llegado a la corte, el príncipe Hordyedef entró para poner al corriente a la Majestad del rey Quéope j.v. [justo de voz]. El príncipe Hordyedef dijo: «Soberano v.s.f. [que tenga vida, salud y fuerza], mi señor, he traído a Dyedi». Su Majestad respondió: «Ve y tráemelo». Después Su Majestad se personó en la gran sala del palacio v.s.f. Dyedi fue introducido cerca de Ella, y Su Majestad dijo: «¿Cómo es, Dyedi, que no te he conocido hasta ahora?». Dyedi respondió: «Sólo el que es llamado es el que viene, oh soberano v.s.f. He sido llamado y heme aquí venido». Su Majestad dijo: «¿Es verdad lo que se dice, que sabes volver a colocar en su lugar una cabeza cortada?». Dyedi respondió: «Sí, sé hacerlo, oh soberano v.s.f., mi señor». Entonces Su Majestad dijo: «Que se me traiga el prisionero que hay en la prisión, después de ejecutarle». Pero Dyedi dijo: «Pero no con un ser humano, oh soberano v.s.f., mi señor, puesto que está prohibido hacer tal cosa al rebaño sagrado de Dios».

(*Cuentos del Papiro Westcar,* traducción de Lefebvre, *Romans,* cit.)

Sus implicaciones políticas podrían haber sido de tal envergadura que justifican la hipótesis de los tumultos producidos al final de la Dinastía IV e inducidos por el clero heliopolitano, en el caso de que Shepseskaf y el problemático Dedefptah se hubiesen adherido a tales concepciones.

En lo referente a la religión funeraria, también hemos visto las concepciones ciertamente complejas que tendían a asegurar a los faraones una vida eterna en el más allá. El faraón, a su vez, podía gratificar o recompensar a sus parientes, colaboradores y servidores con la promesa de una vida también en el más allá, cerca de él, razón por la cual debían ser enterrados junto a su pirámide. Pero era esta una especie de eternidad delegada, de segunda clase, concedida sólo por privilegio y voluntad real, ya que el rey era el único a tener derecho a la eternidad pues sólo a él eran aplicables las fórmulas y rituales funerarios que le convertirían en un dios después de muerto. Estas concepciones estaban, en definitiva, en contradicción con los orígenes

populares predinásticos de Osiris, el cual garantizaba la vida de ultratumba en el paraíso de los Campos Elisios —simple remedo del Egipto terrenal pero eterno— a sus fieles. Muy probablemente Osiris no dejó de tener fieles adeptos entre las clases populares a lo largo de todo el Imperio Antiguo, lo cual explica su brusco resurgimiento al final del mismo. Pero ello no impedía que incluso los más pobres y pequeños de la sociedad egipcia hiciesen enterrar sus humildes despojos cerca de las pirámides y mastabas de los faraones y los grandes de la sociedad, para ver de hacerse también ellos con un poco de eternidad. Era preciso, en definitiva, divulgar las fórmulas y rituales religiosos capaces de asegurar la eternidad y que estaban reservados a los reyes, y esta será una de las primeras reivindicaciones del pueblo cuando se produzca la revolución social que ponga fin al Imperio Antiguo.

Algunas ciencias alcanzaron un desarrollo notable ya durante el Imperio Antiguo. Una de ellas es la astronomía; el establecimiento del calendario solar y su correlación con el movimiento de las estrellas en el cielo muestra la precisión de sus observaciones ya desde épocas remotas, y lo mismo cabe decir de la perfecta orientación de sus monumentos, especialmente las pirámides. La construcción misma de estos monumentos, así como la necesidad constante de calcular las medidas de superficies de terreno implicaban grandes conocimientos matemáticos, y más específicamente geométricos. No obstante, los papiros matemáticos conservados de cualquier época son rarísimos, y además no son otra cosa que simples manuales conteniendo diversas aplicaciones prácticas, para uso sobre todo de los harpedonaptas, empleados del catastro especializados en la medición de la superficie de los campos. De ello se ha deducido, demasiado rápidamente, que los egipcios desconocían la teoría matemática. No obstante, sabemos que sabían calcular el volumen de la pirámide, y aun el del tronco de la pirámide. Recientemente se ha probado que es imposible hacerlo sin una demostración racional previa. Hay que señalar que el sistema de numeración egipcio era decimal.

Otro tanto puede decirse de la medicina, ya que la mayoría de papiros médicos conservados no son otra cosa que manuales para uso de practicantes más que de médicos, y que frecuentemente mezclan auténtica medicina con pura superstición. Sin embargo, el *Papiro Edwin Smith* contiene un manual quirúrgico admirablemente ordenado que remonta al Imperio Antiguo. Los distintos casos seleccionados, así como sus diagnósticos respectivos, están expuestos de forma totalmente racional. Leamos ahora un pasaje del mismo:

Instrucciones concernientes a una luxación en su maxilar inferior.

Si tú examinas un hombre que tiene una luxación en su maxilar inferior, si ves que su boca está abierta, que su boca no puede cerrarse, pondrás tus pulgares sobre las extremidades de las dos ramas del maxilar inferior, en el interior de su boca, mientras que tus dos sierras (los otros cuatro dedos de cada mano) estarán bajo su mentón y empujarás hacia atrás las dos ramas: así quedarán de nuevo en su lugar.

Tú dirás a propósito de esto: Un hombre que tiene una luxación en su maxilar inferior. Una enfermedad que yo trataré.

Lo vendarás con imru y miel, cada día, hasta que vaya bien.

(*Papiro Edwin Smith,* traducido por G. Lefebvre,
Essai sur la Médecine Égyptienne de l'époque pharaonique, París, 1956)

Pero, además, las inscripciones del Imperio Antiguo nos hablan de médicos especialistas: ginecólogos, dentistas, cardiólogos, traumatólogos, etc.

Finalmente, cabe mencionar la existencia de la farmacopea y, tal vez, de la alquimia, el más lejano precedente de la moderna química. Todas estas enseñanzas, así como la de la escritura y, en general, aquello que podemos denominar con el pomposo nombre de *sabiduría,* eran impartidas —ya lo hemos dicho— en las Casas de Vida, auténticos centros de formación de letrados y de enseñanza superior del Antiguo Egipto. Un hecho ha llamado poderosamente la atención de los egiptólogos: la mayoría de los textos médicos de todas las épocas están redactados en egipcio antiguo, la lengua del Imperio Antiguo. La conclusión que se desprende de este hecho es lógica: la investigación en medicina se detuvo después del Imperio Antiguo, imponiendo desde entonces las distintas Casas de Vida las enseñanzas incontestadas de los antiguos sabios, de acuerdo con la máxima medieval que reza *magister dixit.* Cabe preguntarse si ello ocurrió sólo en medicina, o si también otras ciencias de cariz experimental no sufrieron asimismo un frenazo en su desarrollo después del Imperio Antiguo. En todo caso, es como mínimo sorprendente que los impresionantes logros en todos los dominios alcanzados con gran rapidez por el Egipto del Imperio Antiguo, que nos permiten hablar del *milagro* del Imperio Antiguo, no fuesen jamás superados durante los Imperios Medio y Nuevo. Da la impresión que el pensamiento racional y experimental egipcio se detuvo para siempre a finales del tercer milenio, y que la civilización egipcia se limitó a vivir, a partir de entonces, de la herencia prestigiosa del Imperio Antiguo. Cabe interrogarse por las razones de este frenazo; y cabe preguntarse qué habría ocurrido con el desarrollo científico y técnico de la humanidad si este frenazo no se hubiese producido.

8. El final del Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio

Consideraciones generales

Los egipcios a quienes tocó vivir los últimos años de la Dinastía V, marcados por la esplendorosa civilización del Imperio Antiguo, no eran sin duda conscientes de que ésta tocaba a su fin. La sensación de inmutabilidad y de perennidad que emana de la misma, avalada además por los casi 350 años que van de comienzos de la Dinastía III a finales de la V, no facilitaba desde luego la comprensión de la principal ley histórica que es su constante movimiento. Sin embargo, los síntomas de la decadencia que llevaría a la crisis del Estado eran cada vez más numerosos, pero no parecen haber alarmado a nadie. También hay que reconocer que era la primera vez en la Historia que eso sucedía, y que los egipcios carecían de la más mínima experiencia al respecto.

Sea como sea, los egiptólogos consideran a la Dinastía VI como la última del Imperio Antiguo, y convencionalmente se acepta que éste dura hasta el final de la dinastía, si bien se hace difícil aceptar que el reinado de sus últimos epígonos tras el de Fiope II corresponda aún a dicho Imperio. Con el advenimiento de la controvertida dinastía VII se hace empezar el Primer Período Intermedio, el cual se divide a su vez en dos épocas claramente diferenciadas. La primera corresponde a las dinastías VII y VIII, que de una forma u otra señalan la defunción entre violentos estertores de la monarquía

menfita. La segunda corresponde a las dinastías IX y X y es la denominada época heracleopolitana, ocupada por una monarquía que tuvo su capital en Heracleópolis, la cual, desde el punto de vista histórico, actuó como puente entre la extinta monarquía menfita y la monarquía tebana que nació con el Imperio Medio.

La Dinastía VI (2345-2173). Política interior

El fundador de la Dinastía VI fue Ótoes. Ignoramos totalmente cómo se produjo el cambio dinástico, aunque como mínimo estamos en condiciones de afirmar que la sucesión de Onos por Ótoes tuvo lugar sin disturbios. También parece probable, a juzgar por la política interior llevada a cabo por la nueva dinastía, que la misma fuese entronizada por la aristocracia en formación desde época de la dinastía anterior. Como lo había tenido que hacer la Dinastía V para con el clero de Heliópolis, así también la Dinastía VI tuvo que prodigar sus favores para con la aristocracia provincial. No obstante, y al contrario de los reyes de la Dinastía V, los miembros de la Dinastía VI no parecen ser simples nombres ocultando figuras fantasmagóricas, sino que por lo general poseyeron personalidades enérgicas. En efecto, aunque la presión de las circunstancias les abocaba a continuas cesiones en favor de la aristocracia provincial, no obstante los faraones de la Dinastía VI fueron perfectamente conscientes del peligro que ello implicaba para el Estado en general y para la monarquía en particular, e intentaron con medidas más o menos acertadas afrontar la situación. Ellos son, pues, los responsables con su actuación personal de que el Imperio Antiguo, cuando ya estaba sentenciado, resistiese aún 150 años. La monarquía menfita no iba a dejarse ejecutar sin ofrecer resistencia.

La decadencia del Imperio Antiguo durante la Dinastía VI ha podido ser estudiada en dos frentes: en las provincias del Alto Egipto y en la corte. En las provincias del Alto Egipto es donde el proceso de decadencia del Estado es más grave, y se caracteriza en términos generales por la aceleración de la tendencia a la heredabilidad del cargo de nomarca, tendencia iniciada durante la Dinastía V. Más aún, Ótoes otorgó la facultad a la aristocracia provincial que gobernaba los nomos del Alto Egipto a transmitir este gobierno de forma hereditaria. Con ello el fundador de la nueva dinastía no sólo nos demuestra palpablemente a quién debía el trono, sino que además transformó lo que hasta entonces no había sido más que una situación de hecho en una situación de derecho. La única condición que el faraón imponía a los nuevos nomarcas era la de que fuesen investidos por él en el cargo. Ahora bien, la medida iba a tener en realidad consecuencias mucho más trascendentales, puesto que significaba la abolición del Estado centralizado que tan trabajosamente habían construido los primeros faraones y su sustitución por otro modelo de Estado en el que el mérito individual pasaba a ser sustituido

por el privilegio hereditario. En el caso concreto de los nomarcas, la nueva situación implicaba que su poder ya no era por delegación del Estado sino propio.

En la corte se desencadenó el proceso de destrucción de la administración central, que también había dejado de ser protegida por el escalafón funcionarial, al ser vulnerado éste por el privilegio hereditario a la hora de ocupar altos cargos, acaparados por la oligarquía menfita convertida ella también en aristocracia cortesana. Con ello, asistimos al espectáculo de la acumulación de los viejos cargos menfitas por unas pocas personas, pertenecientes a la nobleza, pero al mismo tiempo sabemos que estos cargos han ido quedando desprovistos de funciones para convertirse en meros títulos honoríficos, conservando eso sí sus privilegios económicos y jurídicos. Todo ello conllevaba ni más ni menos que el desmantelamiento del aparato del Estado. Por otro lado, contribuyó a agravar la situación la nefasta política matrimonial de los faraones, que para asegurarse el apoyo de las poderosas familias aristocráticas del momento no vacilaron en aliarse matrimonialmente con ellas. Así, el propio Ótoes dio en matrimonio a dos hijas suyas a sendos sumos sacerdotes de Re, a los cuales nombró además sucesivamente visires. Pero no sólo los hipotéticos beneficios obtenidos por tales alianzas eran más que dudosos al contribuir a encumbrar peligrosamente a tales familias, sino que además el faraón devaluaba con ellas su propia posición, al familiarizarse excesivamente con algunos de sus súbditos. Ello provocó en definitiva la progresiva desdivinización del rey a los ojos de estos mismos súbditos, que fatalmente habían de pasar a considerarle simplemente como un *primus inter pares.*

Desaparecidos prácticamente los órganos rectores de la administración central, el gobierno había quedado reducido a la mínima expresión, al cargo de visir. El rey, de todos modos, consciente de la grave situación por la que atravesaba el Estado, salvó *in extremis* la figura del visir, que siguió siendo un cargo de confianza no hereditario. Además, potenció sus funciones absorbiendo el visir casi todas las prerrogativas que anteriormente correspondían a los diversos órganos del gobierno, lo que de todos modos es una buena prueba de la disminución de competencias de la administración central. Más aún, el rey revalorizó las funciones de otro cargo administrativo, el gobernador del sur, cargo que había sido creado a finales de la Dinastía V. Así, el gobernador del sur adquirió una autoridad superior a la de los nomarcas y su función esencial consistía en comprobar que los poderosos señores gobernadores de los nomos del Alto Egipto cumplían escrupulosamente con sus obligaciones para con el rey, especialmente las obligaciones fiscales. Por otro lado, todos los que ostentaron el cargo de gobernador del sur fueron también visires. Por consiguiente, toda la responsabilidad del gobierno había caído en definitiva en las manos de sólo dos hombres, el propio rey y el visir, asistidos tan sólo por funcionarios subalternos desprovistos de responsabilidad y de prestigio social y, por consiguiente, con una autoridad míni-

ma. De todos modos, una lista de hombres remarcablemente capacitados se sucedieron en el cargo de visir y gobernador del sur, contribuyendo eficazmente junto con el rey a mantener el Imperio Antiguo durante casi cien años.

Ótoes se hizo construir una pirámide en Saqqara, a una cierta distancia al noreste de la de Userkaf. Esta pirámide está provista de un recinto funerario y rodeada de varias pirámides secundarias y de numerosas mastabas de altos personajes de la época, y posee *Textos de las Pirámides,* pero se encuentra en muy mal estado de conservación. Es digno de mención el hecho de que las medidas de esta pirámide, 78,5 m de lado de la base y 52,5 m de altura original, son idénticas a las de las pirámides construidas por los restantes soberanos de la Dinastía VI, sucesores de Ótoes. Puede decirse que los constructores de pirámides adoptaron durante esta dinastía un modelo estándar que aplicaron de forma sistemática.

El sucesor de Ótoes parece haber sido Usirkare, faraón que en todo caso tuvo un reinado efímero y que puede que no sea más que un usurpador. No obstante, se ha emitido la hipótesis de que hubiese ocupado el trono durante la minoría de edad del heredero legítimo Fiope I.

El reinado de Fiope I, hijo y heredero de Ótoes, es sin duda el más importante de la Dinastía VI: tuvo una duración aproximada de medio siglo, durante la cual la actividad constructiva del soberano se manifiesta tanto en el Alto Egipto —Abido, Dandara, Coptos— como en el Delta —Bubastis, alrededores de Tanis. Queda así puesta de manifiesto la última etapa de esplendor del Imperio Antiguo.

Fiope I continuó con la peligrosa política de alianzas matrimoniales iniciada por su padre, si bien cambiando su objetivo: en efecto, buscando la alianza del poderoso nomarca de Tinis, Fiope I casó con dos hijas suyas, las cuales serían, respectivamente, las madres de los futuros Merenre I y Fiope II. Pero esto tuvo como consecuencia igualar definitivamente al rey con los nomarcas del Alto Egipto. Así, a partir del reinado de Fiope I los nomarcas empiezan a organizar su residencia como una pequeña corte y algunos de ellos incluso hacen suyos determinados emblemas y usos propios de la realeza, tales como ceñir una diadema o desposar a varias esposas legítimas a la vez, costumbre ésta reservada anteriormente en exclusiva a los faraones. Paralelamente, los nomarcas han ido asumiendo, en su condición de tales, títulos de significación nobiliaria, así como los títulos y funciones de los sumos sacerdocios del dios local, reuniendo en definitiva en sus manos la totalidad de los poderes civiles, militares y religiosos. Con ello, cada nomo del Alto Egipto se convertía en un estado dentro del Estado.

Ignoramos en realidad cuál era la situación del Bajo Egipto en esta época, debido a la total falta de información. En principio no debiera ser distinta a la del Alto Egipto; sin embargo, es posible que en el Delta la presión de la población urbana, más desarrollada que en el Valle, hubiese representado

un freno a la ambición política de los nomarcas. El rey, en todo caso, experimentaba dificultades crecientes tanto para reclutar soldados como para recaudar impuestos.

Las inmunidades en los nomos del Alto Egipto estaban cada vez más extendidas, y conocemos algún intento vano por parte de los agentes de la administración central de romperlas. Estas inmunidades, de las que se beneficiaban especialmente nobles y templos, prohibían al Estado hacer el censo de hombres y bienes a su servicio; además, los hombres no podían ser llamados a filas y los bienes no tributaban. Pronto, por consiguiente, los nomarcas del Alto Egipto estuvieron en condiciones de reclutar ejércitos a su servicio, pero en cambio al faraón le era cada vez más difícil encontrar hombres para el ejército real, con lo que tuvo que empezar a sustituirlos por mercenarios nubios. Asimismo, cada vez le era más difícil al faraón encontrar quien pagase impuestos, y el precario equilibrio de las arcas reales pudo ser mantenido sólo gracias a los tributos pagados por los príncipes nubios del incipiente imperio africano de Egipto.

Como es lógico suponer, la situación de las clases menos favorecidas de la sociedad, las únicas que seguían ligadas por sus obligaciones al Estado, tanto fiscales como en prestaciones personales, empeoró rápidamente. Conocemos la precaria situación de los pequeños propietarios rurales, sometidos a unos impuestos progresivamente voraces y amenazados por los grandes propietarios sin que quede el recurso a unos organismos judiciales prácticamente inoperantes. Se comprende que muchos de estos pequeños propietarios buscasen la protección de los grandes a cambio de su propiedad, contribuyendo a acelerar el proceso que estaba cambiando radicalmente el estatus legal de amplias capas de la población. De las ciudades no tenemos casi información, aunque la situación no debía diferir mucho, provocando en ellas el crecimiento de un proletariado empobrecido cuyos contingentes habían de verse constantemente engrosados por los antiguos propietarios de pequeñas industrias artesanas y comercios, pero también por funcionarios de rango inferior abocados a la ruina.

La situación social de Egipto evolucionó, pues, en dos direcciones diferentes, y mientras que Menfis, y tal vez otras ciudades, tendía a convertirse en un auténtico polvorín presto a estallar a la primera ocasión, la situación del Alto Egipto se parece asombrosamente a la europea de varios milenios más tarde, durante los últimos tiempos del Imperio Romano y durante la Edad Media. Por ello la mayoría de los egiptólogos, al referirse al final del Imperio Antiguo y al Primer Período Intermedio, hablan de la primera época feudal de la historia de Egipto.

Fiope I se hizo enterrar en una pirámide construida en Saqqara Sur, en las proximidades de la pirámide de Dyedkare-Izezi, de la Dinastía V. De esta pirámide merece recordarse que dio su nombre popular a la ciudad de Menfis.

Fiope I fue sucedido en el trono por su hijo mayor Merenre I, quien en su corto reinado dio muestras de notable capacidad para gobernar. Concreta-

mente, Merenre I nombró visir y gobernador del sur a Uni, personaje de origen humilde que protagonizó una carrera de funcionario ejemplar al servicio de la monarquía durante el reinado de Fiope I. Uni fue designado por el faraón para ocupar el cargo más importante de la administración del Estado obviamente por sus méritos personales. Quedaba claro con ello que Merenre I desconfiaba tanto de los altos personajes de la corte como de los poderosos gobernantes de las provincias, y que en cambio depositó su confianza en un funcionario de la vieja escuela. Uni, en efecto, fue el último representante de la brillante administración del Imperio Antiguo capaz de permitir a cualquier persona escalar los más altos cargos del Estado sólo por méritos propios; y, como tal, Uni es el último de los grandes visires del Imperio Antiguo que desempeñó con gran eficacia las más altas responsabilidades que le fueron confiadas, incluida la de presidente de la Suprema Corte de Justicia, de la que por cierto fue también el último presidente efectivo. Podemos leer seguidamente el pasaje de su autobiografía concerniente a su actuación como juez:

Hubo un proceso en el harén real contra la esposa real gran favorita en secreto. Su Majestad (Fiope I) me nombró único juez, sin que hubiera ningún visir del Estado, ni ningún otro magistrado salvo yo, porque yo era capaz, porque yo tenía éxito en la estima de Su Majestad, porque Su Majestad tenía confianza en mí. Fui yo quien puso por escrito el proceso verbal estando solo... Jamás nadie de mi condición había oído un secreto del harén real anteriormente, pero Su Majestad me lo hizo escuchar, porque yo era capaz en la estima de Su Majestad más que cualquier magistrado suyo, más que cualquier dignatario suyo, más que cualquier servidor suyo.

(Uni, *Autobiografía,* traducido por Roccati, *Littérature,* cit.)

Es evidente que los cargos y responsabilidades desempeñados por Uni habían llegado a ser realmente molestos para los nomarcas del Alto Egipto. Ello quedaría bien pronto en evidencia con la muerte prematura de Merenre I, quien fue enterrado en Saqqara, en una pirámide cercana a la de su padre Fiope I. Merenre I falleció dejando como único heredero a otro hijo de Fiope I y medio hermano suyo, Fiope II, el cual era un niño de no más de seis años. La muerte de Merenre I significó, pues, la sentencia definitiva contra el Imperio Antiguo. Los nomarcas del Alto Egipto aprovecharon la minoría de edad de Fiope II para suprimir el cargo de gobernador del sur, apropiándoselo como un simple título honorífico más, y para acabar de desmantelar los últimos restos de la administración del Estado. Cuando el nuevo faraón llegó a la mayoría de edad se encontró con que la monarquía carecía ya de cualquier mecanismo de control sobre los nomarcas. La monarquía menfita, creadora del primer estado centralizado de la Historia, se acercaba al término de su evolución.

Fiope II tuvo un larguísimo reinado de noventa y cuatro años, en realidad el reinado más largo de la Historia, que va aproximadamente del 2278

al 2184 antes de Jesucristo. Durante todo este larguísimo lapso de tiempo, que puede calificarse de agonía de la monarquía, el soberano, convertido en mera figura decorativa, asistió a la ocupación del visirato por algunos de los príncipes miembros de las familias aristocráticas del Alto Egipto, que así controlaban además el poder en el Delta. También asistió a la desaparición pura y simple de la justicia real, usurpadas sus funciones y su administración por los nomarcas cada uno en su nomo. Finalmente, el rey tuvo que liquidar su ejército de tropas mercenarias debido a la imposibilidad material de mantenerlo; la monarquía quedaba así indefensa y a merced de los acontecimientos.

A pesar de todo ello, Fiope II realizó un postrer intento, utópico por lo demás, de salvar la situación: promulgó un decreto por el que suprimía de un plumazo todas las inmunidades concedidas por sus predecesores y que habían llevado al Estado a la ruina. El intento era, evidentemente, irrealizable, falto como estaba el rey de los medios coercitivos para llevarlo a la práctica, y ante las presiones generalizadas no hubo más remedio que derogarlo. A partir de este momento, la caída de la monarquía ya era sólo cuestión de tiempo.

La Dinastía VI. Política exterior

La política exterior de la Dinastía VI se caracteriza por una actividad desconocida anteriormente, que aunque tal vez pueda ser debida a su mejor conocimiento por nuestra parte gracias a las biografías de ciertos personajes que nos hablan de ella, no obstante no cabe duda de que la mayor información que poseemos se debe a razones objetivas. De hecho, es en la política exterior donde más de manifiesto quedan las dotes de gobierno de los faraones de esta dinastía, y su inusitada importancia, incluso su agresividad, nos da la sensación de que constituyen una especie de salto adelante. Los reyes, cada vez más necesitados de recursos en un Estado que se disgrega, parecen haber decidido ir a buscar estos recursos en el exterior, al tiempo que intentaban unir las dispersas fuerzas del país para la realización de estas empresas exteriores.

Las relaciones comerciales pacíficas de época de Ótoes con Biblo y con Opone, que tenemos bien documentadas, fueron incrementadas por Fiope I, quien aumentó los intercambios con Biblo, donde incluso podría haber habido un templo egipcio durante el Imperio Antiguo, y tal vez con Creta. No obstante, no todo fueron relaciones amistosas con Asia durante el reinado de este soberano. Por la biografía de Uni sabemos que Fiope I le encargó realizar un total de cinco expediciones militares a Asia.

La primera quizá tuviese como motivo las dificultades opuestas por los beduinos del Sinaí a la renovación de las expediciones egipcias a esta península para explotar sus minas y canteras, expediciones que parece

que se habían suspendido a mediados de la Dinastía V. Los medios puestos a disposición de Uni parecen, de todos modos, desmesurados: varias decenas de miles de hombres, reclutados en el Alto y en el Bajo Egipto, e incluso mercenarios nubios. Con este ejército Uni pudo aplastar a los beduinos, pero lo sorprendente es que después de tal correctivo los asiáticos volviesen a sublevarse varias veces, obligando a Uni a realizar nuevas expediciones.

En realidad, lo que parece haber sucedido es que estas expediciones llevasen al ejército egipcio más lejos, y la prueba irrefutable de ello es que el general egipcio tenía que hacer frente a poderosos ejércitos de asiáticos, que no eran simples beduinos del desierto puesto que poseían regiones cultivadas y ciudades fortificadas. Una serie de disturbios producidos en el país llamado de *la Gacela,* dieron ocasión a Uni de dirigir su última expedición y de marchar contra estos enemigos, enviando la mitad del ejército egipcio por mar para que desembarcase tras las fuerzas asiáticas y cogerlas así entre dos fuegos. La batalla acabó con una nueva victoria egipcia. Veamos nuevamente un fragmento de la autobiografía de Uni, referido a sus campañas militares en Asia:

Este ejército ha regresado en paz, tras haber arrasado el país de los habitantes de la arena (asiáticos).

Este ejército ha regresado en paz, tras haber devastado el país de los habitantes de la arena.

Este ejército ha regresado en paz, tras haber capturado sus ciudades fortificadas.

Este ejército ha regresado en paz, tras haber cortado sus higueras y sus viñas.

Este ejército ha regresado en paz, tras haber incendiado sus viviendas.

Este ejército ha regresado en paz, tras haber dado muerte a tropas muy numerosas.

Este ejército ha regresado en paz, tras haber capturado tropas en gran número como prisioneros.

Su Majestad me recompensó por ello generosamente. Su Majestad me envió cinco veces a juntar la misma expedición para destruir el país de los habitantes de la arena, cada vez que se sublevaban contra estas tropas. Procedí de manera que Su Majestad me recompensó generosamente. Se notificó que fuerzas enemigas se encontraban entre estos extranjeros en el desfiladero sobre el país de «la Gacela». Yo atravesé el mar en barcos apropiados con estas tropas, y toqué tierra tras el promontorio de la montaña al norte del país de los habitantes de la arena, mientras que la mitad de este cuerpo expedicionario seguía el camino terrestre. Yo volví hacia atrás después de haberlos rodeado a todos, de manera que todo enemigo entre ellos fue muerto.

(Uni, *Autobiografía,* traducido por Roccati, *Littérature,* cit.)

La lástima es que los egiptólogos no se ponen de acuerdo sobre el escenario de esta última campaña. Normalmente se ha supuesto que podría haber sido Palestina, basándose en la hipotética identificación del país de *la*

Gacela con el Monte Carmelo. Sin embargo, el descubrimiento reciente de la existencia de grandes potencias en esta época en Siria ha cambiado el panorama. Entre estas potencias destaca Ebla, con la que ahora sabemos que Egipto tuvo relaciones probablemente pacíficas como mínimo desde época de Quefrén, y más concretamente en época de Fiope I. Es posible, pues, pensar que estas relaciones con las potencias del Asia occidental no hayan sido siempre tan pacíficas, y que la última expedición de Uni tuviera lugar más al norte de lo que normalmente se había creído.

Por muy agresiva que fuese la política asiática de Egipto en el Imperio Antiguo, ésta no tuvo de todos modos jamás otros objetivos que proteger la frontera oriental del Delta, previniendo si preciso era la eventualidad de futuros ataques, o bien proteger los objetivos económicos y comerciales egipcios en Asia. Egipto no se planteó nunca en estas regiones la posibilidad de una ocupación permanente, una vez que consideraba protegidos sus intereses. Por el contrario, parece que se debe a la iniciativa de Fiope I la política de control sistemático y de colonización de la Baja Nubia, a base de puestos militares permanentes, asegurándose así particularmente el fácil acceso a las minas de oro de la región.

Esta política de penetración en Nubia fue activamente proseguida por Merenre I, quien hizo dos viajes de inspección en su corto reinado, durante los cuales recibió el homenaje de adhesión de diferentes príncipes nubios. Estos viajes ya demuestran por sí mismos el interés del nuevo rey por la colonización nubia. Pero además Merenre I encargó la realización de constantes expediciones más al sur y más al oeste con el objetivo de explorar nuevos territorios y de averiguar las posibilidades de nuevas rutas. En estas actividades descolló Herjuf, hijo del nomarca de Elefantina, quien exploró repetidamente el país de Yam, que tenía ya relaciones con Egipto desde época de Fiope I y que hay que situar en la región de Dongola, al sur de la tercera catarata del Nilo. Yam era un fértil país, regido por un príncipe, cuya población estaba en proceso de sedentarización y que tenía relaciones comerciales con el país de Opone, que se encontraba aproximadamente en su misma latitud sobre la costa del mar Rojo. En sus sucesivas expediciones con caravanas de asnos, Herjuf exploró la ruta que une el Valle del Nilo en Egipto con el país de Yam a través de los oasis occidentales, y tuvo ocasión de pacificar las poblaciones intermedias, tanto a los nubios al norte de Yam como a los chemehu del extremo sudoriental de Libia. A continuación podemos leer un fragmento de la autobiografía de Herjuf relativo a uno de los viajes que realizó:

Su Majestad (Merenre I) me envió una segunda vez, solo. Subí por el camino de Elefantina y descendí hacia los países de Irchet —Mejer, Tererez, Irchech—, en un plazo de ocho meses. Descendí y me llevé productos sacados de esta región en gran cantidad, que no se habían visto jamás en Egipto anteriormente. Pero yo descendí hasta alcanzar la casa del gobernador de Zachu y de Irchet, después de haber alcanzado estos mismos paí-

ses extranjeros. Yo constaté que no habían sido recorridos por ningún Amigo, director de los extranjeros, ido a Yam antes que yo.

(Herjuf, *Autobiografía,* traducido por Roccati, *Littérature,* cit.)

Fallecido Merenre I, Herjuf realizó todavía una última expedición más al sur, de la que lo único que sabemos es que en el curso de la misma capturó a un enano danzarín. Herjuf puso este hecho en conocimiento del nuevo faraón, Fiope II, que en este momento tendría unos ocho años. El rey niño contestó rápidamente por carta a Herjuf, felicitándole por el hallazgo y rogándole que cuidase mucho del enano, a fin de que llegase en buen estado a la corte. Este hecho demuestra, en todo caso, que en el territorio del actual Sudán existían en esta época aún poblaciones pigmeas.

Si desde el país de Yam Egipto podía sostener relaciones indirectas con el África subecuatorial, el interés egipcio por las regiones occidentales tampoco fue escaso a finales del Imperio Antiguo. En efecto, durante la Dinastía VI sabemos que los oasis de Farafra y Dajla estaban bajo control egipcio, e incluso que en Dajla había una importante ciudad egipcia. Más aún, a 270 kilómetros al oeste de Abu Simbel ha sido descubierta una instalación egipcia, que sin duda jalonaba el camino en dirección al país de Yam. La posición de todos estos establecimientos, situados muy a occidente del Valle del Nilo, demuestra la solidez del poder egipcio en Libia. Estas regiones, por lo demás, no eran aún el desierto que conocemos hoy día, a pesar de que la vegetación esteparia del Neolítico se había ya degradado considerablemente. Así, las condiciones climáticas hacían relativamente cómodas en el tercer milenio antes de Cristo las rutas terrestres que unían Egipto con el país de Yam, en el Nilo sudanés, así como con el macizo montañoso del Tibesti, al norte del Chad, y de aquí hacia las regiones sudsaharianas y atlánticas de África. El control de estas rutas y de los oasis libios exigía el control de los pobladores libios autóctonos, llamados tehenu por los egipcios. Pero si la influencia egipcia podía fácilmente extenderse hacia Occidente por estos caminos, también podían llegar de Occidente nuevos peligros que seguían el mismo camino en sentido contrario. Nos referimos a los enigmáticos chemehu, pueblos de cabello rubio y ojos azules recién llegados a las inmediaciones del Valle del Nilo en la segunda mitad del tercer milenio. Herjuf tuvo que derrotarlos aliado a los nubios de Yam. Sin embargo, los chemehu siguieron infiltrándose en dirección norte, mezclados a los tehenu vecinos de Egipto.

Fiope II, durante su largo reinado, se esforzó por continuar con la política exterior de sus predecesores. No obstante, las noticias que nos han llegado de algunos graves incidentes demuestran la creciente precariedad de las relaciones exteriores egipcias. Así, una expedición egipcia que se preparaba para embarcar con destino a Opone, en el litoral del mar Rojo, fue sorprendida y exterminada por los beduinos. Fiopenajt fue encargado por Fiope II

de recuperar los despojos de las víctimas y de castigar a los culpables. También durante el reinado de Fiope II se empezaron a producir peligrosas revueltas en Nubia, una de las cuales costó la vida al nomarca de Elefantina.

En general, los intercambios comerciales pudieron mantenerse durante la mayor parte del reinado de Fiope II; no obstante, su colapso estaba cercano. Del mismo modo, no es seguro que el control egipcio sobre Nubia alcanzase los últimos años de su largo reinado.

La caída del Imperio Antiguo y los comienzos del Primer Período Intermedio

A su muerte, ya centenario, Fiope II se hizo enterrar en una pirámide construida en Saqqara Sur, muy cerca de la mastaba de Shepseskaf. Rodeada de pirámides secundarias para sus esposas, la pirámide de Fiope II es el centro de un magnífico conjunto funerario en todo comparable al de Sahure y dotado de *Textos de las Pirámides*. Ciertamente, lo que no le faltó al anciano rey fue tiempo para completarlo.

Es verdaderamente difícil, a partir de este momento, hacerse una idea aproximada del desarrollo de los acontecimientos. La razón no es otra que la falta casi total de información. De hecho, ya la última parte del reinado de Fiope II se encuentra en una oscuridad absoluta, y tan sólo podemos imaginarnos que la prolongada vejez del soberano hubo de apartarle necesariamente de los negocios del Estado, con lo que la nave del Imperio Antiguo se había quedado definitivamente sin capitán. Por lo demás, esta ausencia de información es siempre característica de las épocas de crisis.

Puesto que los monumentos contemporáneos son casi mudos a propósito de los sucesores de Fiope II, nos vemos constreñidos al uso de las listas reales, especialmente el *Canon Real de Turín* y la *Lista de Abido,* con mucho la más completa. Así, sabemos que el sucesor de Fiope II fue su hijo Merenre II, que tuvo un reinado efímero. Según el *Canon de Turín,* los dos últimos reyes de la Dinastía VI fueron una mujer, Nitocris, y un niño, Neferkare II. El hecho de que una mujer pudiese ocupar en propiedad —no como consorte— el trono faraónico merece un comentario. En efecto, según Manetón, desde la Dinastía II una ley permitía a las mujeres ser reyes a igual título que los hombres. Esto es de destacar, puesto que Egipto fue el único país de la Antigüedad que permitió a las mujeres acceder a la suprema jefatura del Estado, y varias mujeres fueron efectivamente faraones a lo largo de la Historia, la primera de las cuales fue precisamente Nitocris.

No obstante, hay que reconocer que en la práctica no era normal ver a una mujer reinar. Sólo circunstancias muy excepcionales eran capaces de llevar a una mujer al trono, como sin duda lo fueron las convulsiones de finales de la Dinastía VI que entronizaron a Nitocris. Además, es seguro que el hecho impresionó a los egipcios, puesto que la leyenda posterior se apo-

deró de la figura de esta mujer-rey. Después de Neferkare II, el Niño, la *Lista de Abido* menciona aún una serie de ocho reyes que no conocemos por ninguna otra fuente. Este hecho puede ser debido a los lazos familiares que unían a la Dinastía VI con los nomarcas de Tinis, en cuya circunscripción se encontraba Abido. Fiope II había mantenido relaciones fraternales con estos nomarcas y es, por consiguiente, lógico que ellos hubiesen sido los últimos en dar apoyo, si no asilo, a los postreros representantes de la Dinastía VI tras la revolución que derribó la monarquía en Menfis. Así, el recuerdo de su nombre se habría conservado sólo en el nomo tinita y por ello fue recogido en la *Lista de Abido.*

La larga lista de reyes sucesores de Fiope II no debe engañarnos, puesto que el reinado de todos ellos no debe ir mucho más allá de unos diez años. Es verosímilmente en algún momento de estos diez años, tal vez hacia el final de los mismos, cuando se produjeron los graves acontecimientos que conocemos por un documento excepcional, las *Lamentaciones* de Ipu-ur, la única fuente en realidad que nos proporciona los detalles del desenlace final de la situación que, desde hacía tiempo, se estaba incubando en Menfis.

La experiencia histórica demuestra que muchas veces las revoluciones precisan para estallar un detonante que puede ser un hecho exterior, como por ejemplo una guerra. Desde esta perspectiva es posible suponer que el desencadenante de la revolución menfita fuese la invasión del Delta por los asiáticos. Ya hemos dicho que desconocemos cuál era la situación del Bajo Egipto a finales del Imperio Antiguo. En todo caso, sabemos que el ejército real había dejado prácticamente de existir durante el reinado de Fiope II, lo que dejó sin duda indefensas las fronteras del Bajo Egipto. Los asiáticos de Palestina y Siria, descendientes de aquellos a los que venció Uni años antes, hubieron de darse cuenta y aprovecharon la ocasión. Ipu-ur, en sus *Lamentaciones,* atestigua que una de las calamidades de su tiempo es la invasión y conquista del Delta por los asiáticos. Este hecho, grave de por sí, sirvió además para poner de manifiesto la suprema debilidad del Estado y de la monarquía, y en medio de la anarquía consiguiente estalló la primera revolución conocida de la Historia, descrita además de forma gráfica precisamente con este nombre por Ipu-ur: *«En verdad, el país gira sobre sí mismo* —revoluciona— *como el torno del alfarero».* Veamos ahora una amplia selección de pasajes de sus *Lamentaciones* referidas a la revolución social:

¡En verdad! el País está lleno de bandas. Se va a arar con el escudo... ¡En verdad! el Nilo discurre, pero no se ara, ya que cada cual dice: «No sabemos lo que sucederá en el País». ¡En verdad! las mujeres son estériles y no quedan encintas. Cnum ya no crea a causa del estado del País. ¡En verdad! los mendigos se han convertido en dueños de tesoros. Quien no se podía hacer sandalias, hoy posee bienes... ¡En verdad! muchos muertos han sido echados al río. La corriente se ha convertido en una tumba, y el lugar puro (la tumba) se ha convertido en la corriente. ¡En verdad! los ricos están de luto, los pobres de fiesta. Cada ciudad dice: «¡Expulsemos a los poderosos que están entre nosotros!». ¡En verdad!

el País gira (revoluciona) como el torno del alfarero... ¡En verdad! el desierto se ha extendido sobre la tierra cultivada. Oro, lapislázuli, plata, turquesas, cornalina, amatistas y mármol cuelgan del cuello de las sirvientas. Las riquezas se han convertido en paja para el País. En cambio las señoras de la casa dicen: «¡Ojalá tuviésemos algo para comer!». ¡En verdad! los cuerpos de las señoras sufren por los andrajos. Se avergüenzan cuando se las saluda... ¡En verdad! viejos y jóvenes dicen: «¡Ojalá estuviese muerto!». Los niños dicen: «¡Ojalá no hubiera nacido!». ¡En verdad! la descendencia de los nobles es golpeada contra los muros, los recién nacidos son expuestos en el desierto... Se roban los desechos del morro de los cerdos, y no se dice: «Esto es mejor para ti que para mí», a causa del hambre... Las fórmulas mágicas son divulgadas. Los encantamientos hacen furor, ahora que están al alcance del pueblo... Los funcionarios son asesinados y sus registros echados fuera. ¡Ay de mí por la miseria de tales tiempos!

Hete aquí que aquel que estaba enterrado como Halcón (el rey) es arrancado de su sarcófago. El secreto de las pirámides es violado. Hete aquí que unos pocos hombres sin leyes han llegado hasta el extremo de dejar la tierra sin realeza... El ureo ha sido echado de su guarida. Los secretos del rey del Alto y del Bajo Egipto son revelados. Hete aquí que la Residencia (Menfis) se encuentra en el terror por la penuria. El que es el señor del cetro quiere aplacar la revuelta sin usar la violencia...

¡Ah, si él conociese vuestra naturaleza desde el comienzo! Cómo entonces golpearía a los rebeldes. Cómo entonces levantaría su brazo en contra suya y humillaría su simiente y su sucesión... Un luchador debería aparecer para expulsar la impiedad que ellos han causado. No existe un piloto hoy. ¿Dónde está? ¿Duerme? Pues no se le ven las obras.

(Ipu-ur, *Lamentaciones,* traducido por Donadoni, *Letteratura,* cit.)

Los objetivos de los revolucionarios fueron en primer lugar políticos, e Ipu-ur es formal al respecto: «Hete aquí que han sido hechas cosas que no habían sucedido nunca antes: el rey ha sido echado por los miserables... Hete aquí que unos pocos hombres sin leyes han llegado hasta el extremo de dejar la tierra sin realeza».

El testimonio es, pues, incontrovertible: los dirigentes revolucionarios depusieron al rey y abolieron la monarquía. A partir de este momento los acontecimientos se precipitaron, los pobres saquearon las casas de los ricos, les desposeyeron de sus bienes y mataron a sus hijos. Trastocado el orden social y desaparecida toda autoridad, el terror se enseñoreó de Menfis y sus aledaños. Nadie se atrevía a cortar estos desmanes y llegó un momento en que ni los campesinos se atrevían a arar la tierra, y si lo hacían era armados por temor a las bandas de malhechores. Con ello, el hambre y las enfermedades vinieron a sumarse a las otras calamidades y se produjo un drástico descenso de la natalidad.

Ipu-ur —Ipu el Príncipe— fue desde luego un observador apasionado y un narrador partidista de los acontecimientos que le tocó vivir. Miembro de la antigua oligarquía menfita víctima de la revolución, es obvio que cargó las tintas al describir sombríamente sus efectos hasta el punto de forjar determinados es-

tereotipos que pasaron a la literatura universal para describir situaciones semejantes. Su texto tiene, con todo, el enorme interés histórico de ser el único testimonio presencial de alguien que se vio inmerso en estos trascendentales hechos, y que supo describirlos con extraordinaria vivacidad. Así, lamenta la invasión asiática del Delta, el cese del comercio exterior, los desórdenes revolucionarios, los asesinatos, la furia popular contra los archivos de la administración, contra los bienes de los nobles, contra las tumbas reales. Se comprende, pues, la tendenciosidad de Ipu-ur, testigo impotente de la desposesión de su clase social por la plebe, que tomaba el poder. En materia religiosa lamenta el ateísmo, pero también la divulgación de los secretos religiosos entre el pueblo, hecho éste que tuvo importantes consecuencias como veremos. Finalmente, Ipu-ur lamenta la pasividad del rey, a quien hace responsable de lo que sucede. Este detalle tiene importancia, ya que Ipu-ur se ha referido en pasado al destronamiento de un rey, pero en cambio se refiere en otro lugar a la existencia de un rey que reina pero que no está a la altura de su función. Ello significa, en todo caso, que la realeza había sido restaurada en Menfis cuando Ipu-ur escribía. El nuevo rey, de todos modos, no le satisface y el autor no se priva de decirlo: esta crítica de la realeza habría sido absolutamente impensable durante el Imperio Antiguo y es una prueba más del descrédito en que había caído la institución.

En general, el escrito se caracteriza por su desconfianza hacia los hombres, su desprecio hacia la plebe y su añoranza de los buenos viejos tiempos, de la época en que los hombres construían pirámides, del viejo orden en suma que habría que restaurar. De todos modos, todavía queda lugar para la esperanza. Al final, Ipu-ur compara al pueblo con un niño que aún no ha alcanzado el uso de razón y que precisa ser gobernado por un rey que asuma las funciones de padre del pueblo; y el texto describe cuáles debieran ser las cualidades de este rey ideal, calificado de buen pastor de todos los hombres mediante un afortunado tópico literario que encontraremos más adelante en obras tan dispares entre sí como la *Ilíada* o el *Evangelio.* Pero este no es el único tópico político literario utilizado por Ipu-ur por primera vez, destinado a una innegable fortuna en el futuro: como mínimo merece ser citado el tópico de la nave del Estado, de tanta fortuna hasta el presente, o la caracterización del colmo de los males en la esterilidad de las mujeres, que se encuentra de nuevo en el *Edipo Rey,* o aun la consideración de que más valdría no haber nacido. Otros recursos, en cambio, los hallamos ya en los *Textos de las Pirámides* y están bien cimentados en la literatura antigua egipcia: paralelismos, repeticiones, antítesis, etc.

Las dinastías VII (2173) y VIII (2173-2160) y el final de la monarquía menfita

Como hemos visto, en sus *Lamentaciones* Ipu-ur se refiere a un rey contemporáneo suyo, así como a una rebelión anterior contra la realeza que habría ocasionado su caída. Por otro lado, según Manetón, la Dinastía VI fue suce-

dida por una enigmática Dinastía VII formada por 70 reyes que reinaron setenta días. Es posible que esta fórmula convencional —70 es un número simbólico que indica innumerable— designe en realidad a los jefes de la revolución social que, tras abolir la monarquía en Menfis, asumieron el poder tal vez de forma colegiada y por un breve lapso de tiempo. Poco más podemos decir de momento sobre esta cuestión, aunque hemos de volver sobre ella.

Este período revolucionario sin realeza, simbolizado por la Dinastía VII, duró de todos modos muy poco. Derribada pura y simplemente la Dinastía VI, o quizá refugiados sus últimos epígonos en Tinis —solución ésta que nos parece la mejor como hemos visto—, lo cierto es que la realeza no tardó en ser restaurada en Menfis. Ignoramos totalmente las circunstancias, pero creemos que esta es ya la realeza desacreditada y agotada a la que dirige sus invectivas Ipu-ur; esta realeza no es otra que la que corresponde a la oscura Dinastía VIII, algunos de cuyos reyes nos son de nuevo conocidos por los testimonios coincidentes de los monumentos, del *Canon Real de Turín* y de la *Lista Real de Abido.* De todos modos, no debemos hacernos muchas ilusiones: las menciones de los monumentos siguen siendo muy escasas, y para colmo nos dan también los nombres de algunos reyes que en cambio no figuran en las listas.

El fundador de la Dinastía VIII habría sido, según la *Lista de Abido,* Uadykare. De su sucesor Neferkare VI sabemos que se hizo construir una pirámide, probablemente en Saqqara, pero que no ha podido ser localizada. En cambio, sí ha sido identificada la del siguiente soberano, Ibi, asimismo en Saqqara y cerca de la de Fiope II. Se trata de una pequeña pirámide de unos 32 m de lado de la base, inscrita con *Textos de las Pirámides* y aparentemente inacabada, que posee sólo como anexo un templo funerario de adobe. Otros dos reyes, Iti e Imutes, enviaron sendas expediciones al Wadi Hammamat para extraer piedras para la construcción de sus pirámides. Ambos soberanos han de pertenecer al Primer Período Intermedio, aunque no figuran en ninguna lista conocida. Tal vez pertenezcan a la época heracleopolitana.

Los documentos más explícitos referentes a reyes de la Dinastía VIII son, de todos modos, los decretos de Coptos. Estos decretos fueron promulgados por los reyes Neferkauhor y Neferirkare para conceder una serie inaudita de honores y privilegios a un tal Shemay y a su hijo Idi, personajes que ocuparon sucesivamente los cargos de nomarca de Coptos, visir y gobernador del sur. Si además tenemos en cuenta que estos poderosos aristócratas coptitas estaban emparentados con los faraones de la Dinastía VIII llegamos a la clave de la cuestión. Esta dinastía fue entronizada y sostenida por los nomarcas de Coptos y en exclusivo beneficio suyo, según parece. No sabemos cuáles fueron las relaciones familiares —si las hubo— entre los últimos representantes de la Dinastía VI y los primeros de la VIII. Pero lo que sí sabemos es que los tristes soberanos de la Dinastía VIII no fueron otra

cosa que títeres en manos de los nomarcas coptitas, que los manejaron a su antojo e intentaron imponer su autoridad sobre todo el Alto Egipto alegando que actuaban en nombre del rey. Para poder reinar en Menfis, estos faraones hubieron sin duda de pactar con los jefes de la revolución social que dominaba en aquel momento en la antigua capital del Estado. Esta situación, en todo caso, cuadra perfectamente con la que nos describe Ipu-ur, con el trono ocupado por un débil soberano incapaz de controlar los desórdenes de la ciudad y dispuesto a pactar con los líderes revolucionarios con tal de poder seguir reinando.

Como conclusión, es obvio que la renovación que permitiese reconstruir el Estado centralizado en Egipto no iba a salir de la Dinastía VIII, que en suma no puede ser considerada más que como el postrer exponente de la monarquía menfita.

La Dinastía IX/X (2160-2040) y la época heracleopolitana

En estas condiciones Áctoes, nomarca de Heracleópolis, dio un golpe de Estado y depuso al último soberano menfita Neferirkare, proclamándose a sí mismo rey del Alto y del Bajo Egipto. Manetón le considera el fundador de la Dinastía IX. Además de esto, Manetón menciona de Áctoes I sólo su crueldad: la fama de cruel de Áctoes I ha hecho pensar que podría ser debida a su violenta política de represión de los privilegios de los nomarcas, tal y como aconteció con algún rey medieval al reprimir los privilegios de la nobleza.

La época heracleopolitana es aún muy mal conocida. Nuestros conocimientos del reino heracleopolitano son escasísimos, y hasta hace poco nada se sabía de la propia capital; los documentos de los reyes heracleopolitanos son extremadamente raros; finalmente, existen profundas discrepancias entre nuestras dos fuentes principales, el *Canon Real de Turín* y Manetón, por lo demás con informaciones excesivamente lacunarias y escuetas. Así, el *Canon de Turín* enumera probablemente 18 reyes, pero sólo conserva los nombres de un Neferkare y de un Áctoes, repetidos además dos veces. Por su parte, Manetón menciona dos dinastías heracleopolitanas, la IX y la X, ambas con 19 reyes según la mejor de las versiones que nos han llegado, de los que de todos modos no da los nombres a excepción del de Áctoes I. Existen fuertes discusiones entre los especialistas, con sólo estos datos, para saber si en realidad hubo sólo una o dos dinastías heracleopolitanas. A falta de más información nosotros opinamos que tal vez las Dinastías IX y X de Manetón sean una sola: en efecto, ambas tienen idéntico número de reyes, y si admitimos que ello es así nos encontramos con que se acercan sensiblemente las versiones del *Canon de Turín* y de Manetón en lo referente al número total de reyes de la época, 18 y 19, respectivamente. Por su parte, los documentos contemporáneos son una auténtica llamada a la prudencia,

puesto que sólo nos dan los nombres de seis reyes heracleopolitanos, cuyo orden de sucesión es, además, inseguro.

Contando con estos datos, y usando como hilo conductor los que se pueden entresacar de las *Enseñanzas para Merikare,* se han hecho varios intentos de reconstrucción de la historia del reino heracleopolitano, poniendo a contribución además las informaciones de otras fuentes. Estas reconstrucciones han sido abundantemente discutidas y modificadas, hasta que hace unos años López ha puesto de manifiesto la endeblez de todas ellas, haciendo un llamamiento a la prudencia. Razonablemente, pues, sólo podemos hablar de las grandes líneas de la política y de las realizaciones de los reyes heracleopolitanos.

El golpe de Estado y la consiguiente proclamación de Áctoes I como rey debe entenderse como un auténtico pronunciamiento del nomarca heracleopolitano contra la situación de desorden y anarquía reinante en todo Egipto. Probablemente, su enérgica acción le valió ser reconocido como soberano más o menos teórico en todo el país. Ahora bien, su autoridad efectiva sólo alcanzó en un primer momento la región de Menfis además de su propio nomo. Los reyes heracleopolitanos residieron efectivamente en Heracleópolis, tal y como lo testimonia la *Historia del Oasita elocuente,* y las necrópolis heracleopolitanas del Primer Período Intermedio, con numerosas tumbas de altos dignatarios, demuestran la reorganización por los reyes en su capital de una administración centralizada según el modelo menfita del Imperio Antiguo. Presentamos a continuación la inscripción funeraria de un alto funcionario procedente de la necrópolis heracleopolitana:

Dádiva que otorga el rey y Osiris, el señor de Busiris: que se pueda invocar una ofrenda funeraria consistente en pan, cerveza, bueyes y aves para el general, el superintendente de los campos, el venerado Anjef.

(Inscripción funeraria de un funcionario enterrado en la necrópolis de Heracleópolis, edición de J. López, «Rapport préliminaire sur les fouilles d'Hérakléopolis (1968)», en *Oriens Antiqvvs,* 14 (1975), p. 72, y traducción inédita de J. Padró)

Asimismo, los relieves funerarios heracleopolitanos demuestran también el mantenimiento de la tradición artística menfita en Heracleópolis, seguramente con artesanos menfitas.

Es muy posible que, según las *Enseñanzas para Merikare,* el propio Áctoes I iniciase la presión militar sobre el Delta para expulsar a los asiáticos. En todo caso, la conquista, reorganización y defensa del Delta fue motivo de constante preocupación por parte de todos los reyes de la dinastía, según nos dice este mismo documento. Así, sabemos que el Bajo Egipto ya estaba totalmente bajo control heracleopolitano en época de Áctoes II, pero la situación sobre todo en la frontera oriental siguió siendo inestable, puesto

que Áctoes IV tuvo que intervenir nuevamente para derrotar a los asiáticos y recomendó vehementemente a su hijo y sucesor Merikare que procediese a la fortificación de la frontera este del Bajo Egipto. Fue Merikare asimismo quien pudo consagrarse finalmente a la reorganización administrativa y económica del Bajo Egipto.

Gracias a esta actividad política, los reyes de la Dinastía IX/X pudieron reorganizar un Estado centralizado desde Heracleópolis al Delta, pero en cambio se vieron obligados a contemporizar con los poderosos nomarcas del Medio y del Alto Egipto. Así consiguieron, de todos modos, no sólo ser considerados por ellos soberanos legítimos de todo Egipto, sino incluso algunas señaladas concesiones, como la obtención de piedra de Asuán tal y como lo tenemos atestiguado aún en época de Áctoes IV así como por las *Enseñanzas para Merikare.* La política de los reyes heracleopolitanos consistió esencialmente en fomentar las disensiones entre nomarcas, apoyando o incluso azuzando a los más fieles contra los más díscolos, aunque siempre oficiosamente puesto que en definitiva todos eran vasallos suyos.

Los peores enemigos de la Dinastía IX/X fueron los belicosos nomarcas de Tebas, en el Alto Egipto, mientras que el principal agente conocido heracleopolitano en esta misma zona fue Anjtifi, nomarca de Hieracómpolis, quien de acuerdo con el rey Neferkare VIII se apoderó de Edfu, deponiendo a su nomarca, y aliado posteriormente al nomarca de Elefantina atacó al nomarca de Tebas, hemos de sospechar que finalmente con escaso éxito. La biografía de Anjtifi, por la que conocemos estos hechos, es además un precioso documento para conocer las condiciones políticas y sociales en que se hallaba sumido el Alto Egipto, donde el hambre hacía estragos entre la población víctima de las rivalidades y de las guerras constantes entre la aristocracia.

Finalmente, hacia el año 2133, uno de los nomarcas de Tebas, Mentuhotep I, rechazó la soberanía heracleopolitana y se declaró independiente. Sus descendientes y sucesores considerarían más adelante a Mentuhotep I como el primer rey tebano, fundador por consiguiente de la Dinastía XI. Siguió, a partir de este momento, una cruel y dura guerra civil que acabó de desorganizar Egipto: se han podido documentar frecuentes épocas de hambre y sublevaciones de la desesperada población. Los reyes tebanos Inyotef I, II y III organizaron en el Alto Egipto un reino de marcado carácter feudal, como una confederación de nomarcas que acataban la autoridad superior del soberano de la Dinastía XI en calidad de vasallos.

Por su parte, el principal sostén de la causa heracleopolitana en el Egipto Medio estuvo encarnado por los nomarcas de Asiut. Durante un tiempo, la frontera entre ambos reinos estuvo en torno a Tinis, ciudad que cambió varias veces de manos en el curso de duros combates: reinando el padre de Merikare, probablemente Áctoes IV, se luchó en la necrópolis tinita, lo que ocasionó la consiguiente destrucción y saqueo de numerosas tumbas por la soldadesca.

Merikare, el último rey heracleopolitano conocido, destinatario de unas *Enseñanzas* que le dedicó su padre, estuvo presente en Asiut en la proclamación del nomarca Áctoes II, vasallo suyo y eficaz colaborador en la guerra contra Tebas. Es muy probable que Merikare decidiese trasladar su corte de Heracleópolis a Menfis y que se hiciese construir una pirámide en Saqqara. Esta pirámide, situada muy cerca e inmediatamente al este de la de Ótoes, está prácticamente arrasada y tiene aproximadamente unos 50 m de lado.

La política interior de los reyes heracleopolitanos se caracteriza por la enorme preocupación manifestada por nociones como justicia, equidad social y elocuencia. Ha podido decirse que en Egipto nunca se ha hablado tanto de justicia como en época heracleopolitana. Muy probablemente todo ello sea aún herencia de la pasada revolución social; en todo caso es seguro que el temor a una nueva revolución estaba bien presente en el ánimo de los soberanos, según lo atestiguan las *Enseñanzas para Merikare.* El recuerdo de la revolución menfita estaba aún muy presente.

Tras la muerte de Merikare la guerra empezó a tomar mal cariz para Heracleópolis. El nuevo rey tebano Mentuhotep II (2060-2010) desencadenó una ofensiva general que hizo inútil la resistencia del nomarca de Asiut. Caída esta plaza, la suerte de la guerra estaba decidida: hacia el año 2040 la toma de Heracleópolis puso término a esta sangrienta guerra civil. De la violencia de los combates finales y de la furia vengativa del vencedor sólo nos dan una idea, por un lado, la tumba de los soldados tebanos caídos en la acción y hechos enterrar con todos los honores por Mentuhotep II en Deir el Bahari; por otro, la destrucción de la necrópolis de Heracleópolis y la violación de sus tumbas.

La literatura de época heracleopolitana

La literatura de época heracleopolitana está integrada por tres obras capitales de la literatura egipcia; su mera existencia demuestra por sí sola la gran importancia de las creaciones del espíritu en una breve época caracterizada por la ebullición del pensamiento. Estas obras son *El Oasita elocuente,* las *Enseñanzas para el rey Merikare* y los *Textos de los Sarcófagos;* las dos primeras pertenecen al género de la literatura política, mientras que la tercera pertenece a la literatura religiosa. Además, hay que contar algunas autobiografías de poderosos nomarcas del Medio y del Alto Egipto, como las de Anjtifi de Hieracómpolis o las de Áctoes y Tefib de Asiut.

El Oasita elocuente es, formalmente, un cuento. La narración, sin embargo, se reduce al principio y al final de la obra: según ella, Junanup, habitante del Wadi Natrun a occidente del Delta, se dirige a Heracleópolis para vender sus productos del oasis y para reabastecerse. Cerca de la capital es desposeído de sus bienes por Totnajt, un pequeño funcionario deshonesto.

El oasita entonces pide justicia al superintendente Rensi, y su discurso resulta tan elocuente que Rensi comunica el hecho al rey Áctoes II. El rey da instrucciones a Rensi para que dé largas al asunto, de forma que el oasita siga pronunciando discursos, y que éstos sean copiados y puestos por escrito; al mismo tiempo, tanto el oasita como su familia deberán ser alimentados por cuenta del Estado, pero sin que lo sepan. El oasita, pues, se ve obligado a pronunciar hasta nueve discursos —número éste sagrado—, y finalmente se le hace justicia. Seguidamente podemos leer algunos extractos de los discursos pronunciados por el oasita, en los que demuestra su increíble dominio de la oratoria y su acendrada defensa de la justicia:

Primera súplica:

Entonces este oasita vino para suplicar al superintendente Rensi, hijo de Meru, diciendo: «¡Superintendente, mi señor, el más grande de los grandes, el guía de lo que no es aún y de lo que es! Si desciendes al lago de la Justicia y si navegas sobre él con viento favorable, el lienzo de tu vela no se rasgará; tu barco no irá lentamente; ningún daño le sucederá a tu mástil; tus vergas no se romperán; tú no te hundirás cuando te acerques a tierra; la corriente no te arrastrará; tú no catarás la malignidad del río; tú no verás ninguna cara con miedo; los peces, aunque feroces, vendrán a ti, y tú alcanzarás los más grasos de los pájaros. Puesto que tú eres el padre del huérfano, el marido de la viuda, el hermano de la mujer repudiada, el vestido de quien ya no tiene madre...

Quinta súplica:

...No frustres al pobre en lo que posee, al hombre débil que conoces. Para el miserable, sus bienes son el soplo de su vida: quien se los quita le ahoga. Has sido colocado en tu puesto para entender en los asuntos, para juzgar entre las partes, para castigar al malhechor. Pero no haces más que apoyar al ladrón. Se ha puesto la confianza en ti pero te has convertido en un prevaricador. Has sido colocado en tu puesto para servir de dique al miserable. Cuida de que no se ahogue, pues eres para él agua de impetuosa corriente.

Octava súplica:

...Haz justicia por el Señor de la Justicia, cuya justicia entraña la verdadera justicia. Tú, cálamo, rollo de papiro, paleta, dios Tot, guárdate de hacer el mal. Cuando todo lo que está bien está bien, entonces está bien. La justicia es para toda la eternidad; baja a la necrópolis con quien la practica. Es éste colocado en la tumba, y la tierra se une a él. Pero su nombre no se borra aquí abajo, y la gente lo recuerda por el bien que ha hecho. Esta es la norma que se encuentra en las palabras que vienen de Dios. Si él es una balanza de mano, ésta no se desequilibra; si él es una balanza con soporte, ésta no se inclina a un lado».

(*Historia del Oasita elocuente,* traducción de Lefebvre, *Romans,* cit.)

Se observa fácilmente que la narración no es sino una *excusa,* simple encuadre de un puro ejercicio retórico consistente en nueve discursos distintos defendiendo la misma causa: la de los derechos ultrajados del pobre y la exaltación de la justicia eterna. Estos temas, así como su defensa, provoca-

ron el entusiasmo del superintendente y el del rey, y siguieron siendo literariamente apreciados hasta el Imperio Medio, fecha de los manuscritos más recientes de esta obra.

Entre otros procedimientos estilísticos cabe resaltar el uso abundante de determinados tópicos políticos, como el de la nave del Estado, el de la balanza de la justicia o el del cocodrilo como símbolo genérico del peligro. También encontramos el tópico de que la eternidad no es otra cosa que el buen recuerdo que dejamos detrás de nosotros; y se insiste en que los funcionarios deben estar bien pagados para que sean justos, ya que los pobres no pueden ser ecuánimes.

Las *Enseñanzas para Merikare* son las instrucciones dadas a este rey heracleopolitano por su padre, un soberano cuyo nombre se ha perdido y que tal vez sea Áctoes IV, ya que su nombre se ha hallado en una ocasión asociado al de Merikare. La obra podría haber sido compuesta en tiempo del propio Merikare, en cuyo caso sería una ficción el hecho de presentarla como si fuese el testamento político de su padre. Aunque los manuscritos que se han conservado son todos de época del Imperio Nuevo, la autenticidad heracleopolitana del texto está demostrada, entre otras pruebas, por el conocimiento exacto de la época y por la imprecisión, hablando de pasada, de determinados acontecimientos contemporáneos: el autor puede proceder por alusiones, ya que el lector está al corriente de la historia de su tiempo. Leamos a continuación algunos de los consejos políticos dictados a Merikare por su padre:

El hablador es un hacedor de mal: reprímelo, destrúyelo, mantén lejos su nombre... sus asociados, reprime su recuerdo y el de sus partidarios que le aman. El camorrista es la hostilidad para los ciudadanos porque se hace partidarios entre los jóvenes. Si, por consiguiente, encuentras un ciudadano... sus actos pasan por encima de ti, derríbalo ante tus cortesanos, reprímelo... es un rebelde también.

El hablador es un malhechor para la ciudad: doblega la muchedumbre, reprime su fogosidad, que no se levante a causa de un rebelde. En un pobre hay un rebelde porque un hombre de clase baja es hostil... se le pone su fin con ofrendas de comida... si la multitud está furiosa, se la dirige al almacén. Sé benigno... cuando castigues. Cuando haces progresar... están contentos. Justificate ante Dios y así los hombres dirán... en tu ausencia que tú castigas a causa de... La buena disposición es el cielo del hombre, y vilipendiar es la desgracia de...

Sé hábil en palabras y tú serás fuerte... es una espada para el rey la lengua. La palabra es más poderosa que cualquier arma. No se viene detrás de un corazón hábil. Enseña a los tuyos sobre la estera, es una escuela para los grandes el sabio. Quienes saben que él sabe no le atacan. No sucede una perfidia en derredor suyo. Maat viene a él en pura esencia como en los consejos de los dichos de los augustos antepasados.

Supera a tu padre y a tus predecesores... será realizado... por medio de la sabiduría.

...

Haz grandes a tus magistrados para que hagan cumplir tus leyes. Quien es rico en su casa no es parcial (es imparcial)... Los pobres no hablan de acuerdo con la verdad, pues

no la usa correctamente quien dice: «¡Ah, si fuese mío!», sino que es parcial para con todo aquel que le paga...

Sé benigno con el sur eternamente... renueva los tratados. No existe una corriente de agua que permita ser ocultada: es bueno trabajar para el futuro.

¡Ojalá tengas buenas relaciones con las regiones meridionales!: vendrán a ti portadores de impuestos portando tributos. Yo he hecho lo mismo que los antepasados: incluso si no tenía trigo, lo daba. Sé bondadoso con quienes son débiles contigo. Sáciate con tu pan y tu cerveza. El granito te viene sin dificultad: no destruyas los monumentos de otro. Puedes extraer piedra en Tura: no construyas tu tumba con edificios demolidos, puesto que si se hace se puede repetir incesantemente. Mira, el rey debe poseer largueza de corazón. Puedes descansar y dormir según tu poder. ¡Ojalá puedas tú seguir tu deseo gracias a lo que hice: no hay ningún enemigo en el interior de tu frontera!

Cuando yo me erigí como señor en la ciudad mi corazón estaba afligido a causa del Bajo Egipto, desde Hut-shenu hasta Sembaq, su frontera meridional estando en Mer-Remuy. Yo pacifiqué el Occidente enteramente hasta la orilla del mar, y ahora trabaja para nosotros y no cesa de proveernos de cada (planta semejante al enebro), y se ve de nuevo enebro del que no cesan de proveernos. Pero Oriente es rico en extranjeros y sus tributos... Vuelve a las islas que están en medio...

Los hombres están bien provistos, como rebaño de Dios: él hizo el cielo y la tierra por amor a ellos; él subyugó por ellos la voracidad del agua; él creó el aire a causa del deseo que sus narices vivan; ya que quienes han salido de él mismo son sus imágenes. Él brilla en el cielo por amor a ellos, creó las plantas para ellos, pequeños animales, aves y peces para alimentarlos.

(*Enseñanzas para el rey Merikare,* edición de A. Volten, *Zwei Altägyptische Politische Schriften. Die Lehre für König Merikarê (Pap. Carlsberg VI) und Die Lehre des Königs Amenemhet,* Copenhague, 1945 y traducción inédita de J. Padró)

La obra da instrucciones precisas sobre cómo actuar ante la situación política del momento: aconseja la paz con el reino tebano del Alto Egipto; la colonización y reorganización del Delta y su defensa contra los asiáticos; de nuevo, como *El Oasita elocuente,* la necesidad de que los funcionarios estén bien pagados, y además que sean instruidos, e insiste en que no se destruyan las tumbas, porque ello sólo puede acarrear calamidades.

De la lectura del *Merikare* se desprende que los antiguos privilegios reales se han perdido: el rey ya no es un dios, sino un hombre, y Dios juzgará a su muerte el cumplimiento de sus deberes para con el pueblo. Los hombres constituyen el rebaño de Dios y su custodia es encomendada al rey; este tópico ya lo habíamos encontrado formulado en las *Lamentaciones* de Ipu-ur, donde se comparaba al rey con el buen pastor.

La Justicia en mayúscula, entendida como el deber de la equidad social, es concebida como un valor absoluto y eterno, y el rey está expresamente obligado para con ella ya que es la razón última de su existencia como rey.

Las expresiones de una elevada espiritualidad son numerosas en toda la obra: basta señalar que el autor se expresa en términos monoteístas. Como en *El Oasita,* se dice que la eternidad consiste en el buen recuerdo dejado. Hay que señalar también los progresos en la concepción material del mundo, representados por la mención de los cuatro elementos que lo constituyen y que deriva de la concepción panteísta heliopolitana; esta tradición puede rastrearse a lo largo de toda la literatura egipcia hasta alcanzar la época greco-romana, y coincide con la célebre formulación de Empédocles de Agrigento.

Finalmente, cabe recordar la alta valoración de la oratoria, tanto para mal como para bien, lo que nos recuerda los planteamientos de Gorgias y en general de la sofística griega. Así, por un lado se advierte que un rebelde buen orador tendrá partidarios entre los jóvenes, sublevará a las multitudes en la ciudad y convertirá en enemigos a los pobres. Pero por otro se asegura que para el rey la palabra será el arma más poderosa, que el soberano será tan fuerte como hábil orador y que así podrá instruir a los suyos.

Los *Textos de los Sarcófagos* es el nombre dado modernamente a los textos religiosos inscritos sobre numerosos sarcófagos del Imperio Medio, y derivan directamente de los *Textos de las Pirámides* del Imperio Antiguo cuyo objetivo era asegurar la vida de ultratumba del rey. Estos textos fueron copiados, adaptados y ampliados a partir del Primer Período Intermedio por la aristocracia egipcia, para asegurar su propia vida de ultratumba. Su uso fue generalizado durante el Imperio Medio, de manera que todo aquel que se podía pagar un sarcófago de madera se apropiaba de estos textos en beneficio propio. Los *Textos de los Sarcófagos,* a su vez, dieron origen al *Libro de los Muertos,* nueva adaptación y ampliación de los anteriores: copiado sobre papiro, el *Libro de los Muertos* hizo su aparición en el Imperio Nuevo y alcanzó el final de la historia de la religión egipcia. Existe, pues, un fondo religioso común desde los *Textos de las Pirámides* hasta el *Libro de los Muertos;* pero también una diferencia fundamental, puesto que los primeros estaban reservados sólo a los faraones, mientras que los *Textos de los Sarcófagos* y el *Libro de los Muertos* iban destinados ya a todos los hombres, fuesen reyes, campesinos o artesanos.

Ya hace años que Moret puso de manifiesto que esta diferencia implica el acceso del pueblo egipcio durante el Primer Período Intermedio a los derechos religiosos, reservados antes sólo a la realeza. Siempre según Moret, hay que tener en cuenta que en una sociedad antigua los derechos civiles, políticos y religiosos son inseparables, y es impensable que se puedan alcanzar éstos sin haber alcanzado también aquéllos. Así, en Grecia y Roma los secretos religiosos fueron divulgados al tiempo que el demos y la plebe alcanzaban los derechos civiles y políticos, tras duras luchas civiles y sangrientas revoluciones. En el Egipto del Imperio Antiguo, como más tarde en Grecia, la aristocracia había conseguido reducir a la impotencia a la antaño poderosa monarquía de esencia divina, tal y como ya hemos visto. Al final

del Imperio Antiguo las *Lamentaciones de Ipu-ur* atestiguan en la sociedad urbana del Bajo Egipto, y especialmente en Menfis, el estallido de una revolución social que no fue, desde luego, tranquila: como más tarde Teognis en Grecia, Ipu-ur fue testigo del fin del gobierno aristocrático sustituido por el de la plebe; y, cosa que le escandalizó, Ipu-ur tuvo que asistir también a la divulgación de los secretos religiosos entre el pueblo.

En la revolución religiosa del Primer Período Intermedio Heracleópolis jugó un importante papel, como lo demuestran numerosos indicios internos de los *Textos de los Sarcófagos* y del *Libro de los Muertos.* Algunos de estos indicios, concretamente pasajes de origen heracleopolitano, ponen de manifiesto las bases teológicas sobre las que los reyes de la Dinastía IX/X reconstruyeron la monarquía centralizada. El fundamento religioso de la nueva monarquía era el antiguo dios local Ársafes, que pasaba a ser identificado con Osiris y con Re, y que era considerado como el dios demiurgo y primordial indisolublemente ligado a la justicia. Por ello los reyes heracleopolitanos, continuadores de la obra de Ársafes, tenían el compromiso de promover un orden social mejor y una mayor extensión de la equidad social.

Pero si la importancia de Heracleópolis en la formación de los *Textos de los Sarcófagos* era evidente, en cambio no se conocían testimonios de estos *Textos* procedentes de la región heracleopolitana hasta el descubrimiento relativamente reciente efectuado en dos tumbas de la necrópolis de Heracleópolis fechadas precisamente en el Primer Período Intermedio y que son, por consiguiente, los más antiguos especímenes conocidos de los mismos. Asimismo merecen reseñarse los textos del sarcófago del rey Áctoes III, conocidos gracias a que fueron copiados por un personaje privado del Egipto Medio en época del Imperio Medio, para usarlos en su propio sarcófago.

En resumen, lo que sucedió durante el Primer Período Intermedio es que la plebe egipcia accedió a los derechos religiosos, y muy especialmente a la vida de ultratumba, lo que produjo la generalización del ritual funerario, antes reservado al rey, y muy especialmente la posibilidad de todo difunto, una vez justificado por el tribunal de ultratumba, de convertirse en un Osiris. Todos estos extremos los hemos podido documentar nosotros ya en la necrópolis de Heracleópolis fechada en esta época. Según Moret, todos estos logros, conseguidos en definitiva gracias a la revolución social de comienzos del Primer Período Intermedio, fueron ya irreversibles.

Ahora bien, ¿obtuvo también la plebe egipcia paralelamente algún logro político? No cabe duda de que ello había de entrar como mínimo dentro de los objetivos revolucionarios. Sin embargo, no hay en Egipto indicios de instituciones democráticas, semejantes a las griegas por ejemplo. Moret, en su razonamiento que le llevó hasta esta pregunta, dio finalmente marcha atrás al opinar que la sociedad egipcia de la época no estaba preparada para asumir un régimen democrático tras la revolución. ¿Es

ello cierto? Leamos aquí y ahora algunas de las palabras de Moret al respecto:

> Ciertamente, en historia, comparación no equivale siempre a razón: de todos modos, comprendemos mejor «lo que pasa en ese país» acordándonos de que crisis parecidas, cuyo significado ha sido elucidado, trastornaron las ciudades griegas y Roma, cuando estallaron las luchas de la plebe por el derecho de ciudadanía.
>
> En esos tiempos lejanos, hacia el año 2000, la sociedad egipcia no estaba suficientemente evolucionada para desembocar en el régimen democrático como consecuencia de la revolución social. Los pensadores de la época esperan la salvación del retorno de reyes fuertes y paternales, que devolverán al país el orden y la justicia. El rey reformador es deseado como un Mesías.
>
> (A. Moret, «L'Accession de la plèbe égyptienne aux droits religieux et politiques sous le Moyen Empire», en *Recueil d'Études Egyptologiques dédiées à la mémoire de Jean-François Champollion,* París, 1922, p. 348)

El lector que haya tenido la paciencia de seguirnos a lo largo de estas páginas se habrá percatado de que Egipto conoció una sociedad urbana extremadamente avanzada durante el Imperio Antiguo, e igual que Grecia vio debilitarse una monarquía originariamente divina para dar paso a una aristocracia cada vez más poderosa durante las dinastías V y VI. Los abusos de esta aristocracia, a su vez, abocaron a la revolución social que se produjo al final de la Dinastía VI. Herencia de esta revolución fue sin duda el fuerte arraigo de nociones como justicia y equidad social, asumidas incluso como hemos visto por la nueva monarquía heracleopolitana. ¿Realmente no hubo democracia? La importancia atribuida a la oratoria, la admiración sentida por ella y la enumeración de los peligros o ventajas que se pueden derivar de su uso parecen indicar lo contrario; y ya hemos visto que la Dinastía VII de Manetón, con sus setenta reyes reinando setenta días, podría enmascarar precisamente algún tipo de consejo o de órgano colegiado de gobierno integrado por los dirigentes de la revolución menfita. Evidentemente, todo esto no pasan de ser especulaciones, pero nos parecen justificadas dada la importancia del tema.

Recordemos, al respecto, que según Aristóteles sólo existen tres tipos de regímenes políticos, la monarquía, la aristocracia y la democracia, los cuales se sucedieron precisamente por este orden en la antigua Grecia. Si en la Menfis de comienzos del Primer Período Intermedio el rey había sido expulsado, la monarquía suprimida y la aristocracia desposeída, ¿qué régimen, por efímero que fuese, había? ¿A quién representaban los dirigentes revolucionarios integrantes probables de la Dinastía VII manetoniana? ¿Fue éste un simple período de anarquía como se ha repetido demasiadas veces, o fue algo más que eso? Preferimos dejar esta pregunta, simplemente planteada, sin respuesta.

De todos modos, la democracia en la Antigüedad sólo era posible en el marco de la ciudad-estado, y resultó en cambio del todo incompatible con el Estado territorial: de nuevo Grecia es un cruel ejemplo de ello. Por consiguiente, hubiese o no existido democracia en Menfis o en alguna otra ciudad egipcia, lo cierto es que este tipo de régimen tenía muy escasas posibilidades de durar en un país como Egipto, con una larga historia ya entonces como Estado territorial centralizado; de modo que el golpe de Estado de Áctoes I en Heracleópolis, proclamando una nueva monarquía, puede ser que frustrase la experiencia si es que llegó a ser, y en todo caso representó el inicio del regreso a la normalidad política del país.

La monarquía encarnada por la dinastía heracleopolitana no podía ya, de todos modos, ser idéntica a la vieja monarquía menfita. Los reyes heracleopolitanos no tuvieron más remedio que asumir los principales logros políticos y religiosos del pueblo, aunque fuera para afianzarse y evitar nuevas revoluciones. Sin embargo, a los reyes heracleopolitanos y a sus aspiraciones de justicia les salió un terrible enemigo: los belicosos reyes tebanos de la Dinastía XI, organizadores de otra monarquía aristocrática de marcado carácter feudal. La guerra civil entre Heracleópolis y Tebas no fue, pues, simplemente una guerra entre dinastías: tal vez por ello fue tan enconada, como suelen serlo las guerras civiles en que cada bando encarna una posición ideológica contrapuesta. Con la caída de Heracleópolis hacia el año 2040 antes de Cristo se extinguía una determinada concepción de la monarquía, mucho más humana y justa, heredera en definitiva de la revolución social, que no tuvo desgraciadamente tiempo suficiente para consolidarse. Empezaba entonces el Imperio Medio. Pero nada, en Egipto, volvería nunca más a ser lo mismo.

9. Orígenes y apogeo del Imperio Medio

La Dinastía XI y la formación del Imperio Medio

El fundador del Imperio Medio es, por derecho propio, Mentuhotep II, quinto soberano de la Dinastía XI tebana. Sucesor de Inyotef III, Mentuhotep II (2061-2010) utilizó durante su largo reinado sucesivamente tres titulaturas diferentes, lo cual ha sido motivo de confusión entre los egiptólogos hasta no hace muchos años. Actualmente, sin embargo, los motivos de estos cambios de nombre en su protocolo parecen estar claros. El primer cambio debió producirse indudablemente tras la caída de Heracleópolis y la total anexión del norte de Egipto; el segundo con probabilidad al consumarse la centralización administrativa del Doble País. Estos cambios, en todo caso, señalan acontecimientos considerados especialmente importantes por el propio faraón que tuvieron lugar durante su reinado, y nos indican elocuentemente cuáles fueron las principales preocupaciones políticas de Mentuhotep II.

De la guerra de unificación y, en particular, de la caída de Heracleópolis conocemos realmente pocos detalles: es sorprendente que ningún texto contemporáneo nos hable de este hecho capital acaecido en torno al 2040, que marca el inicio del Imperio Medio, y que sólo dispongamos para el mismo de algunas evidencias arqueológicas. La caída de la capital del reino del Bajo Egipto acarreó, en todo caso y como consecuencia inmediata, un nue-

vo intento de invasión del Delta por parte de los beduinos asiáticos. Lo sabemos porque Mentuhotep II tuvo que desencadenar una nueva guerra para expulsarlos, y no se contentó con ello sino que los persiguió hasta sus bases infligiéndoles un serio castigo que consiguió alejar el peligro que representaban durante bastantes años.

Una vez unificado Egipto, Mentuhotep II consagró la mayor parte de sus esfuerzos al restablecimiento de la autoridad real y de la prosperidad económica interior. Para ello, tomó una importante serie de medidas que podemos enumerar como sigue: en primer lugar, una enérgica política de centralización, que le llevó incluso a la supresión de algunos principados hereditarios en el Alto Egipto, aprovechando las circunstancias de la pasada guerra civil. En los nomos hereditarios subsistentes, los nomarcas debieron sentirse de todos modos estrechamente controlados por el poder real. La capital política del Estado quedó fijada definitivamente en Tebas, y se creó un nuevo e importante cargo administrativo: el de gobernador del norte. Se potenció de nuevo la administración centralizada, de acuerdo con el modelo heracleopolitano y, en última instancia, menfita. El poder central era de nuevo dirigido por el visir, y controlaba estrechamente en particular a los funcionarios provinciales, los cuales eran frecuentemente cambiados de lugar para impedir que, con el tiempo, pudiesen llegar a formar nuevas dinastías hereditarias en los nomos directamente dependientes del Estado.

El mejor indicio de la reactivación económica interior nos lo da la importante actividad constructiva emprendida por Mentuhotep II especialmente en el Alto Egipto. Entre otras, realizó grandes construcciones en el templo de Osiris en Abido y en los de Montu en Tod y Ermant. Estas construcciones, por otro lado, nos dan pie a conocer las tendencias religiosas dominantes en este momento: Por un lado hay que reconocer la manifiesta predilección de los reyes de la Dinastía XI por Montu, un dios de marcado carácter guerrero de la región de la Tebaida. Pero también es preciso señalar la creciente popularidad de Osiris, notoria ya desde fines del Imperio Antiguo y que explica la importancia alcanzada por Abido, su principal centro de culto en el Alto Egipto.

En lo referente a la política exterior, Mentuhotep II reasumió las tendencias imperialistas de finales del Imperio Antiguo. Además de sus campañas contra los beduinos asiáticos ya mencionadas, el faraón llevó a cabo otras contra los chemehu y los tehenu de la zona de Libia. En el sur, un reino independiente se había formado en Nubia, fundado verosímilmente por algún funcionario egipcio aprovechando el estado de guerra existente entre Heracleópolis y Tebas. Contra él dirigió también sus armas Mentuhotep II en una serie de campañas que le llevaron hasta la región de Uauat y que le aseguraron el control de Nubia hasta la 2.ª catarata.

El fundador del Imperio Medio fue enterrado a su muerte en un fastuoso templo-tumba que se había hecho construir en la orilla izquierda de Tebas,

en Deir el-Bahari. Su sucesor fue su hijo Mentuhotep III (2010-1998), quien accedió al trono siendo ya de edad avanzada a causa del largo reinado de su padre.

Del reinado de Mentuhotep III no sabemos gran cosa. Tal vez lo más importante fue el envío de una numerosa expedición comercial de 3.000 hombres al país de Opone. Con esta expedición, que alcanzó el mar Rojo a través del Wadi Hammamat, se reemprenderán los contactos comerciales con Opone —situado en la costa meridional africana del mar Rojo— interrumpidos desde el final del Imperio Antiguo.

Mentuhotep III prosiguió la política constructiva de su padre en el Alto Egipto, y fortificó el Delta oriental para detener las incursiones asiáticas, enlazando con ello con las realizaciones de los reyes heracleopolitanos de la Dinastía IX/X. En cambio, su monumento funerario en Deir el-Bahari apenas está comenzado. De hecho, sabemos que el final del reinado de Mentuhotep III está marcado por una serie de problemas en el Alto Egipto, uno de los cuales es el hambre, lo cual demuestra que la situación económica no era aún todo lo brillante que pudiera creerse. En medio de disturbios políticos imposibles de precisar acabó oscuramente el reinado de Mentuhotep III y llegó al trono su sucesor, Mentuhotep IV.

El nuevo faraón Mentuhotep IV (1998-1991) es indudablemente un usurpador, cuyo nombre es omitido por el *Canon Real* —lista de reyes— de Turín. No sabemos en qué condiciones accedió al trono, pero el hecho de que adoptase un nombre solar en su protocolo ha hecho pensar en la posibilidad de un intento de revalorización de concepciones político-religiosas del Imperio Antiguo. El principal hecho conocido de su reinado es la expedición que dirigió su visir Amenemes, cuyo objetivo era el control efectivo de la zona del Wadi Hammamat y de la costa del mar Rojo, donde se inició la construcción de un puerto definitivo desde el que zarparían en adelante las expediciones comerciales con destino a Opone.

El reinado de Mentuhotep IV acabó nuevamente entre disturbios, disturbios que tal vez no habían cesado a todo lo largo del mismo. En efecto, se habla de un interregno al final de la Dinastía XI, y también de la existencia de no menos de dos pretendientes al trono además de Amenemes I, seguramente el antiguo visir de Mentuhotep IV, quien se proclamó faraón fundando la Dinastía XII.

Amenemes I y la consolidación del Imperio Medio

Es en medio de la confusa situación política que caracteriza el final de la Dinastía XI que Amenemes I alcanzó el trono y fundó una nueva dinastía, la XII, sin duda la más importante del Imperio Medio. El nuevo rey era originario del Alto Egipto, pero no se le conocen vínculos familiares con la Dinastía XI. Consiguió ser proclamado gracias al apoyo de algunas grandes

familias aristocráticas, a las cuales confirmó la heredabilidad de sus cargos de nomarca y reforzó en sus poderes provinciales.

Por otro lado, Amenemes I (1991-1962), cuyo nombre personal denota su particular devoción por Amón, oscuro dios local hasta este momento de Tebas, adoptó en el momento de su entronización un nombre solar, a semejanza de su predecesor Mentuhotep IV. Esta doble circunstancia señala claramente el rumbo de las directrices de su política religiosa, tendente a potenciar la figura del dios tebano Amón logrando su sincretización con Re, la vieja divinidad solar de Heliópolis que había alcanzado su papel preponderante durante el Imperio Antiguo. En efecto, y de acuerdo con estas directrices regias, el clero de Tebas pronto asimiló al dios local Amón con Re, mediante la figura divina sincrética de Amón-Re.

A la vista de todos estos datos, se ha emitido la hipótesis de que los disturbios que señalan la caída de la Dinastía XI y el advenimiento de la nueva Dinastía XII pudieron haber sido promovidos, como mínimo en parte, por las grandes familias aristocráticas del Alto Egipto, las cuales ostentaban gran parte del poder provincial en la región desde finales del Imperio Antiguo. Estas mismas familias —representadas por los poderosos nomarcas hereditarios que habían apoyado a los primeros soberanos tebanos de la Dinastía XI como caudillos de una monarquía feudal, en su lucha frente a la Dinastía IX/X de Heracleópolis y su política centralizadora— habrían visto sin embargo con temor —e incluso como una auténtica traición a sus intereses— las enérgicas medidas de corte centralizador que fueron emprendidas por Mentuhotep II una vez acabada la guerra civil. No osando, sin embargo, rebelarse contra el belicoso fundador del Imperio Medio, a su muerte habrían propiciado los disturbios que acabarían con la caída de la dinastía y con la entronización de un nuevo rey que les debiese a ellos el trono y que, como ya hemos visto, inmediatamente confirmó e incluso reforzó sus prerrogativas.

Amenemes I fue, de todos modos, un gran estadista que no se iba a dejar manejar fácilmente, y que comprendiendo dónde estaban los auténticos intereses del Estado pronto marcó sus distancias con respecto a sus interesados *protectores*. Con todo, Amenemes I había comprendido también que las medidas excesivamente drásticas de Mentuhotep II eran contraproducentes, como lo demostraba la reciente experiencia histórica, y por ello optó por una serie de medidas mucho más circunspectas, que a la larga demostrarían su validez mediante sus frutos positivos.

Así, el nuevo rey reorganizó totalmente el sistema político y administrativo, de acuerdo con este nuevo modelo de estado híbrido centralizado-feudal. Una de sus primeras medidas fue trasladar la capital de Tebas a Ittauy, pequeña localidad del Egipto Medio a unos 50 km al sur de Menfis. La razón primera y más obvia para este traslado de la capital —y tal vez la única confesada públicamente— es reconocida por todos: iniciar la explotación sistemática del cercano oasis del Fayum, tarea que fue en efecto llevada a

cabo por sus sucesores de la Dinastía XII. No obstante, existen como mínimo dos razones más de fuerza que pudieron ser valoradas por Amenemes I a la hora de tomar esta decisión.

Por un lado, al sustituir Tebas por Ittauy, Amenemes I se alejaba de sus poderosos pero peligrosos *aliados*, las familias aristocráticas del Alto Egipto, y ello no sólo poniendo tierra de por medio con respecto a las mismas, sino instalándose significativamente en un lugar del antiguo reino heracleopolitano, a medio camino entre Heracleópolis y Menfis, en territorio con una larga tradición de administración centralizada y, bien lejos, políticamente hablando, de los largos tentáculos del poder aristocrático del Alto Egipto. Pero además, al abandonar Tebas, el rey daba un golpe psicológico importante a la misma estructura feudal del reino del Alto Egipto. En efecto, los primeros faraones del Imperio Medio, herederos de los primeros soberanos tebanos del Primer Período Intermedio, eran reconocidos como reyes precisamente por su condición de nomarcas hereditarios de Tebas, y jefes por consiguiente de la monarquía de estructura feudal que había derrotado a Heracleópolis, en la que el rey y monarca de Tebas era sólo un *primus inter pares*, sus pares no siendo otros que los demás nomarcas hereditarios del Alto Egipto. Al trasladar la capitalidad, y por ende su residencia de Tebas a Ittauy, Amenemes nombró un gobernador, un funcionario de la administración central, para que le sustituyese al frente del nomo tebano. Con ello puede decirse que el fundador de la Dinastía XII comenzó consigo mismo el proceso de liquidación de la monarquía feudal del Alto Egipto, al desposeerse él mismo de la condición de príncipe hereditario. Desde este instante, los soberanos de la Dinastía XII ya no serían más que faraones por derecho propio, rompiendo el lazo que les ligaba a sus antiguos pares e iniciando precisamente por Tebas el proceso de desfeudalización del Alto Egipto.

Con todo, Amenemes I habría podido abandonar Tebas y trasladar su capital a alguna gran ciudad del reino heracleopolitano, incluso a la misma Menfis, prestigiosa capital del Imperio Antiguo cuyo modelo de estado se pretendía restaurar. ¿Por qué, en cambio, el rey eligió una pequeña localidad como Ittauy? Creemos que la explicación plausible de este hecho es la última razón de fuerza a la que hemos aludido, junto con las anteriores, que dictó a Amenemes I su decisión. La experiencia histórica reciente había demostrado que las ciudades, con sus grandes aglomeraciones de población, eran peligrosas para la estabilidad de la monarquía. Así, la monarquía menfita había caído a comienzos del Primer Período Intermedio como consecuencia de la revolución social, desencadenada en Menfis y descrita por las *Lamentaciones* de Ipu-ur. Los reyes heracleopolitanos tuvieron siempre conciencia de estar sobre un auténtico polvorín social en la ciudad, durante la última etapa del Primer Período Intermedio, y de ahí las *Enseñanzas para el rey Merikare* que le dirigió su padre, con abundantes consejos al respecto. Finalmente, acabamos de ver que a la caída de la Dinastía XI no fueron

ajenos los disturbios que tuvieron lugar en la misma Tebas. Con todo ello, no es de extrañar que Amenemes I juzgase más prudente instalar la capital y sede de la monarquía en una pequeña y tranquila localidad alejada de las grandes ciudades, del mismo modo que muchos siglos más tarde los Borbones franceses abandonaron París para establecerse en Versalles.

Las profundas reformas administrativas emprendidas por Amenemes I empezaron por la revisión de los límites de los nomos, en función de sus extensiones en ocasiones desequilibradas en beneficio de unos con respecto a sus vecinos debido a los avatares históricos de los últimos tiempos. El rey buscó así un nuevo equilibrio territorial, que equilibrase también el montante de los impuestos que debía recaudar cada nomo, lo cual le llevó incluso a dividir nomos demasiado grandes. Los nuevos límites provinciales así fijados quedaban garantizados por el rey, con lo que se eliminaba una posible fuente de conflictos, las disputas limítrofes entre nomarcas. Dentro de los nomos se realizó también una revisión del catastro mediante nuevas mediciones que asegurasen los límites del territorio agrícola de cada localidad e incluso de cada propietario. Estas medidas eran importantísimas, como es obvio, pero hay que tener en cuenta que era necesario repetirlas cada año, ya que la crecida del Nilo borraba anualmente los límites de las propiedades. Si estas mediciones no eran efectuadas por funcionarios escrupulosamente honestos, podían ser una fuente de abusos, de ahí la importancia de la revisión general ordenada por Amenemes I.

Entre las prerrogativas de los nomarcas confirmadas por el rey figuraban la recaudación de los impuestos debidos al soberano y el reclutamiento de tropa. La tropa así reclutada era destinada normalmente a la ejecución de trabajos públicos, y sólo en caso de necesidad era destinada a la guerra, pero en tal caso sólo al servicio del rey. Era obligación explícita de los nomarcas ocuparse de la conservación de los canales y, en general, de favorecer el mantenimiento de la explotación agrícola en las mejores condiciones posibles. También eran ellos quienes fijaban la cuantía de los impuestos debidos por cada contribuyente al rey, siempre en función de su prosperidad y atendiendo al nivel alcanzado cada año por la crecida del Nilo. Incluso, en caso de necesidad —debido particularmente a malas cosechas—, los nomarcas estaban autorizados a suprimir los impuestos, como sucedió en efecto en alguna ocasión.

Los nomarcas hereditarios, tal vez con alguna excepción, dan la sensación de haberse mantenido leales al rey en esta época. De todas maneras, también hay que reconocer que eran estrechamente controlados por los servicios del Estado, formados por un número importante de funcionarios jerarquizados. Los funcionarios, divididos en *casas* o ministerios, dependían en última instancia del visir, en una estructura que se complacía en imitar el modelo del Imperio Antiguo. Una categoría especial de funcionarios eran los llamados *treinta grandes del Sur*, los cuales dependían de los servicios de Justicia y se encargaban de determinadas misiones de confianza al servi-

cio de la vida política. Finalmente, era el rey en persona quien dominaba toda la administración.

La prosperidad económica impulsada por el Estado en el campo da la sensación de haber alcanzado rápidamente también a las ciudades. Éstas parece que aceptasen de buen grado las nuevas tendencias centralistas del Estado, que sustituían ventajosamente el viejo vasallaje feudal y permitían una rápida reactivación del comercio y de la actividad productiva en general. En materia religiosa hay que señalar que Amón —o, mejor, Amón-Re— se ha convertido en el nuevo dios del Estado. A nivel individual, por otro lado, es preciso destacar las manifestaciones cada vez más abundantes y precisas de monoteísmo filosófico por parte de determinados círculos de gentes cultivadas, que en sus textos se refieren a Dios, casi diríamos que en mayúscula y sin darle un nombre preciso.

La política exterior de época de Amenemes I estuvo marcada por la necesidad de hacer frente a las amenazas exteriores. Por un lado, la de los beduinos asiáticos, apenas vencidos por Mentuhotep II y establecidos aún en el límite mismo del Delta oriental. Para prevenir sus incursiones, Amenemes I hizo construir el llamado Muro del Príncipe, sistema de fortificaciones que custodiaban la frontera oriental del Delta y que consiguieron alejar eficazmente el peligro. Además, el año 24 del reinado se consiguió una decisiva victoria sobre los beduinos que permitió a los egipcios acceder a las minas de la península del Sinaí y reemprender su explotación sistemática, abandonada desde el final del Imperio Antiguo.

En la Baja Nubia se había hecho fuerte, al comienzo del reinado de Amenemes I, uno de los pretendientes al trono faraónico alzado a la caída de la Dinastía XI, llamado Seguerseni. Ello fue la causa de que en esta dirección se siguiesen las expediciones militares enviadas por Amenemes I desde el primer momento. Progresivamente, estas expediciones fueron avanzando hacia el sur, asegurando a los egipcios el control de las minas y canteras de la región y culminando este avance el año 29 del reinado, con la fortificación de la frontera en la 2.ª catarata.

Hacia Occidente fue preciso realizar repetidas e incómodas campañas contra los nómadas tehenu y chemehu, habitantes de un país cada vez más desértico, el Sáhara actual, que intentaban desesperadamente entrar en Egipto.

Durante el reinado de Amenemes I las expediciones comerciales a Opone tenían ya carácter regular. Dichas expediciones transitaban normalmente por el Wadi Hammamat y se embarcaban en el mar Rojo, donde los egipcios disponían ya de un puerto estable. También se habían reemprendido en esta época las relaciones comerciales con Biblo y con Creta, las cuales están documentadas gracias a los hallazgos arqueológicos. Dichas relaciones fueron pronto tan intensas, que incluso se ha sugerido la posibilidad de que hubiese comerciantes y artesanos cretenses establecidos en Egipto.

Amenemes I tomó aún otra iniciativa importante en política interior. El año 20 de su reinado asoció al trono a su hijo Sesostris I, aunque es posible

que esta asociación fuese mantenida en secreto. Nunca antes en la historia de Egipto un faraón había sentido la necesidad de compartir el poder absoluto con nadie, ni siquiera con alguno de sus hijos. Pero que la medida era prudente y acertada lo demuestra que será adoptada sistemáticamente por todos los reyes de la Dinastía XII, y que aún será imitada ulteriormente, en otras épocas de la historia egipcia. El objetivo de la iniciativa de Amenemes I era obvio: asegurar la continuidad de la Dinastía XII, e introducir al sucesor en las responsabilidades del gobierno, en vida aún de su predecesor. La corregencia entre Amenemes I y Sesostris I duró cerca de diez años, durante los cuales parece que este último asumió particularmente las responsabilidades militares.

Amenemes I fue también un gran constructor, cuyas actividades edilicias se pueden rastrear no sólo en el Alto Egipto sino también en el Delta y en Menfis. Su pirámide fue construida en Lisht, en el desierto occidental a la altura de Ittauy. La asociación al trono de su hijo había de resultar además una medida previsora, puesto que Amenemes I murió asesinado, víctima de una conspiración palaciega que aprovechó la circunstancia de que Sesostris I se encontraba lejos, dirigiendo una expedición militar en el Desierto Líbico. No conocemos muchos detalles de este complot, pero sí podemos decir que es la primera vez en la Historia que un hecho concreto nos es confirmado por dos testimonios distintos, sin relación el uno con el otro salvo en la circunstancia de referirse al mismo acontecimiento. Se trata de dos textos literarios, la *Historia de Sinuhé* y las *Enseñanzas de Amenemes I para su hijo Sesostris I*. Veamos a continuación la narración del magnicidio dada por este último texto:

> Guárdate de tus subordinados, porque no ocurra la cosa
> de cuya preparación no se ha preocupado uno.
> No te acerques a ellos, solo; no confíes en el hermano.
> No reconozcas a ningún amigo; no tomes a nadie por confidente.
> Esto no sirve para nada.
> Cuando pases la noche, que tu inteligencia te guarde.
> Pues no se tiene ningún súbdito el día de la desgracia.
> Yo había dado al pobre; yo había educado al huérfano.
> Yo había dado audiencia a quien no era nada, lo mismo que a aquel que era algo.
>
> Pero aquel que había comido de mi alimento se rebeló.
> Aquel a quien había dado la mano urdió un complot contra mí.
> Aquellos que se vestían como mi lino fino me consideraron como una sombra.
> Aquellos que se habían ungido con mi olíbano me han dado una libación de agua (como a un muerto).
>
> Mis imágenes y mis collares fueron distribuidos entre la gente
> que hubiera debido prolongar mi memoria, como nunca se había oído,

y hacer librar un combate como no se había visto nunca.
Pero cuando había que combatir en la arena, fue olvidado el ayer. El beneficio no sirve para nada: aquel que debiera reconocerlo, lo olvida.

Era después de la cena y había caído la noche:
me tomé una hora de tranquilidad, tendido sobre mi cama.
Estaba cansado, y mi mente se sumergió en el sueño.
He aquí que se distribuyeron armas;
el comandante (de la guardia) me era fiel, pero otros eran como serpientes de la necrópolis.
Me desperté con el ruido de lucha y estaba solo,
encontré un cadáver, era el cuerpo del comandante de la guardia.
Si hubiese podido coger rápidamente las armas,
habría podido hacer retroceder a los villanos con la lanza:
pero no hay valientes de noche,
no existe quien combata solo,
no se realiza una acción con éxito sin protección.
Pero la agresión se produjo cuando no estabas conmigo.

(*Enseñanzas de Amenemes I,* según Daumas, *Civilisation,* y Bresciani, *Letteratura,* cit.)

El apogeo de la Dinastía XII

Sea como sea, los conspiradores no lograron sus objetivos, como lo demuestra que Sesostris I (1971-1928) pudiese controlar rápidamente la situación, iniciando en torno a 1962 su reinado en solitario. Pero antes de seguir hablando del reinado de este soberano es preciso recordar que todos los sucesores de Amenemes I, reyes de la Dinastía XII, constituyen una remarcable serie de gobernantes que, con una clara comprensión de los intereses del Estado, prosiguieron y desarrollaron las iniciativas políticas emprendidas muchas veces por el propio fundador de la dinastía, impulsándolas de manera sistemática hasta alcanzar sus objetivos finales. En nuestra exposición histórica, por consiguiente, iremos relatando cuáles fueron las principales realizaciones de cada uno de estos reyes, pero sólo la perspectiva total que obtendremos al final de las mismas nos permitirá comprobar que aquellas realizaciones no eran el fruto de iniciativas aisladas, sino el resultado de la aplicación de un programa de gobierno a largo plazo, diseñado ya por el propio Amenemes I y continuado escrupulosamente por sus sucesores.

Ya habíamos visto que uno de los designios de Amenemes I podría haber sido el deseo de explotar el oasis del Fayum, y que por ello habría instalado su capital en Ittauy, muy cerca del oasis. En todo caso, las más antiguas construcciones halladas hasta ahora en el Fayum datan del reinado de Sesos-

tris I, demostrando la voluntad constante de los reyes de la Dinastía XII de recuperar este espacio de enormes posibilidades agrícolas pero abandonado en la práctica como una zona semisalvaje desde el final del Neolítico.

En Nubia Sesostris I logró alcanzar la 3.ª catarata, con lo que los egipcios recuperaron el control de las minas de oro de la región, en el desierto Arábigo. Sesostris I hizo reforzar la defensa de Nubia mediante la construcción de una fortaleza en Buhen, en la 2.ª catarata.

Una de las principales preocupaciones de Sesostris I en la política exterior fue, sin duda, la inestabilidad de la zona del desierto Líbico, notoria como ya hemos dicho a causa de los movimientos de las tribus nómadas chemehu y tehenu. Hemos visto precisamente que cuando se produjo el asesinato de su padre Sesostris I se hallaba en el desierto Líbico combatiendo a estas tribus. Sin embargo, se trataba de una lucha difícil para un ejército regular como el egipcio, enfrentado a unas tribus de gran movilidad que rehuían el combate frontal pero que se infiltraban por todas partes golpeando donde y cuando menos se les esperaba, todo ello en un largo frente de cientos de kilómetros. Ante esta situación la táctica de Sesostris I consistió en asegurarse el control de los oasis líbicos mediante el establecimiento de guarniciones militares permanentes, y poco a poco lograr la semisedentarización de las tribus tehenu y chemehu en torno a ellos, hasta conseguir su total fijación y pacificación. La táctica debió ser eficaz puesto que ya no volveremos a oír hablar de este problema en los siguientes reinados.

Las relaciones comerciales egipcias con el mundo mediterráneo oriental siguieron ampliándose durante el reinado de Sesostris I, cuando sus contactos alcanzaron el puerto de Ugarit, al norte de la costa de Siria.

Sesostris I, que mantuvo la capital en Ittauy, desplegó también una importante actividad constructora en todo Egipto. Su pirámide fue erigida en Lisht, cerca de la de su padre. En su época el protocolo faraónico ya se había regularizado totalmente; veamos cuáles eran los cinco nombres que constituían el de Sesostris I:

El Horus, Vida de los Nacimientos, El de las Dos Señoras, Vida de los Nacimientos, el Horus de Oro, Vida de los Nacimientos, El Rey del Alto y Bajo Egipto, Jeperkare, El Hijo de Re, Sesostris.

(Protocolo de Sesostris I, según Gardiner,
Egyptian Grammar, Oxford, 3.ª edición, 1957)

Su sucesor fue su hijo Amenemes II (1929-1895), quien también había sido asociado al trono por su padre poco antes de su muerte. La actividad principal de este soberano, que regía ya un país sin problemas fronterizos, se dirigió a la potenciación de las relaciones comerciales exteriores, ilustradas sobre todo por el hallazgo del tesoro de Tod, en realidad el depósito de fundación de un templo dedicado a Montu, del que formaban parte manu-

facturas procedentes de Siria, el Egeo y Mesopotamia. En esta época la influencia egipcia alcanzaba ya el interior de Siria y Palestina, así como el de Anatolia, y Biblo se había convertido en un protectorado egipcio, en el que sus príncipes ostentaban títulos egipcios e incluso usaban la escritura jeroglífica egipcia. A su vez, se han encontrado manufacturas minoicas en todo Egipto, y sabemos de la presencia de elementos asiáticos que iniciaban una lenta y pacífica penetración en el país del Nilo.

Amenemes II se hizo enterrar en una pirámide que se hizo construir en Dahshur, cerca ya de Menfis, donde habría trasladado su residencia, y fue sucedido por su hijo Sesostris II (1897-1878), previamente ya asociado al trono por su predecesor. Sesostris II fue sobre todo el faraón que consagró sus esfuerzos a la explotación metódica del oasis del Fayum, aprovechando para ello un descenso sustancial del nivel de las aguas del lago Moeris —actual lago Qarun—, que se produjo de forma natural en esta época a causa, parece, de las condiciones del brazo del Nilo que lo alimentaba. Este descenso del nivel del lago tuvo la virtud de dejar al descubierto importantes extensiones de tierras en condiciones óptimas para la agricultura, que bien pronto los faraones de la Dinastía XII tuvieron la idea de aprovechar. Sesostris II, por su parte, decidido a mejorar al máximo estas condiciones y a ocuparse de ello personalmente, estableció su capital en Illahun, justo en el lugar en que el Bahr Yusuf, el brazo del Nilo que durante varios cientos de kilómetros ha discurrido paralelamente a la izquierda de éste, franquea la cadena Líbica y abandona el Valle del Nilo propiamente dicho, para precipitarse en la depresión del Fayum.

Sesostris II emprendió una importante serie de trabajos hidráulicos de gran envergadura, para lo cual necesitaba abundante mano de obra que concentró en Kahun. En Kahun construyó Sesostris II una ciudad de nueva planta para sus obreros, que constituye para nosotros un modelo urbanístico óptimo para conocer las ciudades del Imperio Medio. El rey empezó por construir, en Illahun mismo, una presa para regular la entrada de agua al oasis, así como una gran barrera que debía defender la depresión del peligro de inundaciones incontroladas. La presa, constantemente reparada y convenientemente reformada a lo largo de los milenios, aún existe en el mismo emplazamiento, demostrando lo acertado del lugar elegido por Sesostris II. A continuación —o al mismo tiempo— el faraón se encargó de dotar al Fayum de un completo sistema de canales, que permitiese al agua alcanzar hasta el último rincón de la depresión. Finalmente, Sesostris II entregó estas nuevas tierras agrícolas, recuperadas gracias a la solicitud del Estado, a numerosos beneficiarios, habiendo razones para creer que estas tierras les fueron cedidas por la monarquía a cambio de unas prestaciones especialmente favorables que se han podido evaluar en una décima parte de las cosechas, frente al tercio habitual en el resto del país. Los beneficiarios, a su vez, entregarían la explotación de las tierras a colonos venidos de todo Egipto.

Sesostris II fue enterrado en su pirámide, construida en el mismo Illahun, siendo sucedido por Sesostris III, con quien la Dinastía XII y el Imperio Medio alcanzaron su máximo apogeo.

Sesostris III y el final de la Dinastía XII

El reinado de Sesostris III es, indudablemente, uno de los más importantes del Imperio Medio, y su fama de conquistador y guerrero fue tal que su figura, mitificada, llegó hasta los oídos de los escritores griegos, empezando por el propio Heródoto. Sus hazañas, exageradas por la tradición y recogidas por los autores griegos, le hacían alcanzar al frente de sus ejércitos las regiones orientales de Europa e incluso las costas del estrecho de Gibraltar. La realidad histórica, aun siendo más modesta, nos descubre en Sesostris III a un soberano que llevó a cabo una inusitada actividad militar en el exterior, sin parangón en el Imperio Medio.

Pero Sesostris III (1878-1843) es además una figura polémica entre los egiptólogos e historiadores actuales. Las fuentes escritas referentes a su reinado, con ser relativamente abundantes, no explican —ni explicitan— las causas, ni las razones ni el alcance de los importantes acontecimientos que tuvieron lugar durante el mismo. Ello no debe sorprendernos, pues se debe a la naturaleza misma de las fuentes escritas egipcias contemporáneas, en una época en que, por muy obvio que ello sea, no estará de más recordar que aún no había historiadores. Sin embargo, ello no justifica las agrias polémicas y descalificaciones cruzadas entre los historiadores modernos a la hora de referirse a este reinado. Resumiendo, la polémica se centra entre quienes creen que cualquier interpretación histórica reciente es demasiado atrevida y prefieren explicar el reinado como una secuencia de datos inconexos para los que no se atreven a dar ninguna justificación por miedo a equivocarse como sus colegas, y quienes por el contrario se aventuran en mayor o menor grado a ofrecer unas hipótesis con las que dar una explicación como mínimo coherente a los acontecimientos conocidos, aun a sabiendas de que pueden equivocarse. Por nuestra parte, siempre hemos reivindicado el derecho del historiador a intentar interpretar los hechos del pasado, siempre que se actúe con la debida cautela y que se advierta al lector sobre lo que de verdad sabemos y lo que es simple hipótesis; y esto es lo que haremos aquí.

El acontecimiento que más parece haber contribuido a mitificar para la posteridad la figura de Sesostris III es una campaña militar que el rey emprendió, con grandes medios, en dirección a Siria y Palestina y que le condujo hasta Sekmem, en el centro de Palestina. Lo que desconocemos son las razones de esta importante intervención armada, que penetró profundamente en Asia y que no tiene precedentes —ni tendrá continuidad— en el Imperio Medio. Tan sólo puede especularse con un posible cambio de la política exterior asiática, convertida en más agresiva por Sesostris III. Esta hipótesis

viene avalada por la aparición en algunos textos de execración contemporáneos con listas de enemigos de Egipto, de determinados topónimos como Biblo y Jerusalén.

En Nubia, la inactividad militar de los últimos reinados propició fuertes infiltraciones en el territorio controlado por los egipcios, de elementos procedentes del sur, que acabaron propiciando una rebelión generalizada. Sesostris III reaccionó enviando hasta cuatro expediciones militares que permitieron recuperar el control del país por parte egipcia. El faraón decidió, de todos modos, prevenir la eventualidad de nuevas infiltraciones, y para ello hizo erigir una cadena de ocho fortificaciones de adobe, y cerrar Nubia a partir de la 2.ª catarata a las poblaciones procedentes de más al sur. De esta manera se establecían las bases para promover la colonización en profundidad de la Baja Nubia por parte de los egipcios.

El aspecto más discutido del reinado de Sesostris III es, con todo, su política interior, caracterizada según algunos historiadores por la destrucción definitiva de la aristocracia feudal del Alto Egipto. Sabemos que ya Amenemes I había desposeído a algún nomarca hereditario considerado poco fiel a su persona, y hay razones para creer que durante los reinados de sus sucesores existió una sorda pugna entre la monarquía y los príncipes feudales. Algunos de ellos fueron destituidos; las tumbas de los que quedaban, antaño suntuosas, eran de dimensiones progresivamente modestas; el rey intervenía cada vez más en el interior de estos nomos en cuestiones capitales como la recaudación de impuestos o el reclutamiento de soldados. Tal vez estos hechos, considerados aisladamente, no tengan excesivo valor probatorio como señalan algunos; pero no nos cabe la menor duda de que analizados en conjunto tienden a demostrar, como defienden otros, la existencia de una línea política coherente llevada adelante de manera sistemática por los soberanos de la Dinastía XII. Conscientes de las razones del fracaso de las drásticas medidas tomadas por Mentuhotep II, quien habría calculado mal las fuerzas de la monarquía frente a las de la aristocracia, ocasionando con ello la caída de la Dinastía XI, los sucesores de Amenemes I habrían optado por una vía mucho más sinuosa, cuya meta de todos modos había de ser la misma: la consolidación del Estado centralizado y la aniquilación del poder feudal en el Alto Egipto.

Durante la Dinastía XII tenemos documentadas aún importantes familias feudales gobernando en Beni Hasan, Asiut, Cusas, el Bersha y Asuán, entre otros lugares. Frente al papel aún preponderante jugado por esta nobleza, distintos testimonios nos confirman el aumento significativo del poder y de la influencia de las ciudades —sobre todo del Bajo Egipto— y de la clase media —incluso en el Alto Egipto—. En definitiva, los reyes de la Dinastía XII no podían observar con tranquilidad la supervivencia del poder de unas familias aristocráticas cuyas raíces remontaban muchas veces a finales del Imperio Antiguo y cuyos títulos de nobleza eran, por consiguiente, más antiguos que los de la propia familia real, y no debe extrañarnos que

fuesen los propios faraones quienes favoreciesen la emergencia de la clase media y de las ciudades, para a continuación buscar su alianza en el enfrentamiento que se avecinaba con los nomarcas hereditarios.

Este enfrentamiento hubo de producirse, finalmente, durante el reinado de Sesostris III, a pesar de que no tengamos informaciones concretas sobre el mismo. Lo que sabemos positivamente es que Sesostris III pudo atreverse a desposeer a casi todos los nomarcas hereditarios, sin que esta drástica medida ocasionase una reacción en contra significativa por parte de los perjudicados. La ausencia misma de reacción es la mejor prueba que tenemos del grado de debilidad extrema en que se hallaba la aristocracia altoegipcia, gracias a las medidas sistemáticas aplicadas por los faraones de la Dinastía XII tendentes precisamente a lograr su debilitación, ya que esta misma reacción no había dejado de manifestarse de forma violenta contra la monarquía en las anteriores ocasiones en que algún soberano había tomado idénticas decisiones, desde Fiope II hasta Mentuhotep II. Es posible que, como algún historiador ha indicado, tengamos que contar también entre las medidas antifeudales de la Dinastía XII el traslado masivo y en condiciones ventajosas por parte de Sesostris II de colonos del Alto Egipto al oasis del Fayum. Este hecho habría podido, en efecto, perjudicar gravemente a la economía de los señores feudales y habría así allanado el camino a Sesostris III para dar el golpe definitivo. No obstante, es preciso reconocer que, por ahora, no ha podido establecerse una relación directa entre tales acontecimientos, de modo que esta última interpretación debe ser sólo tenida como una hipótesis.

En sentido contrario, hay historiadores que niegan que Sesostris III hubiese decidido acabar de forma sistemática con los nomarcas hereditarios del Alto Egipto, en base a que alguno de ellos sobrevivió a su reinado ocupando el cargo en su nomo, como es especialmente el caso en Anteópolis. No obstante, es fácil responder que éste, o algún otro caso que pueda haber, no es sino la excepción que confirma la regla, excepción que probablemente podría justificarse por razones personales si dispusiésemos de más información al respecto. Lo cierto es que, en todo caso, ningún monarca hereditario alcanzó el final de la dinastía, y que Sesostris III pudo considerar prácticamente extinguido el cargo, puesto que emprendió inmediatamente una profunda reforma de la administración.

Por un lado, Sesostris III sustituyó los nomarcas hereditarios desposeídos por gobernadores, nombrados directamente por la administración, que ya no eran vasallos sino representantes del rey. De esta manera, la monarquía había acabado por conseguir invertir el sentido del proceso iniciado con la Dinastía V y que había llevado a la supremacía de la aristocracia en Egipto durante el final del Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio. El proceso de destrucción de la sociedad feudal, comenzado en época heracleopolitana, quedaba definitivamente cerrado.

Por otro lado, la administración del Estado, bajo la autoridad del visir, quedaba dividida en tres grandes ministerios, uno de los cuales se ocupaba

del Bajo Egipto, el segundo del Alto Egipto y el último de Elefantina y la Baja Nubia. Al frente de cada ministerio había un funcionario, un adjunto y un consejo, los cuales daban las órdenes a oficiales que a su vez las hacían ejecutar a escribas.

A su muerte, Sesostris III se hizo enterrar en Dahshur, donde se había hecho construir una pirámide cerca de la de Amenemes II. Su actividad constructiva se puede rastrear por todo Egipto, pudiéndose tal vez resaltar la construcción en Medamud de un templo dedicado a Montu.

Su sucesor fue Amenemes III (1843-1797), quien con su largo reinado de cerca de medio siglo representa el momento culminante del absolutismo real del Imperio Medio. El nuevo soberano se ocupó sobre todo de continuar la explotación sistemática de los recursos agrícolas del Fayum, acabando muchos de los trabajos hidráulicos en el oasis que Sesostris II sólo había tenido tiempo de diseñar e iniciar. La preocupación por el desarrollo económico del país llevó al rey además a promover trabajos de irrigación en todo Egipto y a explotar activamente las canteras, desde Asuán al sur hasta Tura al norte. Las minas del Sinaí, especialmente las de cobre, fueron asimismo objeto de explotación sistemática, mediante la instalación de campos mineros fortificados permanentes.

La actividad constructiva de Amenemes III es ingente, en todo Egipto pero especialmente en el Fayum, así como en Nubia y en el Sinaí, y el rey no dudó en admitir mano de obra extranjera —especialmente del Mediterráneo oriental— para colaborar en la fructífera actividad económica del país. Entre las construcciones que se le deben, destaca su pirámide de Hawara, en pleno oasis del Fayum, y junto a ella su templo funerario, el famoso *Laberinto* de Heródoto y de Estrabón, especie de enorme palacio con 3.000 habitaciones distribuidas en dos pisos. Además, en Dahshur se hizo construir un cenotafio. En otro orden de cosas, hay que señalar que durante el reinado de Amenemes III desaparecieron definitivamente los últimos nomarcas hereditarios que aún subsistían en el Alto Egipto.

En cuanto a la política exterior, hay que destacar sobre todo la intensificación de las relaciones con Biblo y con el resto de la costa fenicia. Amenemes III fue objeto de culto en Biblo, cuyos gobernantes parecen seguir bajo el protectorado egipcio, y la moda egiptizante se introdujo decisivamente en esta época en las manifestaciones artísticas fenicias.

El misterioso final de la Dinastía XII y del Imperio Medio han sido motivo de perplejidad durante muchos años por parte de los egiptólogos, que han intentado explicar coherentemente lo sucedido contando para ello con muy pocas fuentes. Recientes estudios han permitido precisar un poco más nuestros precarios conocimientos al respecto.

Así, contrariamente a lo que se suponía, parece claro actualmente que Amenemes IV (1798-1790), sucesor de Amenemes III después de una corta corregencia, no era sin embargo su hijo. Esta constatación ha permitido replantear las relaciones existentes entre los dos últimos soberanos de la Di-

nastía XII, el propio Amenemes IV y la reina Escemiofris. En efecto, es razonable pensar que era Escemiofris hija de Amenemes III, y que Amenemes IV fue su marido. Así, la verdadera heredera del trono de Amenemes III debió ser Escemiofris, quien transmitió sus derechos al trono a su esposo Amenemes IV. Éste debió acceder al trono teniendo ya una edad avanzada, y su reinado no llegó a alcanzar los diez años.

Durante su corto reinado, el rey continuó la política constructiva de sus predecesores, y su persona siguió siendo objeto de culto en Biblo. Se hizo construir una pirámide en Masguna, al sur de Dahshur, y falleció verosímilmente sin descendencia, puesto que su sucesor es la reina Escemiofris (1790-1786), que como hemos dicho era probablemente su esposa, e hija de Amenemes III. Como sucedió al final del Imperio Antiguo con la reina Nitocris, de nuevo el Imperio Medio se cierra con el reinado de una mujer. Sin embargo, al contrario de lo que sucedía con la fabulosa Nitocris, algo más sabemos de la última soberana del Imperio Medio, aunque tampoco hay que hacerse excesivas ilusiones al respecto.

Así, en su corto reinado personal, Escemiofris prosiguió la política constructiva de sus predecesores. Sin embargo, más interesante es señalar que la soberana adoptó un protocolo masculino como faraón, constituyendo de esta forma un claro precedente para el reinado de otra mujer, Hatshepsut, ya en el Imperio Nuevo. Sobre todo esto habremos, pues, de volver más adelante.

Nada más sabemos de Escemiofris. Con ella desapareció de la forma más oscura y en pocos años la Dinastía XII y se acabó el Imperio Medio, dando paso al Segundo Período Intermedio. Esta brusca desaparición, precisamente cuando la Dinastía XII y el Imperio Medio se hallaban en su momento de máximo esplendor, ha excitado la imaginación de los investigadores, que han intentado dar a este hecho explicaciones diversas. La razón de lo sucedido, sin embargo, parece ser bastante obvia: simplemente, la Dinastía XII se extinguió sin dejar herederos masculinos ni femeninos. Otra cuestión, sin embargo, es averiguar por qué este simple hecho —que habría podido tal vez resolverse con el acceso al trono de una nueva familia real— ocasionó el final del Imperio Medio y la entrada en un nuevo período intermedio. Sobre esto también habremos de volver.

10. Arqueología y arte del Imperio Medio

El Primer Período Intermedio como transición entre los imperios Antiguo y Medio

Desde cualquier punto de vista que se aborde la cuestión, es obvio que el Primer Período Intermedio debe ser considerado como una fase de transición entre la arqueología y el arte del Imperio Antiguo y el del Imperio Medio. En lo que respecta a la arquitectura, por ejemplo, se registra un empobrecimiento general en este Primer Período Intermedio. Así, las tumbas de los reyes son sorprendentemente pequeñas, cuando existen y hemos logrado dar con ellas. En cambio, las tumbas de los nobles príncipes hereditarios del Alto Egipto alcanzan en esta época sus mayores dimensiones. Mientras que las de los funcionarios de la corte menfita y, después, heracleopolitana, poseen dimensiones muy modestas, incluso las de los altos dignatarios, sobre todo si las comparamos con las proporciones importantes que habían tenido los monumentos funerarios de sus predecesores de finales del Imperio Antiguo.

Las tumbas de los dignatarios heracleopolitanos, en concreto, son pequeños monumentos construidos normalmente de adobe y sólo en casos excepcionales de piedra, poseen planta rectangular y están adosados los unos a los otros, de acuerdo con una planificación preestablecida. El sarcófago conteniendo el cuerpo momificado y el ajuar funerario ya no son enterrados

bajo tierra como en las mastabas menfitas del Imperio Antiguo, sino que son depositados en el interior mismo de estos pequeños monumentos rectangulares. Otra posibilidad por la que optaron muchos funcionarios heracleopolitanos fue la de hacerse enterrar en el desierto, en la necrópolis de Sedment, en el interior de pequeños hipogeos a los que se accedía por un pozo vertical, continuando con una larga tradición que venía del Imperio Antiguo en la región.

Los reyes, por su parte, se hacían enterrar en pequeñas pirámides construidas según la técnica del final del Imperio Antiguo y decoradas asimismo con los *Textos de las Pirámides*. Los nobles del Alto Egipto, en cambio, se hacían excavar enormes y complejos hipogeos agrupados en las paredes rocosas de las cordilleras que dominaban sus lugares de residencia, ubicados en las principales ciudades del Valle del Nilo.

Hasta hace pocos años se creía que la técnica del relieve había retrocedido durante el Primer Período Intermedio, hasta ser sustituida casi totalmente por modelos y figuras exentas, primero de piedra y posteriormente de madera. Actualmente sabemos que esto es así en el Alto Egipto, donde todas las manifestaciones artísticas adquieren un aire tosco y provincial, incluidas las pinturas al fresco que decoran el interior de las tumbas de los nobles. Pero no en la capital del norte, Heracleópolis, a donde se trasladaron los artesanos de la prodigiosa escuela de Menfis del Imperio Antiguo para decorar las tumbas de los dignatarios de la Dinastía IX/X. En efecto, los relieves polícromos que encontramos en los monumentos funerarios de piedra de algunos de ellos nada tienen que envidiar por su temática y calidad artística a sus predecesores menfitas. Con ello queda demostrado que Heracleópolis se convirtió en el refugio de estos artistas de la escuela menfita durante los difíciles tiempos del Primer Período Intermedio, asegurándose así la supervivencia de su técnica que es la que permite explicar la rápida recuperación artística de Egipto en el Imperio Medio.

Durante el Primer Período Intermedio vemos aparecer y generalizarse el uso de sarcófagos, no ya de piedra como en el Imperio Antiguo, sino de madera, dobles y rectangulares. En el exterior de los mismos, junto a los dos ojos de Horus, se representaba invariablemente una puerta y se inscribía una línea de jeroglíficos. En su interior, se representaban unos frisos de objetos que se suponía que el difunto podría necesitar en el más allá. Estos sarcófagos de madera, con idénticos motivos decorativos, serán típicos a lo largo de todo el Imperio Medio, y también en este ámbito Heracleópolis jugó un importante papel intermedio, tal y como ha podido demostrarse recientemente. En efecto, algunas de las sepulturas de piedra de su necrópolis poseen sus muros decorados ya con idénticos frisos de objetos. Más aún, los más antiguos ejemplos que poseemos de los *Textos de los Sarcófagos* decoran también las paredes de algunas tumbas heracleopolitanas de piedra. Los *Textos de los Sarcófagos* se llaman así porque en el Imperio Medio pasan a inscribirse sobre sarcófagos de madera característicos de esta época.

Finalmente, en lo referente a la escultura hay que señalar la proliferación de la estatuaria de madera, que rápidamente alcanzó gran importancia sustituyendo con ventaja especialmente a las figuras de sirvientes de piedra de pequeño tamaño del Imperio Antiguo, e incluso a los relieves de esta misma época, debido al menor coste del trabajo de la madera. Estas figuras de madera, que serán también características del Imperio Medio, son por lo general muy expresivas aunque muy toscas, si bien existen notables excepciones desde el primer momento.

La arquitectura del Imperio Medio

Es aún relativamente poco lo que conocemos de la arquitectura religiosa del Imperio Medio. A pesar de saber que los faraones de esta época, y especialmente los de la Dinastía XII, desplegaron una gran actividad constructiva tanto en el Alto como en el Bajo Egipto, actividad a la que ya hemos hecho alusión en las páginas precedentes, muy pocos son en cambio los templos que han conservado unas estructuras mínimamente significativas que daten del Imperio Medio. En todo caso, es ya un dato muy importante en sí el poder constatar, de una u otra forma, la existencia de trabajos edilicios que se fechan en el Imperio Medio en un gran número de templos y santuarios egipcios. Esta importante actividad, extendida a todo el país, documenta probablemente los primeros trabajos para sustituir la primitiva arquitectura mayoritariamente de barro y materiales perecederos, por arquitectura enteramente en piedra. No obstante, la magnitud presumible de estos trabajos no se corresponde con lo que se ha conservado de ellos, tan intensa ha sido la actividad constructiva desarrollada en los mismos templos durante el Imperio Nuevo, actividad que por lo general ha dejado las construcciones del Imperio Medio reducidas a algunos bloques decorados, que se han conservado fuera de contexto o simplemente reutilizados en construcciones posteriores.

De entre los edificios religiosos del Imperio Medio de los que se ha conservado la estructura hay que destacar el templo de Medinet Madi en el Fayum, consagrado a la diosa Renenutet, protectora de las cosechas, y al dios Sobek, patrón del oasis. El templo fue erigido por Amenemes III y Amenemes IV y destaca por su pureza de líneas así como por la sencillez de su planta, en la que una sala hipóstila da acceso a tres capillas.

Pero sobre todo debemos recordar la llamada *Capilla Blanca* de Sesostris I en Karnak. Es esta una pequeña capilla que debía erigirse en el interior del recinto del templo de Amón en Karnak, Tebas. Sin embargo, fue desmontada durante el Imperio Nuevo y sus bloques han sido hallados en época reciente en los cimientos de un pilono de Amenhotep III, de modo que ha podido ser reconstruida como si de un gran rompecabezas se tratase, pero en cambio ignoramos cuál era su situación exacta dentro del gran templo. La capilla de Sesostris I estaba construida con bloques de piedra caliza blanca muy fina, y de

ahí el nombre que se le ha atribuido modernamente. Está formada por un zócalo cuadrangular elevado, al que se accede por dos escalinatas situadas en costados opuestos y sobre el que se levantan dieciséis pilastras que sostienen los arquitrabes y el tejado de forma de terraza. Toda la capilla está decorada con delicados jeroglíficos polícromos de perfecta ejecución. Este monumento, en suma, es una excelente muestra de la extraordinaria belleza de la arquitectura egipcia, ya desde principios de la Dinastía XII.

El más remarcable ejemplo de arquitectura funeraria nos lo ofrece el templo-tumba de Mentuhotep II en Deir el-Bahari, en la orilla occidental de Tebas. El templo estaba constituido esencialmente por dos terrazas superpuestas y sostenidas por pilastras. Parece probable que sobre la segunda terraza se erigiese una pirámide. Detrás de las terrazas, al pie ya del acantilado de Deir el-Bahari y excavados de hecho en la roca, se encuentran un patio porticado y una sala hipóstila. Es aquí donde se encuentra también la tumba del rey, así como la zona consagrada al culto real con un santuario y un altar, y también las tumbas y capillas de los miembros femeninos de la familia real enterrados con Mentuhotep II. Frente a las terrazas se encuentra un extenso patio, en el que se abre un cenotafio del rey, al que llegaba una calzada procedente del templo del Valle, como en la arquitectura funeraria del Imperio Antiguo.

Las tumbas y los complejos funerarios de los reyes de la Dinastía XII se encuentran todos en la zona comprendida entre Saqqara y el Fayum, y enlazan nuevamente con las concepciones arquitectónicas menfitas de la Dinastía VI, al final del Imperio Antiguo, si bien buscando sistemas constructivos cada vez más económicos. Así, Amenemes I se hizo construir una pirámide en Lisht de 84 m de lado por 70 de alto, hecha enteramente de piedra y muy semejante por sus dimensiones a las pirámides de la Dinastía VI. El conjunto del templo funerario es asimismo semejante al de Fiope II. La pirámide de Sesostris I se encuentra también en Lisht, al sur de la de su padre. Mide 105 m de lado por 60 de alto y utiliza una técnica constructiva menos costosa. A señalar que, junto a ella, fueron halladas diez estatuas del faraón ocultas en una fosa.

Amenemes II se construyó una pirámide en Dahshur, al norte de Lisht y muy cerca de Saqqara. Su técnica constructiva es muy semejante a la de Sesostris I, pero desgraciadamente está muy mal conservada y no pueden precisarse sus dimensiones. Sesostris II, por su parte, erigió su pirámide en Illahun, en la entrada misma del oasis del Fayum, utilizando una técnica constructiva aún más económica que será general a partir de este momento: en efecto, la pirámide fue elevada aprovechando una eminencia natural rocosa que fue utilizada como núcleo; el macizo de la pirámide fue hecho de adobes, y el conjunto revestido de piedra caliza de Tura. La pirámide de Sesostris II tiene 107 m de lado y unos 48 m de altura.

La pirámide de Sesostris III se encuentra en Dahshur. Construida utilizando la misma técnica que la de su padre, tiene 105 m de lado. En Dahshur

se encuentra asimismo el cenotafio de Amenemes III, llamado la *Pirámide Negra*, de 102 m de lado. La tumba propiamente dicha de este faraón se encuentra en el oasis del Fayum, en Hawara, y mide 100 m de lado. Como las anteriores, sigue el modelo constructivo de la pirámide de Sesostris II. Lo más destacable de la pirámide de Hawara es que junto a ella se encuentran los restos del imponente templo funerario de Amenemes III, el *Laberinto* de Heródoto, de unos 600 m^2 de extensión.

Por lo que respecta a las tumbas de personajes no reales, hay que señalar sobre todo la progresiva imposición de las tumbas hipogeas, que fueron desplazando gradualmente en importancia a los otros tipos de tumbas, especialmente las de tipo mastaba. Los hipogeos de las grandes familias aristocráticas del Alto Egipto, al principio aún de grandes dimensiones y complejos elementos decorativos, se fueron haciendo cada vez más pequeñas a lo largo de la Dinastía XII. También hay que señalar la pervivencia de otros tipos constructivos de tumbas privadas, entre los que podemos mencionar las pirámides de pequeñas dimensiones.

Otro aspecto a resaltar del Imperio Medio es la gran importancia y cualidad de la arquitectura militar: imponentes fortalezas construidas enteramente de adobes, con torres, almenas y rodeadas de fosos, fueron erigidas en Nubia, especialmente en Semna en la 2.ª catarata. Es altamente probable, asimismo, que algunas de las fortificaciones conocidas en el mismo Egipto, como la muralla de Heracleópolis, daten también del Imperio Medio.

La arquitectura civil es conocida sobre todo por los modelos de madera y de barro cocido, así como por ciertas descripciones literarias. Así, sabemos que las casas de las ciudades poseían dos pisos, encontrándose en el piso de arriba las habitaciones y en la planta baja los almacenes de provisiones. En cuanto a las casas de campo, podían alcanzar una cierta complejidad, debido a las instalaciones agrícolas y ganaderas que poseían.

Mención aparte merece, de todos modos, la localidad de Kahun, ciudad de los obreros de Sesostris II, erigida cerca de Illahun. Su excavación a gran escala nos ha proporcionado un ejemplo del urbanismo del Imperio Medio, tal y como podía ser rigurosamente aplicado en una ciudad de nueva planta. Kahun era, en efecto, una ciudad prácticamente cuadrada, de 350 por 400 metros de lado, rodeada por una muralla con dos puertas, construida de adobes como también las casas. Éstas estaban divididas en dos barrios: en el occidental las casas eran más grandes, y estaban ocupadas por los funcionarios; en el oriental vivían los obreros, cuyas casas poseían como máximo tres habitaciones. La ciudad poseía además un templo dedicado a Anubis, situado hacia el sur. Pero la excavación de Kahun nos ha proporcionado además una rica documentación papirológica que nos ha aportado una viva imagen de lo que era el ambiente cultural de una pequeña ciudad sin especial relevancia política: además de abundantes documentos administrativos, se han encontrado textos literarios, médicos, veterinarios, matemáticos y jurídicos.

La escultura del Imperio Medio

Las diferentes características de las esculturas procedentes del norte y del sur a comienzos del Imperio Medio han permitido hablar de dos escuelas escultóricas que habrían coexistido en este momento. La escuela del norte, tradicionalista e idealista, no era sino la descendiente directa de la escuela artística de Menfis del Imperio Antiguo, de la que tenemos pruebas de que logró sobrevivir a lo largo del Primer Período Intermedio. La escuela del sur, en cambio, tosca y realista, es la heredera del arte provincial que surgió en el Alto Egipto al servicio de las familias aristocráticas del Primer Período Intermedio. Las escuelas del norte y del sur pronto se unieron con el Imperio Medio, siendo tal vez éste el principal mérito de este período al dar nacimiento al clasicismo en el arte figurativo egipcio.

De la Dinastía XI hay que destacar, sobre todo, la estatua de Mentuhotep II sedente en su trono: es aún un típico ejemplo de la escuela del sur, con sus evidentes características de tosquedad, severidad y dureza; procede de Deir el-Bahari. En cambio, las diez estatuas de Sesostris I halladas en Lisht son ya mucho más humanas, y técnicamente perfectas, pudiendo ser consideradas como un primer ejemplo de la escultura clásica del Imperio Medio. El clasicismo en la escultura real quedará asentado definitivamente en época de Amenemes II y Sesostris II, con estatuas que se han considerado demasiado banales en comparación con la escultura real del Imperio Antiguo, pero que representan la consolidación de las nuevas tendencias, más humanas, del Imperio Medio.

Con Sesostris III se abre un nuevo capítulo de la escultura real egipcia. De este soberano, en efecto, poseemos una numerosa serie de retratos en los que es representado siempre con expresión atormentada, en ocasiones aún joven y en ocasiones ya viejo. Todo esto es absolutamente inaudito, sin ningún tipo de precedente; esta serie de esculturas procede de Medamud. Esta tendencia expresiva será continuada en cierta manera por las esculturas representando a Amenemes III, tras cuyo reinado asistimos a una cierta decadencia que se mantiene durante todo el Segundo Período Intermedio, época en que los reyes prefirieron usurpar las estatuas de sus predecesores del Imperio Medio. De todos modos, algunos raros ejemplos de escultura real demuestran que algunos escultores mantuvieron la técnica en esta oscura época.

Finalmente, hay que señalar, con respecto a la escultura real, la aparición de las primeras estatuas colosales del arte egipcio, ya desde principios del Imperio Medio.

La escultura privada se caracteriza, desde el primer momento, por su realismo y, sobre todo, delicadeza. Hacia mediados de la Dinastía XII se impone la moda de representar, de manera ostensible por primera vez, ciertos defectos físicos que afean evidentemente la figura humana pero que hacen

aún más realista su representación: nos referimos a la delgadez y, sobre todo, a la obesidad, de la que ya se había podido rastrear algún indicio en la escultura del Imperio Antiguo. Estos rasgos de realismo contribuyeron a alejar decisivamente las características de la escultura privada de la real en el Imperio Medio.

El bajorrelieve, la pintura y las artes menores

La técnica del bajorrelieve polícromo, que no se perdió en Heracleópolis durante el Primer Período Intermedio, se difundió rápidamente por el Alto Egipto desde la Dinastía XI, como lo demuestran los bajorrelieves del templo de Tod. Durante la Dinastía XII son numerosísimos los relieves técnicamente perfectos que encontramos en todos los ámbitos de la geografía egipcia: Karnak, Coptos, Lisht, Medamud, etc. Sin embargo, la técnica del bajorrelieve sufrió una rápida decadencia durante el Segundo Período Intermedio, como lo demuestran los desafortunados relieves del templo de Medamud, de época de la Dinastía XIII, que pretenden copiar otros relieves del mismo templo de época de Sesostris III con auténtica mala sombra.

Del bajorrelieve civil hay que destacar, en primer lugar, la gran abundancia de estelas de pequeño tamaño, muchas de las cuales proceden del santuario de Osiris en Abido. Estas pequeñas estelas de particulares adoptan una gran variedad tipológica, que va desde el bajorrelieve polícromo de mediocre calidad hasta la escultura de bulto redondo sobresaliendo de la misma estela que hace de soporte y de pared de fondo a un tiempo. En todo caso, estas estelas constituyen un excelente testimonio de la emergencia de una nueva clase media a lo largo y a lo ancho de Egipto.

La técnica del bajorrelieve fue adoptada también para decorar las paredes de las tumbas de personajes importantes, siendo entonces de destacar la aparición, junto a las tradicionales escenas de la vida cotidiana, de manifestaciones humorísticas, como los relieves de los gordos y los flacos de una tumba de Meir. Sin embargo, es aquí donde la pintura se generalizó de manera decisiva. A destacar, particularmente, los frescos de las tumbas de Beni Hasan, que en su temática incorporan a los motivos tradicionales las escenas de lucha individual y otras de carácter bélico, que debían ser muy apreciadas por la familia aristocrática que las encargó.

Estas mismas pinturas de Beni Hasan nos muestran artesanos trabajando, así como los objetos que salían de sus manos. El Imperio Medio se caracteriza, en efecto, por la gran calidad y variedad de algunos objetos artesanales, especialmente los metálicos y más precisamente de cobre como espejos y cuchillos. La joyería alcanza asimismo nuevas cotas de perfección con todo tipo de collares, coronas y diademas. A resaltar, especialmente los pectorales, como el de Sesostris III hallado en Dahshur, hecho de oro, cor-

nalina y lapislázuli, con la representación alegórica del rey-esfinge venciendo a los enemigos libios y asiáticos.

Durante el Imperio Medio reaparecieron los sarcófagos de piedra, aunque dominaban ampliamente los de madera, rectangulares. Muchos de ellos ostentan los importantes *Textos de los Sarcófagos,* que deben su nombre precisamente a esta circunstancia. Hacia finales de la Dinastía XII aparecieron, por primera vez, los sarcófagos momiformes, hechos de madera estucada, los cuales estaban destinados a ser característicos en el Imperio Nuevo. También hay que señalar que a partir de esta época alcanza gran importancia la elaboración de escarabeos, el amuleto que reproduce la imagen simbólica del dios Jepri, el sol naciente, destinado a alcanzar una gran popularidad que llegará hasta la Baja Época.

Y para terminar, unas palabras como conclusión. Las breves páginas precedentes posiblemente nos hayan causado una sensación de decepción para un período considerado como clásico para el arte egipcio. Ciertamente, la documentación que nos ha llegado de él es más bien escasa. Sin embargo, lo poco que tenemos posee una gran calidad formal y denota una búsqueda de nuevas formas de expresión. Más aún, el arte del Imperio Medio lo encontramos regularmente repartido por toda la geografía egipcia, contrariamente a lo que sucedía con las manifestaciones artísticas del Imperio Antiguo, casi exclusivamente concentradas en la región de Menfis. Esta voluntad de reequilibrar el arte incluso geográficamente no es, sin duda, extraña al naciente clasicismo egipcio. Éste quedó, desde luego, en suspenso durante el Segundo Período Intermedio. Pero una vez superado este paréntesis, el arte del Imperio Nuevo representa la digna eclosión de lo que apenas hemos visto apuntar en el Imperio Medio.

11. Textos, literatura y civilización del Imperio Medio

La lengua y los escritos de época del Imperio Medio

La lengua que se escribía y que, en principio, se hablaba durante el Imperio Medio es el egipcio medio, también llamado clásico por el rigor de sus reglas gramaticales y ortográficas. El egipcio medio o clásico debe considerarse como el descendiente del egipcio antiguo, propio del Imperio Antiguo, del cual deriva, tras una etapa de transición que se sitúa en el Primer Período Intermedio. No obstante, el egipcio medio no puede ser considerado simplemente como la evolución del egipcio antiguo. En efecto, algunos hechos gramaticales han llevado a los filólogos a la conclusión de que el egipcio clásico se basa en algún dialecto hablado del Alto Egipto, mientras que el egipcio antiguo se basaba en el habla de Menfis. Ello explica la existencia de algunas variantes en el paso del uno al otro estadio de la lengua, difícilmente justificables de otro modo.

Sea como sea, el egipcio medio tal y como lo conocemos es una lengua eminentemente literaria, y hay filólogos que incluso han llegado a pensar que en realidad nunca debió hablarse y que sólo se utilizó para escribir. Evidentemente, esta posición es del todo exagerada, aunque hay que reconocer que la rigidez con que se aplican sus reglas gramaticales hace pensar que el egipcio clásico, basado en principio en alguna variante dialectal hablada en algún punto del Alto Egipto, fue objeto de algún tipo de reglamentación por

parte de alguna corporación representante del gremio de los escribas. Esta reglamentación contribuyó a darle el aspecto clásico que el egipcio medio mantuvo hasta el final de la historia egipcia, pero también debió contribuir a *fosilizarlo* rápidamente, al alejarlo muy pronto de cualquiera de las variantes dialectales habladas en todo Egipto. Sin embargo, sabemos de la existencia de estos dialectos hablados en Egipto en el Imperio Medio sólo por alguna referencia literaria, tan riguroso fue el dominio absoluto del egipcio clásico como lengua escrita uniforme en todo el país.

El egipcio medio era una lengua de carácter sintético, como también lo había sido el egipcio antiguo. Ello implicaba que, con muy pocos recursos fonéticos, la lengua era capaz de indicar una gran riqueza de significados y matices. No obstante, esta peculiaridad de la lengua literaria fue una de las primeras causas que la alejó del lenguaje hablado. Sabemos, en efecto, que ya en el Imperio Medio éste inició la evolución que llevaría al egipcio a convertirse en una lengua analítica, en la que los significados exigían una mayor carga fonética. Si en la actualidad estamos al corriente del inicio de esta evolución es debido a que algún texto literario de marcado carácter popular se ha dejado ganar por la misma, como veremos. Sin embargo, esta no fue la norma, sino que el egipcio medio se negó a evolucionar como lengua literaria, e inició así el camino que le convertiría en clásico. En efecto, su belleza compositiva, su gran rigor expresivo, fueron ya altamente valorados por los mismos egipcios, que siguieron cultivándolo, leyéndolo e incluso escribiéndolo hasta casi 2.000 años después de su definitiva extinción como lengua hablada, hecho que debió producirse durante el Segundo Período Intermedio.

Es muy importante no confundir la lengua escrita con la escritura. Si hemos decidido advertir aquí sobre este hecho obvio es porque hemos comprobado desde nuestra experiencia pedagógica y divulgadora que esta confusión se produce con demasiada frecuencia. Así, si la lengua escrita durante el Imperio Medio es el egipcio medio o clásico, en este mismo período los escribas egipcios utilizaban dos sistemas de escritura: la jeroglífica y la hierática. El sistema jeroglífico usado en el Imperio Medio no es sino la evolución del sistema de escritura mediante pictogramas —cada signo jeroglífico es un pictograma— ideado en el Período Predinástico y perfeccionado durante el Imperio Antiguo. Durante el Imperio Medio la escritura jeroglífica alcanza su máximo rigor ortográfico que hace de ella un modelo de clasicismo a imitar en el futuro, si bien hay que matizar que al hablar de *rigor ortográfico* estamos muy lejos de las reglas fijas de nuestra escritura contemporánea. Mediante la escritura jeroglífica las variantes posibles para escribir una misma palabra son abundantes y obedecen sólo a razones históricas. En cuanto a la escritura hierática, conocida ya desde el Imperio Antiguo, hemos de recordar que se trata de una variante cursiva de la escritura jeroglífica. Sus reglas ortográficas son las mismas que las de los jeroglíficos, y sólo se distinguen de éstos en que los signos hieráticos son suscepti-

bles de ser trazados con mayor rapidez que los jeroglíficos. Dicho de otro modo, la relación que existía entre los jeroglíficos y el hierático es equivalente a la existente entre nuestra letra de imprenta y nuestra escritura manual. Como ya había acontecido durante el Imperio Antiguo, los jeroglíficos se reservaron en el Imperio Medio para los usos monumentales, mientras que el hierático era la escritura ordinaria utilizada en todo tipo de textos de uso corriente, para los que se usaba como soporte material el papiro.

La literatura religiosa y la literatura narrativa

La literatura del Imperio Medio posee ya todos los géneros literarios que serán propios de la literatura egipcia de todos los tiempos. De la abundante producción que nos ha legado esta época, destacan además algunas obras que, por su calidad, justifican con creces que los egipcios de tiempos posteriores considerasen la época del Imperio Medio como la época clásica por excelencia de su literatura. Por lo demás, no debe sorprendernos excesivamente el número importante de composiciones de esta época que ha llegado hasta nosotros. Muchas de ellas las poseemos precisamente en copias posteriores, especialmente de época del Imperio Nuevo, lo cual demuestra el gran aprecio que la posterioridad sintió por estas obras.

En el ámbito de la literatura religiosa hay que empezar por recordar los *Textos de los Sarcófagos*, que si bien aparecieron durante el Primer Período Intermedio, alcanzarían la época de máximo apogeo durante el Imperio Medio, inscritos sobre los sarcófagos rectangulares de esta época. Hay que recordar que los *Textos de los Sarcófagos* derivan directamente de los *Textos de las Pirámides* del Imperio Antiguo, debidamente adaptados de todos modos para garantizar la supervivencia en el más allá no sólo del soberano, sino también la de cualquier egipcio fuera cual fuese su clase social. Los *Textos de los Sarcófagos* son, pues, un conjunto de fórmulas religiosas de extracción antigua, a las que se han incorporado textos de procedencia diversa y de composición más reciente, de los que habremos de volver a ocuparnos.

También pueden considerarse como literatura religiosa, aunque se encuentran a medio camino entre ésta y la literatura narrativa, los relatos mitológicos, alguno de los cuales remonta al Imperio Medio con seguridad, como el *Cuento de Horus y Set* del que poseemos un manuscrito de esta época.

En cuanto a la literatura narrativa propiamente dicha, deriva de las autobiografías aparecidas a finales del Imperio Antiguo, género que sigue cultivándose por supuesto en el Imperio Medio. No obstante, existen ya en esta época otros productos literarios que han cobrado especial desarrollo. Estas obras pertenecientes al género narrativo y que determinan la gran importan-

cia de la literatura egipcia clásica, pueden dividirse en dos categorías. Una de ellas la constituye, por sí sola, la *Historia de Sinuhé*. La segunda agrupa un cierto número de narraciones fantásticas. Todas ellas son agrupadas tradicionalmente por los tratadistas bajo el epígrafe común de cuentos populares. Sin embargo, vamos a ver que la *Historia de Sinuhé* escapa clarísimamente a esta definición.

La *Historia de Sinuhé*

Esta obra fue considerada ya por los mismos egipcios como el clásico por excelencia de su literatura, como lo demuestra el número relativamente importante de manuscritos que ha llegado hasta nosotros con pasajes más o menos largos de la misma. No obstante, no poseemos ninguna copia completa del texto de la obra, a pesar de lo cual ha sido posible reconstruir el texto en su totalidad yuxtaponiendo —y sobreponiendo— los diversos manuscritos fragmentarios de que disponemos. Las más antiguas de estas copias manuscritas que conocemos datan ya del mismo Imperio Medio, mientras que las alusiones más recientes al texto de la *Historia de Sinuhé* son de la Baja Época, es decir, de más de mil años después del momento de su composición. De entre los manuscritos, conocemos desde bellas y cuidadosas copias del texto en papiro, indudablemente ejemplares destinados a ser conservados en bibliotecas, que conservan una parte considerable del texto, hasta breves pasajes del mismo copiados sobre ostraca —trozos de piedra o cerámica—, llenos de incorrecciones y faltas de ortografía. Estos últimos son indudablemente trabajos escolares, que demuestran que la *Historia de Sinuhé* era utilizada —dictada sin duda— en las escuelas hasta finales del Imperio Nuevo como mínimo, para enseñar a los jóvenes aprendices de escriba el manejo del mejor egipcio clásico, de la misma manera que en nuestros institutos se maneja —aún— a Cicerón para introducir a los escolares en el conocimiento del mejor latín.

La *Historia de Sinuhé* es, en apariencia, una autobiografía, cuya extensión de todos modos supera con creces no sólo la de las autobiografías reales que se leen en los muros de las tumbas, sino también la de cualquier otra obra literaria escrita hasta este momento —con excepción, desde luego, de los *Textos de las Pirámides* y *de los Sarcófagos*, que no son propiamente composiciones literarias sino compilaciones de textos de diversas procedencias. Todo lo que se narra en la *Historia de Sinuhé* es perfectamente verosímil, destacando la total ausencia de hechos maravillosos en la obra.

La narración arranca además de un hecho histórico bien preciso y dramático: la muerte de Amenemes I. Sinuhé, alto dignatario perteneciente a la corte de Sesostris I, se encontraba en el campamento de este último en el desierto Líbico en plenas operaciones contra las tribus nómadas chemehu y tehenu, cuando se entera casualmente de la existencia del complot que ha

puesto fin a la vida del viejo monarca en Ittauy. Veamos a continuación el comienzo del relato:

El príncipe y conde hereditario, Juez y Sobreestante Regional de los dominios del Soberano en las tierras de los asiáticos, familiar del rey, su amado, el Cortesano Sinuhé. Dice:

Fui un cortesano que seguía a su señor, servidor del harén real *(y de)* la Princesa Heredera, la grande en favores, mujer del Rey Sesostris en *(la ciudad de las pirámides)* Jenem-sut, hija del Rey Amenemes en *(la ciudad de las pirámides)* Qanefru, Nefru, la señora de reverencia.

Año 30, tercer mes de la primera estación, día 7. El dios subió a su horizonte; el Rey del Alto y el Bajo Egipto, SehetepibRe, fue llevado al cielo y se unió con el disco solar. El cuerpo del dios se fundió con el que le hizo. La Ciudad Residencial quedó en silencio, los corazones estuvieron en duelo, las Grandes Puertas Dobles se cerraron con ellos. Los cortesanos *(se sentaron)* con la cabeza en el regazo y las gentes se apesadumbraron.

Su majestad había enviado un ejército a la tierra de los chemehu, al mando de su hijo mayor, el buen dios Sesostris, e incluso entonces regresaba y había llevado prisioneros en vida de los chemehu y todas *(clases de)* ganado sin cuento.

Los cortesanos del palacio enviaron a la frontera occidental para informar al Hijo del Rey de los hechos ocurridos en la corte. Los mensajeros le encontraron en el camino y le alcanzaron en la sazón de la tarde. No se demoró un instante; el halcón voló con su servidumbre sin avisar al ejército. Pues bien; los hijos del rey que le acompañaron en aquella hueste habían sido enviados a buscar, y uno fue citado. Mientras yo estaba *(cerca)* oí su voz en conversación y yo me hallaba algo apartado. Mi corazón se acongojó, mis brazos se abrieron *(en señal de consternación),* el temblor se abatió sobre mis miembros. Me alejé a brincos y a saltos en busca de un escondrijo. Me situé entre dos arbustos a fin de separar*(me)* de la carretera y de su recorrido.

Me encaminé hacia el sur, *(pero)* no me propuse llegar a esta Ciudad Residencia, (porque) supuse que habría desórdenes civiles y no esperaba vivir después de él.

(Historia de Sinuhé, traducción de J. A. Wilson, en Pritchard [ed.], *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* cit.)

Presa de un repentino e irracional pánico Sinuhé huye del campamento y, tras cruzar subrepticiamente el Delta del Nilo y la cadena de fortificaciones del Muro del Príncipe, se interna en la zona de Siria y Palestina, donde acaba siendo adoptado por el jefe de una tribu de beduinos. Allí, sus superiores conocimientos estratégicos y militares puestos al servicio de *su* tribu le convierten en el hombre más poderoso de la zona. Sin embargo Sinuhé, colmado de atenciones por su nueva familia, añora su patria, Egipto, a donde finalmente su fama acaba por llegar. El propio faraón, Sesostris I, que no había vuelto a saber nada más de él, se sorprende de que se haya ido a vivir con los *bárbaros* y le escribe una carta pidiéndole que vuelva al *civilizado* Egipto. Como es obvio, Sinuhé ni puede ni quiere resistirse a tanta solicitud y, tras dejar en orden sus asuntos personales en Asia regresa a Egipto, sien-

do agasajado por la corte y por el propio rey, quien le instala debidamente para que pueda aguardar tranquilamente la vejez, y entonces Sinuhé decide escribir sus memorias.

El relato está escrito con auténtica maestría por alguien que conoce perfectamente los recursos sintéticos del egipcio medio y que los usa con precisión. Las indicaciones etnográficas que el texto contiene sobre la vida y costumbres de las tribus cananeas del SO de Asia poseen alto valor histórico, y lo mismo puede decirse sobre la profundidad y espiritualidad que ha alcanzado el pensamiento egipcio, personificado por el propio Sinuhé. Cabe destacar, por ejemplo, las reiteradas manifestaciones de una religiosidad indudablemente monoteísta, que invoca a Dios mediante el nombre de Dios, monoteísmo filosófico de todos modos que no está reñido con el politeísmo tradicional ni con la aceptación de la figura del faraón como dios encarnado.

La duda final reside, de todos modos, en la historicidad o no de la narración. A pesar de su verosimilitud, que podría hacer de la *Historia de Sinuhé* una historia real, lo cierto es que no poseemos ninguna evidencia de que Sinuhé haya existido realmente. Por consiguiente, no tenemos más remedio que considerarle provisionalmente como un personaje de ficción, protagonista de una novela de forma autobiográfica que es, sin duda alguna, la obra clásica por excelencia de la literatura egipcia, y aun una de las obras maestras de la literatura universal.

Las narraciones fantásticas

Son, como ya ha quedado dicho, antiguos relatos populares que se habían ido transmitiendo por tradición oral, hasta que durante el Imperio Medio se decidió que eran dignos de ser puestos por escrito, en un momento en que la literatura narrativa ya se había ganado un puesto de honor entre los géneros de la literatura egipcia. Entre estas composiciones, las mejor conocidas son el *Cuento del Náufrago* y las *Historias del rey Quéope y los magos.*

El *Cuento del Náufrago* era indudablemente en origen una narración popular. Sin embargo la narración, que conocemos completa aunque por un solo texto manuscrito, fue reescrita en verso por un literato experimentado, lo que le confiere el aspecto de obra culta. Este relato narra las peripecias de un náufrago que aborda una isla misteriosa, en la que vive una serpiente mágica y benéfica. La serpiente no sólo le colma de dones, sino que también le devuelve su barco hundido y sus compañeros perdidos, para que puedan volver todos felices a Egipto; pero les advierte que no intenten volver a encontrar la isla, ya que también ella es mágica y no podrán localizarla nunca más.

El *Cuento del Náufrago*, que refleja por alusiones un mundo legendario mucho más rico pero del que no conocemos nada, pertenece al maravilloso mundo de las narraciones marineras y posee ya muchos de los tópicos que

caracterizarán este género a lo largo de los siglos. No ha de sorprendernos, por consiguiente, encontrar en él paralelismos con otros textos tan conocidos como la *Odisea* y el cuento de *Simbad, el marino,* o incluso con determinadas leyendas medievales y renacentistas como la de la isla de San Brandán.

Las *Historias del rey Quéope y los magos,* también conocidas como las *Historias del Papiro Westcar* por el nombre del único papiro que ha conservado aproximadamente la mitad final del texto, es en cambio un relato plenamente adscribible a la literatura popular de transmisión oral tal y como ha llegado a nosotros. En efecto, el texto se caracteriza por la dicción formular, es decir, largas retahílas de frases hechas y repetitivas que servían al narrador como muletillas para ayudarle a recordar los pormenores del relato, que decía de memoria. Estas circunstancias se repiten en la narrativa de transmisión oral de todos los tiempos y civilizaciones de modo que las *Historias del Papiro Westcar* son la mejor prueba de que este tipo de literatura popular también existía en el Egipto faraónico.

La permanencia de la dicción formular implica, por supuesto, que en este caso el texto no ha sido reescrito por un autor culto, como era el caso del *Cuento del Náufrago,* sino que alguien se limitó a copiar por escrito, tal cual, el relato tal y como era dicho por el narrador oral. Esto tiene un interés suplementario para nosotros, ya que la lengua de las *Historias del rey Quéope y los magos* está muy cerca del lenguaje popular hablado, y constituye uno de los escasos testimonios que poseemos de la evolución que empieza a sufrir el egipcio medio camino de convertirse en neoegipcio, el que será el lenguaje hablado del Imperio Nuevo.

Las *Historias del Papiro Westcar* están estructuradas de una manera muy parecida a los cuentos de *Las Mil y una noches:* una excusa banal sirve para hilvanar una serie de relatos maravillosos. El rey Quéope, figura del Imperio Antiguo de la que ya se ha apoderado la imaginación popular, se aburre en su palacio y pide a sus hijos que le cuenten historias para distraerle. Éstos, que serían correlativamente sus sucesores en el trono, le narran maravillas protagonizadas por magos que tuvieron lugar durante los reinados que precedieron al del propio Quéope. Finalmente, el último de los hijos de Quéope decide, en vez de contarle a su vez una maravilla del pasado, presentar al rey un mago del presente que sigue haciendo maravillas en aquel momento. El mago en cuestión no sólo hace lo que se esperaba de él, sino que al final hace a Quéope una profecía mesiánica: le cuenta, en efecto, cómo su dinastía será sucedida por una nueva dinastía cuyos tres primeros reyes serán hijos carnales del propio dios Re y de tres sacerdotisas de Heliópolis a las que la divinidad solar dejará encintas —del mismo modo que, siglos más tarde, el propio Marte había de engendrar a Rómulo y Remo, los fundadores de Roma—. Esta nueva dinastía de faraones sería la Dinastía V, que en efecto fue llevada al trono por el clero heliopolitano, del que los reyes serían, pues, en cierto modo, *hijos.*

Los relatos del *Papiro Westcar* nos han conservado, por consiguiente, la visión que la memoria popular había retenido de ciertos personajes y situaciones históricas del pasado —el rey Quéope, el advenimiento de la Dinastía V. Los paralelismos con las diversas literaturas orientales que pueden establecerse son abundantes, destacando tal vez los que cabe observar con la Biblia, entre los que no es el menos curioso el relato del mago que, como hará Moisés años más tarde, abre las aguas de una gran extensión acuática para poder cruzar andando el fondo de la misma. En suma, las *Historias del rey Quéope y los magos* constituyen un sabroso e interesante relato costumbrista, del que cabe resaltar aún la gran elevación moral que alcanza en algunos momentos, como cuando se impide al propio Quéope disponer a su antojo de la vida de un prisionero porque, se le advierte, todos los hombres pertenecen al rebaño de Dios.

La literatura política. La literatura pesimista

La literatura política está representada en el Imperio Medio por una serie importante de obras, la mayoría de las cuales posee un marcado carácter optimista. No obstante, la más importante de todas ellas son las *Enseñanzas de Amenemes I para su hijo Sesostris I* que, al contrario de las otras, destaca por su fuerte carga pesimista ante la ingratitud de los hombres y la traición. La obra, supuestamente escrita por el faraón Amenemes I a la intención de su hijo y sucesor Sesostris I, siguiendo así el modelo literario inaugurado por el autor de las *Enseñanzas para el rey Merikare* en el Primer Período Intermedio, es no obstante manifiestamente apócrifa puesto que el propio Amenemes I describe el atentado nocturno que le costó la vida. Ya en el Imperio Nuevo se atribuyó la autoría de esta obra a Áctoes, escritor conocido de época del Imperio Medio. Recientemente se ha supuesto que tal vez el texto de las *Enseñanzas de Amenemes I* se encontrase en los muros del templo funerario del propio rey, a semejanza de las autobiografías privadas. El texto habría sido mandado componer por Sesostris I, quizá a Áctoes, y *publicado* de esta manera habría servido de testamento político ficticio y de justificación de la actuación del nuevo rey en el momento de iniciar su reinado como soberano único.

Ya hemos visto en páginas anteriores que el pesimismo invadió el arte durante la Dinastía XII, como lo demuestran ciertos retratos de Amenemes II y, sobre todo, los patéticos retratos de Sesostris III. Lo mismo sucede con la literatura, donde no sólo tenemos el testimonio de las *Enseñanzas de Amenemes I,* con una desconfianza bien justificada para con los más próximos colaboradores, sino también el de toda una serie de obras realmente interesantes cuyo principal factor común es siempre el mismo: el pesimismo.

En primer lugar hemos de mencionar el *Diálogo del desengañado*, también conocido como el *Misántropo*. Esta obra tiene forma de diálogo entre

el *yo* y el *bai,* es decir, el alma. Por medio de este diálogo, el anónimo autor contrapone dos concepciones radicalmente distintas del más allá: una positiva, representada por el *yo*, y otra negativa, representada por el *bai.* Éste, desengañado de sus semejantes, llega incluso a dudar de la inmortalidad y a especular sobre la bondad del suicidio.

Una estructura formal semejante poseen las *Lamentaciones* de Jajeperreseneb, escritas en época de Sesostris II. Por medio de un diálogo esta vez entre el *yo* y el *corazón*, se nos ofrece una retórica descripción de los males que afligen el país, inspirada en los textos del Primer Período Intermedio. Esta obra demuestra que el pesimismo es simplemente una moda para su autor, que debe apoyarse en textos del pasado para componer un texto que no refleja la situación presente de Egipto pero que está en la línea pesimista en boga por entonces.

También pertenece a este género el célebre *Canto del Arpista,* el cual fue copiado en época ramésida de las paredes de la tumba de un rey del Segundo Período Intermedio, se supone que Inyotef VII, si es que estas precisiones no son una simple ficción literaria. Dadas sus características intrínsecas, en todo caso, no parece aventurado suponer que la composición de esta obra debe remontar al Imperio Medio, al igual que sus semejantes que acabamos de comentar. El *Canto del Arpista* debe su nombre a que debía ser efectivamente cantado por el arpista ciego que actuaba en las fiestas que daban los egipcios de las clases pudientes, y que es regularmente representado en las escenas de fiestas que decoran las paredes de las tumbas privadas del Imperio Nuevo, en particular de la Dinastía XVIII. El *Canto del Arpista* nos asegura que no hay un más allá, y nos recuerda que nadie ha regresado de su tumba para decirnos lo contrario. Pero, al revés que el *Diálogo del Desengañado* que se inclinaba por el suicidio, el *Canto del Arpista* aconseja pasarlo lo mejor posible en este mundo, y aprovechar el día que se vive sin pensar en el mañana, en lo que es una primera formulación de lo que volveremos a encontrar en el *Eclesiastés* bíblico, en la lírica griega arcaica y, por fin, en el *Carpe diem* de Horacio. Veamos algunos de sus versos:

Generaciones y más generaciones desaparecen y se van,
otras se quedan, y esto dura desde los tiempos de los Antepasados,
de los dioses que existieron antes
y reposan en sus pirámides.

Nobles y gentes ilustres
están enterrados en sus tumbas.
Construyeron casas cuyo lugar ya no existe.
¿Qué ha sido de ellos?

He oído sentencias
de Imutes y de Hordyedef,

que se citan como proverbios
y que duran más que todo.

¿Dónde están sus moradas?
Sus muros han caído;
sus lugares ya no existen,
como si nunca hubieran sido.

Nadie viene de allá para decir lo que es de ellos,
para decir qué necesitan,
para sosegar nuestro corazón hasta que abordemos
al lugar donde se fueron.

Pero eso, tranquiliza tu corazón.
¡Que te sea útil el olvido!
Sigue a tu corazón
mientras vives.

Ponte olíbano en la cabeza.
Vístete de lino fino.
Úngete con la verdadera maravilla
del sacrificio divino.
Acrecienta tu bienestar,
para que su corazón no desmaye.
Sigue a tu corazón y haz lo que sea bueno para ti.
Despacha tus asuntos en este mundo.

No canses a tu corazón,
hasta el día en que se eleve el lamento funerario por ti.
Aquel que tiene el corazón cansado no oye su llamada.
Su llamada no ha salvado a nadie de la tumba.

Hazte por tanto el día dichoso,
y no te canses nunca de esto.
¿Ves?, nadie se ha llevado sus bienes consigo.
¿Ves?, ninguno de los que se fueron ha vuelto.

(Canto del Arpista, según Daumas, *Civilisation,* cit.)

El *Canto del Arpista* fue, sin duda, la más célebre de las composiciones pesimistas de la literatura egipcia en épocas posteriores, hasta el punto de que su falta de fe fue motivo de escándalo en el Imperio Nuevo: lo sabemos porque el texto de esta obra fue entonces objeto de curiosos intentos de censura y manipulación, poco afortunados como siempre sucede en estos casos.

La literatura optimista. Obras didácticas

La literatura optimista, claramente contrapuesta a la pesimista, fue provocada esencialmente por el advenimiento del Imperio Medio que puso término a los duros tiempos del Primer Período Intermedio. La literatura optimista, al igual que la pesimista, impregnó también los diversos géneros literarios de la época, empezando por el político.

Podemos empezar por mencionar la *Profecía de Neferti,* en la que este sabio profetiza al faraón Esnofru, del Imperio Antiguo, la venida de Amenemes I, auténtico mesías que habrá de devolver a Egipto la prosperidad y la justicia perdidas. Leamos a continuación el texto de dicha profecía:

Pero he aquí que vendrá un rey del sur, llamado Ameny, de voz justa. Es hijo de una mujer de Nubia, un hijo del Alto Egipto (...) Alegraos, hombres de su tiempo. El hijo de un hombre relevante ganará fama para toda la eternidad. Aquellos que se disponían al mal y premeditaban actos hostiles han hecho callar su boca por temor a él... El derecho volverá a su sitio, por cuanto habrá sido desterrada la iniquidad. Que se alegre aquel que vea esto y se encuentre entonces al servicio del rey.

(Profecía de Neferti, según Daumas, *Civilisation,* cit.)

Esta obra, de marcado carácter político, enlaza con la tradición mesiánica aparecida en las *Lamentaciones* de Ipu-ur, del Primer Período Intermedio, y que hemos vuelto a encontrar en las *Historias del rey Quéope y los magos.* Esta tradición es reconducida esta vez a beneficio de la persona de Amenemes I y de toda la Dinastía XII.

Otra obra política son las *Instrucciones lealistas,* atribuidas a un alto funcionario llamado Ptahemdyehuti. Esta obra estaba destinada a suscitar la adhesión al rey de todas las clases sociales, desde la alta nobleza hasta el pueblo, a causa de los beneficios que todas ellas obtenían de la benevolencia del soberano.

Al género didáctico hay que inscribir, en primer lugar, una obra prácticamente perdida pero que tuvo gran importancia, como lo demuestra el hecho de que ha podido ser reconstruida modernamente de forma aceptable a base de citas indirectas y de breves alusiones. Nos referimos a un tratado que recibió el nombre de *Kemit* y que era una especie de *suma* de la enseñanza, reflejo de la perfección del mismo Egipto cuyo nombre en egipcio era Kemet o Kemi.

Otra obra que fue considerada como un auténtico clásico durante el Imperio Nuevo, y de la que se conserva un número considerable de manuscritos al igual que de la *Historia de Sinuhé*, es el *Aleccionamiento* de Áctoes, conocido también como la *Sátira de los Oficios.* El escriba Áctoes dedica esta obra a su hijo, y en ella pasa revista a todos los oficios existentes, mos-

trándole los inconvenientes de cada uno de ellos. La descripción es auténticamente caricaturesca, y llega a la conclusión evidente de que el mejor oficio posible es el de escriba. No debe, pues, sorprendernos la fama de que gozó esta obra entre los representantes del gremio. El autor de la misma, Áctoes, es probablemente el mismo escritor afamado a quien se atribuyó también la composición de las *Enseñanzas de Amenemes I.*

A lo largo de estas páginas hemos leído los nombres de algunos autores del Imperio Medio: se trata de Neferti, Áctoes, Ptahemdyehuti y Jajeperreseneb, de los que conocemos algunas de sus obras. Estos cuatros autores, junto a otros cuatro nombres de época del Imperio Antiguo, fueron considerados como los clásicos por excelencia por la literatura escolástica del Imperio Nuevo.

Otras obras de la literatura clásica egipcia

Conocemos aún otras obras más o menos fragmentadas cuya composición puede atribuirse a la época del Imperio Medio. De entre ellas merecen destacarse en primer lugar las que nos demuestran la existencia del género dramático. Se trata de algunos pasajes de auténticos dramas sagrados, algunos de los cuales fueron incorporados a los *Textos de los Sarcófagos,* desgraciadamente incompletos, lo cual nos impide juzgar con más precisión. Sea como sea, poseemos algunos indicios de representaciones de misterios ante los pilonos de los templos, así como la estela de un actor, hallada en Edfu, de todo lo cual podemos deducir que el teatro ya existía en el Imperio Medio.

También el género lírico conoció un amplio desarrollo, pudiendo destacar al respecto la existencia de himnos religiosos y reales: al Nilo, a Osiris, a Sesostris III.

Escritos de carácter técnico. La época del Segundo Período Intermedio

Los textos de carácter diverso son muy abundantes en el Imperio Medio: hay que destacar en primer lugar los escritos de carácter administrativo, pero también los de carácter histórico y autobiográfico, así como la correspondencia y las obras de carácter científico. Entre éstas podemos recordar las de matemáticas, medicina, veterinaria y un tratado lexicográfico.

El Segundo Período Intermedio nos ha dejado, por el contrario, muy poca documentación escrita. Es una época poco creativa en la que, en cambio, se registra un inusitado interés por salvaguardar escritos literarios y técnicos del pasado. Así, el Papiro Prisse contiene copias de obras literarias del Imperio Antiguo, y el célebre Papiro Rhind, que data de la Dinastía XV, un importante tratado matemático.

Sólo al final del Segundo Período Intermedio veremos aparecer una serie de textos relativos a la guerra de liberación, contra los hicsos, de los que habremos de ocuparnos más adelante. Sea como sea, y desde el punto de vista literario, el Segundo Período Intermedio debe ser considerado como un simple apéndice del Imperio Medio.

Consideraciones finales sobre el Imperio Medio

A pesar de su brevedad —apenas dos siglos y medio de duración—, no cabe duda de la gran importancia que los mismos egipcios de tiempos posteriores atribuyeron al Imperio Medio. Esto no ha dejado de sorprender a muchos historiadores, puesto que quedan pocas dudas de que, desde el punto de vista de la civilización, este período no es sino la continuación del Imperio Antiguo, y tampoco desde el punto de vista social parece haber habido muchas innovaciones.

Sin embargo, hay que reconocer que la civilización del Imperio Medio representa la superación de la del Imperio Antiguo, haciéndose en todos los aspectos más equilibrada, más diversificada, en definitiva más clásica y menos desproporcionada, menos colosal. Y si las estructuras sociales y administrativas han cambiado poco, asemejándose desde luego a las del Imperio Antiguo que sigue siendo el modelo a imitar, no es menos cierto que las reformas administrativas de los reyes de la Dinastía XII son tanteos que preconizan las que a su vez emprenderá la Dinastía XVIII ya en el Imperio Nuevo; como también ha de ser verdad que las grandes transformaciones económicas emprendidas por los reyes de la misma Dinastía XII hubieron de beneficiar, en mayor o menor grado, al conjunto de la sociedad egipcia de su tiempo, suscitando la adhesión como mínimo de las clases medias.

En definitiva, sospechamos que el Imperio Medio es, aún, consecuencia de la revolución social del Primer Período Intermedio. No en vano los reyes de la Dinastía XII se habían establecido dentro de lo que había sido el antiguo reino de Heracleópolis y se obstinaron en llevar adelante un programa político que había de instalar en Egipto el reino de Maat, la diosa de la justicia y del equilibrio cósmico. Por esto el conjunto de su obra transmite esta sensación de humanidad y sensatez que los egipcios no olvidaron nunca.

12. El Segundo Período Intermedio

Problemas metodológicos para el estudio del Segundo Período Intermedio

El Segundo Período Intermedio es, probablemente, la época peor conocida de la Historia de Egipto. Así, numerosos nombres de reyes correspondientes a este período son conocidos, pero sus hechos y orden de sucesión son en cambio casi desconocidos. Los documentos que poseemos son relativamente raros. Y los datos que nos ha transmitido Manetón, en fin, tal y como han llegado a nosotros son arbitrarios y fantásticos: baste con recordar que este historiador egipcio atribuye una duración de quince siglos a un período que tiene tan sólo poco más de dos. Sea como sea, la escasez de datos y de monumentos atribuibles al Segundo Período Intermedio son la prueba más palpable de la decadencia de la época.

El principal problema metodológico que se nos plantea es el del orden mismo de sucesión de los reyes. Hay que tener en cuenta, al respecto, que la Dinastía XIII está integrada por unos 60 reyes que reinaron en total unos 150 años; mientras que la Dinastía XIV, según Manetón, la forman 76 reyes que reinaron en conjunto 184 años. Con estos datos es fácil calcular que tenemos un promedio aproximado de dos años y medio de duración por reinado. Unos reinados tan cortos es lógico que proporcionen un número muy escaso de documentos por reinado, lo que tiene como conse-

cuencia el hacer muy difícil llegar a establecer las relaciones existentes de unos reyes con otros.

La única lista real utilizable para la época es el *Papiro de Turín,* muy fragmentario de todos modos. Sin embargo, es posible también enmendar a Manetón: en efecto, sus cifras exageradas son corregibles; y sus dinastías sucesivas cabe hacerlas en ocasiones contemporáneas.

El Segundo Período Intermedio comprende convencionalmente las Dinastías de la XIII a la XVII, y va de 1786, año de la muerte de Escemiofris, a 1552, año del advenimiento de Amosis, fundador de la Dinastía XVIII y del Imperio Nuevo.

Los orígenes de la Dinastía XIII y el problema de la Dinastía XIV

Los reyes de la Dinastía XIII (1786-1633) son todos ellos personajes políticamente insignificantes, la mayoría con reinados extremadamente breves. Muchos de ellos eran de origen popular, otros incluso extranjeros, asiáticos o nubios. Todos ellos, sin excepción, no fueron más que juguetes en manos de unos visires cada vez más poderosos. La figura del monarca llegó a ser tan superflua que sabemos que en una ocasión se dejó el trono vacante por un período nada menos que de seis años.

¿Cómo pudo llegarse a esta situación? Lo ignoramos, y lo único que podemos asegurar es que el cambio dinástico, el paso de la Dinastía XII a la XIII, se produjo sin problemas. Todos los cuadros de la administración del Estado permanecieron en sus puestos, y en sus actuaciones en los más diversos ámbitos de su competencia no se detecta la más mínima perturbación. El tránsito, pues, del Imperio Medio al Segundo Período Intermedio no fue sentido, en absoluto, por el país y por el conjunto de su población, lo que refuerza en este caso la sensación de arbitrariedad en la línea divisoria de estos dos períodos históricos. Y sin embargo, la crisis dinástica es tan brutal que en este momento aún no sabemos con certeza quién fue el primer rey de la Dinastía XIII. Dado el estado actual de nuestros conocimientos, parece que el candidato de los historiadores mejor situado para ocupar este puesto es Ugaf.

En todo caso, estos mismos historiadores hace ya años que se han percatado de que la Dinastía XIII es cualquier cosa menos una auténtica dinastía, y más bien cabe definirla como una especie de cajón de sastre en el que se han metido una serie de nombres de reyes que *reinaron* —aunque seguramente no *gobernaron*— sobre la mayor parte de Egipto entre la Dinastía XII y los hicsos. Aunque no tenemos datos al respecto, recientemente se ha insinuado que en esta época la monarquía habría podido convertirse en electiva, única explicación aparentemente racional que cabe dar a la extracción popular e incluso extranjera de muchos de los soberanos que integran la Dinastía XIII, la mayoría sin lazos familiares conocidos entre ellos. Con todo

lo cual podemos llegar a la conclusión de que, una vez extinguida la Dinastía XII con la muerte natural y sin descendencia de la reina Escemiofris, el poder o aparato administrativo creado por esa dinastía y consolidado a partir de Sesostris III decidió tomar el poder en sus manos, para lo cual redujo la institución monárquica a elemento meramente decorativo y simbólico del Estado. De todos modos, en Egipto la inestabilidad dinástica fue siempre sinónima de decadencia general, y este axioma no dejó de cumplirse con la Dinastía XIII, si bien la evolución al principio fue muy lenta debido a la fortaleza misma de los cuadros administrativos del Estado y la ausencia de amenazas exteriores significativas.

Fue preocupación constante de los reyes de la Dinastía XIII legitimar su acceso al trono mediante la adopción de nombres teóforos que les relacionasen ficticiamente con los soberanos de la Dinastía XII, bien copiando directamente sus nombres —tenemos hasta un Amenemes VII—, bien recurriendo a algunas de sus divinidades favoritas, como Sobek, el dios del Fayum —llegamos así hasta un Sebekhotep VII como mínimo. Los estudios recientes han demostrado que los testimonios de la actividad de los reyes de la Dinastía XIII se concentran esencialmente en el Alto Egipto, y de ahí se ha llegado a inferir que tal vez los soberanos residieran efectivamente en Tebas, capital teórica del país, habiendo sido de este modo alejados de los auténticos centros de decisión político-administrativa, situados, respectivamente, en Menfis y en Ittauy. No obstante, esta visión parece excesiva, como mínimo al principio de la dinastía, puesto que sabemos que algún rey visitó Tebas acompañado de su corte, lo cual demuestra por sí solo que no residía allí. Más aún, los reyes de la Dinastía XIII se hacían enterrar, por lo que sabemos, en pequeñas pirámides situadas en Saqqara —donde se ha identificado la tumba de Jendyer—, Dahshur —donde conocemos la sepultura del rey Hor I, célebre por la magnífica estatua en madera de su ka—, e incluso en Lisht. De todos modos, también hay que recordar que el número de tumbas que conocemos pertenecientes a soberanos de esta dinastía es anormalmente escaso por ahora, apenas una media docena, circunstancia que hay que atribuir indudablemente a los brevísimos reinados de todos ellos que apenas les dieron tiempo a ocuparse de sus moradas para la eternidad. En definitiva, creemos que lo más probable es que la residencia de los primeros reyes de la Dinastía XIII, como mínimo, se encontrase en Ittauy.

Al principio se mantuvieron todas las directrices políticas del Imperio Medio: así, se preservó la unidad de Egipto, se mantuvo el control sobre Nubia hasta la 2.ª catarata y también la influencia sobre Biblo. Sin embargo, la decadencia política de la Dinastía XIII en seguida se puso de manifiesto en la incapacidad de mantener incólumes estas directrices. En Nubia pronto se perdió el control de los fuertes de Semna y de la 2.ª catarata, donde la presencia egipcia está documentada sólo con Ugaf y con Sejemre-Jutauy, al principio de la dinastía, pero de donde ya no volvemos a tener noticias. En Biblo, en cambio, la hegemonía egipcia se mantuvo vigente medio siglo, como mínimo, hasta el reinado de Neferhotep I. Con todo, lo más grave fue el retroceso del

poder real en el Delta. Aquí, en la ciudad de Xois, ubicada en el Delta occidental, tuvieron su sede según Manetón los reyes de la Dinastía XIV, los cuales habrían reinado después de la Dinastía XIII, siempre según el mismo historiador. No obstante, nada sabían los egiptólogos de esta dinastía, lo cual no debe sorprender, dada la característica falta de información arqueológica procedente del Delta hasta hace bien pocos años. De todos modos, como veremos, pronto se supo que la Dinastía XIV xoíta no pudo suceder a la Dinastía XIII, de modo que los egiptólogos debieron resignarse a considerar ambas dinastías como contemporáneas, aunque sin saber nada de preciso sobre la XIV. Poco a poco, sin embargo, los egiptólogos han debido rendirse a la evidencia de que, desde principios del Segundo Período Intermedio, el Bajo Egipto no sólo escapó en gran parte al control del poder central, sino que incluso se fragmentó políticamente en varias ciudades-estado. Así, la también poderosa clase media urbana surgida a la sombra de las reformas económicas de la Dinastía XII tomó el poder en algunas de las ciudades del Delta, reproduciendo en cierto modo en el mismo la situación que ya había conocido en el Período Predinástico, y mostrando una vez más la vitalidad y la importancia de la sociedad urbana del Bajo Egipto, tantas veces ignorada por ciertos historiadores. Más aún, sabemos que algunos de los gobernadores de estas ciudades del Delta, más o menos independientes del poder central, llegaron a inscribir sus nombres en cartuchos como si de auténticos faraones se tratase. Es así, parece, como hay que explicar la proliferación en la zona del Bajo Egipto de numerosos nombres reales, muchas veces inscritos sobre escarabeos, de los que no sabemos nada más. Y es aquí donde encaja la Dinastía XIV manetoniana, tal vez la primera en protagonizar, en Xois, una secesión frente a la autoridad de la Dinastía XIII, o tal vez el más importante de estos movimientos de secesión que pudo convertir a Xois en la capital de todos ellos.

Sea como sea, el estado actual de nuestros conocimientos nos impide seguir hipotetizando más, con un mínimo de verosimilitud. Ignoramos cuál era la relación entre ellos de los distintos dinastas del Delta, e incluso el grado de su independencia real con respecto a la Dinastía XIII. Sólo estamos relativamente seguros de que esta situación se mantendría durante la dominación de los hicsos, como tendremos ocasión de ver. Pero ignoramos en cambio en qué momento preciso se inició la secesión y empezó la Dinastía XIV (1700-1645).

Salvo estas excepciones, la situación se mantuvo aunque degradándose lentamente, al tiempo que los reyes se sucedían en el trono vertiginosamente.

El final de la Dinastía XIII y el comienzo de la penetración asiática

El personaje más importante de la Dinastía XIII no es, significativamente, un rey, sino el visir Anju, el cual está ya documentado durante el reinado de Jendyer, rey por cierto de origen asiático. Anju es, sin duda, el máximo ex-

ponente del poder político alcanzado por los cuadros administrativos durante el Segundo Período Intermedio, y durante su visirato la Dinastía XIII alcanzó un breve resurgimiento, que coincide con el reinado de Sebekhotep III (1744-1740). Este resurgimiento es, en efecto, apreciable en la actividad constructora y administrativa a nombre de este monarca. La documentación administrativa de esta época, por cierto, nos permite constatar la presencia en Egipto de numerosos asiáticos que se encontraban al servicio de altos oficiales egipcios, lo cual no puede dejar de recordarnos el episodio de José entrado al servicio de Putifar, conocido por la Biblia.

El siguiente soberano fue Neferhotep I (1740-1730), personaje de origen plebeyo que tuvo un reinado excepcionalmente largo, que marca el momento culminante de la Dinastía XIII. La documentación contemporánea nos informa que la autoridad egipcia se ejercía aún en Biblo y alcanzaba, por el sur, la 1.ª catarata. Uno de sus sucesores fue su hermano Sebekhotep IV, durante cuyo reinado el gobierno estuvo en manos del visir Iymeru, miembro de la familia de Anju. Ello prueba que el poder político había sido acaparado por esta familia a mediados de la Dinastía XIII, y que ante la inexistencia de un auténtico poder real, se había formado una dinastía de visires.

Es aproximadamente en esta época cuando debió producirse la ocupación por los hicsos de la localidad del Delta oriental destinada a convertirse en su capital, Ávaris, la actual Tell el-Daba. El documento que nos informa de este hecho es la llamada *Estela del año 400,* la cual conmemora la fundación del templo del dios Set en Ávaris. Sabemos que quienes instauraron el culto a Set en esa ciudad del este del Delta fueron los hicsos, de modo que la fundación de su templo hubo de seguir necesariamente de poco tiempo el momento de la efectiva ocupación de Ávaris por los hicsos. La *Estela del año 400* fue erigida durante el reinado de Rameses II, pero copiaba un texto que debía remontar al reinado de Horemheb (1333-1305). Por consiguiente, la ocupación de Ávaris por los hicsos y la fundación en ella del templo de Set han de situarse, tentativamente, a partir del año 1730.

Hasta este momento no hay en Egipto indicios de la reaparición de una aristocracia feudalizante. Los nomos seguían estando en manos de oficiales del Estado, y la administración mantenía intacto su poder dentro del mismo. Con todo, hay que recordar la gradual descomposición del poder del Estado en el Delta, sustituido por el de las ciudades-estado representado por la Dinastía XIV de Xois en primer lugar, y después por el de los hicsos. A partir de este momento, los documentos de los reyes sucesivos de la Dinastía XIII se hacen cada vez más escasos. Uno de ellos, Yayebi, fue un visir que se hizo coronar rey.

Frente al creciente poder asiático, se aceleró la decadencia dinástica, hasta el punto de que Iy (1700-1676), monarca que gozó de un largo reinado, era ya claramente vasallo de los hicsos. Sus sucesores no han dejado casi documentos, y llegamos así al reinado de Tutimeo, durante el cual, según el testimonio de Manetón, los hicsos ocuparon Menfis y, seguramente,

Ittauy, plaza ésta que fue abandonada inmediatamente como capital y que no tardó en desaparecer. Este importante acontecimiento, que cabe situar en torno al año 1644, significa la toma del poder por parte de los hicsos, quienes fundaron la Dinastía XV.

Los últimos monarcas de la Dinastía XIII no fueron más que insignificantes reyezuelos, tributarios de los hicsos, que siguieron reinando en el Alto Egipto hasta probablemente los alrededores del año 1633. En cuanto a la Dinastía XIV, debió mantenerse en el poder en Xois hasta cerca del año 1645 como vasalla de los hicsos, hasta que los reyes nativos acabaron por ser sustituidos por jefes asiáticos, en una fecha que por ahora nos es difícil determinar.

Los hicsos y su origen

Ha llegado el momento de intentar explicar quiénes eran los hicsos, a los cuales ya nos hemos referido en varias ocasiones pero sin ocuparnos de ellos. Según Manetón, la palabra *hicso* significa *rey pastor:* se trataría de un pueblo desconocido, que se apoderó de Egipto por sorpresa y trató a los indígenas con gran crueldad. Veamos seguidamente el pasaje manetoniano:

Bajo su reinado *(de Tutimeo),* no sé cómo, la cólera divina sopló contra nosotros y de pronto, desde el oriente, un pueblo de raza desconocida tuvo la audacia de invadir nuestro país y, sin dificultades ni combates, se apoderó de él a la fuerza. Se apoderaron de los jefes, incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron a los indígenas con la mayor crueldad, degollando a unos, llevándose como esclavos a los niños y a las mujeres de los demás. Al final, llegaron a hacer rey a uno de los suyos llamado Salitis. Este príncipe se estableció en Menfis, imponiendo tributos al país y dejando una guarnición en las plazas más convenientes. Sobre todo fortificó las regiones del este, ya que preveía que los asirios, más poderosos algún día, atacarían a su reino por allí. Como hubiera encontrado en el nomo Setroítes una ciudad de una posición muy favorable situada al este del brazo Bubástico y llamada Ávaris según una antigua tradición telógica, la reconstruyó y la fortificó con murallas sólidas...

Al conjunto de esta nación lo llamaban hicsos, es decir «reyes pastores». Porque «hic» en la lengua sagrada significa «rey» y «sos» quiere decir «pastor» en singular, y en plural en la lengua vulgar; la unión de estas palabras forma hicsos.

(Manetón, fragmento 42 de la edición de Waddell, traducción según Briend, *Israel et Juda vus par les textes du Proche-Orient Ancien,* París, 1982)

Según el historiador judío Flavio Josefo, quien ha conservado el texto íntegro de Manetón referente a ellos, los hicsos no eran otros que los hebreos. Sobre esta cuestión habremos de volver.

En realidad, la palabra *hicso* no es más que la deformación de *heqa-jasut,* expresión egipcia que significa *jefe de países extranjeros,* designación de los jefes de las tribus semitas de Palestina y Siria en las fuentes egipcias a partir de comienzos del Imperio Medio, y que encontramos utilizada, por ejemplo, ya en la *Historia de Sinuhé.*

La dominación de los hicsos fue provocada por la infiltración lenta y pacífica en el Delta, desde Palestina, de elementos semitas, más exactamente cananeos o amoritas, los cuales eran a su vez empujados por importantes movimientos étnicos que estaban teniendo lugar en esta época en todo el Próximo Oriente asiático. Esta penetración sabemos que se inició ya durante el reinado de Amenemes III, de la Dinastía XII, y se aceleró aprovechando la debilidad de la Dinastía XIII, en un movimiento que nos recuerda esta vez la instalación de los hijos de Jacob en Egipto, tal y como la narra la Biblia.

En todo caso, ha de quedar claro que el nombre de hicsos conviene sólo a sus jefes y reyes; a los invasores, los egipcios les llamaban simplemente asiáticos. La administración egipcia, con el visir al frente, había asegurado el buen gobierno del interior del país. No obstante, Egipto echó en falta la presencia de auténticos líderes políticos, capaces de adoptar decisiones importantes e incluso difíciles cuando hiciese falta. Los reyes *de paja* de la Dinastía XIII no fueron, por supuesto, estos líderes, pero tampoco lo fueron los visires ni los altos cargos de la administración del Estado. Es así que Egipto careció, en realidad, de auténticos dirigentes a comienzos del Segundo Período Intermedio, y que sólo ello parece explicar la lenta decadencia del país y el retroceso del poder del Estado. Los jefes hicsos, que después de haberse instalado en Ávaris habían ido extendiendo su poder por toda la zona oriental del Delta de forma lenta pero segura, se dieron perfecta cuenta de la situación. Muchos asiáticos ocupaban además cargos de responsabilidad en la administración egipcia desde hacía muchos años. Finalmente, sintiéndose suficientemente fuertes, decidieron apoderarse del trono faraónico, de la capital y del gobierno.

Aparentemente, pues, el acceso al poder de los hicsos es más un cambio dinástico o un golpe de estado que una invasión repentina. Sin embargo, para extender su poder los hicsos hubieron sin duda de vencer algunos focos de resistencia más o menos organizada de los indígenas. Y ello hubo de provocar una inevitable secuela de destrucciones, incendios, crueldades y matanzas, que serían más o menos frecuentes.

Obviamente, una vez afianzado su poder, los hicsos gobernaron con dureza a los indígenas, imponiendo impuestos a sus súbditos egipcios y tributos a los reyezuelos indígenas del sur. De todos modos, también hay que reconocer que mantuvieron la actividad de la administración con funcionarios indígenas, que su gobierno no debió ser tan bárbaro como posteriormente se dijo y que incluso fue más o menos tolerado por los súbditos egipcios. A favor de estas últimas consideraciones podemos esgrimir sobre todo la evidencia de la continuidad en la vida del país.

De hecho, los hicsos se limitaron a aprovechar el aparato del Estado egipcio en beneficio propio, contando para ello con colaboradores indígenas —colaboracionistas, en definitiva, como siempre los encuentran las fuerzas ocupantes de cualquier país. Los jefes hicsos se constituyeron, pues, en una aristocracia superpuesta a la sociedad egipcia, del mismo modo que muchos siglos más tarde los visigodos se superpondrían a la sociedad hispano-romana.

Además, los reyes hicsos se egiptizaron más o menos superficialmente, construyeron algunos monumentos y se hicieron representar en estatuas y relieves. Poseemos gran abundancia de escarabeos a su nombre, amuleto éste que es precisamente ahora cuando alcanza una gran popularidad que ya no volverá a perder hasta el final de la historia egipcia. Algunas copias de obras famosas egipcias, literarias o científicas —como el célebre *Papiro matemático Rhind*— datan precisamente de época de los reyes hicsos, como ya hemos comentado en el capítulo anterior. Finalmente, es importante tener en cuenta que los reyes hicsos adoptaron el protocolo faraónico. No obstante, también hay que reseñar que si bien el *Canon Real de Turín* enumera a los hicsos entre los reyes de Egipto, con todo no llama a cada uno de ellos *Rey del Alto y Bajo Egipto* como hace con los faraones legítimos, sino que les denomina precisamente *hicsos,* distinguiéndoles claramente de los genuinos monarcas egipcios. Veamos un fragmento de la lista real citada:

10.20 Jefe de país extranjero *(hicso)* Jamudy.

10.21 Total, Jefes de país extranjero, 6, que hicieron ciento ocho años de reinado.

(Papiro de Turín, traducción según la edición de A. Gardiner, *The Royal Canon of Turin,* Oxford, 1959, 10, 20-21)

Las dinastías XV y XVI y el Imperio de los hicsos

Los reyes hicsos más importantes constituyeron una dinastía, conocida como la de los *Los Grandes Hicsos,* que es la Dinastía XV de Manetón: estuvo formada por seis reyes que gobernaron un total de 108 años, según el *Papiro de Turín,* aproximadamente del 1644 al 1537. Sin embargo, conocemos la existencia de otros jefes hicsos, los llamados *Pequeños Hicsos,* cuyos nombres nos son conocidos sobre todo por escarabeos procedentes de la zona del Delta y que eran vasallos de los *Grandes Hicsos,* pero de los que no sabemos prácticamente nada. Estos *Pequeños Hicsos* fueron agrupados por Manetón en la Dinastía XVI (1645-1537), que ha de ser sensiblemente contemporánea de la XV, y actualmente suponemos que se trataba de pequeños dinastas locales que se establecieron en el Delta a favor de la fragmentación política del mismo. Es posible que los *Pequeños Hicsos* de la Dinastía XVI en un proceso gradual pero rápido acabasen suplantando a los reyes y reyezuelos de la Dinastía XIV, en el ejercicio del poder en amplias zonas del Delta.

El Imperio de los hicsos abarcaba Egipto y Palestina, documentándose aquí su presencia sobre todo por el frecuente hallazgo de escarabeos a su nombre. La capital de este imperio se hallaba en Ávaris, la actual Tell el-Daba, en el Delta oriental, donde las recientes excavaciones han descubierto pinturas minoicas al fresco usadas como decoración parietal, así como la cultura típicamente cananea de los hicsos, puesta de manifiesto tanto por las armas y los objetos de uso corriente como por el ritual de enterramiento. Las pinturas al fresco mencionadas implican la existencia en Ávaris de una importante colonia de artesanos minoicos, del mismo modo que también los había ya en esta época en la zona de la costa septentrional de Siria en lugares como Alalaj. Todo ello podría demostrar, pues, las estrechas relaciones existentes entre los hicsos y la Creta minoica, cuya cultura irradiaba de modo intenso por entonces hacia diversas áreas del Mediterráneo oriental. Pero demuestra también que los ocupantes de Ávaris seguían siendo perfectamente extranjeros y que su egiptización no pasaba de ser superficial.

Los hicsos reconocieron en el dios egipcio Set a una de sus divinidades, probablemente Baal, a la cual rindieron culto junto a su consorte Anat. Esta anómala identificación de la suprema divinidad de los hicsos ni más ni menos que con la personificación del mal en el panteón egipcio no dejaría de traer problemas, y por supuesto no favoreció la convivencia pacífica de cananeos y egipcios.

Los reyes y jefes hicsos llevaron en su mayoría nombres típicamente semitas, y en particular cananeos, tales como Anat-her o Jacob-her. Sólo en un momento ya avanzado algunos de ellos adoptaron nombres egipcios, como Apofis. Las fuentes egipcias, por otro lado, han conservado el recuerdo de que los hicsos poseían un armamento más potente que el egipcio. Más concretamente, fueron los hicsos quienes introdujeron en Egipto nuevas armas terriblemente eficaces, tales como el carro de combate y el caballo, las cuales sin duda favorecieron al principio su dominación. No obstante, pronto aprenderían los egipcios a manejarlas, de modo que estas mismas armas acabarían por volverse contra los mismos cananeos.

Poco sabemos de los primeros reyes hicsos de la Dinastía XV: el fundador de la dinastía es Salitis, contemporáneo según Manetón del Tutimeo de la Dinastía XIII. Tanto Salitis como su sucesor Jacob-her ejercieron su soberanía sobre todo el Alto Egipto, manteniendo bajo vasallaje a los últimos reyes de la Dinastía XIII y a los primeros de la Dinastía XVII, y se aliaron con alguno de los reinos independientes que se habían formado en Nubia.

El primer rey hicso bien conocido es el sucesor de Jacob-her, llamado Jyan, nombre que podría no ser otro que Juan. Monumentos a nombre de Jyan se han encontrado no sólo en el Alto y el Bajo Egipto, así como en Palestina, sino también en Creta —en Cnoso—, en Anatolia —en Hattusa— y en Mesopotamia —en Bagdad—. De todo ello se deduce que Jyan debió ser un poderoso monarca, en el cenit del poder hicso, que poseía una amplia red de relaciones comerciales internacionales, lo cual desmiente la visión tradi-

cional que se tenía al respecto, encajando por el contrario toda esta documentación con la posible presencia incluso de una colonia minoica —cretense— en la misma Ávaris.

Jyan es, además, el primer rey hicso de quien conocemos su protocolo faraónico completo, siendo de destacar que adoptó un *praenomen* solar —con el nombre de Re. Su poder alcanzaba el Alto Egipto, pero no Nubia. En Nubia, tras la retirada del poder egipcio de la Dinastía XIII, se habían ido formando una serie de reinos independientes, más o menos culturalmente egiptizados, de entre los cuales el más importante parece haber sido el que tenía la capital en Kerma, en la 3.ª catarata. Este reino indígena de Kerma mantuvo relaciones con los primeros reyes hicsos, con los cuales probablemente se alió. Algún tiempo después, sabemos que un indígena egiptizado, llamado Nedyeh, organizó un reino independiente de Cush, con capital en Buhen, en la 2.ª catarata. Este reino se extendía desde Elefantina hasta Kerma, y Nedyeh contó, para organizarlo, con la asistencia de funcionarios egipcios, y con la de mercenarios egipcios para defenderlo, gracias al control que ejercía sobre las ricas minas de oro de la región.

El sucesor de Jyan fue Apofis I, que reinó más de cuarenta años, siendo sin duda el mejor conocido de los hicsos. Su soberanía en el Alto Egipto era aún reconocida como mínimo en el año 33 de su reinado, puesto que el *Papiro matemático Rhind* ostenta esta fecha y procede del Alto Egipto. Pero es que, de hecho, Apofis I sostuvo buenas relaciones con sus vasallos de la Dinastía XVII tebana durante la mayor parte de su reinado, como lo prueba el hecho de que una hija suya se casase con algún miembro de la familia real tebana.

Apofis I fue el primer rey hicso que adoptó un nombre genuinamente egipcio, y sus relaciones comerciales con el exterior siguieron desarrollándose, como lo demuestra especialmente el hallazgo de un magnífico vaso de mármol inscrito a su nombre nada menos que en Almuñécar (provincia de Granada, España). Esto no quiere decir que los hicsos tuviesen relaciones directas con la Península Ibérica, pero tal vez sí indirectas, aunque también hay que reconocer la posibilidad de que este vaso llegase a las costas españolas mucho más tarde, llevado allí por los colonizadores fenicios.

Las hostilidades de los hicsos con los reyes tebanos empezarían, de todos modos, muy poco después, durante los últimos años del reinado del propio Apofis I.

La Dinastía XVII tebana y la guerra de liberación contra los hicsos

Poco antes del año 1630 se había organizado en Tebas un pequeño reino, regido por los soberanos de la Dinastía XVII. Esta dinastía está integrada por unos quince reyes que reinaron en total unos 80 años. Muy poco sabe-

mos de los primeros monarcas de esta dinastía, aunque recientes estudios han venido a demostrar que en el Alto Egipto la documentación de la Dinastía XVII sucede sin solución de continuidad a la de la Dinastía XIII. Por consiguiente, hay que subrayar que esta continuidad en la acción de gobierno de las dos dinastías indica que la una sucedió a la otra hacia el año 1633, sin que sin embargo podamos precisar las circunstancias históricas del acontecimiento, y ni tan sólo sepamos si había algún vínculo que las uniese.

Los soberanos de la Dinastía XVII (1633-1552) dispusieron de escasos recursos; sin embargo, y en la medida de sus posibilidades, se dedicaron a restaurar monumentos antiguos y propiciaron un renacimiento artístico muy provincial y falto de medios. Poco más sabemos de los primeros reyes de la Dinastía XVII, salvo que fueron vasallos de los hicsos y que posteriormente serían considerados como antecesores de los reyes de la Dinastía XVIII por estos mismos. Todos ellos debieron hacerse enterrar en Tebas-Oeste, en la necrópolis de Dra Abu'l-Naga, bajo pequeñas pirámides de adobe, aunque sólo se han encontrado las tumbas de ocho de ellos.

El fundador de la Dinastía XVII fue Inyotef V. Su sucesor fue Rahotep, quien debió ser contemporáneo del hicso Jacob-her y del que sólo conocemos trabajos de restauración emprendidos en sus dominios del Alto Egipto, dominios que iban de la zona de Abido hasta el norte de Elefantina. Es sorprendente la similitud geográfica del reino tebano de la Dinastía XVII con su precedente, el reino tebano de la Dinastía XI durante el Primer Período Intermedio. Esta similitud es asimismo realzada por el hecho de que el reino tebano del Primer Período Intermedio fue el forjador del Imperio Medio, mientras que el reino tebano del Segundo Período Intermedio será el forjador del Imperio Nuevo. No obstante, los paralelismos históricos acaban aquí, ya que la estructura política de ambos reinos era radicalmente diferente: así, mientras podemos recordar que el reino tebano de la Dinastía XI era un estado feudal, el de la Dinastía XVII en cambio mantuvo férreamente las estructuras centralizadas dentro de su reducido ámbito espacial. Esta circunstancia nos es conocida especialmente por el decreto de Inyotef VII encontrado en el templo de Min en Coptos. Este decreto refleja, en efecto, el poder absoluto del monarca tebano en el interior de su pequeño reino. Inyotef VII es, sin duda, uno de los mejor conocidos de los soberanos de la Dinastía XVII: recordemos que en las paredes de su pirámide se supone que se encontraba, pintado, el *Canto del Arpista.*

Durante el reinado de Taa II el Bravo, el *Papiro Sallier I* nos narra que debió producirse el estallido de la guerra entre Tebas y los hicsos. Este papiro nos ofrece, de todos modos, sólo una versión novelada de los acontecimientos, según la cual las hostilidades estallaron al protestar el rey hicso Apofis I ante el tebano Taa II por el mantenimiento por parte de éste en Tebas de la ceremonia del arponeo ritual del hipopótamo, ya que

éste era considerado un animal sagrado de Set. Leamos ahora una parte del mensaje remitido por Apofis I a Taa II:

El mensajero del rey Apofis, ¡que tenga vida, salud y fuerza!, llegó hasta el príncipe de la ciudad del sur *(Tebas).* Se le condujo a presencia del príncipe de la ciudad del sur. Entonce éste dijo al mensajero del rey Apofis, ¡que tenga vida, salud y fuerza!: «¿Por qué has sido enviado a la ciudad del sur? ¿Por qué has emprendido este viaje hasta mí?». Y el mensajero le respondió: «Mira, el rey Apofis, ¡que tenga vida, salud y fuerza!, es quien me envía a ti para decir: Haz que todo el mundo se aparte del estanque de los hipopótamos, que está al este de la Ciudad *(Tebas),* porque me impiden dormir de día y de noche».

(Papiro Sallier I, traducción de Lefebvre, *Romans,* cit.)

Sea cual sea el valor histórico que haya que acordar a esta narración, que justifica el comienzo de la guerra por razones exclusivamente religiosas, lo cierto es que Taa II logró expulsar totalmente el poder hicso del Alto Egipto, estabilizando el frente en Cusas, al norte de Asiut. De todos modos, el soberano pagó un alto precio, ya que las horribles heridas que muestra la cabeza de su momia prueban que Taa II murió en combate.

Su hijo y sucesor Kamose decidió expulsar a los hicsos de Egipto, en contra de la opinión de sus cortesanos, apenas subió al trono. Los detalles de las operaciones llevadas a cabo por Kamose son conocidos por la *Tableta Carnarvon,* así como por dos estelas complementarias erigidas por el propio rey en Karnak, fechadas en el año 3 de su reinado. Veamos a continuación sendos fragmentos de cada una de ellas:

El victorioso rey en Tebas, Kamose, dotado de vida por siempre, era el rey bienhechor. Re, él mismo *(le había hecho)* rey y le había otorgado el poder en verdad.

Su Majestad habló en palacio al Consejo de los Grandes que están en su séquito: «Yo estoy informado de lo que es mi poder. Un príncipe está en Ávaris, otro en Kush y yo me siento en asociación con un Aamu y un Nubio. Cada uno de ellos posee su parte de este Egipto, repartiendo el país conmigo. Yo no puedo llegar hasta Menfis, las aguas de Egipto. Mira, él tiene Shemun y nadie puede establecerse, al ser despojado por los impuestos de los Setyu. Yo combatiré con él de manera que pueda abrirle el vientre. Mi deseo es salvar a Egipto y derrotar a los asiáticos».

Entonces los Grandes de su Consejo hablaron: «Mira, los asiáticos ocupan hasta Cusas; ellos se han despojado de su lengua y hablan de una manera idéntica, pero nosotros tenemos nuestra parte de Egipto. Elefantina es fuerte y el centro *(del país)* está con nosotros hasta Cusas. Se labran para nosotros las mejores de sus tierras; nuestro ganado pasta en el Delta; el grano es enviado para nuestros cerdos, nuestro ganado no ha sido robado... Él posee la tierra de los Aamu, nosotros poseemos Egipto. Pero en

caso de que alguno venga para *(obrar contra nosotros),* entonces nosotros actuaremos contra él».

Ellos desagradaron a Su Majestad. «En cuanto a este consejo vuestro... ante mí, yo no he... que divide la tierra conmigo... estos asiáticos que... de su mano, yo navegaré hacia el norte para *(combatir contra)* los Aamu; el éxito vendrá... el país todo entero *(aclamará)...* al rey victorioso en Tebas, Kamose, el protector de Egipto.»

(Primera estela de Kamose, traducción según Briend*, Israel,* cit.)

Yo capturé su mensaje más allá del Oasis, viajando al sur hacia Kush, en una carta escrita. Encontré en ella esto que sigue por escrito de la mano del soberano de Ávaris: «Auserre, hijo de Re, Apofis, saludo a mi hijo el príncipe de Kush. ¿Por qué te has alzado como soberano sin hacérmelo saber? ¿Has visto lo que Egipto ha hecho contra mí? El soberano que está en su interior, Kamose, el victorioso, dotado de vida, me ataca en mi territorio, pero yo no le he atacado de la misma manera que él ha actuado contra ti. Él ha elegido los dos países para acosarlos, mi país y el tuyo, y él los ha destruido. Ven, navega río abajo, no temas. Mira, él está aquí junto a mí; nadie te pondrá obstáculos en este Egipto, pues no le dejaré el camino *(libre)* hasta que tú llegues. Luego repartiremos las ciudades de Egipto y el país de Nubia se alegrará».

(Segunda estela de Kamose, traducción según Briend*, Israel,* cit.)

Kamose reforzó su ejército con mercenarios medyau, quienes parece que eran un pueblo de origen nubio pertenecientes al Grupo C, que se instalaron en el Alto Egipto durante la Dinastía XVII, caracterizándose por sus sepulturas denominadas *Pan-Graves* por los arqueólogos. En un primer momento Kamose atacó a los hicsos en Nefrusi, cerca de Beni Hasan. Ulteriormente arrasó el reino de Cush, en Nubia, para cubrirse las espaldas, tras lo cual atacó y venció al rey hicso Apofis I, llegando a sitiar la misma Ávaris y a saquear la región.

Apofis I envió entonces mensajeros, por los oasis líbicos, al nuevo rey de Cush que acababa de subir al trono, pidiéndole que uniesen sus fuerzas contra los egipcios. Pero uno de los mensajeros fue interceptado, lo que permitió a Kamose conocer los planes de sus enemigos e impedir la unión de las fuerzas asiáticas y nubias.

No tenemos más informaciones de Kamose, y es dudoso que hubiese emprendido nuevas operaciones contra Cush. Lo cierto es que la fecha más alta de su reinado es el año 3, y que debió morir prematuramente, dejando el trono a su hermano Amosis que debía tener por entonces unos diez años de edad. Por su parte, Apofis I había sido expulsado antes de su muerte del Egipto Medio, encontrándose por entonces el límite meridional de su reino en la zona del Fayum.

Amosis y la expulsión de los hicsos de Egipto

Los dos últimos reyes hicsos de la Dinastía XV, Apofis II y Jamudy, son ya contemporáneos de Amosis (1552-1527). Éste reemprendió la guerra en el año 11, enfrentándose a Jamudy (1542-1537). Sucesivamente, Amosis tomó Ávaris y expulsó a los hicsos de Egipto, no sólo a Jamudy sino también a Apofis III, considerado como el último rey de la Dinastía XVI, la de los Pequeños Hicsos. Las operaciones militares no acabaron sin embargo aquí, puesto que Amosis persiguió a los hicsos hasta Palestina, asediándoles en Sharuhen y tomando la plaza tras un asedio de tres años, según el testimonio por desgracia excesivamente lacónico dejado por un oficial llamado Amosis, hijo de Abana, en su tumba de El-Kab. Vamos a leer a continuación el testimonio en cuestión:

El jefe de una tripulación, Amosis, hijo de Abana, el triunfador, dice:

Hablo a todos los humanos para que sepáis los favores que he recibido. Se me concedió oro siete veces en presencia de todo el país, y esclavos y esclavas de la misma manera, y se me dieron en propiedad muchísimos campos. La reputación de un valiente procede de lo que hizo, sin que desaparezca jamás en este país.

Así habla:

Me eduqué en la ciudad de el-Kab, siendo mi padre soldado del Rey del Alto y Bajo Egipto: SeqenenRe, el victorioso, siendo su nombre Bebe, hijo de *(la mujer)* Roonet. Después serví como soldado en su lugar en el barco «El Toro Salvaje», en tiempos del Señor de los Dos Países: Neb-pehti-Re, el victorioso, *(Amosis)* cuando yo era *(aún)* un muchacho, antes de que tomara mujer, *(pero)* mientras yo dormía *(todavía)* en una hamaca de red.

Pero cuando hube fundado una familia se me trasladó al barco «Habitante del Norte», porque yo era valiente. Así solía acompañar al Soberano —¡vida, prosperidad, salud!— a pie, siguiéndole en sus excursiones en su carro de guerra. Cuando se sitió la ciudad de Ávaris, mostré coraje a pie en presencia de su majestad. Por lo tanto, me asignaron al barco «Aparecimiento en Menfis». Después se luchó en el agua del canal Pa-Djedku de Ávaris. Entonces efectué una captura y tomé una mano. Se informó al heraldo real. Entonces, se me concedió el Oro del Valor. De nuevo se combatió en el mismo sitio. Entonces efectué otra captura y tomé una mano. Por lo tanto, se me concedió nuevamente el Oro del Valor.

Después se luchó en el Egipto que hay al sur de esta ciudad. Tomé un hombre *(como)* prisionero vivo. Bajé al agua —él fue capturado en el lado de la ciudad— y crucé el agua conduciéndole. Se informó al heraldo real. Otra vez se me concedió el oro.

Después Ávaris fue saqueada. Me llevé botín de ella: un hombre, tres mujeres, un total de cuatro personas. Luego su majestad me los dio por esclavos.

Después Sharuhen fue sitiada durante tres años. Luego su majestad la saqueó. Por lo tanto, me llevé botín de allí: dos mujeres y una mano. Se me concedió el Oro del Valor, y se me entregó el botín para que fuesen esclavas.

Después que su majestad hubo matado a los asiáticos, zarpó hacia el sur, hacia Jenti-hen-nefer, para destruir a los nómadas nubios...

(Amosis hijo de Abana, *Biografía,* traducción de J. A. Wilson, en Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts,* cit.)

En reconocimiento a sus méritos guerreros y como a libertador de Egipto del yugo extranjero, Manetón hace inaugurar una nueva dinastía a Amosis, la Dinastía XVIII, y los egiptólogos le reconocen como el fundador del Imperio Nuevo.

Los tiempos del dominio asiático quedaron siempre en el recuerdo de los egipcios, y su expulsión provocó por primera vez en la historia una oleada de entusiasmo patriótico entre la población. Las desgracias de esta época fueron, de todos modos, exageradas a partir del Imperio Nuevo, de manera que asistimos a la creación de una auténtica leyenda negra cuyo primer testimonio lo tenemos en Hatshepsut y que llega hasta Manetón, verdadero postrer testimonio de la misma. Esta leyenda negra tiene su justificación, puesto que era la primera vez que Egipto había sido gobernado por extranjeros. Su pervivencia fue, en todo caso, realmente útil y alentada por la propaganda patriótica cada vez que, en tiempos ulteriores, Egipto volvería a ser ocupado y gobernado por pueblos extranjeros. En tales ocasiones, y puesto que la crítica directa al gobernante extranjero sería excesivamente peligrosa, reaparecían los ataques a los asiáticos, a los hicsos, convertidos en metáfora y en paradigma de los males que el dominio extranjero acarreaba a Egipto.

Llegados a este punto, creemos útil replantearnos el valor histórico del relato del Antiguo Testamento referido a este momento. Nos referimos, como es obvio, a la historia de José y al establecimiento de los hijos de Jacob en Egipto. Estos hechos han sido tradicionalmente localizados en el período hicso por los tratadistas de la Biblia, mientras que los egiptólogos optan normalmente por silenciarlos alegando que las fuentes egipcias no dan pie a ocuparse de los mismos, si bien es cierto que hay entre los egiptólogos honrosas excepciones que también se han ocupado del problema. La cuestión es, nos parece, que el mismo Antiguo Testamento constituye, en sí mismo, una fuente histórica excesivamente importante para la historia de Egipto, y que por consiguiente no es lícito marginarla con la excusa de que es una fuente extranjera. Porque el hecho de que las tradiciones bíblicas poseen un valor histórico incuestionable ha sido puesto de manifiesto estos últimos años especialmente por los hallazgos de Ebla y de Ugarit, los cuales les han dado nueva autoridad demostrando que sin duda se trata de antiguas tradiciones que han sido puestas por escrito.

Desde esta perspectiva se nos ha ocurrido pensar que tal vez el relato de los hijos de Jacob no sea un simple episodio a situar durante la ocupa-

ción por los hicsos de Egipto, como ha venido sosteniéndose hasta ahora, sino la versión asiática, semita, y por consiguiente edulcorada, de la ocupación de Egipto por ellos mismos. Por consiguiente, podríamos tener un mismo hecho, a saber, el dominio asiático, hicso, de Egipto, y dos versiones del mismo más o menos falseadas. Por un lado, la versión egipcia, tremendista, representada en última instancia por Manetón. Por otro lado, la versión cananea o asiática, edulcorada, que ha llegado a nosotros recogida por el Antiguo Testamento. Vemos pues, que Flavio Josefo podría tener, como mínimo, un poco de razón: si los hicsos no eran exactamente los judíos, sí podrían estar representados en la Biblia por la tradición del establecimiento de los hijos de Jacob en Egipto. Esta tradición habría pasado a formar parte del fondo legendario común de los pueblos cananeos de Palestina y de ahí la habría tomado el pueblo hebreo al componer sus textos sagrados, de manera bien legítima puesto que originariamente el pueblo hebreo no era sino uno más de los pueblos cananeos del sudoeste de Asia.

Del mismo modo nos cabe aquí replantearnos por primera vez el problema histórico del Éxodo. Para comprender la cuestión es preciso tener en cuenta que hace ya muchos años que los exégetas de la Biblia saben que existen dos versiones distintas del Éxodo, versiones que están yuxtapuestas y mezcladas en el relato del Antiguo Testamento tal y como ha llegado hasta nosotros, pero que pueden separarse ya que el autor de una de las versiones siempre que menciona a Dios le llama por su nombre propio, es decir, Yahweh, y de ahí que los exégetas le conocen como el Yahwista. Mientras que el autor de la segunda versión cuando debe referirse a Dios le designa mediante el nombre común Elohim, y por ello es conocido como el Elohista. Estas dos versiones se mantuvieron independientes la una de la otra hasta que se decidió unificarlas en una época avanzada, cuando se compuso el texto canónico del Éxodo, por razones que ahora no vienen al caso. Lo que sí viene al caso es la posibilidad altamente razonable de que estas dos versiones del Éxodo, tenazmente conservadas hasta que se decidió unificarlas, respondan a la realidad histórica de dos éxodos distintos. Ya que los dos éxodos tienen características claramente distintas. Mientras que el Éxodo según el Yahwista fue rápido y por la costa, con el ejército del faraón pisándoles los talones, el Éxodo narrado por el Elohista fue subrepticio, intentando pasar desapercibido de los egipcios, y lento, puesto que duró cuarenta años, vagando por el desierto y pasando por el sur de la Península del Sinaí. Si admitimos, pues, la posibilidad de que hubiese habido dos éxodos históricamente distintos, se nos abre la posibilidad de que el primero, el del Yahwista, no fuese sino la versión asiática, cananea, de la expulsión y la persecución de los hicsos por Amosis. En este marco podemos entender el episodio del faraón y su ejército ahogándose en el mar Rojo como un simple recurso literario para intentar arreglar, mediante un milagro, lo que en realidad

acabó fatalmente para los asiáticos. Sólo nos cabe añadir al respecto que no sólo sabemos que ningún faraón pereció ahogado en el mar Rojo, sino que además ya hemos visto que la maravilla de levantar las aguas para poder andar por el fondo es un recurso tomado de la misma literatura egipcia, puesto que puede leerse algo semejante hecho por un mago egipcio en el *Papiro Westcar.*

13. Los comienzos del Imperio Nuevo

Panorama internacional del Próximo Oriente a mediados del segundo milenio

A mediados del siglo XVI, momento en que en Egipto empieza el Imperio Nuevo, todas las grandes potencias del Próximo Oriente están ya en contacto entre ellas. Como acertadamente ha dicho el asiriólogo Garelli, *por primera vez en la Historia, el equilibrio entre las potencias no viene del vacío que aísla a los principales protagonistas, sino de sus presiones convergentes.*

Veamos cuáles son estos protagonistas, enumerándolos de oeste a este y de norte a sur:

Empezaremos por mencionar Grecia, donde los aqueos han dado vida al mundo micénico, que está entrando ahora lentamente en la Historia. Un poco al sur, la Creta minoica se encuentra en este momento en la época de los grandes palacios. Tanto el mundo minoico como el micénico están en contacto permanente con Egipto, y las pinturas minoicas de Avaris delatan la intensidad de estos contactos, fechados a finales de la época de los hicsos o mejor a principios del Imperio Nuevo; además, minoicos y micénicos extienden sus relaciones coloniales en dirección a la costa de Siria, donde se establecen sólidamente. A partir, como mínimo, del reinado de Tutmosis III, tenemos documentada la llegada de embajadas minoicas y micénicas a Egipto.

En el centro de Anatolia, el reino hitita atraviesa un período de grave crisis, al que acaba poniendo remedio Telepinu (1525-1500). No obstante, el Estado hitita tardará aún en rehacerse como una gran potencia, y es precisamente aprovechando este prolongado período de debilidad que surge el reino independiente de Arzawa en la costa meridional anatólica.

La Alta Mesopotamia y Siria son regiones ocupadas en estos años por un gran imperio, Mitanni, cuya capital, Wasuganni, debía situarse en algún lugar al norte de la Alta Mesopotamia, si bien hay que lamentar que su emplazamiento exacto es aún desconocido. El Imperio Mitánnico estaba integrado por un conglomerado étnico compuesto esencialmente de hurritas y semitas, regido por una aristocracia formada por elementos hurritas e indoeuropeos. Su organización era de tipo feudal, aunque es bastante mal conocida ya que no poseemos los archivos centrales del Imperio que sin duda se encontraban en Wasuganni. Esencialmente puede afirmarse que se trataba de un conglomerado de pequeños estados cuyos soberanos aceptaban el protectorado del Gran Rey de Mitanni y al mismo tiempo practicaban una política exterior prácticamente independiente.

Al SE del Imperio Mitánnico, en la Baja Mesopotamia, hallamos el reino de Babilonia, en el cual se acaba de establecer la Dinastía Kasita. Durante un cierto tiempo, de todos modos, la Babilonia Kasita manifestaría poco protagonismo de cara al exterior.

El País de Canaán, situado en la zona del Levante mediterráneo, se encuentra —tras el derrumbamiento del poder hicso— acosado por los ataques de los vasallos del Gran Rey de Mitanni, y desorganizado además por la actividad de nómadas semitas que viven del saqueo. Al respecto puede ser paradigmático el caso de Idrimi, conocido por su inscripción autobiográfica y que es un testimonio excepcional de la situación de Siria y Palestina en la época de la expansión mitánnica. Idrimi era hijo del rey de Alepo, Ilimilimma I. Habiendo sido destronado su padre, seguramente a instigación del Gran Rey de Mitanni, Idrimi tuvo que huir con toda su familia. Sin embargo, Idrimi no se dio por vencido, sino que se dirigió al País de Canaán, la actual Palestina, donde convivió varios años con los habiru, tribus nómadas muy belicosas. Idrimi acabó juntando una tropa de fieles partidarios, con los que se dirigió por mar hacia los estados que fueron de su padre en Siria, apoderándose de un buen número de ciudades aunque no de Alepo. El rey de Mitanni, a la sazón Barattarna (1550), aceptó la nueva situación y concluyó un pacto de vasallaje con Idrimi, aunque sin devolverle la antigua capital del reino, Alepo, de modo que Idrimi fijó su nueva capital en Alalaj, también en Siria. Después de ello, Idrimi practicó una política casi independiente, firmando alianzas y haciendo la guerra, en especial contra los hititas, seguramente contando sólo con el beneplácito más o menos tácito del Gran Rey de Mitanni. Si nos hemos detenido a exponer aquí pormenorizadamente la actuación de Idrimi, es sobre todo porque nos ilustra muy bien sobre cuál era la compleja situación en Siria y Palestina, situación en la que

Egipto no tardaría en implicarse. A resaltar, que, entre otras poblaciones nómadas que encontramos asimismo en esta época en el centro de Palestina, tenemos a los shosu de Yahweh, nombre este último de momento documentado sólo como topónimo.

La costa fenicia escapa por ahora al control de Mitanni, ya que este es un imperio eminentemente continental. Así pues, las ciudades fenicias se convierten en importantes y cosmopolitas focos económicos y culturales, a lo que coadyuva el establecimiento de colonos minoicos y micénicos, especialmente en la región de Ugarit. Resulta cuando menos curioso que sea en este mundo en efervescencia precisamente donde vemos aparecer por primera vez una invención de importancia trascendental para la historia cultural de la humanidad: nos referimos al alfabeto, del que conocemos dos series de testimonios, ambos en lengua cananea. Por un lado, el alfabeto jeroglífico sudarábigo; por otro, el alfabeto cuneiforme de Ugarit.

No podemos cerrar este panorama en torno a los vecinos de Egipto a comienzos del Imperio Nuevo sin mencionar como mínimo los reinos africanos de Opone, en la costa del mar Rojo, y de Cush, en el Valle del Nilo.

Amosis y la fundación de la Dinastía XVIII

En Egipto, el Imperio Nuevo empieza convencionalmente con el reinado de Amosis (1552-1527), fundador de la Dinastía XVIII, hermano y sucesor de Kamose, el último rey de la Dinastía XVII. Habiendo accedido al trono siendo aún menor de edad, como ya hemos visto, su madre, Ahhotep, ejerció la regencia, y su abuela Tetisheri su autoridad moral, que debió ser de gran importancia puesto que posteriormente se la consideraría como la precursora de la línea dinástica, y el propio Amosis tuvo por ella grandes consideraciones.

Vino después la expulsión de los hicsos de Egipto y la destrucción de su poder en Palestina, momento en que puede considerarse que empieza propiamente el Imperio Nuevo, y en todo caso la labor de gobierno del joven rey. Ésta se iba a beneficiar del hecho de que la administración local había sobrevivido intacta bajo la dominación de los hicsos, en manos de oficiales egipcios. De modo que, una vez expulsados los hicsos, Amosis pudo reorganizar rápidamente Egipto, contando para ello con la supervivencia de la administración provincial de época del Imperio Medio.

Por otro lado, no hay indicios de que los nomos se organizasen como señoríos aristocráticos durante el Segundo Período Intermedio, al contrario de lo que había sucedido durante el Primer Período Intermedio. Tan sólo los reyes hicsos impusieron una superestructura de tipo feudal al país, a base de reyezuelos y dinastas vasallos establecidos en diversos puntos, superestructura que de todos modos estuvo siempre ligada a los soberanos extranjeros. Esta superestructura, en todo caso, se desplomó con la caída misma del po-

der de los hicsos: Amosis podía, así, no sólo reunificar políticamente Egipto, sino también reorganizar rápidamente un estado centralizado, sin ningún tipo de lastre feudalizante, de acuerdo con el modelo estatal de fines del Imperio Medio.

En política exterior, la caída del imperio hicso había provocado un vacío de poder en Palestina que abría a Egipto las puertas de Asia. Sin embargo, tras la caída de Sharuhen, Amosis se revolvió primero contra el reino de Cush, antiguo aliado de los hicsos: tres campañas militares permitieron al rey controlar Nubia hasta la 2.ª catarata, según el testimonio de nuevo de Amosis, hijo de Abana. Nubia fue puesta bajo la autoridad de un virrey.

Nubia tenía un gran interés económico para los egipcios, debido a sus enormes reservas de oro. La recuperación económica del país es, en todo caso, bien pronto un hecho, como lo demuestra el incremento de la actividad constructiva así como su mayor riqueza artística. El relanzamiento de la actividad comercial con el exterior queda demostrado a su vez por la llegada a Egipto de materiales y de objetos manufacturados de importación. Las relaciones comerciales con Fenicia y con Creta debieron ser relativamente intensas. Por un lado, una probable campaña al final del reinado de Amosis habría hecho entrar las ciudades fenicias bajo protectorado egipcio. Por otro, en una estela de Karnak Amosis se proclama soberano de Creta, lo que probablemente implica tan sólo la llegada de alguna embajada minoica con presentes para el soberano. De todos modos, hay que tener en cuenta la posibilidad de que las pinturas minoicas de Ávaris sean de tiempos de Amosis, lo cual implicaría más relaciones con Creta mucho más estrechas que lo que se había sospechado hasta hace poco. Es posible incluso que el protectorado egipcio hubiese sido aceptado de buen grado por las ciudades fenicias, y ello no sólo porque los egipcios garantizaban la seguridad de la navegación comercial en el Mediterráneo oriental, sino también porque así implantaban una eficaz protección territorial frente al amenazante expansionismo del Imperio Mitánnico.

Con todo, la mayor parte del reinado de Amosis fue pacífica, y no puede hablarse de un súbito imperialismo expansivo egipcio a comienzos del Imperio Nuevo. Las campañas de Amosis fueron en principio dictadas por necesidades meramente logísticas, especialmente para prevenir nuevos peligros que, como había sucedido con los hicsos, pudiesen poner en peligro la independencia o la integridad de Egipto. Lo que sucedió es que el expansionismo en Asia favoreció claramente la actividad comercial, beneficiosa sobre todo para las ciudades del Delta. Es, pues, muy probable que éstas, a cambio de estos beneficios, diesen a su vez a la monarquía los medios que necesitaba para desarrollar su incipiente política imperialista, de acuerdo con los intereses de estas mismas ciudades. Según algunos historiadores, se habría operado pues una auténtica alianza entre la monarquía y las ciudades del Bajo Egipto, alianza que quedaría demostrada, entre otros hechos, por la sustitución en Egipto, por decisión del Estado, del patrón monetario basado

en el oro —que era el tradicional debido a la abundancia en el país de este metal noble— por el basado en la plata —metal éste muy escaso en Egipto, pero que se encontraba en la base del patrón monetario fenicio-cretense. Este cambio no tenía, pues, otra justificación que la de facilitar las transacciones comerciales con el exterior.

Los puntales al servicio de la política de la monarquía eran la administración y el ejército. Contando además con la alianza o el apoyo interesado de las ciudades del Delta, sólo le faltaba al rey la legitimación de su poder por la religión: la necesidad de asegurarse esta última sería una preocupación constante de los soberanos de la Dinastía XVIII, constituyendo sin lugar a dudas el punto más débil de toda su política. En todo caso, no cabe duda de que los reyes no supieron conducir adecuadamente esta cuestión, y acabaron pagando un precio demasiado elevado para conseguir el apoyo ideológico que necesitaban —o creían necesitar— por parte del clero. De momento, la cuestión implicaba, desde el punto de vista teórico, que el rey recibía la soberanía delegada de Amón, rey de los dioses. Así pues, fue necesario operar una centralización del culto, paralela a la del Estado. El rey era entronizado en el templo de Amón en Karnak, donde la suprema divinidad tebana le presentaba como hijo suyo a dioses y hombres. Pero ello implicaba, como diversos autores no han dejado de señalar, la aceptación de que el poder real dependía del poder de Amón, lo que desde el punto de vista teórico como mínimo sería gravísimo a la hora de intentar salvaguardar la independencia del Estado frente al clero.

Tal vez para intentar contrarrestar de algún modo el omnímodo poder de Amón y del clero de Tebas, los reyes de la Dinastía XVIII, empezando por el mismo Amosis, potenciaron asimismo el popular culto a Osiris. Prueba de ello sería el esplendor alcanzado por su santuario en Abido durante el Imperio Nuevo. Durante esta época irá tomando forma precisa la imagen de Osiris como germen de la unidad monárquico-religiosa de Egipto desde la Prehistoria, mito éste cultivado interesadamente por la monarquía.

A su muerte, Amosis fue enterrado en la necrópolis tebana de Dra Abu'l-Naga, junto a las tumbas de sus predecesores de la Dinastía XVII. Su culto funerario, en todo caso, se mantuvo vigente durante largo tiempo en su cenotafio de Abido, junto al de su abuela Tetisheri.

Amenhotep I y los primeros Tutmósidas

La situación no cambió con el advenimiento del joven Amenhotep I (1527-1506), hijo secundogénito del rey Amosis y de su esposa la reina Amosis Nefertari. Ésta, que tal vez fuese también la hermana de su esposo, debió asumir la regencia debido a la minoría de edad de su hijo. La capital política y religiosa de Egipto siguió siendo Tebas.

A pesar de que nuestra información sobre la política exterior de época de Amenhotep I es muy escasa, no obstante tenemos noticias que permiten suponer que el rey ensanchó las fronteras de Egipto en dirección a la Alta Nubia y, tal vez, al Éufrates, así como a los oasis libios, que parecen estar de nuevo bajo el control egipcio.

Amenhotep I fue célebre, sobre todo, por haber cambiado radicalmente las costumbres funerarias regias, que habían permanecido sustancialmente inamovibles desde el Imperio Antiguo. Él fue el primero en separar físicamente la sepultura del templo funerario. El monarca gozó además de gran popularidad a lo largo de todo el Imperio Nuevo entre los obreros de la necrópolis de la orilla occidental de Tebas, quienes le consideraban como el fundador del Valle de los Reyes, razón por la cual Amenhotep I fue además divinizado y pasó a formar parte de la corta lista de los mortales que alcanzaron en Egipto la categoría de dioses celestes. Sin embargo, su tumba no ha sido encontrada, a pesar de que es la primera enumerada por el *Papiro Abbott,* que contiene los informes de una inspección efectuada sobre el estado de las tumbas reales durante el reinado de Rameses IX. Las dudas subsistirán en tanto no se hallen los restos de su tumba, pero nos parece razonable esperar que la misma se encuentre ya en el Valle de los Reyes.

A la muerte de Amenhotep I se planteó por primera vez el delicado problema de la sucesión dinástica. En efecto, el rey no dejó heredero legítimo varón, de modo que la princesa Amosis, probablemente la hermana de Amenhotep I, transmitió sus derechos a la realeza a su esposo Tutmosis I (1506-1494). Del nuevo rey sólo sabemos que era hijo de una tal Senseneb, y que probablemente se trataba de un cuñado de Amenhotep I, suponiéndose que era miembro de una rama colateral de la dinastía reinante. En todo caso, era claro que fue la nueva reina, Amosis, quien transmitió a su esposo Tutmosis I el derecho a reinar, y éste adoptó el nombre de Tutmosis precisamente para remarcar que había sido Tot, el dios de la ley, quien le había hecho rey. Se trataba, pues, de un rey ya que no hereditario, sí *legitimado.* En todo caso Tutmosis I remitió una circular al virrey de Nubia anunciándole su acceso al trono cuyo contenido es el siguiente:

Esta circular real te es enviada para informarte que Mi Majestad acaba de aparecer como rey del Alto y del Bajo Egipto sobre el trono de Horus de los vivientes, y que no existe nadie que pueda comparársele. Compondrás mi protocolo de la manera siguiente... *(aquí anuncia los cinco nombres de su protocolo y concluye)...* Esto es una comunicación para informarte del acontecimiento, y también para anunciarte que la casa real es feliz y próspera. *(Acaba con la fecha)* Año 1, 3.er mes de Proyet, día 21.

(Inscripciones de Wadi Halfa y Quban, según K. Sethe,
Urkunden der 18. Dynastie, Leipzig, 2.ª edición, 1927-1930)

Había, pues, dos maneras de llegar a ser rey. La primera, por nacimiento, siendo entonces Amón quien daba el derecho a reinar. La segunda, por legitimación, siendo entonces el rey adoptado por Amón en virtud de la ley, es decir, de Tot.

Tutmosis I continuó activamente la política de expansión imperialista en Nubia, llegando más allá de la 3.ª catarata, así como en Asia donde erigió una estela-frontera junto al Éufrates, tras sofocar una rebelión. Sin embargo, los egipcios no ocuparon permanentemente estas regiones asiáticas, limitándose por el momento a exigir el pago de un tributo a las poblaciones de las mismas.

A la muerte de Tutmosis I se reprodujo el problema dinástico: no existiendo un heredero legítimo varón, su hija legítima Hatshepsut se casó con su medio hermano Tutmosis II (1494-1490), hijo de Tutmosis I y de la princesa real Mutnefert. El nuevo rey, al subir al trono, tuvo que sofocar sendas rebeliones en Nubia y en Asia, llevándole aquí las operaciones desde el Sinaí hasta las fronteras de Mitanni.

Las noticias de estas campañas bélicas han forjado, sin embargo, una imagen de faraones-militares un tanto errónea. Por lo general, las campañas militares de los primeros reyes del Imperio Nuevo se circunscriben a los primeros años de sus respectivos reinados, la mayor parte de los cuales en cambio transcurrió de forma pacífica, dedicándose los reyes eminentemente a asuntos internos. Egipto era, pues, un estado civil, en el que el ejército no era sino un instrumento al servicio del poder civil. Sin duda, la expansión y las conquistas proporcionaron a la monarquía nuevas fuentes de ingresos, que reforzaron su posición. Pero de ellas también se beneficiaría el clero de Amón, que también reforzaba la suya.

Hatshepsut

La prematura muerte de Tutmosis II agudizó la crisis dinástica, que se arrastraba desde el advenimiento de Tutmosis I. Le sucedió su único hijo varón, Tutmosis III (1490-1436), habido de una concubina llamada Isis, y que era un niño de corta edad que estaba de acólito en el templo de Amón cuando se produjo su acceso al trono. El propio Tutmosis III, en una inscripción de su jubileo, nos ha dejado su versión de las circunstancias en que se produjo su elección para ocupar el trono:

Él *(Amón)* ordenó que yo subiera a su trono cuando yo estaba aún en mi nido... Cuando Mi Majestad era un niño real, mientras yo era un joven príncipe en su templo *(de Amón),* yo no había sido entronizado aún como profeta... la estatua del Dios buscaba a Mi Majestad en todos los lugares. He aquí que me reconoció. Se detuvo... después me hizo colocar en pie al lado del Sitial de Ceremonia de mi Señor *(Tutmosis II)* que se maravilló de

lo que me sucedía... Fui consagrado con las coronas que estaban sobre su cabeza *(de Re),* su ureo fue fijado en mi frente...

(Inscripción de Karnak, según Sethe, *Urkunden,* cit.)

Debido a esta circunstancia, la reina viuda Hatshepsut se hizo cargo en un primer momento de la regencia, según nos atestigua explícitamente la biografía de un personaje llamado Ineni. Veamos cuáles son las palabras de Ineni:

(Tutmosis II) se dirigió al Cielo y se unió con los dioses. Su hijo se erigió en su lugar como rey del Doble País. Reinó sobre el trono de quien le engendró. Su hermana, la esposa divina Hatshepsut, dirigía los asuntos del país de acuerdo con su propia voluntad.

(Biografía de Ineni, según Sethe, *Urkunden,* cit.)

Teóricamente, para seguir coherentemente con la mecánica de legitimación dinástica operada con los dos primeros Tutmósidas, también Tutmosis III hubiese debido casarse con Neferure, hija legítima de Tutmosis II y Hatshepsut. No obstante, no tenemos pruebas de que este matrimonio entre los dos niños hubiese tenido lugar, y más adelante veremos que podría haber razones teóricas para creer que en realidad nunca se produjo.

Durante algunos años Hatshepsut se mantuvo en la ambigüedad a la hora de definir exactamente su papel: así, de modo intermitente adoptaba el título de rey o el de reina —es decir, de reina viuda—. Finalmente, en el año 7 de Tutmosis III Hatshepsut se tituló definitivamente rey de Egipto, adoptando un protocolo faraónico como Horus femenino y empezando a contar sus años de reinado retroactivamente desde la muerte de Tutmosis II. Comenzaba así un correinado atípico y sin precedentes.

Hatshepsut o Áspesis (1490-1468) hizo construir su tumba en el Valle de los Reyes, a semejanza de sus predecesores Tutmosis I y II, y en las inscripciones del interior de la misma podemos observar la masculinización de su protocolo. Veamos la progresiva masculinización del protocolo de Hatshepsut con los dos ejemplos que damos a continuación:

El Horus femenino Useretkau... el Rey del Alto y Bajo Egipto, Maatkare, la Hija de Re, Jnemetamón Hatshepsut.

(Según Gauthier, *Le Livre des Rois d'Égypte,* El Cairo, 1916)

El Dios Perfecto, Maatkare, el Hijo de Re, Hatshepsut, dotado de vida para siempre.

(Inscripción de su tumba en el Valle de los Reyes)

En Egipto, el ejercicio de la función real era eminentemente masculino, aunque legalmente también la mujer podía desempeñar este papel: Manetón nos atestigua que ello era posible desde la Dinastía II, y en todo caso tenemos los precedentes de Nitocris y de Escemiofris. Veamos seguidamente el texto manetoniano en cuestión así como un texto complementario de Diodoro de Sicilia sobre el mismo tema:

> Dinastía II... 3. Binotris *(o Biofis),* durante 47 años. En su reinado se decidió que las mujeres podrían ejercer la realeza.
>
> (Manetón, fragmentos 8-10 de la edición de Waddell, cit.)

> Cinco reyes indígenas de Egipto fueron mujeres.
>
> (Diodoro Sículo, I, 44)

Además, la herencia ancestral de la sangre divina había sido transmitida desde tiempos primordiales por las mujeres. La pertinaz sucesión de varones necesitados de legitimación, los Tutmosis, acabó por acrecentar el prestigio y la importancia de las mujeres dentro de la Dinastía XVIII.

La toma del poder por parte de Hatshepsut fue, por consiguiente, tanto un acto de ambición personal como un mecanismo de defensa dinástica. Para Hatshepsut, ella era el único rey auténtico, por derecho de sangre, descendiente directa de Amón. Tutmosis III, en cambio, era sólo un bastardo, a quien la ley sólo podía hacer rey secundario.

La hábil reina se aprovechó, desde luego, de la situación creada por la minoría de edad de Tutmosis III, pero además encontró el apoyo del clero de Amón, interesado en acrecentar su poder y su influencia. De este modo, el clero amoniano formuló para Hatshepsut el mito de la teogamia, el cual le proporcionaba la justificación teórica que necesitaba. De acuerdo con este mito todas las reinas de Egipto, en tanto que esposas de Amón, quedaban consagradas como depositarias auténticas de la monarquía, ya que eran el tabernáculo de la simiente divina: en el templo funerario de Hatshepsut en Deir el-Bahari vemos efectivamente a Amón, encarnado en Tutmosis I, uniéndose a la reina Amosis, así como el nacimiento de Hatshepsut, fruto de esta unión del dios con la reina. Los reyes, pues, no eran los auténticos padres según la teogamia, ya que eran sustituidos por el dios en el momento decisivo, y quedaron reducidos al papel de padres putativos.

Asimismo, su hija legítima Neferure fue designada heredera del trono a título de rey, y se representaba a la niña con los atributos reales de los príncipes herederos. La muerte prematura de esta princesa sería un durísimo golpe para los planes de Hatshepsut.

Con todo, Hatshepsut no se atrevió nunca a llegar hasta las últimas consecuencias de sus planes e ideas: de ahí sus frecuentes vacilaciones y ambi-

güedades. Puesto que la tradición quería que el faraón fuese un hombre, ella se hizo representar vestida de hombre, con cuerpo de hombre e incluso con barba postiza, y lo mismo hizo con su hija Neferure. Además, aceptó a Tutmosis III como corregente, si bien reduciéndole al papel de segundo rey y probablemente sin casarle con Neferure, puesto que entonces habría habido tres reyes en Egipto.

Los colaboradores principales de Hatshepsut como *reina-faraón* fueron Hapuseneb, visir, sumo sacerdote de Amón y director de todos los sacerdocios del Alto y Bajo Egipto, es decir, sumo pontífice, y Senmut, segundo sacerdote de Amón, arquitecto de la reina, para quien construyó el admirable templo funerario de Deir el-Bahari, y además su consejero y hombre de confianza, educador de su hija Neferure, con la que se le representa frecuentemente.

Se ha repetido insistentemente que Hatshepsut relegó, e incluso que encerró, a Tutmosis III, y también que abandonó la política de expansión imperialista emprendida por sus predecesores. Actualmente sabemos que todo ello es falso. En efecto, conocemos algunas campañas de Hatshepsut en Nubia al comienzo de su reinado, en torno a la 3.ª catarata; y conocemos también la existencia de repetidas campañas de Tutmosis III hacia el final del reinado de Hatshepsut, campañas que permitieron a los ejércitos egipcios alcanzar la zona entre la 5.ª y la 6.ª cataratas. Además de la importancia en sí mismas de estas últimas campañas, para nosotros tienen también el interés de mostrarnos al joven Tutmosis III al frente de un poderoso ejército egipcio operando en nombre de Hatshepsut, lo cual nos demuestra que ésta no le relegó y que él había aceptado la situación política ya que no volvió su ejército contra ella. Por otro lado, estas campañas nubias de Tutmosis III demuestran que cuando el rey inició sus campañas asiáticas, tras la muerte de Hatshepsut, era ya un militar experimentado.

De todos modos, la expedición egipcia al exterior más célebre que fue emprendida durante el reinado de Hatshepsut es la que condujo a las naves egipcias hasta el país de Opone o Punt, con objetivos exclusivamente comerciales. Los detalles de esta expedición pacífica se encuentran representados en el templo de Deir el-Bahari y son de gran interés por la riqueza de la información que nos proporciona, no sólo sobre los productos exóticos que los egipcios fueron a buscar, sino también por las representaciones del mismo país de Opone. Opone, situado en la costa meridional africana del Mar Rojo, iba a convertirse además, dadas sus excelentes relaciones con Egipto, en una importante vía de acceso en dirección al sur de la Alta Nubia, usada incluso con fines militares ya por el propio Tutmosis III.

En Asia, el reinado de Hatshepsut coincide con la hegemonía del Imperio Mitánnico, alcanzada con Saustatar. Este rey aprovechó, sin duda, el eclipse de la actividad egipcia en Asia para extender su dominación por toda Siria, como mínimo hasta el Anti-Líbano, y su influencia probablemente hasta Palestina. En todo caso, fue Saustatar quien aplastó una revuelta asi-

ria, llegando a saquear Asur, de donde se llevó las puertas de oro y plata de la ciudad, colocándolas como trofeo en Wasuganni, su capital.

Tutmosis III y la guerra contra Mitanni

También se ha repetido demasiadas veces que, muerta Hatshepsut, su memoria fue perseguida inmediata y furiosamente por Tutmosis III; y también tenemos pruebas actualmente de que ello no es cierto. En todo caso, Tutmosis III (1490-1436) no se entretuvo en tomar inmediatas represalias contra la memoria de su corregente puesto que, fallecida ésta en el año 22 de su reinado conjunto (1468), el rey emprendió ese mismo año sus sistemáticas campañas en Asia. Algunos monumentos de Hatshepsut fueron efectivamente desmantelados durante el reinado de Tutmosis III, pero lo fueron sólo a partir de un momento muy avanzado del mismo, que cabe situar en el año 42, veinte años después de la muerte de Hatshepsut por consiguiente. La auténtica persecución de la memoria de la reina-faraón existió efectivamente, pero tuvo lugar mucho más tarde, durante el reinado de Rameses II, en lo que constituyó una auténtica caza de herejes desencadenada probablemente a instigación del clero de Amón y de la que también fueron víctimas los reyes del Período Amarniense. Tutmosis III fue, pues, siempre respetuoso con la memoria de su corregente, a la que en definitiva debía su propia legitimidad dinástica al haber estado asociado a ella. El desmantelamiento de algunos monumentos de Hatshepsut que tuvo lugar al final de su reinado obedece a las mismas razones que impulsaban a muchos reyes constructores a hacer lo mismo con las obras de sus predecesores cuando éstas estorbaban sus propios planes constructivos.

Tutmosis III es el auténtico forjador del imperio asiático de Egipto. Inmediatamente después de la muerte de Hatshepsut, el joven rey reemprendió la política asiática de sus predecesores, hasta lograr asentar de modo definitivo el control egipcio en el curso de diecisiete campañas.

La primera campaña, emprendida el mismo año, 1468, fue llevada por tierra, y en ella Tutmosis III se enfrentó al rey de Qadesh, el cual era el jefe de una coalición de 330 príncipes sirios, aliados o vasallos de Mitanni. La campaña terminó con la toma de Megiddo en 1468 y la rendición del rey de Qadesh. Tras su victoria, Tutmosis III recibió una serie de embajadas extranjeras que le felicitaban por ella; entre dichas embajadas es significativo encontrar una de los asirios, vasallos forzados del rey de Mitanni, que evidentemente soportaban mal su yugo, y que se alegraban de las derrotas de su señor. Tutmosis III se portó magnánimamente con los vencidos y les dejó marcharse libremente. Éstos no tardaron en volverse a sublevar.

En las sucesivas campañas Tutmosis III procuró asegurarse el control de los puertos de la costa fenicia, para ahorrar a su ejército la larga y penosa

marcha desde Egipto, a través de Palestina, para llegar a Siria. Por otro lado, observamos que las operaciones militares se desarrollaron cada vez más al N, indicando el progreso del poder egipcio en esta dirección. Así, durante la 5.ª campaña la armada egipcia se apoderó de algunos puertos fenicios. La campaña 6.ª culminó con la rendición de Qadesh por Tutmosis III, quien esta vez tomó una iniciativa original que estaría cargada de consecuencias: se llevó a Egipto a los hijos de los príncipes sirios vencidos. Con ello, Tutmosis III se aseguraba dos objetivos capitales: primero, la fidelidad forzada de los padres; segundo, la educación egipcia de los futuros reyes sirios vasallos de Egipto. La 7.ª campaña, por su parte, que en realidad fue más bien un paseo militar, sirvió para obtener la sumisión a Egipto de todos los puertos fenicios. Es de resaltar que Tutmosis III, con sus medidas, demostraba que el imperialismo egipcio no sólo era más hábil, sino también más humano que el de los demás imperios asiáticos. Este aspecto queda aún más resaltado al constatar que Tutmosis III jamás castigó a los vencidos, y que los actos de crueldad con los prisioneros, tan típicos en otros casos, estuvieron siempre ausentes de las campañas de este faraón.

En el curso de la 8.ª campaña, derrotados ya todos los vasallos sirios del rey de Mitanni, Tutmosis III combatió por primera vez al propio ejército mitánnico (1458). Habiendo desembarcado en la costa fenicia, el ejército egipcio derrotó al de Mitanni en Alepo y en Karkemish, ciudad situada en la orilla derecha del Éufrates. Habiendo huido el enemigo al otro lado del río, Tutmosis III hizo cruzar el Éufrates a su propio ejército, mediante barcos que había hecho traer desde la costa con dicho objetivo, y de este modo pudo continuar la persecución de los mitánnicos. A su regreso, Tutmosis III recibió el homenaje de los príncipes sirios, así como el de la embajada del rey de Babilonia y del rey de los hititas.

En los años siguientes continuaron produciéndose algunas sublevaciones y pequeños enfrentamientos, que permitieron a las tropas egipcias capturar botines considerables. Al mismo tiempo, las embajadas extranjeras continuaban acudiendo a homenajear al faraón, contándose entre ellas las de Chipre y las de los hititas especialmente.

En 1449 Tutmosis III obtuvo su última victoria militar sobre Mitanni y se apoderó por segunda vez de Qadesh, nuevamente sublevada. A partir de este momento se abre un período de calma que duró unos veinte años, que ha hecho pensar en la existencia de un armisticio entre las dos potencias. Dicho cese de hostilidades fue aprovechado por Tutmosis III para organizar el imperio asiático de Egipto, con bases militares permanentes equidistantes unos 65 km unas de otras, y asegurando las comunicaciones tanto por tierra como por mar. Nada sabemos, en cambio, del lado mitánnico. Toda la información de que disponemos para estos años está constituida por las fuentes egipcias, de modo que incluso ignoramos el nombre o los nombres del rey o reyes de Mitanni que sostuvieron las hostilidades contra Egipto.

Amenhotep II, Tutmosis IV y la paz con Mitanni

Amenhotep II (1438-1412), hijo de Tutmosis III, sucedió normalmente a su padre. El nuevo faraón tenía fama de fuerte, y se contaba de él, por ejemplo, que nadie podía doblar su arco, del mismo modo que más adelante sucedería también con el arco de Ulises.

Las operaciones militares en Asia fueron nuevamente abiertas hacia 1431, fecha en que estalló una nueva sublevación en Siria. Amenhotep II hubo de someter Ugarit en la costa y diversas tribus en el interior, mientras que otros reyes y príncipes, entre ellos el de Qadesh, se apresuraron a presentarle sus homenajes, dando así pruebas de su fidelidad. En el curso de esta campaña las tropas egipcias no llegaron a enfrentarse con las mitánnicas; sin embargo, lograron capturar a un agente secreto del rey de Mitanni, lo que probó que éste apoyaba, bajo mano, a los sublevados contra Egipto. Dos años después, hacia 1429, se sublevó a su vez Palestina. Amenhotep II deportó a Egipto a 71.000 prisioneros cogidos al sofocar esta rebelión, entre los cuales se contaban 3.600 aperu o habiru, poblaciones conocidas ya por la inscripción de Idrimi. Esta vez, el faraón hizo ejecutar a siete príncipes prisioneros, caso único éste de crueldad para con los vencidos en los anales egipcios.

Estos actos de guerra fueron, sin embargo, los últimos entre Egipto y Mitanni. Efectivamente, a partir de este momento percibimos un repentino cambio de política, que comenzó manifestándose como una alianza tácita entre los dos antiguos enemigos. Es posible que dicho acercamiento se operase debido a que ambas potencias se percatasen de la imposibilidad de acabar la una con la otra, con la consiguiente prolongación indefinida de la guerra y el desgaste subsiguiente de sus fuerzas. Pero es muy probable también que esta no fuese la única razón del acercamiento egipcio-mitánnico. Parece que hay que situar en efecto, hacia esta época, el reinado del hitita Tudhaliya III, artífice de la reconstrucción del poder militar de su patria. Este rey hitita llegó incluso a derrotar a Mitanni, apoderándose de Alepo, y además se le atribuye la responsabilidad de la conversión del ejército hitita en la formidable máquina de guerra que pasó a ser a partir de este momento. Sea como sea, la aparición de este potencial enemigo común y el progresivo aumento de su poder, debieron alarmar suficientemente a egipcios y mitánnicos como para moverles a deponer su mutua hostilidad y a aliarse entre sí.

La política de paz con Mitanni, iniciada por Amenhotep II, fue continuada por su hijo y sucesor Tutmosis IV (1412-1402), quien sin ser el heredero fue designado para reinar por la divinidad solar, simbolizada por la Esfinge de Guiza, Harmaquis. Tutmosis IV materializó, en efecto, la alianza casándose con una hija del rey de Mitanni, Artatama I. La alianza entre Egipto y Mitanni es un hecho realmente memorable en la Historia Universal: por pri-

mera vez la alianza entre las dos mayores potencias mundiales imponía un equilibrio internacional que ellas garantizaban con sus fuerzas conjuntas y que los restantes países no tenían más remedio que aceptar. Dicha alianza se reveló, por lo demás, cargada de consecuencias, a corto y a largo plazo. Así, por ejemplo, tras su alianza con Egipto, Mitanni recuperó la plaza de Alepo, y no sólo eso sino que seguramente Mitanni propició las múltiples sublevaciones e invasiones que repentinamente se desencadenaron sobre el reino hitita y que estuvieron a punto de terminar con su existencia. La consecuencia más importante, sin embargo, de la alianza y del equilibrio egipcio-mitánnico es que durante cerca de 75 años fue capaz de asegurar una paz y una estabilidad casi absolutas en el Próximo Oriente, hecho éste totalmente nuevo en la Historia.

A partir de este momento se abre un período de amplias relaciones internacionales, que apoyaban su actividad en la existencia de embajadas permanentes entre los principales estados. La correspondencia internacional era muy intensa, a juzgar por los archivos diplomáticos conocidos, entre los que cabe destacar el de Tell el-Amarna, en Egipto, que ha llegado a dar nombre a un período histórico. La lengua internacional utilizada normalmente era la acadia, escrita en tablillas cuneiformes. Su contenido es, generalmente, económico, relacionándose las listas de productos que se enviaban de un país a otro. De este modo, sabemos que Egipto se había convertido en el banquero del Próximo Oriente, y que facilitaba oro a sus aliados, lo que le garantizaba un papel preponderante en las relaciones internacionales. En consecuencia, todas las potencias de la época, desde Babilonia hasta Arzawa, rivalizaban por mejorar su alianza con Egipto, casando a imitación de Mitanni sus princesas con el faraón.

Desgraciadamente, seguimos sin saber nada de la evolución interior de Mitanni en esta época crucial. Mientras Egipto aprovechaba para organizar su imperio asiático y los hititas se debatían en los innumerables problemas surgidos en Anatolia, sólo sabemos que en el trono de Mitanni el rey Artatama I fue sucedido por su hijo Shuttarna II.

En política interior hay que destacar con Tutmosis IV el inicio de una reacción real contra el excesivo monopolio teológico y la influencia política ejercidos por el clero de Amón en Tebas. Esta reacción se apoyó en la teología heliopolitana y en el retorno al antiguo espiritualismo representados por el culto solar. Así, en una estela que mandó colocar entre las patas de la Esfinge de Guiza, Tutmosis IV se vanagloriaba ya de deber el trono no a Amón, sino al dios-sol simbolizado por dicha esfinge, personificación de Harmaquis. En el terreno de la política cotidiana, esta tendencia se manifestó sobre todo en el alejamiento de los sumos sacerdotes de Amón de los más importantes cargos políticos, como visir del Alto Egipto o ministro de Hacienda, cargos que habían detentado durante los reinados de Tutmosis III y Amenhotep II.

Tutmosis IV estuvo casado con una mujer remarcable, Mutemuya, a la que convirtió en reina a pesar de no pertenecer a la familia real. De esta ma-

nera el rey inauguraba también una nueva costumbre matrimonial, que sería seguida asimismo por sus sucesores inmediatos: la de convertir en su esposa principal, al margen de los matrimonios diplomáticos de conveniencia política, a una mujer de origen popular, elegida por el soberano probablemente en razón exclusiva de sus cualidades personales. Ello quedaría demostrado por el aprecio que los reyes manifiestan por sus consortes, junto a las cuales se hacen representar frecuentemente y, cosa inaudita, ambos del mismo tamaño.

Amenhotep III y el apogeo de la civilización egipcia

Con Amenhotep III (1402-1364), hijo de Tutmosis IV y de Mutemuya, la civilización egipcia clásica alcanzó su cenit. El nuevo rey nunca hizo ostentación de victorias guerreras, lo que por otro lado tampoco le hizo nunca falta, ya que la alianza egipcio-mitánnica continuaba asegurando el equilibrio internacional. Ello le ha valido fama de pacifista. Sea como sea, para asegurar la continuidad del orden internacional, Amenhotep III continuó la política matrimonial inaugurada por su predecesor Tutmosis IV, casándose con una hija del rey de Mitanni Shuttarna II. Además, amplió esta política, casándose también con una hija del rey de Babilonia y con una del rey de Arzawa, así como con otras princesas del Próximo Oriente. Por el contrario, parece que Amenhotep III no se desplazó nunca a su imperio asiático.

Tampoco Amenhotep III hizo nunca ostentación de ningún tipo de actividad que requiriese esfuerzo físico, salvo una cacería de leones situable al comienzo del reinado. Precisamente esta cacería de leones es conocida por una emisión de escarabeos en la que el soberano nos narra el acontecimiento; y ello nos lleva a hablar de otra iniciativa de Amenhotep III, que sin embargo no iba a tener continuidad. Durante los primeros años de su reinado, en efecto, el rey emitía series de escarabeos historiados de gran tamaño, en los cuales narraba hechos que le parecían especialmente relevantes. Estos escarabeos alcanzaron una difusión respetable, incluso fuera de Egipto, y revelan por primera vez en la historia la voluntad de un gobernante de dar a conocer públicamente determinadas noticias concernientes a su persona, y de intentar que dichas noticias alcanzasen la máxima difusión.

También Amenhotep III estuvo casado con otra mujer remarcable, la reina Tiy, junto a la cual se hacía representar incluso a tamaño colosal, y a la cual asociaba en casi todos sus actos de gobierno. Secundado siempre por su esposa, Amenhotep III prosiguió con las directrices político-religiosas de su padre. Así, el clero de Amón siguió alejado de los más altos cargos civiles, mientras que el rey, que residía largas temporadas en Menfis, proseguía su aproximación al clero de Heliópolis y al culto solar.

Precisamente durante este reinado la divinidad solar sufrió un nuevo avatar, consistente en la concreción de una nueva forma de la misma deno-

minada Atón, nombre con el cual se había designado hasta ahora al disco solar. Se ha pretendido que la aparición de Atón respondía a una voluntad universalizadora del culto solar, aunque hay que reconocer que los orígenes de Atón son bastante oscuros, y parece incluso que las primeras menciones podrían remontar al reinado de Tutmosis IV. También se ha insinuado que Atón habría podido sobrevivir en el panteón cananeo bajo la designación Adonai, nombre que en hebreo significa *dios*. Todo ello, de todos modos, no pasa por ahora de ser meras hipótesis sobre una cuestión que ha suscitado un interés creciente entre los investigadores.

Sea como sea, lo que sí está claro es que, de acuerdo con la mejor tradición religiosa egipcia, Atón se sincretizó inmediatamente con Amón-Re, convertido ahora en el representante canónico del dios solar en el panteón egipcio. Amón-Re, de todos modos, ya no era aquí el dios oscuro y hermético resultado de las especulaciones teológicas del clero tebano, sino el dios primordial, creador de todas las cosas, cantado en versos llenos de poesía en el *Himno a Amón-Re,* precisamente el texto más importante para conocer el pensamiento religioso de época de Amenhotep III. Todo el antiguo simbolismo religioso, complicado e incomprensible para el pueblo, ha desaparecido en este texto capital destinado a ser leído en público.

Amenhotep III, fiel a la teología heliopolitana del Imperio Antiguo, se convirtió en el hijo carnal de Re así como en su misma encarnación, hecho que quedó plasmado por una oportuna adaptación del mito de la teogamia representado esta vez en los relieves del templo de Luxor: Amón-Re/Tutmosis IV ha engendrado a Amenhotep III, quien a su vez es una nueva encarnación de Amón-Re.

Amenhotep III, tal vez el rey más poderoso de Egipto, sembró el país de templos y monumentos de un refinamiento extraordinario, secundado en esta labor por su arquitecto Amenhotep, hijo de Hapu, personaje éste que acabaría siendo divinizado en la Baja Época, a semejanza de Imutes, arquitecto del Imperio Antiguo. Todo el arte del momento refleja el esplendor alcanzado por la civilización egipcia, y le ha valido a su promotor Amenhotep III el sobrenombre de Magnífico.

En el exterior, la paz y el equilibrio internacionales continuaban garantizados, especialmente por los grandes problemas por los que atravesaron los hititas durante el reinado del padre de Shuppiluliuma, probablemente Hatusil II, salvándose el reino hitita gracias al valor de su ejército comandado por el hijo del rey. No obstante, sus provincias orientales hicieron defección pasándose a los mitánnicos. Los hititas se encontraban rodeados de enemigos, como el reino de Arzawa, situado en la costa meridional de Anatolia, considerado como gran potencia aliada de Egipto y de Mitanni; o como los pueblos bárbaros que invadieron el reino hitita por todos los frentes, cabiendo destacar entre ellos a los gasga, los cuales, instalados en el norte de Anatolia, llegaron a apoderarse de Hattusa, la capital de los hititas. Para sobrevivir, el Estado hitita hubo de transformarse en militar. Como más adelante

sucedería con los asirios, los hititas se convirtieron prácticamente en un ejército, obligado a luchar constantemente sobre todos los frentes y viviendo sobre el terreno que pisaba. El comandante de este ejército era Shuppiluliuma, hijo secundogénito del rey, responsable directo de la supervivencia del ejército y del Estado hititas.

Poco a poco, sin embargo, Egipto y Mitanni empezaron a dar muestras de debilidad. El hecho de que Amenhotep III no hubiese viajado nunca por sus posesiones asiáticas había de debilitar fatalmente los lazos de fidelidad que éstas mantenían con el faraón. Pero además el país, primera potencia económica mundial, parecía vivir totalmente ensimismado, sin preocuparse apenas de las pequeñas intrigas de la política exterior. Amenhotep III se limitaba a proclamar su soberanía universal, y sus espectaculares listas geográficas constituyen una excelente guía de la geografía antigua, incluido el ámbito cretense y micénico. Desgraciadamente, su confianza ciega en un equilibrio internacional que comenzaba a disgregarse, acabaría siendo fatal.

Mitanni, por su parte, parece haber perdido en esta época el control de Asiria. Así, como mínimo, parece demostrarlo el hecho de que el rey asirio, Ashur-bel-nisheshu, reparase con entera libertad las murallas de Asur que habían sido destruidas por Saustatar cuando dicho monarca mitánnico saqueó la capital asiria. Más aún, Ashur-bel-nisheshu se alió con Karaindash, rey kasita de Babilonia, quien, a su vez, mantenía su alianza con Egipto sellada por el matrimonio de su hija con el faraón. Los reyes asirios, a partir de este momento, no dejaron de preservar su independencia frente a Mitanni, aunque de momento no pudiesen ni pensar en atacar a sus antiguos opresores. Sin embargo, aguardarían el momento oportuno constituyéndose en un elemento más de perturbación del equilibrio internacional. Éste, cada vez más frágil, acabaría rompiéndose en el momento en que los hititas lograron controlar los problemas anatolios. Es seguro que la sublevación y los ataques de sus propias provincias del E y del SE, como mínimo, fueron propiciados por Mitanni. En el momento en que Shuppiluliuma I subió al trono hitita se fijó un objetivo prioritario: la destrucción del poder de Mitanni.

Hacia el final del reinado de Amenhotep III cinco potencias contaban esencialmente en el panorama internacional del Próximo Oriente. Los imperios Egipcio y Mitánnico, con frontera común en Siria, eran los dos estados más poderosos y con su alianza sellada matrimonialmente aseguraban el equilibrio y la paz internacional. Babilonia estaba aliada también con Egipto, pero al mismo tiempo mantenía una alianza defensiva con Asiria, para defenderse mutuamente de la eventual amenaza de Mitanni. Finalmente, el Imperio Hitita salía triunfante y fortalecido de las duras pruebas que había atravesado, gracias al valor personal del jefe del ejército e hijo del rey, Shuppiluliuma.

Por este tiempo, una crisis dinástica ensangrentó la corte de Wasuganni. A la muerte de Shuttarna II, su hijo y sucesor Artassumara fue asesinado por un tal Utji, quien instaló en el trono a Tushratta, hermano del soberano

asesinado, aún menor de edad, quedándose el asesino con la regencia. Años después, Tushratta consiguió hacerse con el poder, tras castigar al asesino, reanudando las relaciones diplomáticas con Egipto que habían quedado interrumpidas durante la regencia de Utji. Sin embargo, el acceso al trono de Tushratta no fue admitida por Artatama II, rey de Hurri, quien consideró al nuevo rey de Mitanni como un usurpador.

Hurri era verosímilmente el país del que eran originarios los hurritas, y ocupaba la región comprendida entre el lago Van al S y el Cáucaso al N, abarcando tal vez el curso alto del Éufrates y sus afluentes. Cabe sospechar que en Hurri se constituyó un reino hurrita, lógicamente más antiguo que el de Mitanni, sin bien éste superó ampliamente en importancia a aquél. Parece incluso que Mitanni llegó a ejercer un protectorado efectivo sobre el reino hermano de Hurri. Sea como sea, Artatama II de Hurri se negó a aceptar a Tushratta como legítimo rey de Mitanni, y proclamó su independencia, esgrimiendo para ello la bandera de la vieja rivalidad entre los dos reinos hurritas. Además, Artatama II reivindicó para sí el trono de Mitanni, considerando a Tushratta como un usurpador, lo que ha hecho sospechar que Artatama II pudiese ser otro hijo de Shuttarna II y, por consiguiente, hermano de Tushratta. Todo esto, sin embargo, es sólo hipotético.

Aproximadamente en este tiempo, o muy poco después, subía al trono hitita Shuppiluliuma I. A partir de este momento los acontecimientos se precipitaron, y a una velocidad vertiginosa llegaron a cambiar totalmente el mapa político del Próximo Oriente. Apenas proclamado rey, Shuppiluliuma I recibió una demanda de ayuda por parte de Artatama II de Hurri. Ambos soberanos firmaron una alianza y el rey hitita decidió atacar la frontera de Mitanni. Dicha operación fue, sin embargo, un fracaso. Tushratta salió vencedor de los hititas y notificó a su cuñado Amenhotep III el éxito de las operaciones. De todos modos, el deterioro de la situación internacional y la materialización del peligro hitita debió ser juzgado suficientemente amenazador por las cortes de Wasuganni y Tebas; entre otras medidas, Amenhotep III y Tushratta decidieron estrechar su alianza, sellándola nuevamente con la boda del primero con una hija del segundo.

Es posible que estos problemas bélicos de finales del reinado de Amenhotep III fuesen los responsables de la maniobra aproximativa que el viejo rey realizó en dirección al clero de Amón: Ptahmose, sumo sacerdote de Amón, fue nombrado visir del Alto Egipto. En todo caso, las presiones para recuperar su perdida preeminencia política por parte del clero de Amón habían de ser muy fuertes, y Amenhotep III debió decidir reforzar la cohesión interna del país ante la amenaza de desestabilización exterior.

Una princesa mitánnica, Tadu-Jeba, fue enviada por su padre Tushratta a Egipto para desposar a Amenhotep III. La llegada de la princesa coincidió, no obstante, con el fallecimiento del faraón, de modo que no sabemos si la boda llegó a tener lugar. El soberano fallecido fue sucedido por su hijo Amenhotep IV.

14. El Período Amarniense y el final de la Dinastía XVIII

Introducción

El Período Amarniense constituye una época bien definida de la historia de la Dinastía XVIII y del Imperio Nuevo. De manera estricta, comprende desde el reinado de Ajenatón hasta el de Tutankhamón, si bien hay que tener en cuenta que ya los antiguos egipcios consideraron como perteneciente a este período también el reinado de Ay.

Por otra parte, los historiadores del Próximo Oriente Asiático han reconocido la gran importancia del Período Amarniense, a causa de la abundante información histórica contenida en el archivo diplomático de Tell el-Amarna y que concierne a la historia política de la práctica totalidad de los estados de la época. El Período Amarniense así definido empieza a finales del reinado de Amenhotep III, ya que el hijo de éste, Ajenatón, cuando trasladó su capital a Tell el-Amarna, se llevó consigo una parte del archivo diplomático de época de su padre.

A pesar de su brevedad, pues tuvo una duración de apenas treinta años, el Período Amarniense tuvo una importancia histórica excepcional, tanto para Egipto mismo como para sus países vecinos. Esta importancia viene avalada además por la enorme cantidad de documentación escrita que este período nos ha dejado y que ha suscitado a su vez ingentes cantidades de bibliografía. Puede decirse, en efecto, que el Período Amarniense es la época

histórica del antiguo Egipto que más tinta ha hecho correr, prueba del interés que sigue mereciendo tanto por parte de los historiadores como del público en general. Los hechos, sin embargo, distan mucho de ser claros. El gigantesco acelerón que, por primera vez, sufrió la Historia Universal, y los graves acontecimientos que con él se precipitaron, nos han dejado grandes lagunas de información que los especialistas se esfuerzan en colmatar con hipótesis más o menos afortunadas. Por ello, en esta obra intentaremos más que nunca separar lo que sabemos positivamente de lo que creemos saber con más o menos verosimilitud; y obligados como estaremos a plantear algunas hipótesis, nos esforzaremos en elegir las que nos parezcan más cercanas a la realidad histórica según los datos disponibles en este momento.

El Período Amarniense fue una auténtica revolución impulsada desde arriba que afectó repentinamente a la práctica totalidad de las esferas de la vida del país. Aunque sus objetivos en principio eran meramente religiosos, las fuentes filológicas y arqueológicas nos demuestran elocuentemente que esta época puso punto final al clasicismo egipcio, y en ello están de acuerdo filólogos y arqueólogos. El Período Amarniense rompió abruptamente con los cánones que habían regido hasta entonces la lengua, la literatura, el arte y la civilización egipcios tenidos por clásicos por los mismos egipcios, y que habían seguido vigentes hasta el reinado de Amenhotep III, considerado el momento álgido de los mismos. Después, y a pesar del fracaso de la revolución religiosa, la civilización egipcia ya no volvió a ser nunca más la misma. Más que un simple paréntesis dentro del desarrollo de la civilización del Imperio Nuevo, hay que considerar por consiguiente al Período Amarniense como la crisis que cerró los tiempos de la civilización clásica egipcia.

El comienzo del reinado de Amenhotep IV y de la revolución amarniense

El primer acto del reinado de Amenhotep IV (1364-1347), tras suceder a Amenhotep III, fue casarse con la princesa mitánnica Tadu-Jeba, hija de su aliado Tushratta. De este modo, el nuevo faraón asumía los compromisos diplomáticos de su padre y revalidaba la alianza de Egipto con Mitanni.

Amenhotep IV era hijo de Amenhotep III y de la reina Tiy, y estaba a su vez casado con Nefertiti, quien devendría su esposa principal y la reina, y que tal vez era hija de un alto funcionario llamado Ay. Cuando subió al trono, el nuevo rey debía ser relativamente joven. Su personalidad ha hecho correr mucha tinta. En cualquier caso, parece claro que debía tratarse de un idealista totalmente absorto por sus especulaciones filosóficas y teológicas.

Los numerosos textos contemporáneos, perfectamente espontáneos, nos lo presentan poseído por una fe inmensa en un Dios único, esencialmente bueno, creador de todo lo existente. Su pensamiento le llevó a una constan-

te búsqueda de la verdad que le empujó a rechazar todos los mitos de la religión tradicional egipcia. Su amor se dirigiría así a toda la creación, y sobre todo a los hombres, las más excelsas criaturas obra de Dios.

Estas ideas se fueron oponiendo, progresivamente, al pensamiento religioso del clero de Amón en Tebas, mientras que el rey buscó, para apoyarlas, el pensamiento del clero solar de Heliópolis. Este abierto enfrentamiento religioso se tradujo también en el terreno de la política, formándose dos partidos o, si se prefiere, facciones: el clerical, que encontraba sus más firmes apoyos en la vieja oligarquía que había controlado la administración durante la mayor parte del Imperio Nuevo, y el real, que los buscaba en los nuevos sectores de la población que habían accedido a los círculos del poder en los últimos tiempos, y que podemos calificar de *hombres nuevos.*

La revolución amarniense es, pues, debida a la culminación de una corriente de pensamiento llevada hasta las últimas consecuencias por Amenhotep IV, pero también al enfrentamiento abierto entre la monarquía y el poderoso clero de Amón. La revolución amarniense representa, en todos los sentidos, el momento culminante de la civilización egipcia, culminación lógica por lo demás como resultado de un proceso ciertamente progresivo, tanto en el campo de las artes plásticas, como en el de las letras y del pensamiento. La revolución amarniense no pasó, no obstante, de ser una pura utopía, y el rey, que lo idealizaba todo y que sólo veía la realidad a través del prisma de sus ideas religiosas, no fue capaz de enfrentarse efectivamente ni al peligro interior —representado por el clero de Amón— ni al exterior —personificado por el rey hitita Shuppiluliuma.

El fracaso violento de la revolución amarniense representa, por el contrario, el comienzo de la decadencia de la civilización egipcia, al detenerse por la fuerza todo lo que tenía de progresivo y que, de una forma u otra, había quedado comprometido con la revolución. Desde entonces, la civilización egipcia ya no hizo más que sobrevivirse a sí misma, hasta el final de su evolución.

Al principio de su reinado Amenhotep IV se esforzó en mantenerse fiel a las formas de la tradición, como lo demuestra el nombre inicialmente adoptado así como el hecho de que se hiciese coronar en el templo de Karnak, como sus predecesores. Pronto, sin embargo, el nuevo faraón hizo construir en Tebas mismo un templo a la divinidad solar, Re-Haractes, el sol inmaterial del firmamento, al que llamaba Atón. Para ello utilizó la técnica de los *talatat,* piedras de pequeño tamaño que podían ser acarreadas por un solo hombre, con la consiguiente ganancia de tiempo.

Amenhotep IV se proclamó a sí mismo *gran vidente,* es decir, gran sacerdote de esta divinidad, y en su calidad de tal no podía aceptar la autoridad suprema del gran sacerdote de Amón, quitándole por consiguiente su poder espiritual como sumo pontífice de todos los sacerdocios de Egipto. Sin duda, ya entonces el rey quitó al gran sacerdote de Tebas también su poder temporal, al retirarle la administración de sus bienes seculares.

En el año 4 estalló definitivamente la crisis: Amenhotep IV rompió sus relaciones con el clero de Amón, abandonó Tebas fundando una nueva capital que llamó Ajetatón (en la actual Tell el-Amarna), y él mismo cambió de nombre, pasando a llamarse Ajenatón. Con él, muchos de sus funcionarios que le siguieron a su nueva capital se cambiaron asimismo el nombre, adoptando nombres atonianos que sustituyeron sus primitivos nombres tradicionales.

El apogeo de la revolución amarniense

Se desencadenó así el inicio de una auténtica revolución, cuyas consecuencias alcanzaron todos los ámbitos de la vida del país. La primera víctima de esta revolución religiosa fue el dios Amón, cuyo culto fue abolido oficialmente, y sus inscripciones y representaciones sistemáticamente destruidas. En su lugar se instauró el culto a un dios único, dios sin forma material ni imágenes, representado por el disco solar, Atón, exponente máximo de su poder y de su constante providencia para con sus criaturas. Su gran sacerdote, su profeta, a quien dios se revelaba, era el propio rey.

El nombre de Tebas fue oficialmente cambiado, el culto a los restantes dioses principales gradualmente suprimido y, finalmente, toda manifestación de culto a los antiguos dioses prohibida. En cambio, grandes fiestas tuvieron lugar en honor de Atón, con la finalidad de suscitar la adhesión de las masas populares al nuevo dios. Al mismo tiempo, los antiguos templos fueron cerrados, sus inmensas riquezas confiscadas y la clase sacerdotal suprimida. También la vieja oligarquía social fue apartada del poder, debido a sus vínculos con el antiguo clero, y en cambio el rey eligió a sus colaboradores más próximos entre las clases populares, tratándose de personas por lo menos aparentemente fanatizadas por la nueva religión y totalmente fieles a la figura del rey. Recordemos los nombres, entre otros, de Ay, alto funcionario, tal vez padre de la reina Nefertiti; de Maya, el tesorero real, y del general Horemheb, quien adoptó un nombre atoniano pasando a llamarse Paatonemheb. Pero Ajenatón también reclutó a extranjeros para ocupar altos cargos del gobierno, como es el caso de Dudu, ministro de Asuntos Exteriores, que era asiático, o tal vez el de Aperel, visir del Bajo Egipto, de quien se ha especulado que podría ser cananeo si la interpretación dada de su nombre es correcta.

Todas estas medidas, sin embargo, acabaron teniendo consecuencias desastrosas en la práctica. Los colaboradores de Ajenatón, todos hombres nuevos faltos de la experiencia y de la solera de la vieja oligarquía desarrollada con el Imperio Nuevo, no supieron estar a la altura de las circunstancias y se dejaron desbordar por los acontecimientos. Y la confiscación de los bienes de los templos así como el intento de refuerzo de la centralización administrativa no hicieron sino desorganizar las estructuras organizativas del Estado

precisamente en el momento en que éste disponía de una gran masa de recursos nuevos por administrar. La consecuencia fue la aparición de la corrupción, que rápidamente se enseñoreó en todas las estructuras del Estado, alcanzando incluso sus más altas esferas, como ha podido demostrarse. Esta fue, sin duda, la peor herencia dejada por el Período Amarniense al país que pretendió cambiar. En efecto, aposentada la corrupción dentro del Estado egipcio, éste ya no fue capaz de librarse de ella hasta su práctica desaparición a finales del Imperio Nuevo.

No nos adelantemos, sin embargo, a los acontecimientos. Por el momento, vamos a describir las principales características teóricas de la doctrina atoniana, que podemos extraer sin dificultad de los innumerables testimonios dejados por la literatura y el arte de la época.

Atón era el dios único y, en consecuencia, universal, creador de todos los hombres iguales. Las ideas de igualdad entre los hombres, así como las extraídas de la moral natural, predominaban en el pensamiento.

Dios era representado por el disco —Atón—, del que salen rayos que dan vida y protección a todo lo que existe. Se le adoraba en templos a cielo abierto, que Atón visitaba naturalmente todos los días con sus rayos.

La sinceridad, la libertad, el amor a la naturaleza, la alegría de vivir, eran rasgos importantes de esta nueva religión que se tradujeron en el arte y en las letras. Pero, sobre todo, hay que resaltar que se trataba de un monoteísmo exclusivista y revelado por primera vez en la Historia.

Los principales puntos de la doctrina amarniense tal vez puedan enumerarse como sigue:

Ajenatón es el profeta de Atón, quien le revela sólo a él sus enseñanzas, para que las difunda entre los hombres. Ajenatón es, además, el hijo de Atón hecho hombre. Todas las antiguas tradiciones cosmogónicas, incluso las heliopolitanas, son negadas.

Dios es exterior y anterior al mundo: negación, por tanto, de las concepciones panteístas. Atón es dios único y universal, todo lo que existe ha sido creado por él, todos los hombres y pueblos son iguales ante él y todo lo que él ha creado es esencialmente bueno.

Las bases de la moral se encuentran en la verdad y en la sinceridad. La vida de ultratumba es concebida, pero sin mitología de ninguna clase.

El culto a Atón se quería popular, pero la verdad es que nunca fue comprendido por el pueblo que no sintió ningún entusiasmo por él y siguió apegado a sus viejas creencias. Incluso en la capital, Ajetatón, en los barrios populares, se han hallado numerosos testimonios de la piedad de la gente por los antiguos dioses, incluso por el propio Amón, considerado el principal enemigo de la nueva doctrina.

Hay que rendirse a la evidencia de que Ajenatón promovió unos profundos cambios religiosos y económicos en la vida del país que nadie le pedía y que no lograron la adhesión más que de algunos restringidos círculos de fanáticos o de interesados, sin verdadera implantación social. Cambios re-

volucionarios, pues, pero sólo queridos desde arriba y sin contar con el pueblo. La debilidad del rey y de sus allegados no hizo sino facilitar la tarea contrarrevolucionaria de los círculos de la reacción, que no tardarían en organizarse.

La política exterior del reinado de Ajenatón

Ya hemos visto que el fallecimiento de Amenhotep III sobrevino poco después de que éste decidiera renovar la alianza de Egipto con Mitanni, y que coincidió con la llegada de una hija del rey mitánnico Tushratta a Egipto para casarse con el viejo faraón, enfermo ya desde hacía algún tiempo. No sabemos si esta princesa mitánnica, Tadu-Jeba, llegó a casarse con Amenhotep III, pero lo cierto es que el nuevo faraón, el joven Amenhotep IV, hizo suyos inmediatamente los compromisos adquiridos por su padre, empezando por desposar a Tadu-Jeba.

La situación, de todos modos, empeoraría irremisiblemente con el nuevo faraón, debido a su carácter, a los problemas internos gravísimos, tanto religiosos como políticos y sociales que provocó con su revolución y herejía, y a su absoluto desinterés por los asuntos internacionales. Todo ello no podía sino ser aprovechado por un genio de la guerra como Shuppiluliuma.

Durante la mayor parte del reinado de Amenhotep IV/Ajenatón en Egipto, el rey hitita Shuppiluliuma estuvo ocupado organizando su Estado y pacificando sus fronteras en Anatolia. Combinando la acción de las armas con la de la diplomacia, Shuppiluliuma logró además hacer entrar en la órbita hitita a una serie de pequeños estados, entre los que podemos citar Kizzuwadna y Alshe, fronterizos con Mitanni por el NO y por el N, respectivamente, de este Imperio. Si a ellos añadimos la alianza firmada con Artatama II de Hurri, nos apercibimos de cómo Shuppiluliuma estaba tejiendo laboriosamente un peligroso cerco en torno al Imperio Mitánnico.

Los preparativos bélicos hititas no debían ser, por lo demás, ningún secreto, y ello no hizo sino acrecentar la animosidad de los dos rivales. Mitánnicos e hititas se preparaban abiertamente para la guerra, ante la total indiferencia de Ajenatón. Dicha actitud de pasividad había de provocar la irascibilidad de su aliado y suegro, Tushratta, quien no dejó de recriminársela, llegando incluso a producirse un cierto distanciamiento entre las dos cortes.

La situación internacional era, pues, propicia para el ataque hitita. Shuppiluliuma parece, sin embargo, haber aguardado acontecimientos en Egipto, donde la situación interior se degradaba por momentos, debido a la creciente oposición del clero a la política religiosa de Ajenatón. En todo caso, el desencadenamiento de la 1.ª Guerra Siria, hacia 1350, parece coincidir con un momento especialmente grave avanzado ya el reinado de Ajenatón.

Mientras dramáticos sucesos debían tener lugar en Egipto, Shuppiluliuma rompía las hostilidades con Mitanni, invadiendo Siria y alcanzando rápidamente el Éufrates y el Líbano. Tushratta reaccionó, aunque demasiado tarde, marchando con su ejército en dirección a Biblo y a las líneas egipcias. Sin embargo, estos objetivos no pudieron ser alcanzados y el ejército mitánnico hubo de retirarse. De este modo, Shuppiluliuma quedaba dueño absoluto de Siria, llegando hasta la frontera egipcia donde se detuvo. Los hititas, en efecto, no tenían de momento ningún interés en provocar a los egipcios, y se abstuvieron de hacerlo.

Los egipcios, sin embargo, no dejaban de tener problemas internos en su imperio asiático. Dichos problemas eran provocados, principalmente, por Abdi-Ashirta, rey de Amurru, quien había sido entronizado en tiempos de Amenhotep III. Vasallo teórico de los egipcios, era sin embargo un personaje muy tortuoso y ambicioso, que llegó a practicar un triple juego con las grandes potencias del momento. Abdi-Ashirta supo aprovecharse de la gran libertad de movimientos de que disponía gracias a la pasividad egipcia, y acabó apoderándose de casi todo el Líbano, eliminando para ello a los vasallos fieles a Egipto, a pesar de sus constantes demandas de auxilio y de las advertencias dirigidas al faraón por Rib-Adda, rey de Biblo, el más fiel vasallo de los egipcios en la zona y el mejor informante de la corte de Ajetatón (Tell el-Amarna), a propósito de la complicada situación política en Siria. Ni qué decir tiene que las requisitorias dirigidas por Ajenatón a Abdi-Ashirta eran contestadas por éste, quien se limitaba a negar los hechos que se le imputaban con la mayor desfachatez.

Abdi-Ashirta, sin encontrar ya freno alguno a sus ambiciosos planes, se decidió a atacar Biblo, bloqueando la ciudad: esta sería la gota que colmaría el vaso de la paciencia egipcia. El hecho fue juzgado excesivamente grave por la cancillería egipcia, y las solicitudes reiteradas de ayuda cursadas por Rib-Adda fueron, finalmente, atendidas. Un ejército egipcio acudió, desbloqueando Biblo y restableciendo el control egipcio en la zona. Abdi-Ashirta pereció en el curso de estos acontecimientos bélicos y fue sucedido en el trono de Amurru por su hijo Aziru.

Poco tiempo necesitó Aziru para revelarse como digno hijo de su padre. Reanudando la política de éste, pronto logró restablecer la situación en beneficio propio dejando nuevamente a Biblo en difícil posición. Los contactos de Aziru con los hititas, y su actitud ambigua con los egipcios, decidieron a Ajenatón a convocarle para que compareciese en Egipto y se explicase. Pero Aziru respondió dando largas al asunto, mientras continuaba sus intrigas, coaliciones y golpes de mano contra los egipcios. Los problemas para los egipcios, mientras, se extendían al país de Canaán, con sublevaciones y guerras entre los príncipes locales, aprovechadas por los habiru para apoderarse de algunas ciudades. Finalmente, un complot dirigido por Aziru expulsó a Rib-Adda de Biblo, y mientras el amorita tomaba posesión del puerto fenicio, Rib-Adda moría en el exilio, seguramente ase-

sinado. Leamos seguidamente el relato de la toma de Biblo que el propio Rib-Adda remitió a su señor, el faraón:

Rib-Ad*[da dice]* al rey, *[su]* señor, *[el sol de los países]: [me he postrado]* siete veces y siete veces a los pies *[del rey, mi señor]*. He escrito reiteradamente para *(conseguir) [tropas de guardia],* pero no se (me) han dado, *[y no]* ha escuchado el rey, mi señor, las palabra[s de su siervo]; he enviado mi mensajero al palacio, y *[ha vuelto] (con las manos)* vacía*(s):* no había tropas de guardia para él. Cuando las gentes de mi *[casa]* vieron que no había sido dado dinero *(alguno),* me reprocharon *(?)* como los gobernadores, mis hermanos, y me despreciaron. Por otra parte, me dirigí a Jammuniri y *(entre tanto)* un hermano mío, más joven que yo, enemistó conmigo a Gubla para entregar la ciudad a los hijos de Abdi-Ashirta. Cuando vio mi hermano que mi mensajero había vuelto *(con las manos)* vacía*(s y que)* no *(había)* tropas de guarnición con él, me despreció y así cometió un delito, y me expulsó de la ciudad. Que el rey, mi señor, no se eche para atrás *(ante)* las acciones de este perro.

(Carta de Rib-Adda, rey de Biblo, al faraón,
según traducción de Briend, *Israel,* cit.)

Las requisitorias de Ajenatón a Aziru para que éste compareciese en Egipto se hicieron cada vez más perentorias, de modo que el rey de Amurru, tras entenderse con los hititas y dar seguridades, en secreto, a Shuppiluliuma, se decidió a presentarse ante el faraón. En Egipto, Aziru fue acusado de infidelidad, pero salió bien librado gracias a la defensa que de él hicieron funcionarios sin duda no demasiado honorables. Algún tiempo después, Aziru pudo regresar a su país y firmar un tratado en toda regla con Shuppiluliuma. De este modo, Amurru pasaba formalmente de la órbita egipcia a la hitita.

Hacia esta misma época, Shuppiluliuma culminaba el cerco diplomático de Mitanni al firmar una alianza con el rey de Babilonia, Burnaburiash II. Recordemos que Babilonia siempre se había mostrado temerosa respecto de un eventual ataque mitánnico, y que ello ya había provocado su acercamiento a Asiria. La alianza hitito-babilónica se sellaba ahora con la boda de Shuppiluliuma con una princesa babilónica que adoptó el nombre de Tawannannash.

Tushratta, por su parte, había logrado reconstituir una coalición de príncipes sirios contrarios a los hititas. A esta coalición antihitita se sumó el país de Ishuwa, en el curso alto del Éufrates. En cambio, Ugarit rehusó participar en la misma. Los restantes coaligados sirios pusieron sitio a Ugarit. Era la señal para el estallido de la 2.ª Guerra Siria.

Shuppiluliuma, de todos modos, en vez de atacar directamente Siria, optó por atacar Ishuwa, a la cual puso rápidamente fuera de combate, y se presentó en la frontera de Alshe, cuyo rey Antaratal concedió derecho de tránsito por su país al ejército hitita. De este modo, Shuppiluliuma entró en

Mitanni por donde era menos esperado, por el N, y sorprendió a Tushratta prácticamente indefenso en Wasuganni. El rey de Mitanni, ante la proximidad del ejército hitita, optó por la huida, abandonando la capital de su imperio a Shuppiluliuma. Wasuganni fue saqueada por el ejército hitita, pero Shuppiluliuma renunció a perseguir a Tushratta, optando por dirigirse con su ejército hacia el O, en socorro de su aliado Niqmaddu II, rey de Ugarit, que seguía resistiendo el asedio de los coaligados sirios. Éstos fueron cogidos por la retaguardia por el ejército hitita, que rápidamente sometió toda Siria, alcanzando dichas operaciones hasta Qadesh y Damasco, en territorio teóricamente bajo soberanía egipcia.

Los repetidos ataques hititas en territorio egipcio, y las intrigas antiegipcias llevadas a cabo, de común acuerdo con los hititas, por Aziru de Amurru y Aitagama de Qadesh acabaron provocando una reacción egipcia. Los egipcios enviaron un ejército que ocupó Qadesh. El avance del ejército egipcio coincide con la reapertura de las hostilidades por parte de Mitanni. Los mitánnicos habían conseguido conservar la plaza fuerte de Karkemish, ciudad muy bien fortificada y que constituía una cabeza de puente a la derecha del Éufrates. Es posible, pues, que de común acuerdo con los egipcios, los mitánnicos empezasen a atacar a los hititas desde su base de Karkemish. La situación llegó a ser tan grave que, ante el avance egipcio y mitánnico, el país de Nujashe se sublevó y toda Siria entró en ebullición; estallaba así la 3.ª Guerra Siria. Shuppiluliuma personalmente tomó el mando de las operaciones contra los mitánnicos, asociando a las mismas al príncipe heredero Arnuwanda, y al mismo tiempo envió otro ejército contra los egipcios en Qadesh. Ante el avance de este ejército los egipcios evacuaron Qadesh y se retiraron nuevamente al interior de sus fronteras.

Más difíciles, en cambio, fueron las operaciones contra los mitánnicos, la también llamada Guerra Hurrita de Shuppiluliuma. En el curso de las mismas, Siria fue nuevamente pacificada y los hurritas derrotados. El rey hitita decidió entonces acabar con la amenaza que representaba Karkemish y puso sitio en toda regla a la plaza. En aquel momento, Shuppiluliuma recibió una carta sorprendente: la reina de Egipto le escribía para anunciarle que su marido, el rey, había muerto. La identidad del monarca fallecido ha sido muy discutida, y aunque generalmente se aceptaba que pudiera tratarse de Tutankhamón, recientemente se ha demostrado que el faraón difunto era Ajenatón.

En todo caso, la reina viuda pedía a Shuppiluliuma que le enviase un hijo, para casarse con él y convertirle en rey de Egipto. Ante lo inusitado de esta petición, Shuppiluliuma dudó y optó por enviar un mensajero a Egipto, con el objetivo de asegurarse de la situación y de las intenciones de la reina. Mientras aguardaba la respuesta, el rey hitita prosiguió activamente el sitio de Karkemish, cayendo poco después la plaza en poder hitita. Al año siguiente regresó el mensajero con una nueva carta de la reina egipcia, en la que daba prisa al soberano hitita. Shuppiluliuma finalmente se decidió y en-

vió a su hijo Zannanza a Egipto. Sin embargo, ya era demasiado tarde; el proyecto sin duda había sido descubierto en Egipto por medios hostiles a la reina, y el príncipe hitita fue asesinado por el camino.

El asesinato de su hijo decidió finalmente a Shuppiluliuma a declarar formalmente la guerra a Egipto, declaración que hasta este momento había sido cuidadosamente evitada por los hititas. Un ejército hitita invadió territorio egipcio, pero los invasores fueron detenidos por los egipcios, cuyo ejército verosímilmente estaba mandado por el general Horemheb. Para colmo, el ejército hitita en esta campaña fue víctima de la peste, que expandió por su patria al regresar a casa.

El final del reinado de Ajenatón. Esmenjkare

¿Cuál era la situación en el interior de Egipto que había hecho posible los sorprendentes acontecimientos que acabamos de narrar? La verdad es que el desarrollo puntual de los acontecimientos dista de ser evidente, pero una cosa sí aparece claramente: en los últimos años del reinado de Ajenatón, Egipto se encontraba al borde del desastre. La nefasta política exterior del rey, que tiene mucho más de torpe que de pacífica, llevó al imperio egipcio de Asia a la catástrofe: los hititas dominaban la situación, los vasallos de los egipcios les traicionaban abiertamente y eliminaban a los vasallos que quedaban fieles al faraón, así como a los mismos agentes egipcios. Al mismo tiempo, generales y altos funcionarios egipcios se dejaban sobornar y aceptaban actuar contra los intereses de su país, como es el caso de ciertos militares enviados al país de Canaán o el del mismo Dudu, convertido en acendrado e interesado defensor de Aziru.

Ajenatón parece haber sido perseverante y consecuente, en lo que a política exterior se refiere, en un solo punto: evitar al máximo la intervención directa de tropas egipcias en Siria y, sobre todo, evitar el enfrentamiento con los hititas. Y es posible que el rey tuviese buenas razones interiores para ello: estas razones no serían otras que el enfrentamiento con el antiguo clero de Amón. Este enfrentamiento debió conducir al estallido de graves problemas, suscitados por los partidarios del dios Amón.

Ajenatón y Nefertiti sólo habían tenido hijas fruto de su matrimonio. Es posible que los graves conflictos que acontecían en el país, así como la política a aplicar para atajarlos, acabasen provocando la ruptura entre el rey y la reina, así como la división de la familia real. Lo cierto es que en el año 12 (1352) Nefertiti se separó de Ajenatón, sin abandonar sin embargo la capital Ajetatón, y que el rey la sustituyó por la hija primogénita de ambos, Meritatón, que asumió de esta manera oficialmente las funciones de reina casándose probablemente con su padre.

En el año 14 murió Nefertiti, y es posible que por entonces Ajenatón se asociase como corregente a Esmenjkare (1349-1346), enigmático personaje

que tuvo en efecto un breve reinado situable entre los de Ajenatón y de Tutankhatón. Nada se sabe de positivo sobre la procedencia de Esmenjkare, y generalmente los historiadores suponen que fue el marido de Meritatón. No obstante, recientemente se ha emitido la hipótesis de que Esmenjkare podría ser una mujer, tal vez la propia Meritatón, que habría adoptado este nombre para reinar. Sea como sea, las fuentes hititas nos confirman que, una vez muerto Ajenatón (1347), su viuda Meritatón buscó su alianza para intentar mantenerse en el trono, y que como mínimo lo logró durante un año. Lo inusitado de esta decisión de la reina viuda demuestra, por sí sola, la gravedad de la situación a la que estaba haciendo frente, pero de la que en cambio no tenemos datos concretos. La reina, que evidentemente actuaba por su cuenta y no se fiaba de ninguno de sus súbditos, estaba dispuesta incluso a aliarse con el peor enemigo de Egipto con tal de salvar su poder y, tal vez, la revolución amarniense.

También el asesinato del príncipe hitita demuestra la situación extrema a que se había llegado en Egipto. Si los componentes del complot anti-real se atrevieron a asesinar al mismísimo hijo de Shuppiluliuma, a sabiendas de que ello iba a acarrear la guerra abierta contra el poderosísimo ejército hitita, ¡qué no se atreverían a hacer puertas adentro, para poner fin al reinado de la última representante de la revolución amarniense! No volvemos a saber nada más de Meritatón. En cuanto a Esmenjkare, se ha supuesto que su momia es la de un personaje de unos veinte años, encontrada en una tumba del Valle de los Reyes y depositada dentro de un sarcófago al que le fueron arrancados la máscara y los nombres reales. La momia del supuesto Esmenjkare habría sido trasladada de Tell el-Amarna a Tebas por orden de Tutankhamón.

Tutankhamón y Ay

Sea cual sea el desenlace del drama que vivió la familia real amarniense, lo cierto es que el último faraón que accedió al trono en la capital herética Ajetatón fue Tutankhamón (1346-1337), quien sólo tenía unos nueve años cuando fue designado rey. El nuevo faraón era, tal vez, hijo de Ajenatón y de una esposa secundaria, Kiya, muerta probablemente en el parto. Al principio de su reinado, llevó el nombre de Tutankhatón, y se casó con una hija de Ajenatón y Nefertiti, la princesa Anjesenpaatón, quien le transmitió los derechos al trono.

Mientras que, en el exterior, el ejército egipcio lograba alejar la amenaza representada por los hititas, en el interior los acontecimientos se precipitaron. En primer lugar, Tutankhatón empezó a adorar a Amón. Poco después, se cambió el nombre, adoptando el de Tutankhamón, al tiempo que la reina pasaba a llamarse Anjesenamón. Finalmente, pero dentro aún de los primeros años de reinado, el rey abandonó definitivamente Ajetatón. Rápi-

damente, el país intentó volver a la *normalidad* pre-amarniense. Para ello, el rey promulgó un edicto que restableció a Amón en todo su poder: se restauró el culto a todos los dioses, y para ello se devolvieron sus bienes a los templos y sus sacerdocios al clero. En fin, el gran sacerdote de Amón fue nuevamente nombrado sumo pontífice de todos los sacerdocios de Egipto. La vieja oligarquía recuperaba así su poder.

Es probable que, desde este momento, los partidarios de Atón se pasasen en masa a la reacción, cambiándose nuevamente el nombre quienes habían adoptado nombres atonianos y abandonando casas y tumbas en Ajetatón que se despobló rápidamente. El desorden imperante, por lo demás, debió facilitar los abusos de todo tipo. La corrupción, presente ya en el reinado de Ajenatón, se aceleró: los funcionarios cobraban impuestos injustificados y se hacían acompañar por soldados para hacerse pagar; muchos campesinos fueron expulsados de sus tierras y la miseria más espantosa se apoderó del pueblo; la justicia, en fin, se había convertido en una pura caricatura. Tan dramática debía ser la situación interna, que es sintomático que dos importantes documentos oficiales de la época, los edictos de Tutankhamón y de Horemheb, aluden a ella para justificar las medidas de diversa índole que adoptaron.

Si tenemos en cuenta la corta edad del soberano, no nos será difícil de todos modos comprender que su responsabilidad en los actos de gobierno realizados a su nombre debió ser prácticamente nula. Los auténticos hombres fuertes del reinado parecen haber sido Ay, el antiguo alto funcionario de la corte amarniense, y el general Horemheb. Sea como sea, y a pesar del retorno a la ortodoxia religiosa por parte de Tutankhamón, éste siguió adorando a Atón hasta el fin de su reinado, como lo ha probado la amalgama de objetos de significado religioso diverso hallada en su tumba. No sólo no hubo, por consiguiente, ningún tipo de persecución religiosa atoniana, sino que el mismo rey mantuvo su devoción personal a Atón; de hecho, puede deducirse que en materia religiosa la situación teóricamente retrocedió al estadio de época de Amenhotep III.

Tutankhamón falleció repentinamente a los dieciocho años de edad, y para enterrarle hubo que habilitar precipitadamente una pequeña tumba del Valle de los Reyes que había quedado inconclusa y abandonada en alguna época anterior. El misterio que rodea su muerte prematura se acrecienta si tenemos en cuenta la herida que presenta su momia en el cráneo.

El rey no tuvo hijos de su matrimonio, y con él se extinguió definitivamente la casa real que liberó Egipto del yugo asiático con la Dinastía XVII, y que le dio sus horas de mayor gloria con la XVIII. Su sucesor fue el anciano Ay (1337-1333), quien ofició los funerales de Tutankhamón tal como vemos en las representaciones murales de la tumba de éste. Normalmente se ha especulado con la posibilidad de que los derechos al trono de Ay le viniesen de su boda con la reina viuda Anjesenamón, pero lo cierto es que en su propia tumba Ay aparece en compañía de la reina Tiy II, quien ya era su es-

posa en época amarniense. Por otro lado, nada vuelve a saberse de Anjesenamón, de modo que parece más prudente concluir que Ay debía poseer derechos propios al trono, dada la extinción de la dinastía propiamente dicha y tal vez por su condición de padre de Nefertiti y, por consiguiente, de abuelo de la propia Anjesenamón.

Otra cuestión distinta es la del encumbramiento de este viejo funcionario amarniense hasta el trono. La hipótesis más verosímil al respecto es la de que el general Horemheb no juzgaba llegada aún su propia hora, y que por ello creyó útil apoyar la candidatura de su anciano aliado político, quien no tenía hijos varones y cuyo reinado no podría ser demasiado largo, no constituyendo por ello un peligro para sus propias ambiciones. El breve reinado de Ay no puede ser considerado, por consiguiente, más que como una especie de interregno que dio tiempo, mientras, a Horemheb a preparar su propia candidatura al trono.

Horemheb y el final de la Dinastía XVIII

Ay falleció, en efecto, a los cuatro años de su entronización sin dejar descendencia masculina. El auténtico hombre fuerte del momento era por entonces ya Horemheb, el héroe nacional que sin duda había salvado el imperio egipcio de Asia al conseguir hacer retroceder a los hititas, y que sin duda contaba con el beneplácito del clero de Amón a quien habría dado ciertas garantías.

Horemheb o Harmais era descendiente de una antigua familia aristocrática del Egipto Medio, y un gran devoto al mismo tiempo del dios Horus, divinidad cuyo nombre figuraba en su propio patronímico. Tal y como él mismo nos cuenta, fue el mismo Horus quien decidió promoverle a la dignidad real, para lo cual le condujo a Karnak donde le presentó a Amón. Fue entonces cuando éste le designó, efectivamente, por medio de un oráculo.

Esta leyenda simplista narrada por Horemheb disimula apenas la realidad histórica: el nuevo rey debía el trono, en efecto, a la alianza de la vieja oligarquía con el clero de Amón, así como al apoyo del ejército cuyo patrón era, precisamente, Horus. Horemheb tuvo siempre, de todos modos, la habilidad de resaltar sus propios méritos personales, tales como sus victorias militares, su ascendencia noble o la predilección que Horus le dispensaba, para afirmar su independencia frente a un excesivo monopolio del poder por parte del clero amoniano. Horemheb debía, de todos modos, legitimar su acceso al trono, y para ello casó con la princesa real Mutnedyemet, quien parece que era hija de Ay, la cual le transmitió sus derechos a reinar. De este modo, Horemheb (1333-1305) es considerado el último representante de la Dinastía XVIII, con la que emparentó matrimonialmente.

Al advenimiento de Horemheb la situación internacional había cambiado, mientras tanto, de forma radical: el Imperio Mitánnico había desapareci-

do y el equilibrio internacional había dejado de existir. En efecto, los repetidos fracasos mitánnicos habían conducido al asesinato del rey Tushratta y habían llevado al trono de Wasuganni a Shuttarna III, sucesor de Artatama II de Hurri, quien contaba con el apoyo del rey asirio Ashur-uballit I. Éste aprovechó para hacerse devolver las puertas de oro y plata de Asur que años antes los mitánnicos se habían llevado como trofeo. Al mismo tiempo el príncipe Mattiwaza, hijo de Tushratta, tuvo que buscar refugio en Babilonia, pero allí el propio rey Burnaburiash II intentó eliminarlo; Mattiwaza logró huir y acudió en busca de ayuda a Hattusa, donde fue bien acogido por el rey Shuppiluliuma temeroso del nuevo poderío asirio. Así, un ejército hitita enviado por Shuppiluliuma logró entrar en Wasuganni y entronizar a Mattiwaza, pero un ejército asirio enviado en socorro de Shuttarna III por Ashur-uballit I logró frenar el avance hitita. De este modo, el antiguo Imperio Mitánnico había quedado dividido en dos partes: una, occidental, reducida a protectorado hitita; otra, oriental, que recibió el nombre de Hanigalbat, convertida en provincia asiria.

Tras su acceso al trono, Horemheb tuvo que hacer frente aún a un postrer ataque hitita decidido por Shuppiluliuma. El ataque fue, de todos modos, un fracaso y el propio rey hitita falleció poco después, víctima de la peste que él mismo había esparcido por el país.

El balance final del glorioso reinado de Shuppiluliuma no puede, por consiguiente, considerarse positivo para su Imperio. En efecto, había logrado pacificar casi toda Anatolia, pero jamás pudo vencer a los bárbaros gasga. Destruyó su principal enemigo, el Imperio Mitánnico, pero con ello favoreció la formación de un nuevo enemigo, el Imperio Asirio. En fin, debilitó el Imperio Egipcio en Asia y ayudó a su desorganización interna al contribuir a la caída de la revolución amarniense, pero al cabo no pudo vencer a los egipcios —recordemos sus fracasos finales frente a Horemheb— y además acabó enfrentándose abiertamente a ellos, buscando así un nuevo enemigo para su Imperio. En el interior, Shuppiluliuma exigió un esfuerzo a su Estado y a su administración superior a sus posibilidades, y además esparció la peste en su país, lo que hizo mucho daño al Imperio Hitita durante bastantes años. En definitiva, los resultados de su actuación, aunque esplendorosos, eran más aparentes que reales. La calma que reinaba en su inmenso imperio no era real, y con su muerte estallaron por doquier numerosas rebeliones. De todos modos, no puede negarse que Shuppiluliuma es la figura más ingente que domina, en todo el Próximo Oriente, el Período Amarniense, y que logró convertir al Imperio Hitita en nueva primera potencia mundial, con la que Egipto tendría que rivalizar durante bastantes años.

La historiografía egiptológica ha atribuido, tradicionalmente, a Horemheb el desencadenamiento de la persecución de la religión atoniana y de la memoria de los reyes amarnienses. La investigación reciente, por el contrario, ha demostrado la inocencia esencial de Horemheb en este asunto, que no tuvo lugar más que durante el reinado de Rameses II, al mismo tiempo

que se iniciaba la persecución de la memoria de otro soberano hereje —este último por otros motivos—, la reina-faraón Hatshepsut. Al contrario, pues, de lo que se ha venido afirmando, tenemos pruebas de que Horemheb se mostró tolerante tanto con el culto a Atón, algunos de cuyos templos seguían abiertos al culto público, como con el recuerdo de su familia política, a la cual en definitiva debía su propia legitimidad dinástica. Bastará recordar, al respecto, que cuando algunos saqueadores fueron sorprendidos dentro de la tumba de Tutankhamón disponiéndose a saquearla, fue Horemheb precisamente quien hizo preservar la integridad de su ingente ajuar funerario y quien la hizo sellar nuevamente. Es con los sellos de época de Horemheb que la tumba ha llegado, con su contenido, hasta nuestros días. Lo único que ciertamente cabe atribuir a Horemheb es el desmantelamiento integral del templo que Amenhotep IV/Ajenatón había hecho erigir en Tebas a Atón. Ahora bien, sin dejar de reconocer que este templo pudiese ser tenido por una provocación por parte del clero amoniano en los mismos dominios de Amón, y que por ello deseasen vehementemente su demolición, lo cierto es que Horemheb no hizo con él más que lo que algunos de sus predecesores habían hecho con construcciones anteriores que estorbaban a los nuevos planes edilicios. Así, Horemheb hizo desmantelar el peculiar templo solar tebano para, en su lugar, erigir una nueva ampliación del templo de Amón, en Karnak, pero las piedras del templo desmantelado no podían ser, simplemente, tiradas, ya que habían formado parte de un edificio sagrado, y por ello fueron reutilizadas como material de relleno precisamente en las nuevas construcciones de ampliación del templo de Karnak.

Horemheb tuvo que promulgar un nuevo Edicto, que lleva su nombre, para tratar de atajar la creciente corrupción administrativa, y en él describe en términos patéticos la dramática situación en que se encontraba el pueblo y los abusos de que era objeto por parte de ciertos altos funcionarios deshonestos. Para frenar la corrupción, el *Edicto de Horemheb* no duda en dictar penas muy severas contra los funcionarios que abusen de su poder. El Edicto demuestra, pues, la gravedad de la corrupción del Estado, que venía de época de Ajenatón, y nos documenta sobre los esfuerzos de Horemheb para poner orden en el interior del país y, al mismo tiempo, ganarse el favor del pueblo.

Por lo demás, sabemos que a lo largo de todo su reinado Horemheb se esforzó en neutralizar el poder de su peligroso aliado el gran sacerdote de Amón, a quien sólo devolvió la dirección de todos los cultos de Egipto —es decir, el sumo pontificado— poco antes de su muerte. Además, tuvo siempre la precaución de equilibrar a Amón, por un lado, con Horus y los restantes dioses locales, por otro; así como a Tebas con Menfis y la oligarquía provinciana de la que él mismo procedía.

En fin, no hay que olvidar que Horemheb había sido un militar de profesión, razón por la cual no debe sorprendernos que potenciase extraordinariamente al ejército, base de su poder. Al mismo tiempo, sabemos que

procedió a una seria reforma administrativa, que comprendía medidas descentralizadoras y que pretendía remediar el desorden provocado por las medidas de Ajenatón.

Horemheb no tuvo descendencia, y no pudo por consiguiente fundar una nueva dinastía, de modo que para asegurar la continuidad del Estado designó como sucesor a un compañero suyo, el general Parameses, quien sería el futuro Rameses I, fundador de la Dinastía XIX. Horemheb se había hecho construir, durante el reinado de Tutankhamón, una espléndida tumba como particular en Menfis, convertida nuevamente en capital administrativa del país. No obstante, convertido él mismo en rey, se hizo construir una nueva tumba en el Valle de los Reyes, donde se hizo enterrar a semejanza de sus inmediatos predecesores.

15. La Dinastía XIX

Los orígenes de la Dinastía XIX. Setos I

Cuando Horemheb, sin descendencia masculina, dejó el trono al general Parameses, éste era ya un hombre de avanzada edad. De modo que, tras adoptar el nombre de Rameses I, fundando la Dinastía XIX, asoció inmediatamente al trono a su hijo Setos I para consolidar mejor la nueva dinastía. Esta providencia fue acertada, puesto que Rameses I tuvo un reinado muy breve (1305-1303), dejando a su muerte a Setos I como único rey (1305-1289).

La nueva dinastía, de militares, era originaria del Delta oriental, y más concretamente de la región de Ávaris, donde desde tiempos de los hicsos era adorado el dios Set. El mismo Setos I había sido sacerdote de este dios, antes de acceder al trono.

Los reyes de la Dinastía XIX, igual que Horemheb, comprendieron la amenaza que para la monarquía representaban los sacerdotes de Amón. Por ello, continuando la política de su predecesor potenciaron extraordinariamente el ejército, que constituía la base de su poder, así como el culto a los demás dioses, especialmente el de Re, pero también el de Osiris, Horus e incluso el de Set, considerado junto con Horus el dios de las armas, del ejército y de la guerra.

Por otro lado trasladaron, si no la capital teórica, sí su residencia a Pi-Rameses, ciudad de nueva planta cercana a Ávaris, desde donde podían ha-

cerse cargo de la dirección de las campañas militares en Asia, manteniéndose al mismo tiempo alejados del clero de Amón, convertido en dueño absoluto de Tebas.

La política exterior egipcia se benefició especialmente de las dificultades experimentadas por los hititas tras la muerte de Shuppiluliuma: sublevaciones en todos los frentes, sofocadas con dificultad por Mursil II; la peste, que continuaba asolando Anatolia; la aparición de una nueva potencia en Occidente, la monarquía aquea con capital en Micenas y formada por un conglomerado de pequeños reinos vasallos del gran rey de Micenas, y aún la creciente amenaza asiria.

Si los aqueos habían logrado un gran poder naval, con el que controlaban el mar Egeo y las costas de Anatolia, donde empezaron a disputar su influencia a los hititas, los asirios por su parte habían logrado reconstruir un Imperio durante el reinado de Ashur-uballit. Éste, en efecto, había aprovechado la muerte de Shuppiluliuma para apoderarse de Mitanni, eliminando a Mattiwaza y llegando hasta el Éufrates, cerca de Karkemish. Mursil II tuvo, pues, que reforzar la ciudad y los asirios se abstuvieron de cruzar el Éufrates. Por otro lado, Ashur-uballit I había firmado una nueva alianza con Babilonia, de acuerdo con la cual una hija suya casó con el rey babilónico. Ello le dio pie a intervenir en el país vecino cuando un nieto suyo, llegado a rey de Babilonia, fue asesinado en el curso de una revolución. De este modo, al final de su reinado Ashur-uballit I dominaba Mitanni, controlaba los nómadas de los Zagros y de Arabia, y había impuesto un rey pro-asirio en Babilonia.

En Siria y Palestina los hititas intentaron no intervenir directamente, debido a sus múltiples dificultades, limitándose a intentar promover bajo mano sublevaciones antiegipcias. Pero esta misma táctica fue también utilizada, con mayor éxito, por los egipcios, quienes lograron provocar una sublevación anti-hitita en Siria, aprovechada además por los asirios para intentar tomar Karkemish. Sin embargo, la presencia de un nuevo ejército hitita a cuyo frente se encontraba el propio Mursil II hizo desistir a los asirios. Poco después los problemas asirios fueron en aumento, debido sobre todo al recrudecimiento del estado de guerra endémico con Babilonia, y la nueva situación fue aprovechada por Mursil II para recuperar Mitanni.

Sin embargo, la pasividad hitita en el frente egipcio seguía siendo notable, de modo que fue aprovechada por Setos I para sorprender al ejército hitita y apoderarse de Qadesh. Poco le duraron a Setos I estas conquistas de todos modos: cuando el faraón se retiró, estallaron nuevas revueltas y los egipcios perdieron nuevamente Qadesh y Amurru.

En el interior, Setos I reanudó también activamente la explotación de las minas de oro de Nubia, factor éste esencial para volver a levantar la situación económica. Y con respecto al clero, prosiguió la política de vigilancia de Horemheb, quien ya había tenido la precaución de no entregar el sumo pontificado de todos los cultos y dioses de Egipto al gran sacerdote de

Amón hasta el final de su reinado. Continuando con esta política restrictiva, Setos I inauguró una política de traslados forzados de los hijos de los grandes sacerdotes, empezando por el de Amón, con el objetivo de evitar que una dinastía de grandes sacerdotes de Amón se consolidase en Tebas. Esta política iba a ser continuada por su hijo y sucesor Rameses II.

Setos I fue también un gran constructor, destacando sus trabajos en el templo de Amón en Karnak y, sobre todo, el templo que hizo construir a Osiris en Abido, en el principal lugar de culto de la divinidad funeraria en el Alto Egipto; al respecto hay que recordar que Osiris fue también el primer rey mítico de Egipto, y la lista real que Setos I hizo inscribir en los muros del templo de Abido pone de relieve su descendencia directa del dios, origen de la monarquía egipcia. De esta manera, Setos I pretendía reivindicar su —aunque ficticia— legitimidad dinástica, afianzando así las bases teóricas de su poder frente al clero amoniano. A su muerte, Setos I se hizo enterrar en un hipogeo del Valle de los Reyes.

Rameses II

Después de los escarceos que han caracterizado todos estos años, el advenimiento de los jóvenes Rameses II (1289-1224) y Muwatalli, respectivamente, a los tronos egipcio e hitita señala la proximidad del enfrentamiento bélico directo entre ambas potencias.

Los dos monarcas, en efecto, aceleraron sus preparativos, y mientras Muwatalli levantaba en armas una gran alianza anti-egipcia, Rameses II organizaba su ejército. El objetivo de ambos era el control de Siria y, por supuesto, el de las ciudades fenicias. La gran batalla se dio en Qadesh en el año 5 del reinado de Rameses II: éste, al precipitarse, cayó en una trampa hitita y sólo se salvó gracias a su valor personal y al de su ejército. La gesta del rey sería cantada por los épicos versos del *Poema de Pentaur:*

Entonces apareció Su Majestad, parecido a su padre el dios Montu. Cogió sus armas y se ciñó la coraza, como el dios Baal presa de su furor. El gran corcel que lo lleva es Victoria-en-Tebas; viene del gran potrero real. Su Majestad se lanzó al galope, y se hundió en las entrañas de los ejércitos de esos miserables hititas, completamente solo, sin nadie con él. Al dirigir la mirada hacia atrás vio que dos mil quinientos carros le habían cortado toda salida, con todos los guerreros del miserable país de los hititas, así como de los numerosos países confederados (...).

(*Poema de Pentaur*, según Daumas, *La Civilisation*, cit.)

Los dos enemigos se apresuraron a proclamar ostentosamente su victoria, pero ambos ejércitos se retiraron prudentemente, dejando en definitiva el resultado indeciso. Si bien es cierto que los hititas lograron conservar la

plaza, también lo es que Muwatalli desistió de continuar la guerra abierta contra Egipto, optando por intentar continuar fomentando sublevaciones contra los egipcios, aunque sin excesivo éxito. De hecho, los hititas quedaron en una situación de gran debilidad, puesta de manifiesto por ejemplo por el rey asirio Adad-nirari I, quien derrotó e hizo tributario nuevamente a Hanigalbat sin que los hititas reaccionasen. La pronta muerte de Muwatalli no hizo, por lo demás, más que empeorar la situación al estallar nuevas luchas dinásticas entre los hititas.

Estos disturbios intestinos hititas fueron aprovechados por Rameses II y por Adad-nirari I. Mientras el faraón pudo dedicarse a pacificar Palestina, los asirios prosiguieron con sus manejos e intrigas, dispuestos a convertirse en potencia de primer orden y amenazando a un tiempo a hititas y babilonios. En efecto, un empeoramiento de las relaciones asirio-hititas se registra al final del reinado del monarca hitita Urhi-Teshub —Mursil III— y al advenimiento de su sucesor Hatusil III. La causa fue una sublevación de Hanigalbat contra los asirios; los sublevados pidieron ayuda a los hititas, pero Adad-nirari I invadió y anexionó Hanigalbat, que fue finalmente abandonado a su suerte por Hatusil III por temor a una guerra abierta contra Asiria y Egipto a un tiempo. Hatusil III se había apoderado poco antes del trono hitita, restableciendo el orden en el reino anatolio, y para intentar contrarrestar los éxitos militares asirios firmó, primero, una alianza con Babilonia. Adad-nirari I, por su parte, habiéndose proclamado «Gran Rey», solicitó el establecimiento de relaciones fraternales con Hatusil III, sin duda para no verse bloqueado por la diplomacia hitita, pero sus propuestas fueron rechazadas por el rey hitita quien, considerando de todos modos insuficiente la alianza babilónica, inició una apertura diplomática en dirección a Egipto.

El resultado de estos contactos fue la firma de la paz rápidamente aceptada por Rameses II en el año 21 de su reinado, y la consiguiente redacción de un tratado egipcio-hitita, que contemplaba los siguientes puntos: no agresión mutua; renovación de los tratados anteriores; alianza defensiva; acción en común contra los rebeldes; extradición de los refugiados políticos; por último, maldiciones divinas y acciones previstas contra quien no respetase el tratado en el futuro. Los términos en que fue redactado el tratado egipcio-hitita son conocidos de manera excepcional, ya que se han conservado copias del mismo tanto en Egipto como en el Imperio Hitita, lo cual ha permitido además contrastar las diferentes versiones.

El tratado de paz egipcio-hitita acabaría siendo la base que garantizaría en el Próximo Oriente el 2.º equilibrio internacional; no obstante, ello llevaría aún un tiempo, siendo necesario además advertir que este 2.º equilibrio no llegó a tener la duración del 1.º —unos cincuenta años como máximo—, y no dejó nunca de estar seriamente amenazado por los pueblos y potencias ajenos al mismo. Dicho de otro modo, egipcios e hititas tuvieron siempre mayores dificultades en mantener la paz y el orden que las experimentadas por egipcios y mitannios ciento cincuenta años antes.

De momento, Hatusil III pudo recuperar Hanigalbat tras vencer y expulsar a los asirios del mismo, como primera consecuencia del nuevo orden internacional. No obstante, tanto Babilonia como Egipto siguieron manteniendo una actitud que puede calificarse de diletante con respecto a Asiria, de manera que el nuevo rey asirio Salmanasar I pudo aprovechar para, tras pacificar los límites orientales de su imperio, atacar y derrotar a hititas y hurritas y para apoderarse nuevamente de Hanigalbat. De esta manera, el antiguo Estado Mitanni desapareció definitivamente de la Historia; el último rey mitannio, Shattuara II, se dio a la fuga.

Este nuevo revés militar alarmó a Hatusil III, determinándole a estrechar más su alianza con Egipto, para lo cual ofreció a una hija suya en matrimonio a Rameses II en el año 33. Aceptada la alianza matrimonial por parte del faraón, el propio Hatusil III viajó a Damasco para acompañar a su hija y entregarla personalmente a Rameses II. Fue la primera vez en la Historia que tuvo lugar una entrevista diplomática a tan alto nivel. Esta vez, la paz quedaría firmemente establecida, y los asirios tardarían unos cuantos años en volver a amenazarla.

En Nubia, Rameses II prosiguió la política colonizadora y de prestigio, iniciada por los faraones de la Dinastía XVIII, y que vemos jalonada por la erección de grandes monumentos y de obras colosales, entre los que los templos hipogeos de Abu-Simbel son sin duda los más paradigmáticos.

En el interior esta política de prestigio se ve también realzada por los innumerables monumentos erigidos, reparados o ampliados por obra de Rameses II a lo largo y a lo ancho de Egipto. Por su colosalismo y por su número, puede asegurarse que Rameses II ha sido el mayor constructor de toda la historia de Egipto. Como mano de obra forzada, se utilizó en muchas de estas construcciones a contingentes importantes de poblaciones extranjeras deportadas a Egipto, como fue por ejemplo el caso de los hebreos en los trabajos de Pi-Rameses, continuados a gran ritmo en el reinado de Rameses II.

Este hecho hay que encuadrarlo dentro de una política general de deportación e instalación en Egipto de contingentes extranjeros, muchos como colonos agrícolas, muchos incluso enrolados en el ejército. Las causas de esta nueva política, que tenemos en efecto documentada a partir del reinado de Rameses II, deben ponerse en relación con el hecho de que, según el historiador Diodoro Sículo, Rameses II habría reagrupado a sus súbditos en clases hereditarias y cerradas. Al igual que lo acontecido durante el Bajo Imperio Romano, una medida de este tipo sólo puede obedecer a un despoblamiento general y a un aumento de los impuestos inversamente proporcional a la caída de la producción. Es este descenso demográfico, y tal vez también la deserción de las tareas productivas por parte de la población, lo que intentaría ser paliado mediante la obligación de los hijos a continuar el oficio de los padres, y mediante las deportaciones de extranjeros. Estos contingentes extranjeros, por lo general, eran rápidamente egiptizados y pasaban a integrarse plenamente en el conjunto de la población. Pero las fuentes egip-

cias también nos documentan los casos de pequeños grupos que lograban subrepticiamente darse a la fuga y huir al desierto, como pudo ser el caso de los hebreos y como también lo era de los mismos egipcios que abandonaban las tareas productivas huyendo de la creciente presión fiscal.

Este deterioro general y progresivo de la situación económica interior en el transcurso del largo reinado de Rameses II puede ponerse sin duda en relación con las crecientes dificultades que encontró el faraón para mantener íntegramente su política de neutralización del poder del clero, política que acabó fracasando definitivamente durante su dilatada vejez en el trono. Fue entonces cuando, por fin, el gran sacerdote de Amón pudo recuperar el sumo pontificado, es decir, el cargo de «director de todos los cultos del Alto y Bajo Egipto». Al mismo tiempo, fracasada la política de traslados, el sacerdocio se convirtió en una clase hereditaria y, por consiguiente, privilegiada. Los templos, a su vez, se convirtieron en señoríos y su economía se convirtió en cerrada. Los templos dejaron de depender del rey, y sus tierras y hombres adquirieron un estatuto especial. Es, sin duda, en este contexto que hay que situar el desencadenamiento de la persecución religiosa atoniana, que conllevó especialmente el desmantelamiento de Tell el-Amarna —la antigua capital Ajetatón— y la destrucción de los templos atonianos que aún subsistían en el país. Se trató de una auténtica «caza de brujas», ordenada por el clero de Amón y a la que el rey ya no tuvo fuerzas para oponerse. Esta «caza de brujas» tenía como objetivo la persecución, hasta su total destrucción, de todo rastro de heterodoxia habida en el pasado, y en ella cayeron también los monumentos de los reyes considerados «herejes» por una u otra razón, cuyos nombres fueron borrados para suprimirlos de la Historia. En esta persecución cayeron, desde luego, los faraones amarnienses, entre Ajenatón y Ay, para lo cual se alargó artificialmente el reinado de Horemheb haciendo coincidir su inicio con la muerte de Amenhotep III; pero también cayó, sin duda alguna, Hatshepsut, por el mero hecho de haber reinado siendo mujer, siendo sustituido entonces su nombre por el de cualquiera de los Tutmosis que la precedieron o sucedieron. De esta manera el clero de Amón empezaba a aprovecharse de su ventajosa situación sobre el Estado para imponer su ortodoxia oficial.

Al rey no le quedaba otra opción que intentar afianzar todo lo que le restaba de poder en el ejército, pero debido a las dificultades crecientes para reclutar soldados egipcios opuestas por los templos, el ejército tuvo que hacerse progresivamente mercenario. Se preparaba, así, en el interior, el enfrentamiento que acabaría siendo decisivo entre monarquía y clero, enfrentamiento que terminaría con el Estado representado por el Imperio Nuevo, al mismo tiempo que negras amenazas empezaban a precisarse en el exterior, las cuales pondrían punto final no sólo al 2.º equilibrio internacional sino también a la mayoría de grandes imperios del Próximo Oriente.

De hecho, el equilibrio internacional no dejó nunca de ser amenazado por los asirios, que por Occidente no cejaron en ningún momento en su em-

peño de cruzar el Éufrates y lograr una salida al mar Mediterráneo. Tukulti-Ninurta I representa el momento de máxima pujanza asiria al final del reinado de Rameses II, logrando el rey asirio derrotar a hititas y hurritas en la región montañosa del alto Tigris, y consiguiendo incluso apoderarse de Babilonia, que fue simplemente anexionada a Asiria. Tukulti-Ninurta I logró así su ambición de ver reconocida Asiria como potencia de primer orden por egipcios e hititas. Pero las defensas hititas en Siria eran demasiado sólidas y la región quedó incluso cerrada al tránsito de mercaderes asirios, por obra de Tudhaliya IV, el nuevo rey hitita.

Por otro lado, hacia Occidente los aqueos se mostraban cada vez más amenazadores. Los archivos hititas mencionan constantes conflictos con ellos y los nombres de algunos de los personajes citados, escritos en cuneiforme, recuerdan extrañamente los nombres de ciertos héroes homéricos. Es sin duda en este contexto que tendrá lugar la Guerra de Troya, motivada por las disputas originadas con el objetivo de controlar la ruta del mar Negro.

Pero todavía hay que mencionar una tercera y, por el momento, aún difusa amenaza al equilibrio internacional, la cual de todos modos acabaría por ser la más determinante. Nos referimos a un nuevo movimiento expansivo de gran importancia de pueblos indoeuropeos, procedentes de la Europa central y septentrional. Estos pueblos fueron llamados por los egipcios «Pueblos del Mar», y algunos de ellos ya nos son conocidos durante la primera mitad del siglo XIII como aliados de los hititas. No sería, de todos modos, hasta la segunda mitad del siglo que desencadenaron una serie de invasiones en gran escala, que acabaron por cambiar totalmente el mapa étnico y político del Mediterráneo oriental.

Rameses II fue el padre de una numerosa prole, celebrada ya en la Antigüedad. El propio rey hizo enterrar a muchos de sus hijos, fallecidos antes que él, en una tumba colectiva excavada en el Valle de los Reyes. En cuanto a su esposa principal, la reina Nefertari, fue enterrada en un fastuoso hipogeo abierto en el recientemente inaugurado Valle de las Reinas. Él mismo se hizo enterrar en el Valle de los Reyes; su enorme templo funerario, el Rameseo, edificado en Tebas Oeste, gozó ya de justa fama entre los viajeros antiguos.

Si queremos hacer un balance del reinado de Rameses II para terminar las páginas que le hemos dedicado, debemos concluir que el mismo no puede ser positivo, a pesar de la enorme actividad interior desplegada por el soberano, de su indudable habilidad y prudencia manifestadas en el exterior y del prestigio que, en suma, supo otorgar a la institución faraónica, todo lo cual en todo caso fue suficiente para que su memoria se conservara de manera indeleble durante los tiempos que siguieron y hasta nuestros días. Todo ello ha mantenido la fama, que no nos atrevemos a calificar de injustificada, de que Rameses II fue uno de los más grandes reyes de Egipto. Sin embargo, sus últimos años son excesivamente tristes, y creemos que nefastos para

la historia de Egipto, y es seguro que su prolongada vejez es directamente responsable de que el faraón perdiese toda capacidad de reacción ante las ambiciones desenfrenadas del clero, dando al traste con la prudente política de contención llevada a cabo desde Horemheb hasta el propio Rameses II en su años de madurez. En conclusión, hemos de aceptar que, por un sorprendente retorno de la Historia, el largo reinado de Rameses II acabó teniendo idéntico —y nefasto— significado para el Imperio Nuevo que el de Fiope II había tenido mil años antes para el Imperio Antiguo.

Mineptah

El sucesor de Rameses II fue su hijo Mineptah (1224-1204), el mayor de los hijos del gran faraón que sobrevivió a su padre, pero que en realidad parece que originariamente no era sino el decimotercer príncipe en el orden de sucesión. La larga vejez de Rameses II le permitió heredar el trono, pero ello fue al precio de hacerlo ya a una edad considerablemente avanzada.

El primer motivo de preocupación del nuevo soberano al acceder al trono fue la deteriorada situación internacional. En efecto, los Pueblos del Mar habían ya irrumpido por entonces en el Mediterráneo oriental, probablemente en el contexto del mismo movimiento expansivo que llevó a otros pueblos indoeuropeos a ponerse también en movimiento en diversas direcciones: así, los pueblos itálicos penetraron en Italia, y los celtas se dirigieron a las regiones más occidentales de Europa.

Los Pueblos del Mar, a su vez, debieron irrumpir en la Grecia continental procedentes de los Balcanes, siendo los más que probables responsables de la destrucción del Imperio y de la talasocracia aqueos, y de la decadencia de la civilización micénica. La unidad del Imperio Aqueo era más ficticia que real, y la autoridad moral de Micenas sobre los demás estados no había impedido las constantes luchas intestinas entre ellos que les habían desangrado hasta dejarles agotados y a merced de los nuevos invasores. En el curso de la segunda mitad del siglo XIII la mayor parte de ciudades y palacios de Grecia fueron destruidos, incendiados o simplemente abandonados: Micenas, Tirinto, Pilos, Orcómeno, Delfos, etc. Al mismo tiempo, las regiones periféricas recibieron nuevos aportes de población, fugitiva de los lugares destruidos o abandonados: así, la Acaya, el Ática, las islas del Egeo...

El movimiento invasor de los Pueblos del Mar no se detuvo, no obstante, en Grecia, sino que aprovechándose de los medios y de los conocimientos navales de las poblaciones aqueas saltaron al mar en diferentes direcciones, encaminándose a las islas de Creta y Chipre así como a las costas de Libia y de Asia Menor. En esta y en sucesivas oleadas migratorias los Pueblos del Mar arrastraron e integraron en su movimiento a las propias poblaciones de la Grecia continental y de las islas, siendo así por ejemplo que los

jonios llegaron a las costas egeas de Anatolia, y que encontramos a contingentes aqueos o de pobladores de Creta entre los Pueblos del Mar que llegaron a atacar Egipto.

Al principio del reinado de Mineptah, pues, importantes contingentes de Pueblos del Mar habían cruzado el Mediterráneo y se establecieron en la actual Libia, desde donde empezaron a atacar Egipto. Entre estos pueblos, las fuentes egipcias mencionan los libu (los libios, que dieron subsiguientemente nombre a la región de Libia), los mashauash (que poco a poco serán designados por las fuentes egipcias bajo la forma abreviada de los ma), los lukka (¿los licios?), los shakalash (¿los sículos?), los shardana (¿los sardos?), los tursha (¿los tirsenos o etruscos?) y los ajauash (los aqueos). En el año 5 del reinado de Mineptah todos estos pueblos intentaron invadir por primera vez Egipto, dirigidos por los libios y su rey Meriai, penetrando por el Delta occidental, siendo vencidos y expulsados por el ejército egipcio que hizo numerosos prisioneros.

Los problemas de Egipto en Occidente provocaron una sublevación en Palestina, rápidamente sofocada por Mineptah. Todas estas victorias, tanto contra los Pueblos del Mar como contra los sublevados en Asia, fueron conmemoradas por Mineptah en una estela triunfal, en la que se enumera la lista de pueblos vencidos y aniquilados: entre estos últimos aparece citado, por primera vez, el nombre de Israel, situado como una población nómada de Palestina. Este es el pasaje en cuestión:

> Los príncipes se prosternan, exclamando: «¡Piedad!»
> Nadie engalla la cabeza entre los Nueve Arcos.
> La desolación reina en Tehenu; Hatti está pacificada;
> Saqueado está Canaán con todos los males;
> Deportada Ascalón; conquistada Gezer;
> Yanoam es como lo que no existe;
> Israel ha sido devastado, ya no hay su simiente;
> ¡Hurru se ha transformado en una viuda de Egipto!
> Todos los países están pacificados;
> El inquieto ha sido ligado
> por el rey del Alto y Bajo Egipto: Baenre Meri-
> amón; el Hijo de Re: Mineptah Hotep-hir-Maat,
> que recibe vida como Re cada día.
>
> (*Estela de Israel*, traducción de J. A. Wilson,
> edición de J. B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts,* cit.)

Los hititas, al mismo tiempo, seguían teniendo problemas, cada vez más graves, con los Pueblos del Mar, hasta el extremo de que, reinando Arnuwanda III, se decidieron a pedir ayuda a Egipto: Mineptah no dejó de enviar socorros materiales a su apurados aliados.

El final de la Dinastía XIX

A la muerte de Mineptah, la Dinastía XIX se hundió rápidamente entre intrigas y usurpaciones. El sucesor inmediato de Mineptah fue Amenmeses (1204-1200), quien fue ciertamente un usurpador aunque tal vez perteneciera a la familia real y parece que había sido virrey de Cush. Tras él, el orden de sucesión de los siguientes monarcas así como su cronología no son seguros y han dado lugar a numerosas discusiones. Probablemente, el primero de ellos fue Setos II (1200-1194), quien parece haber sido un dinasta legítimo que recuperó el trono tras la usurpación anterior. Su sucesor fue su hijo Siptah, quien por razones desconocidas parece haber utilizado dos nombres distintos, Mineptah-Siptah y Rameses-Siptah. Actualmente se cree que los dos nombres se refieren a un único personaje, que se ha optado por denominar Siptah (1194-1188), aunque es obvio que esta circunstancia ha contribuido a complicar aún más el análisis de esta oscura etapa histórica. Por lo demás, Siptah sólo fue un menor de edad poliomielítico, como lo ha demostrado el estudio paleopatológico de su momia, que tuvo que reinar bajo la tutoría de su madre, Tausert.

Tausert (1194-1186) es el último soberano de la Dinastía XIX. Esta mujer, al enviudar de Setos II quedó como corregente del hijo de éste, Siptah, aún niño y enfermo. A la muerte de Siptah, y no habiendo otro heredero al trono, Tausert se constituyó en su sucesora, de modo que tuvo un breve reinado personal en solitario. Tausert es, pues, la quinta mujer que, según Diodoro Sículo, reinó en Egipto como soberano a título propio. Manetón la hace, por lo demás, contemporánea de la caída de Troya, circunstancia que como mínimo encaja en la cronología tradicional atribuida a este acontecimiento por los cronógrafos griegos. La Dinastía XIX acabó, finalmente, entre disturbios, aunque no es seguro el papel que Tausert jugó en los mismos.

Los problemas interiores que caracterizan los últimos años de la Dinastía XIX explican que Egipto no se preocupara de la situación exterior, y que las fuentes egipcias sean mudas con respecto a la misma, tal vez con la única excepción de la alusión manetoniana a la Guerra de Troya ya mencionada, referencia mítica de todos modos a los graves acontecimientos que estaban teniendo lugar en estos momentos en Anatolia. Lo cierto es que el Imperio Hitita se hundió definitivamente bajo la presión de los diversos Pueblos del Mar que habían pasado a Asia Menor: la capital, Hatusa, fue incendiada y su archivo enmudeció definitivamente durante el reinado de Shuppiluliuma II, último gran rey hitita. La región central de Anatolia, centro del antiguo Imperio Hitita, quedó ocupada por los frigios, uno de los Pueblos del Mar.

Pero el resto de estos pueblos, mayoritariamente indoeuropeos, prosi-

guió su avance, jalonado de destrucciones, por Siria, Fenicia y Palestina. La mayor parte de ciudades de estas regiones fueron, en efecto, incendiadas y arrasadas, y algunas, como Ugarit, ya no volvieron a ser levantadas y habitadas nunca más. Al mismo tiempo, los Pueblos del Mar pasaron también por las islas de Creta y Chipre.

16. Arqueología y arte del Imperio Nuevo

La arquitectura religiosa

La época del Imperio Nuevo representa, desde el punto de vista arquitectónico, el momento de apogeo del arte egipcio. En efecto, la prosperidad económica debida, sobre todo, a la proyección imperialista exterior propició la utilización de enormes recursos en la erección de monumentos, lo que en Egipto constituye un clarísimo exponente de esta misma prosperidad.

Una gran parte de estos esfuerzos constructivos fue dedicada a la arquitectura religiosa, precisamente en testimonio de agradecimiento a los dioses por parte de los reyes a causa del favor que aquéllos les dispensaron. La arquitectura religiosa, después de las vacilaciones y cambios experimentados durante los Imperios Antiguo y Medio, tiende a estabilizarse a comienzos del Imperio Nuevo para acabar adoptando un modelo de plano que se convierte en canónico a partir del reinado de Amenhotep III. Desde este momento, puede decirse que todos los templos construidos en Egipto se ceñían, con un cierto margen de variabilidad, a este tipo de planta.

Para describirlo brevemente, podemos decir que, en principio, todo templo egipcio era precedido por una avenida de esfinges, llamada *dromos* o *camino del dios*. Las esfinges ostentan regularmente la cabeza del animal sagrado del dios propietario del templo. La avenida de esfinges conduce al pilono del templo, en el cual se abre la puerta flanqueada por dos obeliscos.

Ante el pilono se erigen las estatuas colosales del rey que levantó el templo, por parejas simétricas, así como mástiles con estandartes divinos. A ambos lados de la puerta se levantan dos torres.

La puerta da a un patio, porticado por los costados laterales así como por el fondo. Éste da a su vez a una sala hipóstila, cuyo suelo se encuentra a un nivel más elevado que el del patio porticado. Las columnas que sustentan el techo son papiriformes: las que se encuentran en la nave central, más altas que las laterales, tienen los capiteles abiertos ya que la mayor elevación de dicha nave permite la entrada de algo de luz al interior de la sala por medio de unas aperturas laterales; en cambio, los capiteles de las columnas que sustentan las naves laterales están cerrados ya que permanecen en la penumbra. La sala hipóstila normalmente es completada por algunas salas anejas, la más importante de las cuales es el santuario de la barca, donde se depositaba la barca sagrada en la que la estatua del dios era sacada en procesión.

La mayor sala hipóstila jamás construida es la del templo de Amón en Karnak: comenzada por Amenhotep III, se terminó esencialmente en época de Setos I y Rameses II. Tiene más de 100 metros de ancho y 50 de largo. En total hay 134 columnas, de las cuales las de la nave central miden 20,40 metros de altura y 3,40 metros de diámetro: sobre sus capiteles abiertos, cuya circunferencia mide 15 metros, cabrían perfectamente 50 personas. Con toda justicia ha podido decirse que este inmenso bosque de columnas es uno de los más bellos espectáculos que es posible ver sobre la faz de la tierra, debido a obra humana.

Aquí acababa el templo abierto, accesible a las personas extrañas al culto: al patio porticado tenía acceso la totalidad del pueblo, mientras que a la sala hipóstila tan sólo algunos altos personajes. La parte cerrada del templo, accesible sólo al personal ligado al culto, estaba integrada principalmente por la capilla del dios, donde se encontraba su pequeña estatua dentro de un *naos,* además de sacristías, capillas de otras divinidades, la cámara del tesoro, almacenes, etc.

Los templos disponían aún de otras instalaciones tales como el lago sagrado, en el cual había surgido la isla primordial desde la que el dios había iniciado la creación; criptas, donde se podían ocultar imágenes e insignias sagradas; jardines, habitaciones para el clero, talleres, laboratorios, archivos-bibliotecas, cuerpos de guardia, etc. En fin, es importante señalar que, conforme se progresaba desde el exterior hacia el interior del templo, el suelo se levantaba progresivamente al tiempo que el techo se hacía más bajo. Por último, la parte cerrada del templo se encontraba absolutamente a oscuras, con lo que se conseguía realzar considerablemente la impresión de misterio. Todas las instalaciones de los templos estaban incluidas en el témenos, su territorio sagrado delimitado por un muro de adobes de planta más o menos cuadrangular.

La mayoría de templos alteraron, de todos modos, de alguna manera esta planta canónica, ya fuera por razones teológicas o meramente constructivas.

No obstante, todos ellos conservaron siempre las tres partes principales, a saber, el patio porticado, la sala hipóstila y la capilla del dios. El templo de Setos I en Abido, por ejemplo, tiene dos salas hipóstilas y siete capillas; por su originalidad, son también destacables los templos rupestres, como los de Abu Simbel, de Wadi es-Sebua o de Gerf Hussein.

Los reyes de la Dinastía XVIII han dejado trazas de su actividad constructiva en numerosos templos tanto de Egipto como de Nubia. En primer lugar hay que recordar el caso del templo de Amón en Karnak, en el que conservamos testimonios de construcciones de Amosis, Amenhotep I, Tutmosis I, Hatshepsut, Tutmosis III, Amenhotep II, Amenhotep III, Amenhotep IV y Horemheb. Pero también hay que recordar el caso del templo de Montu en Ermant, donde construyeron Amosis, Hatshepsut, Tutmosis III y Amenhotep II como mínimo; así como los de Tod y Medamud, con restos de época de Tutmosis III y Amenhotep II. Especialmente importante es el templo de Luxor, debido a Amenhotep III; y aún en el Alto Egipto cabe recordar los restos de construcciones en Elkab, debidos al propio Amenhotep III, y la capilla rupestre excavada por Horemheb en el Dyebel Silsila.

En el Egipto Medio es digno de mención el templo rupestre excavado por Hatshepsut que en época griega recibió el nombre de Speos Artemidos, así como los restos de Amenhotep III en Hermópolis Magna. En el Bajo Egipto, sobre todo, debemos recordar las construcciones en el templo de Ptah en Menfis debidas a Tutmosis IV y a Horemheb, las del templo de Heliópolis debidas a Amenhotep III, y de manera especial el inicio del Serapeo de Menfis en Saqqara por obra del propio Amenhotep III, necrópolis hipogea donde eran enterrados los toros Apis.

Finalmente, hay que señalar por su relevancia los templos erigidos en Nubia, entre los que cabe recordar el de Buhen en el que hay trabajos de Amosis, Hatshepsut y Tutmosis III; el del Dyebel Barkal, con restos de Tutmosis III; y los de Wadi es-Sebua —rupestre—, Aniba, Kawa, Sesebi, Sedeinga y Soleb, debidos todos a Amenhotep III, el último de ellos consagrado al propio culto del rey como dios.

Durante el Período Amarniense reaparecieron los templos solares a cielo abierto, semejantes a los del Imperio Antiguo aunque sin obeliscos. Destaca, desde luego, el de la propia Tell el-Amarna. Asimismo, hay que destacar en esta época la construcción del templo consagrado a Re-Haractes, por Amenhotep IV en Karnak; en dicha construcción se utilizó una técnica nueva a base de piedras de pequeño tamaño, los *talatat,* que por sus dimensiones podían ser acarreadas cada una de ellas por un solo hombre, lo que permitía acelerar el ritmo de la construcción.

De época ramésida hay que destacar, sobre todo, en primer lugar el pequeño templo de Rameses I en Abido. Su hijo Setos I nos ha dejado, sobre todo, el gran templo de Abido, pero también importantes trabajos en Karnak, especialmente en la sala hipóstila.

Rameses II ha sido, sin duda, el mayor constructor del Egipto faraónico, y puede decirse que no hay localidad que no conserve trazas de sus trabajos. En todo caso, debemos destacar como mínimo su templo funerario, el Rameseo, en Tebas Oeste; sus obras en los templos de Luxor y Karnak, en Tebas, así como en Hermópolis Magna, por no citar más que algunos ejemplos. Y aún, sus numerosos templos en Nubia, muchos de ellos total o parcialmente excavados en la roca, como los de Derr, Gerf Husein, Wadi es-Sebua y, sobre todo, los dos templos de Abu Simbel, todos ellos localizados en la Baja Nubia; de los dos templos de Abu Simbel, el mayor está dedicado a él mismo, y el menor a su esposa Nefertari.

De sus sucesores hay que destacar, especialmente, a Rameses III, quien se construyó un templo funerario en Medinet Habu, con un palacio adosado, que se ha conservado en magnífico estado y que, en concreto, posee el mayor pilono de la arquitectura de época faraónica. Rameses III empezó, asimismo, las obras del templo de Jonsu en Karnak, las cuales fueron proseguidas hasta el final de la época ramésida; señalaremos que este pequeño templo ha sido considerado como el paradigma de la arquitectura religiosa de época del Imperio Nuevo, a causa de las características canónicas de cada una de sus partes.

Todos los templos poseen siempre un eje longitudinal y se organizan simétricamente a ambos lados del mismo. El lado sur de dicho eje se refiere siempre al Alto Egipto y ostenta sus plantas heráldicas, las juncias, mientras que el lado norte se refiere, como es obvio, al Bajo Egipto y ostenta los papiros, su correspondiente planta heráldica. La orientación del templo se hace siempre con respecto al curso del Nilo en el punto más próximo del mismo al templo, nunca con respecto a los puntos cardinales.

La arquitectura funeraria

A partir del reinado de Amenhotep I cambió probablemente la concepción de los complejos funerarios reales. Así, mientras que los reyes pasaban a ser enterrados en hipogeos excavados en la roca en el Valle de los Reyes, el culto funerario empezó a quedar asegurado en los templos de millones de años, también llamados funerarios, físicamente separados —e incluso considerablemente alejados— de las tumbas propiamente dichas.

El mejor conocido de los templos funerarios de la Dinastía XVIII es, indudablemente, el de Hatshepsut en Deir el-Bahari, templo aterrazado construido por el arquitecto Senmut. En cambio, del enorme templo funerario de Amenhotep III sólo son visibles actualmente las dos estatuas colosales que presidían su entrada, conocidas como los Colosos de Memnón desde época greco-romana. Por su parte, Horemheb hizo ampliar como templo funerario propio las construcciones de algunos de sus predecesores en Medinet Habu. También hay que recordar, entre los mejor conocidos, los templos funera-

rios de Setos I en Gurna, el Rameseo de Rameses II y el templo funerario de Rameses III en Medinet Habu.

Es característico de los templos funerarios el uso de pilastras osiríacas. Además, estos templos jamás presentan refecciones posteriores, circunstancia ésta que concuerda con las razones de su erección hecha de una sola vez.

En alguna ocasión, y ése es el caso de Medinet Habu, al lado del templo funerario se ha hallado un palacio real. El palacio de Rameses III daba al primer patio del templo funerario por la ventana de aparición: por ella el faraón aparecía en determinadas fiestas, y entregaba a sus funcionarios condecoraciones consistentes en collares de oro.

Como ya ha quedado dicho, las tumbas reales se encontraban en el Valle de los Reyes a partir de Amenhotep I. Se trata de hipogeos excavados en la roca con numerosas salas, escaleras, rampas descendentes y pilastras exentas, todo ello decorado con frescos o relieves. El sarcófago conteniendo la momia real se encontraba siempre en la última sala. Habitualmente el eje de los hipogeos reales de la Dinastía XVIII hacía algún ángulo recto y la tumba cambiaba así de dirección. En cambio, desde la Dinastía XIX el eje de los hipogeos era rectilíneo. El único rey de la Dinastía XVIII posterior a Amenhotep I que no fue enterrado en el Valle de los Reyes es Ajenatón, quien se hizo construir un hipogeo en el llamado *Wadi Real,* profundo valle desértico al este de Tell el-Amarna, en el fondo del cual se encuentra la tumba del faraón. Los hipogeos pertenecientes a reinas, princesas y príncipes pequeños se concentran en el Valle de las Reinas, a partir de época ramésida.

Las tumbas particulares estaban habitualmente integradas por un conjunto de capillas al aire libre y de cámaras funerarias hipogeas. La entrada estaba presidida por un pequeño piramidón, última supervivencia de las pirámides de los Imperios Antiguo y Medio, cuyo simbolismo funerario fue adoptado por los particulares en el momento de ser abandonado por los reyes. En cuanto a las capillas, dan a un pequeño patio en el que se abre un pozo que comunica con las cámaras funerarias propiamente dichas.

Los distintos elementos arquitectónicos utilizados en las construcciones egipcias en piedra, como es el caso especialmente de los templos, tienen una amplia diversidad. Así, por ejemplo, había distintos tipos de columnas y pilastras. Las llamadas columnas proto-dóricas eran usadas en principio en galerías, pórticos y fachadas exteriores. Las columnas florales, en cambio, eran usadas en los interiores. Las más características son las papiriformes, las cuales presentan los capiteles abiertos en principio en las naves centrales de las salas hipóstilas, y cerrados en las naves laterales. Otros tipos de elementos de sustentación son las columnas cilíndricas, las pilastras heráldicas, las osiríacas —usadas en principio en los templos funerarios— y los capiteles hathóricos. Existen, con todo, numerosas excepciones a los usos aquí enunciados. Como elemento arquitectónico muy característico hay que mencionar también el friso que adorna los entablamentos, la llamada gola

egipcia. Sobre las puertas, este friso solía ostentar como elemento característico un disco solar alado. Conviene, en fin, no olvidar el amplio uso que desde el Imperio Nuevo se hace de los obeliscos. Éstos son sistemáticamente monolíticos, al contrario de lo que sucede con columnas y pilastras, que no lo son.

Palacios, casas y urbanismo

Como en épocas anteriores, los egipcios utilizaban la piedra exclusivamente en la arquitectura religiosa y funeraria, razón por la cual sabemos realmente poco de las construcciones donde vivían. De todos modos, conocemos dos palacios reales de época de la Dinastía XVIII: el de Amenhotep III en Malqata, en la orilla izquierda de Tebas, y el de Ajenatón en Tell el-Amarna. Es muy probable que, salvando las distancias, dichos palacios tuviesen una disposición general parecida a las casas de los ricos: en todo caso, unos y otras están hechos de adobes, aunque disponen de estructuras complejas y están ricamente decorados. Los ricos poseían grandes casas en las afueras de las ciudades o en ciudades nuevas como Tell el-Amarna, así como casas de pisos en el interior mismo de las ciudades antiguas.

Tan sólo conocemos la estructura de la ciudad de Ajetatón (Tell el-Amarna), pero es probable que la Tebas de época de Amenhotep III tuviese una disposición urbanística general semejante. En Ajetatón las excavaciones han puesto al descubierto dos zonas residenciales en la orilla derecha del Nilo, donde vivían los altos funcionarios. Dichas zonas residenciales se encontraban una al norte y otra al sur y separadas por la *ciudad oficial,* donde se encontraba el templo principal dedicado a Atón, el palacio ceremonial y numerosos cuarteles, oficinas y talleres. La residencia real se encontraba hacia el norte y algo alejada del centro urbano, con el cual le unía una amplia avenida que llegaba hasta el sur y que era el auténtico eje urbanístico de la ciudad. El barrio donde vivían los artesanos se encontraba más al este y alejado de la orilla del río, prácticamente en el centro del inmenso anfiteatro natural que constituye el emplazamiento general de Tell el-Amarna, zona llana rodeada por las montañas del desierto Arábigo cuyo reborde occidental forma una amplia semicircunferencia abierta hacia el Nilo. En este reborde imponente se encuentran, precisamente, las tumbas de los altos funcionarios amarnienses, hipogeos excavados a una cierta altura y cuyas bocas dominan la llanura de la ciudad. Dichas tumbas se concentran en dos necrópolis, una septentrional y otra meridional, pero parece que la mayoría de sus tumbas no llegaron nunca a ser utilizadas. Finalmente, equidistante de estas dos necrópolis y dando frente al centro de la ciudad, se encuentra la boca del Wadi Real, en cuyo fondo y a unos 10 km de distancia hacia el este se encuentra la tumba del rey. Alrededor de la ciudad, a uno y otro lado del río, una serie de estelas-frontera señalaban los límites de la misma.

Dejando aparte el excepcional Período Amarniense, las tres capitales de Egipto durante el Imperio Nuevo fueron Tebas, Menfis y Pi-Rameses. De Menfis no conocemos prácticamente nada, si bien sabemos que continuó siendo el principal centro administrativo, comercial e industrial de Egipto, y los reyes residieron en ella, a partir del reinado de Tutmosis IV sobre todo, durante períodos de tiempo cada vez más prolongados, abandonando así en la práctica Tebas para el clero amoniano. En cuanto a ésta, conocemos como mínimo en ella la existencia de tres zonas residenciales, una en torno al gran templo de Karnak y otra alrededor del de Luxor, ambas en la orilla derecha del Nilo, y la tercera en la orilla izquierda, junto al gran lago artificial de Birket Habu, cerca de la cual construyó Amenhotep III su palacio de Malqata. La ingente necrópolis ocupaba la práctica totalidad de la Montaña Tebana, con el Valle de los Reyes al norte, el de las Reinas al sur y el cementerio de los funcionarios diseminado especialmente en la zona de Gurna. Al norte de Gurna se encuentra Deir el-Bahari, con el templo funerario de Hatshepsut, y al sur el que fue gran templo funerario de Amenhotep III, ya en zona llana y cerca también del Birket Habu, así como el de Medinet Habu. Entre ambos se localizan el Rameseo, el templo de Setos I y los restos de otros templos de época ramésida. Finalmente, los artesanos poseían un auténtico pueblo en Deir el-Medina, cerca de Gurna y ya en los contrafuertes de la Montaña Tebana, que data de inicios de la Dinastía XVIII si bien nuestros conocimientos sobre el mismo son casi exclusivamente de época ramésida. Una serie de avenidas unían los principales edificios religiosos de la ciudad a una y otra orilla del Nilo y contribuían a estructurar su trama urbana. Entre ellas, la más importante indudablemente era la que unía los templos de Karnak y Luxor y que discurría paralela a la orilla oriental del río.

En el resto de Egipto y de acuerdo con el modelo urbanístico y demográfico que remontaba al Imperio Antiguo, la población se distribuía en capitales de nomo —provincia—, ciudades más o menos grandes pero que contaban con autoridad municipal, pueblos y aldeas. Queda por señalar que los restos de Pi-Rameses han sido localizados en el emplazamiento de la antigua Ávaris.

Escultura, pintura, artesanía y artes menores

En la escultura de la Dinastía XVIII se unen, al idealismo del Imperio Antiguo y al realismo del Imperio Medio, un notable gusto por el lujo y por los caprichos de la moda. La escultura real destaca por la humanidad y por el optimismo que reflejan los rostros de los faraones. A destacar, a partir de Amenhotep III, la estatuaria colosal, fiel reflejo de la divinidad de la persona del monarca. Todo ello, en todo caso, se vio trastornado por la revolución amarniense que introdujo en todos los dominios artísticos una notable voluntad expresionista que distorsionó notablemente el realismo anterior. La

influencia del arte amarniense se mantuvo aún de manera importante durante la posterior época ramésida. Poco a poco, sin embargo, esta influencia dejó paso a un auténtico manierismo.

De considerable importancia son las pinturas y bajorrelieves que decoran aún sobre todo las tumbas de reyes y altos personajes de Tebas, Menfis y Ajetatón. Hay que destacar especialmente las pinturas de las tumbas particulares de la necrópolis tebana, las cuales se caracterizan durante la Dinastía XVIII por sus importantes escenas de la vida cotidiana. Tras el Período Amarniense se imponen, por el contrario, las complejas representaciones de carácter mitológico.

En esta época se imponen definitivamente los sarcófagos momiformes, habitualmente hechos de madera estucada y pintada. También durante la Dinastía XVIII se hace característica la cerámica vidriada de un azul intenso, llamado precisamente *azul egipcio,* conocida también como fayenza egipcia, así como el vidrio de colores. Esta técnica era utilizada, entre otras cosas, para fabricar shauabtis o ushebtis, las características estatuillas funerarias momiformes que se generalizan durante el Imperio Nuevo y que debían sustituir al difunto en sus trabajos en el más allá.

La artesanía del Imperio Nuevo produjo también notables muebles y objetos de tocador, mayoritariamente de madera y alabastro. Los objetos de bronce son, en cambio, muy escasos, si bien ello es debido a que Egipto no podía proveerse con regularidad de esta aleación metálica y por ello los objetos de bronce que caían en desuso debían ser inmediatamente fundidos para recuperar el metal. Por el contrario, es abundante el uso en joyería del oro y de las piedras preciosas y semipreciosas, así como de otros productos de procedencia exótica. Por primera vez la plata, rara en Egipto, es asimismo usada para confeccionar joyas. El máximo exponente de la perfección alcanzada por los artistas egipcios de esta época puede hallarse, por supuesto, en el ajuar funerario de la tumba de Tuntankhamón, descubierto intacto.

17. Civilización, textos y literatura del Imperio Nuevo

El gobierno y la administración

Ya ha quedado dicho que la base del poder real desde comienzos del Imperio Nuevo reposaba en dos puntales: el ejército y la administración. El ejército egipcio era de mercenarios, y se les pagaba mediante la atribución de pequeños dominios rurales que se segregaban de las propiedades de la corona. Aunque durante la Dinastía XVIII la mayoría de soldados eran egipcios, no obstante también se reclutaban mercenarios extranjeros. En época ramésida, en cambio, el número de mercenarios extranjeros fue aumentando progresivamente. El ejército dependía directamente del rey y del visir, al cual se puede considerar como un auténtico ministro de la guerra. Como ya hemos dicho también, el ejército fue siempre en Egipto un mero instrumento a disposición del poder civil.

El gobierno, a raíz de las reformas administrativas descentralizadoras emprendidas por los reyes de la Dinastía XVIII, estaba dividido y encabezado por dos visires, uno para el Alto y otro para el Bajo Egipto. Toda la administración, tanto territorial como central, estaba controlada por los dos visires y sus ministros, y todos ellos a su vez por el rey. El rey era el auténtico jefe del gobierno, y despachaba frecuentemente con ambos visires ocupándose personalmente de todas las cuestiones de Estado. Además, el rey viajaba frecuentemente entre el Alto y el Bajo Egipto, y disponía de palacios tan-

to en Tebas como en Menfis y en Pi-Rameses. Asimismo, se desplazaba con cierta asiduidad a los dominios extranjeros, tanto asiáticos como africanos: sin duda, muchas de sus pretendidas campañas no eran en realidad más que visitas de inspección. Una administración tan desarrollada exigía, desde luego, un numeroso contingente de funcionarios: éstos, omnipresentes, eran una auténtica clase privilegiada en el país, y en sus escritos se muestran orgullosos de su condición.

También la administración de justicia estaba muy desarrollada. Así, cada nomo disponía de un tribunal de justicia, y había dos audiencias reales de apelación a las que podía recurrir todo el mundo, una en el Alto y otra en el Bajo Egipto. Hay que resaltar, durante el Imperio Nuevo, la aparición de castigos corporales cruentos, del todo inexistentes en Egipto con anterioridad. Probablemente estos castigos fueron introducidos por influencia de los códigos de justicia asiáticos.

La sociedad

La privilegiada posición de los altos funcionarios de la administración central les convirtió en una especie de nobleza cortesana, a la que conocemos sobre todo por sus sepulturas ricamente decoradas e inscritas de la necrópolis tebana, primero, y también menfita, después. Con todo, sus cargos tanto administrativos, como militares o religiosos, no eran transmisibles por herencia. La clase media, relativamente numerosa, estaba integrada por pequeños funcionarios y propietarios, comerciantes, médicos y otras personas con diversas profesiones de las llamadas *liberales.* Finalmente, la gran masa de la población estaba integrada por hombres libres cuya obligación esencial para con el Estado era pagar puntualmente sus impuestos.

En suma, la estructura de la sociedad egipcia de la Dinastía XVIII no diferiría mucho de la del Imperio Antiguo si no fuese por la aparición de la esclavitud privada. También ésta, como los castigos corporales, parece haber sido introducida en Egipto por influencia de las sociedades asiáticas. No obstante, y a diferencia de éstas, en Egipto los esclavos fueron siempre extranjeros, relativamente poco numerosos y de gran valor. En realidad, la documentación demuestra que se trataba de auténticos artículos de lujo, y que determinados miembros de la clase media poseían uno o más esclavos como un indicio de prosperidad. Otro caso eran los esclavos del Estado, en realidad contingentes de poblaciones extranjeras vencidas y deportadas a Egipto para realizar trabajos forzados, y que eran utilizados sobre todo en tareas agrícolas o de construcción. Este tipo de esclavos ya existía desde época del Imperio Antiguo y no podía ser liberado, al contrario de los esclavos privados que podían ser declarados libres por sus dueños con enorme facilidad. De todos modos, los contingentes de esclavos de uno y otro tipo representaron siempre un porcentaje mínimo de la población activa en Egipto, donde

la mayor parte del trabajo artesanal era realizado por hombres libres y gozaba de una alta estima.

Como en el Imperio Antiguo, la sociedad del Imperio Nuevo puede definirse como individualista, lo que combinado con el centralismo administrativo trajo consigo la absoluta igualdad de sexos en materia jurídica. Así, los contratos matrimoniales se hacían en pie de igualdad entre los contrayentes, y ambos podían conservar sus propios bienes separados, disponer de ellos con total independencia y hacer testamento libremente. Por otro lado, todos los tipos de diversos contratos que regían las relaciones entre individuos eran, en cierto modo, controlados por el Estado, ya que debían ser registrados por el mismo para tener validez; ello ocasionó también un importante desarrollo del derecho contractual. Para conocer el funcionamiento de la justicia egipcia es sumamente importante la tumba de Mose en Saqqara, personaje de época de Rameses II que tras ganar una serie de procesos decidió hacerlos inscribir en las paredes de su sepultura. La sociedad egipcia seguía siendo monógama, como ya lo era como mínimo desde el Imperio Antiguo; sólo el rey podía tener varias esposas legítimas, si bien nada más que una era la principal, la reina. Por razones dinásticas, y sobre todo al principio de la dinastía, se imponía cuando era posible el matrimonio entre hermanos; pero también esta era una característica específica de la familia real.

Las relaciones exteriores

El imperio egipcio africano de Nubia era regido por un virrey, que disponía de un gobierno autónomo. Las estructuras políticas y sociales de la población indígena fueron respetadas, pero obligando a sus príncipes y jefes a jurar fidelidad al virrey, con lo que se convertían en vasallos suyos. De todos modos, la presión aculturadora sobre los indígenas fue enorme, provocando un proceso de egiptización que se convirtió en irreversible, marcando de forma indeleble con su impronta a las comunidades humanas nubias durante casi dos mil años, incluso después de la retirada de la efectiva autoridad egipcia tras la caída del Imperio Nuevo. De Nubia, dicha influencia cultural egipcia acabó por extenderse por la mayor parte de África. De momento, los reyes del Imperio Nuevo llevaron a cabo un programa de grandes construcciones de templos, con el objetivo obvio de impresionar a los indígenas nubios y acrecentar así su propio prestigio. Hay que recordar que el interés económico de Egipto por Nubia era enorme: la explotación de sus ingentes recursos se centraba, sobre todo, en el oro. En efecto, el oro nubio convirtió a Egipto en la primera potencia económica de todo el Próximo Oriente, y la mayor parte de la correspondencia diplomática que llegaba de Mitanni, Hattusa, Babilonia o Asiria era precisamente para pedir oro al faraón.

El imperio asiático estaba organizado como un protectorado egipcio, y los príncipes y reyes indígenas estaban obligados a pagar un tributo regular

a Egipto. Este imperio estaba controlado mediante bases militares estratégicas distribuidas de forma equidistante y mediante el establecimiento de guarniciones en las ciudades.

La correspondencia internacional entre los diversos estados se hacía en tablillas cuneiformes y en lengua babilónica, si bien existe alguna excepción a esto último. Los servicios de cancillería egipcios se encargaban de conservar clasificada en archivos dicha correspondencia. Es altamente probable que además existiesen embajadas permanentes por lo menos entre los principales estados.

La religión y la literatura religiosa

Desde época predinástica y durante los Imperios Antiguo y Medio se habían ido estructurando en Egipto sobre todo dos grandes sistemas religiosos, más o menos contrapuestos, que estaban plenamente consolidados durante la Dinastía XVIII. Se trataba, por un lado, de la cosmogonía heliopolitana, que estaba evolucionando hacia un espiritualismo que hacía de Re —el Sol— el espíritu puro al cual se asimilaban los difuntos en el Más Allá. Por otro lado, se trataba del misticismo osiríaco, la religión popular propiamente dicha que quedaba reflejada sobre todo en el *Libro de los Muertos,* compilación funeraria que derivaba directamente de los *Textos de los Sarcófagos* del Imperio Medio. Según estas últimas concepciones, los muertos debían ser juzgados por el tribunal presidido por Osiris y, si superaban dicha prueba, sobrevivirían unidos a su cuerpo, la momia, resucitado, en el paraíso de los Campos Elisios. Podemos leer seguidamente el capítulo CXXV del *Libro de los Muertos* que contiene la confesión negativa del difunto ante el tribunal de Ultratumba:

[Título:] Texto para entrar en la Sala de la Verdad y Justicia y para separar a la persona de los pecados cometidos y para ver el rostro de los dioses.

Para decirse: Homenaje a vosotros, Señores de la Verdad y de la Justicia, Homenaje a ti, dios grande, Señor de la Verdad y de Justicia. Yo he venido a ti, mi señor. Yo mismo he venido para contemplar tus glorias. Yo te conozco, conozco tu nombre y conozco el nombre de estos Cuarenta y dos dioses que están contigo en la Sala de la Verdad y Justicia, viviendo de aquellos que cobijan el mal y bebiendo su sangre en el día del cómputo de las palabras en presencia de Unnofre. Verdaderamente tu nombre es «Alma gemela Señora de Verdad y Justicia». ¡Heme aquí! ¡Yo os conozco, Señores de Verdad y Justicia! Yo os traigo lo Justo y he acabado con el mal *[Interpolación: «vosotros»].* Yo no he hecho daño, a los hombres. Yo no he oprimido a mis consanguíneos *(variante)* a mi prójimo. Yo no he sido mentiroso en lugar de ser verídico. Yo no me he enterado de traiciones. Yo no he sido malvado. Yo no he, como Jefe de hombres, hecho trabajar a ninguno cada día más de lo requerido. Mi nombre ha llegado a la Embarcación de la Supremacía, mi nombre ha alcanzado las dignidades de la Supremacía, de las donaciones y del man-

do *[El presente fragmento está interpolado]*. No ha habido desgraciados por culpa mía, ni pobres, ni enfermos, ni desamparados. Yo no he hecho que el señor maltratara al siervo. Yo no he sido causa de hambre. Yo no he provocado lágrimas. Yo no he asesinado ni he ordenado matar a traición. Yo no he hecho sufrir a los hombres. Yo no he robado las ofrendas destinadas al templo ni he reducido los alimentos consagrados para los dioses. Yo no les he robado a los difuntos sus vendas *[Var.: «alimento»]*. Yo no he fornicado ni he cometido actos impuros en el santuario de mi distrito. Yo no he aumentado ni he disminuido las medidas de grano. Yo no he efectuado presión sobre el eje de la balanza. Yo no he engañado con el contrapeso de la balanza. Yo no he arrebatado la leche de la boca de los infantes. Yo no me he llevado a las manadas de sus pastos. Yo no he cogido a los volátiles de las reservas divinas con las redes. Yo no he pescado peces *[Texto alterado. Comparat.: «de sus propios estaños»]*. Yo no he detenido el agua *[regadiza]* en el tiempo establecido. Yo no he desviado el curso de un canal. Yo no he apagado la llama en su momento. Yo no he robado a los dioses sus ofrendas escogidas. Yo no he rechazado a las manadas de la propiedad divina. Yo no he obstaculizado a ningún dios cuando ha salido *[en procesión]*. Yo soy puro *(cuatro veces)*. Mi pureza es la del Gran Bennu (Fénix) que está en Heracleópolis porque yo soy las narices del Señor del soplo que hace vivir a los hombres el día en el que el Ojo se rellena en Heliópolis, en el último día del mes de Mekir, en presencia del Señor de esta tierra. Y yo soy uno que ve la plenitud del Ojo de Heliópolis: que no se produzca ningún daño contra mí en esta tierra de Verdad y Justicia porque yo conozco los nombres de aquellos dioses que están contigo en la Sala de la Verdad y Justicia. ¡Sálvame, pues, de ellos!

(Il Libro dei Morti, edición de B. de Rachewiltz, Roma, 1986)

Por cierto, que el *Libro de los Muertos* es el primer libro ilustrado de la Historia. Las viñetas que lo iluminaban tenían la misma importancia que el texto de los capítulos que lo integraban.

Los teólogos de Amón, por su parte, se encontraron con una divinidad que era nada menos que el dios del Imperio, el rey de los dioses, pero que en cambio no se encontraba en el centro de unas concepciones religiosas claramente definidas. Por esta razón, se esforzaron en unificar los dos anteriores sistemas con el objetivo de lograr una síntesis de los mismos al servicio del dios Amón. Dicha síntesis, elaborada por los sacerdotes de Tebas, queda reflejada sobre todo en una nueva compilación de textos funerarios, el *Libro de la Duat,* según la cual Amón-Re y con él todos los difuntos purificados estarían sometidos eternamente al ciclo de la vida y de la muerte, siendo como eran espíritu y materia a un tiempo. Además, era preciso que los difuntos estuviesen enterrados profundamente en tierra, de manera que pudiesen unirse a Amón-Re durante su recorrido nocturno por la Duat, el país subterráneo donde moraban los difuntos. Son precisamente estas nuevas concepciones religiosas las que impusieron el cambio del ritual funerario real a partir de comienzos del Imperio Nuevo, el cual ocasionó el abandono de las pirámides y el uso de hipogeos profundamente excavados en la roca para enterrar a los faraones.

Al mismo tiempo, estas nuevas concepciones laboriosamente compiladas por el clero tebano ocasionaron la aparición o el redescubrimiento de una multitud de dioses y genios de todo tipo, complicando en extremo la mitología y la teología y haciendo de Amón un auténtico dios *escondido* —como su mismo nombre quería, ya que Amón puede significar *el Escondido*— e incomprensible para el pueblo llano. Todo ello contribuiría, de todos modos, a alejar cada vez más a Amón de su pueblo, por la voluntad misma de su clero. Este *movimiento* teológico también es verdad que ocasionó la compilación de una importante literatura religiosa y funeraria, gracias a la cual conocemos no sólo algunos rituales funerarios sino también la narración de determinados mitos más o menos novelados o dramatizados, así como ciertos himnos a divinidades. Estos últimos tienen especial interés literario, puesto que reflejan el nacimiento y consolidación de una lírica religiosa impregnada de espiritualidad y de sentimientos individuales de devoción, lejano precedente de determinada religiosidad que volveremos a encontrar en la literatura judeo-cristiana. Fue en el caldo de cultivo de esta nueva espiritualidad donde surgió la corriente religiosa que, entroncando con las viejas concepciones solares de Heliópolis, condujo a la aparición del culto a Atón, pasando también por la consolidación de un cierto pensamiento monoteísta entre determinadas *élites* intelectuales que preferían simplemente referirse a Dios en sus escritos. No estará de más insistir en que esta corriente de pensamiento, que encontraba sus raíces como mínimo en el Imperio Medio, era en todo caso meramente filosófica y perfectamente compatible con el politeísmo imperante, aunque sin duda está en la base del monoteísmo revelado e intolerante de Ajenatón. Desde el punto de vista literario, baste recordar dos auténticas obras maestras de la lírica religiosa vinculada a la ascensión del culto solar/atoniano: el *Himno a Amón-Re* de época de Amenhotep III, y el *Himno a Atón* de época amarniense, este último equiparable al Salmo 104 de la Biblia, que dado su interés y su belleza reproducimos completo:

Apareces lleno de belleza en el horizonte del cielo,
disco vivo, que has iniciado la vida.
En cuanto te has levantado en el horizonte oriental,
has llenado cada país de tu perfección.
Eres hermoso, grande, brillante, alto encima de tu universo.
Tus rayos abarcan los países hasta el extremo de todo lo que has creado.
Porque eres el sol, los has conquistado hasta sus extremos,
y los atas para tu hijo que amas.
Por lejos que estés, tus rayos tocan la tierra.
Estás ante nuestros ojos, pero tu camino sigue siéndonos ignoto.

Cuando te pones en el horizonte occidental,
el universo queda sumergido en las tinieblas y como muerto.

Los hombres duermen en las habitaciones, con la cabeza envuelta,
y ninguno de ellos puede ver a su hermano.
Aunque les robaran todos los bienes que tienen bajo la cabeza,
no se darían cuenta de ello.
Todos los leones han salido de su antro,
y todos los reptiles muerden.
Todo está envuelto en unas tinieblas de horno, y el mundo yace
en el silencio.
Es que su creador reposa en su horizonte.
Pero al alba, en cuanto te levantas sobre el horizonte,
y brillas, disco solar, a lo largo de la jornada,
arrojas las tinieblas y emites tus rayos.

Entonces el Doble País está de fiesta,
la humanidad está despierta y de pie sobre sus plantas.
Eres tú quien les has hecho levantar.
En cuanto se han purificado el cuerpo, toman sus ropas,
y su brazos hacen el ademán de adoración ante tu orto.
El universo entero se entrega a su labor.

Cada rebaño está satisfecho de su hierba;
verdean los árboles y las hierbas;
los pájaros que se lanzan volando de sus nidos,
con las alas desplegadas, están en adoración ante tu ser.
Todos los animales se ponen a saltar sobre sus patas.
Y todos cuantos se lanzan a volar y todos cuantos se posan
viven, al levantarte tú para ellos.
Los barcos van río abajo y río arriba.
Todo camino se abre porque has aparecido.
Los peces, en el haz del río, saltan hacia tu rostro:
es que tus rayos penetran hasta las entrañas del mar-muy-verde.

Eres tú quien hace que se desarrollen los gérmenes en las
mujeres,
tú quien crea la simiente en los hombres.
Tú quien das vida al hijo en las entrañas de su madre,
tú quien le calmas con lo que hace cesar el llanto,
tú, la nodriza de aquel que está todavía en las entrañas,
tú quien da incesantemente el aliento para vivificar a cada una
de tus criaturas.
Cuando sale la criatura de las entrañas para respirar, el día de
su nacimiento,
le abres la boca de par en par, y le provees de todo lo que
necesita.

Mientras el pajarillo está en el huevo y pía ya en la cáscara,
tú le das el aliento dentro de ella, para vivificarlo.
Tú has prescrito para él un tiempo fijo para hendirla desde dentro.
Sale del huevo para piar, al tiempo fijado,
y echa a andar con las patitas en cuanto ha salido.

¡Cuán numerosas son las cosas que has creado,
aunque estén escondidas a nuestros ojos,
oh Dios único que no tiene par!
Has creado el universo según tu deseo,
estando solo:
hombres, rebaños, animales salvajes,
todo lo que hay sobre la tierra y anda con sus patas,
lo que está en lo alto y vuela, con las alas desplegadas,
los países de montaña: Siria y Sudán
y la llanura de Egipto.

Has colocado a cada hombre en su sitio y le has procurado lo necesario.
Cada uno tiene con que comer, y el tiempo de su vida está contado.
Las lenguas son diversas en sus expresiones;
sus caracteres lo mismo que sus colores son distintos,
puesto que has distinguido a los extranjeros.
Creas al Nilo en el mundo inferior,
y le haces vivir según tu voluntad para hacer vivir a los egipcios,
lo mismo que los has creado para ti,
tú, Señor de todos ellos, que te tomas tanto trabajo por ellos.
Señor del universo entero, que te levantas para él,
disco del día de prodigioso prestigio.
Todo país extranjero, por lejano que sea, le haces vivir también;
has puesto un Nilo en el cielo para que baje para ellos;
forma las corrientes de agua en las montañas como el mar-muy-verde,
para regar sus campos y sus territorios.
¡Cuán eficientes son tus propósitos, Señor de la eternidad!
Un Nilo en el cielo, he aquí el don que has concedido a los extranjeros.
Y a todo animal de las montañas que anda con sus patas,
lo mismo que el Nilo que viene del mundo inferior, que viene para el País amado.

Tus rayos nutren el campo.
En cuanto brillas, viven y crecen las plantas para ti.
Haces las estaciones para desarrollar todo lo que has creado:
el invierno para refrescarlos y el ardor para que te saboreen.
Habiendo hecho el cielo lejano para surgir en él
y abarcar con la vista toda tu creación,
sigues en tu unidad,
cuando te has levantado en tu forma de disco vivo,
que aparece y luego resplandece,
que está lejos, pero se mantiene cerca.
Sacas sin cesar millones de formas de ti mismo
manteniéndote en tu unidad.

Ciudades, distritos, campos, caminos, ríos,
todo ojo te ve ante él,
porque eres el disco del día encima del universo.

Pero, porque te has ido,
no subsiste ninguno de los seres, que tú has creado
para no contemplar *(más que a ti)* mismo.
(Aunque no te vea) ninguno de aquellos que has creado,
tú permaneces siempre en mi corazón.
No hay nadie que te conozca
sino tu hijo Neferjeperure Uaenre,
pues le ha enterado de tus propósitos y de tu poder.

El universo ha venido a la existencia en tu mano, como lo has creado.
Si te levantas, vive; si te pones, muere.
Tú eres la duración de la vida misma; se vive de ti.
Los ojos contemplan tu perfección sin cesar, hasta tu ocaso;
cesa todo trabajo cuando te pones en el Occidente.
En cuanto te levantas, haces crecer *(toda cosa para)* el rey,
y la prisa se apodera de toda pierna
desde que has organizado el universo,
y has hecho que surja
para tu hijo, salido de tu persona,
el rey del Alto y del Bajo Egipto, que vive de verdad,
el Señor del Doble País, Neferjeperure Uaenre,
hijo de Re, que vive de verdad, Señor de las coronas, Ajenatón
¡Que sea grande la duración de su vida!
Y su gran esposa que él ama,
la dama del Doble País, Neferneferuatón Nefertiti,
¡que le sea dado vivir y rejuvenecerse para siempre,
eternamente!

(Según Daumas, *La Civilisation*, cit.).

La lengua y la literatura no religiosa de época del Imperio Nuevo

La lengua escrita durante la mayor parte de la Dinastía XVIII, antes del Período Amarniense, seguía siendo el egipcio clásico, es decir, la lengua del Imperio Medio. Pero diversos indicios demuestran que la lengua hablada era ya el neoegipcio, evolución en sentido analítico a partir del anterior estadio, aún sintético, de la lengua clásica. Una de las consecuencias de la crisis amarniense fue precisamente la imposición de la lengua hablada en la escritura; esta fue también la única consecuencia irreversible de la mencionada crisis. En efecto, tras un primer momento de vacilación, un neoegipcio cada vez más alejado del egipcio clásico se impondría en los textos populares, administrativos y de uso cotidiano, mientras que el egipcio clásico quedó reservado para inscripciones monumentales y textos religiosos, estos últimos tanto si estaban escritos en jeroglíficos como si lo eran en hierático. No obstante, la implantación definitiva del neoegipcio en la literatura tuvo lugar ya durante las dinastías ramésidas.

La literatura profana de la Dinastía XVIII es, pues, todavía clásica. Sin embargo, frente a la desbordante riqueza, imaginación e inspiración lírica de la literatura neoegipcia de las Dinastías XIX y XX, la literatura de la Dinastía XVIII preamarniense es sorprendentemente sobria y los géneros literarios cultivados escasos, pues faltan, por ejemplo, la narrativa de carácter no histórico o la poesía amatoria, por no citar más que algunos ejemplos característicos de la exuberante literatura de la segunda mitad del Imperio Nuevo. Esta relativa *pobreza* del final de la literatura clásica egipcia es posible que haya que atribuirla al problema que representaba la lengua escrita y del que ya hemos hablado. En este sentido cabe pensar que al alejarse significativamente la lengua hablada de la escrita, ésta fue usada tan sólo para la literatura culta, relegando nuevamente los géneros más populares a la literatura oral.

Entre las obras atribuibles, pues, a la época de la Dinastía XVIII, hemos de citar en primer lugar las biografías, entre las que cabe destacar las de Ineni y de Amenemheb, por ejemplo. De excepcional interés son los Anales Reales, que ya debían existir con anterioridad pero que son conocidos por primera vez en época de Tutmosis III, y que se caracterizan por su narración rápida y concisa. Presentamos a continuación algunos fragmentos extraídos de la extensa narración de la primera campaña asiática del rey:

El Horus: Toro Poderoso, Apareciendo en Tebas; *...(Tutmosis III).*

Su majestad ordenó que *[las victorias que le había concedido su padre Amón]* se registrasen *[en]* un monumento del templo que su majestad había edificado para *[su padre Amón, a fin de conservar memoria de]* cada campaña, así como el botín que *[su majestad]* reunió *[en ellas, y los tributos de]* cada *[país extranjero]* que su padre Re le había otorgado.

Año 22, 4.º mes de la segunda estación, día 25. *[Su majestad cruzó la fortaleza de]* Sile, en la primera campaña de victoria [*que su majestad efectuó para ensanchar]* las fronteras de Egipto, con valor *[con victoria, con poder y con justificación]*. Hacía *[mucho]* tiempo en años... saqueo, mientras cada hombre era *[tributario]* antes... Pero sucedió en época posterior que la guarnición que había allí estaba en la ciudad de Saruhen, al paso que desde Iursa a los confines exteriores de la tierra se había rebelado contra su majestad.

Año 23, primer mes de la tercera estación, día 4, el día de la fiesta de la coronación del rey —hasta la ciudad de «Aquel-Que-el-Gobernante-Capturó», *[cuyo nombre sirio es]* Gaza. (...)

Año 23, primer mes de la tercera estación, día 21, el día de la fiesta de la verdadera luna nueva. Aparición del rey al alba. Una orden se dio a todo el ejército para que pasase por... Su majestad partió en un carro de guerra de oro fino, revestido de sus arneses de combate, como Horus, el Potente de Brazo, un señor de acción como Montu, el Tebano, y su padre Amón robusteció sus brazos. El ala meridional del ejército de su majestad se hallaba en una colina al sur del *[arroyo]* d*[el]* Qina, y el ala septentrional al noroeste de Megiddo, y su majestad estaba en el centro de ellas, siendo Amón la protección de su persona *(en)* la pelea cuerpo a cuerpo e *[invadiendo]* sus miembros el vigor de *[Set]*.

Por lo tanto, su majestad prevaleció sobre ellos al frente de su ejército. Después ellos vieron que su majestad prevaleció sobre ellos y huyeron precipitadamente *[a]* Megiddo con rostros de miedo. Abandonaron sus caballos y sus carros de oro y plata, para que alguien pudiera subirlos a la ciudad izándolos por sus vestiduras. La gente había cerrado la esta ciudad ante ello *(pero)* ellos *[bajaron]* prendas de vestir para izarlos a la ciudad. Si el ejército de su majestad no hubiera entregado sus corazones a recoger las posesiones del enemigo, *[hubiese capturado]* Megiddo en aquella ocasión, mientras el perverso enemigo de Cades y el perverso enemigo de esta ciudad era levantado apresuradamente para introducirlos en su ciudad, porque el miedo de su majestad había penetrado en *[sus cuerpos]*, sus brazos se habían debilitado, *[pues]* los abrumó el pavor de su diadema de la serpiente.

Así sus caballos y sus carros de oro y plata fueron capturados cual fácil *[presa. Hileras]* de ellos yacían de espaldas, como peces en el cuenco de una red, cuando el victorioso ejército de su majestad contaba sus posesiones. Se tomó la tienda *[de aquel enemigo]* perverso, la cual estaba labrada *[con plata],...*

Después todo el ejército se regocijó y ensalzó a Amón *[por la victoria]* que había otorgado a su hijo *[aquel día. Elogiaron a]* su majestad y alabaron sus triunfos. Luego entraron el botín que habían recogido: manos, prisioneros vivos, caballos y carros de oro y plata y de obra pintada...

[Entonces su majestad ordenó a] su ejército con las palabras: «¡Toma *[efectivamente],* victorioso *[ejército mío]!* ¡He aquí, *[todos los países extranjeros]* están *[en esta ciudad por disposición]* de Re en este día, tanto que cada príncipe de cada país *[septentrional]* se halla encerrado en su interior, pues la conquista de Megiddo es la conquista de un millar de ciudades! ¡Toma firmemente, firmemente!...»

*[Se mandó a los je]*fes de la tropas que a*[basteciesen sus divisiones e indicasen]* a cada *[hombre]* su puesto. Midieron *[esta]* ciudad, que estaba rodeada de un foso y cerca-

da con troncos de todos sus árboles gratos, y su majestad estaba en una fortaleza al este de esta ciudad, *[estando]* alerta... ...*[cerrada]* por una muralla que la ceñía... por su muralla que la ceñía. Se la llamó «Men-jeper-Re-es-el-Acorralador-de-los-Asiáticos». Se designaron centinelas del recinto de su majestad y se les dijo: «¡Sed constantes, sed constantes! *[¡Vigilad],* vigilad!»... su majestad... *[No se permitió que ninguno]* de ellos *[saliera]* de este muro, salvo cuando se llamaba a la puerta de su fortaleza.

Cuando su majestad hizo a esta ciudad y a ese perverso enemigo y su perverso ejército se registra por cada día, por cada expedición individual y por cada comandante *[de las tropas]... [Está]* inscrito en un rollo de cuero que está hoy en el templo de Amón.

Los príncipes de este país extranjero vinieron sobre sus vientres a besar el suelo para la gloria de su majestad y a suplicar aliento para sus narices, porque su ejército era *(tan)* grande, porque la proeza de Amón era *(tan)* grande *[sobre cada país]* extranjero... *[todos]* los príncipes a quienes la proeza de su majestad disipó, llevando su tributo de plata, oro, lapislázuli y turquesa, y portando grano, vino y ganado mayor y menor para el ejército de su majestad, y una banda de ellos transportó el tributo hacia el sur. Entonces su majestad nombró nuevos príncipes para *[cada ciudad]...*

(Anales de Tutmosis III, traducción de J. A. Wilson,
edición de Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts,* cit.)

Por otro lado, también las estelas reales nos ofrecen relatos de carácter histórico, aunque normalmente de forma más somera. Finalmente, entre la literatura sapiencial merece un lugar de primer orden el *Aleccionamiento* de Anii, conservado casi completo y cuya composición cabe atribuir a los tiempos de la Dinastía XVIII; en esta obra Anii da una serie de consejos de conducta y de carácter moral, basados en el fluir de las cosas en una formulación que prefigura la de Heráclito. Leamos a continuación algunos de los consejos de Anii:

Guárdate de la mujer extranjera que nadie conoce en su ciudad.
No la mires cuando sigue a su compañero.
No te unas a ella.
Es agua profunda cuyas orillas nadie conoce.
Una mujer lejos de su marido,
que te dice todos los días: «Yo soy bonita», sin testigos,
es que está al acecho, y caza con la red.
Es crimen merecedor de muerte cuando se sabe.

Duplica los panes que debes dar a tu madre.
Llévala como te ha llevado.
Ha cargado muchas veces contigo,
y no te ha dejado en el suelo.
Luego que te dio a luz tras tus meses,
ha ofrecido su pecho a tu boca durante tres años, con paciencia (...).

Te ha llevado a la escuela,
y, mientras te enseñaban a escribir,
ella se sostenía durante tu ausencia, cada día, con el pan y la
cerveza de su casa.
Ahora que estás en la flor de la edad, que has tomado mujer y que
estás bien establecido en tu casa,
dirige los ojos a cómo se te dio a luz, a cómo fuiste amamantado,
como a obra de tu madre.
¡Que no tenga que vituperarte,
ni levantar las manos a Dios!
¡Y que Dios no tenga que oír su queja!

No debes comer tu alimento, mientras tu prójimo está de pie
y no tiendes la mano al alimento para darle de él.
¿Hay algo que dure eternamente?
El hombre ya no existe.
El uno es rico
mientras que el otro es pobre.
¿Es el alimento algo duradero?
¿No se extingue esto?
Aquel que era rico el año pasado,
este año es un vagabundo (...).
El agua corriente del año pasado se ha alejado,
este año es otro río.
Grandes mares se secan,
firmes tierras se transforman en abismos.
¿No les ocurre esto a los hombres?
Una cosa es su plan, y otra muy diferente es el del Señor de la
Vida.
Cuando tu mensajero venga a buscarte,
que te encuentre dispuesto a ir hacia tu lugar de reposo
con estas palabras: «¿Ves?, aquel que se ha preparado para ti
viene».
Pero no digas: «Soy demasiado joven para que vengas a buscarme».
Tú no conoces tu muerte.
La muerte viene,
ella se lleva al niño que está en el regazo de su madre
lo mismo que a aquel que ha entrado en años.

(Aleccionamiento de Anii, según Daumas, *Civilisation,* cit.)

En suma, la literatura de la Dinastía XVIII se caracteriza por un clasicismo severo, que dará paso bien pronto de todos modos al romanticismo de los orígenes de la literatura neoegipcia.

En lo referente ya a la literatura neoegipcia, hay que destacar en primer lugar la importancia de los cuentos, los cuales se enriquecen mediante numerosos pormenores no indispensables a la narración, pero de gran interés para nosotros por reflejar las costumbres de la época. Entre ellos debemos mencionar para empezar el *Cuento de los Dos Hermanos,* que contiene en su primera parte una animada visión de la vida rural, aunque después deriva hacia una narración de carácter mágico; esta historia contiene, además, la más antigua versión conocida del tema más adelante conocido por la Biblia, conocido desde entonces como el vano intento de seducción por parte de la mujer de Putifar, personificada en el cuento egipcio por la esposa del hermano mayor, que intenta seducir y después difama al hermano menor. Leamos, seguidamente, el pasaje de esta obra en el cual la mujer del hermano mayor intenta seducir al hermano menor:

Entonces, varios días después, los dos hermanos estaban en el campo y les faltó simiente. El hermano mayor envió al menor diciéndole: «Ve rápido y tráenos simiente del pueblo». El hermano pequeño encontró a la mujer del hermano mayor que se había sentado y se peinaba. Él le dijo: «Levántate y dame simiente; he de volver rápidamente al campo, pues mi hermano mayor me espera; no me retrases». Ella le dijo: «Ve, abre el almacén y toma lo que quieras; no interrumpas mi peinado». El joven entró en la cuadra y tomó una jarra grande porque quería coger abundante simiente. Se cargó con cebada y trigo, y salió llevándolo a la espalda. Ella le dijo: «¿Qué peso cargas sobre tu espalda?» Él le dijo: «Tres sacos de trigo y dos de cebada, en total cinco; esto es lo que hay sobre mi espalda». Hete aquí lo que él le dijo. Ella le habló diciéndole: «Tienes mucha fuerza, y veo cada día como te afanas». Entonces deseó conocerlo, conocer a un guerrero tal. Entonces ella se levantó, lo cogió y le dijo: «¡Ven!, disfrutemos de una hora juntos, acostémonos. Ello te será provechoso, ya que te confeccionaré bonitos vestidos». Entonces el muchacho se encolerizó como un leopardo... por las impías palabras que ella había pronunciado. Ella se asustó mucho. Entonces él le habló y le dijo: «Hete aquí que tú eres para mí como una madre y tu marido es para mí como un padre; y él, que es mayor que yo, me ha criado. ¿Qué gran disparate me has dicho? No me lo repitas nunca más y yo no lo contaré a nadie, esto no saldrá de mi boca». Entonces se cargó con el fardo y se fue al campo.

(*Historia de los dos hermanos*, traducción propia basada en la edición de A. H. Gardiner, *Late-Egyptian Stories,* Bruselas, 1932)

Otra obra narrativa es *La Toma de Jope,* protagonizada por Tuti, un personaje histórico de época de Tutmosis III; en ella Tuti hace introducir numerosos soldados ocultos dentro de cestas en Jope, para que le abran las puertas de la ciudad, estratagema que recuerda desde la del caballo de Troya hasta la de Alí Babá y los cuarenta ladrones. En *El Príncipe predestinado* se anuncia a un rey que su hijo varón morirá a causa de un cocodrilo, una serpiente o un perro; se trata de una narración con evidentes concomitancias con *La Bella durmiente,* que desgraciadamente no sabemos cómo termina

pues se ha perdido el final. *La Disputa entre Horus y Set* no es sino la narración, en estilo vulgar, del mito de la lucha entre ambos dioses; en este cuento el mundo de los dioses es presentado con las mismas miserias que el de los hombres, y se llegan a incluir detalles escabrosos como la violación de Horus por Set. El mismo mito es tomado como motivo de *Verdad y Mentira,* cuento de carácter moral sobre la eterna lucha del Bien y del Mal, personificados respectivamente por Osiris —y su hijo Horus— y por Set; el carácter de este cuento es, sin embargo, bien distinto del anterior, destacando aquí su carácter didáctico y moralizante.

Por último, debemos destacar en este capítulo *Las Desventuras de Unamón,* obra sobre la que habremos de volver dada su importancia histórica. En ella se narra, en primera persona, el accidentado viaje emprendido por Unamón, durante el reinado de Rameses XI, a Fenicia, para comprar madera del Líbano con que restaurar la barca sagrada de Amón. Tras ser atacado por los piratas y hacerse robar, Unamón acabó naufragando; pero el interés esencial de la obra es el de ser un fiel reflejo de la desaparición del poder egipcio en las ciudades fenicias al final del Imperio Nuevo, así como del desprestigio consiguiente de Egipto en Asia.

Otro género documentado en esta época es la épica, representada por el *Poema de Pentaur,* que narra la victoria obtenida por Rameses II sobre los hititas en la batalla de Qadesh y en la que todo el mérito es atribuido a Amón y a su hijo predilecto Rameses II.

Gran importancia y amplitud posee la literatura escolar, perteneciente sobre todo a época ramésida. Se compone de textos de todo tipo entendidos de utilidad para el aprendizaje de funcionarios y sacerdotes: entre ellos los hay que dispensan conocimientos técnicos y literarios, así como modelos de cartas, consejos morales, oraciones —especialmente al dios Tot—, etc.

La literatura sapiencial, representada por el *Aleccionamiento* de Anii durante la Dinastía XVIII, tuvo también continuidad en la literatura neoegipcia, representada por el *Aleccionamiento* de Amenope, conservado asimismo casi completo. Éste se caracteriza por sus convicciones profundamente religiosas y por su elevada concepción de la divinidad, que han sido justamente comparadas a las del *Libro de los Proverbios* bíblico.

Otro género literario bien documentado en el Imperio Nuevo, y más especialmente en época ramésida, es la poesía amatoria, que incluye sensuales descripciones del ser amado. Es de destacar que este género literario es de origen genuinamente egipcio, puesto que es totalmente desconocido en el Próximo Oriente asiático.

Terminaremos señalando que también las fábulas están atestiguadas durante el Imperio Nuevo, pero desgraciadamente sólo por sus representaciones figuradas en *ostraca* y por algunos fragmentos mutilados.

18. La Dinastía XX y el final del Imperio Nuevo

El advenimiento de la Dinastía XX

El fundador de la Dinastía XX fue Setnajt (1186-1184), quien nos ha dejado una descripción de la caótica situación en que se había sumido Egipto para justificar su decisión de ocupar el poder proclamándose faraón. Según Setnajt, la grave crisis en que había degenerado la situación del país al final de la Dinastía XIX había culminado con la toma del poder por un extranjero, el sirio Yarsu. Del tal Yarsu no sabemos otra cosa que lo que de él nos dice Setnajt, no habiéndose conservado ningún documento o inscripción de su supuesto reinado. Tradicionalmente, se ha opinado que Yarsu debió destronar a Tausert y usurpar efímeramente el trono. No obstante, el hecho de que Setnajt no mencione que Yarsu llegase a proclamarse rey permite contemplar otra posibilidad: que Yarsu fuese el canciller y jefe del tesoro Bay, y que no llegase a destronar a Tausert sino que, de algún modo, se aprovechase de la reina para ejercer él el mando. Sea como sea, Setnajt decidió poner fin a la anarquía, echando a Yarsu y proclamándose faraón fundando así la Dinastía XX. La Dinastía XX, que será la última del Imperio Nuevo, no parece haber tenido vínculos familiares con la anterior, aunque su onomástica, comenzando por la del propio Setnajt, nos hace pensar que también debía ser originaria del Delta oriental.

Rameses III

El reinado de Setnajt fue muy breve, dejando el trono a su muerte a su hijo Rameses III (1184-1153). Éste es el último gran faraón del Imperio Nuevo, quien apenas llegado al trono tuvo que hacer frente a la grave situación exterior provocada por los Pueblos del Mar. Éstos, como obedeciendo una consigna dada por alguna especie de autoridad superior, y como si tuviesen muy claro que su objetivo último era Egipto, cercaron totalmente el país dirigiéndose hacia él tanto por mar como por tierra, y tanto por Oriente como por Occidente. Rameses III enumera entre los pueblos invasores que se aprestaban a penetrar en Egipto a los danauna (dánaos), los shakalash (¿los sículos?), los uashasha, los pelasata (filisteos), los alasa (chipriotas) y los chekker (¿teucros?).

Para hacerles frente Rameses III preparó una gran flota de guerra y levantó en armas un numeroso contingente de hombres de infantería; entre las fuerzas de Rameses III no faltaban mercenarios procedentes de los propios Pueblos del Mar. Rameses III decidió, por otro lado, adelantarse a los acontecimientos, y en el año 5 de su reinado lanzó una primera campaña líbica cuyo principal objetivo fueron los propios libu o libios, a los que venció.

Poco después, en el año 8, se produjeron las victorias más importantes de Rameses III. Por un lado, la flota de los Pueblos del Mar penetró en el Delta del Nilo, cayendo en una trampa que le habían preparado los egipcios: al tiempo que las naves enemigas eran hostigadas desde tierra por los emboscados arqueros egipcios, las naves del faraón atacaban y lograban una victoria total en la primera batalla naval conocida de la Historia. Por otro lado, el ejército de tierra salió al paso de las caravanas de invasores que, llevando consigo carruajes, familias enteras y ganado, se dirigían a Egipto a través de Palestina; los invasores fueron dispersados y el avance contenido.

Pero aún tuvo Rameses III que realizar una segunda campaña líbica, en el año 11, esta vez contra los mashauash, quienes dirigidos por su rey Kaper habían asumido la hegemonía de los pueblos libios e intentaron invadir Egipto cerca de Menfis. Rameses III derrotó y persiguió a los invasores, haciendo prisionero al propio hijo del rey. Su padre, Kaper, acudió solo a Egipto a implorar la libertad de su hijo al faraón, en un episodio de reminiscencias homéricas que recuerda a Príamo, rey de Troya, acudiendo a Aquiles para pedirle la devolución del cadáver de su hijo Héctor. En el caso de Kaper, lo único que logró es que Rameses III le retuviese también a él prisionero.

Todas estas victorias de Rameses III son narradas en su templo funerario de Medinet Habu, donde también podemos ver la representación de su victoria naval. Su importancia es, en todo caso, incuestionable, pues no pueden caber dudas de que, con ellas, Rameses III salvó Egipto y su civilización de la destrucción pura y simple, tal y como aconteció con aqueos e hititas, por

ejemplo. De todos modos, Egipto no salió absolutamente indemne de la contienda, puesto que su imperio asiático había desaparecido definitivamente. En la zona del mismo más próxima a la frontera de Egipto quedaron establecidos, además, algunos de los Pueblos del Mar atacantes, los pelasata o filisteos, de origen micénico —tal vez cretense—, los cuales dieron nombre a la Palestina en cuya costa se instalaron. Otros de los Pueblos del Mar atacantes permanecieron como piratas en el Mediterráneo oriental, mientras que los libu o libios y los mashauash, instalados firmemente en Libia, empezaron a infiltrarse pacíficamente en el Valle del Nilo. Es probable que un último grupo de Pueblos del Mar acabase dirigiéndose al Mediterráneo occidental, donde como mínimo los shakalash, si realmente son los sículos, habrían colonizado Sicilia, y los shardana, que parecen ser los sardos, Cerdeña.

Mientras las invasiones de los Pueblos del Mar tenían lugar en las regiones mediterráneas del Próximo Oriente, en Mesopotamia, Asiria y Babilonia proseguían ciegamente una estéril lucha por la hegemonía, que también acabaría por llevar a estos estados a la ruina. En las distintas incidencias de estas luchas se mezclaron además otros pueblos, como los mushki, uno de los Pueblos del Mar que, infiltrados en la zona del Alto Tigris, atacaron a los asirios, y los elamitas, que en 1160 se apoderaron de Babilonia y, poco después, en 1157, pusieron fin a la Dinastía Kasita que había regido la ciudad durante casi 500 años.

Por lo que respecta a Egipto, perdidos los dominios de Asia, pudo mantener sin embargo el control de Nubia hasta el final del Imperio Nuevo. Ya hemos visto, por otro lado, que con Rameses II se había iniciado la política de deportación e instalación en Egipto de contingentes de pueblos extranjeros. Esta política fue proseguida por Rameses III, quien instaló en Egipto diversos contingentes de Pueblos del Mar, siendo de destacar al respecto por su importancia futura el asentamiento de numerosos contingentes de mashauash en el Delta oriental.

También hemos visto que, según Diodoro de Sicilia, corresponde a Rameses II asimismo la iniciativa de reagrupar a sus súbditos en clases hereditarias y cerradas. Sea ello exacto o no, lo cierto es que durante la Dinastía XX la heredabilidad del cargo y del trabajo estaba ya implantada no sólo entre los sacerdotes —desde época de Rameses II— sino también como mínimo entre los guerreros y los obreros de la necrópolis tebana, y no pueden caber muchas dudas de que la situación debía ser general.

Por otro lado, la crisis económica general, desencadenada también de forma imparable desde fines del reinado de Rameses II, impulsó a todas las clases sociales, de uno u otro modo, a la corrupción. Uno de los primeros datos concretos que poseemos aconteció reinando aún Rameses III: los obreros de la necrópolis que habitaban Deir el-Medina, se pusieron en huelga porque no les llegaba la paga, que recibían en especies. Más aún, marcharon en manifestación hasta el tesoro, logrando finalmente con estas me-

didas de fuerza que se abriese una investigación que puso al descubierto la corrupción de los funcionarios encargados de pagarles.

Sus grandes victorias, que habían salvado Egipto de los invasores extranjeros, no sirvieron en cambio para salvar a Rameses III de la ingratitud de sus próximos allegados. El faraón fue víctima, en efecto, de un complot de palacio que probablemente acabó con su vida, puesto que el juicio contra los conjurados tuvo ya lugar durante el reinado de su hijo y sucesor Rameses IV.

Los últimos Ramésidas

Es en efecto bajo el signo del juicio celebrado contra los conjurados que se abre el reinado de Rameses IV (1153-1146), premonitorio de los tristes y tormentosos años que se abrían en la historia de Egipto. La conjura, aunque probablemente acabó con la vida de Rameses III —ello no se afirma explícitamente—, no obstante fracasó y los culpables, empezando por una esposa y un hijo del soberano fallecido, fueron llevados a juicio por el heredero legítimo, Rameses IV. El desarrollo del juicio, por lo demás, mostró aún las ramificaciones del complot, viéndose involucrados incluso tres de los jueces que acabaron en el banquillo de los acusados junto a los demás conspiradores.

Los últimos Ramésidas —desde Rameses IV hasta Rameses XI— tuvieron en general reinados muy breves. Pertenecientes, además, a dos líneas dinásticas distintas, aunque ambas herederas por igual de Rameses III, con sus disputas contribuyeron más aún a acrecentar la inestabilidad del trono, y con ella el aumento de la anarquía y la decadencia.

Los robos de bienes públicos, los sobornos y la corrupción de costumbres por parte de determinados círculos sacerdotales escandalizaron a la opinión pública al conocerse durante el reinado de Rameses V (1146-1142). Sin embargo, ello no impidió a los principales implicados culminar tranquilamente su carrera sacerdotal bajo el reinado de Rameses VI (1142-1135).

La inflación, anómala en una economía premonetaria, hizo sin embargo su aparición en Egipto encareciendo constantemente el trigo y los demás alimentos. Esta situación se agravó además a causa de las malas cosechas registradas durante los reinados de Rameses VII (1135-1129), Rameses VIII (1129-1127) y Rameses IX (1127-1109). Todo ello acarreó a Egipto una época de hambre que se hizo proverbial. A estos males vinieron a añadirse los desórdenes provocados en distintos lugares del país por las incursiones de los libu y por las tropas mercenarias extranjeras.

Como es lógico, la obra constructiva de estos monarcas es insignificante. Puede decirse que todos ellos se limitaron a concentrar sus esfuerzos en la construcción de fastuosos hipogeos en el Valle de los Reyes, que compiten con ventaja con los abiertos por sus predecesores del Imperio Nuevo.

Durante el reinado de Rameses IX comenzó, por otro lado, el saqueo sistemático de tumbas reales y privadas en Tebas, lo cual contribuyó a dar la medida exacta de los niveles de corrupción alcanzados por la sociedad de la época cuando el hecho se hizo público, ya que los robos eran practicados por auténticas bandas organizadas y con la colaboración de personas que ocupaban los más altos cargos administrativos y sacerdotales. La existencia de saqueos organizados fue denunciada por primera vez al visir por Paser, alcalde de Tebas y enemigo personal de Pauraa, superintendente —y por consiguiente responsable— de las necrópolis de Tebas-Oeste. Una investigación ordenada por el visir no dio resultados satisfactorios, hubo incluso manifestaciones a favor de Pauraa, y Paser acabó acusando de corrupción a Pauraa y al propio visir. Se cruzaron injurias y nuevas acusaciones, pero en la sentencia final ninguno de los altos cargos implicados fue inquietado. Naturalmente, los saqueos continuaron de forma activa, de modo que durante la Dinastía XXI la mayor parte de las tumbas reales y de grandes sacerdotes del pasado habían ya sido violadas.

Durante todos estos años, y a pesar de los graves acontecimientos, no se ve a ningún faraón actuar ni tomar ninguna decisión: todos ellos no son más que figuras decorativas, cuyos nombres sirven simplemente para fechar los documentos oficiales. Esta situación sólo cambiaría cuando, tras el reinado de Rameses X (1109-1099), subió al trono Rameses XI (1099-1069), último faraón del Imperio Nuevo.

El largo reinado de Rameses XI se caracteriza por una serie de graves crisis, que acabaron por obligar a este soberano a salir del anonimato y a tomar decisiones extremas con el fin de intentar salvaguardar la continuidad misma del Estado, en lo que no pudo ser sino un intento desesperado. Por otro lado, estas crisis no son todas conocidas por igual, ya que las fuentes que nos informan sobre ellas son dispares.

Por ejemplo, parece que hay que situar en esta época la llamada Guerra de los Impuros en el Delta, de la que la principal fuente de información es Manetón. Los especialistas no se han puesto de acuerdo ni sobre su interpretación —se ha hablado de una guerra servil o de desórdenes provocados, entre otros, por los mashauash—, pero una de las interpretaciones más sugerentes es la que ve una guerra entre los seguidores de Amón contra los seguidores de Set. Dejando aparte el hecho, que no deja de ser chocante, de encontrar los dominios de Set ya no en el Alto Egipto como había sido en tiempos predinásticos, sino en el Bajo Egipto, lo cierto es que esta interpretación tiene la ventaja de explicar la nueva y definitiva caída en desgracia de Set dentro del panteón egipcio. En efecto, Set quedó nuevamente relegado al papel de dios del mal y de la esterilidad, del que ya no volvió a salir jamás, tras la victoria de los seguidores de Amón. Un fondo de historicidad han de tener, además, estos acontecimientos, puesto que también ellos explican el abandono y desmantelamiento definitivos tanto de Ávaris como de la vecina Pi-Rameses, demasiado vinculadas al culto de Set, sustituidas des-

de el mismo reinado de Rameses XI por Tanis, ciudad de nueva planta no lejana a las anteriores, también en el Delta oriental, pero consagrada significativamente a Amón.

Otro grave acontecimiento tuvo lugar en el nomo cinopolita, en el Egipto Medio, donde tuvo lugar una revuelta o un intento de invasión por parte de los libu. Por orden del rey acudió Panehesi, virrey de Nubia, quien aplastó la revuelta al frente de sus tropas nubias.

Los acontecimientos más graves, de todos modos, tuvieron lugar en la misma Tebas y tuvieron como epicentro al gran sacerdote de Amón. Los hechos empezaron cuando Amenhotep, gran sacerdote de Amón, fue destituido por Rameses XI acusado de un grave crimen, que probablemente no era otro que intentar usurpar el poder. Parece incluso que Rameses XI llegó a dejar entonces el pontificado vacante durante no menos de nueve meses.

Finalmente Rameses XI decidió nombrar como gran sacerdote de Amón a Herihor, personaje que sin duda no pertenecía al clero sino al ejército. La elección fue obra con toda probabilidad de Rameses XI, quien pensaba así controlar mejor al clero, colocando al frente del mismo a alguien de su confianza. La designación de Herihor es del año 19 de Rameses XI, y este año comienza la «Era del Renacimiento»; ello significa que a partir de este momento algunos documentos oficiales ostentaban una fecha doble: el año 19 de Rameses XI era equivalente al año 1 del «Renacimiento», y así sucesivamente. Nunca antes en Egipto se había visto nada parecido: la inauguración de una era paralela a la real muestra sin lugar a dudas la ambición de Herihor desde el momento mismo en que ocupó el sumo pontificado.

Poco después, Herihor ocupó también los cargos de visir del Alto Egipto y de virrey de Nubia, controlando por consiguiente el poder religioso, el militar y el económico a un tiempo. La decisión de Herihor implicó, de todos modos, la secesión de Nubia, perdida ahora y definitivamente para Egipto.

En los planes de Herihor figuraba también la asunción del supremo poder político, suplantando en el trono a Rameses XI. Para ello no dudó en apoyarse en el clero de Amón traicionando a la monarquía a la que debía su encumbramiento, en un proceso que no deja de recordar el de Tomás Becquet en la Inglaterra medieval.

Al mismo tiempo Esmendes, visir del Bajo Egipto y residente en Tanis, detentaba el poder absoluto en el Delta según el testimonio del *Viaje de Unamón,* narración de origen tebano y de carácter novelado. Según ésta, en el año 5 del «Renacimiento» Unamón fue enviado por Herihor a Fenicia en busca de madera de cedro. Después de visitar a Esmendes, Unamón llegó a Fenicia, pasando numerosas penalidades y peripecias tanto en Tiro como en Biblo, debido sobre todo a que las autoridades locales no estaban seguras de cobrar. Este relato pone además de manifiesto la absoluta independencia de los fenicios y el descrédito en que a sus ojos había caído Egipto, apenas un siglo después de la desaparición de su Imperio Asiático.

En los relieves que decoran los muros del templo de Jonsu de Karnak, que son obra de Rameses XI y de Herihor, podemos asistir a las sucesivas etapas de la ascensión de éste. En los relieves más antiguos el rey y el pontífice aparecen en pie de igualdad en las escenas de ofrendas: ello ya es una novedad ya que nunca antes un gran sacerdote había aparecido en los relieves de los templos ofrendando a la divinidad; ello era un prerrogativa exclusivamente real, ya que el rey era el único gran sacerdote por derecho propio de Egipto, el clero actuando sólo por delegación en los actos litúrgicos. Las inscripciones más recientes dan todo el protagonismo a Herihor, y Rameses XI sólo es mencionado. Después, las inscripciones sólo mencionan al gran sacerdote Herihor. Finalmente, Herihor ha asumido el protocolo faraónico completo en su calidad de gran sacerdote, y rodea su nombre con cartuchos en las inscripciones más recientes.

Sin duda, pues, Herihor no tuvo paciencia para esperar a la muerte de Rameses XI, y decidió usurpar la monarquía sin abandonar el sumo pontificado, base real de su poder y prestigio, viviendo aún el soberano legítimo del que se convirtió, por consiguiente, en corregente. De esta manera, el clero de Amón terminaba victoriosamente su multisecular lucha contra la monarquía.

Herihor murió, de todos modos, antes que el monarca legítimo (1073), siendo sucedido como gran sacerdote por su hijo Pianj. Poco después desaparecía en la sombra Rameses XI, concluyendo así la agonía de la Dinastía XX y terminando el Imperio Nuevo. Su sucesor, a título de faraón, fue Esmendes, el antiguo visir del Bajo Egipto.

Durante estos años, Asiria y Babilonia tuvieron cada vez más que hacer frente a la amenaza de los pueblos vecinos. Nabucodonosor I libró Babilonia de la amenaza elamita y luchó contra los nómadas semitas que, progresivamente, se infiltraban en Mesopotamia. Pero el último gran rey que hizo frente a las incursiones de los nuevos nómadas invasores procedentes de Arabia fue Teglatfalasar I de Asiria. Éstos, desviados además por los movimientos y la presión de los Pueblos del Mar en Siria y Palestina, derivaron directamente hacia Mesopotamia, donde las convulsiones étnicas, el estado de guerra endémico y la inseguridad general provocaron épocas de hambre que contribuyeron a debilitar aún más a los dos estados mesopotámicos. Teglatfalasar I, luchando contra los nómadas semitas, cruzó 28 veces el Éufrates en su persecución, llegando además por primera vez las tropas asirias hasta las orillas del Mediterráneo. Pero poco después, un nuevo estado de guerra entre Asiria y Babilonia desencadenó la catástrofe y Teglatfalasar I fue impotente para detener las invasiones arameas, al tiempo que el estado babilónico desaparecía bajo los golpes de estos nuevos invasores semitas. Un poco más tarde, a mediados del siglo XI, los nómadas arameos y suteos ocupaban los llanos mesopotámicos entre ciudades en ruinas y desiertas. Del naufragio general sólo habían sobrevivido Egipto y Asiria, pero ambos se encontraban en plena decadencia.

19. El Tercer Período Intermedio

La época tanita

Con el advenimiento del antiguo visir del Bajo Egipto, Esmendes, como faraón, comienza la Dinastía XXI (1069-945) y con ella el Tercer Período Intermedio. Éste se puede subdividir, a su vez, en tres fases sucesivas que podemos denominar época tanita (Dinastía XXI), época libia (Dinastías XXII a XXIV) y época etíope (Dinastía XXV).

La época tanita recibe este nombre porque la capital, así como la residencia real, quedaron establecidas en Tanis, la ciudad de nueva planta del Delta oriental consagrada a Amón. Esmendes I (1069-1043), sucesor legítimo de Rameses XI, fue reconocido como faraón también en el Alto Egipto, donde el gran sacerdote Pianj, hijo y sucesor de Herihor, renunció a usar el protocolo faraónico que había asumido su padre. De esta manera se salvaba teóricamente la unidad del Estado. Sin embargo, no cabe duda de que esta solución fue el fruto de arduas negociaciones, que llegaron a buen puerto sin duda por la prudencia de Esmendes y Pianj. En la práctica, los dos Egiptos habían quedado nuevamente divididos en dos líneas dinásticas paralelas. Por un lado los faraones tanitas, representantes de los restos del Estado civil que había sobrevivido sólo en el Bajo Egipto; por otro los grandes sacerdotes tebanos, que intermitentemente volverían a usurpar el protocolo faraónico poniendo de manifiesto con ello la dificultad de las relaciones manteni-

das entre el Alto y el Bajo Egipto, así como lo teórico de la soberanía de la Dinastía XXI sobre el Alto Egipto.

Para mejor controlar el Alto Egipto Psusenes I (1039-991) instauró un principio inédito de teología política al entronizar como Divina Adoradora y Esposa de Amón en Karnak a su propia hija Makare, que debía consagrar su virginidad al dios. Era este un cargo sacerdotal ya existente con anterioridad pero que ahora fue revalorizado. Desde este momento en adelante, cada nuevo faraón se preocupó de instalar a una hija suya como divina adoradora, para lo cual la candidata debía ser declarada hija adoptiva por la divina adoradora precedente. Estas princesas se convertían así en soberanas espirituales del Alto Egipto y en eficaces instrumentos de la monarquía en la causa de su lucha contra la teocracia, es decir, contra el poder omnímodo de los grandes sacerdotes de Amón. Al mismo tiempo, y al tener que mantenerse vírgenes —razón por la cual se veían obligadas a adoptar a sus sucesoras—, era imposible que estas princesas llegasen a formar una nueva línea dinástica paralela, lo que habría complicado sin duda aún más la situación.

Las dos líneas dinásticas existentes, una en Tanis y otra en Tebas, coexistieron durante un poco más de cien años sin que tengamos documentados conflictos abiertos entre ambas partes. Si no conflictos, como mínimo tensiones es de todos modos seguro que existieron, no siendo fáciles sus mutuas relaciones.

Los reyes del norte renunciaron definitivamente a ser enterrados en Tebas. Más aún, a la vista de la triste experiencia de las violaciones de tumbas que aún seguían en aquel momento en las necrópolis tebanas, los reyes decidieron renunciar a enterrarse en lugares desérticos. Por el contrario, los reyes de la Dinastía XXI se hicieron enterrar en Tanis mismo, en el subsuelo del templo de Amón, por consiguiente en un lugar permanentemente ocupado y vigilado, lo cual había de dificultar eficazmente la labor de los saqueadores. Que la decisión fue acertada lo demuestra que la necrópolis real tanita no fue presa de los ladrones. Al contrario, las tumbas de cámaras subterráneas han sido halladas prácticamente intactas. El primer faraón tanita cuya tumba ha sido hallada en la necrópolis es Psusenes I. A pesar de la época de decadencia que cruzaba Egipto, estos reyes fueron enterrados rodeados de cierta riqueza, en la que significativamente la plata no sólo hacía su aparición en Egipto sino que incluso se la puede considerar ya predominante en la joyería egipcia de la época con respecto al oro. Ello demostraba, por un lado, la dificultad de los faraones tanitas para acceder a las fuentes proveedoras de oro; por otro, el inicio de unas privilegiadas relaciones comerciales con los fenicios, quienes en esta época habían alcanzado ya en sus navegaciones la costa meridional de la Península Ibérica, destinada a convertirse en la principal fuente proveedora de plata y bronce para el conjunto de los pueblos del Mediterráneo oriental.

Las relaciones exteriores de la Dinastía XXI han de enmarcarse en el nuevo marco político y étnico de Siria y Palestina surgido tras las invasiones

de los Pueblos del Mar y de los arameos, procedentes éstos de Arabia como ya hemos visto. Así, entre el Taurus y la Siria del norte se reconstituyeron algunos principados hititas independientes entre sí, supervivientes del naufragio general del antiguo Imperio. Estos principados hititas coexistieron con pequeños reinos arameos que se distribuyeron por Siria, organizándose según el modelo hitita. El principal de estos reinos arameos fue el de Damasco, fundado hacia el 950. Más al sur, y a favor de los grandes movimientos étnicos, se constituyó el reino de los hebreos, Israel, estabilizado hacia el 1000 por David con la unificación de las tribus y la toma de Jerusalén, que se convirtió en su capital. Los principales enemigos de Israel fueron, desde el primer momento, los filisteos, uno de los Pueblos del Mar establecido en la zona costera de Palestina. El reino de Israel fue organizado, según el modelo egipcio, por Salomón, hijo y sucesor de David. No obstante, estos pequeños estados siguieron siendo inestables, como lo demuestra el cisma del reino hebreo tras la muerte de Salomón, quedando entonces dividido en dos: Israel, con capital en Samaria, y Judá, con capital en Jerusalén.

Los principales beneficiarios de todos estos movimientos étnicos en la región parecen haber sido los fenicios. Las ciudades fenicias fueron, en efecto, rápidamente reconstruidas tras el paso de los Pueblos del Mar, que en todo caso las habían librado de las amenazas que para ellas habían representado anteriormente hititas, asirios y egipcios. Libres pues, y sin amenazas exteriores, los fenicios se beneficiaron además del hundimiento de la talasocracia micénica por obra también de los Pueblos del Mar, que dejaba libres las rutas de navegación mediterráneas hacia las fuentes productoras de metales, como plata y bronce, las más cercanas de las cuales se encontraban en la Península Ibérica. Así, a finales del mismo siglo XII comenzaron las navegaciones fenicias hacia el oeste, fundando Gadir —la actual Cádiz—, más allá de las Columnas de Hércules, en el 1110. Probablemente, los fenicios se habían lanzado a la conquista del mercado de los metales, especialmente plata y estaño —componente este indispensable para hacer bronce—, mercado que había sido abandonado por los navegantes micénicos provocando el desabastecimiento de las regiones del Mediterráneo oriental. Ello explicaría la prisa de los fenicios en llegar a Occidente, donde entraron en contacto con Tarteso. En esta época se inicia la hegemonía de la ciudad fenicia de Tiro, cuyo rey Hiram I se alió con Salomón. Esta alianza le permitió la organización de expediciones también por el Mar Rojo hacia el país de Ofir.

Lógicamente los reyes tanitas no tuvieron la opción de intervenir decisivamente en la región siro-palestina, el Levante mediterráneo, debiéndose limitar a sostener relaciones comerciales con los pueblos de la zona, así como a la realización de intervenciones esporádicas. Las relaciones comerciales con los fenicios fueron las que permitieron la llegada a Egipto por primera vez en su historia de cantidades importantes de plata. Entre las intervenciones militares y diplomáticas hay que destacar que un rey tanita, probable-

mente Siamón (978-959), luchó contra los filisteos y se alió con la joven monarquía israelí, influyendo además en la organización del estado de Salomón.

La debilidad del estado teocrático de los sacerdotes tebanos queda puesta de manifiesto no sólo por la pérdida del control de Nubia, sino también por el hecho de ser incapaces de mantener el orden interior y de gobernar con un mínimo de eficacia. Ello les obligaba a recurrir constantemente a los oráculos del dios Amón para imponer sus decisiones, incluso a propósito de cuestiones absolutamente vanales. Este recurso constante a los oráculos demuestra que los sacerdotes, para mantener su autoridad, habían de escudarse constantemente en el nombre de Amón, fomentando así la milagrería y la superstición.

El desorden y la pobreza general fomentaron aún más la continuación de los saqueos de tumbas, que en realidad nunca se habían detenido desde época de la Dinastía XX. De este modo, durante la Dinastía XXI la mayor parte de tumbas reales y de grandes sacerdotes del pasado, así como numerosas tumbas privadas, ya habían sido violadas. Fue entonces cuando, en el pontificado del gran sacerdote Pinedyem II, se decidió esconder las momias de reyes y sacerdotes en una serie de *cachettes* —escondrijos— ubicadas en la zona de Deir el-Bahari, sin tesoros ni riquezas para no excitar la codicia de los ladrones y acompañadas tan sólo de unos pocos amuletos, así como de los procesos verbales narrando los avatares ciertamente azarosos corridos por cada una de las momias hasta llegar a su postrer destino. En estas *cachettes* permanecieron las momias en cuestión hasta ser halladas en la segunda mitad del siglo XIX. Entonces, en 1881, la inesperada aparición de tantos despojos de ilustres soberanos del pasado tuvo aún la virtud de despertar dormidos ecos patrióticos entre los descendientes lejanos de sus súbditos casi tres mil años después, según el testimonio de Brugsch, su descubridor:

Entonces sucedió algo que impresionó a Brugsch, al frío hombre de ciencia, más aún que al propio descubrimiento. Lo que acaecía mientras la embarcación se iba deslizando lentamente Nilo abajo ya no afectaba al científico, sino al hombre que aún no había perdido el respeto hacia las creencias y ritos de aquel pueblo.

Con gran rapidez se había extendido por todos los lugares del valle del Nilo y el país qué clase de cargamento transportaba el barco. Y se reveló con ello que el antiguo Egipto que antaño considerara a sus reyes como dioses, no se había extinguido aún. Brugsch veía desde la cubierta a centenares de felahs que, con sus mujeres, acompañaban al barco, y así desde Luxor hasta la gran curva del Nilo, hasta Kuft y Keneh, relevados por otros fanáticos compatriotas.

Los hombres disparaban sus armas de fuego en honor de los faraones muertos, las mujeres se echaban tierra y polvo en la cara y el cuerpo, y se frotaban el pecho con arena. La embarcación seguía acompañada con lamentos que se oían desde muy lejos; un espectáculo fantástico era aquella procesión, exenta de toda fastuosidad y llena de emoción.

Brugsch no pudo soportar la impresión que aquel acompañamiento le producía y se ocultó. ¿Había obrado bien? Acaso a los ojos de los que proferían lamentaciones y se golpeaban el pecho, él no sería más que un vulgar ladrón, uno más entre aquellos profanadores de sepulcros, de aquellos bandoleros que durante tres mil años habían violado con tenaz saña las tumbas de los faraones. ¿Justificaba esta actitud la necesidad de servir a la ciencia?

(Según Ceram, *Götter, Gräber und Gelehrte,* Hamburgo, 1949)

Los últimos años de la Dinastía XXI registraron, además, el poder creciente de las tribus de mashauash instaladas en el Delta. Una línea dinástica de una de estas tribus, que probablemente procedía de Heracleópolis donde se habría instalado durante la Dinastía XX, se había instalado en Bubastis, en el Delta oriental, desde principios de la Dinastía XXI. Los miembros de esta línea dinástica, que ostentaban el título de «Gran Rey de los ma(shauash)», obtuvieron del faraón el mando supremo de las tropas mercenarias libias y empezaron a extender su influencia por el Valle. En circunstancias desconocidas, el Gran Rey de los Ma, Sesonquis, sucedió al último rey tanita Psusenes II (959-945) y fundó la Dinastía XXII.

La época libia

El advenimiento de Sesonquis I señala el comienzo de la Dinastía XXII bubastita (945-715), y con ella de la época libia dentro del Tercer Período Intermedio. Pero esta efemérides señala también un hecho importante dentro de la historia de Egipto: el comienzo de la dominación del país por pueblos extranjeros diversos. Así, tras los libios, Egipto conoció las dominaciones de etíopes, asirios, persas, greco-macedónicos y romanos hasta llegar a los árabes.

De todos modos, es necesario matizar que los militares libios que tomaron el poder con el advenimiento de la Dinastía XXII estaban ya totalmente egiptizados: sólo algunos títulos, así como su onomástica, recordaban su cada vez más lejano origen extranjero.

La Dinastía XXII, que se consideraba legítima heredera de la Dinastía XXI, mantuvo su capital en Tanis; sus reyes siguieron utilizando, como lugar de enterramiento, la necrópolis real de Tanis, en el subsuelo del templo de Amón. Su fundador, Sesonquis I (945-924), reforzó su poder en el Alto Egipto instalando a su hijo Iuput como gran sacerdote de Amón en Tebas; esta política sería continuada por los sucesores de Sesonquis I. Además, puso el gobierno de todo el Egipto Medio en las manos de su hijo Nimlot, nombrado para la ocasión general de Heracleópolis. Así, una vez recuperado el control sobre el sacerdocio tebano y siendo las tropas fieles a su persona, Sesonquis I pudo restablecer el orden interior —cesando signi-

ficativamente los saqueos de tumbas— y reanudar la actividad económica y constructiva —reabriéndose para ello las canteras.

Sesonquis I reanudó también la política imperialista en la zona de Levante. Fruto de ella fue la toma y saqueo por los egipcios de Jerusalén (930), llegando Sesonquis I en su progresión hasta Megiddo donde plantó una estela conmemorativa. Esta política expansiva no tuvo, de todos modos, continuidad. En cambio, más duraderas y trascendentes fueron las relaciones diplomáticas y comerciales reabiertas con las ciudades fenicias, documentadas por el hallazgo de una estatua de Sesonquis I en Biblo, dedicada en un templo de la localidad.

En el sur se registran en estos momentos algunos intentos de recuperación del control de Nubia, mientras que en el oeste los libu aceptaron la soberanía del faraón.

Así pues, Sesonquis I logró en pocos años restablecer el poder faraónico y, con él, la unidad de Egipto, e incluso pudo por un momento soñar con el restablecimiento de la hegemonía egipcia en el contexto internacional. No obstante, Sesonquis I no intentó modificar la estructura política y social de Egipto: ni redujo los poderes de la aristocracia militar ni los de los sacerdotes tebanos, limitándose a colocar a hijos suyos a la cabeza de estos estamentos. De modo que, a su muerte, los problemas interiores del país volvieron a reproducirse con renovado vigor.

Su hijo Osorcón I (924-889) nombró sucesivamente para el cargo de gran sacerdote de Amón a sus hijos Sesonquis e Iuwelot; el primero volvió a proclamarse faraón como corregente de su padre —Sesonquis II (890)—, reiniciando así la vieja costumbre inaugurada por Herihor. Posteriormente, el cargo recayó de nuevo en hijos de grandes sacerdotes anteriores, interfiriéndose por último de nuevo la línea dinástica de los faraones con la de los grandes sacerdotes de Amón.

Una estatua de Osorcón I ha sido hallada en Biblo, dedicada, junto a la de su padre: ello es testimonio de la continuación de las relaciones comerciales con Fenicia, atestiguadas —tras el reinado de Tacelotis I (889-874)— de nuevo con Osorcón II (874-850). Más aún, estas relaciones van en aumento, como lo demuestra el hallazgo de vasos de alabastro a nombre de Osorcón II tanto en Oriente —en Samaria— como en Occidente —en Sexi, la actual Almuñécar, en la costa mediterránea de Andalucía.

Osorcón II tuvo que reconocer como corregente al gran sacerdote de Amón Harsiese antes de poder instalar a un hijo suyo, Nimlot, en la sede pontifical. Asimismo, para poder reforzar su poder, instaló a otros hijos suyos como grandes sacerdotes en localidades como Menfis, Tanis, etc., o como «reyes de los ma» en las principales ciudades de Egipto.

Pero desde el reinado de su hijo Tacelotis II (850-825), todas estas ramas colaterales de la Dinastía XXII empezaron a disputar entre ellas por el control de las principales ciudades del país, al tiempo que los gobernadores lo-

cales se independizaban prácticamente del poder central con la ayuda de sus tropas mercenarias libias.

Osorcón, hijo de Tacelotis II, nombrado por su padre gran sacerdote de Amón en Tebas, tuvo que tomar posesión de su cargo apoyado por las armas y tras ajusticiar a sus oponentes. Expulsado, no obstante, poco después de Tebas, logró recuperar su puesto pero tuvo que indultar a sus enemigos. En años sucesivos fue expulsado de nuevo varias veces, aunque siempre logró recuperar por la fuerza sus derechos. Al mismo tiempo, también el gobierno de Heracleópolis fue disputado por dos príncipes de la dinastía.

Las relaciones con los fenicios siguieron acentuándose, y un vaso de alabastro de Tacelotis II procede de la necrópolis de Sexi, colonia fenicia del sur de la Península Ibérica. Al mismo tiempo aparecen las más antiguas obras del arte egipcio en bronce, entre las que descuella precisamente la estatua de la reina Karomama, esposa de Tacelotis II.

Tacelotis II fue el último soberano de la Dinastía XXII reconocido aún como único faraón en todo Egipto, como mínimo teóricamente. Reinando su sucesor, Sesonquis III (825-773), se produjo la secesión de Petubastis I (818-793), fundador de la Dinastía XXIII (818-715) que tuvo como capital Leontópolis, ciudad del Delta central. La situación de progresiva fragmentación del poder había llegado a ser irreversible y ya sólo estaba a la espera de verse sancionada teóricamente. A partir de este momento, una vez producida la escisión, la coexistencia de dos faraones dividió Egipto entero en dos facciones enemigas. Petubastis I es, en efecto, el héroe semilegendario de dos relatos épicos que se han conservado por la literatura demótica: *La Conquista de la Coraza* y *La Conquista del Trono.* En ambos se describe el carácter heroico de una sociedad belicosa y feudal en la que el rey legítimo de la Dinastía XXII es sólo una figura decorativa sin poder efectivo alguno.

Un vaso de Sesonquis III llegó hasta Sexi, y conocemos una estatua de bronce de Petubastis I: ambos documentos atestiguan el momento de apogeo de las relaciones comerciales egipcio-fenicias, que a su vez coincide significativamente con el apogeo de la actividad comercial fenicia en el Mediterráneo occidental. Es la época también de apogeo político de Tiro, donde Etbaal I había fundado una nueva dinastía hacia 887 y había afianzado sus relaciones con sus vecinos mediante una alianza con el reino de Israel, puesta de manifiesto por la presencia fenicia en Samaria. Las relaciones con Egipto se centraban en el suministro por parte de los fenicios de plata y bronce —metal este muy escaso anteriormente en Egipto—; a cambio, Egipto se convirtió en el auténtico motor económico de la colonización fenicia, gracias a los incuestionables recursos de que aún disponía a pesar de su profunda crisis interna. Los fenicios se encargaron, de esta manera, de distribuir por todo el Mediterráneo las manufacturas egipcias que adquirían a su paso por Egipto, donde disponían además de una auténtica colonia en Menfis, el antiguo barrio cananeo de la ciudad que seguía siendo el principal emporio comercial e industrial de Egipto.

Políticamente, sin embargo, Egipto siguió hundiéndose progresivamente en lo se ha dado en llamar anarquía líbica. Los «grandes reyes de los ma» controlaban todos los poderes en sus ciudades del Delta, y su fidelidad a una u otra dinastía era siempre teórica e incierta. En este contexto Osorcón III (787-757), soberano de la Dinastía XXIII, logró la sumisión de Heracleópolis y de Tebas, consumando así la división del Alto y del Bajo Egipto en dos reinos independientes, conservando la Dinastía XXII el dominio de la mayor parte del Delta.

La situación de fragmentación política se siguió deteriorando con las secesiones de Peftauauybast en Heracleópolis y de Nimlot en Hermópolis Magna, localidades del Egipto Medio; ambos personajes se proclamaron simultáneamente reyes hacia 749. Esta fue la señal para que otros dinastas se proclamaran también independientes y adoptaran el título de rey de manera sucesiva. Como mínimo tenemos documentados los de Sais, Atribis-Heliópolis, Mendes, Sebenito, Busiris, Pi-Sopdu y Farbaito, todas localidades del Delta. De todos estos dinastas el más importante fue sin duda Tecnactis, independizado en Sais hacia 740.

Un historiador que se ha ocupado de esta época, Yoyotte, ha resumido así su valoración de la obra de gobierno de los grandes sacerdotes tebanos: «El gobierno de los reyes sacerdotes no ha sido jamás sino una dictadura sin ideal, disfrazada de teocracia». Este duro juicio lo consideramos no sólo asumible, sino también válido para los militares libios llegados a faraones pero carentes de una mínima visión política u organizativa. Esta crónica incapacidad de gobierno desmostrada por la aristocracia libia condujo a Egipto a una nueva época feudal, que fue especialmente dura para la población, dividida además en clases hereditarias y cerradas y obligada a continuar ejerciendo el oficio de sus mayores en condiciones cada vez más lamentables.

La época etíope

Mientras en Egipto se instalaba la anarquía líbica, en Nubia había empezado a formarse un pequeño reino indígena, con capital en Napata, reino que se iría engrandeciendo y egiptizando progresivamente. Según una teoría actualmente desechada, este reino habría sido fundado por los grandes sacerdotes tebanos expulsados de Egipto por Sesonquis I; esta teoría se basaba en la pretendida homonimia de algún nombre personal, y en el predominio absoluto del dios Amón en este reino. Sin embargo, el hecho de que los reyes eran de raza negroide, los rasgos de matriarcado puestos de manifiesto en la preponderancia en la corte de las reinas-madre, y la peculiar ley sucesoria que daba preferencia a los hermanos antes que a los hijos, son características claramente indígenas. Probablemente, pues, se trataba de un reino indígena aunque fuertemente influenciado por Tebas.

El engrandecimiento progresivo del reino corre parejo con el enriquecimiento simultáneo de los ajuares funerarios reales. Al mismo tiempo, las primitivas tumbas reales pronto se convirtieron en pirámides próximas a Napata, recuperando así los reyes nubios este antiguo ritual funerario faraónico.

El primer rey de nombre conocido fue Alara (780-760), quien extendió su dominio por el norte hasta la 3.ª catarata. Su sucesor Kashta (760-747) dominó desde Méroe hacia el sur, hasta Elefantina hacia el norte, pero además logró imponer a su hija Amenirdis como heredera de la divina adoradora de Amón en Tebas.

Su hijo y sucesor fue Peye (747-716), nombre que parece mejor leer así que Pianji, forma ésta que corresponde a la lectura de su nombre en egipcio. Peye llegó ya a gobernar un reino que alcanzaba desde el Sennar —al sur de Jartum y ya en la frontera de Etiopía— hasta la Tebaida, y extendía además su protectorado sobre Hermópolis Magna y Heracleópolis.

Pero al mismo tiempo Tecnactis de Sais, que controlaba parte del Delta, logró apoderarse de Menfis y organizó una coalición de dinastas para oponerse al progresivo avance de los etíopes o nubios; en ella entraron Leontópolis y Bubastis, así como otros reyes de los ma del Delta. Ante esta situación Peftauauybast de Heracleópolis se pronunció por Peye, mientras que Nimlot de Hermópolis se pasó al bando de Tecnactis, rechazando así el protectorado etíope.

Bloqueada Heracleópolis por los coaligados libios, una flota de éstos se dirigió hacia el sur, siendo destruida por el ejército etíope en la Tebaida. Se produjo entonces un contraataque etíope, que tomó todas las plazas del Egipto Medio excepto Hermópolis que fue sitiada, y que logró desbloquear Heracleópolis. Poco después acudió el propio Peye en persona, con refuerzos (728), logrando someter Hermópolis por hambre y tomar Menfis al asalto. Al continuar su avance Peye sobre Heliópolis, en dirección al este del Delta, toda la región oriental y central del mismo se le sometió, y al avanzar sobre Sais Tecnactis le presentó su rendición.

Sorprendentemente, Peye se conformó entonces con los tributos de los vencidos en reconocimiento de su soberanía, tras lo cual se retiró dejando el Delta sumido nuevamente en la anarquía feudal. Llegado a Napata, Peye se limitó a erigir una estela triunfal con la narración detallada de sus campañas.

Peye fue el soberano de una especie de imperio federal que controlaba Nubia y Egipto. Se trataba de un soberano sinceramente religioso, temeroso de Amón de Napata y de Tebas, a quien declara deber sus victorias. De esta manera, frente al egoísmo y a las violencias de los militares libios, los etíopes de Napata iban a aportar a Egipto un renacer innegable de la religiosidad tradicional.

Pronto los dinastas del Delta recobraron su independencia, aún en vida de Peye, aprovechando su lejanía. El primero, Tecnactis, quien se proclamó

faraón (727-720) y fundó la Dinastía XXIV saíta (727-715), reimponiendo su hegemonía en el Delta sin que Peye reaccionase. Sin embargo, ni Tecnactis ni su hijo y sucesor Bocoris (720-715) hicieron nada contra los últimos representantes de las Dinastías XXII y XXIII que seguían reinando oscuramente en Tanis-Bubastis y en Leontópolis, respectivamente. Éstos, gobernando en el Delta oriental, se vieron amenazados cada vez más por la presión asiria que se estaba ejerciendo sobre Palestina, intentando vanamente ayudar a reyes y príncipes de Judá, Filistia y Fenicia entre otros.

El reino asirio no había dejado nunca de resistir a los invasores arameos. Durante siglos, y reducida a su mínima expresión geográfica, Asiria tuvo que luchar por su supervivencia, y su pueblo, anteriormente campesino y comerciante, se convirtió en guerrero. La única manera que tenían además de luchar contra la asfixia económica producida por el bloqueo era la guerra, que les permitía conseguir las materias primas y la mano de obra que necesitaban. Finalmente, la presión de los nómadas acabó por aflojarse, pero el hábito de la guerra subsistió intacto entre los asirios, como manera fácil de lograr un provecho inmediato. Asiria se convirtió así en un estado totalmente militarizado y depredador, que vivía a expensas de sus vecinos, iniciando al mismo tiempo un movimiento de dilatación constante e irreversible gracias a sus conquistas.

Dentro de la primera mitad del siglo IX Asurnasirpal II dominaba ya todo el Alto Tigris y la mayor parte de la Alta Mesopotamia, y exigió tributo a las ciudades fenicias. No obstante, Salmanasar III fue derrotado por una coalición de estados arameos encabezada por Bar-Hadad II de Damasco y poco después una serie de crisis internas asirias abrieron un período de tranquilidad para los otros pueblos del Próximo Oriente. La autoridad monárquica fue finalmente restablecida por Teglatfalasar III poco después de la mitad del siglo VIII, iniciando entonces el Imperio Asirio su expansión definitiva que le llevó al control de Damasco y de Babilonia y a derrotar a su principal enemigo, el reino de Urartu, estado de origen hurrita cuyo centro se ubicaba en la región del lago Van. Hiram II, rey de Tiro y Sidón, fue tributario de Teglatfalasar III. El Imperio Asirio inició asimismo la práctica de deportaciones sistemáticas y en masa de las poblaciones vencidas, contribuyendo con ello de todos modos a la arameización del conjunto del Próximo Oriente asiático, puesto que la mayoría de estas poblaciones eran arameas.

En Egipto, el reinado de Bocoris —segundo rey de la Dinastía XXIV— se caracteriza por el control efectivo por parte de la dinastía saíta de la mayor parte del Delta, incluida Menfis. Bocoris debió ser un soberano excepcional, cuya personalidad sobresaliente destaca de manera abrupta en medio del tono gris general a los reyes del Tercer Período Intermedio. La tradición, recogida por la historiografía griega posterior, le recuerda como un gran legislador y reformador excepcional, reglamentador de las prácticas legales públicas y privadas y protector de las masas trabajadoras; esto último, en todo caso, cuadra con la situación límite en que las mismas se encontraban

durante este período, susceptible de atraer la atención del rey para intentar por lo menos mitigar su condición desesperada. Desgraciadamente, la documentación contemporánea no nos aporta información más precisa a este respecto.

Y es que el reinado de Bocoris fue muy breve y acabó trágicamente, no dando al monarca tiempo real de desarrollar su obra reformadora. Repentinamente Sabacón (716-702), rey etíope de Napata, hermano y sucesor de Peye, atacó y venció a Bocoris dándole muerte en la hoguera. Al mismo tiempo Sabacón se proclamó rey de todo Egipto, inaugurando la Dinastía XXV etíope (716-656) y pasando rápidamente a controlar todo el Delta. Los últimos epígonos de las Dinastías XXII y XXIII desaparecieron simultáneamente en el olvido más absoluto.

Reyes de Nubia y de Egipto, los monarcas de la Dinastía XXV ciñeron un doble ureo. Nunca renunciaron a sus orígenes, de modo que mantuvieron su capital y su necrópolis real en Napata. Pero el conjunto de Nubia fue organizado según el modelo egipcio. Numerosos templos nubios, y especialmente los consagrados a Amón, conocieron la labor constructiva de los reyes de la Dinastía XXV, pero siempre según el modelo egipcio; los ya existentes de épocas anteriores —y en especial del Imperio Nuevo— fueron engrandecidos, mientras que otros fueron levantados de nueva planta, todos ellos decorados siempre según los cánones egipcios.

A pesar de que la lengua meroítica era la indígena, se registra un uso progresivo en monumentos e inscripciones oficiales del egipcio clásico, muy correcto por lo demás. En realidad, todo ello es la obra indudable de arquitectos, artistas y escribas egipcios trasladados a Nubia. Sin embargo, pronto una escuela indígena de artesanos aprendió de sus maestros egipcios y empezó a dar un toque «africano» a los monumentos nubios.

Los reyes etíopes revitalizaron la institución de las «divinas adoradoras de Amón» en Tebas, instalando cada uno de ellos a una hija suya en este cargo. Bajo la égida de estas princesas nubias, la región tebana conoció un auténtico renacimiento que contrasta poderosamente con la situación de marasmo a la que la habían conducido los reyes-grandes sacerdotes anteriores. Ello explica la adhesión de la Tebaida a la Dinastía XXV, a la que se mantuvo fiel hasta el último momento.

En cambio, en el Delta los militares libios, más o menos vasallos de los reyes etíopes, siguieron siendo un factor de desestabilización para el conjunto del país. Según Manetón, una nueva línea dinástica se había reconstituido en Sais, cuyos representantes serían los antecesores de los faraones de la Dinastía XXVI. La actitud dudosa de los príncipes del Delta obligó, en todo caso, a numerosas intervenciones represivas por parte de los reyes etíopes para asegurar la unidad. Pero los faraones etíopes debieron, sobre todo, afrontar la creciente amenaza asiria.

El Imperio Asirio había entrado irremisiblemente en el camino del dominio universal con el advenimiento de Sargón II (722-705), fundador de la

Dinastía Sargónida. Pero es interesante señalar que los Sargónidas estaban mal informados sobre las amenazas más reales para su imperio, lo cual explica su constante esfuerzo militar malgastado en incesantes campañas contra Occidente, que tenían como objetivo último Egipto, y contra Oriente, dirigidas finalmente contra el Elam. En cambio, los asirios mostraron un total desconocimiento de los movimientos de pueblos nómadas aparecidos en el horizonte del Próximo Oriente, tales como los cimerios, escitas o medos. Una prueba del desconocimiento asirio del contexto geoestratégico general es que Sargón II, mal aconsejado por sus servicios secretos, atacó por la espalda el 714 a Urartu, aprovechando el momento en que este reino se aprestaba a defenderse de los cimerios, aparecidos en la zona del Cáucaso. Así, los asirios destruyeron la principal barrera militar que habría podido proteger al conjunto del Próximo Oriente de los nuevos pueblos bárbaros que iban apareciendo por el Cáucaso y por Irán.

Hacia el oeste, Sargón II se apoderó de Samaria y deportó a los israelitas. Aquí, el alma de la resistencia antiasiria fue Eluleo, rey de Tiro y Sidón, quien se alió con Egipto, Judá, Jafa, Ascalón y Akkarón contra Sargón II primero, y contra Senaquerib después. Los éxitos asirios frente a las diversas coaliciones siro-palestinas que les habían intentado hacer frente inútilmente, contando con las ocasionales y en todo caso insuficientes ayudas egipcias, decidieron a Sabacón a intentar mantener buenas relaciones con Sargón II.

Sin embargo, y ante la proximidad de la amenaza, Shebitku (702-690), hermano y sucesor de Sabacón, decidió acudir en ayuda de Jerusalén asediada por Senaquerib (705-681), sucesor de Sargón II. El ejército etíope fue derrotado por el asirio en Altaku (701), y Egipto y Judá fueron sólo salvados *in extremis* por un milagro, atribuido, respectivamente, a Ptah y a Yahweh: la peste, propagada repentinamente en el campamento asirio. En cambio, el fenicio Eluleo tuvo que huir a Chipre tras ser derrotado por Senaquerib (700). Fenicia quedó bajo la autoridad de Etbaal II de Sidón. En Oriente, Senaquerib tuvo que hacer frente a una nueva amenaza: los caldeos, semitas que aliados a los elamitas se infiltraban en Babilonia.

Shebitku fue sucedido por su hermano Tarco (690-664), quien destaca sobre todo por haber cubierto Egipto y Nubia de monumentos, siendo el mayor constructor de los reyes etíopes. Además, Tarco tuvo que sostener a los fenicios contra los asirios, amenazados nuevamente por Asaradón (681-669), sucesor de Senaquerib. La ayuda etíope a los fenicios, unida a la potencial amenaza que para Asiria representaba la mera existencia de un gran reino independiente a Occidente de sus dominios, y aun las riquezas mismas que este reino encerraba, habían de acabar desencadenando fatalmente el ataque asirio contra Egipto.

Abdi-Milkutti, rey de Sidón hijo de Etbaal II, se había sublevado contra Asaradón, aliado a Egipto y a otras ciudades de la región; pero fue derrotado y muerto, siendo Sidón tomada y arrasada (677) y sus habitantes depor-

tados. Baal I de Tiro, por su parte, se sometió y Asaradón atacó Egipto, pero los asirios fueron derrotados (674) y entonces Baal I de Tiro se alió a Tarco. Tiro fue bloqueada por los asirios (673), que fueron impotentes sin embargo para someter la ciudad debido a su situación insular. Asaradón, exasperado por la resistencia tiria, atacó el Delta oriental ayudado esta vez por los beduinos del Sinaí (671), derrotó a los etíopes y tomó Menfis al asalto. Baal I, prudentemente, se sometió nuevamente y aceptó pagar sus tributos atrasados, pero se negó a aceptar la presencia en su ciudad de tropas y gobernadores asirios.

La intervención asiria en Egipto y el final de la época etíope

Las directrices políticas de Asaradón en el exterior siguen las líneas trazadas por Senaquerib, si bien es cierto que el nuevo rey asirio había añadido algo de tacto diplomático al mero uso de la fuerza bruta y del terror de que había hecho gala su predecesor. Así, por ejemplo, Asaradón hizo reconstruir la ciudad de Babilonia, destruida por Senaquerib en 689. Del mismo modo, en Egipto Asaradón optó por pactar con la aristocracia militar libia del Delta.

Los dinastas libios, ya insumisos desde el 701, se habían en efecto pasado ahora al bando enemigo, creyendo que los asirios serían sus liberadores del dominio etíope, logrando además extender la revuelta hasta el Egipto Medio. Asaradón, consciente de que la excesiva lejanía de Egipto constituiría un grave inconveniente para su eficaz gobierno, optó por confirmar a todos los dinastas libios en sus puestos y por investir a uno de ellos, Necao I (672-664), monarca de la línea dinástica de Sais, como rey de Egipto vasallo de Asiria. El repliegue etíope tras la victoria militar asiria fue, por lo demás, de tal envergadura, que incluso el gobernador de Tebas, Montuemhé, se declaró vasallo de los asirios.

Estos éxitos de Asaradón, de todos modos, quedan ensombrecidos ante el hecho de que tuvo que abandonar Asia Menor a los cimerios, los cuales saquearon todo el territorio haciendo víctimas de sus incursiones a los frigios, a los lidios e incluso a las ciudades griegas de la Jonia, en la costa del mar Egeo. También perdieron los asirios el control de los Zagros, que pasaron a manos de los medos. De este modo, no sólo el corazón del Imperio Asirio quedaba peligrosamente cerca de las vanguardias medas, sino que además quedaba de manifiesto la debilidad asiria ante los movimientos de los pueblos bárbaros del norte y del Irán.

El advenimiento del nuevo rey asirio Asurbanipal (669-627) fue aprovechado por Tarco para desencadenar un contraataque que logró recuperar Menfis para los etíopes (669). Pero Asurbanipal, que había vuelto a poner sitio a la siempre díscola Tiro, optó al mismo tiempo por ofrecer condicio-

nes más generosas a Baal I, que fueron aceptadas por éste: de acuerdo con ellas, Tiro conservaba su independencia, pero se avenía a colaborar en una campaña contra Egipto; además, el hijo de Baal I juró fidelidad a los asirios y varias princesas tirias fueron enviadas a Nínive, la capital asiria. De esta manera Asurbanipal pudo enviar un nuevo ejército asirio que derrotó a los etíopes (667) y llegó ante Tebas.

Los dinastas del Delta, mientras, conspiraron contra los asirios aprovechando sus dificultades; sorprendidos, Necao I y sus compañeros fueron hechos prisioneros y enviados a Nínive, al tiempo que los asirios saqueaban las ciudades del Delta. Sin embargo Asurbanipal, impotente para controlar la situación en Egipto, optó por devolver a estos dinastas cargos y honores, enviándoles de nuevo a Egipto.

En Nubia, Tarco fue sucedido en el trono por su sobrino Tantamani (664-656), cuyo nombre parece preferible leerlo así que Tanutamón, que sería su correspondiente forma en egipcio. Tantamani derrotó a los dinastas del Delta poco después de su regreso de Nínive, recuperando el Delta para la Dinastía XXV y expulsando de Egipto a los asirios. El propio Necao I murió en la guerra, y su hijo Psamético tuvo que huir a Siria.

Asurbanipal ordenó entonces un nuevo contraataque asirio. Tantamani, vencido, huyó a Nubia y Tebas fue atrozmente saqueada por los victoriosos asirios (663), que nunca antes habían llegado tan lejos en sus incursiones guerreras. El saqueo de la otrora rica ciudad por los asirios causó una auténtica conmoción en el mundo antiguo, y la misma Biblia se hizo eco del mismo: no era para menos, pues las enormes riquezas acumuladas en sus templos por el clero tebano desde principios del Imperio Nuevo desaparecieron para siempre; la orgullosa ciudad del Alto Egipto ya nunca se rehizo de este duro golpe, que señala el principio de su decadencia efectiva. Así, el profeta Nahum, al vaticinar la destrucción de Nínive, no encontró nada mejor que paralelizarla con la ya acontecida de Tebas:

> ¿Eres tú mejor que No-Amón *(es decir, Tebas),*
> asentada entre los canales del Nilo,
> circuida de aguas, cuyo baluarte era el mar,
> las aguas su muralla?
> Etiopía, como Egipto, era su fuerza sin límites;
> Put y los libios eran sus auxiliares.
> Mas también ella al destierro marchó prisionera;
> también sus niños fueran estrellados
> en las esquinas de todas las calles;
> y echaron suertes sobre sus nobles,
> y todos sus magnates fueron aherrojados con cadenas.
>
> (*Sagrada Biblia*, traducción de Bover y Cantera, Madrid, 1951)

Asurbanipal restableció en sus cargos a los dinastas del norte, quienes, con la aquiescencia del rey asirio, negociaron un compromiso de co-soberanía sobre Menfis y el Fayum, según el testimonio del historiador griego Heródoto. Roto «involuntariamente» el pacto por Psamético I, rey de Sais, donde había sucedido a su padre Necao I, éste lo aprovechó para destronar a los dodecarcas, los otros dinastas del Delta, con la ayuda de los «hombres de bronce», es decir, de mercenarios jonios y carios. Restablecida la unidad del Delta, Psamético I aprovechó la ocasión para, con la ayuda de Giges, rey de Lidia en Asia Menor, expulsar a los asirios de Egipto. Asurbanipal, cuyo imperio había entrado ya en una crisis irreversible, no reaccionó. Con la expulsión de los asirios y la independencia de Egipto, podemos considerar que termina el Tercer Período Intermedio y comienza el Período Saíta.

20. El Período Saíta

Psamético I (664-610)

El Período Saíta tiene una gran importancia dentro de la Historia de Egipto que radica no sólo en la época de esplendor renovado que representó para la civilización egipcia, sino también en la circunstancia de que este esplendor fue impulsado por última vez por faraones indígenas. El Período Saíta representa, pues, la última época de esplendor que conoció Egipto bajo la égida de soberanos autóctonos. Porque autóctona ha de considerarse la dinastía fundada por Psamético I a pesar de su lejano origen libio, ya que la misma llevaba varios siglos de enraizamiento en el Delta.

El Período Saíta empieza en el momento en que Psamético I logró la independencia de Egipto tras expulsar a las últimas guarniciones asirias. No obstante, ello no significó que en el mismo momento Psamético I hubiese logrado restablecer la unidad del país. En efecto, el etíope Tantamani, postrer representante de la Dinastía XXV, había aprovechado la ocasión propicia para recuperar, a su vez, la Tebaida. El conflicto entre ambos reyes no tardó en estallar, liquidándose pronto con la victoria de Psamético I sobre el ejército etíope y la expulsión de Tantamani fuera de Egipto (656).

Alejadas de manera definitiva las amenazas que representaban los asirios y los etíopes, Psamético I pudo aniquilar asimismo el poder de la aristocracia militar del Delta; vencidos, muchos de ellos optaron por emigrar a

Nubia, donde acabaron entrando al servicio del rey etíope al que tanto habían combatido anteriormente. Por todo ello cabe considerar a Psamético I como el auténtico fundador de la Dinastía XXVI saíta (664-525), la cual llena por sí sola el Período Saíta.

La política exterior de Psamético I se benefició desde el primer momento de la decadencia del Imperio Asirio: aprovechando la situación de vacío de poder en Levante, Psamético I entró en Palestina, asediando y tomando Ashdod. Las relaciones con los fenicios fueron asimismo reemprendidas, y especialmente con Tiro, libre también de la amenaza asiria. Precisamente ahora, y gracias a la favorable coyuntura internacional, la colonización fenicia en Occidente alcanza su época de apogeo, realzada por el momento de máxima expansión de la misma siempre en busca de las fuentes de la plata y del estaño y en dura competencia con los griegos, que por estos años también lograron llegar a Tarteso, al sur de la Península Ibérica.

Psamético I se relacionó asimismo con los griegos, siendo durante su reinado cuando los milesios fundaron la factoría de Náucratis, en el Delta occidental y cerca de la propia Sais convertida en capital de Egipto. De hecho, fueron numerosos los extranjeros que se fueron instalando en Egipto en esta época, principalmente como mercenarios y como comerciantes. Su importancia llegó a ser tal que Psamético I decidió organizar una escuela de intérpretes. Por otro lado desde el 631 griegos dorios se habían establecido asimismo en la costa libia, donde fundaron la colonia de Cirene, empezando a extender desde ahí su influencia en la región, lo cual acabaría provocando problemas en el mismo Egipto como se verá.

Los últimos años del reinado de Asurbanipal se caracterizan por la resistencia encarnizada del Imperio Asirio, luchando por su supervivencia ante los múltiples peligros interiores y exteriores que lo amenazaban. Perdido, o abandonado, el control de Egipto y de Levante, las luchas se concentraron en el frente oriental y septentrional, por donde las amenazas eran cada vez más patentes. Sucesivamente, los asirios debieron destruir una vez más las ciudades de Babilonia y de Susa, ésta en Elam, que se habían sublevado, pero en cambio fueron impotentes para mantener el control del Alto Tigris. Sin embargo, la resistencia asiria acabó siendo beneficiosa tanto para los estados de Levante, y entre ellos los fenicios, como para los mismos egipcios, al convertirse el Imperio Asirio en una auténtica barrera defensiva ante las nuevas amenazas que se iban precisando al norte y al este del Próximo Oriente. Esta situación, curiosamente, proporcionó a las regiones y países de las regiones del Mediterráneo oriental una época de paz y prosperidad que duró medio siglo, que es el tiempo que duró la resistencia asiria y la protección que dispensó, de modo bien involuntario, a las citadas regiones. Si ahora hemos insistido en esta circunstancia, es porque este período de tranquilidad se corresponde con la mayor parte del reinado de Psamético I, que pudo de este modo ocuparse de la reorganización interior de Egipto, así como de su maltrecha economía, y también pudo ocuparse en estrechar sus

lazos comerciales con los fenicios, que tantos beneficios reportaban a Egipto. Es sintomático, al respecto, que este medio siglo se corresponda con el apogeo de la colonización fenicia en el Mediterráneo occidental, así como con el auge de las relaciones egipcio-fenicias caracterizado por la llegada, por primera vez en Egipto, de bronce en ingentes cantidades. Este bronce debía proceder, con toda probabilidad de la Península Ibérica y de otras regiones productoras de estaño del Atlántico, como las Islas Británicas, y quienes lo comercializaron en Egipto debieron ser principalmente los fenicios, aunque sin duda empezaban también a jugar un papel importante en ello los griegos.

A la muerte de Asurbanipal (627), sin embargo, el Imperio Asirio se hallaba ya al límite de sus fuerzas y al borde del colapso: los cimerios amenazaban las fronteras de Cilicia y los medos se hallaban a las puertas de Nínive. De todos modos fue un nuevo pueblo bárbaro procedente del Cáucaso, los escitas, el que asestó el golpe definitivo al Imperio Asirio. De manera repentina, los escitas tras cruzar Urartu invadieron y saquearon el Imperio Asirio, impotente para detenerles. Sin ser inquietados, los escitas cruzaron todo el Próximo Oriente hasta llegar a la frontera de Egipto, donde Psamético I salió prudentemente a su encuentro y compró su retirada evitando de este modo a su país la catástrofe de la invasión. De todos modos, la impunidad con que se habían movido los escitas demostró la profunda debilidad del Imperio Asirio y dio nuevos ánimos a sus enemigos.

Así, simultáneamente el medo Ciáxares unificó Irán y fundó el Imperio Medo, al tiempo que el caldeo Nabopolasar se proclamó rey de Babilonia, fundando el Imperio Neobabilónico. Ciáxares y Nabopolasar (626-605) se aliaron contra los asirios, y el Imperio de éstos empezó a tambalearse ante sus embestidas combinadas. La situación llegó a preocupar a Psamético I, quien decidió ayudar a los asirios debido al temor que le producía el surgimiento de un nuevo y pujante imperio mesopotámico, evidentemente más peligroso que el decrépito Imperio Asirio.

La ayuda egipcia, sin embargo, no pudo impedir la caída de Asur primero (614) y de Nínive después (612), las dos capitales asirias ocupadas y destruidas por medos y babilonios. De todos modos, se produjo entonces un hecho inaudito y nunca visto anteriormente: el ejército asirio, dirigido por el último rey asirio Ashur-uballit II (612-608), logró abrirse paso entre las líneas enemigas medo-babilónicas cuando se produjo el asalto a Nínive, de manera que la maquinaria de guerra asiria logró sobrevivir a la destrucción de su imperio.

Mientras la caída de Nínive y la desaparición del Imperio Asirio fueron celebradas con un clamor de libertad por los pueblos del Próximo Oriente, del cual se hace eco la Biblia, el ejército asirio se reagrupó en torno a Harran, esperando desesperadamente los refuerzos que pudiese enviar Psamético I. La muerte de éste, sin embargo, retrasó los preparativos bélicos egipcios.

Los sucesores de Psamético I

Muerto Psamético I, su hijo y sucesor Necao II (610-595) acudió en ayuda de los restos asirios, invadiendo Palestina, donde derrotó y dio muerte a Josías de Judá en la batalla de Megiddo (609), el cual había intentado oponerse a su avance. Llegado a Harran, sin embargo, Necao II sólo pudo constatar la destrucción definitiva del ejército asirio a manos de medos y babilonios. De todos modos, los egipcios ocuparon Siria y Palestina, fijando su frontera septentrional en el Éufrates igual que en los mejores tiempos de la Dinastía XVIII. Necao II instaló como nuevo rey de Judá a Joaquín y aceptó el vasallaje de los demás estados de la región, especialmente el de los fenicios.

Se abrió así un período excepcional para la historia de Egipto, desgraciadamente demasiado breve. Así, debió ser en estos años cuando una flota fenicia dio por primera vez la vuelta a África, por orden de Necao. Este periplo de África, realizado bajo pabellón egipcio, se inició en el mar Rojo y concluyó en el Mediterráneo tras cruzar las Columnas de Hércules después de tres años de navegación, según nos informa Heródoto. Con toda probabilidad esta hazaña de los navegantes fenicios tenía sobre todo objetivos comerciales, tales como la búsqueda de nuevas rutas de navegación. También fue en este momento cuando Necao II decidió iniciar la construcción —o tal vez reconstrucción— de un canal navegable que debía unir el Nilo con el mar Rojo a través del Wadi Tumilat. La importancia de este canal, el más lejano precedente del moderno canal de Suez, habría sido excepcional para el comercio si se hubiese podido concluir su ejecución. Desgraciadamente, ésta hubo de ser abandonada precipitadamente antes de terminar, debido a la repentina aparición de la nueva amenaza babilónica.

Efectivamente, medos y babilonios se habían repartido el antiguo territorio ocupado por el Imperio Asirio, y no aceptaban que Egipto, que no había sido invitado al reparto, pudiese participar unilateralmente del mismo mediante la ocupación de Siria y Palestina. De modo que el ejército babilónico, mandado por Nabucodonosor, hijo del rey Nabopolasar, desencadenó una ofensiva y derrotó a los egipcios en Karkemish, junto al Éufrates. La derrota fue de tal magnitud que el ejército egipcio debió evacuar precipitadamente Siria y Palestina. Poco después, Nabucodonosor llegó a la frontera de Egipto y sólo la noticia de la muerte de Nabopolasar, llegada entonces al campamento babilónico, salvó a Necao II de un presumible desastre. En efecto, Nabucodonosor II (605-562) optó por abandonar la ofensiva contra Egipto y regresar a Babilonia para posesionarse del trono heredado de su padre. De todos modos, Siria y Palestina habían caído en poder babilónico, y Necao II sólo se atrevió, desde este momento, a recuperar la zona de Filistia y a sostener a Judá y a las ciudades fenicias contra Babilonia. A pesar de ello, la situación de la frontera asiática de Egipto no dejó de deteriorarse de manera progresiva.

También la frontera meridional siguió representando un problema a pesar de la derrota sufrida por los etíopes a manos de Psamético I. La prueba de que persistía de forma latente el peligro etíope es que el mismo Psamético I se había visto obligado a establecer una poderosa guarnición en Elefantina, y a lanzar alguna incursión punitiva a la Baja Nubia. El hecho es que los reyes de la Dinastía II de Cush, que habían accedido al trono como sucesores de Tantamani, no sólo no habían renunciado al dominio de Egipto sino que se disponían a intentar su reconquista.

Conocedor de tales preparativos, Psamético II (595-589), hijo y sucesor de Necao II, decidió adelantarse, invadiendo Nubia al frente de un poderoso ejército del que formaban parte numerosos mercenarios griegos, con el cual llegó hasta Dongola y aplastó el reino de Cush. Esta campaña militar fue acompañada, en el interior, de la condena de la memoria de los reyes de la Dinastía XXV —correspondientes asimismo a la Dinastía I de Cush—. Psamético II complementó además estas medidas prodigando todo tipo de manifestaciones de propaganda antietíope entre la población, manifestaciones más o menos sutiles como la de identificar por primera vez al dios del mal Set con el color negro de la piel. Puede decirse que esta campaña debió surtir su efecto de modo permanente, puesto que es a partir de este momento que se empiezan a encontrar rasgos de tratamiento explícitamente negativo de la raza negra en Egipto, los cuales alcanzaron como mínimo la época copta.

La derrota etíope fue de tal magnitud que los reyes de Cush acabaron optando por abandonar Napata como capital, ya que esta ciudad estaba demasiado expuesta a los ataques egipcios. Así, la capital nubia fue trasladada a Méroe, más al sur y por ello más resguardada de presumibles ataques procedentes del norte. Pero ello contribuyó también a acrecentar la africanización del estado, convertido en meroítico. El reino de Méroe, cuyo centro se encontraba entre la 5.ª y la 6.ª cataratas, a pesar de acentuar progresivamente su carácter autóctono, visible no sólo en todo tipo de manifestaciones artísticas sino también en el abandono gradual del egipcio clásico en las inscripciones monumentales, sustituido por el meroítico, no renunció jamás, sin embargo, a sus orígenes culturales egipcios. Sus reyes siguieron considerándose faraones de Nubia, manteniendo el protocolo y las enseñas de la realeza faraónica. El Estado meroítico sobrevivió, además, hasta mediados del siglo IV de nuestra era, desarrollando en este considerable lapso de tiempo una fecunda cultura nubio-egipcia, la cultura meroítica, que a su vez influenció de manera importante tanto en el plano político como en el cultural a numerosos pueblos del continente africano; muchas de estas influencias han llegado prácticamente hasta nuestros días.

Ocupado en el sur, Psamético II no intervino en Asia. En cambio, su hijo y sucesor Ápries (589-570) reocupó Palestina y Sidón, aliado a Sedecías de Judá. Pero Nabucodonosor II reaccionó inmediatamente bloqueando Tiro y asediando Jerusalén (587). Un ataque egipcio lanzado en ayuda de los ju-

díos fue un fracaso, y no pudo impedir la toma y destrucción de Jerusalén por los babilonios (586). Éstos, de acuerdo con los usos implantados por los asirios, se apresuraron a deportar a la población a Mesopotamia.

Quedaba sólo, frente a Nabucodonosor II, la plaza de Tiro: la ciudad, amparada en su privilegiada situación insular y sostenida por la flota egipcia, resistió un sitio de 13 años, el más largo de la Historia. El esfuerzo inquebrantable de Ápries, durante estos 13 largos años, demuestra lo importante que era para Egipto preservar la independencia de la metrópolis fenicia, su principal proveedora de materias primas tan importantes como la plata y el bronce. No obstante, la resistencia fue inútil y finalmente Etbaal III, último rey de Tiro, acabó por rendirse a Nabucodonosor II (573). La caída de Tiro a manos de los babilonios puso punto final a la independencia fenicia, al esplendor y desarrollo de su colonización en Occidente, y a sus privilegiadas relaciones comerciales con Egipto.

Los problemas de Ápries no acabaron, sin embargo, aquí, puesto que pronto tuvo que volver su atención a Libia, donde los griegos de Cirene al expansionarse amenazaban la independencia de los libios, e incluso la frontera occidental de Egipto. Ante esta situación, Ápries no tuvo más remedio que aliarse con el rey libio Adikran; pero, no atreviéndose a mandar a sus mercenarios griegos a luchar contra otros griegos, Ápries envió contra Cirene un ejército compuesto exclusivamente de tropas indígenas. Pero este ejército egipcio no sólo fue derrotado en Irasa, sino que además se vio obligado a realizar una retirada desastrosa a través del desierto.

Este desastre militar tuvo consecuencias en Egipto mismo, puesto que provocó una reacción nacionalista y xenófoba entre la población, que acusó a Ápries de haber enviado a la muerte exclusivamente a soldados egipcios puesto que era conocedor de lo peligrosa que era la campaña contra Cirene, y que en cambio prefirió salvaguardar a los soldados griegos. La reacción acabó triunfando, derribando a Ápries y entronizando en su lugar al general egipcio Amasis.

Amasis (570-526) y el final del Período Saíta

El nuevo rey Amasis —o Amosis II como realmente debiera ser llamado, si bien la lectura de Heródoto ha popularizado la forma Amasis— era el general que había acaudillado la reacción nacionalista que acabó con la caída de Ápries; no obstante, Amasis no parece haber tenido lazos de parentesco con el anterior rey, a pesar de lo cual Manetón le incluye dentro de la misma Dinastía XXVI.

Parece ser que, apenas subido al trono, Amasis tuvo que hacer frente aún a un postrer intento de intervención de Nabucodonosor II, quien tal vez llegó hasta el Delta del Nilo esta vez; no obstante, esta última intervención babilónica en Egipto no tuvo consecuencias duraderas.

Amasis fue, por lo demás, un rey extraordinariamente popular, lo que no le libró de todo tipo de críticas irrespetuosas, dirigidas a su vida privada. Esta fama de vividor, sea justa o no, no impide de todos modos considerarle como el último gran rey indígena de Egipto.

Para empezar, el nacionalista Amasis resultó ser el más filoheleno de los reyes saítas. Así, se alió con Cirene, casándose él mismo con una princesa cirenaica para reforzar matrimonialmente esta alianza. Por otro lado, y para separar a los griegos de los indígenas, evitando así el estallido de nuevos brotes de violencia xenófoba, concentró a los comerciantes —con todo el comercio griego— en Náucratis, mientras que de los mercenarios griegos hizo su guardia personal. Hacia 565 Amasis se apoderó de la isla de Chipre, hecho éste sin precedentes en la historia egipcia. Probablemente, la intencionalidad de esta conquista era contrarrestar los efectos negativos ocasionados por la caída de Tiro, desviando de Chipre hacia Egipto las rutas de navegación procedentes del Mediterráneo occidental.

Amasis, al igual que todos sus predecesores del Período Saíta, fue un gran protector de la cultura, la cual se caracteriza por un constante esfuerzo de retorno a los orígenes, que dio a la cultura saíta un marcado carácter arcaizante. Según los testimonios literarios, todos estos reyes debieron hacerse enterrar en Sais; desgraciadamente, ningún resto de sus tumbas —probablemente saqueadas ya desde la Antigüedad— ha llegado hasta nosotros.

Hacia 554 Ciro II, rey de Ansham de la Dinastía Aqueménida perteneciente a la tribu de los persas y vasallo del rey medo Astíages, se sublevó y derrotó a su señor, fundando el Imperio Persa. Si la fundación del Imperio Medo había señalado el inicio de una nueva etapa en la historia del Próximo Oriente, en la que los indoeuropeos empezaban a jugar un papel preponderante, la fundación del Imperio Persa estaba destinada a cambiar totalmente el mapa del mismo, al unificar por primera vez y de manera total la región que había sido cuna de las más antiguas civilizaciones.

De momento, ante la ascensión persa, Amasis se coaligó con Nabonido de Babilonia, Creso de Lidia y Esparta, para intentar contrarrestar el creciente poder de la nueva potencia. Pero todo fue inútil, puesto que Ciro II se adelantó a los movimientos de sus enemigos apoderándose de Sardes, capital de Lidia en Asia Menor, donde hizo prisionero a Creso (546). Los persas no se detuvieron ahí, sino que prosiguieron su avance hacia Occidente, apoderándose una tras otra de las ciudades griegas de la Jonia, en la costa egea del Asia Menor.

Poco después, también Babilonia cayó en poder de Ciro II (539), quien hizo prisionero al último rey babilonio, Nabonido. No obstante, Ciro II cambió los usos bélicos precedentes en el Próximo Oriente asiático y se mostró magnánimo con sus enemigos, a los que perdonó la vida limitándose a asignarles a residencia. También acabó con la política de deportaciones, permitiendo incluso a los pueblos que habían sido deportados anteriormen-

te —como los judíos— que volviesen a su patria, lo cual hizo al soberano persa muy popular.

Amasis, mientras, había visto caer uno tras otro a sus aliados, y para no quedar solo ante el enemigo firmó una nueva alianza con Polícrates, tirano de Samos que disponía de una poderosa flota y que también se sentía amenazado por el avance persa en la Jonia y en las islas del Egeo.

Muerto Ciro II, fue sucedido en el Imperio Persa por su hijo Cambises II (528-522). Poco después, el fallecimiento de Amasis fue considerado la ocasión propicia por parte de Cambises II para atacar Egipto. El nuevo faraón Psamético III (526-525), hijo y sucesor de Amasis, apenas tuvo tiempo de subir al trono. Vencido poco después por Cambises II, los persas se apoderaron rápidamente de todo Egipto, poniendo punto final al Período Saíta.

21. El Período Persa

La Primera Dominación Persa

Con la conquista persa de Egipto se abría para el país del Nilo una situación histórica inédita: por primera vez, en efecto, Egipto no sólo era conquistado o gobernado por extranjeros, sino que además el país fue incorporado a una superestructura estatal mucho más extensa, dentro de la cual además Egipto no era sino una provincia marginal. Esta experiencia, que traumatizó ciertamente tanto a las clases dirigentes como al conjunto de la población, no sería por lo demás única, sino que fue en realidad tan sólo la primera de una serie de experiencias similares que han llegado prácticamente hasta el Egipto contemporáneo, pasando por su incorporación sucesiva al Imperio Macedónico —ésta bien efímera—, al Imperio Romano-Bizantino, al Imperio Árabe y, por último, al Imperio Turco.

El Período Persa se divide en tres fases claramente diferenciadas en Egipto. En efecto, los persas gobernaron Egipto durante dos etapas distintas, denominadas la Primera y la Segunda Dominación Persa y separadas por la época de las Últimas Dinastías Indígenas, durante la cual los últimos faraones autóctonos debieron luchar incesantemente contra los persas intentando infructuosamente defender la independencia de su patria.

Cambises II, el conquistador de Egipto, fue en realidad un personaje desequilibrado responsable previamente del asesinato de un hermano suyo,

Esmerdis. Tras la conquista de Egipto, Cambises II intentó al principio seguir la política tolerante de su padre, Ciro II, mostrándose condescendiente con los vencidos. Y de la misma manera que Ciro II, tras la conquista de Babilonia había instaurado una política ficticia, pero muy diplomática, de unión personal de Babilonia al Imperio Persa, haciéndose coronar rey de Babilonia, también Cambises II tras perdonar a Psamético III se proclamó faraón y adoró a los dioses egipcios. Por esta razón Manetón le hace, con justicia, fundador de la Dinastía XXVII (525-404), que se corresponde por consiguiente a los reyes persas de la Dinastía Aqueménida, que gobernaron Egipto durante la época de la Primera Dominación Persa, y que mantuvieron en mayor o menor grado la ficción de la unión personal de Egipto al Imperio Persa haciéndose reconocer como faraones.

Cambises II permaneció el resto de su reinado en Egipto, no sólo organizando el gobierno de la nueva provincia para lo que no dejó de contar con funcionarios colaboracionistas, sino también preparando sendas expediciones militares contra Libia y contra Nubia, intentando ampliar las posesiones persas. No obstante, estas expediciones se saldaron con fracasos, cosa que exasperó al rey y le hizo recaer en los frecuentes arrebatos de ira que ya habían caracterizado su inestable personalidad. Víctimas de los mismos fueron el infortunado Psamético III e incluso un toro Apis al que mató con sus propias manos, si bien parece que después se arrepintió de este sacrilegio.

Por último, y ya de regreso a Persia, Cambises II recibió la noticia de la sublevación contra él del mago Gaumata, que se hizo pasar por su asesinado hermano Esmerdis. Cambises II murió accidentalmente en Siria, a causa de un nuevo ataque de ira (522), y el Pseudo-Esmerdis pudo gobernar de manera efímera hasta que una sublevación de siete grandes familias persas contra él dio el trono a Darío I (522-486), miembro de una rama lateral de la familia Aqueménida.

Darío I viajó pronto a Egipto (518), restableciendo el orden y promulgando importantes reformas jurídicas y económicas. También mostró su respeto por los dioses egipcios y emprendió importantes trabajos de restauración en diversos templos, preservando además los privilegios del clero. Asimismo, ordenó concluir las obras del canal del Nilo al mar Rojo que habían sido emprendidas por Necao II. La apertura del canal a la navegación comercial dio, como es lógico, un importante impulso al comercio. Con todas estas medidas Darío I consiguió no sólo tranquilizar Egipto sino también hacer continuar la prosperidad económica en el país que se había iniciado con el Período Saíta.

Con Darío I, por lo demás, el Imperio Persa se extendía desde la India hasta la Jonia y desde el mar Caspio hasta Egipto, correspondiéndole también a él la organización de este vasto territorio en veinte satrapías, unidas por una extensa red viaria con centro en Susa, capital administrativa del Imperio.

Sin embargo, tras someter la totalidad de las ciudades griegas de la Jonia y controlar los estrechos que comunican el Egeo con el mar Negro, Darío I

fracasó al intentar someter la Grecia continental, siendo derrotado el ejército persa en Maratón por Atenas y Platea (490). Esta primera derrota sufrida por Darío I no sólo cortó de raíz los afanes expansionistas persas, sino que además dio ánimos a Egipto y a Babilonia para sublevarse (486), falleciendo Darío I antes de tener tiempo de sofocar estas rebeliones.

El sucesor de Darío I fue su hijo Jerjes I (486-465), quien ya había sido virrey de Babilonia en vida de su padre. Jerjes I tardó dos años en sofocar la revuelta de Egipto, donde instaló como sátrapa a su hermano Aquemenes. Mientras éste endurecía el control persa sobre Egipto para prevenir nuevas sublevaciones, el propio Jerjes I aplastó violentamente la rebelión de Babilonia (482). Además, Jerjes I abandonó los títulos de rey de Egipto y de Babilonia, renunciando con ello a la ficción de la unión personal de ambos estados con el Imperio Persa.

De hecho, la política general de Jerjes I se caracterizó por su intransigencia política y religiosa, que rompía abruptamente con la tolerancia manifestada por sus predecesores. Por otro lado, Jerjes I reemprendió la guerra contra los griegos y la flota egipcia se vio obligada a luchar al lado de los persas en la batalla de Salamina (480). No obstante, las sucesivas derrotas persas tanto en Salamina, como después en Platea y Micale (479), les obligaron a evacuar definitivamente Europa. A partir de este momento, detenida definitivamente su expansión militar, Persia se ocupó de mantener su Imperio y de neutralizar a sus enemigos, utilizando para ello tanto la fuerza de las armas, como la del oro, como la diplomacia. De todos modos, el principal enemigo del Imperio Persa era él mismo: reyes corrompidos por su despotismo, influencia nefasta y en aumento de la corte, intrigas, asesinatos y venganzas, y una aristocracia provincial cada vez más orgullosa e indisciplinada.

Jerjes I murió asesinado, junto a su primogénito, por un complot palaciego, apoderándose del trono otro hijo suyo, Artajerjes I Longimano (465-424); y poco después, en el contexto de diversas sublevaciones en distintas provincias del Imperio, los príncipes egipcios Inaro y Amirteo se alzaron en Egipto (460). Contando con la ayuda de Atenas según nos atestigua el historiador Tucídides, los egipcios llegaron a bloquear a los persas en Menfis. Sin embargo, y tras diversas incidencias bélicas y la muerte de Inaro, el sátrapa Megabizo inició la reconquista de Egipto (453), que no puede de todos modos darse por concluida hasta que la paz de Persia con Atenas (449) puso fin a las Guerras Médicas manteniendo el *statu quo,* con lo que Egipto debió resignarse a permanecer dentro del Imperio Persa.

Además, la actitud nuevamente conciliadora de los persas abrió un nuevo período de calma, que se corresponde con el momento en que Egipto recibió la visita de un viajero excepcional: el historiador Heródoto de Halicarnaso.

Tras la muerte de Artajerjes I, su hijo y sucesor Jerjes II (424) fue asesinado a los 45 días de su reinado, siendo finalmente el trono conquistado por

un bastardo, Darío II Notos (424-404). Éste es el último rey persa que nos ha dejado el testimonio de su obra constructiva como faraón en Egipto, y al final de su reinado su poder empezaba ya a tambalearse en el país del Nilo. De hecho, son diversos los problemas que los persas comenzaban a experimentar en las satrapías occidentales. Hacia 411 Chipre se sublevó, iniciándose al mismo tiempo la rebelión en Egipto, y en 410 se produjeron disturbios contra la colonia judía de Elefantina que, establecida allí por los persas para vigilar la frontera meridional de Egipto, no disimulaba su adhesión a los mismos.

Finalmente, muerto de repente Darío II y habiendo estallado la guerra civil entre sus hijos Artajerjes II Mnemón (404-358) y Ciro el Joven, el príncipe Amirteo —probablemente nieto del compañero de Inaro que había llevado el mismo nombre y había dirigido con éste la rebelión egipcia estallada unos años antes— se proclamó faraón poniendo fin a la Primera Dominación Persa.

La época de las últimas dinastías indígenas

Tras 121 años de dominación persa, Egipto había podido por fin sacudirse el yugo de la dominación extranjera. El artífice de la independencia egipcia, Amirteo (404-398), es el fundador y el único representante de la Dinastía XXVIII, y probablemente descendía de los reyes de la Dinastía XXVI saíta. De hecho, Amirteo ya hemos visto que mantenía el estado de rebelión en el Delta como mínimo desde el 411, y lo único que hizo en 404 fue aprovechar la coyuntura internacional favorable para declarar la independencia de Egipto, siendo reconocido inmediatamente como faraón en todo el país, sin que el gobierno persa de Susa reaccionase.

La coyuntura internacional no era otra que el final de la Guerra del Peloponeso en Grecia, que enfrentaba a Esparta contra Atenas, y en la cual Persia había apoyado a Esparta hasta el final de la guerra por el intermediario de Ciro el Joven, sátrapa de Lidia, hijo del Rey Darío II. Pero el final de la guerra con la victoria espartana coincidió con la muerte del rey persa, y otro hijo suyo, Artajerjes II, había aprovechado la lejanía de Ciro, en Sardes, para proclamarse rey. Se comprende pues que el momento fuese oportuno para Amirteo y que su pronunciamiento no desencadenase ningún tipo de reacción persa: la guerra civil empezó poco después entre los dos hermanos, y a pesar de que Ciro el Joven, con la ayuda espartana, logró reclutar un importante ejército de mercenarios griegos del que formó parte el historiador Jenofonte, con el cual derrotó al ejército de Artajerjes II en Cunaxa (401), el propio Ciro murió en el combate, con lo cual su ejército se dispersó. Pero este incidente tuvo más consecuencias, puesto que provocó inmediatamente el estado de guerra entre Persia y Esparta a causa de la ayuda prestada por ésta a la candidatura de Ciro el Joven.

Empezaba así una época de guerras constantes y de alianzas inestables entre los diversos estados del Mediterráneo oriental, a las cuales se vio arrastrado el Egipto independiente. De hecho, las dos características esenciales de esta turbulenta época de la Historia de Egipto, que se mantienen como dos constantes y que ayudan a entender estos años, son la permanente alianza de Egipto con cualquier enemigo de Persia en el exterior, y las disensiones de la aristocracia egipcia en el interior, que provocaron una profunda inestabilidad en el trono y que acabaron por poner en peligro de modo irreversible la propia independencia del país.

Del reinado de Amirteo no sabemos casi nada, excepto que fue muy breve. Poco después le sucedió Neferites I (398-392), fundador de la Dinastía XXIX mendesita (398-378), quien se alió inmediatamente con Esparta, que seguía en guerra contra Persia. Los sucesivos reveses militares de Esparta acabaron propiciando la apertura de negociaciones de paz en Grecia, pero tras el fracaso de las mismas se produjo una inversión de alianzas: Persia, que hasta ahora había apoyado el renacimiento ateniense contra Esparta, se alió con Esparta, mientras que Atenas se alió a Chipre y Egipto.

En Egipto, tras los reinados efímeros de Mutis y Psamutis (392-391), había subido al trono Acoris (391-379), que fue quien se integró en la coalición anti-persa, con Atenas y con Evágoras de Salamina de Chipre. Pero el estado de guerra acabó con la paz del Rey o de Antálcidas (386), firmada en Sardes, en la que Persia impuso la desunión de las ciudades griegas así como sus derechos sobre la Jonia y sobre Chipre. Evágoras, bloqueado en Salamina, acabó reconociéndose vasallo de Persia (380), y Acoris tuvo que continuar solo —aunque contando con numerosos mercenarios griegos— la guerra contra los persas.

El reinado de Acoris acabó en medio de revueltas, y su sucesor Neferites II (379-378) fue destronado por Nectánebo I (378-361), fundador de la Dinastía XXX (378-341). La inestabilidad egipcia de esta época ha sido caracterizada por la *Crónica Demótica,* que narra las rivalidades entre las antiguas familias aristocráticas egipcias, mayoritariamente del Delta, que anteponían sus mezquinos intereses a los intereses de su patria.

Por el lado persa, en cambio, hemos visto cómo gracias a la diplomacia de Artajerjes II se había conseguido rehacer la situación política de época de Darío I; sin embargo, Chipre había resistido hasta el 380 y Egipto no había sido sometido. Tras la subida al trono de Nectánebo I, Artajerjes II envió contra Egipto a Farnabazo, quien llegó hasta Menfis pero no logró tomar la ciudad, teniéndose que batir en retirada (373).

Este fracaso persa fue la señal para una revuelta general de las satrapías occidentales: Ariobarzano, Autofradates y Dadamis se independizaron en Asia Menor, y con el apoyo de Egipto y de las ciudades griegas de la Jonia cruzaron el Éufrates.

En Egipto Teo, que ya había sido asociado al trono por su padre Nectánebo I, le sucedió tras su muerte. Teo (361-359), mediante graves exacciones

económicas a templos, comerciantes y campesinos, organizó el más poderoso ejército egipcio desde el Imperio Nuevo, en el cual se integraron numerosos mercenarios griegos pagados con moneda —dracmas de plata— acuñada por primera vez en Egipto. Tras dejar a su hermano Chahepimu en Egipto como regente, Teo invadió Palestina y Siria, en connivencia con los sátrapas occidentales. Desgraciadamente, Teo fue traicionado por su hermano, el regente Chahepimu, quien aprovechó el descontento existente en Egipto a causa de las exacciones económicas del rey, para proclamar como faraón a Nectánebo II, hijo del regente. Nectánebo II (359-341) fue inmediatamente reconocido por todo el país, pero el ejército egipcio se dispersó, la coalición anti-persa se malogró y el propio Teo tuvo que acabar refugiándose en la corte persa. De este modo, Egipto perdió la mejor ocasión que jamás se le presentó para infligir una grave derrota al Imperio Persa. Las tornas no tardarían en cambiar.

Artajerjes II fue sucedido, a su muerte, por su hijo Artajerjes III Oco (358-338), quien empezó por exterminar a todos los príncipes de la familia real para evitar competidores. Después, derrotó a los sátrapas de Asia Menor, alguno de los cuales huyó a la corte de Filipo II de Macedonia.

Mientras, Nectánebo II se dedicaba a reconstruir su país, ajeno al peligro exterior. Gran constructor, los últimos monumentos egipcios debidos a un rey indígena son de él. También fue el primer faraón que hizo acuñar moneda de oro con inscripción jeroglífica, con la leyenda «oro bueno».

Un primer ataque persa contra Egipto fue rechazado gracias a la ayuda de Atenas y Esparta (351), lo cual propició la sublevación de Chipre, Cilicia y Fenicia, con Sidón al frente. Pero Artajerjes III se puso personalmente al frente de su ejército, rindiendo Sidón (345) y sometiendo Fenicia. A continuación, y con un ejército tres veces mayor que el de Nectánebo II, Artajerjes III desencadenó el ataque que sería definitivo contra Egipto, invadiéndolo por tierra y por mar a partir de 343. El avance persa fue lento y dificultoso, a causa de la fuerte resistencia indígena, y fue acompañado de matanzas, saqueos y destrucciones, especialmente de templos. Nectánebo II logró mantenerse aún en el Alto Egipto, hasta que se produjo la total sumisión del país por los persas en 341.

Egipto pagó así muy caros el egoísmo y la miopía de sus últimas clases dirigentes autóctonas, la aristocracia del Delta, responsable única no sólo de la nueva pérdida de la independencia sino también de las desgracias que iban a afligir a su patria. Más aún, Nectánebo II no sólo es el último faraón indígena sino también el último dirigente egipcio que gobernaría su país hasta más de dos mil años después, en la Edad Contemporánea.

La Segunda Dominación Persa

Ni Artajerjes III ni ninguno de sus sucesores se proclamó faraón de Egipto, renunciando por consiguiente a la ficción de la unión personal del reino de Egipto al Imperio Persa que en cambio habían mantenido, más o menos, sus

predecesores entre Cambises II y Darío II. A pesar de ello alguno de los cronistas tardíos que utilizaron a Manetón designó como Dinastía XXXI a los últimos Aqueménidas que gobernaron Egipto. Quede constancia, de todos modos, que esta dinastía es apócrifa y no manetoniana.

Artajerjes III no sólo sometió Egipto, sino también Chipre y Asia Menor, y tras unificar el Imperio Persa pudo dedicarse a sostener económicamente la oposición de Atenas y Tracia al poder creciente de Filipo II de Macedonia. Sin embargo Persia, que podía recuperar sus provincias y vencer o neutralizar a sus enemigos exteriores, siguió siendo incapaz de controlar sus complots cortesanos. Así, Artajerjes III fue envenenado por el eunuco Bagoas, quien entronizó a Arses (338-336), hijo de Artajerjes III.

La Segunda Dominación Persa en Egipto fue mucho más brutal que la primera, pudiendo decirse que se limitó a una mera ocupación militar acompañada de todo tipo de sacrilegios y de exacciones arbitrarias. Ello explica que las sublevaciones fueron constantes y que el país se mantuvo en permanente estado de guerra, fomentado por las mismas dificultades del trono persa que culminaron cuando Bagoas envenenó también a Arses y entronizó en su lugar a Darío III Codomano (336-330), último miembro viviente de la familia real Aqueménida, aparentemente biznieto de Darío II.

Darío III, tras adelantarse a Bagoas y obligarle a tomar el veneno que el eunuco ya había preparado para él, sometió de nuevo Egipto que se mantenía en efervescencia como mínimo desde la muerte de Artajerjes III, y aprovechó el asesinato de Filipo II de Macedonia para expulsar de Anatolia a las tropas que éste había enviado allí. A continuación sostuvo, aunque demasiado tarde, a las ciudades griegas contra el nuevo rey de Macedonia, Alejandro Magno, hijo de Filipo II.

El Imperio Persa, a pesar de los fallos que tuvo su administración centralizada y del creciente poder de la nobleza, se mantuvo sobre todo gracias a las personalidades remarcables de algunos de sus servidores. A ello hay que añadir que las frecuentes revueltas aristocráticas de sus satrapías estaban normalmente faltas de eco popular. De hecho, pueden considerarse los sentimientos nacionalistas de los pueblos sometidos prácticamente extinguidos, con las únicas excepciones de Egipto, Fenicia, Chipre, la Jonia y tal vez Babilonia. El ejército persa mantuvo además su eficacia hasta el último momento para sofocar las revueltas que estallaban en las más recónditas provincias del Imperio. Por todo ello sorprende aún más la facilidad con que se hundió, ante el ataque frontal macedónico, el Imperio Persa, poniendo de manifiesto que en realidad ya no era sino una enorme fortaleza de papel.

22. La civilización de la Baja Época

Arqueología y arte de la época anterior a la conquista macedónica

La época que va de la Dinastía XXI a la XXX sólo nos ha dejado algunos elementos dispersos de arquitectura religiosa, que completan monumentos más antiguos. En esta época se realizaron sin duda grandes construcciones en el Delta, de las cuales tenemos noticia sobre todo por las fuentes escritas, pero que en su mayoría han desaparecido. La excepción más relevante a esta regla es el templo de Tanis, que data de las dinastías XXI y XXII. Sin dejar el ámbito de la arquitectura religiosa, debemos reseñar como muy interesantes las construcciones de Nectánebo I, de la Dinastía XXX, tanto en la isla de Filas como en Medinet Habu: estas construcciones presentan ya el muro intercolumnar, destinado a caracterizar la arquitectura de época ptolemaica.

Por lo que sabemos de las tumbas reales, una vez abandonado el Valle de los Reyes, éstas consistían en cámaras subterráneas arquitectónicamente muy simples: las de la necrópolis real de Tanis, pertenecientes a los reyes de las dinastías XXI y XXII, se encontraban dentro del recinto del templo con el objetivo probable de evitar su violación. La medida, en todo caso, tuvo éxito ya que han sido descubiertas relativamente intactas. Las tumbas privadas, por su parte, manifiestan por lo general una gran perfección técnica y una gran variedad tipológica, que va desde las cámaras

construidas con piedras talladas hasta los hipogeos profundamente excavados en la roca.

La escultura presenta una importante innovación técnica, a saber, el uso del bronce a partir de las dinastías XXII y XXIII, como consecuencia de la llegada de esta aleación metálica en cantidades importantes a Egipto gracias al comercio fenicio, que se la procuraba sin duda en la lejana Península Ibérica. En bronce se modelaron esculturas de gran tamaño, de una gran perfección técnica, incrustadas de oro y plata, como las de la reina Karomama de la Dinastía XXII, o del rey Petubastis de la Dinastía XXIII.

Pero la escultura de la Baja Época se caracteriza asimismo por el uso de piedras cada vez más duras, que eran muy bien pulidas. Desde las dinastías XXV y XXVI se labraron así estatuas y enormes sarcófagos antropomorfos, que transmiten una manifiesta sensación de fuerza pero también de frialdad. También en esta época se puso de moda la imitación de modelos de épocas anteriores, y especialmente del Imperio Antiguo, que eran ávidamente buscados entre las ruinas. Nació así, ya en el Período Saíta, el arte neomenfita, y al mismo tiempo se facilitó a los griegos, que en esta época frecuentaban Egipto, el conocimiento de aquel extraordinario y lejano arte escultórico que sería imitado también por ellos, tomándolo como modelo de inspiración para su propia escultura arcaica.

La escultura de época saíta y posterior se caracteriza asimismo por la búsqueda de posturas nuevas, como en el caso del funcionario Bes. También hay que destacar los soberbios retratos de ancianos, llenos de realismo, que desde el Período Saíta alcanzan hasta el Período Ptolemaico: entre ellos merece destacarse la llamada Cabeza Verde de Berlín. Por otro lado, son muy interesantes en esta época las esculturas de animales. Por último, merece ser destacada en época saíta la generalización del uso del bronce, debido a su llegada masiva y regular, con el que se llegaron a confeccionar miles y miles de estatuillas de pequeño tamaño pero de gran perfección técnica, que en realidad eran exvotos para ser depositados en los templos y que representaban todos los dioses del panteón, tanto bajo su aspecto antropomorfo como zoomorfo.

Los relieves saítas frecuentemente copian modelos del Imperio Antiguo: de esta manera se generalizó también en esta técnica artística la moda del arte neomenfita.

Las artes menores muestran, por su parte, un progresivo perfeccionamiento técnico y un abarrocamiento generalizado, perceptible en vidrios, muebles, joyas, etc. En joyería hay que resaltar, en todo caso, la entrada con fuerza del uso de la plata, utilizada incluso para la confección de algunos sarcófagos reales de la necrópolis de Tanis. La plata procedía, seguramente, también de la Península Ibérica. Los pequeños objetos se multiplican sin perder, por su parte, nada de su perfección técnica. Entre ellos merecen destacarse, especialmente, los amuletos tales como los escarabeos y las figurillas de divinidades, de tamaño diminuto pero frecuentemente de gran calidad, fabricadas en esteatita o en pasta vidriada.

Estas pequeñas manufacturas egipcias alcanzaron una amplia difusión mediterránea, llegando incluso a las costas del océano Atlántico más allá del estrecho de Gibraltar, de la mano de los navegantes fenicios.

Arqueología y arte del Período Ptolemaico y Romano

La arquitectura de época ptolemaica destaca por la gran importancia de los templos, de hecho los últimos grandes monumentos arquitectónicos que debemos al arte egipcio. Algunos han llegado prácticamente completos hasta nuestros días, como el consagrado a Horus en Edfu, el de Hathor en Dandara o el de Isis en Filas. Otros más se encuentran bastante bien conservados, como el de Cnum en Esna o el de Haroeris y Sobek en Kom Ombo. Por último, algunos fueron construidos fuera de Egipto, como el de Kalabsha o el de Debod.

Todos ellos conservan la planta tipo procedente de época faraónica y que ya ha sido descrita para los templos del Imperio Nuevo. De todos modos, suelen presentar algunas variantes arquitectónicas: así, el templo de Kom Ombo posee dos ejes. Hay que destacar, sobre todo, la generalización del muro intercolumnar ricamente decorado con relieves, que caracteriza especialmente las fachadas de las salas hipóstilas ptolemaicas. También aparece un nuevo orden compuesto de columnas, con capiteles florales muy variados. Señalemos, por último, la aparición de los mammisis, pequeños templetes anejos al templo principal en los que tenía lugar el nacimiento del niño divino que completaba la tríada de dioses del lugar. Los mammisis mejor conocidos son los de los templos de Dandara, Edfu y Filas.

En lo que respecta a la arquitectura funeraria hay que destacar, sobre todo, la tumba de Petosiris en Tuna el-Guebel, la necrópolis de Hermópolis Magna. Esta tumba consiste en una fiel reproducción en tamaño reducido de los templos divinos. Además, está decorada con relieves que presentan una fuerte y curiosa influencia griega, tanto en su estilo como en su temática, hecho este notable porque la tumba data del primer momento de la conquista macedónica.

También en la escultura y en el relieve es, en general, muy visible la influencia griega. Especialmente característicos son, en este sentido, los relieves de los templos ptolemaicos, demasiado frecuentemente calificados de decadentes pero que poseen un modelado muy sensual y una gran perfección técnica que los hace muy atractivos.

Algunos templos ptolemaicos fueron acabados ya en época romana; otros, presentan su decoración interrumpida bruscamente. Sabemos que muchos de estos trabajos fueron costeados por las ciudades donde se encontraban los templos. En todo caso, la interrupción de las obras señala el final definitivo del arte egipcio, abandonado desde hacía tiempo por el estado romano y ligada indisolublemente su suerte al paganismo. Pero el final del

arte egipcio significó también la pérdida de su perfección técnica formal, que no sería heredada por el arte copto: éste se caracteriza por un marcado retroceso técnico con respecto a las últimas manifestaciones del arte egipcio, así como por una abrupta ruptura de estilo, de modo que no puede considerarse ya como arte egipcio, o como mínimo como lo que conocemos como arte egipcio faraónico, que se extinguió definitivamente con la religión tradicional egipcia.

En cambio, quien sí heredó una notable influencia del arte egipcio fue Nubia, donde se desarrolló a partir del siglo VII a.C. el llamado arte meroítico, es decir, el arte de origen egipcio progresivamente africanizado bajo el impulso del reino de Méroe. Este arte subsistió hasta el siglo IV de nuestra era.

Las ciudades egipcias hasta la Baja Época

Al principio de esta obra, al tratar de la topografía del Imperio Antiguo, hemos ofrecido una descripción, de sur a norte, de lo que se sabe del origen del urbanismo egipcio hasta su consolidación en el Imperio Antiguo. Ahora, llegados al final de la misma, juzgamos útil ofrecer un repaso a lo que sabemos de la evolución de las ciudades egipcias entre el Imperio Medio y la Baja Época. Para ello, seguiremos el mismo orden, que también era el adoptado por los antiguos egipcios, empezando por la 1.ª catarata y descendiendo el río hasta alcanzar el Delta. Recordemos, como ya ha quedado dicho, que en la Baja Época se contabilizaban en Egipto unos 20.000 núcleos de población, lo que demuestra el alto grado de implantación del urbanismo en el país. Por otro lado, resaltemos también la inexistencia de hábitat disperso, ya que la totalidad de la población rural se agrupaba en aldeas de mayor o menor tamaño. Aquí, de todos modos, sólo podremos ocuparnos, como es lógico, de los núcleos urbanos más importantes.

Elefantina, la ciudad del dios carnero Cnum en la 1.ª catarata, siguió gozando de gran importancia a lo largo de toda la historia egipcia debido a su privilegiada situación en la frontera de Nubia, así como a sus canteras que proveían de piedra a la totalidad del país. En ella conocemos las tumbas del Imperio Nuevo, pero sobre todo hay que destacar la importancia de los templos de la cercana isla de Filas, dedicados entre otras divinidades a Mandulis y Arensnufis y, sobre todo, a Isis, que formaba tríada con Osiris y Harpócrates. El templo ptolemaico dedicado a Isis fue un importante centro de peregrinación hasta el final de los tiempos romanos incluso para las tribus paganas, vecinas meridionales del Imperio Romano, y por esta razón fue el último templo egipcio que permaneció abierto al culto público, no siendo cerrado hasta el año 535 de nuestra era por orden del emperador de Oriente Justiniano.

Al norte de Elefantina se encuentra Kom Ombo, que conserva los restos de un importante templo ptolemaico dedicado conjuntamente a los dioses

Haroeris —Horus el venerable— y Sobek, el dios cocodrilo de la fertilidad. Este templo presenta la particularidad de poseer dos ejes paralelos y todas sus partes dispuestas simétricamente a lo largo de ambos ejes, cada una de ellas dedicada a cada una de las divinidades veneradas en el lugar.

Siguiendo hacia el norte llegamos a la barrera formada por el Dyebel Silsila, lugar que sin ser una ciudad propiamente, no obstante posee una serie de capillas rupestres dedicadas a Hapi, el dios Nilo, por reyes y altos cargos de época del Imperio Nuevo. Entre ellas cabe destacar la de Horemheb, así como las de los reyes de la Dinastía XIX. En el Dyebel Silsila también hay importantes canteras, explotadas entre el Imperio Nuevo y la Baja Época.

En Edfu hay que destacar, sobre todo, el templo ptolemaico de Horus, venerado aquí junto a su paredro Hathor y al hijo de ambos Harsomtus. Cada año tenía lugar una procesión fluvial, durante la cual Hathor de Dandara remontaba el río para rendir visita a su esposo Horus de Edfu, lo cual era motivo de importantes festejos populares. El templo de Horus en Edfu está excepcionalmente conservado, así como el mammisi adjunto en el que nació el dios niño Harsomtus. No obstante, la importancia de estos monumentos tardíos no debe hacernos olvidar que Edfu fue ya una localidad importante desde la más remota antigüedad, y que conserva restos también del Imperio Nuevo, además de los del Imperio Antiguo.

Tanto de Hieracómpolis como de El Kab se conservan también restos posteriores al Imperio Antiguo. No obstante, hay que llegar hasta Esna para volver a encontrar los restos relativamente bien conservados de otro templo tardío, el de Cnum, el dios carnero que aquí tenía como divinidad paredro a la diosa Neit. El templo, comenzado como mínimo en época ptolemaica, fue terminado ya en época romana: entre otros, ostenta los cartuchos del emperador Decio (249-251 d.C.), el protocolo faraónico más reciente conocido ostentado por un templo egipcio.

Siguiendo así nuestra progresión hacia el norte, llegamos a la Tebaida, encontrando en primer lugar Tod, donde era adorado el dios guerrero Montu, cuyo templo posee restos desde el Imperio Antiguo hasta la Baja Época. Al mismo dios Montu, halcón y toro, lo encontramos en Ermant, donde un templo posee restos especialmente del Imperio Medio.

De Tebas ya nos hemos ocupado más ampliamente al tratar del Imperio Nuevo. Recordemos tan sólo que de Tebas era originario Amón, «el escondido», dios cuyo animal sagrado era el carnero y que desde tiempos primitivos se manifestaba también como Min y, más adelante, como Re. Amenemes, el visir que llegó a ser rey fundando la Dinastía XII del Imperio Medio, probablemente era originario de Tebas; su devoción personal por el dios Amón fue sin duda la responsable de que este dios acabase suplantando a Montu en las preferencias de los reyes, y que por ello se convirtiese, a la postre, en Amonrasónter, es decir, «Amón-Re, rey de los dioses». Amón formaba tríada con la diosa Mut —el buitre, pero también «la Madre»— y

con el hijo de ambos Jonsu. Desde el Imperio Medio Amón se expandió rápidamente por toda la región de Tebas, donde eclipsó a Montu. Los templos de Karnak y Luxor poseen restos que alcanzan la época greco-romana, y también en la orilla izquierda tebana existen restos diversos de la Baja Época.

De Medamud, inmediatamente al norte de Tebas, hay que mencionar un templo dedicado a Montu, que data de época greco-romana.

No volvemos a encontrar restos significativos hasta Coptos, donde poseemos restos de un templo de Min que data del Imperio Medio. La importancia de la ruta del mar Rojo que, saliendo de Coptos transitaba por el Wadi Hammamat, queda puesta de manifiesto por el gran número de inscripciones rupestres que se encuentran en el mismo y que datan de todas las épocas. Recordemos que Min era dios de la fecundidad, representado itifálico y sin paredro femenino.

En Dandara subsiste el templo inacabado dedicado a Hathor, la vaca celeste, que formaba tríada con su paredro Horus y su hijo Ihy. El templo fue iniciado en época ptolemaica y junto a él se encuentra el mammisi, ya de época romana, en el que destacan los relieves que lo decoran y que representan al emperador de origen hispano Trajano (98-117 d.C.) vestido como faraón; también el mammisi quedó inconcluso.

Abido, que tuvo ya gran importancia en época tinita al albergar las tumbas o cenotafios de diversos reyes de las Dinastías I y II, cobró de nuevo relevancia singular a partir del Imperio Medio, cuando Osiris se convirtió en el indiscutible señor del lugar y la ciudad en una especie de santuario nacional, centro de peregrinación en el que se han encontrado numerosísimos exvotos depositados por personas de toda condición social. Entre los monumentos de este importante centro religioso hay que destacar: el templo de Osiris, durante el Imperio Antiguo de Jentamentiu, que presenta trazas de trabajos constructivos que van de comienzos del Imperio Medio a finales de época romana; diversos templos votivos o cenotafios de reyes y particulares de los Imperios Medio y Nuevo; el templo cenotafio de Amosis, y los templos votivos o cenotafios de los primeros reyes de la Dinastía XIX, entre los que destaca sobre todo el excepcional templo de Setos I, con dos patios porticados, dos salas hipóstilas y siete capillas. Este templo es el que contiene en sus muros la célebre lista real de Abido. En Abido tenía lugar anualmente la representación de los misterios de Osiris, durante los cuales se producía la resurrección del dios y con él la de la vegetación, que garantizaba la perpetuación del ciclo de la vida y de la muerte.

De Ajmin, patria del dios itifálico Min, tenemos restos de templos y capillas rupestres dedicados al dios, del Imperio Nuevo y posteriores.

Asiut fue una importante capital de nomo del Egipto Medio, de la que se han conservado las tumbas excavadas en la montaña, de los nomarcas del Primer Período Intermedio y del Imperio Medio. Lo mismo cabe decir de Cusas, cuyas tumbas de nomarcas se hallan en Meir.

De Tell el-Amarna, la antigua Ajetatón, capital del herético faraón Ajenatón, y consagrada a Atón, el disco solar, ya nos hemos ocupado también al tratar del Período Amarniense, dentro del Imperio Nuevo.

Antinopolis o Antínoe tuvo gran importancia en época romana, período al que pertenecen la mayor parte de monumentos y restos visibles de la ciudad, que fue consagrada por el emperador Adriano (117-138 d.C.) a su favorito Antínoo, que murió ahogado en el Nilo. No obstante, el origen de la ciudad es ciertamente anterior, como demuestra como mínimo el templo de época de Rameses II conservado en ella.

El Ashmunein, la antigua Hermópolis Magna, conserva especialmente restos del templo de Tot del Imperio Medio, así como diversos restos urbanos del Imperio Nuevo y de época greco-romana. Cerca de El Ashmunein, en Tuna el-Guebel, se encuentra la necrópolis de Hermópolis, con diversas tumbas monumentales entre las que hay que destacar la de Petosiris, fechada en el momento de la conquista macedónica, así como las catacumbas con los enterramientos de los ibis y los babuinos sagrados, consagrados a Tot. Tot, dios de la inteligencia, fue identificado por los griegos a Hermes Trimegisto, a quien se atribuyeron los tratados herméticos vertidos al griego en época ptolemaica.

En Beni Hasan se encuentra la necrópolis rupestre de diversos nomarcas del Imperio Medio, así como el llamado Speos Artemidos, en realidad un templo rupestre dedicado por Hatshepsut a la diosa Pajet, una divinidad local.

La antigua Acoris ha conservado desde tumbas del Imperio Antiguo hasta restos urbanos y templos hipogeos de época romana.

En el Bahnasa, la antigua Oxirrinco, se conservan los restos urbanos especialmente importantes de época romana, célebres por la ingente cantidad de papiros en lengua griega que han proporcionado. Pero también se conocen varias necrópolis de diversas épocas, entre las que hay que destacar una de época saíta. La ciudad debe su nombre greco-romano al pez oxirrinco, que intervino en el mito de Osiris al devorar el falo del cadáver del dios. Oxirrinco se encuentra en la orilla del Bahr Yusef.

Frente a Oxirrinco, pero en la orilla del Nilo, están los restos de Cinópolis, donde en época tardía era adorado Anubis, el dios chacal hijo de Osiris y de Isis o de Neftis.

También Heracleópolis Magna, la actual Ehnasia el Medina, se encuentra junto al Bahr Yusef. Su dios carnero, Ársafes, era considerado el dios de la justicia, y se le identificaba asimismo con Osiris. Capital de Egipto durante el Primer Período Intermedio, ha conservado restos que van desde esta época hasta los tiempos romanos.

El oasis del Fayum fue objeto de grandes trabajos agrícolas y de colonización durante el Imperio Nuevo, y de nuevo durante el Período Ptolemaico. Todo ello ha dejado importantes trazas, entre las que destacaremos: la pirámide y el complejo funerario de Sesostris II en Illahun; la pirámide de Ame-

nemes III en Hawara; diversas ciudades de época greco-romana, como Caranis (Kom Aushim), Narmutis (Medinet Maadi), Tebtunis, Filadelfia, etc. La capital del oasis era Cocodrilópolis, después Arsínoe, donde era adorado Sobek, el dios cocodrilo protector de la vegetación y del Fayum entero, identificado también con Osiris.

Ittauy, cerca de la actual Lisht, fue la capital y residencia de la mayoría de reyes de la Dinastía XII. En ella se encontraban las pirámides de Amenemes I y de Sesostris I.

Algo más al norte, en Mazguna, se encuentran las pirámides de dos reyes de fines del Imperio Medio, y ya en Dahshur las de Amenemes II, Sesostris III y Amenemes III, entre otras de las Dinastías XII y XIII.

De Menfis, capital del Bajo Egipto, y de sus importantes necrópolis, ya nos hemos ocupado abundantemente al tratar del Imperio Antiguo. De su emplazamiento urbano, en torno a la actual Mit Rahina, sólo han subsistido el templo de Ptah, con restos desde el Imperio Antiguo hasta la Baja Época, así como restos urbanos de menor entidad entre los que tal vez merezca destacarse un palacio de Mineptah. El dios de la ciudad era Ptah, considerado como el patrón de los artesanos identificado por los griegos con Hefesto. Hijos suyos eran los enanos patecos, auxiliares suyos especialmente en los trabajos metalúrgicos. Ptah tenía como divinidad paredro a Sacmis, la diosa león, y el hijo de ambos era Nefertem. En Menfis sabemos que había los arsenales del Estado, y que se concentraba la mayor parte de la actividad industrial egipcia, conociéndose la existencia, por ejemplo, de talleres especializados que confeccionaban amuletos, escarabeos, objetos de vidrio y, por supuesto, todo tipo de objetos metálicos tales como armas, estatuillas, vasos, etc. La actividad industrial también concentró en Menfis la actividad comercial: de hecho, Menfis fue hasta la fundación de Alejandría el principal puerto de Egipto, y en ella había ya durante el Imperio Nuevo un barrio habitado por cananeos, Perinufe, en el que se adoraba a Baal y Astarte; posteriormente, el mismo barrio se convirtió en una auténtica colonia fenicia.

Mayor entidad tienen, en cambio, los hallazgos en la necrópolis menfita de Saqqara. Aquí, la aparición de importantes tumbas privadas a partir del reinado de Amenhotep III muestran que Menfis se había convertido ya en la segunda corte de Egipto, y las que jalonan los años de los reinados que van de Tutankhamón a Rameses II, entre las que destaca la del propio Horemheb antes de convertirse en rey él mismo, demuestran que la residencia real se trasladó definitivamente a Menfis, y no a Tebas, tras el Período Amarniense. Otros restos importantes en Saqqara son los del Serapeo, o necrópolis hipogea donde eran enterrados los toros Apis desde el Imperio Nuevo, así como los restos de diversos templos de la Baja Época y de tiempos grecoromanos, todos ellos asociados al famoso Serapeo de Menfis. Por otro lado hay que señalar, al margen de los hallazgos arqueológicos, que de la zona de Saqqara era originario Sócares, un dios funerario con cabeza de halcón, que justifica tal vez la elección originaria del lugar como emplazamiento de la

más importante necrópolis menfita. En todo caso, esta divinidad dio lugar, ya en época tardía, a una divinidad sincrética de carácter funerario llamada Ptah-Sokar-Osiris. También el toro Apis era originariamente el representante de alguna divinidad local asociada a la fecundidad, que en época tardía se convirtió en animal sagrado del dios Ptah: los Apis difuntos se convertían, a su vez, en Osiris, y de aquí tomó origen en tiempos ptolemaicos Serapis, en cuyo templo menfita se hallaba la necrópolis donde eran enterrados los Apis momificados.

Si desde Menfis descendemos por el Delta occidental tomando el Brazo de Roseta, llegamos a Náucratis, la colonia griega de Egipto donde había, especialmente, un templo egipcio-griego consagrado a Hathor-Afrodita. Náucratis, en egipcio Pimeri, fue fundada como colonia griega en el siglo VII, y entre otras industrias artesanas se ha descubierto en ella una factoría de escarabeos que difundió sus manufacturas por todo el Mediterráneo.

Ya en la costa, y en el extremo occidental del Delta, se encuentra Alejandría, la ciudad fundada por Alejandro Magno sobre el emplazamiento de una antigua localidad egipcia llamada Racotis. Pero Alejandría, pronto convertida en el principal puerto mediterráneo, no fue concebida propiamente como una ciudad egipcia, sino como una ciudad griega yuxtapuesta a Egipto: *Alexandria ad Aegyptum*. La ciudad, residencia real con los Ptolomeos, disponía de instituciones de gobierno griegas y en ella convivieron diversas comunidades étnicas, como los greco-macedónicos, los egipcios y los judíos, entre otros. Para contribuir a la fusión religiosa y cultural de todas ellas Ptolomeo I impulsó la creación de una nueva divinidad de esencia egipcia pero de apariencia griega, Serapis, que se convirtió en el señor de la ciudad. En Alejandría se encontraba, según todos los indicios, la tumba de Alejandro, con el cuerpo momificado del soberano macedónico, y pronto la cosmopolita ciudad se convirtió en un centro económico y cultural de primer orden, con instituciones como la biblioteca y el museo. Frente al puerto de Alejandría se hallaba la isla de Faros, cantada por Homero, y en ella fue erigido el célebre faro, considerado como una de las siete maravillas del mundo antiguo. También fue justamente célebre su Serapeo, templo consagrado a Serapis de época ptolemaica y romana.

Al este de Alejandría, también en la costa, se encuentra Canopo, importante centro de culto a Osiris.

Hacia el centro del Delta, tanto Buto como Sais han conservado restos urbanos, y esta última además del templo de Neit. Sais jugó un importante papel político durante el Tercer Período Intermedio, hasta convertirse en la capital de Egipto durante el Período Saíta. Xois, por su parte, fue una de las capitales de Egipto durante el Segundo Período Intermedio.

Iseo, lugar de origen de la diosa Isis, conserva restos de un templo de la divinidad que alcanzó la máxima difusión mediterránea en época helenística y, sobre todo, en época imperial romana. Iseo se encuentra ya junto al Brazo de Damieta, al igual que la cercana Sebenito, patria del historiador

egipcio Manetón. No lejos de allí, Mendes fue la capital de la Dinastía XXIX. En ella se rendía culto a un dios morueco.

En el extremo oriental del Delta se encuentra Tanis, ciudad consagrada a Amón que parece haber sido fundada en el extremo final del Imperio Nuevo para suplantar a la vecina Ávaris. Tanis fue la capital de las dinastías XXI y XXII durante el Tercer Período Intermedio, y en el subsuelo de su templo se ha hallado la necrópolis real, prácticamente intacta, de estas dos dinastías.

En Qantir, inmediatamente al sur de Tanis, se diseminan los restos de Ávaris, la que fue capital de los hicsos que parecen haber sido los introductores en ella del culto a Set. De entre los hallazgos arqueológicos, destaca la aparición de pinturas murales de estilo minoico. En el mismo emplazamiento se ubica Pi-Rameses, la que fue residencia real durante la Dinastía XIX.

Siguiendo hacia el sur llegamos a Bubastis, en la entrada del Wadi Tumilat. Destacan aquí los restos del templo de Bastis, la diosa gata, que datan especialmente del Tercer Período Intermedio. Recordemos, asimismo, que el Wadi Tumilat fue objeto de importantes trabajos, a partir del Período Saíta, para construir un canal que uniese el Delta del Nilo con el mar Rojo.

Leontópolis, cerca de Bubastis, fue la capital de la Dinastía XXIII durante el Tercer Período Intermedio; y no lejos de allí, Atribis fue también un importante centro urbano, que ha conservado restos significativos de la Baja Época.

Heliópolis, por último, conservó toda su importancia a lo largo de toda la historia egipcia a causa de su papel de metrópolis religiosa vinculada al culto solar. De todos modos, a mediados del Imperio Nuevo conoció una nueva etapa de esplendor, manifiesta en las estructuras conservadas del templo de Re, esplendor que se mantuvo inalterable hasta la Baja Época.

No lejos de Heliópolis, algo al sur de su emplazamiento, los romanos construyeron una fortaleza a la que dieron el nombre de Babilonia. Éste sería, con el tiempo, el lugar elegido por los conquistadores árabes para fundar la nueva capital de Egipto, El Cairo.

También los oasis del desierto líbico nos han dejado trazas abundantes de ocupación egipcia. De norte a sur tenemos en primer lugar el oasis de Siwa, ocupado por los egipcios durante el Período Saíta y en el que se encuentran diversos templos y necrópolis; uno de estos templos fue el oráculo de Amón visitado por Alejandro Magno. El oasis de Bahariya posee restos monumentales que van del Imperio Nuevo hasta época romana, y el de Dajla desde el Imperio Antiguo. El de Jarga, por último, posee restos desde época etíope hasta romana, siendo especialmente interesantes los de época persa. Con una agricultura extraordinariamente rica, la colonización de los oasis tuvo un interés evidente para los egipcios. Algunos de ellos fueron especialmente célebres por su producción de vino, como nos recuerda la siguiente inscripción que decora un vaso de alabastro hallado en Almuñécar:

He venido de mi país extranjero después de haber recorrido (muchos) países, (pues) he oído hablar de tu ser, Dios Primordial del Doble País que ha creado (todo) lo que existe. Tus dos ojos brillan gracias a ti. Tu palabra es el hálito de vida que hace respirar las gargantas. Ahora estoy en el horizonte lleno de la alegría de los oasis Bahariya y Jarga como un acompañante. En mí hay una fuente de salud y vida y el Ureo se posa sobre su margen.

(Traducción de J. Padró, *Egyptian-type Documents from the Mediterranean Littoral of the Iberian Peninsula,* Leiden, 1980-1985)

La lengua, la escritura, la religión y la literatura de la Baja Época

La lengua hierática, que desde sus orígenes en el Imperio Antiguo había evolucionado de manera continuada, empezó a dar muestras de agotamiento desde comienzos del primer milenio, las cuales condujeron a una doble ruptura en su devenir. Por un lado, desde el siglo VIII y en el Alto Egipto apareció el llamado hierático anormal; por otro, en el Bajo Egipto y desde el siglo VII la escritura cursiva hierática inició una rápida evolución que condujo a la formación del demótico, el cual pronto se impuso en la totalidad del país.

Pero la escritura demótica reflejaba, además, un nuevo estadio de la lengua hablada, el cual era una evolución del neoegipcio pero a su vez era ya claramente distinto de él. La lengua demótica, que en griego significa «popular», se caracteriza por ser una lengua muy analítica, con una gramática propia diferenciada de las anteriores fases del egipcio.

La lengua y la escritura demóticas sobrevivieron hasta el siglo V d.C., constituyéndose así en la última manifestación de la lengua egipcia basada en un sistema de escritura tradicional ideográfico-fonético. Los documentos demóticos que han llegado hasta nosotros son muy abundantes, pero por lo general son difíciles de leer debido sobre todo a las dificultades de índole paleográfica que presentan. Frecuentemente, el demótico era utilizado para consignar todo tipo de documentos privados; pero también están escritos en demótico otros tipos de textos, como el código de leyes de Hermópolis, único código legislativo egipcio llegado hasta nosotros, o textos astronómicos como los del *Papiro Carlsberg I,* ambos sin duda copias de obras más antiguas. Asimismo, la literatura demótica es muy abundante, como veremos seguidamente.

El hierático, por su parte, subsistió sin evolucionar hasta la época romana, pero reservado simplemente para copiar composiciones religiosas y funerarias previas, como el mismo *Libro de los Muertos:* por esta razón los griegos la denominaron precisamente escritura hierática, o sea, «sagrada».

Por su parte los sacerdotes, en los templos, continuaron utilizando los jeroglíficos, al igual que los reyes y los simples particulares en sus inscripciones sobre piedra. Pero desde la época etíope se produce una vuelta casi en exclusiva al egipcio clásico, escrito además con una gran corrección gramatical. También desde esta época, pero sobre todo durante el Período Saíta se copian textos religiosos antiguos, llegándose a copiar los *Textos de los Sarcófagos* del Imperio Medio e incluso los vetustos *Textos de las Pirámides* del Imperio Antiguo, entre otros. Al mismo tiempo, se siguen componiendo textos nuevos, utilizando para ello la escritura jeroglífica. Ésta inicia, a su vez, una evolución, primero tímidamente pero a partir del Período Ptolemaico cada vez más acelerada, que consiste en complicar voluntariamente los jeroglíficos, recurriendo para ello a todo tipo de simbolismos que permitían elaborar constantes juegos de palabras y de imágenes. De este modo se llegó a crear un ingente número de signos jeroglíficos nuevos, cercano a la cifra de diez mil, y se llevó el virtuosismo de los escribas a posibilitar en ocasiones una doble lectura de los textos, fonética y simbólica: es este estadio de la escritura jeroglífica el que encontró eco en el tratado sobre la misma escrito por Horapolo en el siglo IV d.C. Con esta escritura jeroglífica y con una base gramatical centrada en el egipcio clásico se creó una lengua artificial, el ptolemaico, utilizado en las inscripciones de los templos construidos en época greco-romana y que subsistió hasta fines del siglo IV d.C.

De este modo los muros de los templos tardíos fueron llenados de inscripciones ptolemaicas de gran importancia dada su extensión, que podría incluso medirse por kilómetros, destacando especialmente las de los templos de Edfu y Dandara, así como las de Esna. En estas inscripciones los sacerdotes hicieron plasmar todo tipo de textos religiosos, mitológicos y rituales, que hasta este momento se habían conservado sólo en rollos de papiro y que remontaban a las más lejanas épocas, incluso al Período Predinástico. Es como si el clero de los distintos templos tuviese razones para temer la pérdida de sus rollos de papiro y, con ellos, de los textos sagrados que contenían, y por esta razón decidieron eternizarlos grabándolos sobre piedra. Pero es también como si este mismo clero temiese que cualquiera pudiese leer tales textos, y por ello se complicó la escritura jeroglífica hasta límites indecibles, lo cual ha presentado serias dificultades para la lectura e interpretación de las inscripciones ptolemaicas aún en nuestros días.

La religión egipcia de la Baja Época se caracteriza, de todos modos, por un serio cisma entre las esferas oficiales y las populares. Así, mientras la religión oficial se encierra cada vez más en un formalismo y un ritualismo no exentos de secretismo, de los que son un buen exponente los textos ptolemaicos, la religión popular se desentendía cada vez más de tales dioses y clero para buscar un íntimo refugio en otras fórmulas religiosas que le ofreciesen un mayor consuelo ante las cuitas de la vida cotidiana. Pero ello llevó, inexorablemente, a un crecimiento desmesurado de la magia y de otras formas más simplistas de religiosidad, no siendo casual que la Baja Época

sea precisamente la que nos ha proporcionado un mayor número de amuletos o de momias de animales sagrados, por ejemplo. También la Baja Época es la que conoce el mayor esplendor de genios y semidioses como Bes o Tueris, protectores de la maternidad y de la infancia, así como de las técnicas de momificación, que nos han sido descritas entre otros por Heródoto: al respecto, es significativo que el mayor número de momias humanas que ha llegado hasta nosotros corresponda también a este período.

Con la llegada de los griegos, primero, y de los romanos, después, a Egipto, se produjo una simbiosis de religiones que, en ocasiones, llegó a producir curiosos casos de hibridismo de los que un buen ejemplo es el propio Serapis o la tumba de Petosiris. Mencionemos también, a título indicativo, los relieves funerarios que decoran las llamadas «catacumbas» de Alejandría y, sobre todo, los justamente célebres retratos del Fayum, elegantes retratos de estilo romano colocados sirviendo de máscara sobre las momias de los primeros siglos de nuestra era.

La literatura egipcia de la Baja Época está escrita, esencialmente, en demótico, y va desde el Período Saíta hasta la época romana. La literatura demótica comprende, en primer lugar, textos mitológicos, los más importantes de los cuales están agrupados en el *Mito del Ojo del Sol*, que trata del retorno a Egipto de la hija de Re a instigación de Tot; la diosa es, sucesivamente, Sacmis y Tfenis, pero también Bastis y Hathor zoomorfas, y el mismo Tot no es sino un mono. Asimismo existen numerosas fábulas con sentido filosófico.

También merecen ser destacados los comentarios a una antigua profecía que se encuentran en la *Crónica demótica:* según ella, los reyes de las dinastías XXVIII a XXX sólo prosperan si son respetuosos con las leyes religiosas; en caso contrario, fracasan.

Las novelas demóticas se adscriben a tres ciclos. El primero de ellos es el *Ciclo de Setne*, el cual se divide a su vez en dos composiciones. La primera es el *Libro mágico de Nenoferkaptah*, también llamada *Setne I*. En ella Setne, hijo de Rameses II, logra apoderarse del libro mágico de Tot que se encontraba en la tumba de Nenoferkaptah, tras ganarlo jugando a los dados con las momias del difunto y de su esposa y sin hacer caso de los avisos de las desgracias que la posesión del libro le reportarán. Más tarde, Setne conoce a una cortesana llamada Tabubu que le seduce, y por llegar a poseerla Setne pierde sus bienes y mata a sus propios hijos. Por suerte para él, todo ello no era más que un sueño premonitorio, provocado por la esposa de Nenoferkaptah: Setne comprende la lección y devuelve el libro a la tumba donde lo halló.

La segunda composición son los *Prodigios mágicos de Siosiris*, o *Setne II*. Esta obra trata de los encantamientos que afectan simultáneamente a los reyes de Egipto y de Cush. Rameses II consigue al fin salir bien librado de los mismos gracias a los poderes de Siosiris, hijo de Setne, que en realidad es la reencarnación de un antiguo mago egipcio. Esta obra incluye, por cier-

to, una parábola semejante a la del rico Epulón y el pobre Lázaro, que conocemos por el Evangelio.

A continuación hemos de recordar el *Ciclo de Petubastis*, que comprende una amalgama de aventuras bélicas acontecidas en el Egipto feudal del Tercer Período Intermedio, regido por el débil rey Petubastis de la Dinastía XXIII. Estos relatos contienen numerosas similitudes homéricas, quizá ya por influencia directa de los propios poemas de Homero.

El tercer ciclo es el que ha dado en llamarse *Amasis se divierte*, y que nos presenta al rey Amasis, de la Dinastía XXVI, como un despreocupado personaje aficionado en demasía al vino y a las mujeres, de acuerdo con una tradición egipcia que también fue recogida por Heródoto.

Un poema satírico, sobre un músico tragón y torpe, nos demuestra la existencia de este género dentro de la literatura demótica.

Por último, el género de los aleccionamientos morales también está presente en la literatura demótica. Así, podemos mencionar los *Aleccionamientos de Onjsesonquis*, dirigidos a su hijo; o aun las *Enseñanzas del Papiro Insinger*, que da desde consejos prácticos hasta morales, todos ellos en todo caso inspirados por un profundo sentimiento religioso. De este modo, el más antiguo y prestigioso género literario egipcio, cuyo origen se remonta al Imperio Antiguo, alcanzó también el extremo final de la evolución de su cultura, habiendo estado presente en absolutamente todas sus etapas.

La conquista greco-macedónica marcó profundamente la civilización egipcia: así, el griego fue imponiéndose progresivamente como lengua de la administración, algunos autores egipcios escribieron sus obras en griego como es el caso especialmente del historiador Manetón, y es muy posible que algunas obras egipcias hubiesen sido vertidas al griego, más o menos alteradas por las ideas imperantes en el momento, como parece haber sucedido con el *Corpus Hermeticum* atribuido a Hermes Trimegisto, es decir, Tot. No obstante, tal vez el influjo más decisivo de cara a la posteridad se produjo con la escritura. En efecto, tras unos primeros tanteos más o menos vacilantes, a comienzos de nuestra era se adoptó el alfabeto griego para escribir egipcio, para lo cual fue suficiente añadir al mismo media docena de signos demóticos para transcribir algunos sonidos egipcios inexistentes en griego: nacía así la escritura copta, que fue rápidamente adoptada por los cristianos de Egipto para traducir a su propia lengua las Sagradas Escrituras. De este modo, los antiguos sistemas de escritura egipcios, y especialmente los jeroglíficos y el demótico, mucho más farragosos y de difícil aprendizaje, quedaron progresivamente abandonados. No cabe ninguna duda que este cambio favoreció a su vez rápidamente el cambio de mentalidad que estaba en trance de producirse entre la «élite» egipcia.

23. La Dominación Macedónica y el Período Ptolemaico

Alejandro Magno

Alejandro III de Macedonia (336-323) subió al trono a los 20 años de edad, y en un breve reinado de sólo 13 años no sólo conquistó el Imperio Persa sino que también cambió la faz del mundo y el destino de la Historia. Por esta razón los antiguos le atribuyeron el calificativo de Magno.

Sus primeras preocupaciones, tras suceder en el trono a su padre, asesinado, fueron asegurar las fronteras de Macedonia y restablecer su autoridad en Grecia como *hegemon* de la Liga de Corinto, sucediendo en el cargo a Filipo II; por ello tuvo que arrasar Tebas de Beocia y someter Atenas.

Dejando al general Antípatro al cuidado de Macedonia y de Grecia, y sin haber atendido su consejo de casarse previamente para dejar un heredero del trono, Alejandro Magno emprendió la conquista del Imperio Persa. De su ejército formaban parte varios expertos generales, así como ingenieros, historiadores, artistas, geógrafos y naturalistas, consciente como era de la gran trascendencia histórica de la empresa que comenzaba.

Tras derrotar a los sátrapas de Asia Menor en la batalla del río Gránico (334), Alejandro pudo conquistar toda Anatolia, lo que decidió a Darío III a presentarle batalla personalmente en el norte de Siria. En Iso (333) Alejandro no sólo derrotó por primera vez al rey persa, sino que además toda la familia de éste cayó en manos del rey macedónico. Con el objetivo de privar a

los persas de sus bases navales en el Mediterráneo, Alejandro se apoderó entonces de las ciudades fenicias, pero Tiro se negó a entregarse encerrándose en su favorable posición insular. El sitio de Tiro duró cerca de un año, y fue necesario unir la isla a tierra firme mediante un istmo artificial. El propio Alejandro participó en el asalto final a la ciudad (332).

Parece que la intención de Alejandro era entonces atacar el corazón del Imperio Persa, pero una delegación de notables egipcios que fue a verle pidiéndole que liberase Egipto del yugo persa le hizo cambiar de opinión. Después de un furioso asedio, Alejandro tomó Gaza, que se había resistido, abriendo así las puertas de Egipto (332). Tras tomar Menfis, todo el país se le entregó, siendo recibido como un libertador.

Su política como tal fue hábil, y tras los desmanes de los persas favoreció la religión local, aceptando ser coronado como faraón en Menfis. Recorriendo el Delta, en el lugar donde estaba la homérica isla de Faro, decidió fundar Alejandría, que se convertiría en el principal puerto comercial del país merced a su posición en la costa mediterránea. Gracias a Alejandría, Egipto entraría en las rutas de las grandes corrientes del mercado mundial de época helenística.

Desde allí Alejandro decidió viajar hasta el oráculo de Amón en el oasis de Siwa, en pleno desierto Líbico, para consultar al profeta. Éste, de acuerdo con el viejo mito egipcio de la teogamia, explicó a Alejandro que su madre Olimpia no le había concebido de Filipo II sino del propio Zeus-Amón. De esta manera, Alejandro salió del oasis convencido de su origen divino. De regreso del oráculo, Alejandro se detuvo en Menfis, donde permaneció hasta el 331 organizando la administración de Egipto.

Desde Egipto, Alejandro emprendió la conquista de la parte oriental del Imperio Persa, derrotando por segunda vez y poniendo en fuga a Darío III en la batalla de Gaugamela, cerca de Arbela, en Mesopotamia. Tras su victoria, Alejandro tomó Babilonia, respetando los dioses locales y confirmando en sus puestos a los oficiales y funcionarios persas que no intentaron resistirle. Después se apoderó de Susa, la capital del Imperio, así como de sus tesoros, y saqueó e incendió Persépolis en venganza por el saqueo e incendio de Atenas durante las Guerras Médicas.

A continuación, Alejandro se lanzó hacia Ecbátana en persecución de Darío III, pero cuando le alcanzó el rey persa había sido asesinado por sus subordinados, uno de los cuales, el sátrapa Beso, se había proclamado rey adoptando el nombre de Artajerjes IV (330). Sin embargo, Alejandro no tardó en hacerle prisionero, tras lo cual prosiguió la conquista y colonización de las satrapías más orientales del Imperio, hasta alcanzar la India (326). En estos años Alejandro acentuó su orientalización, lo que le originó graves conflictos con sus compañeros macedónicos y griegos, y se casó con Roxana, hija de un príncipe de Bactria. Finalmente, y tras negarse su ejército a ir más lejos, Alejandro emprendió el camino de regreso.

De regreso a territorio persa tuvo que restablecer la disciplina y el orden dañados por su larga ausencia, y promovió las bodas de muchos de sus soldados con mujeres persas para fomentar la unión de razas dentro de su Imperio; él mismo, para dar ejemplo, se casó con otras dos princesas persas.

Alejandro, que había establecido la capital de su Imperio en Babilonia, explorando la fértil región contrajo el paludismo a principios del verano del 323: en pocos días, la enfermedad acabó con aquel joven de 33 años, invencible en los más dispares campos de batalla. Mientras agonizaba en el palacio de Nabucodonosor II, sus soldados desfilaron ante su lecho para verle por última vez.

La Dominación Macedónica después de Alejandro

Tras la muerte de Alejandro Magno se abrió un período confuso (323-306/305), durante el cual se mantuvo formalmente la unidad del Imperio Macedónico pero que en realidad vio desbocarse las ambiciones de los generales que se habían repartido las satrapías teóricamente para gobernarlas dentro del marco del mismo. Dichos generales, llamados los Diádocos o sucesores de Alejandro, tendieron cada vez más a la independencia si bien mantuvieron las formas, no atreviéndose a proclamarse reyes y aceptando, como mínimo teóricamente, dos reyes legítimos y tres regencias. En Egipto esta época conoce el comienzo del gobierno de Ptolomeo en calidad de sátrapa. El Imperio Macedónico se disolvió definitivamente entre 306 y 305, cuando los Diádocos supervivientes a las incesantes luchas intestinas habidas entre ellos, se proclamaron reyes unos tras otros. De este modo no sólo se puso fin a la obra de Alejandro Magno, sino también a su utópico proyecto de creación de un estado universal en el que habían de fusionarse todas las razas y culturas.

Al producirse la muerte de Alejandro Magno, no tenía hijos legítimos, si bien su esposa legítima Roxana estaba embarazada, de modo que en la asamblea de jefes macedónicos Perdicas, el hiparco decano, propuso que si Roxana daba a luz un varón éste fuese elegido rey de los macedonios. Así se aprobó, pero la infantería macedonia incapaz de comprender tan sofisticados mecanismos se sublevó, aclamando como rey a Filipo III Arrideo (323-317), un medio hermano de Alejandro, epiléptico pero único varón viviente de la familia real macedónica. La asamblea de jefes debió doblegarse a este hecho consumado, si bien quedando a la espera del parto de Roxana. Mientras, fueron nombrados regentes el propio Perdicas junto con Leónato en la parte oriental del Imperio, al tiempo que en Macedonia y Grecia siguió de regente Antípatro —que ya había sido nombrado por Alejandro— junto con Crátero, tutor éste del demente Filipo Arrideo.

Perdicas, como regente de la parte oriental, procedió al primer reparto del Imperio, asignando a algunos generales diversas provincias, para que las gobernasen en calidad de sátrapas (323): A Ptolomeo, hijo de Lago, le correspondió Egipto, a donde llevó el cuerpo de Alejandro con la misión de hacer-

lo momificar; a Lisímaco le correspondió Tracia; a Antígono el Tuerto, Frigia y otros territorios de Asia Menor, y a Éumenes se le asignó Capadocia, con el objetivo de conquistarla.

Por entonces Roxana dio a luz un varón, que fue reconocido inmediatamente como rey con el nombre de Alejandro IV (323-310), si bien sin desposeer a Filipo III Arrideo, de modo que los documentos oficiales llevaban el nombre de ambos monarcas.

Pronto comenzaron las disensiones entre los Diádocos, constituyendo la primera crisis importante el asesinato de Perdicas en 321. Entonces se hizo cargo de la regencia completa Antípatro, quien con su autoridad mantuvo la unidad del Imperio hasta su muerte. Fue el ejército macedónico el que, reunido por última vez, le nombró regente único. En Triparadiso, en la Siria del norte, Antípatro procedió al segundo reparto del Imperio, nombrando a Antígono el Tuerto general del ejército de Asia y asignando a Seleuco la satrapía de Babilonia. Ptolomeo y Lisímaco fueron confirmados en Egipto y en Tracia, respectivamente, mientras que el propio Antípatro seguía en Macedonia.

Antípatro, para consolidar su posición, procuró atraerse a los demás generales, aliándose especialmente con Ptolomeo, sólidamente instalado en su satrapía de Egipto, y casando a una hija suya con Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono el Tuerto. Sin embargo, Antípatro murió de enfermedad en 319, y con él sucumbió toda idea de autoridad legítima. Los reyes, un niño y un demente, no contaban para nada. Desde este momento empezaron a actuar sin freno las fuerzas de disgregación.

El sucesor de Antípatro como regente y en el gobierno de Macedonia fue su hijo Casandro, aunque su puesto fue contestado por las tropas que eligieron a Poliperconte, un general de Antípatro. En realidad, lo que sucedía es que tras la muerte del regente legítimo Antípatro, los demás generales ya no reconocieron entre ellos la superioridad de ningún otro. Pero como ninguno de ellos conseguía imponerse, se llegó por la fuerza a nuevos repartos, a luchas en todos los frentes, y a la desmembración definitiva del Imperio, desmembración que la geografía y la herencia del pasado hacían por lo demás inevitable.

Casandro, viendo en peligro su puesto, buscó la ayuda de Ptolomeo y consiguió aliarse con Antígono, logrando expulsar de Macedonia y Grecia a Poliperconte. En el curso de esta guerra fueron asesinados Filipo III Arrideo y Olimpia, madre de Alejandro Magno (317), mientras que el niño Alejandro IV cayó en manos de Casandro. Éste, más que en su tutor se convirtió en su carcelero, reteniéndole como rehén.

La causa de Alejandro IV quedó ya sólo defendida por Éumenes, antiguo secretario de Alejandro Magno y el último de los Diádocos que defendió la idea de la unidad del Imperio. Pero, en lucha contra Antígono, Éumenes fue hecho prisionero y ajusticiado por orden de Antígono (316). De este modo, la causa de Alejandro IV quedó definitivamente perdida.

Antígono, tras vencer a Éumenes, se propuso reconstruir el Imperio de Alejandro en beneficio propio, para lo cual atacó a Seleuco, quien tuvo que

huir de Babilonia a Egipto, buscando la protección de Ptolomeo. La situación de peligro generalizado alió a Casandro, Ptolomeo y Lisímaco contra Antígono, mientras que éste se proclamó campeón de la causa de Alejandro IV. La guerra se mantuvo largo tiempo indecisa (315-311): Seleuco fue restablecido por Ptolomeo en Babilonia, pero las ciudades griegas se pronunciaron a favor de Antígono contra el régimen de ocupación militar aplicado por Casandro.

La situación de guerra terminó en 311 mediante un acuerdo que atribuía a Antígono Asia Menor y Siria. Casandro se quedaba con Macedonia, pero con una situación muy quebrantada en Grecia. Seleuco se mantenía en Babilonia, con todo el este del Imperio, si bien reconoció la independencia de la India a cambio de 500 elefantes. Lisímaco se engrandecía en Tracia. Ptolomeo, por último, perdía Siria y Cirene pero conservaba intacto Egipto.

La difícil situación en que había quedado Casandro le impulsó a asesinar al niño Alejandro IV, que ya tenía trece años, y a su madre Roxana (310). A partir de este momento el Imperio quedó sin soberano teórico, pero ninguno de los Diádocos se atrevió a proclamarse rey. Sin embargo, Antígono redobló sus esfuerzos de restablecer en beneficio propio el dominio universal, y tanto él como Ptolomeo aprovecharon la delicada situación en Grecia para intervenir, con promesas de libertad para las ciudades griegas.

Finalmente en 306 Antígono tomó el título de rey asociando inmediatamente al trono a su hijo Demetrio Poliorcetes. Los demás Diádocos le imitaron entre 306 y 305, y entre ellos Ptolomeo, quien se proclamó rey de Egipto. Antígono y Demetrio intentaron tomar Egipto, pero Ptolomeo supo defenderse y rechazarles. En cambio, intervinieron con éxito en Grecia y Macedonia, obligando a Casandro a retroceder y haciendo gala de política filohelena y democrática. Entonces los restantes Diádocos se unieron contra Antígono y su hijo, derrotándoles en la batalla de Ipso (301). El propio Antígono murió en la batalla, y su reino fue borrado del mapa.

Tras la batalla de Ipso se produjo el tercer y definitivo reparto del Imperio: Casandro quedó como rey de Macedonia, conservando el gobierno de Grecia. Lisímaco, como rey de Tracia con el control de los Estrechos —los Dardanelos y el Bósforo—. Seleuco amplió su reino en la parte oriental del Imperio con Asia Menor y la Siria septentrional. Ptolomeo, por último, añadió a su reino de Egipto la Siria meridional. Por su parte, Demetrio Poliorcetes a pesar de su derrota siguió conservando una poderosa flota, así como bases marítimas en Fenicia, Jonia, Caria, Chipre y las Cícladas.

Los comienzos de la Dinastía Lágida

El fundador de la Dinastía Lágida, la última del Egipto independiente (305-30), fue pues Ptolomeo I Sóter, hijo de Lago. Ptolomeo I fue, si no el más grande, sí el más prudente e inteligente de todos los Diádocos sucesores de

Alejandro. Habiéndose instalado desde el primer momento en Egipto, Ptolomeo renunció siempre a otras ambiciones territoriales o institucionales con que se le tentó, para conservar un territorio primero, y un reino después, que consideraba seguro.

En su etapa como sátrapa (323-305), Ptolomeo se había aliado con el regente Antípatro, casándose con su hija Eurídice, de la que tuvo dos hijos: Ptolomeo Cerauno y Lisandra, que con el tiempo se casaría con Agatocles de Siracusa. Posteriormente, Ptolomeo I se casó con Berenice I, madre de otros dos hijos: Ptolomeo, que con el tiempo sería el sucesor de su padre en el trono de Egipto, y Arsínoe. Berenice I intrigó pronto para conseguir que fuera heredero su hijo Ptolomeo en vez de Ptolomeo Cerauno, hijo de Eurídice; estas intrigas acabaron provocando la expatriación de Ptolomeo Cerauno, que se refugió en la corte de Lisímaco de Tracia.

Ptolomeo, hijo de Lago, se dedicó desde el primer momento como sátrapa a reorganizar Egipto. Por un lado, y dentro del marco de respeto por las tradiciones nacionales y religiosas egipcias, restauró numerosos monumentos y templos que habían sido dañados por los persas, utilizando para ello de forma leal los nombres de los «faraones» legítimos, indistintamente Filipo III Arrideo y Alejandro IV. También concentró el poder en sus manos y lo aprovechó para promover el progreso económico general. De acuerdo además con la filosofía de Alejandro Magno, intentó favorecer el acercamiento entre indígenas y greco-macedónicos, para lo cual no dudó incluso en tomar aventuradas iniciativas religiosas como veremos. De todos modos, también favoreció la implantación de una casta militar greco-macedónica en Egipto, la cual colonizó ampliamente el territorio agrícola convertido además en hereditario en beneficio propio. La población indígena conservó esencialmente su organización ancestral y su modelo de explotación económica y de implantación territorial, pero Ptolomeo promovió la realización de censos en los nomos, ciudades y aldeas. Estas iniciativas de racionalización de la producción pudieron contar con la colaboración de una burocracia bien organizada, heredada de tiempos pretéritos y que se adaptó perfectamente a las nuevas directrices de mejora del sistema.

Alejandría, fundada por Alejandro Magno en el emplazamiento de una pequeña aldea llamada Racotis, pasó a ser una de las metrópolis del mundo helenístico, dotada de un régimen político autonómico de ciudad griega. Ello quedó realzado por el hecho de que Alejandría no fue considerada nunca jurídicamente como parte integrante de Egipto, sino simplemente yuxtapuesta a Egipto. Fue en Alejandría donde el sátrapa Ptolomeo empezó a favorecer el culto de una divinidad mixta, Serapis, en realidad una forma de Osiris-Apis bajo apariencia típicamente griega. Serapis estaba destinado a ser por igual objeto de la devoción de egipcios y griegos, favoreciendo así la comunión religiosa de todos los habitantes del país, los antiguos y los nuevos. También en Alejandría fundó Ptolomeo la Biblioteca y el Museo, destinados a convertirse en focos poderosísimos de atracción de intelectuales de

todas las procedencias. Hay que destacar que el mismo Ptolomeo tuvo sus propias veleidades intelectuales, siendo el autor de una *Historia de Alejandro* que fue muy utilizada por los historiadores posteriores.

Por lo que respecta a la política exterior tras la batalla de Ipso, hay que registrar la aproximación de Demetrio Poliorcetes a Seleuco I, ante lo cual Ptolomeo I se alió con Lisímaco; éste se casó con Arsínoe, hija de Ptolomeo I y de Berenice I. Casandro, por su parte, se alió con Ptolomeo I y Lisímaco, pero su muerte de enfermedad (297) volvió a trastocar el panorama. En efecto, Demetrio Poliorcetes que había reñido con Seleuco I desembarcó en Grecia, provocando la unión de los demás Diádocos contra él: Ptolomeo I atacó Chipre, mientras Lisímaco y Seleuco I lo hacían en la Jonia y en Asia Menor. Sin embargo, no pudieron impedir que Demetrio, una vez desaparecidos los hijos de Casandro, se proclamase rey de Macedonia.

La guerra prosiguió, de todos modos, durante varios años, consiguiendo Ptolomeo arrebatarle las ciudades de Fenicia e incluso provocar la sublevación de Atenas. Invadida Macedonia por Pirro, rey del Epiro, Demetrio tuvo que llegar a un acuerdo con él, aceptando la pérdida de Macedonia para poder proseguir la guerra contra Lisímaco y Seleuco I. Finalmente, Seleuco I logró capturarle pero se limitó a retenerle prisionero hasta su muerte (283).

Con pocos años de diferencia desaparecieron los restantes Diádocos. Ptolomeo I Sóter (305-283) murió dos años después de haber asociado al trono a su hijo Ptolomeo II Filadelfo, el hijo de Berenice I que se convirtió así en su sucesor. Lisímaco, por su parte, había hecho ajusticiar a su propio hijo primogénito Agatocles, a instigación de su segunda esposa Arsínoe, hija de Ptolomeo I. Pero Seleuco I se erigió en vengador de Agatocles, derrotando a Lisímaco en la batalla de Curupedion en la que el rey de Tracia halló la muerte (281). Seleuco I entró en Lisimaquia, capital de Lisímaco, pero allí fue asesinado por Ptolomeo Cerauno, quien se proclamó rey de Tracia y Macedonia y se casó con su media hermana Arsínoe (280). Así desaparecía de la ensangrentada escena del mundo el último de los Diádocos.

El breve reinado de Ptolomeo Cerauno en Macedonia y Tracia no fue, de todos modos, fácil, puesto que se encontró con la oposición desde el primer momento de Antígono Gonatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, quien aspiraba también al trono. Sin embargo, y gracias al apoyo de Antíoco I, hijo y sucesor de Seleuco I, Ptolomeo Cerauno logró vencer a Antígono y afianzarse en el trono. Pero poco le duró la tranquilidad, a causa de la repentina invasión de los gálatas, pueblo céltico procedente del centro de Europa que se abatió sobre los Balcanes y cruzó el Danubio. Ptolomeo Cerauno, sorprendido sin preparar, fue derrotado y muerto (279) y los gálatas saquearon impunemente la región durante dos años, sumiendo el reino en la anarquía. Por último, fueron vencidos en la batalla de Lisimaquia (277) por Antígono Gonatas quien, restablecido el orden, se pudo proclamar (276) rey de Macedonia. De este modo, con Antígono I comenzaba la Dinastía de los Antigónidas.

Puede decirse, pues, que es a partir de ahora cuando concluye la época de grandes cambios y luchas incesantes que caracterizó la época de los Diádocos. Antíoco I Sóter era rey de Asia desde 280, Antígono I Gonatas de Macedonia desde 276, y Ptolomeo II Filadelfo de Egipto desde 283. Estas tres dinastías, respectivamente la de los Seléucidas, la de los Antigónidas y la de los Lágidas serían las más estables de las que rigieron las monarquías helenísticas, en manos de los Epígonos o descendientes de los Diádocos. Ello no significa, de todos modos, que las relaciones entre estos soberanos fuesen siempre pacíficas ni mucho menos, sino que las rencillas y los cambios de alianzas siguieron estando a la orden del día, pero sin provocar ya los brutales cambios en el mapa político a los que hemos asistido hasta ahora.

Ptolomeo II Filadelfo (283-246), casado en primeras nupcias con Arsínoe I, la repudió para casarse con su hermana de doble vínculo Arsínoe II, viuda ya de los reyes Lisímaco y Ptolomeo Cerauno, este último medio hermano ya de ella. Esta mujer, bella, inteligente y carente de escrúpulos, habiendo perdido por dos veces un trono, buscó refugio en Egipto logrando además que su hermano el rey se casase con ella, lo que esta vez causó un escándalo sin precedentes en el mundo griego absolutamente contrario al incesto. Pero Ptolomeo II y Arsínoe II lo justificaron públicamente dada su condición de faraones, puesto que en el seno de la monarquía egipcia este uso no sólo era admitido sino incluso incentivado por razones teológicas. Fue por esta razón que ambos reyes adoptaron al unísono el apelativo de «dioses filadelfos», es decir, «dioses hermanos que se aman entre sí». En todo caso, este hecho no sería ajeno a la progresiva egiptización de la monarquía de los Lágidas, aunque este proceso aún tenía un largo camino por recorrer.

La política exterior de Ptolomeo II Filadelfo se caracteriza por la constante rivalidad con Antíoco I Sóter y con Antígono I Gonatas. Esta rivalidad estaba motivada por el deseo del egipcio de anexionarse totalmente Siria y de mantener una hegemonía total en el Egeo. La consecuencia de estas tensiones fueron las guerras que Ptolomeo II sostuvo con sus rivales.

La primera de estas guerras estalló en 279, cuando tras el asesinato de Seleuco I Nicátor se sublevó la ciudad de Seléucide sobre el Orontes y Ptolomeo II intervino en apoyo de los sublevados, creyendo llegada la ocasión propicia para apoderarse de Siria. Los detalles de esta guerra son mal conocidos, pero como mínimo sabemos que el nuevo rey seléucida, Antíoco I, reaccionó aliándose con Magas, rey de Cirene. Magas atacó Egipto pero fracasó, y Ptolomeo II logró controlar Fenicia y las tierras del interior hasta las puertas de Damasco. La paz se firmó en 272 y en ella se reconoció a Egipto la posesión de Siria meridional y de Fenicia hasta Sidón, mientras que Magas conservaba su independencia en Cirene.

Poco después estalló en Grecia la Guerra de Cremónides, sublevación de Esparta y Atenas contra Antígono I, que contó con el apoyo de Ptolomeo II,

quien sin embargo no intervino personalmente (267). Esta guerra terminó con la rendición de Atenas en el 262.

Entonces se aliaron Antígono I y el nuevo rey seléucida Antíoco II Teo contra Ptolomeo II, desencadenándose hacia 260 la 2.ª Guerra Siria. Ptolomeo II, por su parte, intentó atraer a su bando a Éumenes I, soberano del nuevo estado de Pérgamo que, establecido a occidente de Asia Menor, en 262 había logrado independizarse de los Seléucidas. La guerra terminó tras la derrota de la flota egipcia en Cos a manos de Antígono I (256), con la que se puso punto final al predominio naval egipcio en el Egeo.

Antígono I intentó aprovechar la muerte de Magas en 253 para intervenir en Cirene, a donde envió a su medio hermano Demetrio el Hermoso para que se casase con Berenice, hija de Magas. Pero Berenice, contraria a esta boda, asesinó a Demetrio el Hermoso y huyó a Egipto para desposarse con su antiguo prometido, el hijo de Ptolomeo II que sería su sucesor con el nombre de Ptolomeo III.

Sea como sea, el engrandecimiento macedónico acabó por hacer recelar a Antíoco II, y a pesar de que Antígono I le cedió las antiguas zonas de influencia egipcia en el sudeste del Egeo, el seléucida acabó aliándose en 252 con Ptolomeo II. De acuerdo con esta alianza, Antíoco II repudió a su esposa Laódice, de la que había tenido cuatro hijos, y se casó con Berenice, hija de Ptolomeo II. Berenice fue espléndidamente dotada para la ocasión, puesto que aportaba al matrimonio la posesión de Celesiria —la Siria meridional—. A cambio, se establecía que el trono seléucida pasaría a los hijos de Berenice, en detrimento de los de Laódice. Por último, a Laódice se le asignó un dominio en la Propóntide.

En lo referente a la política interior, a Ptolomeo II se debe el traslado definitivo de la capitalidad de Menfis a Alejandría, así como la conclusión de las obras del célebre faro, una de las siete maravillas del mundo antiguo, que habían sido iniciadas por su padre Ptolomeo I. Desde Alejandría Ptolomeo II favoreció extraordinariamente el desarrollo de la cultura griega, convirtiendo la ciudad en capital intelectual del mundo helenístico. El museo, por ejemplo, creado por Ptolomeo I, alcanzó su época de máximo esplendor con Ptolomeo II, y fueron numerosos los sabios y poetas que emigraron a Alejandría huyendo de una Grecia empobrecida. Este fue, en efecto, el momento más brillante de la monarquía ptolemaica, y el rey pudo contar siempre con su hermana y esposa Arsínoe II para estos menesteres, la cual se convirtió en su más eficaz colaboradora. Por ello, ninguna reina ha sido nunca tan celebrada por los poetas de su época como lo fue Arsínoe II, y el propio rey Ptolomeo II también participó de estas alabanzas, descollando especialmente en ellas figuras como Calímaco y Teócrito.

Las ciencias y las técnicas experimentaron asimismo un enorme progreso, siendo tal vez suficiente recordar, entre los sabios alejandrinos de la época, al matemático Euclides, quien dispensaba sus enseñanzas en la metrópolis lágida desde época de Ptolomeo I. Pero la atención de Ptolomeo II

se dirigió a la totalidad de sus súbditos, cualquiera que fuese su nacionalidad. De este modo, fue por orden suya que setenta sabios judíos de la populosa colonia judía de Alejandría vertieron al griego el texto hebraico del *Antiguo Testamento.* Y también fue por orden suya que Manetón de Sebenito, un sacerdote egipcio, escribió en griego su *Historia de Egipto.* A todo ello tal vez quepa añadir la versión griega del *Corpus Hermeticum,* cuya composición original se atribuía al propio dios de la sabiduría Tot, identificado por los griegos a Hermes Trimegisto.

El sucesor de Ptolomeo II fue su hijo Ptolomeo III Evérgetes (246-221). El nuevo rey era hermano de Berenice, segunda esposa de Antíoco II, y a su vez estaba casado con Berenice II, hija de Magas de Cirene. Pero el comienzo del nuevo reinado no fue pacífico, puesto que el mismo año que moría Ptolomeo II falleció también su aliado Antíoco II. En el reino seléucida la rivalidad entre las dos reinas, Laódice y Berenice, no había cesado nunca, y al producirse la muerte de Antíoco II Laódice consiguió que, pese a lo pactado, fuese proclamado rey su hijo Seleuco II Calinico, en detrimento del niño hijo de Berenice.

Ello fue suficiente para decidir la intervención de Ptolomeo III en defensa de los derechos de su hermana y de su sobrino al trono seléucida, iniciándose así la 3.ª Guerra Siria, también llamada Guerra de Laódice. Ptolomeo III invadió Asia Menor, conquistó Antioquía y llegó hasta el Éufrates, consiguiendo además que los sátrapas de las provincias orientales reconociesen como rey a su sobrino. Pero mientras, tanto éste como su madre habían sido asesinados, de modo que cuando el hecho llegó a conocimiento de Ptolomeo III, no le quedó a éste otro remedio que replegarse.

La mayor parte de provincias y ciudades del reino se pusieron entonces al lado de Seleuco II, quien pudo pasar a la ofensiva venciendo en Niceforion sobre el Éufrates y conquistando incluso la Siria meridional. Al mismo tiempo Antígono I de Macedonia aprovechaba la ocasión para vencer a la escuadra egipcia en Andros, pasando a dominar la mayor parte del Egeo, con Delos y la mayoría de las Cícladas. Sin embargo, Seleuco II fracasó al atacar el propio Egipto, y además empezó a tener graves problemas internos provocados por su propia madre Laódice, con lo que en 241 se avino a firmar la paz con Ptolomeo III, quien pudo conservar no sólo sus fronteras en Siria anteriores a la guerra, sino incluso sus posesiones en la costa egea del Asia Menor.

Ptolomeo III había recibido de su esposa Berenice II el reino de Cirene, convertido en estado federal de Egipto. Con el hijo de ambos, Ptolomeo IV, Cirene se incorporaría directamente a la corona egipcia.

Las relaciones con Macedonia y con Grecia fueron siempre difíciles; Ptolomeo III siguió la política de Ptolomeo II de intentar evitar el enfrentamiento directo con Macedonia, pero apoyando a los diversos estados griegos que pugnaban por mantenerse independientes, como Atenas, Esparta y la Liga Aquea. De este modo, cuando Esparta se sumió en una dramática lu-

cha de clases y el rey Cleómenes III intentó llevar a cabo drásticas reformas en la anquilosada sociedad espartana, la Liga Aquea se inquietó y llamó en su ayuda al rey de Macedonia, Antígono II Dosón, con lo que Ptolomeo III prestó su ayuda a Esparta. Sin embargo, la coalición macedónico-aquea venció a Cleómenes III en la batalla de Selasia (222), obligando al último rey de Esparta a buscar refugio en Egipto, donde murió poco después.

Con la muerte de Ptolomeo III acaba la época de grandeza de la Dinastía Lágida (221), comenzando después de él la época de la decadencia que se fue acentuando de modo progresivo.

La situación de Egipto a comienzos del Período Ptolemaico

Durante el siglo III Egipto fue una de las grandes potencias mundiales, rayando además en el orden cultural a la mayor altura. La base económica de esta brillante situación estribaba en la perfección del sistema tributario, así como en el desarrollo del comercio exterior. Como herederos de los faraones, pero también como conquistadores macedónicos, los Ptolomeos se consideraron dueños y señores del país. En lo referente al sistema tributario, los primeros Ptolomeos se limitaron a preservarlo y a velar por su correcto funcionamiento, manteniendo a los funcionarios egipcios en sus cargos. Aunque es probable que bien pronto introdujesen modificaciones para perfeccionarlo, no es seguro de todos modos que los nombres que ha conservado la abundante documentación griega de la época no sean sino la traducción de realidades fiscales heredadas de época anterior. Así, conocemos la existencia de impuestos sobre la herencia, sobre las personas, sobre el ganado, los edificios, el suelo, el tráfico y las importaciones. Del mismo modo, eran monopolios reales el aceite, la sal, la banca y el papiro.

Los primeros Ptolomeos se esforzaron especialmente en mejorar de manera racional las instituciones egipcias ya existentes, así como muchos elementos culturales y sociales. Un buen ejemplo de ello lo constituye el Decreto de Canopo, promulgado por Ptolomeo III, que implantaba de uso obligatorio en todo Egipto el calendario solar. El calendario solar, invención egipcia de época predinástica basado en el año de 365 días, era netamente superior a los múltiples calendarios griegos contemporáneos y por esta razón Ptolomeo III lo impuso a todos sus súbditos, fuese cual fuese su nacionalidad de origen. Pero al mismo tiempo este calendario precisaba de una corrección, que era la introducción de los años bisiestos, es decir, la introducción de un día cada cuatro años, que evitase el gradual alejamiento del calendario oficial egipcio respecto del año solar real, desplazamiento que había dado origen a los ciclos sotíacos. El cálculo de la corrección necesaria para evitar el desplazamiento del año oficial ya había sido realizado por los sacerdotes egipcios, quienes sin embargo no lo habían llevado jamás a la

práctica por puro tradicionalismo. Sería, pues, la voluntad real de Ptolomeo III la que intentaría zanjar la cuestión mediante la aplicación de la solución más racional. Que ello fue así lo demuestra el hecho de que el Decreto de Canopo fue uno de los primeros decretos trilingües promulgados por los Lágidas, llamados así porque eran promulgados en jeroglíficos, en demótico y en griego, y lo demuestra además que el texto del decreto fue redactado originariamente en griego y ulteriormente traducido en jeroglíficos y en demótico, es decir, vertido al egipcio.

En definitiva, los Lágidas se habían establecido en un país no sólo con una historia ya tres veces milenaria y con una civilización prestigiosa, sino también con un aparato estatal que disponía de unas estructuras y de una burocracia cuya perfección no había sido alcanzada por ningún otro país de la Antigüedad. Esto lo reconocieron los primeros Ptolomeos, de modo que aceptaron en un primer momento las instituciones que encontraron en Egipto, limitándose a ejercer una crítica racional sobre las mismas con el objetivo de mejorarlas o, simplemente, de hacerlas más acordes con sus propósitos. Esta política implicaría, por un lado, el reconocimiento de la superioridad de las instituciones nacionales egipcias —reconocimiento por lo demás extensivo a la ciencia egipcia, estudiada con solicitud por los sabios griegos—, y por otro, el de la incapacidad de la senil civilización egipcia para cambiar por propia iniciativa, debido al peso cada vez más aplastante de la tradición y al conservadurismo exagerado de los representantes de esta civilización, escribas y clero egipcios especialmente. Un botón de muestra de esta política lo constituye el intento de reforma del calendario del que hemos hablado; y decimos intento porque, a pesar del Decreto de Canopo, la reforma del calendario egipcio no llegó a aplicarse. La decadencia de la Dinastía Lágida impidió llevarlo a la práctica en su momento, y la reforma de Ptolomeo III quedó en el olvido hasta que, dos siglos más tarde, otro brillante estadista, Julio César, se encargaría de promoverla definitivamente y no sólo en Egipto sino en todo el orbe romano. El Decreto de Canopo no es, de todos modos, sino un ejemplo, ya que también en cuestiones más importantes en aquel momento se manifiesta claramente esta política reformista lágida, como en las medidas tomadas por Ptolomeo I Sóter y por Ptolomeo II Filadelfo con el objetivo de aumentar la productividad del país.

Entre estas medidas cabe destacar la conversión de Alejandría en un gran puerto comercial, dotado del famoso faro acabado de construir en época de Ptolomeo II. Con esta y otras medidas se logró dar gran auge al comercio, organizándose el transporte por los canales y el tráfico de caravanas entre el Nilo y el mar Rojo. También se perfeccionaron las formas de los cultivos y se introdujeron algunos nuevos. La política exterior lágida muchas veces se orientaba por la necesidad de buscar materias primas, como las maderas procedentes de Siria o de Nubia. Los Lágidas fueron asimismo quienes se encargaron de divulgar en Egipto el uso del hierro.

La monarquía, que favorecía la exportación de manufacturas, gravaba en cambio la importación de objetos de lujo. El comercio fluvial que se practicaba a todo lo largo del río Nilo era un monopolio real. El comercio se basaba además en un nuevo sistema monetario, que desde Ptolomeo I adquirió un carácter propio y que se extendió por todo el mar Egeo de forma preponderante a partir de la isla de Rodas.

Esta dinamización sin precedentes de la economía egipcia proporcionó unas rentas inmensas a la monarquía, que le permitieron organizar grandes ejércitos. La escuadra, especialmente, convirtió a Egipto en una gran potencia marítima, capaz de mantener durante la mayor parte del siglo III importantes posesiones en el mar Egeo, mientras que Chipre se mantuvo como posesión egipcia hasta mediados del siglo I. La potenciación del urbanismo es también una característica determinante de esta época, puesta de manifiesto por ejemplo por la existencia de numerosas ciudades que ostentaron el nombre de Arsínoe.

De todos modos, está muy claro que no hay que exagerar el alcance de las medidas reformistas de los primeros Lágidas en el campo de las estructuras administrativas y sociales. Si los documentos de la administración griega del país nos dan los nombres helénicos de la mayoría de estamentos sociales y políticos, la comparación de su labor o de sus funciones con lo que sabemos de tiempos faraónicos nos demuestra que dichos nombres no son otra cosa, casi siempre, que la traducción de sus equivalentes de tiempos pre-ptolemaicos. Dejando el caso del propio rey, sobre el que habremos de volver, y que para los indígenas no era sino el riguroso equivalente del faraón, los altos cargos del gobierno, tales como el arquidicasta, el dioceta, el epistratega, el epistológrafo y el eclogista, por ejemplo, eran los equivalentes más o menos cercanos de los antiguos visir, superintendente del tesoro, lugarteniente general del ejército, canciller y gran intendente. Y lo mismo cabe decir de los cuadros intermedios e inferiores de la administración, de los sacerdotes y de las grandes masas trabajadoras de la población, cuyo estatuto permaneció intacto como mínimo teóricamente. Prácticamente, las innovaciones de los Lágidas en los primeros tiempos parecen haberse limitado al ejército, a la recaudación de impuestos —con la introducción de fiadores y de arrendatarios de impuestos— y, sobre todo, a la exclusión de los egipcios de los altos cargos políticos y de la administración, así como a su total exclusión del ejército, parcelas éstas que quedaron reservadas a griegos y macedonios. Estas medidas fueron además complementadas por la instauración de dos jurisdicciones paralelas e independientes entre sí, una griega y otra egipcia, que venía a consagrar legalmente la separación de las dos comunidades étnicas.

Estas innovaciones, de cualquier manera, son muy significativas, y ponen de manifiesto la desconfianza —ya que es absurdo pensar en la incapacidad— en el elemento indígena por parte de los nuevos señores de Egipto. Sin embargo, los griegos habían sido recibidos como libertadores en Egip-

to, y es posible que ni los cuadros superiores indígenas del país se dieran cuenta, en un primer momento, de la amenaza que representaba para ellos este nuevo dominio extranjero. Por otro lado, es obvio que los primeros Lágidas desarrollaron, como mínimo aparentemente, una doble política: su objetivo último era el de aumentar la productividad del país del que se habían adueñado, para disponer de un máximo de recursos económicos que les permitiese desarrollar una activa política imperialista en el exterior; ahora bien, de cara a los indígenas se esforzaron en pasar gradualmente por legítimos continuadores de los antiguos faraones. Esta dualidad, esta doble política, es particularmente discernible en un género de documentos verdaderamente únicos, a los que ya nos hemos referido: los llamados Decretos Trilingües Ptolemaicos.

Los primeros Lágidas habían decidido reunir anualmente en sínodo al clero egipcio en Alejandría, para así controlar mejor al único estamento indígena que había conservado sus privilegios prácticamente intactos. Gracias a estos sínodos, los Ptolomeos podían manipular la religión egipcia —y a sus representantes— de acuerdo con sus intereses, y podían darse una imagen adecuada de cara al pueblo. El resultado de estos sínodos era dado a conocer mediante decretos, cuyo contenido se grababa en estelas de piedra que eran colocadas en los principales templos de Egipto. El texto de estos decretos se daba en jeroglíficos, en demótico y en griego. Como es lógico suponer, estos decretos hubieron de ser numerosísimos y buena prueba de ello la constituyen los relativamente abundantes fragmentos que se han encontrado y que han permitido documentar, mejor o peor, decretos de esta índole promulgados a lo largo de toda la Dinastía Lágida e incluso hasta entrada la época romana. Uno de los más antiguos decretos trilingües que conocemos, conservado además casi completo, fue promulgado en Canopo el 6 de marzo del 237, año IX de Ptolomeo III Evérgetes I: se trata del Decreto de Canopo sobre la reforma del calendario, del que ya nos hemos ocupado, cuyo estudio filológico ha demostrado que fue redactado en griego y posteriormente traducido al egipcio. En definitiva, el prestigio de la Dinastía Lágida se encontraba en su momento álgido, y Ptolomeo III era suficientemente poderoso como para imponer su voluntad, lisa y llanamente, al díscolo clero egipcio, como queda probado por la redacción griega del decreto. La monarquía, por otra parte, se hallaba en una fase «constructiva», que la llevaba a emprender reformas como ésta.

La organización social del Egipto ptolemaico puede resumirse en la existencia de dos clases sociales: la clase superior, verdaderamente privilegiada, a la que pertenecían los miembros de la administración grecomacedónica, los mercenarios poseedores de lotes de tierra, los egipcios propietarios de tierras y los sacerdotes egipcios, a todos los cuales pueden añadirse los griegos y otros extranjeros habitantes de ciudades y los funcionarios egipcios, que constituían una especie de clase media. La clase inferior, por su parte, estaba integrada por la gran masa del pueblo egipcio, dedicada a

toda clase de menesteres y especialmente los agrícolas y que conservaba su estatuto de hombres libres. En Egipto, al contrario de lo que era habitual en las otras monarquías helenísticas contemporáneas, no había esclavos, con las únicas excepciones de los servidores domésticos en las ciudades griegas y, especialmente, los condenados a trabajar en las minas, en condiciones especialmente duras; ninguno de ellos, de todos modos, podía ser egipcio.

En estas condiciones, los egipcios habían perdido toda posibilidad de iniciativa. La mayoría dependían del Estado y trabajaban para él o en las propiedades del rey; los demás estaban sometidos a los propietarios de tierras o de todo tipo de negocios. Poco a poco, los Lágidas fueron aumentando progresivamente la presión sobre el conjunto de la población egipcia, con el objetivo de aumentar la producción y las ganancias. Pero al introducir este espíritu mercantilista, extraño a Egipto hasta este momento, los Ptolomeos acabaron por fracturar el equilibrio social del Estado faraónico que ellos habían heredado y que, en definitiva, había asegurado su supervivencia durante varios milenios a pesar de los innumerables problemas registrados. La clase inferior, sometida a unas condiciones de trabajo cada vez más duras, empezó a atreverse a protestar, llegándose a dar casos en que los trabajadores se declaraban en huelga, dejando sus labores y refugiándose en sagrado.

A partir de fines del siglo III los disturbios en los que participaron los egipcios para protestar fueron haciéndose más frecuentes. A lo largo del siglo siguiente la profunda debilidad en que había caído el Estado de los Lágidas se manifestaría de manera irreversible, al hacerse patente que no pudieron, o no quisieron, crear un sentimiento de unidad entre egipcios y griegos.

En cuanto a las posesiones exteriores de los Lágidas, fueron en lo posible asimiladas al sistema administrativo y fiscal dominante en Egipto mismo.

La decadencia de los Lágidas y el comienzo del intervencionismo romano

Los progresivos problemas sociales que acabamos de apuntar, unidos a la decadencia dinástica a partir de Ptolomeo IV, fueron los responsables de la crisis desencadenada en Egipto desde fines del siglo III. No obstante, la peculiar situación geográfica del país y especialmente su aislamiento relativo, fueron una vez más determinantes a la hora de preservar su unidad e independencia. En efecto, a pesar de que Egipto fue el primero de los reinos helenísticos que entró en decadencia, en cambio fue el último en ser conquistado por Roma, la cual pudo anexionárselo sin desmembrar.

Ptolomeo IV Filópator (221-203), hijo y sucesor de Ptolomeo III, fue en realidad un intelectual aficionado a las artes y a las letras, y discípulo de Eratóstenes. Sin embargo, no se interesó por la política, abandonando la labor de gobierno a su ministro Sosibio.

El seléucida Antíoco III Megas intentó aprovechar la situación para conquistar la Siria meridional, comenzando así la 4.ª Guerra Siria. Al principio, logró apoderarse de diversos puertos fenicios, pero con ello consiguió hacer reaccionar a Ptolomeo IV, quien no disponiendo para la guerra de suficientes mercenarios griegos tomó la iniciativa de armar un ejército indígena. Desde época de Alejandro Magno los egipcios habían estado apartados del ejército, con lo cual se había contribuido a alentar el mito de la invencibilidad del soldado grecomacedónico. Pero ahora, además, el ejército indígena de Ptolomeo IV venció en Rafia (217) al ejército griego de Antíoco III, con lo que se derrumbó de un golpe el mito antes mencionado. Antíoco III pidió la paz inmediatamente, con lo que Ptolomeo IV pudo conservar la Siria meridional, pero en Rafia tuvo también lugar algo más importante: el despertar del nacionalismo egipcio, que acababa de descubrirse capaz de vencer al soldado griego.

A su muerte, Ptolomeo IV fue sucedido por su hijo Ptolomeo V Epífanes (203-181), habido de su hermana y esposa Arsínoe III, que era aún un niño cuando subió al trono. Pronto estalló en Alejandría un motín contra su odiado ministro Agatocles, que fue expulsado, dándose nuevos tutores al rey niño. Sin embargo, Filipo V de Macedonia y Antíoco III Megas decidieron aprovechar la minoría de Ptolomeo V así como la situación de inestabilidad creada en Egipto para repartirse sus posesiones exteriores, para lo cual concertaron una alianza. Así, mientras Antíoco III invadía una vez más la Siria meridional, en lo que sería la 5.ª Guerra Siria (202), Filipo V empezó a ocupar las últimas plazas que Egipto poseía en el mar Egeo. Al mismo tiempo, el rey de Macedonia atacó Pérgamo y Rodas, de modo que Átalo I de Pérgamo y los rodios decidieron enviar una embajada a Roma (201), en el mismo momento en que ésta, tras la victoria de Zama sobre Aníbal, acababa de vencer a Cartago en la 2.ª Guerra Púnica. Poco después, a los enemigos de Macedonia se unió Atenas, recelosa del poderío naval que ésta estaba logrando en el Egeo.

Roma, pues, tras pedir en vano a Filipo V que abandonara las conquistas hechas a expensas de Egipto, declaró la guerra a Macedonia; empezaba así la 2.ª Guerra Macedónica. Pero es de destacar que en la declaración de guerra del pueblo romano a Filipo V no influyó sólo la presión de Pérgamo, Rodas, Atenas y Egipto, sino sobre todo el rencor acumulado a causa de la antigua alianza de Filipo V de Macedonia con Aníbal durante la 2.ª Guerra Púnica y que había llevado a Roma al borde del desastre.

Mientras Roma desembarcaba en los Balcanes (200), contando con la alianza de Esparta y de la Liga Etolia, la Liga Aquea se mantuvo neutral. Filipo V, por su parte, recabó la ayuda de su aliado Antíoco III pero éste, demasiado ocupado en su guerra contra Egipto, no se la mandó.

En la batalla de Cinoscéfalos (197), las legiones romanas derrotaron a las falanges macedónicas, demostrando con ello su superioridad militar. Para obtener la paz, Filipo V tuvo que renunciar a su hegemonía sobre Gre-

cia y entregar su escuadra. Sin embargo, Macedonia no fue suprimida como Estado, pretensión esta de la Liga Etolia que no fue tenida en cuenta, provocando su disgusto. De hecho, Roma en esta época practicaba la política de evitar la total derrota y destrucción de sus enemigos, prefiriendo mantenerles «vivos» pero debilitados. Esta política ya había sido utilizada con respecto a Cartago al terminar la 2.ª Guerra Púnica, y ahora sería también aplicada en Grecia con el objetivo de mantener en ella la anarquía. Al mismo tiempo, de todos modos, Roma no dejó de proclamar ostentosamente la libertad de los griegos, en el momento de abandonar el país las últimas tropas romanas (196).

Mientras, el gobierno egipcio, que había debido hacer frente a una primera revuelta nacionalista que tuvo lugar en el Alto Egipto, sofocándola gracias a la victoria obtenida en Licópolis (197), tuvo sin embargo que aceptar las condiciones impuestas por Antíoco III Megas para poner fin a la 5.ª Guerra Siria (195). De esta manera, Egipto perdía Celesiria, con Judea, así como sus dominios egeos en Asia Menor y Tracia, todo ello en provecho del reino seléucida.

Ptolomeo V fue coronado rey en dos ceremonias separadas a la edad de doce años (197): una de ellas tuvo lugar en Alejandría y fue al estilo macedónico, mientras que la otra se desarrolló en Menfis, y en el curso de la misma Ptolomeo V fue reconocido como faraón en el templo de Ptah. Se trata, pues, del primer lágida que sepamos que se sometió a la ceremonia de coronación de los antiguos reyes del Alto y Bajo Egipto, e incluso su sobrenombre de Epífanes responde a la concepción egipcia de «el dios que se manifiesta». Pero este proceso de asimilación de la monarquía a la tradición egipcia no era gratuito. En efecto, la situación se había deteriorado gravemente como hemos visto, tanto en el interior como en el exterior, y la decadencia de la monarquía era manifiesta, dejando al rey impotente finalmente ante el clero egipcio, que ya había logrado la derogación de la obligación de reunirse una vez al año en Alejandría ante el monarca.

Después de la batalla de Rafia (217), en la que se habían utilizado por primera vez tropas indígenas que además habían sido capaces de batir a las helénicas de Antíoco III, importantes cambios se habían producido en Egipto. La victoria de Rafia no había conseguido, como acabamos de ver, salvar del naufragio a la política exterior lágida, proceso este acelerado por la misma decadencia dinástica personificada ostensiblemente en Ptolomeo IV Filópator. Todos estos elementos, junto al deterioro de la situación interior y exterior, acabaron dando ánimos a los nacionalistas, a los que es verosímil identificar con la antigua elite egipcia, que había sido alejada de los altos cargos dirigentes por los primeros Ptolomeos y cuyo destino a lo largo de un siglo nos es absolutamente desconocido. No sabemos exactamente qué proporción de la población secundó los alzamientos nacionalistas, pero lo cierto es que éstos alcanzaron tanto el Alto Egipto como el Delta y que se mantuvieron durante bastantes años, desde el regreso de las tropas de Rafia

hasta la toma de Licópolis (197). En la Tebaida la revuelta fue más persistente, llegando incluso a constituirse una línea dinástica de faraones autóctonos, personificada por Horunnefer (205-199) y Anjunnefer (199-186), no siendo sometida de nuevo esta región hasta el 186.

El máximo beneficiario de la situación iba a ser, paradójicamente, una parte no contendiente, el clero egipcio, el cual, bajo la apariencia de ser el máximo defensor de las antiguas tradiciones nacionales, en realidad lo que hacía era reanudar su proverbial política insolidaria con el resto de estamentos que componían la sociedad egipcia, la cual ya había llevado en épocas anteriores a la destrucción del Estado del Imperio Antiguo y del Imperio Nuevo. Ahora, en 197, la monarquía extranjera obtuvo garantías de apoyo de la parte del clero egipcio en el momento crítico que atravesaba aquélla, llegando incluso el clero a entronizar a Ptolomeo V en el templo de Ptah en Menfis y a componerle un protocolo faraónico completo. Pero, a cambio, el clero iba a obtener la exención de impuestos, exactamente igual que durante la Dinastía V, por ejemplo. De este modo, el 27 de marzo del 196 fue promulgado el Decreto de Menfis, el cual se ha hecho especialmente popular debido a que uno de los monumentos que lo ha conservado es la famosa Piedra de Roseta que sirvió a Champollion para descifrar los jeroglíficos. Este Decreto fue, pues, promulgado bajo presiones socioeconómicas radicalmente distintas a las vigentes cuando se promulgó el Decreto de Canopo, por ejemplo, y en este sentido es significativo que esta vez el sínodo sacerdotal se reuniese precisamente en el templo de Ptah en Menfis. En el Decreto allí promulgado, se concedían una serie de honores a Ptolomeo V, en recompensa por los grandes servicios que había prestado a Egipto y entre los que se enumeraban una serie de exenciones y privilegios fiscales concedidos a los templos. En estas circunstancias, resulta perfectamente comprensible que fuesen los sacerdotes quienes impusieran su dictado a la cancillería real, ya que se ha podido demostrar que el decreto fue redactado originariamente en egipcio y después traducido al griego, contrariamente a lo que sabemos del Decreto de Canopo.

Al respecto, es asimismo significativo que, mientras que el Decreto de Canopo no contenía protocolo faraónico alguno, en cambio el Decreto de Menfis contiene el protocolo completo de Ptolomeo V en tanto que faraón, el cual fue rigurosamente traducido al griego. Veamos a continuación dicho protocolo vertido al griego:

Bajo el reinado del Joven, Que ha heredado la realeza de su padre, Señor de las Coronas, Cubierto de Gloria, Que ha establecido el orden en Egipto, Piadoso con los dioses, Superior a sus adversarios, Que ha mejorado la vida de los hombres, Señor de las Triacontaeterides como Hefesto el Grande, Rey como el Sol, Gran Rey de las regiones superiores e inferiores; Nacido de los Dioses Filopátores; Aprobado por Hefesto; A Quien el sol ha dado la victoria; Imagen viviente de Zeus, Hijo del Sol, Ptolomeo, Que vive eternamente, Amado de Ptah.

(Según Bevan, *Histoire des Lagides*, París, 1934)

Es obvio que los primeros Lágidas habían desdeñado ostentar en sus decretos el antiguo protocolo real faraónico, a pesar de que no se opusieron a que les fuera compuesto por los sacerdotes y grabado en los templos, para el «consumo» exclusivo interior; Ptolomeo V, en cambio, al igual que su padre Ptolomeo IV, debió doblegarse y aceptar que su protocolo faraónico fuese impuesto por los sacerdotes a su cancillería, probablemente con el objetivo asimismo de tranquilizar al pueblo y a los mismos sectores nacionalistas que acababan de ser vencidos.

Sea como sea, lo cierto es que la inmunidad fiscal de templos y sacerdotes, junto a la inmoderada ambición económica de la corte lágida y al fracaso de su política exterior imperialista, provocaron una creciente presión fiscal que acabó rompiendo el antiguo orden social egipcio, heredado de la época faraónica. Las consecuencias de esta ruptura fueron muy graves, a la vez que sintomáticas: las tierras empezaron a ser abandonadas por los campesinos, impotentes para hacer frente a la presión fiscal, hecho que nos retrotrae nada menos que al Primer Período Intermedio —2.000 años antes—, así como al final del Imperio Nuevo —1.000 años antes— para encontrar sendos fenómenos paralelos en Egipto, sólo que esta vez la fuerza del Estado, actuando con vigor, consiguió impedir el desarrollo del proceso feudal. Por consiguiente, no le quedaban a la población campesina más que dos salidas importantes: o dirigirse a Alejandría, a engrosar la masa proletaria urbana de la ciudad, que iba a participar activamente en los disturbios que caracterizarían los años finales de la Dinastía Lágida, o formar bandas armadas que asaltaban y saqueaban a los recaudadores del Estado y atacaban a las fuerzas del ejército. Pero también hubo gentes que entregaron sus tierras a los templos o a particulares ricos, en busca de protección, y gentes que optaron por esconderse en las marismas del Delta o huir al desierto, dando así origen al curioso fenómeno del eremitismo que había de caracterizar los orígenes del cristianismo en Egipto.

Ptolomeo V, que en 192 se había casado con Cleopatra I, hija de Antíoco III Megas, murió envenenado en 181 cuando se preparaba para recuperar la posición que Egipto había tenido en el Egeo y en Grecia, como defensor de las libertades helénicas. Mientras, graves acontecimientos habían sacudido el reino seléucida, los cuales serían decisivos para la historia del mundo helenístico en general. En efecto, Antíoco III había decidido dar asilo político al general cartaginés Aníbal, que acababa de ser expulsado de Cartago a instancias de Roma. Además, Antíoco III se alió a la Liga Etolia y a Esparta, ambas descontentas por el comportamiento de Roma al final de la 2.ª Guerra Macedónica. Considerando esto una provocación, Roma le declaró la guerra, contando con la alianza de la Liga Aquea, de Rodas, de Pérgamo e, incluso, de Filipo V de Macedonia, descontento éste a su vez con Antíoco III porque, siendo aliados, no le había auxiliado contra Roma durante la 2.ª Guerra Macedónica. Estos cambios de alianzas provocados por las constantes rencillas entre los líderes helénicos es evidente que no hacían sino be-

neficiar a Roma, única potencia que ya tenía una política definida en todo el Mediterráneo.

Antíoco III Megas, rey absoluto de un enorme imperio asiático que llegaba hasta los confines de la India, y que disponía de unos recursos prácticamente inagotables, vencedor en diversas guerras que le habían valido el calificativo de «Megas», parecía el único caudillo helénico capaz de enfrentarse con éxito al creciente imperialismo romano. Sorprendentemente, su derrota no pudo ser más rápida y decisiva, demostrándose que su imperio no era sino un enorme castillo de papel. Vencido por los romanos (188), tuvo que renunciar a todas sus posesiones de Asia Menor, lo que representaba su alejamiento definitivo de Grecia y del Egeo. Además, tuvo que mandar a su hijo como rehén a Roma, y fue condenado a pagar una fuerte indemnización. Su coyuntural aliada, la Liga Etolia, pagó aún un precio más alto, puesto que fue disuelta. Para poder pagar la indemnización a Roma, Antíoco III intentó saquear las riquezas de los viejos santuarios mesopotámicos, lo que provocó la sublevación de la población autóctona. En uno de los tumultos, Antíoco III cayó asesinado y en poco tiempo su imperio asiático se disolvió: las regiones centrales, incluida Mesopotamia, pasaron al Imperio Parto, fundado años antes por esta tribu irania dirigida por la Dinastía Arsácida; las regiones más orientales, separadas por los partos de la cabeza del Reino Seléucida radicada definitivamente en Siria, se independizaron bajo la dirección de los sátrapas griegos que ostentaban el poder en ellas, convirtiéndose en diversos reinos griegos que siguieron evolucionando aislados de la madre patria.

A su muerte, Ptolomeo V Epífanes fue sucedido por su hijo Ptolomeo VI Filométor (181-145) en Egipto. Siendo aún un niño, su madre Cleopatra I ejerció la regencia. Ptolomeo VI, que estaba casado con su hermana Cleopatra II, tuvo que hacer frente a la invasión de Egipto protagonizada por el seléucida Antíoco IV Epífanes. Éste había sucedido a su padre Antíoco III después de su asesinato, debiendo para ello fugarse de Roma donde se encontraba como rehén. Pero Antíoco IV se encontró con un reino reducido a Siria y Palestina y en retroceso en Mesopotamia, sin posibilidades de expansionarse hacia Asia Menor, puesto que Roma se lo prohibía, ni por Mesopotamia, progresivamente controlada por los partos. Por ello se fijó Antíoco IV en Egipto, porque era su vecino más débil y porque era el único flanco por el que podía expansionar su menguado reino, recuperando así algo del poder y de las riquezas que acababa de perder su padre.

Aprovechando que Roma se encontraba de nuevo enzarzada en una guerra en los Balcanes, la 3.ª Guerra Macedónica que la enfrentaba a Perseo, hijo de Filipo V y último rey de Macedonia, Antíoco IV juzgó llegado el momento oportuno para atacar Egipto, pensando que Roma no tendría suficiente capacidad militar ni libertad de movimientos como para oponerse a su acción. De este modo, invadió Egipto y llegó hasta Menfis, imponiendo según parece a Ptolomeo VI un tratado por el cual éste aceptaba quedar bajo

el protectorado de su tío, Antíoco IV. Sin embargo, la población alejandrina no aceptó el tratado y llamó, para oponerse al mismo, a un hermano de Ptolomeo VI, llamado Ptolomeo Fiscón. Comenzaron entonces las desavenencias entre los dos hermanos, llegando la situación de Egipto a su momento de máxima gravedad cuando Antíoco IV puso sitio a Alejandría. Pero entonces Roma, que no había en efecto podido mandar tropas a Egipto, mandó tan sólo a un embajador, Popilio Lenas, provisto de una orden del Senado conminando a Antíoco IV a evacuar Egipto; forzado además a dar una respuesta inmediata, Antíoco IV debió interrumpir bruscamente sus operaciones militares y salir de Egipto con todas sus tropas, devolviéndole además las posesiones que, como Chipre, le había arrebatado en el curso de la guerra. De este modo Roma, que acababa de vencer a Perseo en Pidna (168), disolviendo el estado macedónico así como el ilírico, y castigando lo mismo a amigos que enemigos para prevenir nuevas sublevaciones, sólo precisaba de un diplomático para hacer retroceder a todo el ejército seléucida y para hacerle abandonar sus conquistas. Como bien lo expuso el historiador Polibio, narrador atento de los hechos, la embajada de Popilio Lenas mostraba que acababa de empezar el imperio universal de Roma. Roma, pues, imponía su voluntad en Oriente y salvaba a Egipto, pero no por un interés especial hacia los Lágidas sino para impedir la reconstrucción del poder de los Seléucidas.

Pero Roma no anexionaba territorios, sólo desmembraba estados y disolvía ligas de ciudades. Las ambiciones de generales y de financieros romanos eran así frenadas por la aristocracia senatorial, siempre desconfiada y opuesta a las consecuencias de la política de intervención en el exterior. Este conflicto político se doblaba además en los aspectos religiosos y culturales con la pugna de los tradicionalistas romanos contra la penetración de las influencias helenísticas y orientales en la ciudad. La hegemonía de Roma en Grecia y en Oriente se desaprovechaba, pues, por falta de una política romana coherente, al tiempo que el mundo helenístico se debatía en medio de una total anarquía política. Sólo las disensiones internas de la política de la República romana permitían conservar su independencia a los diversos estados mediterráneos, aunque éstos no lograban organizarse, ni mucho menos ponerse de acuerdo, para hacer frente con un mínimo de eficacia a la amenaza romana.

La situación interna en Roma fue evolucionando, de todos modos, poco a poco, siendo el factor más importante en ello la progresiva importancia alcanzada por la nueva clase ecuestre, integrada sobre todo por hombres de negocios y publicanos que se habían ido enriqueciendo de manera considerable y que estaban interesados en la reactivación de la política imperialista. Gracias a su enorme capacidad económica la clase ecuestre consiguió introducir su influencia en el Senado, corrompiendo con sus negocios a la nobleza conservadora y reacia a las intervenciones en el exterior. De este modo, el capitalismo romano engendró el imperialismo que acabó dándole el domi-

nio absoluto del ámbito mediterráneo, siendo favorecida esta nueva dinámica por las constantes revueltas de las víctimas de tales intervenciones, que provocaban a su vez nuevas guerras. De este modo, en pocos años se aceleró la conquista de la mayor parte de Hispania, consumada con la caída de Numancia (133); se destruyó Cartago tras la 3.ª Guerra Púnica y se anexionó la provincia de África (146); se anexionó Macedonia (148); se saqueó Corinto y se disolvió la Liga Aquea, siendo colocada Grecia bajo protectorado romano (146), y se conquistó el reino de Pérgamo, constituyéndose con él la provincia de Asia (129).

Mientras, la política exterior lágida siguió caracterizándose por su estériles querellas contra los Seléucidas. Así, Ptolomeo VI aprovechó las disensiones internas que sobrevinieron en el reino de Siria tras la muerte de Antíoco IV (163) para intervenir en las mismas, apoyando primero al usurpador Alejandro Balas, al que dio a su hija Cleopatra en matrimonio. Más adelante, en cambio, apoyó a Demetrio II Nicátor dándole en matrimonio a esta misma Cleopatra, casada hasta entonces con Alejandro Balas. La política interior, extremadamente complicada, viene caracterizada por las disensiones del rey con su hermano Ptolomeo Fiscón, quien ya había tomado parte anteriormente en el gobierno de Egipto y que nunca se entendió con Ptolomeo VI. Las peleas de ambos hermanos acabaron conduciendo al reparto entre ellos del reino, quedando Ptolomeo Fiscón como rey de Cirene y Libia (163). Ulteriormente, Ptolomeo Fiscón intentó también apoderarse de Chipre y para ello buscó el apoyo de Roma a la que incluso nombró heredera de sus estados si moría sin descendencia; sin embargo, Roma arbitró a favor de Ptolomeo VI, con lo que Ptolomeo Fiscón tuvo que resignarse momentáneamente a reinar sólo en Cirene.

Ptolomeo VI Filométor murió en Siria, luchando contra Alejandro Balas, y su hermana y viuda Cleopatra II hizo coronar a su hijo Ptolomeo VII Neo-Filópator (145-144). Pero Ptolomeo Fiscón aprovechó la ocasión para hacerse proclamar nuevamente rey (145-116), con el nombre de Ptolomeo VIII Evérgetes II, asesinando para ello a Ptolomeo VII Neo-Filópator y casándose con la madre de éste, Cleopatra II, quien a su vez era también su hermana.

Conviene advertir al lector que a partir de este momento la anarquía dinástica es tal entre los Lágidas que los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo sobre el número de Ptolomeos que llegaron a reinar ni sobre el número que como rey conviene dar a cada uno de ellos. Por ello es preciso identificarles uno a uno, con el epíteto o los epítetos que se les atribuyeron, con el fin de evitar confusiones.

Ptolomeo VIII Evérgetes II fue un personaje de cultura griega, que había tenido como maestro al filólogo Aristarco de Samotracia. No obstante, su carácter sanguinario le llevó a asesinar a muchos de sus oponentes y a confiscar los bienes de todos ellos, siendo numerosos los sabios del Museo que optaron entonces por el exilio. También persiguió a los judíos aunque des-

pués se reconcilió con ellos. Al mismo tiempo, muchos egipcios empezaron a ocupar altos cargos militares. Por otro lado, las condiciones sociales y económicas empeoraron en esta época de desorden, y fueron numerosas las deserciones de los campesinos que preferían abandonar tierras y propiedades huyendo al desierto, para escapar así de la presión fiscal. Nacía así, como ya hemos dicho, el curioso fenómeno del eremitismo. También se produjo, de todos modos, un hecho positivo, que fue el descubrimiento por Eudoxo de Cízico de la ruta de la India por el mar de Omán, lo cual había de favorecer el inicio de nuevas relaciones comerciales de gran importancia.

Ptolomeo VIII Evérgetes II, llamado Fiscón, el Panzudo, era además un personaje deforme y de comportamiento rastrero con los ilustres visitantes romanos que se personaban en Egipto, ante alguno de los cuales llegó a ofrecer un espectáculo repugnante. También se casó con Cleopatra III, hija de Ptolomeo VI Filométor y de Cleopatra II, sin repudiar a ésta. Todo ello, unido a su crueldad, le hizo enormemente impopular entre los alejandrinos, con lo que Cleopatra II logró expulsarle (131). Sin embargo, Ptolomeo VIII Evérgetes II regresó poco después, expulsando a su vez a Cleopatra II. Ambos esposos se reconciliaron en 125 y reinaron de nuevo conjuntamente hasta la muerte del primero, dejando de su paso por el trono un recuerdo detestable.

Sus estados fueron entonces nuevamente repartidos, y mientras su hijo bastardo Ptolomeo IX Apión heredó el reino de Cirenaica (116-96), los alejandrinos impusieron como rey de Egipto a su primogénito Ptolomeo X Sóter II, llamado Látiro, el Garbanzo (116-107), habido de la reina Cleopatra III. Sin embargo, su madre consiguió colocar a otro hijo suyo más joven como rey de Chipre, hasta que con el apoyo de su madre este último logró a su vez derrocar a Ptolomeo X Sóter II proclamándose rey de Egipto con el nombre de Ptolomeo XI Alejandro I (107-88). Ptolomeo XI Alejandro I asesinó a su madre y profanó la tumba de Alejandro Magno (89) antes de ser expulsado por los alejandrinos, que restablecieron en el trono a su hermano mayor Ptolomeo X Sóter II (88-80). Éste, casado sucesivamente con sus hermanas Cleopatra IV y Cleopatra V Selene, asoció al trono a su hija Cleopatra Berenice III, y en la segunda parte de su reinado tuvo que reprimir una nueva revuelta nacionalista en la Tebaida (88-86). Muerto Ptolomeo X Sóter II, la reina Cleopatra Berenice III casó con Ptolomeo XII Alejandro II (80), hijo de Ptolomeo XI Alejandro I. Pero éste asesinó a la reina y fue por esta razón muerto a su vez por los alejandrinos. Fue entonces proclamado rey Ptolomeo XIII Neo-Dioniso (80-58), hijo bastardo de Ptolomeo X Sóter II, quien casó con su hermana Cleopatra VI. Ptolomeo XIII Neo-Dioniso, llamado Auletes, el Flautista, fue un personaje vicioso y servil, humillado ante Roma a la que cedió la posesión de Chipre, razón por la cual fue expulsado por los alejandrinos, quienes instalaron en el trono a su hija Berenice IV (58-55).

Mientras esta sucesión de soberanos indignos y crueles acentuaban la decadencia de la Dinastía Lágida, Roma iba renovando sus esfuerzos de

control de Oriente. A tales efectos envió a Pompeyo a la región, quien tras derrotar a los reyes Mitrídates del Ponto y Tigranes de Armenia, reunió en Amiso un congreso con los catorce soberanos amigos del pueblo romano (64), entre los que se hallaba Ptolomeo XIII Auletes de Egipto. Pompeyo organizó además los dominios romanos de Oriente, que reagrupó en cinco provincias, entre las que se encontraban la de Siria, con Judea, tras haber puesto fin a la Dinastía Seléucida, así como la de Cirenaica, recogiendo para ello la herencia de Ptolomeo IX Apión quien, a su muerte, había legado su reino al pueblo romano. De esta manera, Egipto se encontraba ya rodeado de provincias romanas.

Poco después, el año 60 se constituía en Roma el primer Triunvirato entre Craso, Pompeyo y César, en realidad una asociación secreta entre estos tres ambiciosos políticos romanos para apoyarse mutuamente en sus ansias de poder. Pero mientras César aprovechaba las circunstancias propicias para desencadenar la Guerra de las Galias que había de proporcionarle un sólido prestigio militar, Pompeyo intentaba en vano que el Senado le concediese el supremo mando militar. Para ello formuló una propuesta, que fracasó, para dirigir una expedición a Egipto que restableciese en el trono a su amigo Ptolomeo XIII Auletes, que acababa de ser depuesto por los alejandrinos y por su hija Berenice IV. Sin embargo, y a pesar del fracaso de su propuesta, Pompeyo decidió intervenir en Oriente sin moverse de Roma por medio de Gabinio, procónsul de Siria y adicto a su persona. Así, Gabinio restableció, por iniciativa propia y sin órdenes del Senado, en el trono de Egipto a Ptolomeo XIII Auletes (55-51), que iniciaba así la segunda parte de su reinado. No obstante, el Senado romano procesó por crimen *de maiestate* a Gabinio, debido a su actuación en Egipto, y sólo logró ser absuelto gracias a la decidida intervención a favor suyo de Pompeyo y de Cicerón. Poco después Craso, inactivo hasta entonces, decidió atacar a los partos que, habiendo sustituido a los Seléucidas en el imperio de Mesopotamia, se mostraban cada vez más peligrosos para Roma. Pero la derrota y muerte de Craso ante los partos (53) dejaba solos y frente a frente a César y Pompeyo.

Ptolomeo XIII Auletes falleció el año 51, dejando el trono a sus hijos Ptolomeo XIV Dioniso II (51-47) y Cleopatra VII Filópator, casados entre sí.

Cleopatra VII Filópator y el final de la independencia de Egipto

Cuando Cleopatra VII (51-30) subió al trono tenía 18 años. Se trataba de una mujer bella y seductora, pero también muy inteligente y con unas dotes políticas innegables. A pesar de lo mal parada que la ha dejado la tradición, a causa de la propaganda negativa que sobre su memoria vertieron sus enemigos romanos, no cabe ninguna duda de que su sola figura basta para rei-

vindicar las postrimerías de la Dinastía Lágida, borrando el triste recuerdo de sus inmediatos predecesores. Dotada además de gran facilidad para las lenguas —parece que dominaba siete idiomas—, fue en todo caso el único miembro de su dinastía que hablaba la lengua de sus súbditos, el egipcio.

Su hermano Ptolomeo XIV Dioniso II, con quien se había visto obligada a casarse, no tenía por aquel entonces más de diez años. Sin embargo, inducido por sus consejeros, pronto se peleó con Cleopatra VII, quien tuvo que abandonar Alejandría, iniciándose una guerra civil entre ambos al conseguir la reina organizar un ejército de partidarios suyos.

En aquel mismo momento, los poderes militares extraordinarios de César en la Galia, cuya conquista acababa de culminar, estaban a punto de expirar. Pompeyo, por su parte, instalado en Roma, se había ido acercando cada vez más al partido republicano, conservador, y por ello se opuso a que el Senado renovase sus poderes a César, quien por su parte se había ido convirtiendo en el principal dirigente del partido popular, de carácter demócrata. Tras un período de tensiones, finalmente y ante la orden del Senado a César para que éste licenciase su ejército y regresase a Roma, César decidió cruzar el Rubicón —río que señalaba la frontera entre la Galia e Italia— al frente de su ejército y marchar sobre Roma, en lo que constituyó un auténtico golpe de Estado (50). Pompeyo, sorprendido sin preparar, abandonó Roma y se refugió en Grecia, con la intención de reorganizarse, produciéndose con ello una auténtica desbandada de republicanos.

César entró así en Roma, donde reorganizó con sus partidarios un gobierno demócrata, contando para ello con los senadores que le habían permanecido fieles. Comenzaba así la Guerra Civil. César, en vez de lanzarse directamente contra Pompeyo, prefirió primero asegurarse la retaguardia, para lo cual se dirigió a Hispania derrotando a los pompeyanos en Ilerda (49) y haciendo capitular a las legiones de éstos en la Península Ibérica. Tras hacerse elegir cónsul para el año 48, en invierno César pasó a Grecia, derrotando en Farsalia al propio Pompeyo (48). La derrota provocó una nueva desbandada de republicanos, y el propio Pompeyo decidió huir a Egipto en busca de refugio. Pero allí sólo encontró la muerte, puesto que fue inmediatamente asesinado por los ministros de Ptolomeo XIV Dioniso II, quienes esperaban así atraer a su causa al victorioso César. Sin embargo éste, llegado a Egipto en persecución de Pompeyo, no apreció el regalo puesto que su intención debía ser la de perdonar a su antiguo aliado, y en todo caso no le gustó el triste fin que le fue deparado.

Habiéndose instalado en el palacio real de Alejandría, Cleopatra VII se las ingenió para llegar hasta él envuelta en una alfombra y para seducirle, atrayéndole a su causa. César intentó, en vano, reconciliar a los dos hermanos, pero Ptolomeo XIV Dioniso II no aceptó los tratos, sino que por el contrario puso sitio con sus partidarios a César y a Cleopatra VII en el palacio de Alejandría. Sólo la llegada de refuerzos permitió a César salir de la apurada situación, pereciendo Ptolomeo XIV Dioniso II en los combates subsi-

guientes (47). Puesto así fin a la Guerra Alejandrina, César, que no había conocido un momento de respiro desde la Guerra de las Galias, permaneció ahora varios meses en Egipto junto a Cleopatra VII, remontando con ella el Nilo para visitar los monumentos del pasado faraónico del país y llegando hasta Nubia. Además, de la unión de César y Cleopatra VII nacería un hijo, Ptolomeo Cesarión. Cuando, finalmente, César tuvo que abandonar Egipto a causa de la guerra contra Farnaces, rey del Bósforo, previamente entregó la corona a Ptolomeo XV Filópator (47-44), otro hermano de Cleopatra VII, aún niño, al que hizo casar con ella, marchando seguidamente a Asia (47).

Tras derrotar rápidamente a Farnaces, César regresó a Roma, y de allí preparó una nueva campaña contra los pompeyanos que, dirigidos por los hijos de Pompeyo, se habían reagrupado en África, cerca de Cartago. César les derrotó en Tapso, y entonces el Senado le nombró dictador por 10 años, así como príncipe del Senado (es decir, el primero a hablar en el Senado), concediéndole asimismo ciertos privilegios y honores tendentes a preparar la instauración de la monarquía (46).

Al mismo tiempo, desde el momento mismo de su regreso a Roma el 47, César había empezado a tomar medidas democráticas de gobierno, a favor del pueblo y a favor de los habitantes de las provincias, y contra los ricos y los capitalistas, especialmente los publicanos, que eran quienes compraban los impuestos debidos por las provincias al Estado en subasta y después se encargaban de cobrarlos en beneficio propio, dando lugar a toda clase de abusos incontrolables. César, para remediar esta situación, decretó que los impuestos serían pagados directamente al Estado a partir del año 47. Todas estas reformas preparaban asimismo el terreno para que Roma cambiase el concepto de mera explotación de las provincias, vigente hasta este momento, por el de administración de las mismas, y estaban inspiradas con seguridad en el modelo del estado egipcio, demostrando que también en este sentido César aprovechó su larga estancia junto a Cleopatra.

Estas reformas fueron acompañadas del inicio de grandes trabajos públicos. También el calendario fue reformado entonces, imponiéndose el año solar de 365 días, con la corrección del añadido de un año bisiesto cada cuatro años, de acuerdo con las disposiciones que Ptolomeo III había intentado imponer en Egipto con el Decreto de Canopo, nunca llevado a la práctica. Ahora, César lo impuso a todo el orbe romano a partir del primero de enero del 45, para lo cual fue necesario prolongar el año 46, que llegó a contar hasta 422 días, con el fin de adaptar el tránsito del viejo calendario romano al nuevo Calendario Juliano, llamado así en honor de César, y que ha estado en vigor hasta el siglo XVI.

Pero estas influencias egipcias en los ámbitos administrativo, social y cultural, no fueron las únicas. Así, por ejemplo, la influencia fue notoriamente visualizada en el ámbito religioso, mediante la introducción pública del culto de Isis en Roma, y aun en el ámbito político, mediante las dos visitas que la reina Cleopatra VII realizó a la Urbs, acompañada de su hijo Ce-

sarión, el primero en 46 y el segundo en 45-44. De hecho, esta influencia política debía ser aún más decisiva en el pensamiento de César, puesto que como ya hemos visto el dictador estaba preparando el tránsito a la monarquía, y estos preparativos se afianzaron después de la decisiva victoria obtenida por César sobre los últimos pompeyanos en Munda, en Hispania (45).

Parece que los planes de César pasaban por la unión de los dos grandes estados egipcio y romano, que habrían hecho de este modo la unión política de todo el orbe mediterráneo. A este proyecto común Roma habría aportado sus conquistas y Egipto sus estructuras políticas y administrativas. Había, sin embargo, varias dificultades que superar para poder llevarlo a cabo. En primer lugar, César estaba casado con Calpurnia; sin embargo, ni de éste ni de ninguno de sus matrimonios anteriores tenía descendencia masculina, de modo que había tenido que adoptar a Octavio, un sobrino suyo, como heredero. En cambio, Cleopatra sí le había proporcionado un hijo, que además ya era el heredero del trono de Egipto. Parece ser que, con el objetivo de resolver esta cuestión, César había preparado una ley que le permitiese tener varias esposas legítimas con el fin de asegurar su sucesión, a imitación de los soberanos orientales, ya que en todo caso no estaba dispuesto a separarse de Calpurnia.

Más peligrosa era, sin embargo, la animadversión de la opinión pública romana hacia la monarquía, que se había forjado en cinco siglos de república. A pesar de sus tentativas, sus gestos públicos y su aparente prudencia, César no pudo evitar la creación de una fuerte corriente de opinión republicana que no dudó en pasar a los hechos para salvar la república. Cuando ya se estaba preparando su coronación, así como una expedición militar contra los partos que debía vengar la derrota sufrida por Craso, el 15 de marzo del 44 César fue asesinado en el Senado por los republicanos conjurados, cayendo acribillado a puñaladas a los pies de la estatua de Pompeyo. De este modo se frustraba su proyecto de monarquía democrática, que habría de haber sumado a las reivindicaciones sociales del partido popular las profundas reformas administrativas que, imitadas de Egipto, habrían permitido mejorar el gobierno de las provincias.

Mientras nuevamente estallaba la guerra civil en Roma, Cleopatra, presente en la ciudad con su hijo cuando se produjo el magnicidio, se apresuró a abandonarla para regresar a Egipto, donde tras suprimir a Ptolomeo XV instaló en el trono, como corregente, al niño Ptolomeo XVI Cesarión (44-30). Los republicanos, dirigidos por Casio y Bruto, asesinos de César, pronto tuvieron que abandonar Roma al Segundo Triunvirato, integrado por Octavio, sobrino y heredero de César; Marco Antonio, lugarteniente de César, y Lépido, general adicto a César que pronto se puso de su lado. El 42, los republicanos fueron finalmente vencidos por las fuerzas de los triunviros en Filipos y, tras marginar a Lépido, Octavio y Antonio se repartieron el Imperio, quedándose el primero Occidente y el segundo Oriente, con el encargo de preparar la campaña contra los partos desde Siria.

Encontrándose Marco Antonio en Siria, se produjo su primera entrevista con la reina de Egipto, Cleopatra VII (41). A partir de este momento se produjo un distanciamiento progresivo de los dos triunviros, que culminaría con la ruptura, de hecho, del Segundo Triunvirato el 36. Al tiempo que Octavio se hacía el amo absoluto de Occidente, en Oriente Antonio, vencedor de los partos, se aliaba con Cleopatra casándose probablemente con ella en Antioquía, si bien sin repudiar a su esposa Octavia, hermanastra de Octavio.

Totalmente entregado a Cleopatra, Antonio cedió a Egipto Chipre, Fenicia y Creta, reconstituyéndose así, a costa de Roma, el imperio de los primeros Lágidas. Así, en vez de continuar la política imperialista romana en Oriente, Antonio, convertido en un simple príncipe consorte de la reina de Egipto, que le dio varios hijos, llegó hasta el extremo de entregar a éstos diversas provincias romanas, contribuyendo de este modo aún más a engrandecer Egipto mediante diversos estados satélites. Al mismo tiempo, Antonio se fue rodeando de antiguos republicanos, mientras que los colaboradores de Octavio eran hombres nuevos; y al tiempo que aquél abandonaba toda actividad bélica, instalándose en Egipto al lado de Cleopatra, éste llevaba a cabo una serie de guerras difíciles en Occidente que contribuyeron a consolidar la disciplina de su ejército.

Finalmente el 33, último año en que estaba en vigor el triunvirato, Octavio y Antonio acudieron al Senado lanzándose mutuas acusaciones. Antonio repudió a su esposa Octavia y Octavio violó el secreto del testamento de Antonio, que arrebató a las vestales y leyó en público para que los romanos conociesen la traición de aquél. Esto sería suficiente para que Octavio lograse la destitución de Antonio.

A partir de este momento los acontecimientos se precipitaron: Octavio hizo declarar la guerra a Egipto —como si Antonio ya no contase para nada— y se mantuvo en el poder el 32 por medio de una serie de medidas extraordinarias que le atribuyeron poderes indefinidos, con el objetivo de defender Italia de un eventual ataque egipcio. Los preparativos bélicos se activaron en ambos bandos, y las legiones de Antonio fueron reforzadas por las fuerzas egipcias y las de otros estados clientes de Asia y África. Por su parte, Octavio contaba con menos recursos y tropas, pero éstas eran más disciplinadas.

Mientras Antonio aguardaba en Acarnania, Octavio avanzó por tierra y Agripa, general de Octavio, por mar, obligando a Antonio a presentar batalla. Ésta tuvo lugar en Accio el 2 de septiembre del 31: comenzada la batalla naval, la misma se vio interrumpida de repente por la huida de Cleopatra hacia Alejandría, seguida de Antonio abandonando su ejército, el cual se rindió acto seguido.

Egipto fue rápidamente rodeado, por Asia y por África, y durante el sitio de Alejandría Antonio se suicidó, quedando el país prácticamente sin lucha en manos de Octavio (30). Cleopatra y Octavio sostuvieron una entrevista en la que éste dio garantías a la reina. Sin embargo, poco después hizo asesinar a Ptolomeo XVI Cesarión, ya que el heredero de César no podía

permitir dejar con vida al único hijo que el dictador había tenido. Cleopatra, comprendiendo que no le quedaban más armas con que luchar y temiendo ser llevada encadenada a Roma, para ser exhibida en el triunfo de Octavio, decidió poner fin de manera digna a su vida: habiéndose revestido de sus galas reales, se suicidó el 29 de agosto del año 30 haciéndose picar por un áspid, es decir por una cobra egipcia, en definitiva la diosa ureo Uto que durante más de 3.000 años había protegido a todos los reyes de Egipto, ceñida en su frente, y que ahora prestaba a la monarquía su postrer servicio. Cleopatra VII Filópator, última descendiente de «las almas de Buto», era así arrebatada a la humillación, y tanto la más antigua monarquía del mundo como su representante terrenal devueltas a los dioses que la habían creado.

La reina Cleopatra VII fue, pues, una digna representante de su época, ni mejor ni peor que sus contemporáneos varones, ambiciosa y cruel como ellos, pero que sin embargo supo poner su inteligencia al servicio de una causa, la de la independencia de su patria, Egipto. Habiéndole tocado vivir en una dura época, dominada no sólo por los hombres sino más concretamente por los señores de la guerra, y en la que el expansionismo del imperialismo romano era ya fatalmente irreversible, intentó una lucha desesperada en la que utilizó unas armas inéditas hasta entonces, pero en la que se reveló una maestra consumada: sus armas no eran otras —no podían ser otras— que sus encantos femeninos, que puso al servicio del único país del Mediterráneo que hacía posible a una mujer ejercer la realeza. Si Cleopatra VII pudo ocupar el lugar que ocupa en la Historia universal fue sólo porque Egipto le permitió reinar, de acuerdo con sus viejas leyes que remontaban al Período Tinita, y sólo a Egipto dedicó esta egipcia de adopción sus desvelos. Y por dos veces tuvo éxito la reina Cleopatra en su particular y desesperada lucha, al lograr conquistar a dos grandes estadistas romanos: al primero, César, logrando introducirse en sus planes de monarquía universal; al segundo, Marco Antonio, sometiéndole pura y simplemente a su voluntad. Del éxito de tales operaciones da fe un historiador contemporáneo al atestiguar que la orgullosa Roma sólo llegó a temer a dos seres humanos: uno era Aníbal, el otro una mujer. Ello basta para justificar la mala prensa que sobre Cleopatra vertieron los historiadores romanos y que ha llegado hasta nosotros. Por nuestra parte, en cambio, no nos queda sino levantar acta de que, tras constatar finalmente su fracaso, la última descendiente del legendario Menes supo una vez más estar a la altura de las circunstancias y poner un bello colofón a la tres veces milenaria historia de Egipto.

Epílogo: el final de la civilización egipcia

La historia de Egipto acaba realmente con el suicidio de su última soberana, Cleopatra VII, a los treinta y nueve años de edad, y con el final de su independencia, es decir, con la desaparición de Egipto como estado diferencia-

do. Sin embargo, su civilización sobrevivió aún cuatro siglos. Más aún, Egipto es el único país conquistado por los romanos que supo mantener las características manifestaciones de su civilización autóctona, las cuales no fueron pura y simplemente sumergidas por las manifestaciones de la civilización clásica greco-romana como aconteció en el resto del Imperio, sin excepción. Ello fue debido, en parte, a que una vez desaparecida la monarquía, que era una de las pilastras en que reposaba la civilización egipcia, aún quedaba el clero para seguir manteniéndose fiel a las viejas formas de la civilización faraónica. No obstante, la desaparición de la monarquía acabó revelándose fatal, y la adhesión del clero insuficiente, teniendo en cuenta sobre todo la manera en que la clase sacerdotal había ido alienando especialmente la voluntad de las masas populares, cerrándose cada vez más sobre sí mismo.

De todos modos, la supervivencia de la civilización egipcia contó también con una cierta comprensión de las autoridades romanas. Esta comprensión arrancaba del reconocimiento del hecho diferencial egipcio ya por parte del mismo Octavio, determinante a la hora de hacer que esta nueva conquista no fuese reducida a la condición de provincia, siendo de resaltar que hasta entonces sólo la misma Italia y Grecia habían escapado a tal condición. Egipto fue considerado, en efecto, posesión personal de Octavio, quien cerró el territorio a las autoridades de la República, e instaló como gobernador a un hombre nuevo con el título de prefecto. Octavio permaneció un año en Egipto, organizando su nueva posesión, y si no quería que en Roma se supiese qué es lo que estaba haciendo en Egipto es porque en realidad mantuvo Egipto como monarquía, haciéndose reconocer él mismo como faraón y como legítimo heredero del desventurado Ptolomeo XVI Cesarión. Esto no era sino el primer paso de la transformación de la República en monarquía, pero Octavio, escarmentado por la trágica experiencia de César, razón por la cual basaba su poder personal tan sólo en las magistraturas republicanas, no tenía ningún interés en que en Roma se supiese que se había dejado proclamar nada menos que faraón en Egipto.

Por otro lado, no cabe ninguna duda de que el año que Octavio permaneció en Egipto estuvo instruyéndose sobre las estructuras políticas y administrativas del país, igual que hiciera César, como lo demuestra que su labor de gobierno, una vez de regreso a Roma, se siguió inspirando en las medidas que su tío apenas había tenido tiempo de poner en marcha y que Octavio siguió aplicando concienzudamente.

Octavio regresó a Roma el 15 de agosto del año 29, celebrando un nuevo triunfo por sus victorias en Oriente y cerrando el templo de Jano, dando por inaugurado así el período de la paz romana tras un largo período de guerras y de conflictos sociales. A partir de este momento Octavio, convertido en Augusto, empezó el delicado proceso de transformación de la república en monarquía, proceso que desembocó en el Imperio, régimen que era

una monarquía de hecho aunque manteniendo la constitución republicana. Así, Octavio Augusto obvió el problema de la necesaria transformación del estado romano. Más trascendente fue, de todos modos, la transformación de la administración territorial de las provincias, que siguiendo las pautas de César hicieron que el Imperio pasase a ser de un estado territorial de hecho a un estado territorial jurídicamente. Ello se logró mediante la reorganización de las provincias del Imperio, que implicaba la sustitución radical del concepto de explotación por el de administración y que obligó a llevar a cabo toda una serie de medidas concretas, tales como un nuevo catastro, un censo de la población, la racionalización de la división provincial y de las cargas fiscales y el control estricto de los funcionarios. Todas estas medidas son de evidente inspiración egipcia y constituyen la base de la auténtica revolución romana, cuya importancia para el mundo mediterráneo es sólo equiparable a la que habían tenido previamente las revoluciones neolítica y urbana, ya que las transformaciones que implicó tanto en el mundo rural como, de manera más amplia, en la ordenación del territorio, han perdurado hasta nuestros días y en muchos casos siguen aún vigentes. Pero la influencia egipcia sobre el orbe romano no acababa aquí, sino que hay que resaltar asimismo la importantísima presencia de los dioses egipcios, y especialmente el impacto de los cultos isíacos con Isis a la cabeza, acompañada siempre de su paredro Serapis que fue progresivamente reemplazado por Osiris, así como por Harpócrates y Anubis; los cultos isíacos se hicieron rápidamente muy populares en el Imperio Romano, pero no fueron éstos los únicos dioses egipcios que nos encontramos en esta época fuera de Egipto. Otro de los casos interesantes que merece la pena reseñarse es el de Júpiter-Amón, por su vinculación al culto al emperador que demuestra lo que la divinidad de éste debía a la realeza faraónica y de la cual Calígula, por ejemplo, fue muy consciente. Por otro lado, los cultos egipcios tuvieron amplias relaciones con los restantes cultos orientales que se difundieron sorprendentemente en época imperial romana, y a esta influencia de la religión egipcia no escapó ni siquiera el cristianismo primitivo.

Sin embargo, esta influencia de la civilización egipcia sobre el mundo romano no se tradujo en una mejora de la situación interna de Egipto con los nuevos dominadores. Roma, que había arrebatado nuevamente a los templos sus inmunidades y al clero sus privilegios, no se ocupó de Egipto más que para explotarlo económicamente, convirtiéndolo en uno de sus graneros. En estas condiciones, la gravísima crisis social heredada de época lágida no podía ser corregida, sino todo lo contrario. Y poco a poco la gente fue abandonando la religión oficial de los grandes templos, exactamente como ya había sucedido en épocas de crisis anteriores. Sin embargo, ahora la posición inconformista de la población adoptó nuevas formas de protesta frente al Estado; y cuando éste, a partir del siglo IV de nuestra era, se cristianizó, surgieron en Egipto diversos movimientos heréticos enfrentados a la ortodoxia oficial del

Imperio, los cuales acabaron desembocando, en el siglo V, en la organización de la iglesia copta enfrentada a la iglesia oficial amparada por el Estado.

Al mismo tiempo, la antigua civilización egipcia, monopolizada y fosilizada por los sacerdotes de los grandes templos, se encontraba ya en trance de extinción. En efecto, el clero egipcio que ya se había alienado el afecto de las clases populares, se encontraba sin recursos materiales y dependía casi exclusivamente de la buena disposición del emperador y de las ciudades para mantener el culto y para continuar las obras que habían quedado inconclusas en determinados templos comenzados a erigir durante el Período Ptolemaico. Así, estas obras siguieron aún a buen ritmo en el siglo II de nuestra era, con emperadores como Trajano y Adriano, pero poco a poco los recursos comenzaron a faltar y las obras fueron quedando detenidas e inconclusas entre el siglo II y el III. Es significativo, de todos modos, que la maestría de los artistas egipcios se mantuvo hasta el último momento, tanto en lo referente a la arquitectura como al bajorrelieve, lo que demuestra la estrecha vinculación del trabajo de estos artesanos con la religión tradicional, y también que la civilización egipcia murió de inanición. Porque la maestría de estos últimos artistas egipcios que dejaron sus obras inacabadas no fue heredada por los primeros artistas coptos, cuyo trabajo es de una mediocridad sorprendente sobre todo si lo comparamos con el de sus contemporáneos paganos.

La inanición, es decir, la falta de recursos económicos, de los diversos cultos tradicionales no sólo en Egipto sino también en el resto del Imperio, fue también decisiva al dejar inermes a los diversos cultos paganos frente al rápido expansionismo del bien organizado cristianismo. En efecto, el Estado se había hecho cargo del mantenimiento del culto oficial pagano, puesto a su servicio exclusivo, de modo que la conquista del Estado por los cristianos tuvo como efecto inmediato el cese de las subvenciones oficiales al culto pagano en todo el Imperio. Pero en Egipto este fenómeno se vio además agravado por la prematura desafección a su civilización tradicional por parte de un amplio sector de sus capas dirigentes e intelectuales, convertidas en entusiastas adeptos del paganismo y de la cultura clásica greco-latina. Fueron estos sectores los que dieron origen a la cultura copta aun antes de cristianizarse, y fueron estos sectores poco después los más receptivos a la introducción del cristianismo. El resultado de todo ello fue catastrófico para la conservación misma de la vieja civilización faraónica. Puesto que, mientras que los primeros intelectuales cristianos griegos o romanos no renunciaron a la cultura de sus predecesores paganos y se cuidaron de seguir leyendo por ejemplo a Homero y a Virgilio, con lo cual garantizaron la transmisión de la cultura clásica greco-latina hasta nuestros días, en cambio los primeros intelectuales cristianos egipcios renegaron de su pasado faraónico de modo absoluto, propiciando la pérdida de la llave de los jeroglíficos y el olvido total de la vieja sabiduría de sus antepasados, así como de la herencia que les debían.

De modo que la religión egipcia, y con ella todas las formas de su antigua civilización, quedaron indefensas ante la pujanza del cristianismo en el siglo IV, incluidos los viejos sistemas de escritura, tanto los jeroglíficos como el demótico, arrinconados por la escritura copta, que no era otra cosa que el alfabeto griego adaptado a la lengua egipcia, y que se impuso rápidamente al ser adoptado por los cristianos de Egipto. Al respecto, es significativo que las últimas inscripciones jeroglíficas están fechadas siguiendo la era de Diocleciano, último emperador romano que honró los dioses egipcios.

El desenlace final no se haría ya esperar. Tras el decreto de Teodosio del año 384 de nuestra era prohibiendo el culto público pagano en Oriente, todos los templos de los antiguos dioses fueron cerrados en Egipto, con la única excepción del de Isis en la isla de Filas, en la frontera meridional del Imperio inmediatamente al sur de la 1.ª catarata. Aquí se refugiaron los últimos sacerdotes que aún practicaban los jeroglíficos. Uno de ellos, Nesmet-Ajom, el 24 de agosto del 394 de nuestra era grabó, sobre uno de los muros del templo, la siguiente inscripción jeroglífica frente a una imagen del dios Mandulis:

Ante el dios Mandulis hijo de Horus, de parte de Nesmet-Ajom hijo de Nesmet, segundo sacerdote de Isis, para siempre eternamente. Palabras dichas por Mandulis, señor del Abatón, el dios grande.

(Traducción de D. Devauchelle, «24 août 394 - 24 août 1994, 1600 ans», en *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie,* 131, París, 1994, pp. 16-18)

Se trata, ni más ni menos, que de la última inscripción jeroglífica jamás escrita. Gracias a ella conocemos, además, el nombre del último escriba que la utilizó para garantizar su supervivencia durante toda la eternidad. Unos años después, en el 452 de nuestra era, se inscribía en el mismo templo la última inscripción demótica. Por último, ya en el siglo VI el emperador de Oriente, Justiniano, ordenaba cerrar el templo utilizando para ello la fuerza militar: los últimos sacerdotes de Isis, capaces aún de leer las inscripciones jeroglíficas, fueron hechos prisioneros.

Se perdía así la llave de los jeroglíficos y se ponía punto final a la civilización egipcia, dándose cumplimiento a la profecía de Hermes Trismegistus, es decir, de Tot, el dios de la sabiduría:

Un tiempo vendrá en que parecerá que los egipcios han honrado en vano a sus dioses... ellos volverán al cielo, y abandonarán Egipto... Entonces esta tierra muy santa, patria de los santuarios y de los templos, quedará toda ella cubierta de sepulcros y de muertos. ¡Oh, Egipto, Egipto!, de tus cultos no quedarán más que fábulas y tus hijos, más tarde, ni tan sólo creerán en ellas; no quedarán entonces más que palabras grabadas sobre las pie-

dras, que explicarán tus piadosas realizaciones... Sin dioses y sin hombres, Egipto no será más que un desierto.

(Traducción de C. Piedrafita sobre Hermes Trismegistus, *Corpus Hermeticum,* ed. A. D. Nock y A. J. Festugière, París, 1945)

La civilización egipcia, abandonada e ignorada por sus hijos, había expirado. Su herencia, sin embargo, ya había sido transmitida al mundo entero.

Apéndices

1. Lista de reyes de Egipto

Damos a continuación una lista de los principales reyes conocidos de Egipto. Hay que tener en cuenta que algunos reyes egipcios pueden ser conocidos con nombres distintos debido a diversas razones. En primer lugar, puede usarse la transcripción griega o la convencional egipcia de sus nombres, que pueden diferir en mayor o menor grado. En segundo lugar, los nombres tradicionales con que son conocidos algunos de estos faraones no fueron nunca llevados en vida por ellos mismos, que en cambio usaron otros distintos. En tercer lugar, algunos faraones cambiaron de nombre en el curso de su reinado, o quizá usaron simultáneamente nombres distintos. Finalmente, en ocasiones los egiptólogos aún no están de acuerdo sobre cómo deben leerse determinados nombres faraónicos. Por consiguiente, en esta lista damos en primer lugar los nombres tal como figuran en este libro, y a continuación entre paréntesis damos otras formas posibles de designar al mismo soberano, cuando existen en los libros usuales y son susceptibles de desconcertar al lector de nuestra obra. Señalemos, asimismo, que de los reyes a partir de la Dinastía VI damos el *praenomen* y el *nomen* cuando ello es posible, para mayor claridad del lector.

La cronología que damos es la que usamos en esta obra. Los números de la derecha corresponden a los años de reinado de los soberanos anteriores al Imperio Medio, cuando los conocemos.

PERÍODO PROTODINÁSTICO

DINASTÍA 0 (3200-3065)
«Rey Escorpión»

Ka
Narmer

PERÍODO TINITA

Los nombres que damos de los reyes de este período corresponden a su nombre de Horus, con las excepciones de Peribsen, del que damos su nombre de Set, y de Jasejemuy, del que damos su nombre de Horus y Set.

Dinastía I (3065-2890)
Aha (Menes)
Dyer (Atotis)
Uadyi
Den
Andyib
Semerjet
Qa

Dinastía II (2890-2686)
Hotepsejemuy
Nebre (Raneb)
Ninecher
Uneg
Sendyi
Sejemib / Peribsen
Jasejem / Jasejemuy

IMPERIO ANTIGUO

Dinastía III (2686-2613)	
Sanajt-Nebka	19
Dyoser (Tosortro, Neterierjet)	19
Sejemjet	6
Jaba	6
Huni	24
Dinastía IV (2613-2494)	
Esnofru	24
Quéope (Jufu)	23
Didufri (Radyedef)	8
Quefrén	25
Hordyedef (Dyedefhor)	
Baufre (Rabaef)	
Micerino	28
Shepseskaf	4
Dedefptah (Tamftis)	2

Dinastía V (2494-2345)

Userkaf (Usérqueres)	7
Sahure	14
Neferirkare-Kakai (Neférqueres)	10
Shepseskare-Isi	7
Neferefre	7
Niuserre-Ini	31
Menkauhor-Akauhor (Ménqueres)	8
Dyedkare-Izezi	39
Onos (Unas)	30

Dinastía VI (2345-2173)

Ótoes (Teti)	12
Usirkare	1
Merire Fiope (Pepi) I	49
Merenre I Antiemsaf I	5
Neferkare I Fiope (Pepi) II	94
Merenre II Antiemsaf II	1
Nitocris	2
Neferkare II el Niño	
Neferkare III Neby	
Dyedkare II Shemay	
Neferkare IV Jendu	
Meryenhor	
Neferkamin	
Nikare	
Neferkare V Tereru	
Neferkahor	

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Dinastía VII (2173)
70 reyes en 70 días

Dinastía VIII (2173-2160)

Uadykare Fiopesonbe (Jabau)	
Neferkare VI Anu	2
Kakare Ibi	4
Neferkare VII	2
Neferkauhor Kapuibi (Necheribau)	1
Neferirkare (Demedyibtauy)	

Dinastía IX/X (2160-2040)
18 reyes de orden desconocido, de los que sólo conocemos los siguientes:

Áctoes Áctoes (Jeti) I
Iti

Imutes
Neferkare VIII
Nebkaure Áctoes (Jeti) II
Uahkare Áctoes (Jeti) III
Meribre Áctoes (Jeti) IV
Merikare

IMPERIO MEDIO (DESDE 2040)

Dinastía XI (2133-1991)
Mentuhotep I
Sehertauy Inyotef I (hasta 2118)
Uahanj Inyotef II (2118-2069)
Najtnebtepnefer Inyotef III (2069-2061)
Nebhepetre Mentuhotep II (2061-2010)
Sanjkare Mentuhotep III (2010-1998)
Nebtauyre Mentuhotep IV (1998-1991)

Dinastía XII (1991-1786)
Sehetepibre Amenemes I (1991-1962)
Jeperkare Sesostris I (1971-1928)
Nebkaure Amenemes II (1929-1895)
Jajeperre Sesostris II (1897-1878)
Jakaure Sesostris III (1878-1843)
Nimaatre Amenemes III (1843-1797)
Maajerure Amenemes IV (1798-1790)
Kasobekre Escemiofris (Sebeknefrure, Nefrusobek) (1790-1786)

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

Dinastía XIII (1786-1633)
Jutauyre Ugaf
Sejemkare Amenemes-Senbuf
Sejemre-Jutauy
Sejemkare Amenemes V
Hetepibre
Iufni
Seanjibre Amenemes VI
Esmenkare
Sehetepibre
Seuadykare
Nedyemibre
Jaanjre Sebekhotep I
Reniseneb
Autibre Hor I
Sedyefakare Amenemes VII

Sejemre-Jutauy Sebekhotep II
Userkare Jendyer
Esmenjkare Imira-Mesja
Hetepkare Inyotef IV
Set
Sejemre-Suadytauy Sebekhotep III (1744-1740)
Jasejemre Neferhotep I (1740-1730)
Sihathor
Janeferre Sebekhotep IV
Jahetepre Sebekhotep V
Uahkare Yayebi
Merneferre Iy (1700-1676)
Merhetepre Sebekhotep VI
Seanjenre Esuadytu
Mersejemre Ined
Suadykare Hori
Merkaure Sebekhotep VII
Dyedhetepre Tutimeo (Dudimose)
Ibi II
Hor II
Se...kare
Suahenre Senebmiu
Sejaenre
Merjeperre
Merkare
+ 18 reyes de orden inseguro

Dinastía XIV (1700-1645)
76 reyes de nombre y orden inseguro

Dinastía XV (1644-1537)
Salitis
Meruserre Jacob-her
Seuserenre Jyan
Aauserre Apofis I
Apofis II
Jamudy (1542-1537)

Dinastía XVI (1645-1537)
Un mínimo de 18 reyes de orden inseguro +
Apofis III

Dinastía XVII (1633-1552)
Nebujeperre Inyotef V
Sejemre-Uahjau Rahotep
Sejemre-Uadyjau Sebekemsaf I
Sejemre-Esmentauy Tot
Seanjenre Mentuhotep VII

Suadyenre Nebirierau I
Nebirierau II
Esmenenre
Seuserenre
Sejemre-Shedtauy Sebekemsaf II
Sejemre-Upmaat Inyotef VI
Sejemre-Heruhermaat Inyotef VII
Esnajtenre Taa I
Seqenenre Taa II el Bravo
Uadyjeperre Kamose

IMPERIO NUEVO

Dinastía XVIII (1552-1305)
Nebpehtire Amosis (1552-1527)
Dyeserkare Amenhotep (Amenofis) I (1527-1506)
Aajeperkare Tutmosis I (1506-1494)
Aajeperenre Tutmosis II (1494-1490)
Maatkare Hatshepsut (Áspesis) (1490-1468)
Menjeperre Tutmosis III (1490-1436)
Aajeperure Amenhotep (Amenofis) II (1438-1412)
Menjeperure Tutmosis IV (1412-1402)
Nebmaatre Amenhotep (Amenofis) III (1402-1364)
Neferjeperure Amenhotep (Amenofis) IV / Ajenatón (1364-1347)
Esmenjkare (1349-1346)
Nebjeperure Tutankhatón / Tutankhamón (1346-1337)
Jeperjeperure Ay (1337-1333)
Dyeserjeperure Horemheb (Harmais) (1333-1305)

Dinastía XIX (1305-1186)
Menpehtire Rameses I (1305-1303)
Menmaatre Setos I (1305-1289)
Usermaatre-Setepenre Rameses II (1289-1224)
Baenre-Merineteru Mineptah (1224-1204)
Menmire-Setepenre Amenmeses (1204-1200)
Userjeperure-Setepenre Setos II (1200-1194)
Ajenre-Setepenre Siptah (1194-1188)
Sitre-Meriamón Tausert (1194-1186)

Dinastía XX (1186-1069)
Userjaure-Setepenre Setnajt (1186-1184)
Usermaatre-Meriamón Rameses III (1184-1153)
Heqamaatre Rameses IV (1153-1146)
Usermaatre Rameses V (1146-1142)
Nebmaatre-Meriamón Rameses VI (1142-1135)
Usermaatre-Meriamón-Setepenre Rameses VII (1135-1129)
Usermaatre-Ajenamón Rameses VIII (1129-1127)

Neferkare-Setepenre Rameses IX (1127-1109)
Jepermaatre Rameses X (1109-1099)
Menmaatre-Setepenptah Rameses XI (1099-1069)

TERCER PERÍODO INTERMEDIO

Dinastía XXI (1069-945)
Hedyjeperre-Setepenre Esmendes I (1069-1043)
Neferkare Amenemnisu (1043-1039)
Ajeperre-Setepenre Psusenes I (1039-991)
Usermaatre-Meriamón-Setepenamón Amenemope (993-984)
Aajeperre-Setepenre Osocor (984-978)
Neterjeperre-Setepenamón Siamón (978-959)
Titjeperure Psusenes II (959-945)

Grandes sacerdotes de Amón en Tebas (1080-945)
Herihor (1080-1074)
Pianj (1074-1070)
Pinedyem I (1070-1032)
Masaharta (1054-1046)
Dedjonsuefanj (1046-1045)
Menjeperre (1045-992)
Esmendes II (992-990)
Pinedyem II (990-969)
Psusenes III (969-945)

Dinastía XXII (945-715)
Hedjeperre-Setepenre Sesonquis I (945-924)
Sejemjeperre-Setepenre Osorcón I (924-889)
Heqajeperre-Setepenre Sesonquis II (890)
Tacelotis I (889-874)
Usermaatre-Setepenamón Osorcón II (874-850)
Hedjeperre-Setepenamón Harsiese (870-860)
Hedjeperre-Setepenre Tacelotis II (850-825)
Usermaatre-Setepenre Sesonquis III (825-773)
Usermaatre-Setepenamón Pimay (773-767)
Aajeperre Sesonquis V (767-730)
Aajeperre-Setepenamón Osorcón IV (730-715)

Dinastía XXIII (818-715)
Usermaatre-Setepenamón Petubastis (818-793)
Usermaatre-Setepenamón Iuput I (804-783)
Usermaatre-Meriamón Sesonquis IV (783-777)
Usermaatre-Setepenamón Osorcón III (777-749)
Usermaatre Tacelotis III (754-734)
Usermaatre-Setepenamón Rudamón (734-731)
Iuput II (731-715)

Rey de Heracleópolis
Neferkare Peftauauybast

Rey de Hermópolis Magna
Nimlot

Dinastía XXIV (727-715)
Shepsesre Tecnactis (Tefnajt) (727-720)
Uahkare Bocoris (720-715)

Reyes de Nubia(780-716)
Alara (780-760)
Maatre Kashta (760-747)
Menjeperre Peye (Pianji) (747-716)

Dinastía XXV (716-656)
Neferkare Sabacón (Shabaka) (716-702)
Dyedkaure Shebitku (702-690)
Nefertumjure Tarco (Taharqa) (690-664)
Bakare Tantamani (Tanutamón) (664-656)

PERÍODO SAÍTA (DESDE EL 664)

Dinastía XXVI (672-525)
Menjeperre Necao I (672-664)
Uahibre Psamético I (664-610)
Uahemibre Necao II (610-595)
Neferibre Psamético II (595-589)
Haaibre Ápries (589-570)
Jnemibre Amasis (Amosis II) (570-526)
Anjkare Psamético III (526-525)

PERÍODO PERSA

—Primera Dominación Persa:
Dinastía XXVII (525-404)
Cambises II (528-522)
Gaumata (Pseudo-Esmerdis) (522)
Darío I (522-486)
Jerjes I (486-465)
Artajerjes I Longimano (465-424)
Jerjes II (424)
Darío II Notos (424-404)
Artajerjes II Mnemón (404-358)

—Últimas dinastías indígenas:

Dinastía XXVIII (404-398)
Amirteo (404-398)

Dinastía XXIX (398-378)
Baenre-Merineteru Neferites I (398-392)
Mutis (392)
Userre-Setepenptah Psamutis (392-391)
Maatibre Acoris (391-379)
Neferites II (379-378)

Dinastía XXX (378-341)
Jeperkare Nectánebo I (378-361)
Irmaatenre Teo (361-359)
Esnedyemibre-Setepeninhur Nectánebo II (359-341)

—Segunda Dominación Persa (343-332):
Artajerjes III Oco (358-338)
Arses (338-336)
Darío III Codomano (336-330)

PERÍODO HELENÍSTICO PTOLEMAICO

Dinastía Macedónica (332-305)
Meriamón-Setepenre Alejandro III Magno (336-323)
Meriamón-Setepenre Filipo III Arrideo (323-317)
Haaibre Setepenamón Alejandro IV (323-310)
Interregno (310-305)

Dinastía Lágida (305-30)
Los nombres que damos aquí de los reyes de esta dinastía corresponden a los epítetos griegos de los mismos, con los cuales son conocidos en la Historia.
Ptolomeo I Sóter (305-283)
Ptolomeo II Filadelfo (283-246)
Ptolomeo III Evérgetes (246-221)
Ptolomeo IV Filópator (221-203)
Ptolomeo V Epífanes (203-181)
Ptolomeo VI Filométor (181-145)
Ptolomeo VII Neo-Filópator (145-144)
Ptolomeo VIII Evérgetes II Fiscón (170-163, 145-131 y 128-116)
Cleopatra II (173-128 y 125-115)
Ptolomeo IX Apión (reinó sólo en Cirene)
Ptolomeo X Sóter II Látiro (116-107 y 88-80)
Ptolomeo XI Alejandro I (107-88)
Ptolomeo XII Alejandro II (80)
Ptolomeo XIII Neo-Dioniso Auletes (80-58 y 55-51)
Berenice IV (58-55)
Ptolomeo XIV Dioniso II (51-47)

Cleopatra VII Filópator (51-30)
Ptolomeo XV Filópator (47-44)
Ptolomeo XVI Cesarión (44-30)

Reyes indígenas de la Tebaida (205-186)
Horunnefer (205-199)
Anjunnefer (199-186)

2. Glosario

Abeja, el de la: título del rey del Bajo Egipto, de significado desconocido.
Altar heliopolitano: ara monolítica, con la representación de cuatro ofrendas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales.
Bai: en la concepción egipcia, la parte del hombre que más se asemeja a nuestra alma; se lo representaba con forma de pájaro y cabeza humana.
Benben: piedra sagrada de Heliópolis, en forma de obelisco.
Campos Elisios: «Campo de los Juncos», paraíso de Osiris en el más allá.
Canopos: nombre dado modernamente a los cuatro vasos funerarios en los que se depositaban algunas de las vísceras de los difuntos, extraídas del cuerpo durante el proceso de momificación.
Caña, el de la: título del rey del Alto Egipto que se refiere a la planta heráldica de este reino, el junco.
Cartucho: nudo sagrado que protege, rodeándolos, el *praenomen* y el *nomen* del faraón.
Cetro ames: uno de los más antiguos emblemas de poder faraónico atestiguado probablemente desde el Neolítico final.
Cetro heqat: emblema de poder real, de forma de báculo terminado en gancho; está documentado desde época predinástica.
Cetro uas: emblema de poder real, consistente en un largo bastón rematado en una cabeza que parece ser la del animal de Set, y con el otro extremo acabado en una punta bífida.
Ciclo sotíaco: período de 1.460 años que invertía el año oficial egipcio en dar una vuelta completa a las estaciones del año real solar. Toma el nombre de la estre-

lla Sotis, nuestra estrella Sirio, cuya salida helíaca señala el comienzo del año solar en Egipto.

Copto: palabra árabe derivada del griego que originariamente significaba egipcio, y posteriormente cristiano de Egipto. El copto es también la lengua y la escritura usadas por los cristianos de Egipto.

Corona blanca: corona de los reyes del Alto Egipto.

Corona roja: corona de los reyes del Bajo Egipto.

Deben: peso de 91 gramos aproximadamente, utilizado como unidad de valor y de cómputo.

Demótico: sistema de escritura cursiva egipcia derivada de la hierática y utilizada durante la Baja Época para escribir todo tipo de documentos administrativos, familiares y literarios de carácter popular, razón por la cual los griegos le dieron este nombre. La escritura demótica refleja la lengua hablada por los egipcios durante el primer milenio, conocida como lengua demótica.

Determinativos: en los sistemas de escritura egipcios (jeroglífico, hierático y demótico), signos que sirven para determinar la familia de realidades a que pertenece una palabra, y que no se leen.

Dromos: palabra griega usada para designar la avenida de esfinges que conduce al templo egipcio. En egipcio se llamaba «Camino del dios».

Egipcio Antiguo: lengua hablada y escrita por los egipcios durante el Imperio Antiguo. Su escritura era por medio de jeroglíficos y el sistema hierático.

Egipcio Clásico o Medio: lengua hablada y escrita durante el Imperio Medio, y escrita aún durante la Dinastía XVIII. Posteriormente fue considerado por los mismos egipcios como el estadio clásico por excelencia de su lengua, y siguió siendo aprendida y utilizada hasta la Baja Época especialmente en textos monumentales y religiosos, si bien ya se trataba de una lengua muerta. Se escribía mediante jeroglíficos e hierático.

Enéada de Heliópolis: grupo de nueve dioses presididos por Atum que constituía la esencia del sistema cosmogónico heliopolitano.

Escarabeo: amuleto en forma de escarabajo pelotero, el *Scarabaeus sacer* de los egipcios, que representaba el Sol naciente. Era símbolo de resurrección. Fue muy popular desde la época de los hicsos, y los fenicios lo propagaron por todo el Mediterráneo.

Esfinge: símbolo de la divinidad solar, encarnada en cuerpo de león y cabeza humana. Por otro lado, en los templos de Egipto había avenidas de esfinges cuyas cabezas correspondían al animal sagrado de la divinidad propietaria de cada uno de ellos.

Estela de falsa puerta: tipo de estela funeraria que representa una puerta por la cual el difunto podía comunicarse con el exterior. Sus inscripciones contienen regularmente el nombre y los títulos de los propietarios de las tumbas además de las fórmulas de las ofrendas funerarias.

Faraón: originariamente designación del palacio real, literalmente «la gran casa»; de ahí acabó por designar al rey. Este uso se encuentra por primera vez en el Período Amarniense, pero en realidad no pasó nunca de ser una designación popular de la persona del monarca, es decir, que nunca fue un verdadero título real. A partir de su uso por la Biblia se ha popularizado universalmente esta palabra para designar a los antiguos reyes de Egipto.

Fiesta sed: jubileo que celebraba el soberano al cumplir los treinta años de reinado.

Se trataba de un ritual cuyo objetivo era renovar sus fuerzas. Su origen es prehistórico.

Fonogramas: en los diversos sistemas de escritura egipcia (jeroglífica, hierática y demótica), signos que tienen el valor fonético de una o más letras.

Gola egipcia: moldura de perfil curvo que decora los entablamentos de la arquitectura egipcia. Suele estar presidida por la representación del disco solar alado que normalmente se encuentra también sobre las puertas.

Hierático: sistema de escritura cursiva derivado de los jeroglíficos y documentado ya durante el Imperio Antiguo. Se utilizaba especialmente para escribir todo tipo de textos sobre papiros y *ostraca*. Durante la Baja Época fue sustituido en los usos habituales por el demótico, siendo mantenido su uso sólo para textos religiosos y funerarios; por ello los griegos lo denominaron «hierático», es decir, sagrado.

Hijo de Re: título que presidía el quinto nombre, inscrito en un cartucho, del protocolo faraónico.

Holoceno: período geológico de la Era Cuaternaria, que corresponde a los tiempos posglaciales.

Horus: título que presidía el primer nombre del protocolo faraónico; este nombre era inscrito dentro del serej.

Horus de Oro: título que presidía el tercer nombre del protocolo faraónico; este título es de origen y significado desconocido.

Ideogramas: en los distintos sistemas de escritura egipcios (jeroglífico, hierático y demótico), signos que expresan por sí solos una idea o una realidad tangible o no. Se trata de los más antiguos signos de escritura.

Jeroglíficos: el más antiguo sistema de escritura ideado por los egipcios en el Período Predinástico. Sus signos son pictogramas. En su origen era un sistema meramente ideográfico, pero pronto evolucionó hasta convertirse en un sistema mixto fonético-ideográfico. No obstante mantuvo siempre inalterable su carácter pictográfico hasta el final de su evolución en el siglo IV d.C.

Ka: en la concepción egipcia de la persona humana, el ka era el doble divino de la misma.

Mammisi: nombre ideado por Champollion, a partir del copto, para designar los templetes anejos a ciertos templos ptolemaicos, en los cuales nacía el Niño Divino, hijo de la divinidad titular de los dichos templos y de su paredro.

Mastaba: palabra árabe que significa «banco» y que se utiliza para designar en principio las superestructuras monumentales de las tumbas del Período Tinita y del Imperio Antiguo; por extensión la palabra ha pasado a designar la totalidad de las estructuras de dichas tumbas.

Muro intercolumnar: en los templos ptolemaicos, muro que se situaba en la fachada de la sala hipóstila entre las columnas que constituyen la hilera frontal de la misma. Estos muros alcanzaban sólo la mitad de la altura de las columnas, dejando pues unas a modo de ventanas por donde entraba la luz a la sala hipóstila. Los muros intercolumnares fueron utilizados como auténticas pantallas decoradas con relieves referidos a la mitología de la divinidad titular del templo.

Nebti: título que preside el segundo nombre del protocolo faraónico; significa «El de las Dos Señoras», es decir, la diosa Nejbet del Alto Egipto y la diosa Uto del Bajo Egipto.

Nemes: nombre de una de las coronas reales.

Neoegipcio: lengua hablada durante la Dinastía XVIII y también escrita a partir del Período Amarniense. Se escribía utilizando los jeroglíficos y el sistema hierático.

Nesu-biti: literalmente «El de la Caña y de la Abeja», es decir, Rey del Alto y Bajo Egipto. Título que presidía el cuarto nombre del protocolo faraónico.

Nomen: palabra latina con la que los egiptólogos conocen el quinto nombre (segundo inscrito en un cartucho) del protocolo faraónico, el cual corresponde al título de Hijo de Re.

Nomo: nombre griego de los distritos territoriales en que estaba dividido Egipto y que corresponden a nuestras provincias. El gobernador del nomo se llamaba nomarca.

Obelisco: monumento de simbología solar, que representaba originariamente el benben de Heliópolis. Los obeliscos progresivamente fueron ganando esbeltez, al tiempo que se hicieron monolíticos.

Ogdóada de Hermópolis: grupo de ocho dioses presididos por Tot, que componían el sistema cosmogónico hermopolitano.

Ostracon: en plural *ostraca*, término griego usado en egiptología para designar cada uno de los fragmentos de piedra o de cerámica utilizados para escribir o dibujar por los antiguos egipcios. Su uso era debido al alto precio del papiro.

Papiro: planta ciperácea, *Cyperus papyrus*, que crecía antiguamente en las orillas del Nilo y especialmente en el Delta. Los egipcios aprendieron desde el Período Predinástico a fabricar con esta planta un soporte para la escritura, semejante a hojas de papel. Fue utilizado especialmente para escribir en hierático y, más adelante, en demótico. Las hojas escritas se pegaban consecutivamente cuando así se precisaba para escribir un libro, el cual para conservarlo era enrollado y anudado, constituyendo un *volumen*. La palabra papiro, que dará origen a la moderna «papel», significaba en egipcio «el faraónico», debido a que su fabricación y venta era un monopolio real. El término papiro, a través del griego, ha llegado hasta nosotros.

Pictogramas: signos de escritura que representan directamente la realidad dibujándola, independientemente de cuál sea su valor o significado. Todos los signos de la escritura jeroglífica son pictogramas.

Pilono: término griego que designa cada una de las construcciones que forman la fachada de los templos egipcios, flanqueando su entrada principal. Tenían las paredes en forma de talud.

Pirámide: voz griega que utilizamos para referirnos a las tumbas que tienen dicha forma geométrica y que fueron construidas por los reyes egipcios de entre las Dinastías III a XVIII, así como por los faraones de Napata.

Piramidón: pirámide de pequeño tamaño que presidía algunas tumbas particulares del Imperio Nuevo; el término se aplica asimismo para describir el remate de los obeliscos.

Pleistoceno: primer período geológico de la Era Cuaternaria, correspondiente a las sucesivas fases glaciales e interglaciales de la misma.

Plioceno: último período geológico de la Era Terciaria.

Praenomen: palabra latina con la que los egiptólogos conocen el cuarto nombre (primero inscrito en un cartucho) del protocolo faraónico. Corresponde al título de Rey del Alto y Bajo Egipto.

Protocolo faraónico: conjunto de los cinco títulos, cada uno de ellos seguido de un nombre, con que eran denominados oficialmente los reyes de Egipto.

Pschent o psquent: corona de los reyes del Alto y del Bajo Egipto, formada por la superposición de la corona blanca del Alto Egipto y de la corona roja del Bajo Egipto.

Ptolemaico: lengua artificial en que están escritos los textos grabados en los muros de los templos ptolemaicos (de época ptolemaica y romana). Dicha lengua toma como base gramatical el egipcio clásico, y utiliza un sistema jeroglífico extremadamente complicado. El ptolemaico representa el postrer estadio de la escritura jeroglífica.

Reentrantes, muros con: muros de adobe característicos de la arquitectura de época predinástica y tinita, caracterizados por sus altas molduras verticales paralelas reentrantes y salientes. Parece que debieron utilizarse originariamente en fortificaciones, y pronto constituyeron la principal peculiaridad de la fachada del palacio real. Documentados por primera vez en el Delta, los muros con reentrantes caracterizan desde el primer momento el serej, símbolo del rey sobre el cual se posan uno o dos halcones Horus. La arquitectura con reentrantes caracteriza asimismo las mastabas reales de época tinita, así como el muro rectangular que circunda el conjunto funerario de Dyeser en Saqqara.

Sala hipóstila: parte del templo egipcio que sigue al patio porticado y que precede directamente las instalaciones del santuario. La sala hipóstila se caracteriza por las columnas papiriformes que llenan la estancia y que sostienen su tejado.

Serdab: pequeña estancia, abierta en la superestructura de la mastaba, reservada al difunto. En ella se disponían una o más estatuas del mismo, y desde ella éste podía entrar en contacto con el mundo de los vivos a través de una estrecha apertura que comunicaba el serdab con la capilla de culto. Esta última era accesible al público, y en ella se depositaban las ofrendas para el difunto.

Serej: especie de estandarte que constituye la más antigua simbolización conocida del rey. Los más antiguos serej documentados se han hallado en la zona de Menfis y están formados por la representación de la fachada del palacio real, caracterizada por su arquitectura con reentrantes, sobre la cual hay posados dos halcones Horus. Posteriormente sólo hay un halcón, y en el espacio libre entre éste y la fachada se disponen los primeros signos jeroglíficos conocidos, verosímilmente con el nombre ya de primitivos reyes. Esta será ya la estructura del serej que alcanza la época histórica y en el que se inscriben los nombres de Horus de los reyes de las dos primeras dinastías, en este momento el nombre principal aún del breve protocolo de estos soberanos. Finalmente, el serej siguió encerrando el primer nombre, o sea el nombre de Horus, del protocolo de todos los reyes de Egipto.

Shat: medida de peso equivalente a 1/12 deben. El shat de oro era además unidad de valor y de cómputo.

Talatat: piedras de pequeño tamaño, utilizadas como material de construcción especialmente durante el Período Amarniense. Su nombre se debe a que miden tres palmos (*talata* en árabe significa tres). Tenían la ventaja de poder ser llevadas a la espalda por un solo hombre, con lo que se aceleraba enormemente el proceso constructivo mediante su utilización.

Temenos: palabra griega que en egiptología se utiliza para designar todo el recinto sagrado de un templo, rodeado por un muro perimetral de adobe.

Templo de millones de años: templo consagrado al culto de un rey en vida del mismo y después de muerto. También son llamadas corrientemente templos funerarios.

Templo solar: templo dedicado al culto solar. A imitación del templo de Heliópolis, los templos solares de la Dinastía V tienen un gran patio central a cielo abierto, en medio del cual se erige un enorme obelisco.

Udyat: el ojo indestructible del dios Horus, que le fue devuelto de forma mágica tras haberle sido arrancado traicioneramente por Set durante la lucha sostenida por ambos. El ojo udyat fue un poderoso amuleto.

Ureo: en principio, forma que revisten todas las diosas-cobra del panteón egipcio. Más específicamente, el ureo (en rigor debiéramos decir la ureo, pues se trata de una palabra femenina) es la diosa Uto, protectora de los reyes del Bajo Egipto. Bajo forma de ureo, Uto protegía a todos los reyes de Egipto ceñida a su frente.

Ushebti o shauabti: estatuilla funeraria que reproducía la imagen momiforme del difunto, equipado con aperos de labranza. Los ushebtis, inscritos con el nombre del difunto, se suponía que debían responder por él en los Campos Elisios y sustituirle mágicamente en los trabajos agrícolas que allí debían realizarse. En principio, debía haber uno por cada día del año.

Visir: título oriental con el que convencionalmente se traduce el nombre del más alto cargo de la administración faraónica. El visir estaba directamente bajo las órdenes del faraón, y desde el Imperio Antiguo era un cargo de confianza, de nombramiento directo, situado al margen del escalafón funcionarial.

3. Bibliografía

General

Berger, C., Clerc, G. y Grimal, N. (eds.), *Hommages à Jean Lecant,* 4 vols., El Cairo, 1994.

Egiptomanía, Barcelona, 1997 y sigs. (en curso de publicación).

Historia

Berger, C. y Mathieu, B. (eds.), *Études sur l'Ancien Empire et la nécropole de Saqqâra dédiées à Jean-Philippe Lauer,* 2 vols., Montpellier, 1997.

Costa i Llerda, S. (ed.), *Egipte. Primeres jornades d'història antiga. Museu de Montserrat, 1997,* Barcelona, 1998.

Daumas, F., *La Civilisation de l'Égypte Pharaonique*, París, 1965 (existe versión castellana: *La Civilización del Egipto Faraónico,* Barcelona, 1972).

Dictionnaire de la Civilisation Égyptienne, París, 2.ª edición sin fecha.

Desroches-Noblecourt, Ch., *Ramsès II. La Véritable Histoire,* París, 1996 (existe versión vastellana: *Ramsés II. La Verdadera Historia,* Barcelona, 1998).

Drioton, E., *Pages d'Égyptologie,* El Cairo, 1957.

Grimal, N. y Menu, B. (eds.), *Le Commerce en ºegypte ancienne,* El Cairo, 1998.

Hayes, W. C., *The Scepter of Egypt,* Nueva York, Cambridge (Massachusetts), 1953-1959.

Kemp, B. J., *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization,* Londres, 1989 (existe ver-

sión castellana: *El Antiguo Egipto. Anatomía de una Civilización.* Barcelona, 1972.)
Lexicon der Ägyptologie, 7 vols., Wiesbaden, 1972-1987.
Shaw, I., y Nicholson, P., *British Museum Dictionary of Ancient Egypt,* Londres, 1995.
Weeks, K. (ed.), *Egyptology and the Social Sciences. Five Studies,* El Cairo, 1979.

Repertorios bibliográficos

Annual Egyptological Bibliography, Leiden, Warminster, 1947 y siguientes.
Padró, J., *et alii*, *Bibliografia Egiptòlogica Barcelonesa I*, Barcelona, 1994.
— Merino, J. A., y Puvill, M., «Bibliografia Egiptològica Ibèrica», en *Nilus*, 4, 1995, pp. 23-35.

Metodología

Clayton, P. A., *Chronicle of the Pharaohs*, Londres, 1994 (existe versión castellana: *Crónica de los faraones,* Barcelona, 1996).
Ceram, C. W., *Götter, Gräber und Gelehrte,* Hamburgo, 1949 (existe versión castellana: *Dioses, Tumbas y Sabios,* Barcelona, 1990).
Feliu, L., y Millet, A., «La transcripción de la onomástica asiriológica al español», en *Aula Orientalis*, 11, 1993, pp. 243-247.
Gauthier, H., *Le Livre des Rois d'Égypte. Recuil de Titres et Protocoles Royaux, Noms Propres de Rois, Reines, Princes, Princesses et Parents des Rois*, El Cairo, 1916.
Padró, J., «La transcripción castellana de los nombres propios egipcios», en *Aula Orientalis*, 5, 1987, pp. 107-124.
Sauneron, S., *L'Égyptologie*, París, 1968 (existe versión castellana: *La Egiptología,* Vilassar de Mar, 1971).

Geografía

Baines, J. y Malek, J., *Atlas of the Ancient Egypt*, Oxford, 1980 (existe versión castellana: *Egipto,* Barcelona, 1988).
Égypte. Les Guides Bleus, París, 1971.
Montet, P., *Géographie de l'Égypte Ancienne*, 2 vols., París, 1957.
Porter, B., y Moss, R. L. B., *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings*, 7 vols., Oxford, 1927-1951 (2.ª edición en curso, a cargo de J. Malek, desde 1960).

Historia

Bakir, A., *Slavery in Pharaonic Egypt,* El Cairo, 1952.
Bevan, E., *The House of Ptolemy. A History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty,* Chicago, 1968.

Bouché-Leclercq, A., *Histoire des Lagides*, 4 vols., París, 1903-1907.
Briend, J., *Israel et Juda vus par les textes du Proche-Orient Ancien,* París, 1982 (existe versión castellana: *Israel y Judá en los Textos del Próximo Oriente Antiguo,* Pamplona, 1982).
The Cambridge Ancient History, Cambridge, 3.ª edición, vols. I-II, 1970-1971, vol. III, 2.ª edición, 1982-1991.
David, R. y A., *A Biographical Dictionary of Ancient Egypt,* Londres, 1992.
Desroches-Noblecourt, C., *La Femme aux temps des Pharaons,* París, 1986.
Drioton, E. y Vandier, J., *Les peuples de l'Orient Méditerranéen*, II. *L'Égypte*, París, 4.ª edición, 1962 (existe versión castellana, *Historia de Egipto,* Buenos Aires, 1964).
Ellis, W. M., *Ptolemy of Egypt*, Londres y Nueva York, 1994.
Friedman, R. y Adams, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicted to Michael Allen Hoffman*, Oxford, 1992.
Gardiner, A., *Egypt of the Pharaons. An Introduction*, Oxford, 1961 (existe versión castellana: *El Egipto de los Faraones,* Barcelona, 1994).
Garelli, P., *Le Proche-Orient Asiatique, des origines aux invasions des Peuples de la Mer,* París, 1969 (existe versión castellana: *El Próximo Oriente Asiático,* Barcelona, 1985).
—, y Nikiprowetzky, V., *Le Proche-Orient Asiatique. Les Empires Mésopotamiens. Israel,* París, 1974 (existe versión castellana: *El Próximo Oriente Asiático. Los Imperios Mesopotámicos. Israel,* Barcelona, 1977).
Grimal, N., *Histoire de l'Égypte Ancienne*, París, 1988.
Hayes, W. C., *Most Ancient Egypt*, Chicago y Londres, 1965.
Hoffman, M. A., *Egypt before the Pharaohs*, Londres y Henley, 1980.
Husson, G., y Valbelle, D., *L'État et les Institutions en Égypte des premiers pharaons aux empereurs romains,* París, 1992.
Kitchen, K. A., *The Third Intermediate Period in Egypt,* Warminster, 1973.
— *The Bible in its World. The Bible and Archaeology Today*, Exeter, 1977.
López, J., «L'Auteur de l'Enseignement pour Mérikarê», en *Revue d'Égyptologie*, 25, 1973, pp. 178-191.
Maspero, G., *Histoire Ancienne des Peuples de l'Orient Classique*, 3 vols., París, 1895-1899.
Mayani, Z., *Les Hyksos et le monde de la Bible*, París, 1956.
Midant-Reynes, B., *Préhistoire de l'Égypte. Des premiers hommes aux premiers pharaons*, París, 1992.
Montet, P., *L'Égypte et la Bible*, Neuchatel, 1959.
Moret, A., «L' accession de la plèbe égyptienne aux droits religieux et politiques sous le Moyen Empire», en *Recuil d'Etudes Égyptologiques dédiées à la mémoire de Jean-François Champollion à l'occasion du Centenaire de la Lettre à M. Dacier*, París, 1922, pp. 331-360.
Nur el Din, A. H., *The Role of Women in the Ancient Egyptian Society,* El Cairo, 1995.
Padró, J., «El Paper d'Egipte en el comerç del metalls d'occident a la Baixa Època», en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses,* 10, Castellón de la Plana, 1984, pp. 139-165.
— *El Egipto del Imperio Antiguo*, Madrid, 1989.
— «L'Egipte Faraònic», en *Història Universal*, 1. *Prehistòria i Història Antiga*, Barcelona, 1993, pp. 180-205.

Pirenne, J., *Histoire de la Civilisation de l'Égypte Ancienne*, vols. I y II, Neuchatel, 1962 (existe versión castellana: *Historia de la Civilización del Antiguo Egipto,* Barcelona, 1963).
Rostovtzeff, M., *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, 2 vols., Oxford, 1953 (existe versión castellana: *Historia Social y Económica del Mundo Helenístico.* Madrid, 1967).
Seters, J. van, *The Hyksos. A New Investigation*, New Haven, 1966.
Sethe, K., *Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter*, Leipzig, 1930.
Trigger, B. G.; Kemp, B. J.; O'Connor, D., y Lloyd, A. B., *Ancient Egypt: A Social History*, Cambridge, 1983 (existe versión castellana: *Historia del Egipto Antiguo,* Barcelona, 1985).
Vercoutter, J., en *Die Altorientalischen Reiche*, I, Frankfurt, 1965 (existe versión castellana: *Los Imperios del Antiguo Oriente,* Madrid, 1970).
— *L'Égypte et la vallée du Nil*, t. 1. *Des origines à la fin de l'Ancien Empire*, París, 1992.
Vergote, J., *Joseph en Égypte. Genèse Chap. 37-50 à la lumière des études égyptologiques récentes*, Lovaina, 1959.
Vernus, P., y Yoyotte, J., *Les Pharaons*, París, 1988.
Ward, W. A., *Egypt and the East Mediterranean World 2200-1900 B.C. Studies in Egyptian Foreign Relations during the First Intermediate Period*, Beirut, 1971.
Yoyotte, J., en *Histoire Universelle*, I, Brujas, 1956.
— «Les Principautés du Delta au temps de l'anarchie Libyenne», en *Mélanges Maspero,* I, El Cairo, 1961, pp. 121-181.

Fuentes y textos

Barguet, P., *Le Livre des Morts des Anciens Égyptiens*, París, 1967.
Barucq, A., y Daumas, F., *Hymnes et Prières de l'Égypte Ancienne,* París, 1980.
Blackman, A. M., *Middle-Egyptian Stories*, Bruselas, 1972.
— *The Story of the King Keops and the Magicians*, Whitstable, 1988.
Breasted, J. H., *Ancient Records of Egypt*, Chicago, 1906.
Buck, A., *The Egyptian Coffin Texts*, 4 vols., Chicago, 1935-1951.
Devauchelle, D., «24 août 394 - 24 août 1994, 1600 ans», en *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie,* 131, París, 1994, pp. 16-18.
Diodoro Sículo, *Biblioteca Storica* (trad. G. F. Gianotti), Palermo, 1988.
Faulkner, R. O., *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford, 1969.
— *The Ancient Egyptian Coffin Texts*, Warminster, 1977.
Galán, J. M., *Cuatro Viajes en la Literatura del Antiguo Egipto,* Madrid, 1998.
Gardiner, A. H., *Late-Egyptian Stories,* Bruselas, 1932.
— *The Royal Canon of Turin,* Oxford, 1959.
Goyon, J.-C., *Rituels funéraires de l'Ancienne Égypte,* París, 1972.
Hermes Trismegistus, *Corpus Hermeticum* (ed. A. D. Nock y A. J. Festugière), París, 1945.
Heródoto, *Historias II* (ed. J. Berenguer Amenós), Madrid y Barcelona, 1971.
Kaster, J., *The Literature and Mythology of Ancient Egypt*, Londres, 1970.
Kitchen, K. A., *Ramesside Inscriptions historical and biographical,* Oxford, 1968 ss.

Lefebvre, G., *Romans et Contes Égyptiens de l'époque pharaonique,* París, 1976.
Manetho, *Aegyptiaca* (ed. W. G. Waddell), Cambridge (Massachusetts) y Londres, 1940 (reimp. 1971).
Naville, E., *Ägyptische Totenbuch der XVIII. Bis XX. Dynastie*, 3 vols., Berlín, 1886.
Piedrafita, C., «Egiptologia i estudis clàssics», en *Nilus*, 3, 1994, pp. 14-20.
Pritchard, J. B. (ed.), *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Tetament*, Princeton, 3.ª edición 1969 (existe versión castellana resumida: *La sabiduría del Antiguo Oriente,* Barcelona, 1966).
Rachewiltz, B. de, *Il libro dei Morti degli antichi Egiziani,* Milán, 1958 (existe versión castellana: *El Libro de los Muertos de los Antiguos Egipcios.* Barcelona, 1989.)
Roccati, A., *La Littérature Historique sous l'Ancien Empire Égyptien*, París, 1982.
Sagrada Biblia (trad. J. M. Bover, F. Cantera Burgos), Madrid, 1951.
Sethe, K., *Hieroglyphische Urkunden der Griechisch-Römischen Zeit*, Leipzig, 1904.
— *Die altägyptischen Pyramidentexte*, Leipzig, 1908-1922.
— *Ägyptische Lesestücke zum Gebrauch im Akademischen Unterricht. Texte des Mittleren Reiches,* Leipzig, 1928.
— *Urkunden des alten Reiches*, 4 fasc. (Urkunden des ägyptischen Altertums, I), Leipzig, 2.ª edición, 1932-1933.
— *Historisch-biographische Urkunden des Mittleren Reiches*, Leipzig, 1935.
—, y Helck, W., *Urkunden der 18. Dynastie, Historisch-biographische Urkunden*, Leipzig, Berlín, 2.ª edición, 1927-1958.
Volten, A., *Zwei Altägyptische Politische Schriften. Die Lehre für König Merikarê (Pap. Carlsberg VI) und Die Lehre des Königs Amenemhet,* Copenhague, 1945.

Arte y arqueología

Aldred, C., *Egypt to the End of the Old Kingdom*, Londres, 1965.
Aufrère, S.; Golvin, J.-Cl., y Goyon, J.-Cl., *L'Égypte Restituée,* París, 1991-1994.
Baqué Manzano, L., *Las Ciudades de las Pirámides en el antiguo Egipto,* tomo I, Barcelona, 1996.
Baumgartel, E. J., *The Cultures of Prehistoric Egypt*, 2 vols., Oxford, 1955-1960.
Bothmer, B. von, *Egyptian Sculpture of the Late Period, 700 B.C. to A.D. 100, Brooklyn Museum, 1960,* Nueva York, 1960.
Brink, E. C. M. von der (ed.), *Nile Delta in Transition: 4th-3rd Millenium B.C.*, El Cairo, 1990.
Childe, V. G., *New Light on the Most Ancient East*, Londres, 1934 (existe versión castellana: *Los Orígenes de la Civilización,* México, 1954).
— *Man Makes Himself*, Londres, 1936.
Clayton, P. A., *The Rediscovery of Ancient Egypt*, Londres, 1982.
Daumas, F., *Les Mammisis des Temples Égyptiens,* París, 1957.
— *La Vie dans l'Égypte Ancienne*, París, 1968.
Description de l'Égypte ou Recuil des Observations et des Recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'Expédition de l'Armée Française. Antiquités, 15 vols., París, 2.ª edición, 1820-1829.
Desroches-Noblecourt, C., *L'art Égyptien*, París, 1968.
— *Toutankhamon, vie et mort d'un pharaon*, París, 4.ª edición, 1965 (existe versión castellana: *Vida y Muerte de un Faraón, Tutankhamen,* Barcelona, 1963).

— *La Grande Nubiade ou le parcours d'une égyptologue,* París, 1992 (existe versión castellana: *Las Ruinas de Nubia. La Gran epopeya de la egiptología,* Barcelona, 1997).
Drioton, E., y Du Bourguet, P., *Les Pharaons à la Conquête de l'Art* (sin lugar de edición), 1965.
Edwards, I. E. S., *The Pyramids of Egypt*, Londres, 1961.
L'Égypte avant les Pyramides. 4ème millénaire, París, 1976.
Emery, W. B., *Archaic Egypt*, Harmondsworth, 1961.
García Castro, J. A. (ed.), *Egipto. 200 Años de investigación arqueológica,* Madrid, 1998.
Goneim, Z., *The Buried Pyramid*, Londres, 1956.
Goyon, G., *Le Secret des Batisseurs des Grandes Pyramides, Khéops*, París, 1977.
James, T. G. H., *The Archaeology of Ancient Egypt*, Londres, 1972.
Kroeper, K., y Wildung, D., *Minshat Abu Omar Münchner Ostdelta Expedition, Vorbericht 1978-1984*, Munich, 1985.
Lange, K.; Hirmer, M., Otto, E., y Desroches-Noblecourt, C., *L'Égypte*, París, 1968.
Lauer, J.-P., *La Pyramide à Degrés*, 4 vols., El Cairo, 1936-1959.
— *Le Problème des Pyramides d'Égypte*, París, 1952.
— *Les Pyramides de Sakkara*, El Cairo, 5.ª edición, 1977.
Lepsius, C. R., *Denkmaeler aus Aegypten und Aethiopien nach den Zeichnungen der von Seiner Majestat dem Koenige von Preussen Friedrich Wilhelm IV nach diesen Landern Gesendeten und in den Jaheren 1842-1845 auspefuhrten Wissenschaftlichen Expedition,* Berlín, sin fecha.
López, J., «Rapport préliminaire sus les fouilles d'Hérakléopolis (1968)», en *Oriens Antiquus,* XIV, 1975, pp. 57-78, láms. XVII-XXVIII.
Martin, G. T., *The Royal Tomb at el-Amarna,* Londres, 1974-1989.
Michalowski, K., *Art et Civilisation de l'Égypte,* París, 1969 (existe versión castellana: *Arte y Civilización de Egipto,* Barcelona, 1977).
Montet, P., *Les Scenes de la vie privée dans les tombeaux égyptiens de l'Ancien Empire*, Estrasburgo, 1925.
Padró, J., *Egyptian-type Documents from the Mediterranean Littoral of the Iberian Peninsula before the Roman Conquest*, Leiden, 1980-1985.
— «La Missió Arqueològica Espanyola a Egipte: Les excavacions a Heracleòpolis Magna», *Tribuna d'Arqueologia 1987-1988*, Barcelona, 1988, pp. 15-25.
— *New Egyptian-type Documents from the Mediterranean Littoral of the Iberian Peninsula before the Roman Conquest*, Montpellier, 1996.
— «El arte egipcio», en J. A. Ramírez (dir.), *Historia del Arte. El mundo antiguo,* Alianza Editorial, Madrid, 1996.
Pijoán, J., *El Arte Egipcio*, Madrid, 9.ª edición, 1985.
Ramsès le Grand, París, 1976.
Vandier, J., *Manuel d'Archéologie Égyptienne*, 6 tomos, París, 1952-1978.

Religión

Bonnet, H., *Reallexikon der ägyptischen Religiongeschichte,* Berlín, 1952.
Daumas, F., *Les Dieux de l'Égypte*, París, 2.ª edición, 1970.
Frankfort, H., *Ancient Egyptian Religion*, Nueva York, 1948.

Hornung, E., *Der Eine und die Vielen. Ägyptische Gottesvorstellungen,* Darmstadt, 1973.
Lanzone, R. V., *Dizionario di Mitologia Egizia,* Amsterdam, 1974.
López, J., y Sanmartín, J., *Mitología y Religión del Oriente Antiguo, I. Egipto - Mesopotamia,* Sabadell, 1993.
Lurker, M., *Lexikon der Götter und Symbole des alten Ägypten. Handbuch der mystischen und magischen Welt Ägyptens,* Munich, 1987 (existe versión castellana: *Diccionario de Dioses y Símbolos del Egipto Antiguo. Manual del Mundo Místico y Mágico de Egipto,* Barcelona, 1991).
Meeks, D., y Favard-Meeks, C., *La Vie Quotidienne des Dieux Égyptiens,* París, 1993 (existe versión castellana: *La Vida Cotidiana de los Dioses Egipcios,* Madrid, 1994).
Moret, A., *Du Caractère Religieux de la Royauté Pharaonique,* París, 1902.
Sauneron, S., *Les Prêtes de l'ancienne Égypte,* París, 1957.
Vandier, J., *La Religion Égyptienne*, París, 1949.

Lengua y literatura

A.A.V.V., *Textes et Langages de l'Égypte Pharaonique. Hommage à Jean-François Champollion à l'occasion du cent-cinquantième anniversaire du déchiffrement des hiéroglyphes (1822-1972)*, El Cairo, 1976.
Bourguet, P. du, *Grammaire Égyptienne,* Lovaina, 2.ª edición, 1980.
Bresciani, E., *Letteratura e Poesia dell'Antico Egitto*, Turín, 1969.
Catalogue de la Fonte Hiéroglyphique de l'Imprimerie de l'IFAO, El Cairo, 1983.
Daumas, F., «La Naissance de l'Humanisme dans la Littérature de l'Égypte Ancienne», en *Oriens Antiquus,* I, Roma, 1962, pp. 155-184.
—, *et alii, Valeurs Phonétiques des Signes Hiéroglyphiques d'époque gréco-romaine,* Montpellier, 1988 ss.
Donadoni, S., *La Letteratura Egizia*, Milán, 1967.
Edel, E., *Altägyptische Grammatik*, Roma, 1955-1964.
Erman, A., *Neuägyptische Grammatik,* Leipzig, 2.ª edición, 1933.
— *Ägyptische Grammatik,* Osnabruck, 1972.
—, y Grapow, H., *Wörterbuch der ägyptische Sprache*, 12 vols., Berlín, 1926-1950.
Faulkner, R. O., *The Ancient Egyptian Pyramids Texts, translated into English*, Oxford, 1969.
Gardiner, A., *Egyptian Grammar, being an introduction to the study of hieroglyphs*, Oxford, 3.ª edición, 1957.
Korostovtsev, M., *Grammaire du Neo-égyptien,* Moscú, 1973.
Lefebvre, G., *Grammaire de l'Égyptien Classique*, El Cairo, 2.ª edición, 1955.
Möller, G., *Hieratische Paläographie,* Leipzig, 1909.
Naissance de l'écriture. Cunéiformes et hiéroglyphes, París, 1982.
Padró i Parcerisa, J. y Bertran i Reguera, J., *Apunts de Llengua Egípcia Clàssica,* Barcelona, 1998.

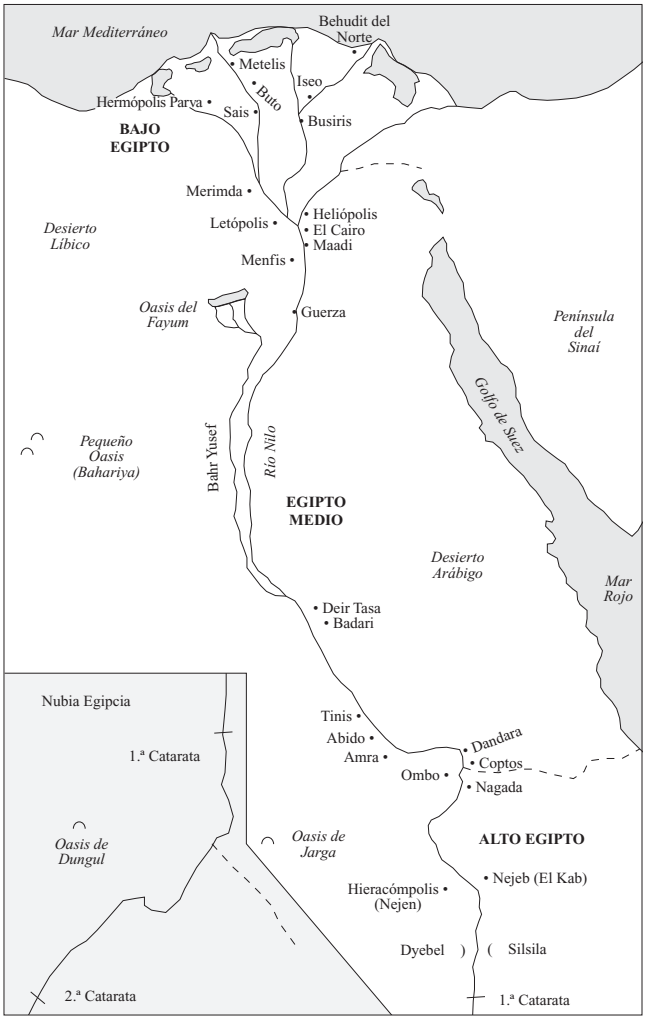
Otros aspectos de la civilización

A.A.V.V., *Curs: Egipte i Grècia. Fonaments de la Cultura Occidental*, Barcelona, 1989.
Baer, K., *Rank and Title in the Old Kingdom. The structure of the egyptian administration in the Fifth and Sixth Dynasties*, Chicago, 1960.

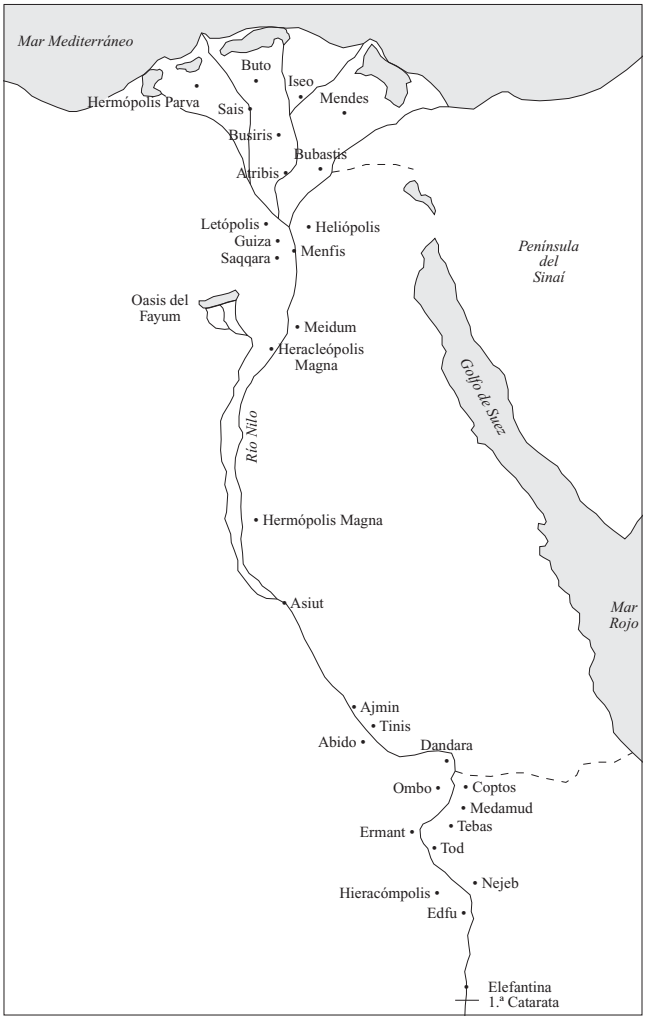
Fernández del Pozo, L., *La Propiedad Inmueble y el Registro de la Propiedad en las Sociedades Antiguas. El Egipto Faraónico*, Madrid, 1993.
Harris, J. R. (ed.), *The Legacy of Egypt,* Oxford, 1971.
Lefebvre, G., *Essai sur la Médecine Égyptienne,* París, 1956.
Kanawati, N., *The Egyptian Administration in the Old Kingdom. Evidence on its Economic Decline*, Warminster, 1977.
— *Governamental Reforms in Old Kingdom Egypt*, Warminster, 1980.
Lucas, A., y Harris, J. R., *Ancient Egyptian Materials and Industries*, Londres, 4.ª edición, 1962.
Padró, J., «La mujer en el antiguo Egipto», en *La mujer en el Mundo Antiguo*, Madrid, 1986, pp. 69-80.
Petrie, W. M. F., *Les Arts et Metiers de l'Ancienne Égypte*, Bruselas y París, 1912.
Pirenne, J., *Histoire des Institutions et du Droit Privé dans l'Ancienne Égypte*, 3 vols., Bruselas, 1932-1935.
Strudwick, N., *The Administration of Egypt in the Old Kingdom. The highest offices and their holders*, Londres, 1986.

4. Mapas

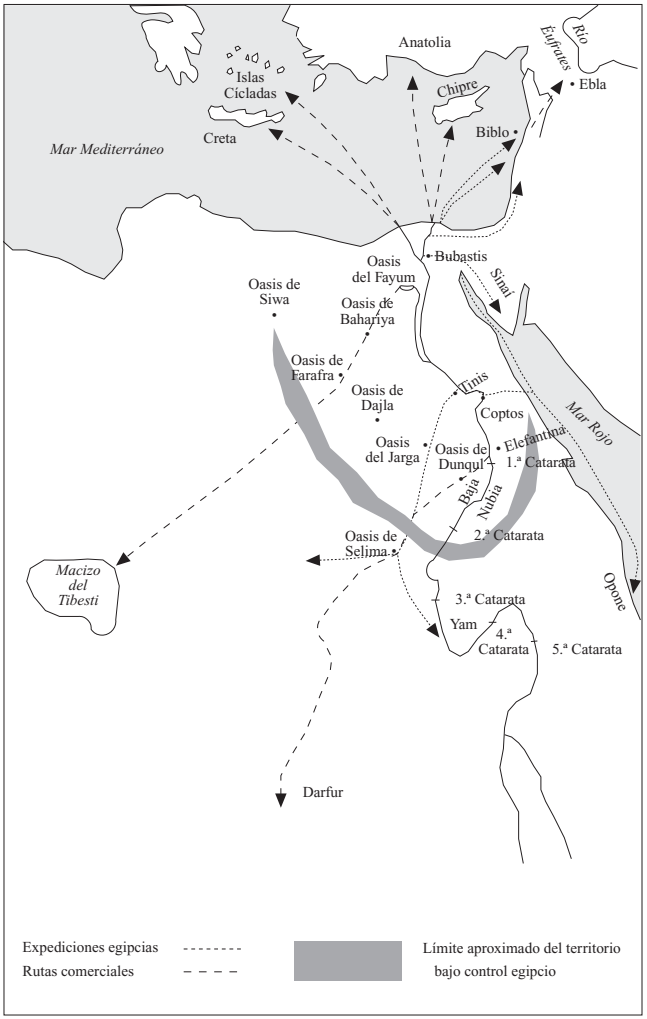
Mapa 1. *El Egipto Predinástico*



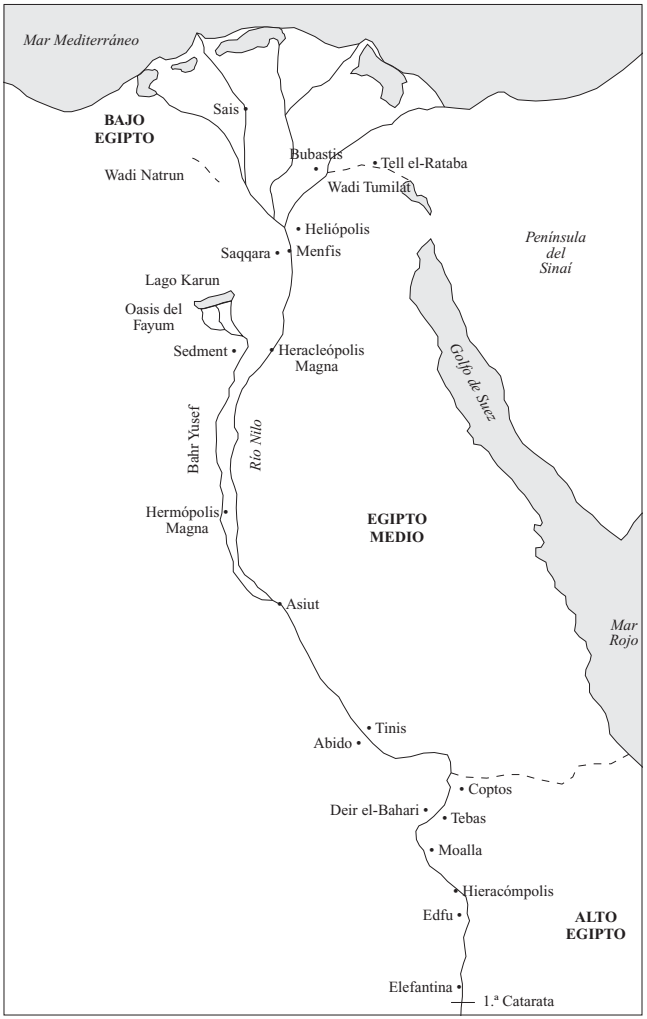
Mapa 2. *Egipto en el Imperio Antiguo*



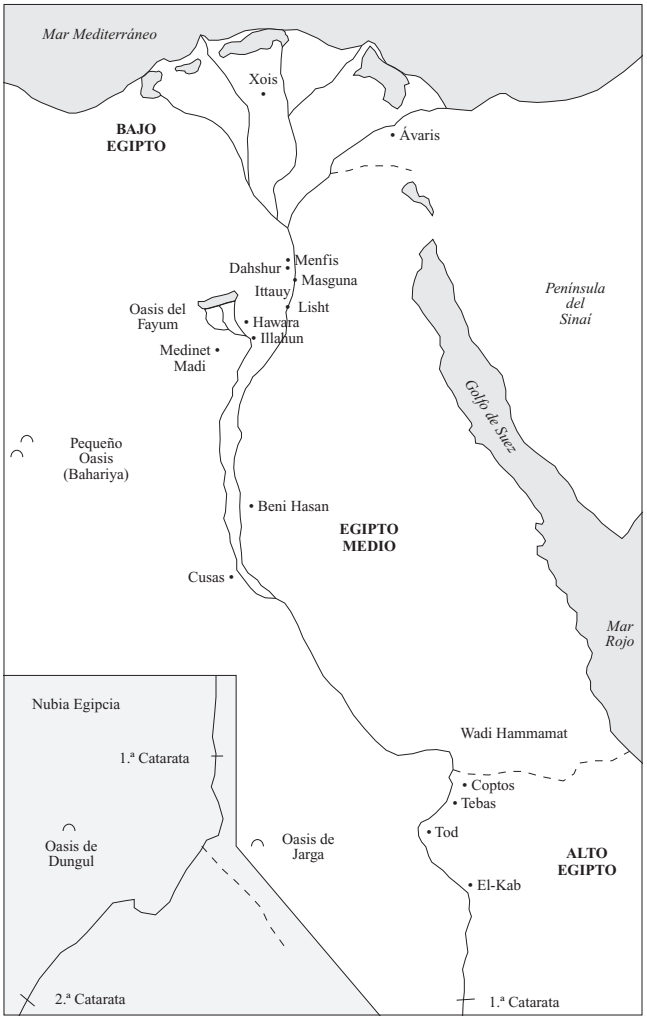
Mapa 3. *Relaciones exteriores de Egipto durante el Imperio Antiguo*



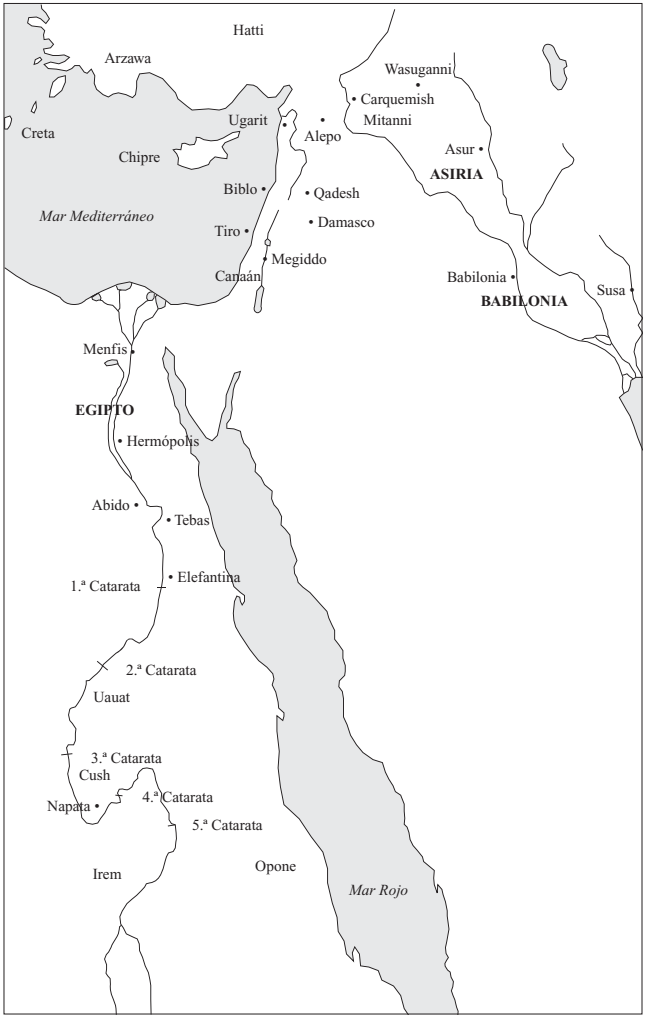
Mapa 4. *Egipto en el Primer Período Intermedio*



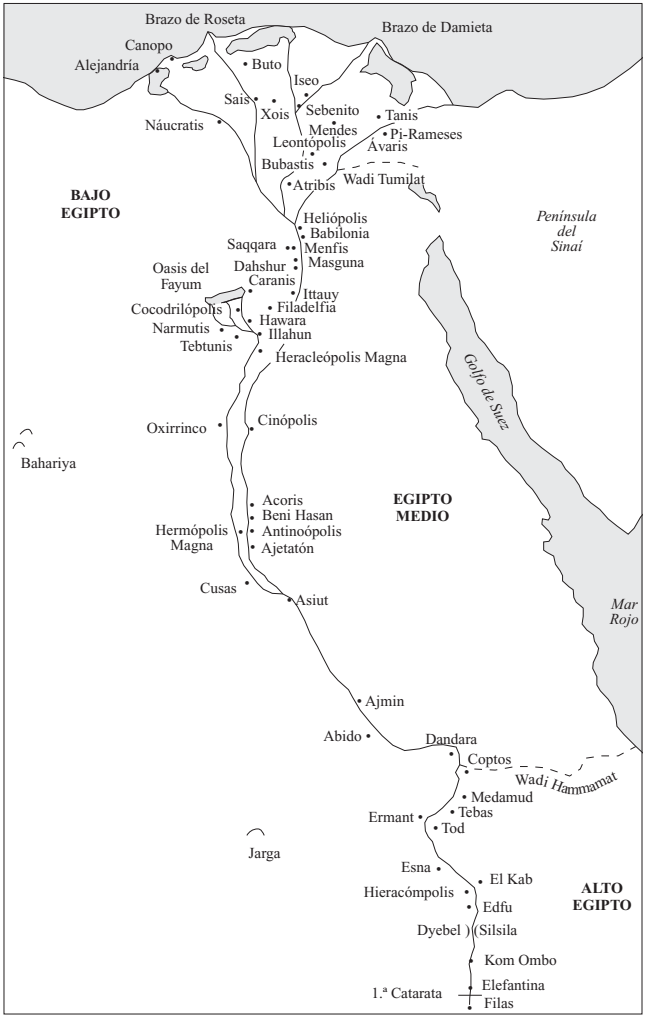
Mapa 5. *Egipto en el Imperio Medio y en el Segundo Período Intermedio*



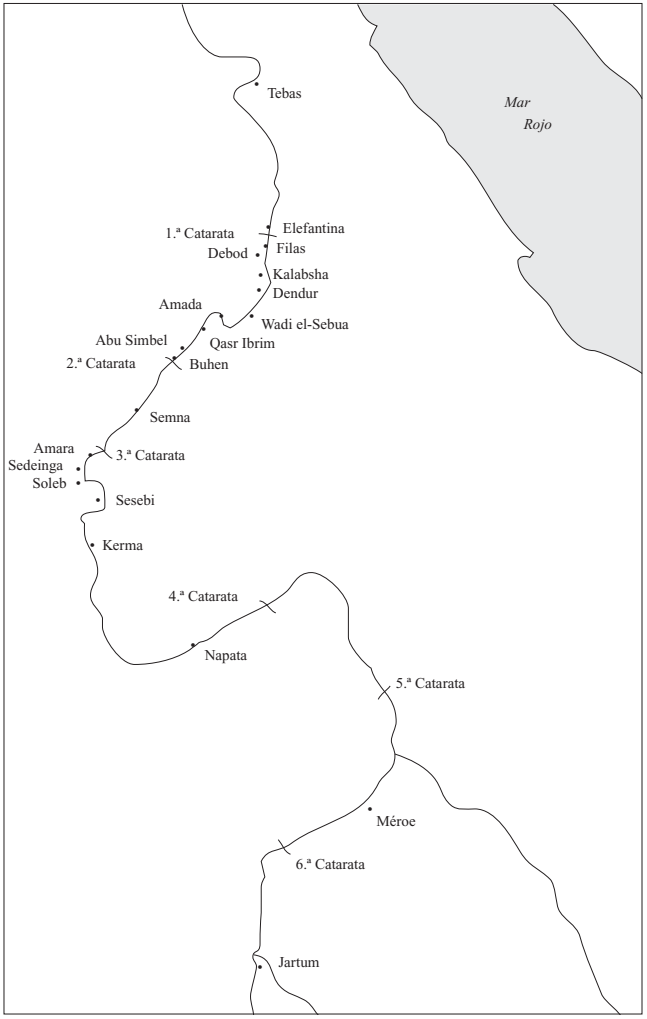
Mapa 6. *El Próximo Oriente a mediados del segundo milenio*



Mapa 7. *Principales ciudades de Egipto*

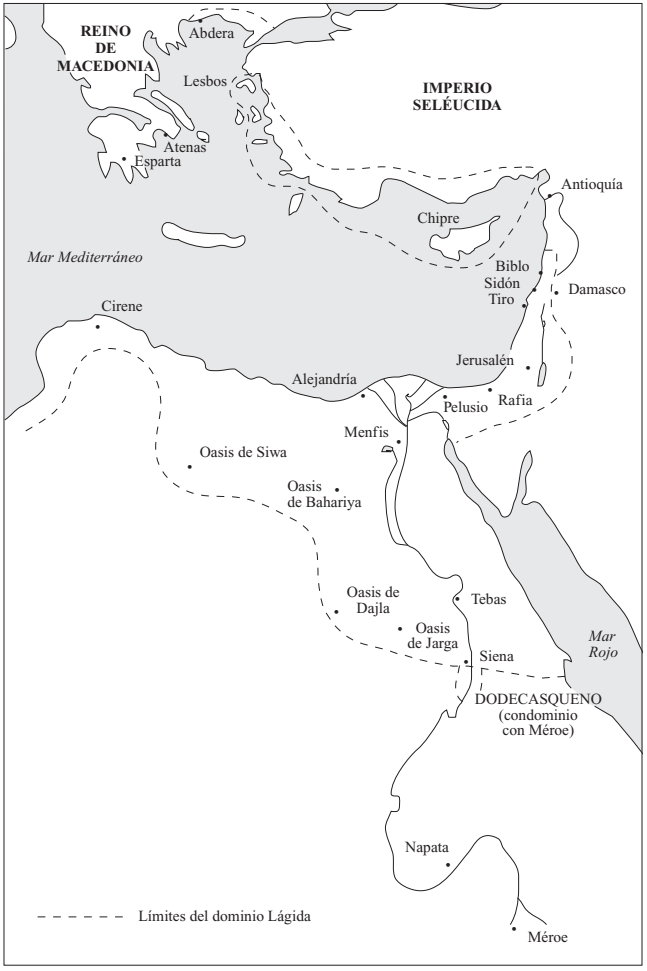


Mapa 8. *Principales localidades de Nubia*



Mapa 9. *Egipto y el Próximo Oriente en la Baja Época*

Mapa 10. *Máxima expansión del Egipto ptolemaico*



5. Índice onomástico

Abana, 224-225, 232
Abatón, 385
Abdi-Ashirta, 253- 254
Abdi-Milkutti, 318
Acoris, 335
Áctoes I, 162-163, 172
Áctoes II, 163, 165-166
Áctoes III, 170
Áctoes IV, 164, 167
Áctoes, escriba, 204, 207-208
Adad-nirari I, 266
Adikran, 328
Adonai, 244
Adriano, 345, 384
Agatocles, 358-359, 368
Agripa, 380
Aha/Menes (Mina), 44, 51-52, 94-95, 96, 97, 126, 133, 137, 381
Aitagama, 255
Ajenatón/Amenhotep IV, 23, 26, 246, 247, 248-250, 250-251, 252-255, 256-257, 257-258, 261-262, 268, 277, 279, 280, 288, 291, 345
Ajuthotep, 106
Alara, 315
Alejandro Balas, 374
Alejandro IV, 356-357, 358
Alejandro Magno, 23, 347-348, 353-356, 358-359, 368, 375
Amasis (Amosis II), 328-330, 352
Amenemes I, 175-181, 185, 192, 200-201, 204, 207-208, 343, 346
Amenemes II, 96, 182-183, 187, 192, 194, 204, 346
Amenemes III, 96, 187-188, 191, 193, 194, 217, 346-347
Amenemes IV, 187-188, 191
Amenemes VII, 213
Amenemheb, 292
Amenhotep I, 233-234, 277, 278-279
Amenhotep II, 241-242, 277
Amenhotep III, 191, 243-246, 247, 248, 252-253, 258, 268, 275-277, 278, 280, 281, 346
Amenhotep IV, *véase* Ajenatón
Amenhotep, arquitecto, 244

Amenhotep, gran sacerdote, 304
Amenirdis, 315
Amenmeses, 272
Amenope, 297
Amirteo, 333, 334, 335
Amón, 26, 64, 113, 176, 179, 191, 233, 235, 237-238, 239, 242, 243, 246, 249, 251, 256, 257-258, 259, 261, 263-265, 268, 276-277, 287-288, 292-294, 297, 303-305, 307-308, 310, 311-313, 314-315, 317, 343-344, 348, 354
Amón-Re, 176, 179, 244, 287-288, 343
Amonrasónter, 343
Amosis (oficial, hijo de Abana), 224-225, 231-232
Amosis Nefertari, reina, 233, 237
Amosis, princesa, 234
Anat, 219
Anat-her, 219
Andyeti, 34, 40, 117
Andyib, 53, 97
Anhotep, 231
Aníbal, 368, 371, 381
Anii, 294, 297
Anjef, 163
Anjenptah, 86
Anjesenamón/Anjesenpaatón, 257-259
Anjmahor, 106
Anjtifi, 164-165
Anju, 214-215
Anjunnefer, 370
Antaratal, 254
Antígono el Tuerto, 356-357
Antígono I Gonatas, 359-362
Antígono II Dosón, 363
Antínoo, 345
Antíoco I Sóter, 359-360
Antíoco II Teo, 361-362
Antíoco III Megas, 368-369, 371-372
Antíoco IV Epífanes, 372-374
Antípatro, 353, 355-356, 358
Anubis (Anupu), 34, 193, 345, 383
Aperel, 250
Aperet-Isis, 115
Apis, 61, 93, 277, 332, 346-347
Apofis I, 220, 221-223
Apofis II, 224
Apofis III, 224
Ápries, 327-328
Aquemenes, 333
Aquiles, 300
Arensnufis, 342
Aristarco de Samotracia, 374
Aristóteles, 26, 119, 171
Arnuwanda, 255
Ársafes, 115, 170, 345
Arsínoe I, 358-360
Arsínoe II, 360-361
Arsínoe III, 368
Artajerjes I Longimano, 333
Artajerjes II Mnemón, 334-336
Artajerjes III Oco, 336-337
Artajerjes IV Beso, 354
Artassumara, 245
Artatama I, 241-242
Artatama II, 246, 252, 260
Asaradón, 318-319
Asclepio, 59
Ashur-bel-nisheshu, 245
Ashur-uballit, I, 260, 264
Ashur-uballit II, 325
Astarte, 346
Astíages, 329
Asurbanipal, 319-321, 324-325
Asurnasirpal II, 316
Átalo I, 368
Atet, 87
Atón, 64, 244, 249, 250-251, 258, 261, 280, 288, 345
Atotis, 51, 94
Atum (Atumu), 34, 38-40, 58, 117, 121-122, 133
Ay, 247, 250, 257-258, 259, 268
Aziru, 253-255, 256

Baal I, de Tiro, 319, 320
Baal, dios, 219, 265, 346
Bagoas, 337
Baines, J., 109
Bar-Hadad II, 316
Barattarna, 230
Bastis, 117, 348, 351
Baufre (Rabaef), 64
Bebe, 224
Becquet, Tomás, 304
Berenguer Amenós, J., 62

Berenice I, 358-359
Berenice II, 361-362
Berenice III, Cleopatra, 375
Berenice, hija de Ptolomeo II, 361-362
Bes, funcionario, 340
Bes, semidiós, 351
Binotris (Biofis), 237
Bocoris, 316-317
Bonaparte, Napoleón, 19
Breasted, J. H., 140
Bresciani, E., 44, 125, 181
Briend, J., 216, 223, 254
Brugsch, H. K., 20, 310-311
Bruto, 379
Bubastis, 315
Burnaburiash II, 254, 260
Buto, 381

Calígula, 383
Calímaco, 361
Calpurnia, 379
Cambises II, 330, 331-332, 337
Casandro, 356-357, 359
Casio, 379
Ceram, C. W., 311
Ciáxares, 325
Cicerón, 119, 376
Ciro el Joven, 334-335
Ciro II, 329-330, 332
Cleómenes III, 363
Cleopatra Berenice III, 375
Cleopatra I, 371-372
Cleopatra II, 372, 374-375
Cleopatra III, 374-375
Cleopatra V Selene, 375
Cleopatra VI, 375
Cleopatra VII, Filópator, 23, 376-381
Cnum (Jnumu), 34, 341, 342-343
Craso, 376, 379
Creso, 329
Chahepimu, 336
Champolion, Jean François, 19, 171, 370
Chenti, 142-143
Childe, V. G., 137-138

Darío I, 332-333, 335
Darío II Notos, 334, 337
Darío III, Codomano, 337, 353-354

Daumas, F., 39, 49, 52, 97, 122, 125, 138, 206, 207, 265, 291, 295
David, 309
Decio, 343
Dedefptah (Tamftis), 65, 92, 144
Demetrio el Hermoso, 361
Demetrio II Nicátor, 374
Demetrio Poliorcetes, 357, 359
Den, 53, 55, 97, 114, 132-133
Desroches-Noblecourt, C., 76
Devauchelle, D., 385
Didufri (Radyedef), 63, 80, 84, 95, 111
Diocleciano, 385
Diodoro Sículo (Diodoro de Sicilia), 74, 237, 267, 272, 301
Donadoni, S., 130, 159
Dudu, 250, 256
Dyedi, 66, 144
Dyedkare-Izezi, 70, 80, 104, 105, 123, 129, 134, 151
Dyer, 52-53, 94, 97
Dyoser (Tosortro, Neterierjet), 58-60, 74, 75, 77-78, 84, 98-102, 104, 105, 106, 123, 134

Elohim, 226
Eluleo, 318
Empédocles de Agrigento, 169
Epulón, 352
Escemiofris, 188, 212, 213, 237
Esmendes I, 304-305, 307
Esmenjkare, 256-257
Esmerdis, 332
Esnofru, 60-61, 65, 78-79, 82, 96, 112, 115, 133, 134, 207
Estrabón, 187
Etbaal I, 313
Etbaal II, 318
Etbaal III, 328
Euclides, 361
Eudoxo de Cízico, 375
Éumenes I, 356, 361
Eurídice, 358

Farnabazo, 335
Feliu, L., 21
Festugière, A., 386
Filipo II, 336, 337, 353-354

Filipo III Arrideo, 355-356, 358
Filipo V, 368-371-372
Fiope I, 49, 85, 88, 93, 105, 150-152, 153, 155
Fiope II, 27, 105, 129, 147, 150, 152-153, 156-158, 161, 186, 192, 270
Fiopenajt, 156
Flavio Josefo, 216, 226

Gabinio, 376
Gardiner, A., 43, 182, 218, 296
Garelli, P., 229
Gaumata, 332
Gauthier, H., 236
Giges, 321
Gueb, 39-40, 44, 121-22, 133

Hapi, 343
Hapu, 244
Hapuseneb, 238
Harmaquis, 241-242
Haroeris, 116, 343
Harpócrates, 116, 342, 383
Harsiese, 312
Harsomtus, 113, 343
Hathor, 37, 48-49, 113-114, 341, 343-344, 351
Hathor-Afrodita, 347
Hatshepsut, Maatkare (Áspesis), 188, 235-238, 239, 261, 268, 277, 278, 281, 345
Hatusil II, 244
Hatusil III, 266-267
Héctor, 300
Hefesto, 92, 94, 346, 370
Heráclito, 294
Herihor, 304-305, 307, 312
Herjuf, 128, 155-156
Hermes Trimegisto, 345, 352, 362, 385
Heródoto, 60-62, 94, 137, 184, 187, 193, 321, 326, 328, 333, 351-352
Hetepheres, 61, 89, 110, 133
Hiram I, 309
Hiram II, 316
Homero, 119, 347, 352, 384
Hor I, 213
Horacio, 205
Horapolo, 350
Hordyedef (Dyedefhor), 64, 80, 108, 123, 144, 205
Horemheb (Harmais), 215, 250, 256, 258, 259-262, 263, 264, 268, 270, 277, 278, 343, 346
Horunnefer, 370
Horus (Horo), 34, 40, 42-44, 45, 47, 53-54, 113-114, 116, 122, 125, 132-133, 182, 190, 199, 234, 259, 261, 263, 292-293, 297, 341, 243-344, 385
Hotepsejemuy, 53
Huni, 60, 78, 115, 123

Ibi, 161
Idi, 161
Idrimi, 230, 241
Idut, 106
Ihy, 114, 344
Ilimilimma I, 230
Imutes, rey, 161
Imutes, visir y arquitecto, 59, 75, 78, 99, 123, 134, 205, 244
Inaro, 333
Ineni, 236, 292
Ini, 143
Inyotef I, 164
Inyotef II, 164
Inyotef III, 164, 173
Inyotef V, 221
Inyotef VII, 205, 221
Ipu-ur, 158-162, 168, 170, 177, 207
Irukaptah, 106
Isis, 39, 116, 341, 342, 345, 347, 378, 383, 385
Isis, concubina, 235
Iti, 161
Iuput, 311
Iuwelot, 312
Iy, 215
Iymeru, 215

Jaba, 60, 78, 95, 108
Jacob, 217, 225-226
Jacob-her, 219, 221
Jajeperreseneb, 208
Jamudy, 218, 224
Jasejem/Jasajemuy, 54-55, 58, 84, 99, 114

Jendyer, 213-214
Jenem-sut, 201
Jentamentiu, 37, 68, 114-115, 344
Jentkaus, 133-134
Jenty-irti, 116
Jepri, 58, 117, 196
Jerjes I, 333
Jerjes II, 333
Joaquín, de Judá, 326
Jonsu, 344
José, 215, 225
Josías, de Judá, 326
Julio, César, 364, 376, 377-381, 382
Junanup, 165
Júpiter-Amón, 383
Justiniano, 19, 342, 385
Jyan (Juan), 219

Ka, 47
Kaguemni (visir de la Dinastía IV), 123, 134
Kaguemni (visir de la Dinastía VI), 106
Kamose, 222-223, 231
Kaper, 300
Karaindash, 245
Kares, 123
Karomama, 313, 340
Kashta, 315
Kemapu, 143
Kemp, B. J., 58, 140-41
Kiya, 257

Lago, 355
Laódice, 361-362
Lauer, 100
Lázaro, 352
Lefebvre, G., 66, 144, 146, 166, 222
Leónato, 355
Leontópolis, 315
Lépido, 379
Lepsius, 19
Lisandra, 358
Lisímaco, 356-357, 358-360
López, J., 163

Maat, 167, 209
Magas, 360-361
Makare, 308
Málek, J., 109
Mandulis, 342, 385
Manetón, 21, 23, 40, 44, 51, 59, 78, 94, 97, 99, 157, 160, 162, 171, 211-212, 214, 215, 216, 218-219, 225-226, 237, 272, 317, 332, 337, 348, 362
Marco Antonio, 379-381
Mariette, Auguste, 19
Marte, 203
Maspero, Gaston, 19, 23
Mattiwaza, 260
Maya, 250
Mechen, 138
Megabizo, 333
Mehi, 143
Mehu, 106
Menes (Mina)/Aha, 44, 51-52, 94-95, 96, 97, 126, 133, 137, 381
Menkauhor-Akauhor (Ménqueres), 70
Mentuhotep I, 164
Mentuhotep II, 27, 165, 173-175, 176, 179, 185-186, 192
Mentuhotep III, 175
Mentuhotep IV, 175, 176
Merenre I, 105, 150-152, 155-156
Merenre II, 157
Mereruka, 106-134
Meriai, 271
Merikare, 163-165, 167-168, 177, 204
Meritatón, 257
Merneit, 53, 114, 133
Meru, 166
Micerino, 61-64, 79, 80, 82, 85, 95, 103, 111, 133, 140
Millet, A., 21
Min, 37, 113-115, 134, 343-344
Mineptah, 270-271
Mitrídates, 376
Montu, 113, 174, 182, 187, 265, 277, 293, 343-344
Montuemhé, 319
Moret, A., 169-171
Mose, 285
Mursil II, 264
Mursil III (Urhi-Teshub), 266
Mut, 343
Mutemuya, 242, 243

Mutis, 335
Mutnedyemet, 259
Mutnefert, 235
Muwatalli, 265-266
Mydant-Reynes, 33

Nabonido, 329
Nabopolasar, 325-326
Nabucodonosor I, 305
Nabucodonosor II, 326-328, 355
Nahum, 320
Narmer, 47, 48, 52, 86
Nebre (Raneb), 53, 98
Necao I, 319-321
Necao II, 326-327, 332
Nectánebo I, 335
Nectánebo II, 336
Nedyeh, 220
Neferefre, 68, 80, 108
Neferhotep I, 213, 215
Neferirkare (Demedyibtauy), 161, 162
Neferirkare-Kakai (Neférqueres), 67-68, 80, 95, 107, 129
Neferites I, 335
Neferites II, 335
Neferkare II, 157-158
Neferkare VI, 161
Neferkare VII, 162
Neferkare VIII, 164
Neferkauhor, 161
Neferseshemre, 128
Nefertari, 269, 278
Nefertem, 92
Nefertiti, 207-208, 248, 250, 256, 259, 291
Neferure, 236-238
Nefru, 201
Neftis, 39, 345
Nehemetauay, 115, 116
Neit, 34, 38, 116, 347
Nejbet, 43, 53, 113, 116, 132
Nenoferkaptah, 351
Neseret, 44
Nesmet-Ajom, 385
Net, 44
Nianjhor, 143
Nimlot, hijo de Osorcón II, 312
Nimlot, hijo de Sesonquis I, 311
Nimlot, rey de Hermópolis Magna, 314, 315
Ninecher, 53, 98
Niqmaddu II, 255
Nitocris, 134, 157, 188, 237
Niuserre-Ini, 68, 70, 80, 81, 95, 107-108, 117
Nock, A. D., 386
Nofret, 85
Norden, F. L., 109
Nut, 39-40, 121

Octavia, 380
Octavio/Augusto, 379-381, 382-383
Ótoes (Teti), 105, 106, 134, 148-150, 153, 165
Olimpia, 354, 356
Onjsesonquis, 352
Onos (Unas), 70-71, 80, 98, 104, 105, 106, 120, 148
Osiris, 34, 38-40, 43-44, 55, 64, 68, 97, 114-115, 116-117, 122, 124, 133, 145, 163, 170, 174, 195, 208, 233, 263, 265, 286, 297, 342, 344-347, 383
Osiris-Apis, 358
Osorcón I, 312
Osorcón II, 312
Osorcón III, 314
Osorcón, gran sacerdote, 313

Padró, J., 163, 168, 349
Pajet, 345
Panehesi, 304
Paser, 303
Pauraa, 303
Peftauauybast, 314, 315
Pentaur, 265, 297
Perdicas, 355
Peribsen/Sejemib, 53-55, 114
Perseo, 372
Petosiris, 341, 345, 351
Petrie, W. M. F., 20
Petubastis I, 313, 340, 352
Peye (Pianji), 315-317
Pianj, 305, 307
Piedrafita, C., 51
Pinedyem II, 310

Pirenne, J., 40, 58, 67, 103, 143
Pirro, 359
Polícrates, 330
Poliperconte, 356
Pompeyo, 376, 377-379
Popilio Lenas, 373
Príamo, 300
Pritchard, J. B., 68, 225, 271, 294
Psamético I, 320-321, 323-328
Psamético II, 327
Psamético III, 330, 332
Psamutis, 335
Psusenes I, 308
Prusenes II, 311
Ptah, 51, 59, 64, 91, 93-94, 96, 103, 122, 143-144, 277, 318, 346-347, 369-370
Ptah-Sokar-Osiris, 347
Ptahemdyehuti, 207-208
Ptahhotep, 86, 106-107, 123-126, 134, 139, 143-144
Ptahmose, 246
Ptolomeo Cerauno, 358-360
Ptolomeo I Sóter, 347, 355-59, 361, 364-365
Ptolomeo II Filadelfo, 21, 358-362, 364
Ptolomeo III Evérgetes I, 362-364, 366, 367, 378
Ptolomeo IV Filópator, 362, 367-369, 371
Ptolomeo IX Apión, 375-376
Ptolomeo V Epífanes, 19, 368-372
Ptolomeo VI Filómetor, 374
Ptolomeo VII Neo Filópator, 372, 374
Ptolomeo VIII Evérgetes II Fiscón, 373-375
Ptolomeo X Sóter II Látiro, 375
Ptolomeo XI Alejandro I, 375
Ptolomeo XII Alejandro II, 375
Ptolomeo XIII Neo-Dioniso Auletes, 375-376
Ptolomeo XIV Dioniso II, 376, 377
Ptolomeo XV Filópator, 378-379
Ptolomeo XVI Cesarión, 378-380, 382
Putifar, 215, 296

Qa, 53, 97
Quefrén, 61-65, 79, 82, 84, 95, 108, 110-111, 123, 155
Quéope (Jufu), 61-64, 66, 79-80, 89, 95, 108-111, 112, 123, 133, 143, 144, 202-204, 207

Rachewiltz, B. de, 287
Rahotep, 85, 221
Rameses I (Parameses), 262, 263, 277
Rameses II, 215, 239, 260, 265-270, 276, 278, 279, 285, 297, 301, 345-346, 351
Rameses III, 278, 279, 300-302
Rameses IV, 302
Rameses IX, 234, 302-303
Rameses V, 302
Rameses VI, 302
Rameses VII, 302
Rameses VIII, 302
Rameses X, 303
Rameses XI, 26, 297, 302-305, 307
Rampsinito, 62
Re, 25, 49, 58-59, 63-64, 66-67, 71, 79, 92, 103, 104, 117, 132, 134, 149, 176, 182, 203, 220, 222-223, 236, 244, 263, 271, 286, 291, 292-294, 343, 348, 351
Re-Haractes, 249, 277
Reddyedet, 66
Remo, 203
Renenutet, 191
Rensi, 166
«Rey Escorpión», 46-47
Rib-Adda, 253-254
Roccati, A., 61, 70, 128, 152, 154, 156
Rómulo, 203
Roonet, 224
Roxana, 354, 355-357

Sabacón, 122, 317-318
Sacmis, 92-93, 346, 351
Sahure, 67, 71, 80, 95, 107-108, 133
Salitis, 216, 219
Salmanasar I, 267
Salmanasar III, 316
Salomón, 309-310
Sanajt-Nebka, 58, 78, 99
Saustatar, 238, 245
Sebekhotep III, 215
Sebekhotep IV, 215

Sebekhotep VII, 213
Sebni, 143
Sedecías, de Judá, 327
Seguerseni, 179
Sejemib/Peribsen, 53-55, 114
Sejemjet, 60, 78, 102
Sejemre-Jutauy, 213
Seleuco I Nicátor, 356-357, 359-361
Seleuco II Calinico, 362
Semerjet, 53
Senaquerib, 318, 319
Sendyi, 53
Senmut, 238, 278
Senseneb, 234
Serapis, 341, 358, 383
Sesonquis I, 311-312, 314
Sesonquis II, 312
Sesonquis III, 313
Sesostris I, 179-180, 181-182, 191-192, 194, 200-201, 204, 346
Sesostris II, 183-184, 186-187, 192-193, 194, 205, 345
Sesostris III, 96, 184-187, 192, 194, 195-196, 208, 213, 346
Set, 37, 39-40, 42-43, 47, 53-54, 89, 113-114, 116, 122, 199, 215, 219, 222, 263, 297, 303, 327, 348
Sethe, K., 120, 234, 236
Setnajt, 299, 300
Setne, 351
Setos I, 263-265, 276-277, 279, 281, 344
Setos II, 272
Setroítes, 216
Shattuara II, 267
Shebitku, 318
Sheij el Beled, 85
Shemay, 161
Shepseskaf, 64-65, 66, 80, 92, 103, 105, 144, 157
Shepseskare-Isi, 68
Shu, 39, 121-122, 133
Shuppiluliuma I, 244-246, 249, 252-256, 257, 260, 264
Shuppiluliuma II, 272
Shuttarna II, 242, 243, 245-246
Shuttarna III, 260
Siamón, 310
Sinuhé, 180, 200-202, 207, 217
Siosiris, 351
Siptah (Minestah-Siptah/Rameses-Siptah), 272
Sobek, 115, 191, 213, 341, 343, 346
Sócares, 93, 346

Taa II (SequenenRe), 221-222, 224
Tacelotis I, 312
Tacelotis II, 312-313
Tadu-Jeba, 246, 248, 252
Tantamani (Tanutamón), 320, 323, 327
Tarco, 318, 319-320
Tausert, 272, 299
Tawannanash, 254
Tecnactis, 314, 315-316
Tefib, 165
Teglatfalasar III, 316
Teo, 335-336
Teócrito, 361
Teodosio, 19, 385
Teognis, 170
Tetisheri, 231, 233
Tfenis, 39, 121-122, 351
Ti, 68, 107
Tigranes, 376
Tiy II, 258
Tiy, 243, 248
Totnajt, 165
Tot, 38, 50, 66, 115, 116, 134, 166, 234-235, 297, 345, 351-352, 362, 385
Trajano, 344, 384
Tucídides, 333
Tudhaliya III, 241
Tudhaliya IV, 269
Tueris, 351
Tukulti-Ninurta I, 269
Tushratta, 245-246, 248, 252-255, 260
Tutankhamón/Tutankhatón, 247, 257-258, 261-262, 282, 346
Tuti, 296
Tutimeo, 215, 216, 219
Tutmosis I, 234-237, 277
Tutmosis II, 235, 236
Tutmosis III, 229, 235-238, 239-240, 241-242, 277, 292, 294, 296
Tutmosis IV, 241-242, 243-244, 277, 281

Uadyi, 52-53, 55, 97, 133
Uadykare, 161
Ugaf, 212-213
Unamón, 297, 304
Uneg, 53
Uni, 128, 152, 153-155, 158
Unnofre, 286
Ureo, 349
Userkaf (Usérqueres), 65, 67, 80, 103-104, 105, 107, 133, 150
Usirkare, 150
Utji, 245-246
Uto, 44, 53, 113, 116, 132, 381

Vandier, J., 74
Virgilio, 119, 384
Volten, A., 168
Waddell, W. G., 51, 216, 237
Wilson, J. A., 68, 201, 225, 271, 294

Yahweh, 144, 226, 231, 318
Yarsu, 299
Yayebi, 215
Yoyotte, 314

Zannanza, 256
Zeus, 370
Zeus-Amón, 354

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales